
ESTA ES TU CAUSA

Yuri Guerman

Edición: Progreso, Moscú 1973.

Lengua: Castellano.

Digitalización: Koba.

Distribución: <http://bolchetvo.blogspot.com/>



ESTA ES TU CAUSA.

A la memoria de Eugueni Lvóvich Shvrats.

¡Y lucha eterna!

La calma la vemos solo en sueños...

Alexandr Blok.

Capítulo I.

Ciencias naturales.

Esto le ocurrió cuando estaba en el noveno grado de la escuela: inopinadamente, Volodia sintió indiferencia por todo, incluso por el círculo de ajedrez, que, en cuanto dejó de ir él, se deshizo; hasta dejó de interesarle el maestro Smorodin, que siempre había considerado a Ustímenko como su mejor discípulo, y ni siquiera le agradaba estar con Varia Stepánova, con la que todavía en las fiestas de noviembre había ido a corretear por los derrubios del lento Uncha. La vida, tan alegre y entretenida, tan plena, ruidosa y atareada, tan atractiva en todos sus pormenores, parecía como si de repente se hubiera detenido, y todo alrededor de Volodia estuviera paralizado, expectante y receloso. ¡Qué va a suceder más adelante, muchacho, ya veremos!

Al parecer no había ocurrido nada del otro mundo.

Simplemente estuvo con Varia en el cine. Aquella tarde caía una llovizna menuda, propia del otoño, Varia hablaba de sus naderías sobre "el arte teatral" (era la primera actriz del cuadro artístico de la escuela N° 29), por la pantalla del cine se paseaban altaneras unas gallinas de una raza especial. Después, Volodia resolló y contuvo la respiración:

- ¡Calla! -le dijo a Varia.

- ¿Qué te pasa? -se sorprendió ella.

- ¿Te vas a callar? -dejó escapar entre dientes Volodia.

En la pantalla un científico absorbía poco a poco un líquido con una jeringuilla. Era un hombre de ancha frente, labios finos, de aspecto fatigado. El aspecto de este investigador no tenía nada de simpático, o, como le gustaba expresarse a la mamá de Varia, nada atrayente. Y su trabajo no lo hacía con mucha habilidad; seguramente le fastidiaban todas aquellas personas que le estaban filmando. A los hombres como éste no les gusta en absoluto que les fotografien y aún menos si es para una película.

Varia sentía compasión por el conejillo de Indias

condenado al sacrificio:

- ¡Animalito, pobrecillo! -exclamó la muchacha, dirigiendo a Volodia una mirada medrosa.

Pero éste ni siquiera chistó. Parecía estar todo él como iluminado, escuchando a aquel hombre con gorro y bata blancos que con tono severo hablaba ante el público del antiguo sabio Esculapio y de su hija Panacea.

- ¡No comprendo absolutamente nada! -susurró Varia, lamentándose-. Es que ni chispa. ¿Y tú comprendes, Vladimir?

El asintió con la cabeza. Después, cuando comenzó la película de argumento, Volodia, sombrío y pensativo, empezó a morderse las uñas. Y ni una sola vez se sonrió, a pesar de que la película era cómica. Poseía esa capacidad de abstraerse de repente y de vivir sin prestar atención a lo que sucedía a su alrededor, hundido en sus propios pensamientos, como si se encerrara en una madriguera. Y este día, cuando acompañaba a Varia a su casa de vuelta del cine *Udárnik*, tampoco iba con ella, sino completamente embebido en sí mismo.

- ¿En qué piensas? -le preguntó Varia.

- ¡En nada! -masculló Volodia, sumido en sus reflexiones.

- ¡Es muy divertido ir contigo! ¡Verdaderamente divertido! Eres capaz de hacerle reventar a uno de risa.

- ¿Qué? -preguntó él.

Y así se separaron por tres meses. Varia era bastante susceptible y tenía su amor propio. Ante Volodia se abrió un mundo aún desconocido para él de búsquedas y embrolladas ideas, de descubrimiento de verdades hacía ya mucho tiempo descubiertas; un mundo de noches insomnes, un mundo de conocimientos sin fin en el que él no era nada, una insignificancia, un granito arrastrado por la tempestad. Ese mundo le hacía dar vueltas y agitarse entre palabras con las que a cada momento era necesario recurrir a la enciclopedia; se abría paso a través de los libros, de los que comprendía muy poco; a veces casi lloraba al darse cuenta de su propia impotencia, pero había instantes en que le parecía que comprendía algo, que se orientaba, que estaba casi a su alcance este capítulo o aquella página, que sólo le faltaba profundizar un poco más y todo marcharía a pedir de boca. Después, sumergíase

de nuevo en las tinieblas, pues él era todavía pequeño, "un tontuelo", como le llamaba su tía Aglaia.

- ¿Qué es esto? -le preguntó su tía una tarde fría, al echar una ojeada a su "chiribitil", como llamaban en la casa desde hacía mucho tiempo la pequeña habitación de Volodia.

- ¿Cómo, qué? -preguntó Volodia, sin comprender, apartando con trabajo la vista del libro.

- ¡Pues eso! ¿Es que ahora te dedicas a comprar cuadros?

- Esto no es un cuadro, es una copia del lienzo de Rembrandt *Lección de Anatomía del doctor Tulpius...*

- ¡Ah! -asintió la tía Aglaia-. ¿Pero para qué te hace falta a ti, tontuelo, esa *Lección de Anatomía*?

- Pues me hace falta, Aglaia Petrovna, la *Lección de Anatomía* porque yo seré médico -dijo Volodia, desperezándose a sus anchas y bostezando a satisfacción-. Lo tengo ya decidido.

- Agrega, además, "en el día de hoy" -le aconsejó la tía-. A tu edad las decisiones se mudan con bastante frecuencia. Recuerdo muy bien que te disponías a ser aviador y después pensaste ser detective.

Volodia no dijo nada y sonrió, sí, efectivamente, parece ser que había habido algo de eso.

- ¿Y ese Tulpius fue un buen doctor? -le preguntó Aglaia.

- Van Tulp era holandés -explicó Volodia, fijando la mirada en la copia, amarillenta por el tiempo-. Era médico de los pobres, profesor de anatomía en Ámsterdam. En los retratos le representan generalmente con una vela y su divisa como médico. Hoy esta divisa es ya un proverbio: "alumbrando a los demás, ardo yo mismo".

- ¡Qué bien dicho! -suspiró Aglaia-. ¡Vaya, y qué cosas has aprendido! Veo que tu chiribitil lo has abarrotado de libros...

La tía Aglaia abrió un atlas con láminas de anatomía, que Volodia había traído de la biblioteca, y se estremeció:

- ¡Qué horror! Bueno, vamos a tomar el té, ya es tarde. Vamos, vamos, futuro Tulpius...

Antes de las vacaciones de invierno Volodia Ustímenko, alumno del noveno grado "A", tuvo tantas notas malas que hasta él mismo se sorprendió. Era necesario hablar con alguien. Caminando con aire adusto por la crujiente nieve, Volodia se dirigió a la calle Proletárskaya, para ver a Varia. "Alumbrando a los demás, ardo yo mismo", pensaba abstraído. "Alumbrando a los demás..." De qué manera tan asombrosamente estúpida le importunaba de pronto esta frase.

- Varia no está en casa, se ha ido a ensayar -le dijo Eugenio, el hermanastro de Varia, un muchacho de cara redonda, un poco lánguido, con una redecilla en la cabeza (Eugenio se preocupaba mucho de su físico

y le gustaba llevar el pelo bien liso, para lo que recurría a toda clase de artificios). En aquel momento estaba leyendo un manual de Física, cómodamente arrellanado en el diván. En la casa flotaba un empalagoso olor a galletas de vainilla, y en la habitación vecina madame Lis -amiga de Valentina Andréevna, la mamá de Eugenio-, tocaba el piano, de allí llegaban distintas voces: una voz cansada -la de Valentina Andréevna-, otra de bajo -la de Dódik, conocido motociclista, automovilista y jugador de tenis y, además de todo esto, el árbitro deportivo principal de la ciudad y de la región.

- ¿No quieres adquirir un automóvil? -le preguntó Zhenia-. Dódik lo vende. Un Hispano-Suiza de 1914, en marcha. Ya ha vendido dos y ha comprado otro nuevo. Es un traficante, un verdadero águila. Le envidio.

Volodia no dijo nada.

- Vives como un perro -dijo Zhenia¹ con voz lánguida-. Empollas, empollas, ¿y para qué? Dicho sea de paso, claro es que hay que estudiar -añadió en otro tono, ya más animoso-. Y eso es lo que hago yo. Pero circulan rumores de que tú no haces nada en absoluto.

- No hago nada -reconoció indiferente Volodia.

- ¿Ves? ¡Eso no está bien! Por lo que a mí respecta, algunas asignaturas no se me dan bien, tengo que hacer un esfuerzo colosal. Pero, además, debes tener en cuenta que tuve tuberculosis.

- ¡Tú, tuberculoso, vamos, anda! -se sonrió Ustímenko, mirando el sonrosado rostro de Eugenio.

- Las apariencias en este caso son en extremo engañosas -contestó Zhenia ofendido-. En general, la tuberculosis no hay que comprenderla...

"En general" era la expresión preferida de Eugenio. Y así le llamaban: "En general". Habló largo y tendido sobre la tuberculosis, explicó cómo lograron librarle de esta terrible enfermedad: literalmente le habían salvado empleando toda clase de remedios, hasta el áloe y la miel con manteca de cerdo.

- ¡El amor maternal es capaz de mover montañas! -pronunció Eugenio patéticamente. A veces le gustaba soltar frasecitas de éstas, pero Volodia abrió la boca en un prolongado bostezo y Eugenio dejó de hablar de la tuberculosis. Después empezó a criticar a Volodia.

- Te has apartado, además, de los compañeros de escuela -dijo en tono benevolente- y, en general, guardas ese hermetismo. Eso no está bien. ¡Hay que tener el ardor del komsomol, ser animoso, sentir la alegría de vivir! No hay que olvidar que estudiamos en nuestra escuela soviética, en una buena escuela de trabajo, y no en un *college* burgués.

- ¿Y por qué sabes tú que mi escuela es buena? -preguntó Volodia.

¹ Derivado del nombre Eugenio.

- Todas nuestras escuelas, en general, son mejores que los *colleges* burgueses. -De pronto hizo un guiño a Volodia-: ¡Demuéstrame lo contrario!

Ustímenko no quería ni podía demostrarle lo contrario y Eugenio continuó:

- Si es que encuentras dificultades, los compañeros de la escuela y los maestros te ayudarán. ¿Acaso no formáis un grupo bien avenido todos los muchachos de tu clase? Si formáis un grupo unido, ellos te ayudarán. Tenéis a Volodia Sujarévich, tu tocayo: es un badulaque, no cabe duda, pero está lleno de impulsos generosos. He oído decir de él que siempre saca adelante a los rezagados. Habla con él, te sacará...

En la habitación vecina se oyó la sonora risa de Dódik. Zhenia se levantó y, chancleteando con las zapatillas, se acercó a la puerta y la cerró bien, diciendo luego preocupado:

- Verdaderamente, no sé qué hacer. Aquí pasa los días y las noches este camarada especulador con autos y motos. ¿Y qué es lo que ha encontrado mi mamita en él? ¡Oh, vendrá el terror de los mares y entonces sí que habrá una conversación divertida!...

Volodia pestañeó perplejo: "El terror de los mares?", tal era, al parecer, el nombre que Eugenio daba a su padrastró. De las noches pasadas en vela leyendo libros que no tenían nada que ver con el programa de la escuela, Volodia sentía dolor en la nuca y le parecía que le había entrado arena en los ojos.

- ¿Y por qué va a haber una conversación divertida? -preguntó Volodia.

- ¿No lo adivinas?

- No.

- ¡Supongo que a los maridos no les hará ninguna gracia una situación así!

Y Eugenio indicó con la cabeza hacia la puerta, tras de la que se oían las carcajadas de madame Lis. Pero Volodia seguía sin comprender.

- Bueno -dijo-, pero, a pesar de todo, ¿qué hacer?

- En general, tienes que refrenarte -le recomendó Eugenio-. Hablando como amigos, de hombre a hombre, te diré, que, naturalmente, tú eres más capaz que yo, pero te dispersas, amiguito. Claro está que es un aburrimiento, pero hay que terminar los estudios en la escuela. Hoy tenemos a nuestros papaitos, pero mañana tendremos que encontrarnos cara a cara con nuestro destino. No vamos a ir a trabajar de cargadores...

Y, arrojando el libro de Física sobre el diván, Eugenio empezó a aleccionar a Volodia. Como siempre, le guiaba muy buena intención, pero estas enseñanzas producían en Volodia la misma impresión que si se hubiera hartado de caramelos. Claro es, Eugenio tenía razón, pero así, a su manera, de soslayo, con cinismo. Mirando fijo delante de sí con sus transparentes, Eugenio dijo, recreándose en sus palabras:

- Por ejemplo, el círculo. Esto es cosa tuya, pero a la escuela le agrada tener un buen círculo dramático y dar representaciones artísticas. En el consejo pedagógico esto lo tienen en cuenta. O, tomemos el periódico mural. Yo, por ejemplo, ya es el segundo año que soy el redactor-jefe. Esto me hace a mí tanta falta como el saludo a un perro, pero *a ellos* les hace falta. ¿Te parecerá que en esto pierdo mucho tiempo? Pero yo he hecho mis cálculos: todos los maestros saben que soy redactor y no pueden dejar de tener en cuenta mi trabajo social. Y, por otra parte, los maestros también son personas. Leen en el periódico algo que les halaga, algunas palabras de agradecimiento, amables. Tú, por ejemplo, sientes afición por las ciencias naturales. Magnífico. Esas cosas le gustan a la escuela, pero dentro de sus límites, mi querido amigo, dentro de los límites de la escuela. Hay que formar un grupo activo, ir a ver al maestro y decirle: Fulanito Ivánovich, nosotros, los muchachos, le rogamos encarecidamente que dirija el círculo de ciencias naturales. Usted y sólo usted... ¿Comprendido?

Eugenio sacó un pitillo del cajón de la mesilla, lo encendió y se estiró:

- ¿Está claro?

- No, no eres tonto -repuso Volodia.

- ¡En eso estamos! -suspirió Eugenio, y luego preguntó-: ¿Vas a esperar a Varia?

Volodia, sombrío, se encaminó a su casa. Y, ya en la calle, durante largo tiempo le pareció sentir el olor a galletas de vainilla y escuchar la voz lánguida de Zhenia. En la esquina, junto al monumento a Radíchev, encontró a Varia. Iba con los muchachos de su círculo y le saludó con la mano. En el aire seco y helado se oyó como galleaba con tono petulante Sevka Shapiro, el director del cuadro artístico.

- Yo apoyo los principios de la biomecánica y rechazo por completo la doctrina de Stanislavski. Con todos mis respetos...

"¡Estúpidos!", pensó Volodia, como una persona ya entrada en años. Y se sorprendió: no hacía tanto tiempo que todo esto le interesaba también a él.

"¡Tan-an!", resonó un largo tañido allá en lo alto, en el cielo. Tocaban las campanas de la catedral, pues era sábado. "¡Tan-an!".

*¡Abajo, abajo los frailes,
Abajo, abajo los popes!
Nos colaremos en el cielo
y echaremos a los dioses...*

A su encuentro venían los muchachos del círculo antirreligioso de la escuela. Volodia se paró y dijo a Galina Anójjina, la presidenta:

- "¡Los echaremos, los echaremos!" ¿Qué vale esa propaganda? Mejor sería que escucharais una conferencia sobre la Inquisición...

Los del círculo rodearon a Galia y Volodia.

Estaban muy alegres y no tenían ningún deseo de oír cosas tristes sobre Giordano Bruno o sobre Bruno de Nola, como llamaba Ustímenko a este gran hombre. Ni de Miguel Servet querían saber nada hoy; le habían quemado dos veces: la primera vez, en efigie, pero después le quemaron a él mismo con todos los libros que había escrito. Y a Andrés Vesalio, padre de la cátedra de Anatomía, también le mataron los malditos inquisidores. Le impusieron como penitencia ir a los santos lugares, y el barco en que navegaba Vesalio se hundió.

- ¡Un acto de sabotaje, claro está! -dijo Gubin, un compañero de Volodia-. Preparado especialmente.

- Y Galileo retrocedió -continuó Volodia-, tuvo miedo. Puso la mano sobre el Evangelio y declaró que se arrodillaba ante su eminencia el Inquisidor General y juraba creer en adelante en todo lo que la iglesia reconocía como dogma y enseñaba. Bien es verdad que ya era viejo...

"¡Tan-an!" -se oyó en el campanario-. "¡Tan-an, tan-an!"

- ¡Bueno, vamos, muchachos!-dijo Galia-. A propósito, Ustímenko, no estaría mal que tú mismo nos dieras una conferencia...

Y se fueron todos juntos, un poco desconcertados por la sabiduría de Volodia, por el iracundo brillo de sus ojos y por su delgadez.

- Lecciones y más lecciones -murmuró Anójina, descontenta-. Vaya un maestro que nos ha salido.

- No digas eso -protestó Borís Gubin-. Volodia es un verdadero camarada, piensa y lee mucho.

El padre ha venido.

Ya en la entrada de la casa, sin haber encendido la luz, solamente por el olor a tabaco y a cuero, comprendió que había venido su padre. Sin quitarse siquiera el abrigo, Volodia, gritando de alegría, corrió a su habitación. Afanasi Petróvich estaba sentado junto a la mesa en su postura característica - muy erguido- leyendo un periódico. Tenía puesta su guerrera bien planchada y entallada, con las insignias de aviación y en la bocamanga relucían los galones dorados; el cinturón de cuero pendía del respaldo de la silla, lo que quería decir que el padre había venido para quedarse en casa y que hoy no iría a ninguna parte. Se saludaron, estrechándose la mano, como siempre: el padre, entornando algo los ojos, atrajo a Volodia hacía sí. No se llegaron a besar, no lo sabían hacer, pero Afanasi Petróvich estrechó ligeramente al hijo y dijo que se quitara el abrigo y se sentase a cenar. La tía Aglaia trajo de la cocina una empanada siberiana de pescado. Sus ojos reían llenos de gozo y toda la cara le resplandecía. Aglaia quería con toda el alma a su hermano, estaba orgullosa de él y su venida era siempre una fiesta para ella.

- ¡Informa! -dijo el padre, bebiéndose una copita de vodka fría.

Volodia le comunicó todo, sin decir ni una

palabra que no fuera verdad. Afanasi Petróvich sostenía un trozo de empanada con sus grandes manos Y miraba fijamente a su hijo.

- ¡Nada de lo que está diciendo es verdad! - exclamó Aglaia-. ¡Eso no puede ser de ninguna manera! Estudia mucho, seguramente es uno de los primeros en la escuela...

- ¿Qué causas? -preguntó el padre, sin prestar la menor atención a las exclamaciones de la hermana.

- ¡Esto después! -dijo Volodia-. Bueno, en resumidas cuentas, se trata de que he decidido firmemente dedicarme a la ciencia.

Afanasi Petróvich ni siquiera se permitió una sonrisa.

- Se pasa las noches estudiando -terció de nuevo la tía-, ha traído una cantidad de libros terrible y ahora sale con ésas... ¡Miente, todo lo que está diciendo es mentira!

Más tarde, cuando, rendida de sus ajetreos, la tía Aglaia se quedó dormida, ambos Ustímenko se sentaron el uno al lado del otro y Volodia escuchó a su padre.

- A mí me es difícil juzgar -dijo Afanasi Petróvich, dando una chupada al cigarrillo-. Yo no soy hombre de ciencia, soy piloto militar, pero supongo que toda ciencia debe tener su fundamento. Pongamos, por ejemplo, nuestro trabajo, el aire. Parece como si todo fuera tan sencillo, acercar las palancas hacia uno, alejarlas. Pero, sin embargo...

Como estaban sentados el uno al lado del otro, Volodia no veía hacia donde miraba su padre, pero sentía su mirada seria, severa, tranquila, lo mismo que su hombro delgado, de chico todavía, sentía sus poderosos músculos. Y experimentaba una apacible y completa felicidad. ¡Este hombre de perfil duro, con arrugas en el rostro curtido por el viento, este aviador audaz y valeroso era su padre, y hablar con él de igual a igual, buscando las palabras adecuadas, producía un sentimiento que no se podía comparar con nada!

- Sin embargo, hijo, esa sencillez no es una cosa tan sencilla -continuó pensativo Afanasi Petróvich-. Claro que para hacer algo únicamente no peor que cualquier otro no hace falta nada de particular; pero para hacer avanzar a la aviación un paso, un par de pasos, para esto hay que tener una base sólida: de golpe, en un dos por tres, con insolencia no se logra nada. Puedes creerme, yo ya soy persona madura y tú sólo te dispones a comenzar el camino.

Después, ya de noche, pasaron al chiribitil de Volodia y allí, entre libros, revistas y apuntes en desorden, sentados bajo la *Lección de Anatomía* de Rembrandt, el hijo empezó a contar al padre qué eran las ciencias naturales. Afanasi Petróvich estaba sentado en la cama de Volodia y observaba con atención y severidad el enjuto, pero enrojecido rostro de su hijo y escuchaba sus razonamientos acalorados acerca de los avances de la medicina, sobre cómo

Esta es tu causa

debe ser un verdadero innovador, qué caminos seguía la investigación de la albúmina artificial, cómo operarían el corazón humano...

- Eh, en esto, amiguito, no me vengas con embustes -dijo Afanasi Petróvich-. Operaciones en el corazón, eso es pasarse de la cuenta...

- ¡Pasarse de la cuenta! -protestó Volodia-. ¿Pasarse de la cuenta? Perdóname, padre, pero tus palabras me recuerdan a aquellos que se reían del doctor ruso Filíppov, que ya en los años del ochenta del siglo pasado hacía suturas en el corazón de los animales. Y el alemán Rhen en el año noventa y seis hizo una sutura en una herida del corazón y el enfermo quedó vivo. Los conservadores en la ciencia...

- Bueno, bueno -rezongó el padre con tono conciliador-, bueno, bueno, innovador, sigue fantaseando. ¿Y la cabeza también la coseréis de nuevo?

- ¡No es cosa de broma! -se ofendió Volodia-. A propósito, tú eres aviador, y los sueños sobre el hombre volador. ..

- Vamos, vamos -le interrumpió Afanasi Petróvich-, todo se comprende, sólo que, a lo mejor, la guerra...

- ¿Qué guerra? -preguntó Volodia sin comprender.

- ¿Tú lees los periódicos?

- Los leo. Es verdad que no los leo con mucha regularidad...

- Hay que leerlos con regularidad y comprender quiénes son Hitler, Goebbels, Himmler y Goering, ese cerdo que se da a sí mismo el nombre de aviador. Y también quién es Krupp von Bohlen. A nuestra unidad vino un día a vernos un comisario, un hombre muy inteligente. Hizo un profundo análisis -claro que no para divulgarlo- especialmente para nosotros, para los militares. Y, me parece, hijito, que si se arma un fregado, mucho me temo que todas esas albúminas artificiales queden en segundo plano...

- ¿En segundo plano? -preguntó con desánimo Volodia.

- Sin duda. Si no fuera por los imperialistas de todos los países, claro es que la ciencia avanzaría mucho más.

Afanasi Petróvich se desabrochó el cuello de la guerrera, quedó pensativo un instante, y después, con cierto timbre irónico, pero triste y ligeramente turbado, dijo:

- Nuestra familia va ascendiendo. Tu abuelo fue carretero en la región de Járkov; yo, como ves, soy guerrero, aviador, mando un regimiento, y mi hijo producirá albúmina artificial, será un hombre de ciencia. Si viviera tu madre, se alegraría. Bueno, venga, sigue contando...

Ya pasada la medianoche, Volodia se embaló. Los sueños los daba como cosa corriente en la ciencia, el futuro lejano, muy lejano, le parecía que era realidad.

Su padre suspiraba, pero sus ojos le miraban con alegría.

- En nuestra unidad tenemos uno así, el ingeniero militar Pronin -le interrumpió de pronto Afanasi Petróvich-. Es todo un tío, sabe mucho, sólo que escucharle largo tiempo es peligroso...

- ¿Por qué? -preguntó Volodia.

- Porque no mira por donde pisa. Sólo adelante. Y por el camino se puede tropezar con una piedra o con alguna otra cosa... lo pisas y después hay que limpiarse las botas. Vete ya a dormir, hijo.

Y, al ver que Volodia ponía cara de disgusto, agregó:

- Sin embargo, es mejor mirar a lo lejos, adelante, que mirar al suelo. Pero también hay que mirar por dónde vas.

A la mañana siguiente Volodia encontró dinero, que le había dejado su padre, y una nota en la que le decía que se comprara los libros que quisiera y todo lo que le hiciese falta para "que prepares cuanto antes, hijo, la albúmina artificial". La firma era oficial. "A. Ustímenko". Después una recomendación: "De todos modos, hasta que llegue el momento en que se pongan en claro las cosas, estudia, como corresponde a un ciudadano trabajador. Confío firmemente".

Los esqueletos no se venden.

Había bastante dinero: un fajo de billetes de treinta rublos y además dos de billetes pequeños, en total, toda una fortuna y Volodia decidió comprar inmediatamente un objeto que ya hacía mucho tiempo codiciaba con ilusión...

La tienda de material escolar que habían abierto no hacía mucho estaba cerca del mercado de la ciudad, al lado de la pista de patinar. Allí, junto al puesto de molletes, encontró Ustímenko a Varia, que estaba comiendo dos molletes a la vez, sujetándolos con fuerza con los dedos: uno relleno de carne y otro de col. Del brazo le pendían los patines. Se oía la banda de música tocando al otro lado de la alta valla que rodeaba la pista de patinar.

- ¿Quieres un mollete? -le preguntó Varia con la misma naturalidad que si se hubieran visto el día anterior-. ¡Están muy buenos! A mí me gustan más los fritos, sobre todo comiendo un par juntos...

Grandes y pesados copos de nieve caían en el gorro de Varia, en los molletes, en las mangas del abrigo.

- Otra vez se va a derretir el hielo de la pista. ¿Verdad, Vladímir? Qué invierno éste tan absurdo.

De pronto exclamó sorprendida:

- ¡Pero qué flaco estás!

"Bun-bun-bun" -se oían los timbales al otro lado de la valla-. "Bun-bun-bun".

- ¿Has patinado ya? -preguntó Volodia,

- ¡Ya he patinado! -mintió Varia, por si acaso- "¡Pero cómo le quiero, a pesar de todo! -pensaba la

muchacha, sintiendo los fuertes latidos de su corazón-. Incluso no está bien".

- Vamos a comprar un esqueleto.

- ¿El qué, el qué?

- ¡Un esqueleto humano! -pronunció Volodia-

Vamos a la tienda de material escolar. Los tienen en el escaparate. Los he visto.

- ¿Para la escuela?

- ¿Para qué escuela? -se enfadó Volodia-. Para mi uso particular.

- ¿Para ti? -y Varia le señaló con el dedo.

Y se fueron a comprarlo. Pero en la tienda, las cosas resultaron de manera muy distinta a como se las había imaginado Volodia. Un hombre calvo, de aspecto muy desagradable, con la boca cuajada de dientes de oro, le dijo a Volodia que los esqueletos humanos y de animales se vendían únicamente a los centros de enseñanza, previa presentación de la correspondiente nota de pedido y pagando por cuenta a la orden. A particulares no se les puede vender ninguna clase de esqueletos.

- ¿Y si es un hombre de ciencia? -preguntó Varia, indicando con la cabeza él Volodia. No era de las que se mordían la lengua.

- Los hombres de ciencia los adquieren a través de las instituciones científicas.

- ¿Y si no está adscrito a ninguna institución científica?

- ¡Entonces es lo mismo que si fuese un particular cualquiera! -dijo el dependiente, descubriendo su áurea dentadura.

- ¿Es que acaso vamos a especular con un esqueleto? -se enfadó Varia-. Si a una persona le hace falta, si esa persona se ha consagrado a la ciencia...

Volodia salió de la tienda avergonzado. Siempre tenía que armar escándalos esta Varia. Pero ella no aparecía, no acababa de salir. Pasados unos veinte minutos, Volodia volvió a entrar en la tienda: Varia estaba escribiendo en el libro de reclamaciones con letra grande, aún infantil. Volodia miró por encima de su hombro y leyó: "La negativa de vender esqueletos a personas particulares se puede calificar de cerrilismo..."

- ¡Varia! -susurró Volodia.

- ¡Déjate de remilgos! -replicó Varia con voz irritada.

- ¡Pero si es ridículo!

"...cerrilismo o algo *pior* aún..." , escribió Varia.

- Peor -la corrigió en voz baja Volodia.

- ¡Ya lo adivinarán! -dijo Varia-. ¡Tú, vete, Ustímenko, y déjame que lleve yo este asunto hasta su fin lógico!

A Varia le ardían las mejillas. Y un gracioso bucle se le había escapado de la trenza y le caía sobre una oreja, sobre su orejita con un pendiente azul en el pulpejo.

En lo del esqueleto no consiguieron nada. En

cambio, en una tienda de libros viejos de la plaza del 1º de Octubre, al lado de la catedral, Volodia compró un atlas de láminas de anatomía editado en el año mil novecientos, no muy caro y bastante bien conservado. Varia iba a su lado haciendo tintinear las cuchillas de los patines, el gorrito ladeado, la cara roja, y hablaba del burocratismo que existía aún y de que era necesario luchar implacablemente con estas malditas supervivencias del pasado.

- ¿Rodión Mefódievich escribe? -le preguntó Volodia.

- El domingo ha habido carta -le contestó Varia, y del burocratismo saltó a dar la noticia de que, probablemente, conseguiría dos entradas para ver en el Teatro de Arte *El tío Vania*-. Ya han venido, paran todos en el hotel *Moskávskaya*. Zina Kriúkova ha visto a dos. A quiénes, no lo sabe, pero puede ser que al camarada Kachálov y al camarada Livánov. Los dos llevaban abrigos de pieles. ¿De nuevo estás pensando en tus cosas?

- De todas maneras, en vuestra afición por el teatro hay algo sicopatológico -dijo Volodia-. Además, Varia, hablando en serio, ¿a quién le hace falta ese arte? No da nada, sólo es una pérdida de tiempo, un gasto sin sentido de las células nerviosas, una simple idiotez.

Otra vez se enfadaron, pero no del todo. Este domingo Varia vio en Volodia algo que no comprendían todavía en él las personas mayores, inteligentes, cultas; comprendió que tenía algo de excepcional. Y con alegre sorpresa entró en su chiribitil, en el que hacía ya tiempo que no había estado. Se sentó en una silla coja y escuchó con la boca entreabierta las ideas de Volodia sobre Pasteur y Koch, Pávlov y Méchnikov, Pirogov y Zajarin, sobre la posibilidad de luchar contra los tumores malignos, y, claro es, sobre las albúminas artificiales. Se quedó a comer también con Volodia y mientras tomaban la sopa, Varia le dijo:

- ¿Sabes, Volodia, que estoy mareada?

- ¿Cómo? -preguntó él.

- Pero si estás hablando tres horas seguidas, sin descansar ni un minuto.

- ¡Ah, ah! -no sin cierta malicia exclamó la tía Aglaia-. A ti, todavía, pero, ¿ya mí? Vienes del trabajo con la cabeza como un bombo, cansada, rendida, y él dale que dale con sus bacterias.

A pesar de todo, Volodia fue a ver *El tío Vania*. La jira del Teatro de Arte había revuelto de tal manera a toda la ciudad, que no había manera de abrirse paso hasta el nuevo edificio de la Casa de Cultura. La gente, con la cara alterada, con voz enronquecida, ya desde la calle de los Comunistas preguntaba si tenían alguna entrada de más. Sobre todo daba lástima ver a un militar entrado en años, que decía con tono desesperado que él no "pedía" para sí, sino para su hija...

- ¡Es una sicosis de masas! -dijo Volodia-. Sobre

esto tiene algo escrito el famoso Kraepelin.

Varia suspiró con resignación. "Kraepelin, pues que sea Kraepelin".

Las localidades no eran malas: primera fila de anfiteatro. Volodia compró el programa, sin mirarlo siquiera, se lo dio a Varia y con aire de superioridad empezó a recorrer con la mirada el patio de butacas y los palcos abarrotados.

Pero en esto comenzó a descorrerse la cortina con un roce apenas perceptible y empezó algo sorprendente. ¿Qué tenía que ver, en realidad, el hijo del aviador Ustímenko con todo aquello que le ocurría a Sonia, al tío Vania, al doctor Astrov y a otras personas, venidas de otro tiempo, de un mundo que no conocían ni Varia ni Volodia ni sus padres, ni siquiera sus abuelos? ¡Y qué no haría Volodia para no tener que avergonzarse ante Varia! Contaba hasta diez, apretaba los dientes hasta producirse dolor y se esforzaba por pensar en otras cosas; pero unas lágrimas malditas, absurdas, sin sentido, le escurrían sin cesar por la nariz y una incluso le cayó a Varia en la mano, cuando la alargaba para tomar el programa. Pero en el último acto Volodia se entregó por completo: ya no contaba ni apretaba los dientes; adelantando todo el cuerpo, contemplaba con rabia los sufrimientos humanos, haciéndose en su fuero interno algún juramento, apretando las manos sudorosas y limpiándose sin cesar las lágrimas que le brotaban...

Estaba casi a punto de terminar, cuando a su lado una mujer ya de edad, con un susurrante vestido de seda, dio un chillido ahogado y empezó a balbucear algo con voz desfallecida. Volodia la chistó en voz queda, pero ella no se tranquilizó y empezó a levantarse. La sisearon, pero ella dio un grito. Por suerte, el espectáculo terminó en el mismo momento. A través del velo de lágrimas, Volodia pudo ver la faz verdosa de su vecina, su boca torcida, dispuesta a lanzar un grito desgarrador en toda la sala.

- ¡Ratones! ¡Ratones! ¡Ratones! -balbuceó otra mujer vestida de verde.

- ¡Y qué tiene de particular! -dijo Volodia, recogiendo su ratita blanca amaestrada de las rodillas de su vecina-. ¿Qué hay de terrible en esto? Hoy apenas si la he dado de comer. Estaba aburrida y ha salido afuera.

A pesar de todo, los llevaron a la comisaría. El arte no ablandó el corazón de las vecinas de Volodia de la primera fila del anfiteatro de la Casa de Cultura. Después de haber llorado a lágrima viva viendo *El tío Vania*, aturdieron con sus voces estridentes al viejo miliciano, dándole a conocer los malintencionados y procaces propósitos de aquel joven. El miliciano levantaba acta. Varia estaba sentada en una silla en un rincón de la habitación y hacía guiños a Volodia. Le parecía que ella misma tenía alguna culpa.

Cuando las denunciadas se fueron, el guardia

preguntó:

- ¿Dónde está su ratita?

- ¡Aquí está! -dijo Volodia.

- ¡Oh, es blanca! -se sorprendió el miliciano.

- Tengo muchas -explicó Volodia-. Para hacer experimentos. Pero, sabe usted, estoy acostumbrado a ellas, me da lástima dejarlas. Son muy listas, y ésta está amaestrada. ¡Tómela, tómela en la mano!

El miliciano sostuvo la ratita en su oscura mano, se interesó por saber con qué las alimentaba Volodia y les dejó marchar en paz.

- ¡Muchas gracias, camarada jefe! -dijo Varia-. Pues, sabe usted, nos hubieran agitado la fiesta. Un espectáculo tan impresionante y, de repente, ahí tienes, te pescan y te llevan a la comisaría.

Mientras Varia hablaba, el bigotudo miliciano no apartaba los ojos de ella, mirándola con cara de pocos amigos, después preguntó:

¿No sé de dónde, joven, pero su cara me parece conocida?

-¿Se acuerda usted de la pelea? -dijo Varia.

- Yo no puedo recordar todas las peleas -repuso el miliciano-. Mi trabajo es tal...

- Bueno, en la pista de patinar de su puesto ayer hubo una pelea. Sí, sí, ayer mismo. No puede ser que lo haya olvidado.

Y ella, ruborizándose ligeramente, contó cómo el día anterior se habían peleado unos muchachos en la pista de hielo y que nadie intentó separarlos, entonces, ella se metió por medio y también le tocó lo suyo. Pero no se asustó, se volvió a interponer y empezó a gritar, al oír sus voces corrieron en ayuda...

- Ya, ya -pronunció el miliciano con voz de autoridad-. Su apellido es Stepánova. Stepánova Varia. Bueno, está bien, váyanse...

En la calle empezó a hablar otra vez del teatro. En su opinión, el Teatro de Arte de Moscú ya había dado todo lo que tenía que dar. Y también Vsévolod Meyerhold había cedido algunas posiciones. Por ejemplo, *La Dama de las Camelias* no era, ni mucho menos, lo que fue *El último, el decisivo*.

- ¿Pero tú has visto estas obras? -preguntó Ustímenko.

- ¡No las he visto, pero he leído lo que se ha escrito sobre ellas! -exclamó Varia-. Estoy al tanto por las revistas y leo las críticas. Y en nuestro estudio discutimos de muchas cosas...

Aquella tarde resultó extraña. No estaban de acuerdo en nada, pero, a pesar de todo, no podían separarse. Pasearon, se sentaron en un banco, se quedaron helados, pero todo el tiempo sentían que, sencillamente, no podían pasarse el uno sin el otro. ¿Y por qué? Ellos mismos no lo sabían...

El hombre todo lo puede.

Pese a todo, Vladímir Ustímenko pasó al décimo grado. En el consejo pedagógico se habló mucho de él; Smorodin estaba particularmente ofendido. El

viejo se sentía traicionado. "¡Imagínense ustedes! - exclamó-. ¡Figúrense ustedes! Este joven me ha hecho la siguiente pregunta: ¿en general, para qué sirven las obras literarias? ¡Enervan! ¡Y toda una teoría a propósito de *El tío Vania* que se ha dignado ver en el teatro!"

Otros maestros también hablaron de Volodia en el mismo tono. Podía ser el orgullo de la escuela y había descendido a tener notas muy medianas, pero lo más importante era su indiferencia hacia la escuela. ¿De dónde provenía esto?

La anciana Anna Filíppovna protestó: pues no es tan malo Vladímir Ustímenko, tiene muchas cosas positivas, no se pueden negar así porque sí las buenas cualidades del muchacho. Claro que, tomado en conjunto (Anna Filíppovna miró con recelo a la irritada Tatiana Efímovna, directora de estudios), en conjunto, Ustímenko, en realidad, se ha relajado, ha aflojado mucho, es preciso tomar medidas urgentes...

- Dicen que está absorbido por las ciencias naturales -explicó el maestro de Física, Egor Adámovich, a quien los escolares llamaban Adam-, pero a mi parecer, esto es un desatino. Si el joven sintiera efectivamente afición por las ciencias naturales, no saltaría por la ventana de la clase, ni arrastraría a otros camaradas a cometer tales excesos. Ruego que se reflexione en esto: al grito de "¡Los de Chapáev, seguidme!", un grandullón idiota salta al alféizar de la ventana...

La directora de estudios golpeó con el lápiz sobre la mesa. No quería que la atención del consejo pedagógico se centrara mucho sobre el asunto de la ventana, porque su hijo Fedia también era de los que habían saltado, y ella, teniendo en cuenta la continua falta de tacto de Adam, rompió una lanza en defensa de Volodia:

- El muchacho crece sin madre y, de hecho, sin padre -dijo-. Su tía, una camarada que ocupa un puesto responsable, no siempre puede vigilar a Vladímir Ustímenko. Yo, claro es, como maestra de matemáticas, tampoco estoy satisfecha de él...

En cada uno de los maestros hablaba su orgullo ofendido, pero ninguno pensaba, como ocurre a menudo con los maestros, que Volodia se encontraba en una situación muy crítica, que se hallaba hecho un lío, pero no como se lo hacen los haraganes sin dos dedos de juicio, sino precisamente como suele suceder a las naturalezas privilegiadas.

Acordaron hablar con el camarada Ustímenko, Afanasi Petróvich, o, en caso de que éste estuviese fuera, con la camarada Ustímenko, Aglaia Petrovna.

Aglaia Petrovna llegó por la mañana a la escuela. La severa Tatiana Efímovna recibió fríamente a la tía de Volodia. En las ventanas del despacho de la directora tamborileaba la lluvia, por la calzada de adoquines rodaban los carros con fastidioso traqueteo. Tatiana Efímovna hablaba con voz gangosa y se sonaba de vez en cuando: tenía gripe, a

la que ella llamaba al estilo antiguo "influenza".

- No lo niego -oyó decir Aglaia Petrovna-, Vladímir Ustímenko es un muchacho capaz. Tanto peor para él. Admitamos que esté absorbido por sus ciencias naturales. ¡Magnífico! Pero no es él solo... ahora miles y miles de jóvenes ciudadanos de nuestra inmensa Patria construyen aparatos de radio y modelos de aviones, pero, sin embargo, siguen con toda seriedad preocupándose de su formación...

La tía Aglaia bostezó inopinadamente. La directora de estudios, al advertirlo, continuó con tono enfadado:

- Por supuesto, usted también trabaja en el aparato de instrucción pública, pero no hace mucho, hace muy poco tiempo. Y la Inspección Obrera y Campesina, en donde usted trabajaba antes, tiene sus particularidades, lo mismo que, por ejemplo, las Escuelas de la Juventud Rural, que ahora dirige usted...

- Efectivamente, así es -asintió con indiferencia Aglaia Petrovna-, pero las Escuelas de la Juventud Rural, también son escuelas soviéticas...

- Tampoco nuestra escuela es un gimnasio zarista o un seminario, la nuestra es justamente una escuela soviética...

- ¡Ah, de eso ya estoy enterada! -exclamó la tía Aglaia-. Pero no perdamos el tiempo con palabras generales. Usted me ha llamado con urgencia, incluso de manera apremiante, según yo entiendo...

- La he llamado a usted -ya por completo irritada dijo Tatiana Efímovna- para comunicarle una noticia en extremo desagradable: si su sobrino no se enmienda y, perdone, si usted no se cuida de él, si a Vladímir Ustímenko no le empieza a preocupar seriamente el honor de la escuela, si él no comprende que nosotros no educamos genios individuales...

- Tatiana Efímovna -la interrumpió la tía Aglaia-, pero usted no me ha llamado para esto. Volodia mismo me lo ha dicho; se trata de otra cosa. Si no me equivoco, los muchachos han saltado por la ventana después de la clase de Física y...

La directora de estudios bajó la vista; no sabía que el mismo Ustímenko se lo había contado todo a su tía. Y en aquello andaba mezclado Fedia...

- Eso de los saltos por la ventana es una travesura -dijo Tatiana Efímovna, esforzándose por dominar sus nervios-. Descomedida, reprochable, pero una travesura. En cuanto al iniciador de esta travesura... Esa es la cuestión, Aglaia Petrovna. Su sobrino, de manera categórica e incluso con brusquedad, se ha negado a dar el nombre del iniciador.

- Que haya sido brusco, eso no está bien, pero el que no sea un delator, eso está muy bien -dijo Aglaia Petrovna, mirándola fijamente a los ojos-. En el que es un acusón en la escuela, a mi parecer, tampoco se podrá confiar en el combate.

- ¿Ah, tal es su criterio?

- ¡Sí, tal es! -afirmó enérgicamente la tía Aglaia-

Además, sobre esta cuestión existen distintas opiniones. Y esto es muy lamentable.

Se levantó, vigorosa, con las mejillas sonrosadas, una mirada un tanto burlona en sus negros y alargados ojos.

- Quiere decir que una conversación sincera con la maestra... -empezó a decir Tatiana Efimovna, pero la tía Aglaia no la dejó terminar:

- La sinceridad es una cosa y la delación es otra. La delación, la acusonería, la soplonería siempre son repugnantes. Ustedes deben educar a sus alumnos de manera que se digan los unos a los otros la verdad a la cara, y no que vengan aquí, a su despacho, a darle ciertas informaciones sólo a usted... ¡Hasta otro día!

Tatiana Efimovna no rechazó y la tía Aglaia se dijo para sí: "¡Oh; y cómo sé hacerme enemigos!"

Ya en la calle seguía pensando irritada: "¡Vaya con la directora de estudios! ¡Qué bicho!"

Volodia estaba en casa, bebía un vaso de leche al mismo tiempo que leía algo sobre la glándula tiroides. Ya no se acordaba en absoluto de que habían llamado a su tía a la escuela. Sus ojos resplandecían con una expresión de entusiasmo.

- ¿Sabes, tía Aglaia? -dijo-, la glándula tiroides es una cosa maravillosa. ¡Escucha! No, esto es sorprendente...

Alrededor de sus labios sonrosados se veía un leve bigotillo blanco de la leche que acababa de beber, los ojos le brillaban con una expresión blanda y alegre, todo él tenía todavía un aspecto infantil, las orejas como soplillos, los brazos larguiruchos, desgarrado. Aglaia se acercó a él, le atrajo hacia sí y le besó en el cuello, que hacía tiempo no había visto las tijeras del peluquero. Tales ternezas se las permitía la tía Aglaia una o dos veces al año.

- ¡Que no se vuelva a repetir esto el curso que viene! -le dijo con el tono más severo que pudo-. ¿Lo oyes, Volodia?

- ¿Qué es lo que no se debe repetir? -preguntó él distraídamente.

- Pues lo de saltar por la ventana, y las malas notas. ¿No se repetirá?

- No se repetirá -respondió Volodia, pensando en otra cosa-. Pero no me escuchas lo que te digo de la glándula tiroides...

- Sí, te escucho. Pero, a todo esto, no te puedo escuchar, ya es hora de irme al trabajo, la gente está esperándome...

- ¡Bueno, vete! -autorizó Volodia.

Aglaia se sonrió con tristeza:

- Me lo permites. Y no te interesa preguntarme qué gente te espera, qué novedades tienes, tía Aglaia, por qué hoy estás triste y ayer estabas alegre: esto no hay que esperarlo de ti. Ya verás, me enamoraré, me casaré y te dejaré solo...

"¿Qué le pasa?", se preguntó Volodia, por un instante sorprendido, pero al momento se olvidó de todo, enfrascándose de nuevo en sus libros y en sus

reflexiones sobre lo que había leído.

Era ya bien entrado el verano, el cielo estaba sin nubes, al otro lado de la ventana los arcos susurraban algo alegre y misterioso. De nuevo, sin saber cómo, perdió un largo rato. No tenía ganas de calentar la comida, comió un trozo de pan y bebió un vaso de leche medio agriada. Después notó que empezaba a oscurecer y encendió la lámpara. Al poco vino Zhenia Stepánov, preocupado, se entretuvo un poco con las ratitas blancas, y luego, balanceándose en la desvencijada mecedora, se lamentó:

- Viejo, estoy que ardo.

- ¿En qué sentido?

- Pues que el papaíto se ha dignado enviar una carta recomendándome ir a estudiar a la Escuela Naval Militar.

- ¿Rodión Mefódievich?

- El mismo.

- Pues ve.

- Pero eso es muy difícil.

Volodia se encogió de hombros.

- En la carta incluso hay versos -dijo Zhenia, sacando del bolsillo un sobre arrugado-. ¡Si "El terror de los mares" se desencadena, se acabó!

Y sacudiendo la hoja de papel, Eugenio leyó:

*Ni sangre ni ofensas al enemigo perdonasteis
y la bandera de combate más de una vez izasteis.
Las costas de Táurida y las aguas del Báltico
Preparan a nuestros hijos un cautivador relato...*

- ¿Y qué? -preguntó Ustímenko.

- Pues que yo no quiero oír ningún relato cautivador -contestó Eugenio con abierta sonrisa-. ¿Te has percatado?

Guardó cuidadosamente el sobre y, lanzando un suspiro, agregó:

- ¿Qué bandera de combate? ¡Gracias a Dios la revolución ya se ha realizado! ¿Qué más quiere?

"¡Oh, mejor sería que te fueras, Zhenia! ¿Qué es eso de ir lamentándose por casa de los amigos? ¿Acaso te aburres tanto contigo mismo?" Pero Eugenio no se marchaba. Seguía meciéndose y lamentándose:

- Comprendes, a mí no me interesa nada. Aún no me he encontrado a mí mismo...

- ¡Lo encontrarás!

- Qué vaya encontrar. ...

- Tú dices que no has encontrado algo. Por eso te digo que lo encontrarás...

Zhenia se ofendió, pero no por mucho tiempo.

- He venido a verte como amigo -dijo-, y tú ni siquiera me escuchas: yo, yo no me he encontrado a mí mismo.

- ¡A-ah! -exclamó Volodia y empezó a decirse para sus adentros como si rezara: "Vete, vete ya, Zhenia, vete y déjame".

Pero Eugenio no se marchaba: no tenía ya adonde

ir. Aquel día había hecho todo lo posible para distraerse: había estado dos veces en el cine, también en el Parque Zoológico para ver la nueva jirafa, había tomado un helado, había estado en el tiro.

- Varia me ha dicho que te dispones a ser un hombre eminente -dijo Eugenio-. ¿Es verdad?

- ¿Qué quieres decir con eso? -preguntó Volodia, sorprendido.

- ¿Te vas a meter a sabio?

- ¿Estás en tu juicio? ¿Qué es eso de te vas a meter? ¡Es una cosa interesante para mí!

- ¡In-te-re-san-te! -dijo Zhenia, alargando las sílabas-. ¿Qué hay en eso de interesante? Eso lo enseñarán después: seguramente en el Instituto de Medicina lo enseñan y lo hacen aprender de memoria.

Pero de pronto le brillaron los ojos y preguntó:

- ¿Y si presentase yo la solicitud en el Instituto de Medicina? ¿Qué te parece? Pues allí también te puedes especializar, por ejemplo, como cirujano, terapeuta, pediatra. Pero también hay médicos administradores.

- ¿Qué quieres decir? -preguntó Volodia, sin comprender.

- Pues que no es obligatorio que lo haga uno todo: descuartizar cadáveres, examinar las entrañas, curar, mirar por el microscopio. Pues, en general, alguien tiene que dirigir...

- ¡Sin duda, pero dirigen los doctores expertos, los profesores! -dijo Volodia-. ¿Quién va a dirigir, si no aquellos que saben más?

- ¿Tú crees? -preguntó, incrédulo, Eugenio.

Se rascó tras de la oreja, se quedó un momento callado, y después agregó, mostrándose de acuerdo:

- Acaso tengas razón. A mamá la operó de apendicitis el profesor Zhovtiak, el más famoso en nuestra ciudad. A veces nos visita. Y él ha dicho una vez: ser médico, eso es todavía una cosa sin importancia. Lo más importante viene luego: defender el grado, o la tesis, no recuerdo exactamente. Al parecer, defender la tesis para candidato a doctor en ciencias significa viajar por todas partes en tercera, pero la defensa de la tesis de doctor esto es ya viajar en primera y en tren exprés. En general, es difícilillo. Pero, ¿por qué, a pesar de todo, no empujar para adelante? El camarada Zhovtiak no es nada del otro mundo y, sin embargo, se ha hecho todo un personaje. Además, es jefe. ¿O acaso es un buen profesor?

Eugenio se irguió sobre sus cortas piernas, se estiró la chaqueta, cortada por el mismo sastre que se las hacía a Dódik, puso cara de circunstancias Y dijo en alta voz:

- El doctor Stepánov, Eugenio Rodiónovich.

Calló un instante y agregó luego:

- O el profesor Stepánov. Porque, si se hace uno médico, no hay que limitarse a ser de los simples, sino de los de oro. ¡Ser profesor! ¿Qué me aconsejas?

En los transparentes ojos de Zhenia brillaron unas chispas de malicia y Volodia, como le ocurría con frecuencia en presencia de Eugenio, se sintió como atontado. No tonto del todo, sino, así, como entontecido.

La tía Aglaia volvió del trabajo y al momento gritó enfadada:

- ¡Pero qué diablo de chico! Ni siquiera se sabe calentar la comida. ¿Y para qué te quedas todo el día en casa, calamidad?

Volodia, como disculpándose, se limitó a sonreírle. ¡Y cómo le gustaba a la tía Aglaia esta sonrisa; cuánto quería a este muchacho desde el día en que a la edad de tres meses se quedó a su cuidado! Y ahora ya era un hombre.

- ¡Cuellilargo! -le dijo ella-. ¡Eso es lo que eres: un cuellilargo!

Eugenio también se quedó a comer y se lamentó indolente:

- En casa es una pesadilla. Todo se hace como quiere Dódik. Varia se dispone a abandonar nuestros queridos penates... un escándalo tras otro...

- ¡Mejor sería que no chismorrearas! -pidióle la tía Aglaia.

- Al fin y al cabo, nada tengo yo que ver con eso. Les digo lo que pienso, como amigos -suspiró Eugenio-. Comprenderá usted, Aglaia Petrovna, que tampoco es muy fácil para mí. Es el momento decisivo, hay que elegir el camino de la vida. El papaíto escribe cartas muy serias, llenas de sentencias educativas. Varia canta *La patata* con sus komsomoles y ahora se va para todo el verano de guía de pioneros, y... ahí queda eso, apáñatelas...

- Pues ve tú de guía de pioneros -bromeó Aglaia.

- ¿Quién, yo?

- ¡Sí, tú!

- No, eso no puede ser. Yo no tengo la salud de Varia, yo soy de otra sangre...

- Sí, eso ya lo sabemos -dijo Aglaia, levantándose de la mesa-, tú tienes sangre azul...

Zhenia no se ofendió. Sabía no hacer caso de las cosas desagradables. Además, adoptaba siempre un aire un tanto irónico ante todo lo que decía Aglaia Petrovna o su padrastro, como si fuera mayor que ellos. - A propósito de eso de la sangre -dijo Eugenio-. Vladímir y yo estábamos cambiando algunas impresiones, y me parece que creo que he decidido consagrarme a la medicina.

- ¡Qué alegría para ella! -dijo con ironía Aglaia Petrovna.

- ¿Y qué? El profesor Zhovtiak visita a mamá, yo también le conozco, tiene autoridad y, si es preciso, me ayudará...

- ¡Escucha, Zhenia, todo esto, dicho sea entre nosotros, es bastante repugnante! ¿Acaso no lo comprendes tú mismo? -se exaltó de pronto Aglaia Petrovna.

Eugenio incluso dio una fuerte palmada.

- ¡Dios mío! -exclamó con sinceridad-. ¡La vida es la vida! Bien está para Volodia, que tiene un talento fantástico, ¿pero yo? Únicamente de ortodoxia no se vive, eso está bien claro para todo el mundo...

Y empezó a explicar por qué no podía ser marino:

- Estoy seguro que padezco el mal de mar. Ni siquiera puedo soportar cuando se balancea el barco en el río. Y, en general, el mar no es mi elemento. Todas estas resacas, oleajes, borrascas, tempestades... El padre en este sentido es un idealista. Juzguen ustedes mismos...

Por fin, Eugenio se fue, la tía Aglaia, cansada del ajetreo de todo el día, se acostó y Volodia se quedó tranquilo. Ya bien avanzada la noche, la bombilla empezó de pronto a crepitar, como si se fuera a fundir, y Volodia se asustó, pensando que iba a quedarse a oscuras y no podría terminar de leer el capítulo, pero la lámpara dejó de chisporrotear y no se fundió. Volodia leía apretando las palmas de las manos; y, de pronto, dio un salto y empezó a ir y a venir por su chiribitil, susurrando satisfecho:

- ¡Qué bien, qué admirable, qué magnífico! ¡Todo lo puede la razón, todo!

"Y entonces este hombre -leía Volodia-, este investigador solitario, provocando odio feroz en unos y un feliz estremecimiento de entusiasmo en otros, arrancó por fin la medicina de las cadenas de las tradiciones. ¡La medicina, que había sido en un tiempo gloria de la ciencia, se fue convirtiendo al correr de los años en su oprobio!"

A Ustímenko le ardía el rostro, un escalofrío le recorrió la espalda. Ahora comprendía mucho más sobre tales temas Vladímir Ustímenko, de quien en el Consejo Pedagógico de la escuela N° 29 habían hablado con tanta hostilidad. Comprendía más, pero estaba muy lejos de comprenderlo todo...

Eran ya las cuatro cuando se oyó chirriar la puerta y entró la tía Aglaia, soñolienta, con las trenzas sueltas sobre los hombros.

- ¡Te voy a echar de casa! -dijo-. ¿Cómo es posible que quieras acabar siendo un lisiado? ¡Mira lo que pareces! ¿Cuándo se va a terminar todo esto?

- ¡Nunca! -contestó Volodia sin sonreír-. ¡Nunca, tía Aglaia! Y no te enfades. Mira, vamos a comer algo, estoy verdaderamente mareado del hambre que tengo.

En silencio, se comió una tortilla de seis huevos, una rebanada grande de pan con mantequilla, un vaso de leche cuajada y miró alrededor buscando algo más que comer.

- ¡Basta ya! -exclamó la tía-. ¡Vas a reventar!

- ¡El hombre todo lo puede! -dijo Volodia con el pensamiento puesto en lo suyo.

- ¿Lo dices por la comida? -preguntóle sonriendo Aglaia Petrovna.

El la miró con ojos asustados.

Capítulo II.

Tifus.

En el mes de febrero del año 1919 el ex marino del *dreadnought "Petropávlovsk"* Rodión Stepánov inesperadamente para él fue nombrado ayudante del jefe del nudo ferroviario de Petrogrado, y a los pocos días le nombraron jefe. Hasta el mes de marzo Rodión Mefódievich dormía encima de la mesa de su despacho, después se sintió de pronto horriblemente cansado, y, resolviendo dormir como era debido, pidió que le dieran una autorización para "cualquier entrepuente". Recibió un papel gris con una firma ininteligible y un sello borroso y se dirigió a las señas indicadas, a la calle Furshtádskaya, golpeó en la puerta de roble con su fuerte puño tatuado de marinero y, sin mirar a la mujer que le abrió, entró en una habitación grande, con ventanas de estilo veneciano, pesadas cortinas y un enorme diván tapizado de cuero.

De su ajuar llevó consigo dos camisas muy buenas, de hilo de Holanda, que habían dado a los jefes, una ración de pan mal cocido y pesado, seis cigarrillos habanos, un revólver, media libra de azúcar y una antigua mochila de tino militar.

Apenas hubo entrado en la habitación fría, pero que a Rodión Stepánov, después de lo sufrido en aquellos años, le pareció extraordinariamente acogedora, se desplomó en el diván y, exhalando un leve suspiro, perdió el conocimiento. Aquello que él tomaba por cansancio era el principio del tifus exantemático.

Alevtina, la doncella de los señores Gógoliev -Alia, como la llamaba el abogado Borís Vissariónovich Gógoliev- que después de la huida de sus señores se había quedado con un hijito de cinco meses, estuvo largo rato atenta a los quejidos de aquel "comisario del diablo", después, asustada al pensar que si le ocurriera algo le pedirían a ella cuentas, entró en la habitación tímidamente.

- ¡Agua! -pedía a gritos el marinero.

Resulta que no se quejaba, sino que pedía "¡agua!" Alevtina le trajo agua y con aprensión (los Gógoliev habían inculcado a su sirvienta la manía de la pulcritud y de la escrupulosidad) le dio de beber al marinero en una taza finísima de un juego de té chino. Luego, con Zhenia en los brazos, subió corriendo al piso de arriba, donde vivía el ginecólogo von Pappé, muy de moda en Petersburgo en aquel entonces. Gustav Alfrédovich estaba tomando una taza de auténtico café y al principio se negó rotundamente a visitar al comisario, pero, después de pensarlo mejor, resolvió que la maldita Alevtina podría denunciarle y entró en el despacho de Gógoliev.

- ¡Tifus! -dijo con su voz atiplada de mujer-. Ten cuidado, Alevtina, que no os deje piojos aquí, os infectará a ti y a tu Zhenia.

La ex doncella miró al doctor con tristeza. Por si acaso, para suavizar la rudeza de sus palabras, Gustav Alfrédovich hizo una carantoña a Zhenia y, moviendo los dedos levantados en el aire, como dos cuernecillos, agregó:

- ¡Cuánto tiene que sufrir el desgraciado pueblo!

En este instante la mirada del doctor se clavó en los cigarrillos.

- Estos me los llevo -dijo apresuradamente-. A los comisarios no les hacen ninguna falta.

- ¡Me hacen falta! -se oyó desde el diván la voz áspera, aunque débil, de Stepánov-. ¡Tú, jeta de burgués, si que no me haces ninguna falta!

Y, dirigiéndose a Alevtina, el comisario ordenó:

- ¡Dama, agárrale por el pescuezo y échale de aquí! Seguramente porque Rodión Mefódievich desvariaba un poco, dijo todavía unas cuantas palabras gruesas, al oír las cuales von Pappe se desconcertó y salió de estampía. Después el comisario mandó a Alevtina a la comandancia de la estación para que le entregaran allí la ración que le correspondía y enviaran un "médico competente" y para que le "ayudasen en lo que pudieran", como se expresó Stepánov. "Pues, para qué morir sin pena ni gloria".

- No es conveniente desde el punto de vista de la revolución mundial -dijo en voz baja, pero firme, el comisario-. Así es que, dama, transmita que no es conveniente. ¿Comprende?

Alevtina no se movió del sitio.

- ¿Qué es esto, sabotaje? -preguntó Stepánov-. Piénselo bien: si estiro la pata, usted responderá.

- Bueno, iré -contestó Alevtina-, ¿sólo que usted... aquí?

El comisario sonrió se y ordenó:

- ¡Escucha unos versos que hablan de nosotros! Alevtina, dominada por aquel hombre, se sentó asustada en el borde de un sillón, y él recitó:

*Héroes de los mares, albatros, errantes eternos,
Invitados a la mesa de estentóreos festines.
Raza de águilas marinas, marineros,
A vosotros, mi fulminea canción con palabras de rubíes.*

Luego preguntó:

- ¿Está clarito ahora, dama?

Y sus ojos sonrieron.

Alevtina, con el niño en brazos, se puso en camino. Unas dos horas después llegó toda una delegación a visitar al comisario: todos ellos eran gentes ennegrecidas por el hollín, de aspecto cansado, pero singularmente alegres. Y, a pesar de que empleaban palabras que Alevtina había olvidado en casa de los Gógoliev, aquellos hombres y mujeres le parecieron inesperadamente cercanos y muy simpáticos, sobre todo una mujer de edad con una cofia de hermana de la caridad, el rostro arrugado y

las manos ásperas y huesudas como las de un hombre.

- ¿Eres viuda? -le preguntó a Alevtina.

Esta bajó los ojos.

- Entonces, aún más triste -dijo la mujer de edad-. Sólo que, camarada, no hay por qué llorar. Aquellos tiempos han terminado, ahora tendrás la ayuda necesaria de todo el pueblo...

Todo resultaba ahora extraño, insólito, inesperado: lo que antes parecía vergonzoso y humillante, era de pronto apoyado por todo el pueblo. El que la vieja hubiera llamado a Alevtina "camarada", el que aquellas gentes a quienes ella calificaba para sus adentros de "granujas" y Gógoliev denominaba "ganado", estuvieran con ella amables e incluso la invitaran a comer con ellos sopa de carne de caballo y mijo: todo esto en un instante transformó, cambió la vida para Alevtina. Empezó a andar con más seguridad, ya no bajaba los ojos, ya no se sentía avergonzada de no tener y de no haber tenido marido.

El comisario se reponía rápidamente.

Alevtina abrió un desván secreto, sacó de allí ropa de cama, vendió una araña de porcelana antigua, compró víveres, incluso un trozo de tocino, que en Petrogrado llamaban *speck*. Y al ver que Stepánov tenía la barba bastante crecida, Alevtina, después de dudarle un poco, sacó de un neceser inglés de cuero amarillo, que perteneció al dueño de la casa, siete magníficas navajas de afeitar con un día de la semana grabado en cada una de ellas: lunes, martes, etc.

- ¿Para qué demonios le hacían falta siete navajas de afeitar? -se asombró Stepánov.

- "¡El metal debe descansar!" -repitió Alevtina la sentencia de Gógoliev-. Por eso hay una navaja para cada día de la semana.

- ¡Vaya con los hijos de perra! -juró el comisario, riendo.

La navaja con la inscripción "domingo" se la quedó para sí y las demás las repartió entre sus amigos.

- ¡No tiene usted derecho! -chilló Alevtina-. ¡No son tuyas, Borís Vissariónovich volverá!

- ¿Y para qué va a volver? -objetó tranquilamente Stepánov.

- ¡Estas son sus navajas!

- Una, es verdad, se la podía haber dejado, pero siete son muchas -razonó Rodión Mefódievich-. Ahora, damita, todo esto pertenece al pueblo. Y no hay por qué escandalizar.

- De todos modos, Borís Vissariónovich le dará a usted.

- ¿Y no resultará acaso que sea yo quien le dé a él?

Y de nuevo sus ojos sonrieron.

Reflexionando en alguna cosa suya, Rodión Mefódievich canturreó durante largo rato:

*A lo largo del pasillo, trémula,
Brilla la lucecita vigía;
Y, tintineando espuela con espuela,
El centinela se aburre de la vida...*

- ¿Ha estado usted en la cárcel? -le preguntó una vez Alevtina.

- No, ciudadana, no he estado en la cárcel, aunque sí he estado en la cárcel de pueblos llamada Imperio Ruso.

Alevtina no comprendió, pero, por si acaso, lanzó un suspiro de condolencia. En otros tiempos venían a visitar a Borís Vissariónovich unos señores barbudos, de crespos cabellos, que hablaban mucho y de los que la esposa del abogado decía que eran "mártires por la causa del pueblo". Después, durante algún tiempo, estos mártires iban vestidos con guerreras militares y polainas y andaban en automóvil, luego, desaparecieron al mismo tiempo que Gógoliev. No había manera de comprender nada. Pero Alevtina le echaba al comisario unas miradas cada vez más prolongadas, hablaba con él más detenidamente y escuchaba con mayor atención sus deshilvanados relatos. Y ella misma de vez en cuando sentía sobre sí la mirada penetrante de Rodión Mefódievich.

En cuanto se pudo levantar, Stepánov ordenó a Alevtina que descubriera todos los nidos secretos de la casa de los Gógoliev. Alevtina empezó a sollozar, y también rompió a berrear el pequeño Zhenia.

- No es para mí -díjole sombrío Rodión Mefódievich-. Por mí y por ti. Hay que requisarlo y no venderlo a escondidas.

Alevtina arreció en su llanto. Había aprendido a sollozar así de la esposa de Gógoliev, Victoria Lvovna. Y Zhenia la secundaba con toda su pequeña fuerza, pero de manera bastante estridente. A pesar de todo, Stepánov hizo la requisita según todas las ordenanzas. Humedeciendo con saliva un lápiz de tinta, escribió la lista de las "fruslerías burguesas del ex ciudadano Gógoliev" y con un sello de lacre, propiedad de Borís Vissariónovich, precintó todos los baúles, cofres, armarios, desvanes y escondrijos.

- ¡Está usted loco! -exclamó Alevtina, sin dejar de sollozar-. ¡Podríamos haber seguido usándolo!

- ¡No soy un loco, sino un marinero revolucionario! -con tono aleccionador pronunció Rodión-. No hemos liquidado a vuestro Nicolasito para aprovecharnos nosotros bajo cuerda. Le hemos echado para bien de todo el pueblo... Y la araña, dicho sea de paso, la he registrado como vendida para curarme del tifus...

La requisita y los lamentos de Alevtina cansaron de tal manera a Stepánov que tuvo que acostarse. Aquella tarde, sin saber por qué, Alevtina le contó su vida. Ella escuchaba en silencio, tendido en el diván, con sus fuertes brazos bajo la cabeza, los ojos medio cerrados.

- ¿Así es que te abofeteaba? -preguntó de pronto

Rodión.

- ¡Me abofeteaba! -Alevtina asintió con la cabeza, mordiéndose los labios.

- ¿Cuántos años tenías entonces?

- No había cumplido todavía los dieciséis.

- ¡Parásitos, perros; rediós! -masculló Rodión.

- ¿Por qué maldice así?

- Me da lástima de vosotros, por eso maldigo.

Después de unos instantes preguntó:

- ¿De quién es hijo Zhenia?

- Venía por aquí un sargento, ciclista, muy bien parecido... -de nuevo sollozó Alevtina.

- No berrees. ¿Y a dónde ha ido a parar?

- ¡Cualquiera sabe!

- ¡Ya te he dicho que no berrees! Ahora ha comenzado una nueva vida. Lo que tienes que hacer es estudiar. Sabiendo, podrás ser independiente y ocupar cualquier puesto.

- ¡Pero si soy medio analfabeta!

- ¿Y yo quién soy?

- Pues seguirá siendo lo que es, un marinero inculto.

Rodión Mefódievich no se ofendió, sino que se sonrió en la penumbra y dijo:

- ¡Te equivocas, Alia! La revolución proletaria no necesita marineros incultos. En cuanto acabemos con la hidra, iré a estudiar...

Alevtina miró a Stepánov a hurtadillas y se admiró de la firme e irrefutable seguridad que se notaba en toda su persona. Y Stepánov hablaba sin levantar la voz, clavada la mirada en el techo artesonado del despacho del abogado Gógoliev.

- Yo llegué a la flota, es verdad, siendo un hombre inculto de los bosques de Voznesensk. ¿Has oído hablar de ellos? Mi padre era analfabeto. Llegué a ser instructor de minas, después me degradaron a marinero de segunda y me enviaron a *Petropávlovsk*. La cabeza me funcionaba. Me encontraba en el *Aurora* cuando disparó contra el Palacio de Invierno...

- ¿Ha disparado contra el Palacio de Invierno? -se horrorizó Alevtina.

- Otros dispararon. Nosotros, verdad es, disparamos una salva sólo con pólvora. A mí no me ha cabido tal honor -dijo Stepánov con una sonrisa-. Pero en el *Aurora* sí he prestado servicio...

Agarró de un brazo a Alevtina.

Ella, sumisa y silenciosa, se inclinó hacia él. Stepánov se volvió y la pidió:

- Alia, siéntate un poquito más allá. Te pegaré el tifus, un encanto...

Alevtina se sonrió en silencio: ¡ahora sería ella comisaria! A tales toritos no es difícil sujetarlos del cabestro. ¡Un sentimental! Incluso se le había contraído el rostro cuando ella le contaba cómo la pegaban. Y, dicho sea de paso, no pasó nada de particular: rompió un frasco y cobró por ello...

- ¡Enséñeme esa canción que canta usted! -pidió a

Stepánov.

- ¿Cuál?

- ¡La de la lucecita! Cómo el centinela se aburre de la vida...

- ¡Bueno! -accedió Stepánov y empezó a cantar en voz baja:

*La noche es oscura, gana los minutos,
Pues los muros de la cárcel son robustos,
Y los portones están cerrados
Con grandes y férreos candados...*

Marido y mujer

Un mes después vivían ya como marido y mujer. Eugenio tenía ahora un apellido, Stepánov; Alevtina era la esposa del comisario, no era ya la doncella, no era la criada de los señores Gógoliev, era la dueña de su casa, una mujer respetada. Para olvidar por completo el odioso pasado, pidió a Rodión cambiarse a otra parte de la ciudad, a la isla Vasílievski o aunque fuera a la barriada de Víborg.

- ¿Por qué "aunque sea"? -preguntó Stepánov con gesto adusto-. ¿Te das cuenta de lo que dices?

- Porque en la barriada de Víborg no hay más que obreros -dijo Alevtina-, gente grosera.

- ¡Imbécil! -la interrumpió Stepánov-. ¿Y tú de qué nobles procedes?

- No procedo de nobles, pero soy la esposa de un hombre destacado -dijo Alevtina con gesto hosco.

Se trasladaron a la isla Vasílievski. Empezó una primavera de hambre. Stepánov no salía de su trabajo en el nudo ferroviario, con frecuencia pasaba las noches fuera de casa y cuando se desplomaba en el lecho junto a Alevtina rechinaba los dientes y soltaba terribles palabras:

- Saboteadores, ambiciosos, os haré fusilar, entonces será tarde...

Las noches blancas, peligrosas, inquietas corrían tras las ventanas desnudas, sin cortinas. Alevtina miraba con fijeza el rostro joven, terriblemente agotado del marido, sus ojos hundidos, sus labios resecos y soñaba con pasión, con angustia, con dolor de corazón: ¡que llegue a ser jefe, el más importante, que esté por encima de todos, que le teman, que pueda pasearse ella, Alevtina, en un automóvil rojo, con grandes faros, imponente, como el que a veces venía a buscar a la esposa del abogado Gógoliev! Estaba dominada por una rabiosa manía de grandeza. ¡Que pudiera vivir hasta que le llegara su hora, entonces demostraría ella lo que era, entonces todos verían! En espera del regreso de su marido, Alevtina se dedicaba a la lectura de libros sobre la vida de príncipes, barones y marqueses, vestía a Zhenia con ropa de señores, como los Gógoliev vestían a su Guga, con puntillas, vestiditos de terciopelo, boinitas y gorritos historiados. Y echaba el té de zanahoria en finas tazas de Sajonia.

En otoño, Stepánov pasó a disposición del

Consejo Militar Revolucionario de la Flota de Astraján. Algunos amigos de Rodión visitaban de vez en cuando a Alevtina, aconsejándola que fuera a trabajar, y le traían la ración de víveres. Ella recibía a aquellos hombres con sequedad, apretaba los labios, y apenas si conversaba con ellos. Todo lo que correspondía al marido, y también lo que no le correspondía, lo recibía ella en los exhaustos depósitos de Petrogrado. Y en seguida aprendió a pronunciar palabras que ella consideraba indispensables:

- ¡Ah, se han agazapado, los miserables! -decía, llevando en brazos al mofletudo Zhenia, cubierto a propósito con un raído capuchón-. ¡Y, mientras, que se muera de hambre la mujer del comisario! Bueno, pues iré a la Cheka, y a todos os calentarán. Ya os sacudirán, engendros burgueses. Os pondrán contra el paredón a un par o dos: pronto se encontrará la confitura.

La confitura se encontraba, pero de todos modos la cosa andaba muy apurada. El automóvil llamativo seguía sin aparecer, y en sedas y en sombreros de paja negra nadie pensaba ni remotamente. Pero Alevtina esperaba, esperaba con ansiedad, con rabia, hasta con furia. ¡Ya obligará ella al "suyo" a hacerlo todo! Con ella no se gastan bromas, no era de esas. Y el magnífico mundo de las cosas caras, diversas, sorprendentes, se lo imaginaba en su vacía habitación: de pronto aparecían ante ella unos armarios tallados, con apliques de cobre, llenos de vestidos perfumados, sillas "chipendal" -recordaba este nombre-, frascos de esencia, boas de piel, capas de cebellina, guantes, peinadores, tapices, un cuarto de baño todo azul, como el del barón Rosenau en la calle Furshtádsкая, tules, cajas de polvos, juegos de té, mesitas con ruedas. Todo esto lo había visto ella antes y quería que le perteneciera ahora, quería abrir las puertas y pasar de una habitación a otra y ser dueña, señora, propietaria...

- ¡Una hilera de habitaciones! -murmuraba con los labios resecos, y le parecía que estas palabras eran magníficas-. ¡Nordexprés! ¡Julia, ponga la pantalla delante de la chimenea!

O bombones de chocolate en cajas inmensas...

¡No importa, esperará!

Tendrá que esperar mucho tiempo, pero conseguirá lo suyo.

Mientras tanto, Rodión Mefódievich andaba por Ucrania a la caza de Néstor Majnó. Tres mil verstas retrocedió el atamán sin entrar en combate, desgastando las fuerzas del destacamento de Stepánov. Por allá, no muy lejos, corrían veloces por los caminos de la estepa las *tachankas*²; en los ricos caseríos los de Majnó dejaban escritas notitas ultrajantes; los *kurkuli*³ de cabeza cana, ceñudos,

² Antiguo carro ligero de combate armado de una ametralladora, tirado por caballos. (*N. de la Edit.*)

³ Kulaks ucranianos. (*N. de la Edit.*)

agasajaban a los hombres de Stepánov con agua solamente. Por las noches de aquel verano caluroso descargaban tormentas apacibles, casi agradables caían abundantes chaparrones templados.

Stepánov, con un representante del Comité Militar Revolucionario y otros cuatro chequistas, fue enviado para parlamentar con Majnó, llegar a un armisticio y descomponer así sus destacamentos. Cuando salieron del vagón donde estaba el mando del frente, ninguno de los seis comunistas designados por Frunze para realizar esta misión abrigaba la menor esperanza de volver vivo.

En Starobelsk, en una *jata*⁴ de techo bajo, impregnada toda ella de perfumes, sobre un colchón de pluma, y en una pose teatral, estaba tendido Néstor Majnó, picado de viruelas, sudoroso, los ojos amarillentos. A su alrededor se hallaban -unos sentados, otros de pie- los hombres de su confianza, con altos gorros de astracán echados hacia la nuca.

- ¿No será mejor conversar dejando a un lado las armas? -preguntó Majnó, sacudiendo su larga melena-. No me gustan las armas, soy hombre pacífico, bondadoso...

- ¡Tú, bondadoso! -contestó Stepánov, pero el arma no la soltó.

Rodión Mefódievich apenas durmió durante tres meses: Majnó podía acabar con los seis en cualquier momento, pues, además, vivían separados entre las bandas del atamán. Pero la labor lenta, minuciosa, daba sus frutos, cada vez era mayor el número de los hombres de Majnó que dudaban de su atamán, se hablaba cada día más alto de hacer la paz con los bolcheviques. Y cuando apareció el decreto del Poder soviético sobre la entrega de la tierra a los campesinos por un plazo de nueve años, Rodión Mefódievich ya no tuvo ningún fundamento para pensar que los de Majnó le podrían asesinar.

Por lo demás, Stepánov conservó algunos recuerdos de aquellos tiempos para toda su vida: por encima de la muñeca blanqueaba una cicatriz de un balazo de revólver, un casco de metralla le había rozado una paletilla, y durante mucho tiempo le estuvo molestando una herida en la parte baja de la pierna.

...Una tarde tranquila, la división en la que estaba de comisario el marinero del Báltico Stepánov salió a la orilla del mar de Azov. Los soldados se metieron en el agua para bañarse, Y Rodión Mefódievich sintióse de pronto dominado por la nostalgia y comprendió que debía volver sin falta a la flota, que sin el mar no podía vivir y que ya era hora de tomar a su trabajo verdadero.

Y empezó para él una vida en extremo difícil, en comparación con la cual los años de la guerra civil le parecían una broma: era necesario estudiar. Había que dominar el álgebra, la geometría, la

trigonometría: había que dibujar, leer en inglés y en alemán, conocer la historia; había que prepararse para, pasando el tiempo, no tener que estar en el puente del barco al lado de un oficialillo de la marina de guerra, sino mandar uno mismo un torpedero o un acorazado o incluso un grupo de unidades.

Profesores petimetres, burlones y afectados, de mirada imperturbable, "apretaban" a los futuros jefes de marina en todas las asignaturas con mucha mayor saña que a los hijos de la nobleza. Muchachos obreros, ex marineros, artilleros de marina, minadores, que habían pasado todo el infierno de la guerra civil, que no habían podido dormir a gusto durante todos aquellos años, tenían que cuadrarse y escuchar las amonestaciones de sus instructores, algunos de los cuales hacía bien poco que habían acatado a regañadientes el Poder soviético. Y con frecuencia, con demasiada frecuencia, tenía que oír Stepánov estas frías palabras:

- ¿Por qué no lo comprenden? Porque, amiguitos, no tienen ustedes la cultura general suficiente. Y ésta no se puede adquirir de golpe y porrazo. Esto hay que mamarlo con la leche de la madre. Y esa capacidad intelectual, tan necesaria al oficial de marina, tampoco se obtiene estudiando de memoria, sino que -perdonen, yo no soy marxista- se tiene de estirpe...

Rodión Stepánov, alumno de la Escuela Naval, palidecía y guardaba silencio. "¡Mientes, contrarrevolucionario -pensaba-, mientes, verás aún lo que vamos a ser dentro de una decena o dos de años! ¡Verás, te quedarás patidifuso, pero será tarde, entonces seremos más inteligentes que vosotros, patas de alambre!"

Dormía cuatro horas al día, no más. Pero se afeitaba todas las mañanas con la vieja navaja que tenía escrito en la hoja "domingo". Con ayuda del diccionario, aunque todavía con torpe acento, leía en inglés no sólo los términos y frases específicos de marina, sino también artículos completos en los que se contaban hechos de la vida de la marina de guerra: podrían servirle más adelante. Y se esforzaba en hablar lo más posible en inglés con sus camaradas, los marinos del Báltico, del Mar Negro o del Azov, conversando como debían hacerlo, según ellos se figuraban, los lores en su almirantazgo, entre dientes, fumando, y sin apresurarse jamás. Por este tiempo también las matemáticas superiores empezaron a aparecer para Rodión Mefódievich con una luz especial, ya no sólo comenzó a perderles el miedo, sino que hasta le producían satisfacción. Aquel mismo profesor petimetre y refinado que más de una vez había dicho a Stepánov que el talento era una cosa que se tenía de estirpe, ahora en cierta ocasión dejó escapar:

- Es capaz ese canalla de Stepánov.

Hay que decir que estas palabras que Rodión Mefódievich oyó por casualidad fueron para él el

⁴ Vivienda típica en las aldeas de Ucrania (*N. de la Edit.*)

mayor elogio que había recibido en aquellos años: el enemigo se reconocía vencido, esto no era cualquier cosa.

Alevtina, bostezando y desperezándose, se quejaba constantemente de cansancio y hastío. No hacía absolutamente nada, pero con frecuencia iba de visita a casa de unas "damas", según decía ella, o estas "damas" venían a visitarla. Con el dedo meñique estirado, tomaban el té en tazas finísimas, casi transparentes, acariciaban a Zhenia y hablaban con voz lánguida y soñolienta. Sus conversaciones eran extrañas y las palabras desconocidas. Al peinado lo llamaban "bubikopf", a Zhenia le encontraban parecido con el "infante en el destierro", a las sillas las consideraban unas de estilo "moderno", otras "rococó"; del club Vladimírski contaban que allí "hacían fortuna con valuta firme". Compraban perfumes parisinos: un frasquito de "Chanel" para todas.

Con Stepánov hablaban rara vez, pero siempre con cierto tono entre irónico y respetuoso. Era cosa corriente entre ellas llamarle "nuestro futuro Nelson", o Marat, o "quien nada ha sido lo será todo". En correspondencia a estos tratamientos, Stepánov de buena gana les hubiera soltado una sarta de improperios, como en los viejos tiempos de antes de la revolución, o hubiera agarrado y estampado contra el suelo alguno de aquellos cacharros que Alevtina llamaba "de Saxonía", haciéndolos añicos. Pero, claro está, sabía contenerse y, frunciendo el ceño, se sentaba ante su coja mesa de escritorio con sus libros, apuntes y cuadernos.

Varia era todavía muy pequeña. Alevtina la quería mucho menos que a Zhenia, que despertaba siempre en ella cierta lástima, y Rodión Mefódievich escuchó más de una vez cómo Alevtina susurraba con amargura al hijo cuando éste dormía:

- Pobre huerfanito mío, hijastrito, criaturita, pequeñín, tontín mío, tu mamá no dejará que te ofendan, no se lo permitirá a nadie, no temas, huerfanito...

- Pero ¿quién le ofende? -preguntó un día, indignado, Stepánov-. ¿Qué tonterías estás farfullando ahí? El mismo es quien ofende a todos, no deja vivir a nadie tranquilo, hoy ha roto un frasco de tinta china y cuando le he amenazado con un tirón de orejas...

- ¡Si fuera tuyo, no le amenazarías! -soltó Alevtina-. ¡A Varia no le tocas ni el pelo de la ropa!

- ¿Pero le he tocado yo a él alguna vez? -replicó Rodión Mefódievich, atónito.

Alevtina, sin contestar fina palabra, siguió arrullando a Zhenia mientras dormía. Stepánov se encogió de hombros y volvió de nuevo a sus dibujos. El reloj de pared seguía marcando su rítmico *tic-tac*. Varia resoplaba tranquila, durmiendo en su camita. Alevtina pasaba las hojas del libro. Aquello podía parecer una familia; pero ¿qué familia era aquella?

No había tiempo para reflexionar. Stepánov siempre andaba acuciado. Corría el tiempo, el país tenía prisa, él no podía quedarse atrás. Los periódicos, los libros, las reuniones, los mítines, las conferencias "para los que lo deseen", todo esto era muy interesante, había que tener tiempo para todo. Y cuando Alevtina, empleando palabras de la señora Gógoliev, se lamentaba "de su tedio", Rodión Mefódievich se descomponía, parpadeaba y guardaba silencio. Pero un día, fuera de sí, dijo:

- Alia, yo no soy un circo para divertirte. Ya te lo he dicho cien veces: ocúpate tú misma de hacer algo de provecho. No hay ahora ningún camino cerrado para ti: puedes aprender aunque sea para comisario del pueblo...

- ¡Ya he trabajado lo mío! -le contestó ella con rabia-. Desde los dieciséis años he sido maltratada y explotada. Incluso desde los quince. Ahora tengo derecho a descansar como una persona. Aunque, contigo, buen descanso tengo, ni siquiera puedes ponerme una criada.

- ¿A ti? ¿Una criada? -se asombró Stepánov-. ¿De dónde sacas tú ahora esas palabras que han pasado al olvido? Trabajadora doméstica se dice ahora, y no criada.

- ¡Pues búscame una trabajadora doméstica! -burlóse Alevtina-. El nombre me da lo mismo, pero yo no estoy obligada, después de la revolución...

- ¡Imbécil! -profirió Stepánov, cansado de discutir.

- ¡El imbécil eres tú! -respondióle Alevtina-. ¡Marino revolucionario! ¿Qué te han dado por tus heridas? ¿Qué puesto tienes en la sociedad? ¿Te han dado un piso aunque no sea más que de cinco habitaciones? Te llenas de canas y estás ahí tragándote los libros como si fueras estudiante de un gimnasio. De una paga a otra vamos tirando gracias a mis combinaciones...

- ¿Qué combinaciones son ésas? -preguntó Stepánov, palideciendo-. ¿Qué combinaciones?

Alevtina se asustó y guardó silencio.

Pronto se descubrió que Zhenia tenía síntomas de tuberculosis. Los médicos dijeron que de ninguna manera debía vivir en Petrogrado. Alevtina puso el grito en el cielo, se acordó de los bosques de Voznesensk, empezó a preguntar a su marido por su ciudad natal. Los médicos coincidieron en la conveniencia del clima, de los bosques y del río Uncha. En mayo de 1923 Rodión Mefódievich acompañó a su familia a la ciudad de donde en tiempos lejanos saliera él para servir al zar y a la Patria.

Su íntimo amigo, el piloto Afanasi Ustímenko, era paisano suyo; Aglaia, la hermana de Afanasi, le buscó una casa en la calle Proletárskaya. El viudo Afanasi y el viudo temporal Stepánov partieron de vuelta para Petrogrado, a continuar sus estudios. En el vagón del tren, que marchaba lentamente, bebieron

vodka, se comieron una gallina cocida y empezaron a recordar con entusiasmo la guerra civil, cómo Afanasi volaba en el *sopwith*, cómo arrojaba a los blancos proclamas y cómo le derribaron en el año veinte.

- ¿Piensas volver a casarte? -le preguntó Rodión.

- A decir verdad, no. Me he fijado en tu Valentina y he pensado: ¡Qué chifladura!

- ¿Qué Valentina? ¡Alevtina!

- Ha ordenado que se la llame Valentina -bostezó Afanasi-. Ha dicho que se olvide eso de Alevtina. ¿Echamos otro trago?

Bebieron otro vasito y comieron una manzana en conserva.

- Tienes un buen chico -dijo Stepánov-. Me ha gustado.

- ¿Quién, Volodia? No es malo, sólo que un poco travieso...

La hija.

...Valentina -antes Alevtina- no tenía ningún deseo de volver a Leningrado, y Stepánov no insistía mucho. Rodión Mefódievich vivía la mayor parte del tiempo en el barco o en Kronstadt, donde había alquilado una habitación a una vieja viuda de un contraamaestre. Todo el tiempo libre (y tenía muy poco) lo dedicaba Stepánov a leer. Tenía ya cerca de treinta años cuando leyó por primera vez *La guerra y la paz*, *El pasado y las ideas*, *Cosacos*, *La sala nº 6*, *El héroe de nuestro tiempo*. No amaba a su esposa: esto era tan evidente para él como el que ella no quería a su marido. Pero Stepánov quería amar, quería leer en voz alta a una mujer, y no al ayudante mayor Mijaliuk, cómo cantaba Natasha Rostova en casa del tío, le gustaría pasear en las noches blancas por delante del monumento de Pedro Primero no con Mijaliuk, sino con la mujer amada, quisiera esperar cartas y escribirlas él.

Y de pronto, en la vida de Stepánov se produjo un cambio inesperado, brusco y placentero.

Valentina le escribía diciéndole que no podía hacer carrera de Varia, que era una chica díscola, mal mandada, desobediente, que había que sujetarla bien de las riendas. Sería bueno que viniera el padre y tomara medidas.

Después de pensarlo, dispuso que le enviaran a Varia a Kronstadt.

El fue a esperarla a Leningrado.

Y sin comprender él mismo lo que le ocurría, la levantó en alto y empezó a besarla en la frente, cubierta de pecas, en las trenzas, en el cuello, en los débiles hombros. Varia chillaba bajito y se apretaba con todo su cuerpo contra el grueso y áspero lienzo de la blanca chaqueta de marino de su padre.

Se le reveló la gran felicidad de sentirse padre.

"El hombre no puede vivir sin amor -reflexionó Stepánov en aquellos días-. No puede y no debe. Qué se le va a hacer; lo que no se logró con el

matrimonio, se ha logrado con la hija. ¡A ella se la puede querer, se puede tener la felicidad de quererla!"

La viuda del contraamaestre puso a Varia unos lazos azules. Stepánov le compró unos zapatitos de charol, la tomó de la mano y se la llevó al barco. Era un día ventoso, polvoriento, cálido, sentíase un vaho denso que se escapaba del agua. Llevaba a Varia a su verdadera casa, con las personas realmente allegadas a él, y la barbilla, que se había cortado por la mañana al afeitarse, le temblaba. Por el camino el padre y la hija hablaban el uno con el otro como personas mayores. Varia, andando con las puntas de los pies un poco metidas para dentro, se sorprendía al ver las gaviotas, tanta "muchacha" agua, aquel cielo "demasiado" claro. Stepánov le preguntó por qué no obedecía a la madre, por qué era díscola, por qué era áspera.

- ¡Ay, por dónde sales ahora, papá! -exclamó Varia-. ¡Todo está tan bien y tú sales hablando como si fueras mamá!

No, ella no era díscola, ni áspera. Era independiente, de carácter libre, pero muy buena. La leyenda de que Varia era díscola empezó desde el primer día que fue a la escuela. En la segunda lección la pequeña Stepánova se levantó, recogió cuidadosamente todos sus libros y cuadernos y se dirigió a la puerta. La maestra, indignada, llamó a Varia. Esta contestó ya en el umbral:

- Quiero comer.

Y se marchó de la escuela para ir a casa; pequeñita, gordezuela, enfurruñada, con su coletita por detrás. "¡Eugenio no hubiera hecho nunca esto!" -exclamó Alevtina. Y Eugenio confirmó que toda aquella historia era horrible.

Después Varia regaló su delantalito a una niña vecina, diciendo que ella tenía dos y la vecina no tenía ninguno. Y un cinturón de Zhenia se lo dio al tío Sasha -un albañil-, pues Zhenia tenía muchos cintos y el tío Sasha se sujetaba los pantalones con una cuerda. Valentina Andréevna propinó una zurra a Varia. La chiquilla no lloró, pero nunca más se acercó a buscar las caricias de la madre.

"¡Es una tunantuela la chiquilla!" -decían de Varia los del barco, y todos se encariñaron con ella. ¡Y cómo la mimaban en la sala de oficiales, y en la toldilla, y en los alcázares, donde quiera que apareciese su faldita roja con lunares! Nunca era pedigüeña, no lloraba ni se quejaba, siempre estaba dispuesta a obedecer y siempre tenía una mirada alegre y sorprendida en sus ojos muy abiertos y brillantes...

En invierno Varia empezó a ir a una escuela en Kronstadt y ésta también fue para Stepánov una temporada llena de alegría. Por las tardes iban los dos al cine, juntos iban a Leningrado, al teatro, resolvía con Varia y sus amigas las fracciones decimales y los problemas de pajaritos y estanques. Después Varia

encendía el samovar y servía el té. Stepánov pensaba orgulloso y casi en voz alta: "¡Ah, qué hija tengo! ¡Esta es Varia Stepánova! ¡Busquen otra como ella en el mundo!"

En la primavera murió la viuda del contraamaestre; Stepánov tenía que hacerse a la mar. Todo el barco fue a despedir a Varia. Con los ojos hinchados de llorar, moviendo apenas los pies, se abrazaba con sus delgados bracitos al cuello de todos los marineros y oficiales, acercaba sus tiernos labios infantiles a las ásperas mejillas, curtidas por el viento, y les decía:

- Ven a vernos, tío Misha, allí también tenemos un río muy bueno...

- ¡Tío Petia, ven a vernos, palabra de pionera, ven!

O también:

- Tío Kostia, cuando te desmovilices ven para quedarte con nosotros para siempre...

Al invierno siguiente Stepánov fue a ver a su familia. Entró en su casa como si fuera un extraño. Zhenia, tumbado en el diván, estaba leyendo un grueso libro con dibujos. Tenía una redecilla puesta en la cabeza. En otra habitación olía tanto a perfumes como en la *jata* de Néstor Majnó. Valentina Andréevna estaba en el teatro. Varia en casa de una amiga; Zhenia, despezándose, le preguntó:

- ¿Bien, y qué hay de nuevo, papá?

- ¡Nada de particular! -contestó Stepánov-. ¿Qué estás leyendo?

- *Niva* del año 1894 -dijo Eugenio-. ¡Un aburrimiento!

- ¿Por qué lo lees, si es un aburrimiento?

- ¿Qué voy a hacer?

Más tarde llegó Valentina Andréevna, sonrosada, embellecida, recompuesta, envuelta en un abrigo de pieles, y, al entrar, dijo con ironía:

- ¡Oh, el gran navegante se ha dignado venir! ¡Qué felicidad!

Ahora ya había aprendido a hablar en tono irónico.

Tomaron el té servido en una tetera especial, el queso estaba cortado en lonchas muy delgadas, el salchichón en rodajas transparentes y nadie le preguntó a Rodión Mefódievich si deseaba comer, si no quería una copita de vodka para quitarse el cansancio del camino y el frío, o si no le agradaría una tortillita.

- A propósito, no te he escrito sobre esto -dijo la esposa-, tú te permites enseñarle a Varia todas mis cartas, pero ahora está completamente insoportable. Se pasa todo el tiempo con sus pioneros, canta canciones de mal gusto, a mis observaciones no reacciona... reo...

- ¿Quieres decir: no reacciona? -preguntó Stepánov.

- ¡Exactamente! -pronunció Valentina malhumorada-. Y, en general, es demasiado, demasiado soviética...

Rodión Mefódievich arrugó las cejas, en sus pómulos aparecieron unas manchas rojas.

- ¿Qué quieres decir con eso?

- ¡Una cosa muy sencilla!

- Explícalo si es muy sencillo.

- ¡Qué va, si es más idiota que un cubo! -dijo Eugenio, balanceándose en la silla-. Y ella se cree que es algo extraordinario...

En lugar de dos semanas, Rodión Mefódievich pasó en su casa sólo tres días. Y estos tres días estuvo todo el tiempo con Varia: fue con ella a la pista de hielo, a casa de los Ustímenko para visitar a la tía Aglaia y a Volodia. Fue con su hija al teatro e incluso dio una charla a su destacamento de pioneros sobre la Marina de Guerra Soviética. A Varia no le gustó mucho.

- Ha sido demasiado sencillo, papá -dijo Varia-. Nuestros chicos y chicas saben ya muchas cosas, no hay que dárselo tan mascado.

Stepánov se puso rojo como un tomate.

- Vives, vives -dijo Varia suspirando-, y todos te consideran como una criaturita.

Y luego propuso:

- ¿Sabes una cosa? No vamos a ir a cenar a casa, aquí cerca está el comedor número seis. ¡Allí preparan una vinagreta maravillosa! Las croquetas de carne también son buenas...

Mientras juntaba las migajas sobre el mantel, sin mirar a su padre, le preguntó:

- ¿Papá, cuándo te enamoraste tú por primera vez? ¿Eras ya mayor?

- ¿Cómo decirte? No del todo -respondió confuso Stepánov.

- ¡Yo sé que hay amores tempranos y muy fuertes! -dijo Varia volviéndose-. Sí, sí, muy fuertes, terriblemente fuertes...

Rodión Mefódievich, desconcertado, se sonrió. Por lo visto a ésta, lo último que le quedaba, se la iban a quitar. ¡Pero no, todavía es joven!

- No tengas prisa por enamorarte -pidió en voz baja-. ¡Tendrás tiempo!

Pero Varia no le oyó. O no le escuchó.

Aquella misma noche Stepánov se fue.

Capítulo III.

Las setas.

Un domingo de agosto Varia, Volodia y Borís Gubin, amigo de Volodia, fueron a buscar setas al pueblecito Gorélischi. Al principio, recogían todas, después sólo las blancas. El día era grisáceo, templado, lluvioso. Se mojaron, mejor dicho, no se mojaron, sino que se les humedeció la ropa. Encendieron una hoguera y asaron unas patatas. Volodia, mientras, contaba:

- No inventar ni fantasear, sino buscar qué hace y qué encierra en sí la Naturaleza -afirmaba Bacon-. Hay una fórmula más corta: la Naturaleza se somete a aquel que se le subordina. Pero estaréis de acuerdo

que con tales razonamientos no se va muy lejos: todo esto es muy sabio, pero pasivo en grado sumo. Por otra parte...

Varia, que por cortesía se había vuelto, dormitaba. El honorable Borís Gubin de pronto bostezó ruidosamente y en sus bondadosos ojos aparecieron lágrimas. Volodia se ofendió y saltó sobre Gubin: salieron revoloteando hojas y secas agujas de los pinos. Gubin metió un pie en la hoguera, ya medio apagada, y lanzó un grito. Varia se despertó. Los muchachos seguían enzarzados, removiendo la tierra húmeda del bosque, gritaban, alegres de vivir, de sentirse fuertes, jóvenes, sanos.

- ¡Y yo -gritó Varia-, y yo, y yo! ¡El montón es pequeño, el montón es pequeño!

Se tiró pesadamente desde lo alto encima de ellos y al instante los tres se sintieron azorados. Varia les miró desconcertada.

- ¡Qué tontos! -dijo, a punto de echarse a llorar.

Se tiró de la falda para abajo y dobló las rodillas. Volodia y Borís ni se miraron el uno al otro.

- ¡Pues no te metas donde no te llaman! -dijo Ustímenko, al cabo de unos instantes-. Cuando dos se pelean, un tercero no debe meterse en medio... ¿Dónde está mi cortaplumas, Borís?

Y los dos hicieron como si estuvieran buscando la navajita.

Estaban tan corridos que Borís incluso se puso a canturrear, pero se confundió y pasó a sus versos:

*Es otoño, caen incesantes lluvias,
El koljosiano hace sopa de carne con verduras.
Se oye el acordeón tras una esquina,
Entramos en una limpia y acogedora cocina...*

- Eh, tú, Borís -gritó Ustímenko-, ¿a qué viene eso?

Después se dirigieron a la estación. Seguía lloviendo. Crujían las pesadas cestas colmadas de setas. A la caída de la tarde, cansados, rendidos, de mal humor, salieron a la vía del ferrocarril y vieron allí una muchedumbre agolpada. Junto a los mismos raíles, retorciéndose de dolor y dando sordos gemidos, todavía con conocimiento, estaba tendido un pastorcillo de unos catorce años. Las traviesas, los raíles, la grava de la vía, salpicada de espeso alquitrán, todo estaba ensangrentado. A alguna distancia del pastorcillo, veíase un pie envuelto en un peal y calzado con un chancho viejo, un poco más allá se lamentaba a voces una viejecita, los campesinos, sombríos, guardaban silencio, sin saber qué hacer con el muchacho. No muy lejos se agitaba convulsivamente una oveja, que también había caído bajo las ruedas del tren.

Volodia se abrió paso entre la multitud, se desgarró la camisa y apresuradamente, lívido de espanto, empezó a vendar con torpeza el muñón. Alguien le ayudaba; solamente más tarde recordó que

había sido Varia. Un campesino con un viejo sombrero de paja se acercó y le tendió con aire servicial el pie amputado. Volodia lanzó un Juramento. Borís echó a correr a la estación. Al cabo de unos veinte minutos llegó una vagoneta con un médico y una camilla.

- ¿Quién le ha puesto la ligadura? -preguntó el anciano médico de ferrocarriles.

El campesino del sombrero de paja señaló a Volodia.

- ¿Estudiante?

Volodia guardó silencio.

- ¡Todos están borrachos, malditos! -barbotó el médico-. Hoy es la fiesta del patrón del pueblo. ¿Por qué te lamentas así? -le gritó a la vieja-. ¿Te da lástima de la oveja?

Indicando la vagoneta con la cabeza, mandó a Volodia:

- ¡Sube!

En el puesto de socorro de la estación, el médico ordenó que le dieran a Volodia una bata y empezó a poner al pastorcillo una inyección antitetánica. Por un instante Volodia se sintió desfallecer. Como si fuera en sueños, oyó una voz rezongona:

- Vaya que sí eres valiente. Para el primer curso no está mal. Lo principal es que tienes arrestos. ¿Pero por qué se pone tan pálido? Enfermera, déle a oler amoníaco... Que salga al aire libre.

Al lado de la ambulancia le esperaban sentados en un banco Varia y Borís.

- ¿Dónde ha ido a parar tu canasto de setas? -le preguntó Borís.

Ustímenko se encogió de hombros. Sentía náuseas... "¡Nunca podré ser médico! -pensaba con angustia-. ¡Jamás lo seré!"

Y le fastidiaba también que se hubiera perdido el canastillo. Bueno, qué importa, lléveselo el diablo con setas y todo, pero se sentía un poco avergonzado.

A los dos días, Ustímenko leyó en el periódico de la región una nota sobre un modesto estudiante soviético que, después de haber dado muestras de habilidad y entereza, sin hablar de conocimientos, desapareció sin que se supiera su nombre. Y la nota terminaba con la patriótica conclusión de que sólo en nuestro país se daban tales héroes anónimos. Borís Gubin contó lo ocurrido a toda la clase, y cuando Volodia entró el día 10 de septiembre en su décimo grado "B" le dieron una verdadera ovación. Y la tía Aglaia le dijo al volver por la noche a casa:

- Vamos a ver, héroe anónimo, cuéntame cómo ocurrió todo. Me interesa.

- ¿Ya ha venido Varia con el cuento?

- Supongamos.

- ¿Sabes? Hace ya tiempo que he comprado un libro de cirugía de campaña.

- ¿Y qué?

- Pues que lo he leído en ese libro. Pero no, de mí no saldrá un médico. Me da vergüenza decirlo, pero

todo se me revolvió...

- Eso les ocurre a todos al principio -dijo la tía, mirando a su sobrino con los ojos brillantes-. ¿Sabes tú cómo se me revolvió a mí todo cuando pasé de los lavaderos a la facultad obrera?

Varia, después de este suceso en la estación, se suavizó y ya no contradecía en nada a Volodia. Únicamente Eugenio comentó irónicamente lo ocurrido.

- ¿Pero las setas te las birlaron? -le preguntó, a propósito para zaherirle-. ¡Ahí lo tienes, predica a la gente que debe ser razonable, buena!

- ¿Puede ser que quieras que te dé en los morros? -le preguntó Volodia.

- ¡Mocosos! -le dijo con tono altanero Eugenio-. ¡Siempre peleándose!

- Hay casos en los que discutir no tiene sentido -respondió Volodia-. ¡Un puñetazo, y en paz!

- ¿Y el Juzgado! -inquirió, circunspecto. Eugenio-. ¿Tú crees que no te llevaría yo a los tribunales en tal caso? Y te mandarían a trabajar a un correccional.

Volodia miró sorprendido a Eugenio. Pero éste no bromeaba, estaba impávido, con su chaqueta de cursante de la marina bien estirada y ajustada con el correaje cruzado sobre el hombro. Tipos así hasta se veían en los carteles. "¿No será lo mejor darle de verdad en los hocicos?" -pensó Volodia-. Pero, de repente, con un gesto de aburrimiento, respiró profundamente y se marchó.

"Padres e hijos".

Aunque estudiaba todavía en la escuela, Volodia vivía ya la vida del Instituto de Medicina Séchenov. Borís Gubin le había dicho que en algunas cátedras de este instituto funcionaban círculos estudiantiles a los que se podía asistir libremente. Y Ustímenko empezó a ir al de anatomía patológica, dirigido por Gánichev. El profesor Gánichev, un hombre grueso, bajito, completamente calvo, pronto se fijó en aquel muchacho de cuello largo y cara para él desconocida; sin preguntarle nada, frecuentemente se dirigía a él como si estuviera solo en la clase. En la escuela todo marchaba normalmente, pero los maestros miraban a Volodia con cierto recelo y algunos hasta con desagrado. En los consejos pedagógicos le llamaban *Wunderkind*, y la directora de estudios declaró más de una vez de forma categórica que Ustímenko, Vladímir, era un individualista, con ideas confusamente expresadas, y que no esperaba nada bueno de aquel joven presuntuoso. Pero no todos los maestros estaban de acuerdo con la directora de estudios, mas discutir con ella equivalía a reñir, y nadie quería tal cosa. Cuanto más tiempo pasaba, más desesperaba Volodia a los maestros: les irritaba su ensimismamiento silencioso, al que sucedían ruidosas travesuras de chico, les irritaba su frío alejamiento, les irritaba aquella vida interna que se

desenvolvía en él al margen de las normas de la escuela, les irritaba el que "se valiera a sí mismo" y que indagara eternamente, en lugar de aprovechar las verdades incommovibles de los libros de texto.

"¡La medicina! -pensaba con pasión Volodia por las noches-. ¡Que llegue cuanto antes, que llegue cuanto antes; allí todo es exacto, claro; allí se encuentra lo único, lo verdadero!"

Pero Fiódor Vladímirovich Gánichev, con una sonrisa nada benévola, les decía:

- Piénsenlo cien veces antes de venir a nuestro instituto. Hipócrates recomendaba reiteradamente al médico mantener buen aspecto exterior para ser agradable al enfermo, y si se para uno a pensar en esto, no es cosa tan fácil. Y tampoco es fácil para el amor propio seguir otro consejo de Hipócrates, que dice: si un médico no sabe qué hacer, debe llamar sin temor a otros colegas para que le expliquen el estado del enfermo y recomienden los medios necesarios en el caso correspondiente...

Y les aconsejaba:

- ¡Lean ustedes a Goethe, queridos amigos! Mefistófeles pronuncia verdades sumamente amargas que no han perdido su significación hasta el día de hoy. Si alguno de ustedes ha escuchado la ópera de Gounod, eso no es todo. Lean, piensen, reflexionen, indaguen, convézanse de si serán capaces de no ceder en la práctica a la mayor seducción: el ejercicio irreflexivo de las funciones del servicio...

Y golpeando rítmicamente en el suelo con el grueso pie calzado con una bota reluciente, sobre la que pendía la lazada del cordoncillo, recitó en alemán, traduciendo a renglón seguido:

El espíritu de la medicina no es difícil comprenderlo:

Estudiáis minuciosamente el mundo grande y pequeño,

*Para, al fin y al cabo,
dejar que todo marche
como a Dios le place...*

Con severidad y enojo hablaba a la juventud de la artesanía en la historia de la medicina, de los viejos petulantes y estúpidos que ahogaban el pensamiento del joven capaz, sólo porque este pensamiento despertaba inquietudes, citaba de memoria el texto del juramento que prestaban todos aquellos que en tiempos lejanos cursaran sus estudios en la famosa Universidad de Bolonia.

- "Tú debes jurar -brillándole los ojos con iracundia, pronunció solemnemente, incluso con altivez, Fiódor Vladímirovich-, debes jurar que salvaguardarás las enseñanzas que se divulgan públicamente en la Universidad de Bolonia y en otras conocidas escuelas, de acuerdo con aquellos autores *aprobados hace ya tantos siglos* y que son expuestos y explicados por los doctores de las universidades y

por los mismos profesores. Tú, precisamente tú, no permitirás jamás que delante de ti se refute o rebaje a Aristóteles, Galeno, Hipócrates y *otros*, ni sus principios y conclusiones..."

- Y, permítanme ustedes señalarles qué fue inventado y expuesto en forma de voto-juramento: ¡un dogal al cuello de la ciencia! ¡Un dogal! -comentó Gánichev-. Pues todo lo propio, todo lo nuevo estaba absoluta e infaliblemente ligado con la revisión de algo anteriormente confirmado y el intento de revisar no sólo a los grandes hombres como Aristóteles, Galeno e Hipócrates, sino también a *otros* -el diablo sabe quiénes eran esos *otros*- conducía ante su eminencia el Inquisidor General, y de allí a la hoguera. Es natural que muchos hombres de gran talento de aquellos tiempos, en lugar de hacer algo de provecho, aplicasen en todo momento las palabras de nuestro padre Hipócrates: '*¡El arte es eterno, la vida es corta, la experiencia es peligrosa, los razonamientos son inseguros!*'" Giordano Bruno siguió otro camino diferente del de los obtusos diplomados de su tiempo. "*¡Yo soy académico de una academia que no existe -dijo de sí mismo el gran Bruno-, y no tengo ningún colega entre los ilustres padres de la ignorancia!*" y esto terminó, como saben ustedes, trágicamente...

Este hombre gordo enseñaba a dudar, quería desde el primer momento liberar al instituto de los escrupulosos estudiantes empollones, de las niñitas mimadas, de los jóvenes que se aburrían, que todavía no habían revelado sus aptitudes. Enseñaba a los estudiantes en el espíritu de la eterna búsqueda, insinuándoles que ningún vademécum de medicina, ningún libro de texto ni ninguna conferencia copiada de pe a pa ayudaría a los futuros "hijos de Esculapio", como solía expresarse, si ellos mismos no se dedicaban a investigar por su cuenta.

- Pero los libros de texto, sin embargo, no han sido anulados por nadie -repuso una vez a Gánichev el vecino de Volodia, llamado Shérvud, alumno del décimo grado, muchacho rubio, de mejillas sonrosadas y ojos saltones.

- Hay diferentes libros de texto -contestó pensativo Gánichev-. A nosotros, por ejemplo, en nuestro tiempo, nos recomendaban que para tranquilizar al paciente y a su familia y para mantener el honor de la medicina, recetáramos los llamados remedios "innocuos". La farmacología de mis tiempos dio a conocer una cantidad enorme de medicamentos que de antemano se sabía que no servían para nada. De acuerdo con los libros de texto, enseñaron a generaciones enteras de médicos a diagnosticar sobre la base de qué remedio podía ayudar en tal o cual caso. ¿Comprendido? "Ex juvantibus".

- ¡Qué extraño! -dijo Shérvud.

- En tiempos antiguos -continuó Gánichev- curaban con todo lo habido en el mundo: con

conjuros y astrología; la gota y el reumatismo, con hígado de rana; las enfermedades de los riñones, con la imagen de un león en un campo dorado; la ictericia, con una infusión de celidonia, puesto que la infusión era de color amarillo; también decían que el cerebro cambiaba de volumen según las fases de la luna y que el flujo y el reflujo del mar influía en la circulación de la sangre. Moliere señaló con plena razón por boca de su Beralde que todo el esplendor del arte de la curandería se encerraba en un solemne galimatías, en una charlatanería sabihonda, que reemplazaba el pensamiento por las palabras, y los resultados por las promesas.

- ¿Y ocurren tales casos en nuestro tiempo? - insistió el de los ojos saltones.

- Los libros de texto los escriben personas y la medicina la enseñan también personas -continuó Gánichev, como si no hubiera oído al rubicundo curioso-. E incluso los médicos más famosos han sido personas. Existe la peligrosa tendencia, hasta me permitiría decir pernicioso, vil, putrefacto, de considerar a los grandes médicos del pasado por encima del juicio de la humanidad, encubriendo por todos los medios los absurdos y errores en que hayan podido incurrir los hombres más destacados de otros tiempos. Esto frena el avance de la ciencia. Nuestros grandes sabios contemporáneos, como es de comprender, también cometen errores y, a veces, garrafales. Pero con estos errores, como son de "archieminentísimas" personas, e incluso académicos, atiborran las cabezas de las gentes. Y ustedes están obligados a pensar por sí mismos, de otra manera no serán verdaderos médicos, sino médicos molierianos, de los que se ha escrito: "*¡Os dirán en latín que vuestra hija está enferma!*"

- ¡Qué viejo cínico! -le susurró a Volodia su vecino Shérvud.

- ¡Y usted es un joven idiota! -le contestó Ustímenko.

- ¡Cuidado! -rugió Shérvud.

- ¿Tiene usted alguna pregunta que hacerme? - preguntó Gánichev.

Volodia calló.

Ya en el primer trimestre había quedado atrás ese período en que Volodia hacía preguntas a las que no todos los maestros podían contestar. Pero contestar él a las preguntas de los maestros tal como ellos hubieran querido, tampoco le era posible: se lo impedía su brusca honradez innata. Por esto, cuando Volodia salía a la pizarra era un espectáculo para toda la clase. Naturalmente, sabía menos que los maestros y sus conocimientos eran más superficiales, pero él siempre sabía las cosas con más amplitud y con frecuencia decía no sólo lo que no figuraba en el libro de texto, sino también lo que el maestro no sabía. Y más de una vez ocurrió que Volodia con sus contestaciones agitaba el pensamiento de los alumnos del décimo grado "B" que, llenos de gozo, se

quedaban atónitos escuchando aquel duelo de palabras entre Adam y Volodia.

- ¡Eso es idealismo puro, misticismo, clericalismo! -gritaba Adam.

- ¡Los marxistas tienen que estudiar el fenómeno que ha salido ya del estadio de experimentación y no circunscribirse a maldecir del fenómeno mismo! -contestaba con tranquilidad y firmeza Ustímenko-. Yo le he presentado un hecho y usted se enfada...

Y Volodia se retiraba tan tranquilo a su sitio, en tanto que Adam, con mano vacilante, primero le ponía un dos en el cuaderno de notas y después lo cambiaba por un cinco. Con toda su limitación, Egor Adámovich era un hombre honrado. Los camaradas, en silencio, le hacían a Volodia señas de aprobación y se escribían unos a otros notitas diciendo: "¡Le ha zumbado!", "¡Belleza y altivez!", "¿Es interesante: qué saldrá de él?" Pero Volodia no se hacía eco de nada de esto ni oía, ni veía nada. Sentado otra vez en su sitio, leía un nuevo libro sobre la circulación de la sangre que le habían dejado sólo hasta el día siguiente por la tarde, hasta la hora de la clase en el círculo del instituto de medicina. En el siglo dieciséis el médico español Miguel Servet hubiera resuelto definitivamente el enigma de la circulación de la sangre, pero terminó su vida en la hoguera. ¡Qué infames!

- ¿Qué estás murmurando ahí? -le preguntó Rízhikov, su compañero de pupitre.

- ¿Qué? -se sorprendió Ustímenko.

A pesar de todo, Volodia logró ingresar en el instituto con gran dificultad. Eligiendo como tema para su composición literaria *Padres e hijos* de Turguénev, Volodia escribió solamente sobre Bazárov, y con la pasión propia de él, e incluso con obsesión calificó a Bazárov de hombre que "abrió nuevos caminos aún desconocidos para la ciencia rusa". Y al pobre Iván Serguéevich le motejó de "cortesano Oblómov que escribía con el sólo objeto de defender el arte por el arte y, lo que era más probable, con el fin de pasar el tiempo que le quedaba libre después de escuchar los trémolos de Paulina Viardot". Esta frase al viejo estilo le gustó tanto a Volodia que incluso la subrayó con una línea ondulada, claro es que sin pensar en absoluto que la examinadora precisamente después de esta frase tendría que tomar valeriana con convalaria. En una reunión del tribunal para el ingreso en el instituto se leyeron algunos párrafos de la composición escrita por Volodia que, naturalmente, provocaron la risa general y exclamaciones de desaprobación. El único que no se rió fue Gánichev. Y como en el instituto gozaba de general estimación, en cierta medida debida al miedo, todos se dieron cuenta de que él no se reía.

- No cabe duda que el muchacho lo ha desfigurado -dijo Gánichev pensativo y serio-. Lo ha desfigurado enormemente y de manera burda. ¡Pero

si así pi-en-sa él! Se trata, queridos amigos, de que no se ha esforzado por salir brillantemente en el examen y agradarnos a nosotros, no ha querido presentarse ante nosotros en su mejor aspecto, sino que ha salido en defensa de Bazárov. Debido a sus pocos años, el joven Ustímenko no sabe, o sencillamente no ha tenido tiempo de saberlo, que no es él el primero que en Rusia ha salido en defensa del señor Bazárov. Claro es, sintiendo el ultraje, se ha pasado de la raya. Pero, recapaciten, queridos colegas, recapaciten en el hecho mismo de esta apasionada defensa. Este joven, casi un chico, ha salido en defensa de la ciencia rusa. Pues en esta composición se revela un verdadero dolor; el muchacho ha visto en Bazárov a Séchenov, y a Méchnikov, y a Pirogov. Permítanme expresar una idea un tanto sacrílega: dudo que si Iván Serguéevich Turguénev viviera hasta nuestros días y leyera esta composición se ofendiera. Se habría reído un poco, pero de ningún modo se hubiese molestado, e incluso, es posible que se hubiese conmovido. Pues si se suprime lo que aquí hay de exagerado, escrito en un momento de exaltación, trasciende el espíritu cívico. ¿No es así? Por lo que se refiere a nuestro instituto, al alma mater, puedo decir que en el estilo de nuestro *abituriens* veo el carácter de un futuro médico activo, del médico, perdónenme por el estilo elevado, guerrero, combativo, intransigente, se sobreentiende, pero original, tenaz, grande. Y tales hombres nos hacen extraordinaria falta, y más aún teniendo en cuenta el desastre que trae aparejado el deseo de algunas capas de la juventud de ingresar en un centro de enseñanza superior, sin importarles en cuál, con tal de ser estudiantes. Y así ocurre a veces que de hecho salen señoritas diplomadas, pero no verdaderos galenos, para expresarse en el lenguaje antiguo. A veces aprobamos también a médicos simpáticos, pero...

Gánichev hizo una mueca a modo de sonrisa y sacudió una mano con un gesto displicente.

- Por lo que se refiere a Ustímenko, yo le conozco de mi círculo. Y hablo con plena responsabilidad de mis palabras: cada cual piensa a su manera, pero yo quisiera tener no sólo un alumno como éste, sino también un discípulo, sí, naturalmente, este pepinillo del diablo piensa dedicarse a estudiar anatomía patológica. A veces, saben ustedes, quisiera uno dejar su cátedra no en manos ajenas, sino... Además, si mis colegas tienen sus dudas, se puede tener una conversación con él...

Los colegas tenían sus dudas y se acordó reunirse con Ustímenko a las dos de la tarde. Desde las doce Volodia se paseaba por el largo y semioscuro corredor del instituto. Allí se encontró con Eugenio Stepánov, petulante como siempre, pero animado y alegre.

- ¿Qué haces aquí? -se sorprendió Volodia.

- ¿Cómo, que qué hago? ¡Pues voy a ingresar! -a

su vez se sorprendió Eugenio-. Si ya hablé contigo. Papaíto, dicho sea de paso, está satisfecho, pues, no sé por qué, pero a ti te estima y se alegra de que estudiemos juntos. Yaya conozco a algunos del tercer curso y he escuchado una romanza que cantan ellos, un poco fuerte, pero bastante simpaticuilla.

- ¿Qué romanza es ésa? -preguntó Volodia.

- ¡Pues escucha! Se titula "Al amigo protector".

Eugenio se sentó en el alféizar de la ventana, redondeó sus labios rojos y empezó a cantar con voz agradable (más de una vez había cantado en las fiestas familiares, en las veladas de la escuela e incluso en un círculo de aficionados):

*Y cuando todos los hilos se rompan,
Y esté sobre el mármol de la mesa,
Sed cuidadosos, no dejéis caer
Mi corazón al suelo de piedra...*

Ya se habían acercado a escucharle varias personas, y él explicaba a sus futuros compañeros de estudios:

- Lo más interesante es que estas palabras las ha escrito Garshin, anatómo-patólogo. ¿Tienen su aquél, verdad? ¿Queréis ahora, queridos camaradas estudiantes, que os cante otra antigua canción médica! Se refiere a la sala de disección, en la que tendremos que pasar no poco tiempo.

Por el corredor pasaban dos de los miembros del tribunal, Eugenio esperó a que se alejaran y empezó a cantar casi en un susurro:

*Me sorprendes, chico; ¿qué encanto hay en esto?
Ir al depósito, recinto el más fétido,
Ir, claro está, para aprender,
Y equivocarse una y otra vez...*

¡Era sorprendente cómo sabía Eugenio ser agradable a todos! Acababa de cantar en el corredor y ya tenía camaradas. Paseaba del brazo de ellos, se reían a carcajadas, se llamaban los unos a los otros por el nombre; Eugenio gritó a Volodia:

- ¡Eh, tú, futuro Pirogov-Sklifosovski-Burdenko, vente con nosotros! Aquí te presento a Niusa Iólkina, Svetlana, Ogurtsov...

Durante la conversación con el tribunal, Volodia estaba sentado con los brazos caídos, los pómulos salientes, las cejas revueltas, irritado, miraba directamente a los ojos a todo el que le preguntaba, y respondía con reservas, conciso, incluso lacónico, pero defendía tan enérgicamente su opinión personal sobre la materia que él había elegido para su especialidad, que casi todos los que le escuchaban se miraban satisfechos y hasta cambiaban algún guiño. Sólo había allí una persona que observaba con desagrado a Volodia. Era Guennadi Tarásovich Zhovtiak, de todos ellos, el que tenía más aspecto de profesor, calvo, la barbita recortada y los dedos

llenos de sortijas. Notábase que había algo en Ustímenko que le exasperaba: seguramente su irrespetuosidad y desacato. Sin embargo, todo terminó felizmente. Zhovtiak echó una mirada a su reloj adornado con un dije y salió para la consulta. Y a Volodia le dejaron marchar, deseándole buena suerte.

Estudiante.

- S-sí, es grato -dijo el decano Pável Serguéevich-. Es muy grato cuando te encuentras con un muchacho así. Mientras estaba sentado, ¿saben en lo que pensaba yo?: en la Universidad de Novorossiisk, por lo menos en mi curso, mozos como este Ustímenko no los había. A propósito, también me ha gustado otro, jovencito, de mejillas sonrosadas. Este, claro está, no es que toque el cielo con las manos, pero es un muchacho en extremo agradable. Su aspecto exterior predispone en favor... ¿cómo se llama?...

Y Pável Serguéevich hizo como si hubiera olvidado el apellido de Eugenio Stepánov. Pero como no faltaba quien sabía que Eugenio visitaba la casa de Pável Serguéevich y, además, que cantaba allí a veces romanzas y que le gustaba a Iraída, la hija del decano, le recordaron su apellido y él afirmó con la cabeza:

- Sí, sí, me parece que, efectivamente, es Stepánov.

Es un muchacho muy simpático y, sin duda, noblote. En mis tiempos a los chicos así los llamaban "camisas sin repliegues". Hay en él algo ruso, de la estepa, intrépido, amplio...

Pero, dándose cuenta que se había pasado un poco de la raya, Pável Serguéevich volvió a hablar de Ustímenko y le calificó de "modelo de futuro médico soviético".

- ¡Ha dado usted en el clavo! -replicó Gánichev con tono sarcástico-. Este no es el estudiante de mejillas sonrosadas y que sólo tiene notas de sobresaliente. Este sabe lo que quiere. No es una expresión de moda, pero en el presente caso es oportuna: es un joven con ideas. Con estudiantes como él, se comprende, tienes que sudar, pero hay razón para ello. Sólo que es insolente. ¡Ah, qué insolente!...

Y no se podía comprender si a Gánichev le agradaba o no la insolencia de Volodia. Pero más bien parecía que le agradaba.

- ¡De él no saldrá un Zhovtiak! -agregó Fiódor Vladímirovich-. De ninguna manera. Eso puedo asegurarlo. Aunque, dicho sea de paso, no niego que el respetabilísimo Guennadi Tarásovich tiene cierto atractivo, como "la dama de Gógol, agradable en todos sentidos", o, por ejemplo, Shponka, también, me parece, fue un señor agradabilísimo...

El mismo día en que Volodia empezó a ser estudiante llegó Afanasi Petróvich en una pequeña y graciosa avioneta de color verde. El aeródromo

estaba junto a la misma orilla del río Uncha. El padre salió del aeroplano y estiró las piernas, como si hubiera ido largo tiempo en una carreta. No llevaba nada a la cabeza y vestía como de ordinario. Algunos aviadores que estaban sentados en la hierba se levantaron rápidamente y se cuadraron. Por la expresión de sus rostros podía comprenderse que conocían y estimaban al padre, y Volodia se puso rojo de pronto, sintiéndose orgulloso de Afanasi Petróvich, de su habitual sencillez y llaneza, de sus graciosas arruguitas junto a los ojos, de su fuerza retraída, como ocultada, de la amplitud de su alma...

- ¿Rodión no se ha presentado? -preguntó el padre.

- ¡No, no se ha presentado! -y Volodia se sonrió.

Como militar, el padre tenía la costumbre de decir "se ha presentado", en lugar de "ha llegado"; tampoco decía "quiero comer", sino "tomaría alguna cosa"; no decía "me acuesto a dormir", sino "voy a descansar".

- ¡Te ríes del viejo, sinvergüenza! -le dijo Afanasi Petróvich, dándole un fuerte empujón en el hombro.

Volodia dio un traspiés, pero no se cayó. Los aviadores se pusieron a hablar entre sí. "Seguramente hablan del padre" -pensó Volodia.

La tía Aglaia tenía una reunión del buró y llegó sólo a la hora de la solemne comida, que había preparado la noche anterior y por la mañana temprano. A comer, o, como le gustaba expresarse a él, esperando con fruición una comida apetitosa, "a picotear", se presentó Eugenio, que también había sido admitido en el instituto, si bien es verdad, no sin la correspondiente presión de Iraída sobre su mamá, y de ésta sobre el decano Pável Serguéevich. Eugenio se coló en el instituto empleando no muy buenas artes: al principio no le admitieron, y más tarde, después de prolongadas conversaciones, le "agregaron" a la lista, por eso Eugenio se sentía como si, después de correr mucho tiempo para alcanzar el tranvía, lo hubiese tomado en marcha y no pudiera todavía respirar tranquilo. Pero su estado de ánimo era magnífico, incluso triunfal. En realidad, nadie sabía cómo se había "cocido" todo aquello, a excepción, claro está, del decano. Pero él no tenía por qué dar a entender que Eugenio le estaba agradecido, lleno de reconocimiento y otras cosas por el estilo...

Rodión Mefódievich también se alegró: de todos modos, algo había en el muchacho, pues sin tener gran capacidad, y estando como estaba mimado por la madre, había logrado entrar en el instituto. Aquí no había vuelta de hoja: oposiciones, no había nada que decir.

- ¡Bueno, pues, cuando sea viejo, me curarás! -le dijo a Eugenio-. ¿De acuerdo?

Stepánov se presentó en casa de los Ustímenko en traje de paisano y únicamente su rojo y curtido rostro y su bamboleo y elasticidad al andar denunciaban que era marino. Rodión Mefódievich ni por un

momento se apartaba de Varia, lo mismo que de Volodia. Después de beber una copita de vodka, carraspeó con satisfacción y dijo:

- Bebamos, amigos, bebamos aquí, que en el otro mundo no nos darán de beber, y si allí nos dan, entonces, bebamos aquí y bebamos allí.

Un poco más tarde llegó el abuelo Mefodi -de aspecto saludable, recién salido del baño, con un chaleco por debajo del cual le asomaba la camisa de seda.

- ¡Siéntate, raíz de nuestro árbol familiar! -dijo Rodión Mefódievich-. ¡Y alégrate de haber llegado a ver a tu nieto estudiante de Medicina, Volodia también! ¡Esta copa por un gran águila!

- ¡Mejor hubiera sido agrimensor! -declaró el abuelo.

El tenía su opinión particular sobre todas las cosas.

- ¿Por qué vienes sin uniforme? -le preguntó al hijo-. Los altos jefes deben llevarlo para que las gentes lo vean. Yo vine de la guerra japonesa y durante mucho tiempo no me quité las hombreras, a pesar de todo, te dan autoridad. En cuanto me las quité, me quedé como un rústico *muiik*.

Y preguntó a Aglaia:

- ¿Por cuánto has comprado las sardinas?

- ¡Por dinero! -respondió la tía Aglaia.

- ¿Y el cordero?

- ¡Deja eso ya, abuelo! -dijo Rodión Mefódievich-. ¿Qué más te da?

- ¡Es para hablar de algo! -replicó el abuelo Mefodi.

Varia se acercó a su padre, susurrándole con acento cariñoso:

- Quédate algún tiempo con nosotros, papá, te lo pido, te lo ruego. Solicita un descanso, deja tus barcos...

- ¡No son barcos, sino buques! -dijo Stepánov con tono aleccionador-. Además, aquí no sois más que tres personas y allá son muchas. Compréndelo, hija.

- ¡Zhenia se ha vuelto tan raro! -se lamentó Varia-. No le comprendo.

- Lo averiguaremos...

Afanasi Petróvich trajo una guitarra adornada con una cinta; rasqueándola, empezó a cantar:

¡Ay nohecita oscura, nohecita!

¡Tú, noche oscura, noche otoñiza!

¿Por qué estás, nohecita, tan sombría?

No brilla ni una sola estrellita...

Aglaia con sonora voz de contralto repitió:

No brilla ni una sola estrellita...

Todos estaban tristes sin saber por qué, sólo el abuelo Mefodi se engalló un poquito, pero un momento después también se apagó.

- ¿Qué es esto? -preguntó Aglaia-. Nadie ha entrado, según parece, y se ha perdido la mitad de la canción.

Stepánov fruncía el ceño a cada momento; Afanasi Petróvich dejó la guitarra sobre el diván y se quedó mirando al hijo. Zhenia en aquel momento explicaba a Volodia en voz baja que tenía que "esfumarse" urgentemente: un grupo de amigos se reunía para ir al otro lado del río Uncha, donde iban a asar verdaderos *shashliks*⁵ en espetones; estarían Iraida, Misha Shérvud, y es posible que hasta el mismo decano se "dignara", ¿está claro?

- ¡Está claro! -contestó Volodia con aspereza.

Al atardecer hablaron del porvenir de Varia. Volodia aconsejaba que ingresara en el Instituto de Medicina. Afanasi Petróvich opinaba que era mejor un instituto técnico, la tía Aglaia callaba y sonreía. Frunciendo retadoramente las cejas. Varia dijo con voz acerada:

- ¡Me dedicaré al arte!

- ¿Qué quiere decir eso? -se sorprendió el abuelo, un poco bebido.

- Pues... al teatro, por ejemplo -pronunció Varia aún con más energía, e incluso con rabia.

- ¡Pues sí... es un trabajo! -bostezó el abuelo.

- ¿Pero tienes facultades? -preguntó cauteloso Rodión Mefódievich-. Yo, comprendes, no quiero decirte nada que te ofenda, pero tú, por ejemplo, tienes un oído no demasiado... y la figura... pareces un rabanito... regordetilla, yo no he visto actrices así, como tú.

- ¡Creceré! -prometió con gesto arisco Varia-. y comeré menos cosas de harina. Por lo que se refiere a la voz, yo no me dispongo a ser cantante de ópera, esto en primer lugar, y, por otra parte, la voz también se educa.

Volodia miró a Varia con lástima. Ella le sacó la lengua y se volvió de espaldas.

Ya entrada la noche, después de marcharse los invitados, Afanasi Petróvich se puso a leer un libro delgadito de pastas muy vistosas. Tendido cómodamente, con las piernas apoyadas en el brazo del diván, fumaba con calma y dijo sorprendido:

- ¡Es interesante: Resulta que el águila es la única ave del mundo que puede mirar fijamente al sol. De aquí viene la expresión: ojos de águila. ¿Lo habías oído, Vladímir?

- No, no lo había oído...

- ¡Y qué bonitas son, demonio! -continuó el padre-. Cuando yo volaba todavía en el *sopwith* me encantaba verlas: volaban derechas al encuentro del aeroplano: si quieres, apártate tú. ¡Qué audaces!

Aglaia, con una sonrisa soñadora, escuchaba al hermano y sus oscuras pupilas resplandecían. Se oía

el tenue canto del samovar sobre la mesa, y parecía que siempre hubieran estado así, los tres juntos, y que siempre seguirían juntos...

Pero al amanecer el padre partió en avión. No permitió que fueran a despedirle.

- Las despedidas para tiempo son lágrimas sin cuento -dijo alegremente, terminando de tomarse el té, dio un empujón a Volodia en el hombro, como el día de la llegada, abrazó a su hermana y salió.

Volodia se asomó a la ventana.

El padre se detuvo en el portal, mirando al cielo gris. "Ojos de águila", sin saber por qué, recordó Volodia. El farol alumbraba la cabeza descubierta de Afanasi Petróvich, la gorra la llevaba en la mano. Así vio Volodia Ustímenko a su padre por última vez en la vida, y así le quedó grabado en la memoria para siempre: de pie en el portal, mirando al cielo: allí está su camino de piloto.

Capítulo IV.

Regalos.

Ya había amanecido cuando Afanasi Petróvich llegó al aeródromo. No muy lejos, junto al río Uncha, se paseaba Stepánov con su blanca guerrera de marino.

- ¡He dicho que no hacía falta! -dijo adusto Ustímenko-. ¿Por qué no has seguido durmiendo?

- No podía dormir -contestó Stepánov-. Además, no te molesto, levanta el vuelo. No me voy a agarrar a la cola...

Se acercó el oficial de guardia, habló algo con Afanasi Petróvich. Poco después vinieron dos muchachos. Ustímenko prestó oído al motor y fumó un pitillo con Stepánov.

- ¿Cuándo nos volveremos a ver? -preguntó Rodión Mefódievich.

- Seguramente no será pronto...

- ¿Dónde vas a pasar el permiso?

- Quiero curarme con barro -dijo Ustímenko-. La herida es vieja, pero me molesta. ¿Me parece que estás preocupado?

- ¡Nada de eso, estoy como siempre! -protestó Rodión Mefódievich, respirando profundamente.

El motor zumbó de nuevo, se paró y otra vez empezó a zumbar. Los mecánicos comprobaban alguna cosa. Ustímenko estrechó la mano de Stepánov con la suya, ruda y fuerte, se calzó los guantes y con la ligereza de un muchacho se subió al avión. Tanteó alguna cosa por allá dentro y, después de sentarse cómodamente, dio la voz de mando. El avión, a pequeños saltos, corrió por la pista de despegue y al cabo de unos minutos un punto negro desapareció en el cielo.

"¿Cómo voy a vivir yo? -pensó Stepánov-. Pues así no se puede continuar. ¿O se puede? ¿Acaso otros también viven así? Pero no piensan en ello, no se mortifican."

Además, no se debía pensar en estas cosas cuando

⁵ Plato popular de los pueblos del Cáucaso; consiste en trozos de carne de cordero, ensartados en un espetón, alternando con trozos de cebolla, y se asan a la brasa. (N. de la Edit.)

se estaba injustamente excitado, y eso es lo que le ocurría ahora a él. Pero la tranquilidad no se recobraba tan fácilmente cuando se trataba de Eugenio, lo mismo que no había logrado hasta ahora estar completamente tranquilo con Alevtina. No estaba tranquilo ni era justo con ellos, según pensaba él, porque era demasiado severo consigo mismo. Y de nuevo, por milésima vez, vio ante sí el rostro de Alevtina, su peinado de peluquería, y aquella mirada que había sorprendido fija en él la víspera, cuando llegó a su casa: una mirada de odio sumiso.

- Me voy a la casa de campo -le dijo Alevtina, apenas entró-. No es posible respirar todo el verano este calor pegajoso y este polvo. Y, además, con los dichosos exámenes he quedado reventada.

- ¿Qué exámenes? -preguntó Stepánov, sin comprender.

- Los de Eugenio.

Stepánov no pudo contenerse:

- ¿Pero le has ayudado tú a prepararse?

- ¡Le he creado las condiciones! -exclamó Alevtina-. Tú hasta ahora no puedes mantener a tu familia de manera que, por lo menos, tenga yo una criada...

- ¡Tú erre que erre con tu tema! -gritó Rodión palideciendo de ira-. ¿O es que te gustan los nombres de aquellos tiempos cuando a ti...?

- ¡Calla! -chilló ella.

Lo que más temía esta mujer, en otros tiempos sirvienta, era que alguien conociera su pasado: ¿como si hubiera sido ladrona o matado a alguien!

Tal fue el reencuentro de marido y mujer.

Ella quería que él se marchara y Eugenio también lo quería, pero Stepánov decidió quedarse. El tenía a Varia y, por otra parte, adónde iba a ir ahora si el barco estaba en el dique, no había conseguido una plaza para algún sanatorio del Sur y le habían sacado del barco casi a la fuerza para que descansara. Que Alevtina se vaya al campo o a casa de su amiga, él se quedará. Aquí hay tranquilidad, al otro lado de las ventanas crecen álamos y abedules, se puede uno duchar, estar tendido leyendo un libro, ir por las tardes al parque y escuchar la música, y cuando Varia se quede libre ¡ah, entonces se irán de excursión en barco o planearán algo estupendo!...

¡Y, mientras tanto, que a todos les vaya bien!

Al fin y al cabo, Eugenio es ya estudiante. Puede ser que él no sea del todo justo con el muchacho; o acaso consista todo, efectivamente en que es hijastro suyo. ¡Hay que acabar con todo esto, hay que hacer que el día de hoy sea feliz para todos! Para Volodia Ustímenko y para Aglaia, para el abuelo Mefodi, para Eugenio, y para Varia. Claro, él es culpable ante Eugenio. A Varia se la llevó consigo a Kronstadt, y Eugenio se quedó con Alevtina. ¿Además, había hablado él como era debido con su hijastro? ¡No, hay que ordenarlo todo, hay que encontrar al fin la clave para llegar al alma de este futuro médico!

Embebido en estas reflexiones, volvió a la casa. Aún dormían todos, se afeitó, se duchó, tomó bastante dinero y se fue de compras. En una tienda de compra-venta adquirió un aparato fotográfico, en el almacén de comestibles compró molletes y pasteles, sardinas, fresas, vino, todo de lo más caro y mejor. Rodión Mefódievich había pasado hambre en su infancia, su vida fue dura, y nunca había sido derrochador, pues conocía bien el valor del dinero, pero en este día memorable derrochó sin reparar, alegre, incluso feliz. A Varia le compró un jersey rojo, al abuelo Mefodi unas botas, a Volodia Ustímenko, las obras completas de Herten en una bonita encuadernación con el lomo de piel. Además, adquirió entradas para ir todos por la tarde a oír la ópera *Fausto*. En la ciudad estaba de tournée una compañía de ópera de Moscú y conseguir localidades no era nada fácil. Carraspeando confuso, Stepánov entró en el despacho del administrador, un hombre de aspecto impresionante, le dijo que era capitán de un barco, que se encontraba de permiso y que quisiera...

- Todos quisieran -le cortó con insolencia el administrador-. Por desgracia, nuestra Casa de Cultura no es de goma...

A pesar de todo, Rodión Mefódievich consiguió seis entradas de la fila dieciocho. Y, limpiándose la sudorosa frente con el pañuelo, tomó un taxi, pues iba cargado de compras.

Varia había salido ya de casa cuando él llegó y Eugenio hablaba por teléfono con voz lánguida:

- ¡Aburren, pero hacen falta! -oyó Rodión Mefódievich-. De todas maneras, es el decano, cualquiera sabe lo que puede ocurrir en la vida. No escupas, hijito, en el pozo del que acaso tengas que beber.

- Y yo lo he oído de otra manera -pronunció con aspereza Rodión Mefódievich, entrando en el comedor-: no bebas del pozo, acaso tengas que escupir...

Eugenio tapó el auricular con la mano y miró de soslayo al padre.

- Ingenioso, pero poco práctico -le replicó Eugenio-. La vida, papáito, no es una cosa tan fácil.

Y sentándose en el sillón, siguió hablando largamente en el mismo tono lánguido con uno de sus camaradas. Eugenio llevaba puesta aquella maldita redecilla para sujetarse el pelo, y mientras hablaba no hacía más que desperezarse y bostezar. A pesar de esto, Rodión Mefódievich no se dejó arrastrar por la adversión que lo dominaba. De nuevo se dijo que los hijos no son culpables de nada, la culpa de todo la tienen los padres. Era una de esas personas capaces de condenarse rigurosamente a sí mismas, incluso no siendo culpables de nada, y no digamos en aquellos casos en que la falta les tocaba, aunque de manera indirecta. Y de nuevo, pero ahora de un modo artificial, empezó a dejarse dominar por el mismo sentimiento que había experimentado por la

mañana; mientras Eugenio charlaba por teléfono, colocó sobre la mesa los regalos y encima de ellos las entradas para la ópera.

Eugenio terminó de hablar, colgó el auricular, estiróse otra vez, y moviendo perezosamente sus cortas piernas se fue acercando.

- Es un buen aparato -le dijo Rodión Mefódievich-, una cosa muy útil. Nuestra óptica es de primera y saber hacer fotografías es agradable...

Las palabras salían con dificultad de su garganta. Y la frase resultó torpe, prolongada, con un timbre implorante en la voz.

- Las de espejo acaso sean más cómodas -contestó Eugenio-. Iraída, la hija de nuestro decano, tiene una Zeis, es muy bonita, hasta lujosa. Y para esta endemoniada hace falta además trípode. La verdad, es demasiado voluminosa.

- He comprado también el trípode -de buen grado y con más premura de lo que correspondía, dijo Stepánov-, sin trípode, tienes razón, sin trípode no se puede hacer nada. Pero, para empezar, Eugenio, esta máquina es muy buena. Cuando yo estaba todavía en la Escuela Naval había un muchacho, por cierto que también se llamaba Eugenio, que hacía fotografías artísticas; fotografió una abeja, sabes, tan natural, aterciopelada, posada en una flor. Incluso se la publicaron en el periódico, para un concurso, y el aparato era mucho peor que el tuyo...

- Si yo no digo que sea malo. El aparatito no está mal, sólo que es muy voluminoso, ahora una máquina así no la lleva ninguno de nuestros muchachos...

- ¿Y quiénes son vuestros muchachos?

- Quiénes van a ser, ya lo sabes: Kirflov, Boriska, Serniakin, me reúno frecuentemente con ellos, pasamos el tiempo...

Rodión Mefódievich asentía con la cabeza a cada nombre, aunque, en realidad no conocía a ninguno de ellos.

- ¿Y a Ustímenko, por qué no le mientas? -preguntó Rodión Mefódievich, alargando el cuello hacia adelante-. ¿Dónde dejas a Volodia? ¿Acaso no es lo bastante bueno para vosotros?

Eugenio palideció ligeramente. En sus ojos, apareció esa expresión de odio sumiso, que Stepánov ya conocía.

- Sabes, papá -dijo Eugenio, de pie y bastante alejado de Rodión Mefódievich-. ¡Sabes, palabra de honor, no puedo comprender nunca qué es lo que pretendes de mí! Tu Volodia es un poseso, un maniaco, y nosotros somos muchachos corrientes. No estoy muy seguro; puede ser que de él salga una eminencia, no lo discuto, pero, qué quieres, nosotros somos jóvenes y nos gusta gozar de la vida, divertirnos...

- ¡Bien, está claro! -asintió con la cabeza Stepánov.

- En fin de cuentas, el Poder soviético es el Poder

soviético -continuó Eugenio, cobrando ánimos, y con tono más pacífico, incluso confidencial-. Y ni tú ni mamá habéis sufrido tanto y habéis luchado todos para que vuestros hijos no puedan divertirse y ser felices...

- ¡Está claro! -le interrumpió Stepánov.

Estaba sofocado, abrió la ventana y bebió agua de la jarra.

"¡No le riñas, no le riñas! -se decía a sí mismo-. ¡Compréndelo! Es ella, Alevtina, la que le ha metido a Eugenio estas cosas en la cabeza. Esto es obra suya, ella es la que echa a perder al muchacho". Y, a fin de cambiar de conversación, le preguntó qué tal vivía la madre en la casa de campo.

- Un verdadero aburrimiento, ni las moscas resisten, -contestó Eugenio, poniendo el pie en una silla para atarse el cordón del zapato-. Vive cerca de ella su costurera, Liusí Mijáilovna.

- ¿Es francesa?

- ¿Por qué francesa? Es rusa. Tiene amistad con mamá, pero también riñen a menudo. No hace mucho que Liusí le ha echado a perder un organdí. ..

- ¿Qué le ha echado a perder?

- Una tela así, de muchos colores y tiesa, organdí.

- ¡Comprendido! -respondió Stepánov, aunque no había comprendido nada-. Ahora otra pregunta: ¿qué nuevo cuadro es éste que tenéis aquí?

Y Stepánov dirigió una mirada a un cristal que brillaba herido por los rayos del sol matutino. Tras el cristal se veía un campo rojizo, arenoso, melancólico y en él algunas plantas cubiertas de berruguitas llenas de pinchos.

- Son cactus -dijo Eugenio con indiferencia-. Es una nueva afición de mamá. Los cultiva lo mismo que su amiga Liusí.

- ¿Los cactus?

- Sí.

¿Es que hacen confitura con ellos?

- ¡Qué van hacer confitura! -dijo Eugenio con una sonrisa-. Son plantas decorativas. Simplemente como adorno.

- ¿Y el acuario dónde está? No lo veo por ninguna parte.

- El acuario se lo han llevado. Los peces en él se envenenaron con algo y todos murieron. Date cuenta, no la espicharon sino que murieron. Mamá se enfada si dices que la espicharon.

- ¡Murieron! -dijo Rodión Mefódievich-. Sí, está claro. Pero eso de los cactus no lo he comprendido todavía; ¿es que dan flores bonitas o tienen olor agradable?

- No, son simplemente verdes, cubiertos de pinchos. Están de moda, ¿comprendes? Es ahora de moda decir, contemplándolos con la boca abierta: "¡Dios mío, qué preciosidad!" ¡Y eso es todo!

- ¡Bueno, no vale la pena hablar más de ellos! -dijo Stepánov-. Mira, esperaremos un poco más a Varia, después tomaremos unos bocadillos y alguna

cosilla con Volodia y Aglaia y nos encaminaremos al teatro. ¿Qué te parece?

Eugenio guardó silencio.

- La ópera *Fausto*, de Gounod -después de una corta pausa, agregó Stepánov-. La parte de Mefistófeles la canta Sverlijin, tiene una gran voz.

- Sverlijin es Sverlijin, pero no va a poder ser, papá -replicó Eugenio pensativo-. Hoy estoy invitado y no es correcto negarse a ir. Y además nos hemos puesto todos de acuerdo para ir al fútbol. Los del Uncha juegan con el *Torpedo*, no es una broma... Así es que, tendréis que arreglaros sin mí...

- ¡Está claro! -una vez más dijo Rodión Mefódievich-. Comprendido...

Y, cabizbajo, salió de la habitación.

El abuelo.

Vana seguía sin aparecer, el día transcurría vacío, sin sentido, agobiante.

Por fin llegó el abuelo Mefodi, traía un manojo de cebolleta verde, rabanillos en un periódico y una jarra grande de *kvas*⁶. El abuelo solía venir a la casa de su hijo sobre todo en ausencia de Valentina Andréevna; cuando ella estaba no se atrevía a quedarse mucho tiempo. A Alevtina le sacaba de quicio que el abuelo anduviera por casa descalzo, o con la camisa desceñida, o cuando, después de beber una copita, cantaba con voz aguda y tierna: "Ay, tú, pobre, pobre costurera, trabajas desde los dieciséis años", o de pronto invitaba a los presentes: "¡Coman, coman por favor, tenemos todavía mucho!". Después de vivir algún tiempo en la casa, el abuelo se hacía así como asustadizo y atolondrado, empezaba a guiñar con frecuencia los ojos, se inclinaba a saludar más de lo debido, no decía nada y se marchaba a la aldea, a la casa vacía, que olía a plumas y ceniza.

En ausencia de Valentina Andréevna (para sus adentros, el abuelo Mefodi llamaba a la nuera "Satanina Andréevna") vivía con más libertad, fumaba su pipa no sólo en la cocina, sino también en el corredor, y compartía en alta voz con Varia sus recuerdos, pero cuando venían los amigos de Eugenio, el abuelo se callaba y ni siquiera aparecía, diciendo con ironía, que tampoco allí se estaba mal, mientras se divertían aquellos señorillos. Un día el mismo Rodión Mefódievich vio cómo uno de aquellos amigos de Eugenio mandaba al abuelo que le fuera a comprar cigarrillos.

A Stepánov se le oprimía el corazón al ver cómo se humillaba el ya de por sí dócil abuelo; pero Alevtina se ponía tan colorada cuando el abuelo Mefodi se presentaba ante los invitados, que Stepánov, sin saber a quién tener más lástima, si al abuelo o a su mujer, sentía al mismo tiempo dolor y alivio cuando acompañaba al viejo a la estación y le metía algún dinero en el bolsillo "para cualquier

eventualidad".

Comieron los dos juntos, sin esperar más a Varia. El abuelo estaba sentado con su chaqueta desmesuradamente larga, la barba crecida, sus ojos pequeños y claros, como los del hijo, miraban con austero respeto a Rodión Mefódievich, y hablando con él le llamaba Rodión, pero de tal modo que se podía pensar que pronunciaba también el patronímico. Los molletes y las sardinas el abuelo no los comió por delicadeza, pero metía en la boca tallitos de cebolleta, al tiempo que decía que, por lo visto, aquel año había habido muy buena cosecha de cebolla, porque estaba barata. Por este complicado procedimiento, el padre daba a comprender al hijo que él no tiraba el dinero sin más ni más y que velaba religiosamente por los intereses de Rodión Mefódievich en la economía de la casa.

Fregaron los platos entre los dos y Stepánov le propuso:

- ¿Qué te parece, padre, si nos fuéramos hoy los dos al teatro? ¿Quieres? ¿Creo que, fuera del circo, no has estado en ninguna parte?

- ¡Pues podemos ir al teatro! -dijo el abuelo, escarbándose los dientes con una cerilla-. No estoy en contra. ¡Adonde va la gente, allí voy yo; y por qué no!

Pero en sus ojos se reflejó la preocupación, y empezó a parpadear rápidamente, como si estuviera asustado.

Por fin apareció Varia acompañada de Volodia. Rodión Mefódievich la había estado esperando todo el día, y resulta que ella había ido con Volodia a la sastrería, pues tenía que probarse "el primer traje de verdad: chaqueta y pantalones de estudiante".

- ¿Qué traje de estudiante es ése? -preguntó Stepánov con desagrado.

- ¡Pero qué va, es que a Varia siempre le gusta exagerar! -contestó Volodia-. Me están haciendo un traje de un uniforme de papá, y Varia tiene que disponer a la fuerza...

Se sentó en el diván y al momento se hundió en la lectura de un libro, en tanto que Varia, entre exclamaciones de entusiasmo, comía a la vez molletes y pasteles, bebía *kvas* con cebolleta, después metió un dedo en el salero, se lo chupó y dijo:

- ¡Formidable!

En cuanto terminaron de comer, el abuelo empezó a prepararse para ir al teatro, se limpió las botas de caña alta en la cocina, anduvo mucho tiempo por la casa, no se sabe por qué, en ropa interior, y después, parpadeando preocupado, tan pronto metía los perniles del pantalón por dentro de las botas altas, como los ponía por encima de la caña. Mientras, Rodión Mefódievich fumaba y pensaba que durante todos aquellos años no se había dignado comprarle al viejo un traje decente. "¡Cactus -reparasaba en su mente todas estas palabras que le exasperaban, organdí, acuario!"

⁶ Bebida refrescante hecha a base de pan de centeno. (*N. de la Edit.*)

- Padre, ponte mi traje de paisano -le dijo Stepánov-, no eres muy alto, justamente te estará a la medida. No me pongas en vergüenza, vístete un poco decentillo...

El viejo se dejó vencer por la frase "no me pongas en vergüenza", se puso la camisa con el cuello abierto y el traje azul marino de cheviot. Se contempló ante el espejo con cara muy grave y dijo:

- ¡Vaya, vaya! ¡Rediós, y qué bien me sienta!

A la tía Aglaia fueron a buscarla de camino. Ya estaba esperándoles en el portal de su casa, vestida de fiesta, con un traje blanco, las mejillas sonrosadas y resplandecientes los oscuros ojos.

En el teatro, el abuelo empezó a señalar a la escena con el dedo y en alta voz, sin miramiento alguno y sin prestar atención a los que siseaban, preguntaba:

- ¿Este quién es? ¿Qué hace? ¿Cuál es su mujer?

O gritaba enfadado:

- ¡Tonto! ¡Pero tonto, más que tonto! ¿Vender el alma? ¡Ay, ay!

Los que estaban cerca se reían por lo bajo y Rodión Mefódievich, sonriéndose, cambiaba miradas con Aglaia. Era sorprendente: ¡cómo sabía callar y sonreír aquella mujer!

En el entreacto, el abuelo, mientras paseaban, procuraba pasar por delante del espejo y cada vez que se veía en él ponía una cara terrible, impenetrable, diciendo sólo con los labios:

- ¡Vaya, vaya! ¡Esto está muy bien, pero muy bien!

Lo que más le gustó al abuelo fue Mefistófeles.

- ¡Qué pillo, eh! -decía-. Se ve que es un diablo. Ha conseguido lo suyo. ¡No, en un asunto así mejor es no meterse! ¿No es cierto lo que digo, Varia?

Después del teatro.

Cenaron en casa. Eugenio aún no había vuelto. Varia hablaba en voz baja con Volodia, y a Stepánov le pareció que andaba haciendo remilgos; el abuelo se quitó, no sin pena, el traje de cheviot, se echó un traguito de vodka y se fue a dormir. Aglaia y Rodión Mefódievich se sentaron junto a la ventana; ella, sin lamentarse, le contaba cómo se cansaba, cómo se destrozaba en los viajes por toda la región, sin carreteras; luego le habló de la manera burocrática, absurda, de proceder de algunos empleados.

- Nuestros años de juventud ya han quedado atrás -dijo ella de pronto-, las fuerzas no son las de entonces. A veces te irritas sin necesidad: a veces hasta ofendes a alguien...

Puso sus pequeñas manos morenas sobre las rodillas, bajó los párpados, después miró fijamente a Rodión Mefódievich a los ojos y le preguntó:

- ¿Para ti tampoco es fácil, verdad, Rodión? Ya veo que las sienes se te van poniendo grises...

El sonrió, como disculpándose, y se echó vino.

- De la flota no tengo por qué quejarme, Aglaia,

pero aquí... no sé... No resulta, las cosas no marchan... Ahí tienes a Eugenio...

- ¿Qué pasa con Eugenio? -le preguntó Aglaia.

- ¡No lo comprendo! -respondió con amargura Stepánov-. No sabes a qué carta quedarte...

- Mira, Vladímir le comprende. Y bastante bien. ¡Volodia! -llamó a su sobrino-. Cuéntale a Rodión Mefódievich lo que hablábamos hace poco de Eugenio.

- ¡Vamos, tía! -y Volodia meneó la cabeza.

- Habla -dijo Rodión Mefódievich-, no te acortes...

Yo sólo puedo hablar con aspereza -dijo Volodia, levantándose del diván-. No puedo hablar con delicadeza...

Rodión Mefódievich intentó reírse:

- Y yo no te pido que lo hagas con delicadeza.

- No sé quién tiene la culpa, yo no me meto a juzgar -dijo Volodia-, lo único que puedo decirle es que su Eugenio vive así, como de soslayo, ¿comprende? No hace mucho que se lo dije en una conversación con él, por eso no ando con escrúpulos y se lo repito a usted sin rodeos.

Sacudió la cabeza, se quedó pensando, luego empezó a hablar con voz sorda, ruda, sin alterarse:

- Por aquello que le dije me llamó dómine, niñito bueno, y otras palabras por el estilo de agradables, casi me llamó arribista. Pero eso a mí me entra por un oído y me sale por el otro, yo pienso así y de otra manera no puedo pensar. Toda persona en nuestro país debe vivir de su trabajo, sólo del suyo, y no del padre o del abuelo, ¿no es cierto, Rodión Mefóelievich?

- ¡Sí, es cierto! -contestó Stepánov, contrariado.

- Precisamente no hace mucho Varia y yo hablábamos de la hoz y el martillo. ¡No se puede pensar nada mejor: la hoz y el martillo! Son símbolo de nuestro régimen social, y este símbolo ¡representa mucho más que a los obreros y a los campesinos! Este símbolo entraña toda la ley de nuestra vida, la ley fundamental; ¿acaso no es así, Rodión Mefódievich?

- Desgraciadamente, todavía no lo es para todos -confirmó Stepánov, ahora ya no con enfado, sino con tristeza-. Varia tampoco sabe a qué carta quedarse, no comprendes qué quiere, unas veces geología, otras el teatro, pero de provecho para la sociedad...

- ¡Ahora soy yo la culpable! -se ofuscó Varia-. Ni siquiera puede uno devanarse los sesos pensando qué especialidad elegir.

- ¿Y qué? -la interrumpió Volodia con brusquedad-. Realmente te atormentas demasiado. Pero ahora no se trata de ti. Eugenio, Rodión Mefódievich, vive su vida aparte, no me es agradable tener que decírselo, pero él no vive de sí mismo, sino de usted, más exactamente, con su ayuda, pero, al mismo tiempo, separado de ese símbolo del que le acabo de hablar. Y no se trata de que especule, nada

de eso, él no se aprovecha de usted en absoluto, pero le tiene como reserva, por lo que pueda ocurrir. Y su teoría no es justa: considera que usted está obligado a asegurarles a él y a Varia una vida regalada, ya que usted y Valentina Andréevna lo han pasado mal y han vivido con dificultades. El y sus amigos, y conozco a algunos, están seguros de que la revolución se ha hecho para ellos personalmente, ante todo, para que ellos vivan a gusto y bien. Esto es un error, y usted no tiene razón cuando piensa que todo debe ser para los hijos, pero no quiero hablar más, se enfadará usted...

- Algo por el estilo me suponía yo -advirtió Rodión Mefódievich-, algo por el estilo, ¿pero acaso se os puede comprender? Cualquiera sabe qué clase de gente sois...

Con las manos a la espalda iba de un extremo a otro del comedor con paso firme. Tenía el rostro alterado, casi acongojado.

- Eugenio es un acomodaticio -dijo Volodia en voz baja, pero con firmeza-. Joven, pero un acomodaticio neto. Completamente acabado. Stepánov frunció el ceño.

- ¿Es exactamente así? -preguntó.

Volodia se encogió de hombros y no dijo nada.

- ¡A veces nos gusta complicar un poco las cosas! -intervino Aglaia-. Cierto que la vida es ya de por sí una cosa bastante complicada, pero tomemos, por ejemplo, al acusón en la escuela, al soplón, al delator; ¿acaso esto no les caracteriza ya? Te digo, Rodión, con toda sinceridad y crudeza, que hace mucho tiempo que no puedo aguantar a vuestro Eugenio, pienso que tú tienes que hacer con él no sólo una labor educativa, sino luchar hasta donde sea preciso...

- ¿Hasta dónde, precisamente? -preguntó Stepánov, con amarga ironía-. ¿O es que no comprendéis que con respecto a Eugenio mis derechos no sólo son limitados, sino que no los tengo en absoluto? Tengo obligaciones, pero no derechos. Mas, al fin y al cabo, para qué vamos a hablar de esto...

Entró el abuelo en ropas menores con un capote negro de marinero echado sobre los hombros y preguntó:

- ¿No sabes dónde está el *kvas*? He bebido ya tres potecillos de agua y como si nada. Y no he comido, me parece, nada así...

Miró a todos, y confuso, al ver que le asomaban las cintas de los calzoncillos, se fue a buscar su *kvas*.

- ¡Bien, bien! -dijo Rodión Mefódievich-. Una tardecita alegre. Bueno, perdonadme...

Después de despedir a los invitados, besó a Varia y al notar conmisericordia en sus ojos, dijo que quería dormir. Bueno estaba lo bueno, pero no aguantaba que le tuvieran lástima. Varia estuvo gimoteando algún tiempo en el baño, pero después se calló. Stepánov volvió al comedor, se echó una taza de té frío y empezó a pasear de un lado a otro.

Eugenio volvió tarde, abrió la puerta con su llave y entró en el comedor. El padre todavía seguía yendo y viniendo de un rincón a otro con un cigarrillo en la mano.

- ¡Buenas noches! -saludó Eugenio.

- ¡Buenas noches! -respondió Stepánov. Y agregó que se podía venir más temprano. Sin embargo, no se enfadó. Simplemente le pareció que había venido a verle una persona extraña a la que no esperaba.

Este joven extraño se sentó a la mesa y se dispuso a cenar, contando, no se sabe por qué, con excesiva premura, cómo había jugado el extremo derecha, cómo todos ellos habían ido después del partido a la casa de campo de Shilin y allí habían bebido limonada helada, se habían bañado y cómo, en general, habían pasado el día. Rodión Mefódievich le escuchaba en silencio. Acaso, simplemente escuchando en silencio, encontrara la clave perdida. Pues hubo tiempos en que llevaba largos ratos en brazos al pequeño y mocososo Zhenia enfermo y que en el Petrogrado hambriento conseguía, rebajándose, azúcar para él. Hubo tiempos en que le enseñaba a Zhenia las letras. ¿Cómo era posible? ¿Acomodaticio? ¿Es decir, una persona ajena? ¿Un hombre que todo lo que hace, lo hace para sí?

Y de nuevo, por enésima vez, Rodión Mefódievich se hacía la misma pregunta: ¿cuándo, cómo, por qué ha ocurrido esto?

Y de pronto comprendió por qué.

Le pareció tener una idea luminosa: porque hubo un tiempo en que toda la vida de Alevtina se concentraba en Eugenio. Ello era todo, todo se hacía para él, todo le estaba permitido. ¿Acaso Rodión Mefódievich, rendido, agotado, tenía derecho a enviar al chico a buscar una botella de cerveza, cigarrillos o cerillas? El muchacho no debía hacer más que divertirse, y, si no se divertía, entonces debía estudiar. La infancia es el tiempo más feliz, afirmaba Alevtina. Y si Stepánov se oponía, ella replicaba:

- Tú piensas así porque no es hijo tuyo. Es huérfano, claro No permito que se le ofenda, tenlo en cuenta. No lo olvides.

Cierta vez, hacía unos cinco años, mientras toda la familia estaba comiendo, Eugenio se insolentó de mala manera con Rodión Mefódievich. Como toda persona buena, Stepánov era muy impulsivo. Sin reparar en nadie, encolerizado, fuera de sí, cogió de la mesa un montón de platos y los tiró con fuerza al suelo. Alevtina empezó a vociferar, la pequeña Varia se agarró a su padre; Eugenio, pálido, dijo tranquilamente:

- ¡Loco de atar!

Stepánov salió del comedor. Al otro lado de la pared oyó como Alevtina apresuradamente le decía a Eugenio algo, en tono suave, y la contestación de éste:

- ¡Que se vaya al diablo, viejo imbécil!

Después Eugenio se puso a cantar. Andaba por el pasillo pisando fuerte y cantando de manera provocadora. Cantaba dándose cuenta de su fuerza, de su poder, cantaba porque comprendía la impotencia del padrastro. Claro ¿por qué no iba a cantar Eugenio? El era un muchacho nervioso y su padre era un hombre grosero, un *mujik*, un zopenco. Esta última palabra, del léxico de la señora de Gógoliev, la había aprendido muy bien Alevtina.

Y así se formó este joven ajeno. Ahora, tranquilamente sentado, comía molletes, sardinas, fresas, y tomaba té. Y, cosa rara, su mirada era cálida y cariñosa. Miraba a Rodión Mefódievich de otra manera que antes. ¡Oh, qué mirada más conocida! Era la mirada de Alevtina cuando, después de agotar la paciencia del marido con sus constantes reproches, quería que hubiera paz en la casa. Y Eugenio también quería que hubiera paz en la casa, quería que las relaciones con el padre fueran buenas, quería acomodarse al padrastro -sospechaba Rodión Mefódievich-, únicamente acomodarse, y nada más.

Con severa curiosidad miró Stepánov a este joven extraño. ¿Qué podía decirse de él? Era un muchacho como otro cualquiera: la faz despejada, curtida por el sol, los ojos transparentes, cabellos suaves, dientes blancos. La mirada franca, abierta. Rodión Mefódievich tenía muy buen ojo para conocer a las personas, por sus manos habían pasado miles: a los ruines y falsos los distinguía a escape de los buenos, y se equivocaba muy pocas veces, casi nunca.

- ¡Ah, una cosa, papá! -dijo Eugenio-. Tengo un ruego para ti. Nuestro decano es un viejo muy simpático, aunque no alcanza el cielo con las manos, pero conmigo se porta muy bien. Mañana es el cumpleaños de su hija, con la que tengo cierta amistad. Nos han invitado a ti y a mí...

- ¿Y yo qué pinto allí?

- Pues puedes contar algo de lo mucho que has visto en tu vida. Aunque sólo sea de Néstor Majnó. O de cómo trabajabas en la Cheka. También tienes muchas historias divertidas que contar, ¿verdad? Vamos, en serio, han insistido mucho...

- ¡Lo pensaré! -respondió con trabajo Rodión Mefódievich.

Y empezó a buscar por los bolsillos la pitillera, que estaba allí, delante de sus ojos, encima de la mesa.

Capítulo V.

Habla Polunin.

Volodia estudiaba hasta agotarse.

Ya en el primer curso leyó los célebres *Anales de la clínica quirúrgica* de Pirogov, en los que éste ponía en duda muchas verdades incontrovertibles en su tiempo y él mismo empezaba a poner en tela de juicio algunas cosas. La autosuficiencia de algunos profesores prevenía a Volodia, y esa constante desconfianza en la mirada del muchacho exasperaba

a los profesores. El Instituto de Medicina Séchenov extenuó por completo a Volodia. Ustímenko no sabía lo que era tomar ociosa y cuidadosamente en clase los apuntes de las lecciones para después aprenderlas de memoria, como lo hacía Eugenio, ejemplo de alumno cumplidor, respetuoso con los profesores y de chico noblote. Volodia tampoco sabía prepararse históricamente para los exámenes. Escuchaba las lecciones y retenía lo importante, necesario y útil; todo lo que él consideraba lugares comunes lo depositaba en su fuero interno para, en los ratos de ocio, hallar la manera de rebatir estas verdades generales incommovibles y demostrar su inconsistencia. Sin embargo, sabía siempre aquello que debía saberse, incluso más, pero siempre a su manera. Gánichev, su profesor preferido, decía con frecuencia:

- Un inteligente anatomopatólogo francés despreciaba los grados científicos, pero estimaba que es más cómodo despreciar encontrándose uno en el peldaño más elevado de esta maldita escala que al pie de ella. No lo olvide, Ustímenko: del hombre que se encuentra abajo pueden sospechar que es torpe y envidioso...

En el tercer curso a Volodia empezó a agradarle el profesor Polunin, rubicundo, de estatura enorme, siempre un poco jadeante, amigo de Gánichev. Prov Yákovlevich tenía las mejillas color de zanahoria, el cuello grueso, cabellos como el lino, muy rizosos. Hablaba con terrible voz de bajo, densa, fragorosa, era poco respetuoso con ciertas cosas de las que algunos profesores hablaban con trémolos de entusiasmo en la voz, y a veces les enjaretaba a los estudiantes historias peregrinas que, al parecer, no venían a cuento, como suele decirse.

- Vean ustedes, por ejemplo, Inozémtsev, Fiódor Ivánovich -les dijo en una ocasión a los estudiantes-, preclara personalidad en la historia de nuestra medicina, de gran talento, mente poderosa, yo incluso diría escudriñadora en muchos casos. Se entiende, que en el diagnóstico era infalible, e incluso, como ahora se dice, extra. Y, naturalmente, un doctor muy de moda en su tiempo. ¿Espero que ustedes sabrán qué es la práctica particular?

- ¡Lo sabemos! -atronó el tercer curso, que conocía sobre todo lo que era la práctica particular por la obra de Chéjov *Yónich*.

- Pues Fiódor Ivánovich le gustaba a su clientela particular, y él tampoco le hacía ascos -continuó Polunin-. Apreciaba la tranquilidad, asegurada por su capital, y como él solo no podía atender a su numerosa clientela, se vio obligado a mantener toda una plantilla de ayudantes, a quienes llamaban los "gallardos mozos de Nikítskaya", en honor de un hotelito que Fiódor Ivánovich tenía en la calle Nikítskaya de nuestro viejo Moscú. En aquella época de su sublimación práctica, Inozémtsev se sentía muy inclinado al empleo del amoníaco, como panacea

para curar diversas enfermedades y, en general, contra los estados catarrales. Esta, llamémosla teoría del amoníaco, amigos míos, no era en nada peor que otras muchas de los contemporáneos del profesor Inozémtsev. Pero lo interesante era que cuando aquellas teorías inventadas y fantaseadas por otros se desmoronaban en un abrir y cerrar de ojos, la teoría del amoníaco florecía pomposamente. ¿Cómo podía ocurrir esto?

Polunin miró maliciosamente a su auditorio, esperando una contestación. Pero todos callaron. Y con un suspiro apesadumbrado Polunin continuó su narración:

- Pues esto podía ocurrir porque los "gallardos mozos de Nikítskaya", todos ellos personas con el colmillo retorcido, experimentadas, que se preocupaban mucho de vivir bien -los había jóvenes, de mediana edad y viejos- suministraban a su patrono únicamente las noticias de las curas maravillosas con ayuda del amoníaco. Presentando lo deseado por Fiódor Ivánovich como verdadero, colocaban a este doctor magnífico, en el más elevado sentido de la palabra, en una situación absurda ante los estudiantes, que ya se mofaban del amoníaco. Pero Inozémtsev daba a sus gallardos mozos o, mejor dicho, a sus medicastros-lacayos pan con mano nada mezquina, y les daba no sólo pan, sino miel y ambrosía. Como prueba de agradecimiento por esto, y también ante el temor de disgustar a su jefe y patrón, los "gallardos mozos de Nikítskaya" engañaban a Inozémtsev sin ningún miramiento. Y así, según se expresaba Nikolái Ivánovich Pirogov, "comían en abundancia, dormían en blando colchón y paseaban alegremente en horas calamitosas para el pueblo". Inozémtsev, claro está, no perdió sus grandes méritos ante la ciencia, pero ante sus contemporáneos se colocó en una situación ridícula, y como entre los contemporáneos hay indefectiblemente analistas, no existe ningún misterio que andando el tiempo no deje de serlo. Les he contado esta anécdota no para menoscabar en lo más mínimo la memoria de Inozémtsev, sino solamente para ponerles en guardia con un ejemplo tan claro: nunca, queridos camaradas hijos de Esculapio, dejen comprobar sus descubrimientos a personas que dependan económicamente de ustedes, subordinadas a ustedes o ligadas con ustedes jerárquicamente. El ridículo es una cosa en extremo nociva. Ni siquiera el hombre más architalentado podrá librarse en mucho tiempo del ridículo, una vez que se haya equivocado. En este sentido hay que cuidarse mucho de uno mismo y de los colegas, diciendo en aras de ellos, en aras de las relaciones de camaradería, en aras del honor de los médicos, sólo la verdad, nada más que la verdad, siempre la verdad...

Cuanto más tiempo pasaba, con más evidencia distinguía Prov Yákovlevich a Volodia entre todo el curso y a veces hablaba con él prolongadamente en el

recolecto parque del instituto. Allí descansaba al salir de su clínica terapéutica, fumaba gruesos cigarrillos hechos por él, contemplaba el cielo, razonaba como si continuara la conversación hacia poco interrumpida:

- Estaría bien escribir un libro sobre los yerros de los grandes doctores. No hace mucho que se lo propuse a un hombre de mente lúcida, ¡pero se enfadó de tal manera como no puede usted ni imaginarse! ¡Y qué palabras brotaron de su boca: descrédito, degradación del pensamiento, menoscabo de los principios científicos: es sorprendente cómo se soliviantó mi lumbrera! ¡Ah, es todavía demasiado denso el espíritu corporativo entre nosotros, a veces es difícil respirar! Todos honorabilísimos, respetabilísimos, todos confían en llegar a ser grandes figuras, ya sea engallándose, ya sea reptando, pero tienen esa esperanza. Claro que no es cosa fácil. Por eso de antemano toman posiciones defensivas, para que pase sin apercibirse de ellos esta racha. ¡Pasará! Son interesantes los yerros de las grandes figuras, y no los vuestros, pues ni siquiera los escuchan. Pirogov fue hasta tal punto grande que no temió escribir él mismo acerca de sus errores. Y ha resultado en extremo aleccionador para generaciones enteras; pero no responden, no es esto. Ni que decir tiene, no es esto. Yo he reunido un material excelente. Mi talentado miró algunas cosas y me recordó cómo en su tiempo acogió nuestra corporación los *Apuntes de un médico* de Veresáev. Eso, dijo mi lince, son sólo las florecitas, ya te enseñaremos los frutos, en cuanto empiecen a aparecer...

Un día se encontró con Volodia en la calle Proletárskaya y le mostró un libro lujosamente encuadernado -en piel con estampados en oro, los cantos también dorados- y le dijo con acritud:

- ¡Qué infamia! Como puede usted ver, el título de este folio es *La peste en Odesa*: se trata de una investigación acompañada de retratos, planos, diseños y dibujos. En primer lugar nos encontramos con el retrato del duque de Richelieu, a continuación el de Vorontsov con todas sus condecoraciones, poseído de su propia superioridad sobre los pequeños del mundo, bueno, y del barón de Meyendorff y demás triunfadores de la epidemia de Odesa. Y, preste usted a esto su benévola atención, ni un solo médico. La rata está representada, el bazo de la rata negra portadora de la peste también ha encontrado su lugar, juntamente con el bubón del negro roedor, pero, vea usted, de los doctores no hay ninguno. ¡No son dignos! ¡Una modestia que linda con la vileza! Lo he comprado en una librería de viejo, lo he hojeado y me he indignado. ¿Por qué estos duques, conde, y barones con charreteras y monogramas, con entorchado, y distintivos de las órdenes, están representados en él y nuestro magnífico Gamaleia, doctor audaz y de corazón puro, no es digno?

¡Bueno, que siga usted bien!

Otra vez, estando sentado en su banco favorito del parque, contó a Volodia:

- Es cosa sabida que el gran Botkin, Serguéi Petróvich, dedicó no poco esfuerzo a combatir la preponderancia extranjera en la medicina de nuestra Patria, y esto era muy justo desde el punto de vista histórico porque, por ejemplo, el inspector médico principal en la administración de la emperatriz María, el médico de la corte Reuille, no sólo decía, sino que incluso *escribía*: "mientras yo sea inspector médico en las instituciones de la emperatriz María, nunca llegará a ser no ya médico director, sino ni siquiera médico interno de un hospital bajo mi gerencia, un solo médico *ruso*". Y esto se escribía en Rusia y era aprobado por una familia zarista que no sabía hablar en ruso. Claro es, la furia de Serguéi Petróvich estaba archijustificada, pero ¿por qué él, y mucho menos él, Botkin, tenía que dar el puñetazo en la mesa? Pues, de tal manera, *se puso a la altura* del médico de la corte Reuille, mas en modo alguno se elevó sobre él. Al enfurecerse, al irritarse, al salirse de quicio, Serguéi Petróvich empezó a cometer extravagancias indignas de su nombre y de nuestra sociedad, empezó a hacer cabriolas, llegando incluso a las anécdotas indecorosas, ya que, y estará usted de acuerdo en ello, cualquier chovinismo y nacionalismo es una mezquindad. ¿Si Reuille es un vil y un lacayo, por qué, pues, actuar según sus procedimientos? Y nuestro gran Botkin siguió precisamente este camino y llegó hasta el extremo de que, al emitir su opinión sobre los méritos de los candidatos al puesto de médico interno de los hospitales, admitía solamente al que tenía un apellido terminado en *ov* o en *in*. Y de nuevo voy a citarle un caso nada cómico. Serguéi Petróvich puso el veto a un joven de extraordinaria capacidad apellidado Dolguich. Con la premura de las consultas, tratamientos y visitas, nuestro insigne Botkin resolvió que el siberiano Dolguich era alemán, como, por ejemplo, los Minich, Libich, Ritich, odiados por él y que también terminaban en "ich". Sin penetrar en la deshonestidad de la selección de los candidatos de acuerdo con este principio, añadiré que también en esto las personas honradas hubieran debido luchar contra las demasías de Botkin, pero prefirieron *hacer la vista gorda y esfumarse*, exponiendo con ello el nombre y la grandeza de nuestro Botkin a incontables golpes, tanto en vida como más tarde. ¿Y para qué?

Se lamentó de pronto ante todo el curso:

- ¡Qué hicieron con la ciencia rusa; qué es lo que no habrán hecho! ¡Debo decirles a ustedes que Serguéi Petróvich Botkin, el eminentísimo maestro de toda una generación de médicos rusos, fue nombrado médico de la corte de la vieja carroña, la emperatriz María Alexándrovna, y durante largo tiempo le obligaron a dejar la Academia, cuando en ella precisamente tenía él su vida, pues la vida no es

otra cosa que acción. El genio de Botkin se hallaba en su pleno esplendor, era el momento propicio para trabajar y trabajar, pero él se paseaba por Livadia, o por Cannes, o por San Remo, o por Menton. "¿Cómo ha pasado la noche su augusta majestad?" ¡Oh, es el colmo!

Entornando los ojos suavemente, paseándose por delante de la cátedra, hablaba a los estudiantes de los doctores geniales de los tiempos pasados. Sabía de ellos muchísimas cosas, con todo detalle, como si los hubiera conocido muy de cerca. Pero Ustímenko observó que en el fondo, a pesar de todo su espíritu crítico, a Polunin le complacía hablar bien de la gente, admirar el talento, la profundidad y fuerza de las ideas, la capacidad de trabajo, "la entrega absoluta a su trabajo", como se expresaba Prov Yákovlevich.

- En la historia de la Medicina se habla de esos hombres de manera muy aburrida -decía Polunin-. Todos ellos, tenidos en tan alto aprecio por nosotros están terriblemente dulcificados y parecen rodeados de una aureola o como si nunca hubieran comido *blini*⁷, ni se hubieran enamorado ni irritado jamás. Pero todos ellos fueron personas, como lo fue Pushkin y otros seres geniales. Les ruego que se fijen también en otra cosa, en qué cicateros somos al enjuiciar de verdad a algunas figuras de la medicina. Quiero decir que no se concede toda la importancia debida a la inteligencia y la energía de un determinado trabajador. En este aspecto también son avaros nuestros escritores médicos, temiendo excederse en las alabanzas a un difunto. Puede ser que también sea porque el difunto se haya equivocado en algún momento en la elaboración de sus teorías, y, puesto que se ha equivocado, entonces empiezan, por si acaso, a desprestigiarle. Un imbécil que yo conozco incluso se atrevió en un artículo a poner peros al eminentísimo genio de Zajarin, censurándole de que no conocía la microbiología. Pero hay una cosa interesante, hasta muy interesante, ¿qué hubiera hecho este simpatiquísimo imbécil en los tiempos de Zajarin y cómo se hubiera conducido él personalmente en la tempestuosa época del desarrollo de la microbiología? ¿Por qué me dirige usted esa mirada irónica, estudiante Stepánov, acaso estoy diciendo algún disparate? Yo sólo lo hago así, como profiláctica, para que ustedes, mis alumnos, se alejen del pecado cada vez que en la ciencia aparezca alguna moda estúpida...

El auditorio le escuchaba encantado. Eugenio escribió escrupulosamente la "moda estúpida". Temía y odiaba a Polunin, comprendiendo que Prov Yákovlevich le despreciaba.

Volodia estaba sentado, con la cabeza apoyada en la mano, seguro de que iba a oír alguna cosa interesante. Y Polunin seguía contando:

- El recordar a Botkin es algo muy provechoso.

⁷ Plato popular ruso; especie de hojuelas. (*N. de la Edit.*)

Dicho sea de paso, daba conferencias en la Academia médico-quirúrgica en la misma época que lo hacía el profesor de botánica Merklin, que fue jardinero de palacio de la gran princesa Elena Pávlovna. Este estimadísima sabio daba sus lecciones leyéndolas de pe a pa en las cuartillas, y leía lo siguiente: "Las plantas están compuestas *con las células*, lo mismo que una pared está compuesta *con los ladrillos*". ¿Pero siendo como era un jardinero de la mismísima gran princesa, por qué no dar desde allí un salto y hacerse profesor? En aquella época enseñaba también un hombre de talento, Evstafi Ivanovich Bogdanovski, persona de carácter brusco y enemigo de la doctrina de Lister. Hacía las operaciones vestido de levita, y, a fin de no mancharse la ropa, se ponía un delantal de hule negro. Los ligamentos estaban colgados en la falleba de la ventana y el practicante, conforme iba siendo necesario, los mojaba con saliva para darles mayor consistencia y se los pasaba al general, diciéndole con tono respetuoso: "Tenga su señoría la bondad, *está comprobado*". Del fenal, sublimado y demás, ni hablar. En esta misma época, el profesor Pelejin, resuelto admirador de Lister, en un raptó espiritual se sublimó de tal manera que, por razones higiénicas, se afeitó no sólo la barba y los bigotes, sino hasta las cejas...

El auditorio soltó la carcajada, Polunin, irritado y ofendido, dijo:

- No hay en esto ningún motivo para reírse, camaradas futuros médicos. El camino de la ciencia es trágico. Pelejin tenía fe -¿comprenden ustedes?- tenía fe y se atormentó él mismo y atormentó a otros con su creencia en que así, precisamente así, salvaría las vidas humanas. Comprendo, camarada Stepánov, que a usted le resulte Pelejin digno de risa, pero yo, y no me avergüenzo de confesarlo, lloré cuando supe que nuestro querido Pelejin se había afeitado las cejas y con tan extraño aspecto no sólo se presentó en su casa, sino también en la Academia.

Rebuscando en su cartera, Prov Yákovlevich sacó una hojita de papel, la agitó en el aire y ordenó:

- ¡Escuchen ustedes! Esto lo pronunció en su discurso el profesor Sneguiriov en la apertura del primer congreso de profesores en partos y ginecólogos celebrado en Rusia. Esto fue en el año 1904, no es una fecha, en realidad, tan remota, en nuestro siglo.

Y leyó:

"No puedo recordar sin horror cómo durante una hora, o dos, y hasta tres estaba abierta la cavidad peritoneal; la enferma, el cirujano y sus asistentes se encontraban bajo los continuos efluvios (bueno, estos efluvios provenían de un pulverizador que accionaban sin parar, comprendido, ¿verdad?), efluvios de una disolución al 5% de ácido fénico: y en la cavidad bucal de todos los que allí se encontraban aparecía el gusto dulzón del fenal y

sequedad en las mucosas; en la orina de la enferma y de los médicos que la rodeaban se descubrió una cantidad considerable de fenal. Nos intoxicábamos nosotros mismos e intoxicábamos a los enfermos porque creíamos (*¡creíamos!*) que de tal manera evitábamos la infección en el organismo de la enferma y en la atmósfera circundante. ¡Que se nos perdone esta vehemencia! Y aún fue más terrible la cosa cuando el fenal vino a ser reemplazado por el sublimado. Nos lavábamos las manos y los labios con una disolución de sublimado, nosotros perdíamos así los dientes, y la enferma, la vida..."

El ancho semblante de Polunin se frunció dolorosamente y dijo, guardando la hojita en su cartera:

- Así se llevaba a la práctica en un principio la gran doctrina de Lister. ¿Es cómico? ¡No, no tiene nada de cómico! El magnífico cirujano ruso Alexéi Alexéevich Troyánov murió de nefritis, que se le presentó a consecuencia del empleo del fenal. Y esto no produce risa. Y volvamos ahora a Botkin. Serguéi Petróvich Botkin, esta flor portentosa, se desarrolló en tiempos muy difíciles para la ciencia. Y, pese a esto, creó una escuela, un poderoso movimiento en la medicina, y, aunque carecía de dotes oratorias, a sus conferencias asistían *siempre* no menos de cuatrocientos y a veces hasta quinientos oyentes. En lo que se refiere a los diagnósticos, estaba a una altura inconmensurablemente más elevada que *todos* sus contemporáneos: sabía escuchar, reflexionar, apreciar la enfermedad en todos sus aspectos y también al enfermo y resolver la tarea estratégicamente. De su gran capacidad para la diagnosis dan prueba numerosos hechos, de los que ya hemos hablado con ustedes, pero quiero contarles aún otro caso: llevaron a la clínica una mujer de mediana edad; de la anamnesis de la paciente no se puede sacar nada en claro, la enferma dice que unos ocho días antes había comido una sopa de pescado, después de lo cual se sintió mal, dejó de comer y enfermó. Luego le dio tos, el rostro se le puso azulado, las extremidades frías, rechazaba la comida, todo el tiempo dormitaba. Expertos doctores diagnostican la enfermedad como *pulmonía catarral*. Pero llega Botkin, ausculta, percute, reflexiona, y con su modo de hablar característico de un moscovita del barrio Zamoskvorechie comunica de manera confidencial:

- Busquen mañana, cuando hagan la autopsia *del cuerpo*, un absceso en el mediastino posterior, cerca del esófago.

Imagínense ustedes la cara de aquellos respetabilísimos médicos internos, médico de cabecera y otros doctores, todos científicos serios, pero, se comprende, ningunas lumbreras. ¡Y allí estaba un genio!

Hicieron la autopsia, y vieron el resultado: "inflamación supurante en las paredes del esófago,

perforación de éste con formación de un absceso en el mediastino posterior y septicemia".

Todo se puso en claro: una raspa de pescado había quedado atravesada en el esófago y provocado una mediastinitis purulenta, con todas sus consecuencias.

Y no he pronunciado la palabra *genio* así porque sí, camaradas estudiantes. El genio de Serguéi Petróvich reside en que él veía y escuchaba lo que era invisible e inaudible para otros, y sabía destacar en primer plano del análisis clínico lo que permanecía más recóndito, y, lo que es más importante, el padecimiento: sabía hallar *la clave* de la enfermedad. Pero no podía explicar mucho de lo que él mismo sentía. A veces sucedía que nadie captaba ninguna alteración en la función cardíaca, pero él afirmaba: "Yo oigo un acentito". Más tarde oía un "ruidito". Y sólo cuando la enfermedad estaba cerca de su final trágico, otros profesores empezaban a oír aquello mismo que había asegurado Serguéi Petróvich desde el mismo principio. "Yo veo un ligero tono gris-violáceo en la epidermis", aseguraba Botkin, calándose unos lentes, además de las gafas que llevaba puestas. Y él, con su vista débil, captaba efectivamente aquello que los demás no veían. "¡Yo percibo claramente un bultito!", decía él, señalando allí donde aún nadie había notado nada. Y por esto la autoridad de Botkin era siempre absolutamente irrefutable...

Polunin guardó silencio un momento y se quedó observando los rostros atentos de los estudiantes. Todos comprendieron que en aquel mismo minuto les iba a decir lo más importante, aquello que había motivado que recordara por enésima vez a Serguéi Petróvich Botkin.

- Sin embargo, la irrefutabilidad encierra su particular dramatismo, y voy a contarles a ustedes un pequeño episodio, no para denigrar la memoria del insigne doctor, sino para que extraigan ustedes de él, como futuros médicos, las conclusiones pertinentes. En aquel año, el académico Botkin concedía particular atención a los enfermos de tifus, y ocurrió que un mancebo de botica fue presentado ante los estudiantes como objeto de un análisis clínico realizado por Botkin. El enfermo se curó, pero durante largo tiempo siguió quejándose de fuertes dolores de cabeza. Mas como los dolores de cabeza no entraban dentro del esquema trazado por Serguéi Petróvich, el mancebo de botica fue tildado, y además de manera oficial, de simulador que no quería aceptar la fórmula del director de la clínica: "curado, apto para el trabajo". Y los doctores que tenían una opinión contraria a la de Botkin no dijeron ni pa-la-bra. ¡Y el muchacho, de dieciséis años, murió, sí, sí, murió! El profesor Rúdniev dijo a los estudiantes ya en la sala de autopsias, refiriéndose a la muerte del mancebo de botica:

- Veamos ahora en el cadáver qué enfermedad simulada era ésta que ha ocasionado la muerte

inesperada.

El joven había fallecido de un absceso cerebral.

La irrefutabilidad de la autoridad científica de un doctor verdaderamente genial había conducido en dicho caso a una catástrofe. La resolución colegial en los casos difíciles es absolutamente necesaria, futuros médicos, aunque se trate de un profesor de la altura de Botkin. Y si las grandes figuras se equivocan, ustedes están obligados por su honor a denunciar estos errores.

Polunin quedó callado, reflexionó unos momentos y luego preguntó de pronto:

- ¿Y qué saben ustedes de nuestro contemporáneo, que vive y trabaja hoy día, del profesor Klodnitski, Nikolái Nikoláievich, y de sus colaboradores y discípulos?

Silencio en el auditorio.

- ¿Pero ustedes saben que Nikolái Nikoláievich es nuestro más destacado epidemiólogo?

- ¡Autor de diversos trabajos científicos! -dijo Misha Shérvud-. Obras muy conocidas.

- Si es un profesor eminente, quiere decir que lo más probable es que sea autor de diversos trabajos -dijo Polunin con una sonrisa mordaz-. ¡Shérvud, como siempre, tiene usted razón!

Y, después de una pausa, continuó:

- Por extraña asociación de ideas, me ha venido a la memoria: muerte, autopsia. Pues bien, si la memoria no me es infiel, el amigo y ayudante del profesor Klodnitski, el médico ruso Deminski, el 2 de octubre del año 1912 por primera vez descubrió los bacilos de la peste en una marmota que la había contraído espontáneamente. Esto ocurrió en la provincia de Astrakán, donde se habían registrado varios casos de peste. Pues bien, se contagió de peste en forma pulmonar Hipolit Alexándrovich Derninski, él mismo hizo el análisis de sus esputos y envió un telegrama a Nikolái Nikoláievich, que se hallaba en Dzhaniyev. El texto de este telegrama les recomiendo a ustedes, futuros médicos, que lo escriban, para aprenderse después de memoria...

Y, paseando despaciosamente por delante de la cátedra, Polunin dictó con voz acompasada, incluso tranquila:

- "Me he inoculado de bacilos de la peste pulmonar de las marmotas. Venga, recoja los cultivos obtenidos. Todas las anotaciones están en orden. Lo demás lo dará el laboratorio. *Haga la autopsia de mi cadáver* como un caso de infección experimental de una persona con bacilos de marmota. Adiós. Deminski". ¿Lo han escrito?

- ¡Lo hemos escrito! -respondió Puich.

Y Ogurtsov repitió- como un eco:

- Lo hemos escrito.

- Naturalmente, Nikolái Nikoláievich llegó -continuó Polunin-, llegó y cumplió la última voluntad del difunto, hizo la autopsia del cadáver en el cementerio, al aire libre, exponiéndose él mismo al

contagio. De hombres así les aconsejo a ustedes que aprendan.

En el aula se hizo un profundo silencio, un silencio tenso.

Polunin volvió de nuevo a Botkin, pero ahora en relación con la peste:

- El médico, jóvenes camaradas, nunca debe quedar encerrado en su propio esquema, pues, de otro modo, sépanlo ustedes, pueden sucederle grandes contratiempos. Nuestro magnífico doctor, un portento, un cerebro privilegiado, nuestro Serguéi Petróvich, al final de la década del 80 esperaba que llegase a Petersburgo la peste desde el Volga. Y dicha peste ha pasado a la historia de la medicina con el nombre de *Vetliánskaya*. ¡Pues bien! Esperando la peste, Botkin no hacía más que observar la inflamación de los ganglios linfáticos de sus enfermos, suponiendo que el aumento en la inflamación era la base patológica para la posible penetración de la peste en Petersburgo. Y cádate que fue a caer en un campo tan abonado un cierto portero llamado Naum Prokófiev. Inflamación de los ganglios de todo el cuerpo, la observación más rigurosa, aislamiento y diagnóstico categórico en presencia de los estudiantes: ¡peste! El mismo Botkin había dicho: ¡peste! ¡El mismo gran Botkin! Y como ninguno de los que dudaban (y los había) tampoco se atrevió en este caso a decir lo contrario, se armó un pandemónium infernal. El Petersburgo de los burócratas y funcionarios salió huyendo de aquel mismo Petersburgo. Salían a todo galope las carrozas de la capital de los zares; partían los trenes abarrotados; temblando de miedo, corrían hacia sus dominios los consejeros secretos, los consejeros de Estado, los generales retirados, los hombres de negocios y los oficiales de la guardia del zar: ¡lejos, lejos de la peste! ¡Así como lo oye, camarada Stepánov!

Disputas y discordias.

Eugenio no podía soportar ni a Gánichev ni a Polunin. No comprendía de qué hablaban; y escuchando sus lecciones, la cara de Eugenio tenía una expresión de perplejidad. En la reunión del Komsomol de todo el curso incluso llegó a decir que estaba cansado de lecciones negativas; que lo que el necesitaba eran conocimientos positivos y no sonrisitas escépticas a propósito de las grandes conquistas de la ciencia. Puich, el estudiante más viejo del curso, ya canoso y semicalvo, hombre silencioso y siempre ocupado, se acaloró de pronto y se lanzó sobre Stepánov con toda su fuerza demoledora. En formación cerrada todos los comunistas y komsomoles del curso se lanzaron tras Puich sobre Eugenio. Este pidió la palabra para rectificar, no se la concedieron. Pidió que le permitieran reconocer sus errores, tampoco se lo permitieron. Pero el viejo Puich intervino por

segunda vez.

- ¡Camaradas! -dijo con voz estentórea de soldado de caballería-. ¡Camaradas! Los profesores Gánichev y Polunin nos enseñan a pensar. ¡A pensar y meditar! Sí, para nosotros es difícil poner en duda las simples verdades de los libros de texto. Pero llegará el día en que cada uno de nosotros tendrá que vérselas a solas con el enfermo, se encontrará sin la ayuda del profesor, sin la clínica, así, sencillamente: una isba, y yo, el médico, y él, el enfermo. ¿Acaso es posible aprenderlo todo para cuando llegue ese día? Pero saber pensar como médico, eso sí se puede aprender. ¿Se comprende mi idea?

Puich habló largo rato y todos le escuchaban de buena gana y con satisfacción. Les complacía que Puich, el preferido del curso, el "Viejo", a quien le costaba tanto trabajo estudiar, comprendiera a Gánichev y a Polunin. Y como en el mundo no hay nada secreto que no deje de serlo, es de suponer que Gánichev y Polunin se enteraron del desarrollo de la reunión y del calor y apasionamiento con que los estudiantes habían hablado de ellos...

Polunin era el terapeuta más destacado de la región. Daba clases en el instituto, dirigía la clínica de medicina interna y recibía a los enfermos en el ambulatorio de este establecimiento, rebosante de salud, las mangas de la bata, cuidadosamente planchada y almidonada, subidas hasta el codo, brusco y zahiriente con los estudiantes, era, sin embargo, sorprendentemente afable y compasivo con las personas que de verdad padecían alguna dolencia, tenía una paciencia extraordinaria con los enfermos graves y parecía como si se avergonzara ante ellos por su voz gruesa, su buen color, su salud y su fuerza inquebrantable. Con tacto poco corriente, sabía soslayar los momentos difíciles al reconocer a los enfermos, nunca hería su pudor, ni les exponía ante grandes grupos de estudiantes chismosos, ni les atormentaba con exhibiciones de sus achaques, si bien los estudiantes le comprendían perfectamente con aquel lenguaje convencional, particular, que empleaba Prov Yákovlevich en la clínica.

Poco a poco Volodia empezó a darse cuenta de que lo más importante en la vida de Polunin era la clínica. Allí, sin escatimar su tiempo, examinaba al enfermo, esforzándose por explicar a los estudiantes del modo más claro y preciso todo aquello en que el organismo del paciente se apartaba de lo normal, luego procuraba reagrupar estas desviaciones y, finalmente, establecía el diagnóstico. Su voz gruesa y fragorosa, al principio insegura, cautelosa, como si buscara, después hacíase más tranquila, los interrogantes "¿no es así?" desaparecían, cediendo su lugar a la férrea lógica de las aserciones. A Polunin le enojaban enormemente los hechos y las observaciones accidentales, de tercer orden: con un gesto de enfado los eliminaba, como si los apartara con su ancha mano; después, con aquellas manazas

colosales formaba una pirámide cuyo vértice era el diagnóstico.

- ¿Eh? -preguntaba de repente con un susurro triunfal, y los estudiantes le miraban entusiasmados, como si fuera un hechicero-. Hay que pensar, jóvenes camaradas, pensar y resolver la tarea *estratégicamente*. En este momento hemos determinado la dislocación de las tropas del enemigo, sus fuerzas, sus reservas. ¿Y de qué disponemos nosotros?

A Volodia le palpitaba el corazón aceleradamente. Lo que una hora antes era confuso, vago, desaparecía y diluía en una inmensa cantidad de síntomas, semejanzas, todo esto adquiría ahora un contorno, una forma clara y precisa: la enfermedad recibía su nombre. Y ocurría que aquella enfermedad no era en absoluto rara, sino una enfermedad corriente, una enfermedad con la que tropezarían sin duda, y más de una vez, los futuros médicos. Prov Yákovlevich, dicho sea de paso, no abusaba de lo que, por desgracia, todavía les gusta a algunos profesores mostrar ante los estudiantes: las enfermedades raras y las formas particularmente complicadas de estos "interesantísimos" casos no le parecía a Polunin una cosa tan imprescindible para los futuros médicos.

- Si no comprendes el caso, joven amigo -decía Polunin-, pides un avión sanitario, pues no vivimos en los tiempos de Maricastaña, sino bajo el Poder soviético. El *alma mater* te debe enseñar a prestar ayuda en masa y a ser médico no de una especialidad estrecha, sino un médico de amplios horizontes, un doctor expeditivo, con raciocinio, enérgico...

¡Oh, qué satisfacción proporcionaba seguir el pensamiento de Polunin, cuando despacio y con cautela, como un ciego que tantea con su palo, pasaba de una cuestión a otra, palpando al mismo tiempo el bazo y el hígado del enfermo, examinando las radiografías, los resultados de los análisis, buscando el arma necesaria en los arsenales de la patología, de la anatomía, de la fisiología, iba al encuentro de todos los lugares oscuros, de las fallas y contradicciones, confrontando lo incomprensible y convirtiendo de pronto aquel caos momentáneo, aquella incoherencia, aquel absurdo, aquel conjunto de síntomas que se excluían mutuamente en un todo armónico acabado, en la cúspide de su pirámide: el diagnóstico!

Con un estremecimiento casi religioso, temiendo por su dios, entraba Ustímenko con otros estudiantes en el edificio gris de la sala de autopsias de la clínica, en cuyo frontispicio estaban escritas en latín las palabras: *Hic locus est ibi mors gaudet succurrere vitain* ("En este lugar la muerte ayuda a la vida"). Un enfermo del que ya un mes atrás dijo Prov Yákovlevich que su enfermedad era incurable, había fallecido. ¿Por qué? Ahora de esto tenía que hablar Gánichev, el juez último e incorruptible en absoluto...

El imponente Polunin se sentó cerca de la mesa de autopsias, el ayudante, el tío Sasha, como le llamaban los estudiantes, empezó a hacer la disección del cadáver. Gánichev con voz monótona (en la sala de autopsias él no bromeaba y no permitía que nadie lo hiciera) explicaba a los estudiantes lo que no comprendían. Por muy extraño y terrible y hasta por muy salvaje que parezca, pero daba alegría escuchar que Polunin ya entonces, hacía un mes, tenía absoluta razón, todo lo invisible lo habían visto sus ojos, los ojos de un hombre armado de un aparato de rayos X y de los análisis clínicos, ojos de estrategia. El enfermo murió. La ciencia todavía no sabía luchar contra aquella enfermedad en aquel estadio. Pero la ciencia iba penetrando en terrenos hasta hacía muy poco inaccesibles. Y la ciencia hubiera podido salvar al enfermo si él mismo se hubiera puesto en manos de esta ciencia antes, aunque sólo hubiera sido un poco antes.

Terminó la autopsia, Polunin y Gánichev salieron al parque con los estudiantes, se sentaron en un banco. Resplandecía en el cielo el frío sol de otoño, en el aire transparente revoloteaban las hojas amarillentas de los arces y abedules. Gánichev encendió un cigarrillo. Prov Yákovlevich estaba sentado, la cabeza de ancha frente inclinada sobre el pecho, sombrío, descontento de todo.

Inopinadamente, casi irritado, dijo:

- Si se aprendiera a curar como es debido... Gánichev le dio afectuosamente unos golpecitos en el hombro. Polunin se levantó y se fue.

- ¿Ha ocurrido algo? -preguntó Volodia a Gánichev.

- No -respondióle éste con un corto suspiro-. No ha ocurrido nada. Pero, sabe usted, esto suele suceder con los médicos que piensan. Accesos semejantes al que acaba usted de ver.

Suspirando otra vez, agregó:

- Billroth -que, dicho sea de paso, no fue un mal doctor- escribía: "Llegamos a nuestros éxitos pasando por encima de montañas de cadáveres". Existen, permítaseme llamarlos así, médicos que se conforman fácilmente con esto y a los treinta añitos escriben sin alterarse: *exitus letalis*, y los hay como Prov Yákovlevich, que se culpan de la muerte de cada uno que fallece. Hay que señalar que la medicina la impulsan ante todo las personas del tipo de Polunin... ¿Se comprende?

- Claro que se comprende -dijo Niusa Iólkina, una estudiante chatilla y de mejillas sonrosadas-. Pero, estará usted de acuerdo, camarada profesor, que no puede estar uno sufriendo toda la vida: no hay nervios que lo resistan. Y para el médico, a pesar de todo, es muy importante la tranquilidad.

- Completamente justo -acaso con excesiva suavidad asintió Gánichev, y se dirigió a la sala de autopsias...

Pero en seguida volvió y, sin sentarse,

apoyándose en su recio bastón de encina, dijo:

- Petenkoffer y Emmerich ingerían cultivos de bacilos del cólera, después de haber neutralizado previamente con bicarbonato de sosa el ácido clorhídrico del estómago. Nuestro Méchnikov, el doctor Hasterlik y el doctor Latapi hicieron lo mismo. Unos sesenta años atrás tres italianos - Borgioni, Rossi y Passigli- convencieron al venereólogo Pellizzari que les inoculara a ellos, hombres sanos y jóvenes, la sífilis. Pellizzari se negó categóricamente, pero los tres jóvenes insistieron. Y en aquel entonces, estudiante Iólkina, la sífilis se curaba de otra manera que ahora. ¡Con mercurio! El doctor Lindemann se estuvo inoculando a sí mismo cada cinco días durante dos meses. La comisión nombrada por la Academia de Medicina de París, estudiante Iólkina, estableció la conclusión correspondiente... La recuerdo bien: el doctor Lindemann tenía los dos brazos, desde el hombro hasta la palma de la mano, cubiertos de pústulas, muchas supurantes, y alrededor de ellas agudas y dolorosas ulceraciones... bueno, etc., etc., sin hablar ya de las numerosas pápulas que le brotaron por todo el cuerpo. Pero el doctor Lindemann no había considerado posible recurrir aún a la cura. Esto, estudiante Iolkina, a propósito de la tranquilidad del médico, por la que empieza usted ya a preocuparse...

La sangre afluyó de pronto al grueso rostro de Gánichev y gritó.

- ¡Aún no es tarde! ¡Puede ir a los cursos de corte y confección! ¡O de taquigrafía! ¡Bueno, puede irse con su mamá, con su papá, con su marido, o al diablo!...

Después, Niusa se lamentó:

- ¡Es que no se puede decir nada! Y, además, a que vienen aquí los cursos de corte y confección. En nuestro país todas las profesiones son dignas, y la taquigrafía no es peor que la anatomía patológica...

Por las sonrosadas mejillas de Niusa resbalaron unas lágrimas, sus ojos refulgieron airados.

- Sí, en realidad mejor sería que te fueras a trabajar de taquígrafa -inesperadamente para él mismo le aconsejó Volodia-. ¡Ya que no has comprendido nada de lo que se ha hablado aquí, lárgate! ¡Allí estarás más tranquila y encontrarás mayor atractivo!

- Pero, además, no se puede exigir a todos los médicos que se inoculen sífilis -dijo Eugenio-, esto, si no otra cosa, resulta cuando menos ridículo.

Ustímenko se sulfuró:

- ¡Y nadie se lo exige! -gritó-. ¿Acaso se ha hablado aquí de eso?

"El tiempo corre incontenible... "

Solo Varia comprendía absolutamente todo, aunque no estudiaba medicina. Era sorprendente cómo sabía escucharle y captar lo que era más importante para él, lo que era su vida, lo que no le

dejaba dormir, lo que le alegraba y le entristecía. Aunque no conocía a Polunin ni a Gánichev, Varia les consideraba hombres eminentes. A Niusa la saludaba con marcada frialdad después de que Volodia le contó lo ocurrido. En su escuela de peritaje comentaba todo el tiempo con sus compañeros las noticias sobre los éxitos de la medicina y, en particular, de la cirugía. Y esto no era porque lo pensaba así Volodia, sino porque así lo pensaba ella misma al escuchar sus arrebatados razonamientos, un tanto insólitos, pero felices.

Esto ocurrió de la siguiente manera: un domingo se fueron los dos a los puestos de los chamarileros para rebuscar entre libros viejos, allí se encontraba a veces algunas cosas no malas. En tanto Volodia revolvía en los montones de libros, Varia se metió entre unos puestos que había a un lado y quedó boquiabierta con alegre estupor. Bajo el ardiente sol de mediodía, junto a una vieja alfombra, sentada en una sillita, se hallaba una dama: "alguna antigua duquesa", pensó Varia. La dama fumaba un cigarrillo en una boquilla muy larga y fina y vendía unas cosas sorprendentes: un corsé, plumas de avestruz y una cosa que la dama dijo "es un boa", dos molinillos de café, perlas falsas, frascos, un juego de ajedrez, y, lo más interesante, allí había ¡una calavera auténtica!}, de persona, amarillenta, pero en muy buen estado.

- ¿Cuánto pide usted por eso? -preguntó Varia.

- ¿Se interesa por la calavera la señorita? -preguntó la "duquesa", golpeando con la punta de sus dedos con mitones sobre el occipital amarillento.

- A mí, la verdad, me interesa un esqueleto entero, completo -dijo Varia-. ¿No lo tendrá usted por casualidad?

- ¡Por quién me toma usted, señorita! -exclamó la "duquesa"-. ¡Un esqueleto entero! ¿Dónde puede usted encontrar un esqueleto entero?

- Los venden en las tiendas de material escolar, pero los venden sólo por cuenta corriente a la orden y nada más que a las instituciones -le explicó la locuaz Varia-. Y yo no soy una institución, sino una persona particular.

- Sí, ahora es muy difícil para las personas -corroboró la "duquesa".

Varia compró la calavera. En la parte inferior tenía una chapita metálica con una inscripción: era un regalo de alguien a alguien.

- ¿Puede ser que a la señorita le interesen también las plumas de avestruz? -preguntó la "duquesa".

- A la señorita no le interesan ni las plumas de avestruz, ni los anillos en la nariz, ni las cabelleras humanas -dijo Volodia con acritud, saliendo de entre la muchedumbre-. La señorita no es un vestigio de algo que se ha derrumbado, sino una joven komsomola. ¡Vamos, Variuja!

Varia había envuelto la calavera en un periódico y Volodia no se enteró del regalo hasta que llegaron a su casa. Los libros y folletos asomaban por todos los

bolsillos de Volodia. Uno, el más delgado, lo llevaba en la mano y no cesaba de hojearlo. Ya en casa, maltrechos por los empujones, llenos de polvo, aturcidos por el ruido de los gramófonos, bebieron agua del grifo, colocaron la calavera en lo alto de la estantería, y, después de descansar un poco, se sentaron a leer las confesiones humorísticas de Carlos Marx.

- ¡Espera que te limpie la cara, estás todo mojado! -dijo Varia.

Le gustaba mucho atender a Volodia. Le agradaba, por ejemplo, notar que le faltaba un botón o cuando le encontraba un pañuelo sucio. "¡Qué desmañados sois los hombres! -le decía en tales casos-. No sabéis hacer nada". Y luego, sin falta, agregaba: "Menos papá. El sabe hacerlo todo. ¡Los marinos son así!"

- ¡Y el cuello de la camisa también está sucio! -agregó Varia.

- ¡Déjame en paz! -le ordenó Volodia.

Luego preguntó, echando una mirada al libro:

- ¿Cuál es su idea sobre la felicidad, Varia Stepánova?

- ¡Un fuerte y eterno amor correspondido! -enrojeciendo, pero con prontitud y en alta voz, contestó Varia.

- Siéntese, desaprobado.

Varia intentó mirar al libro, pero él la apartó.

- Sabes, yo no veo en esto nada humorístico -dijo Volodia-. Con toda seguridad, a los santurriones, sencillamente, no les habrán gustado y por esto han dicho que las confesiones eran humorísticas. Piensa, si es que tu capacidad intelectual te lo permite...

Volodia leía, Varia escuchaba, con la boca entreabierta, sonrosadas las mejillas, ingenua, con un lazo grande en lo alto de la cabeza, enteramente como si fuera una chiquilla todavía.

- ¿Qué cualidad estima usted más en las personas? -pregunta Volodia y él mismo contesta:- ¡La sencillez! ¿En el hombre? La fuerza. ¿En la mujer? ¡La debilidad!

- ¡Yo no soy débil! -protestó Varia-. Es decir, no muy débil...

- ¿Que no eres débil? -rechazó Volodia-. ¡Esto es hasta divertido, Variuja! ¡En cuanto ves una rana, y además de lo más inofensiva, de los matorrales, te pones a gritar!

- No lleva escrito si es o no de los matorrales, y los ojos los tiene lo mismo de saltones.

- ¡Y dice que es fuerte! -exclamó Volodia-. ¡Miren ustedes, qué fortachona! Hasta repele oírlo...

Y de pronto Volodia se encaró con ella.

- ¡Tú reflexiona! ¡Reflexiona! Pregunta: ¿cuál es su rasgo característico? Respuesta: la unidad de objetivos.

- ¡Colosal! -pronunció Varia.

- Grandioso y no colosal. Ahora: ¿su idea sobre la felicidad? ¡La lucha! La lucha, comprendes, Variuja,

la lucha, en ella se encierra la felicidad. Sigamos: su idea sobre la infelicidad. El sometimiento...

- Pues yo me someto en muchas cosas a ti -dijo Varia-, y no veo en ello ninguna infelicidad...

- Pero tú no te sometes a mí de esa manera -severo, replicó Volodia-. Tú te sometes a mí de manera inteligente, Stepánova.

- ¡Estúpido!

- No te subleves, nulidad...

La tía Aglaia gritó desde la otra habitación:

- ¡Volodia, calla ya! De nuevo la harás llorar.

Pero ellos ni la oyeron, estaban leyendo, sentados juntos, pegaditos los hombros.

- "¿Cuál es el defecto que le inspira mayor aversión? El servilismo. ¿Quiénes son sus poetas preferidos? Shakespeare, Esquilo, Goethe. ¿Cuál es su color preferido? El rojo. ¿Cuál es su máxima preferida? *Nihil humani a me alienum puto*⁸. ¿Cuál es su divisa preferida? *De omnibus dubitandum*⁹..."

Entró Aglaia, se detuvo junto a la puerta, acababa de ducharse y sus espesos y negros cabellos brillaban con reflejos irisados...

- Pero qué simpáticos sois los dos -dijo-. Sólo que todavía un poco tontuelos.

Sentándose al lado de Varia, le lamentó:

- A vosotros os es fácil llegar hasta Marx y Engels, sois personas cultas. Pero, Dios mío, qué difícil me fue a mí. ...

Desde aquel domingo Volodia y Varia empezaron a pensar juntos con frecuencia. Varia leía mucho menos que Volodia, pero cuando él hablaba, captaba todo al instante y lo comprendía casi a medias palabras. Así leyó Ustímenko *La sagrada familia...* y Varia escuchó su informe sobre este tema; de la misma manera estudió *La miseria de la filosofía*, que a Varia le resultó mucho más difícil; y así se pasó varias noches con *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. La tía Aglaia, al ver el libro que estaba leyendo Volodia, dijo:

- Sabes, cuando Marx escribía este libro, no tenía ni ropa que ponerse para salir a la calle: todas las prendas las tenía empeñadas.

Volodia miró a Aglaia con ojos distraídos, se metió en la boca un trozo de pan y continuó leyendo. Al amanecer hojeaba a Schiller y con feliz asombro descubría en el pesado lomo nuevas y nuevas maravillas:

El tiempo corre incontenible.

Vuela a la eternidad.

Sé tú constante, y lo encadenarás...

¡Maldito tiempo! Verdaderamente, cómo corría, y qué poco alcanzaba a hacer Volodia Ustímenko. Todo tenía interés, todo era importante, necesario, incluso lo menos interesante era interesante porque

⁸ Nada que sea humano. me es ajeno. (N. de la Edit.)

⁹ Duda de todo. (N. de la Edit.)

exigía actividad. Y qué ganas le entraban de echar a correr para bañarse en el Uncha o, de repente, dejarlo todo y, lanzando un silbido de bandido junto a la vieja casa de los Stepánov, irse a pasear hasta las tantas de la madrugada con Varia por la orilla, escuchando cómo Varia bostezaba y decía sus simplezas sobre el arte. Ella ya había aprendido a decir "en teatro" en lugar de "en el teatro" y acerca del actor Galiléev-Presniak, muy popular en la ciudad, decía que siempre hacía de "tercer número". "Los artistas actúan sobre los nervios", afirmaba Varia. Volodia se reía con una risita burlona y ella se enfurecía y le pegaba.

- ¡Oye, oye, que tienes una mano muy dura! - gritaba él.

Antes le devolvía golpe por golpe, pero ahora, no sabía por qué, esto ya no era posible. Y dejaron de pelearse. Pero Varia se enfurruñaba cada vez con más frecuencia y los ojos se le llenaban al instante de copiosas y dulces lágrimas, y Volodia sentía una lástima infinita de ella y se avergonzaba, pero nunca se disculpaba, limitándose a farfullar:

- ¿Pero qué te pasa? ¿Qué te he dicho yo de particular? ¡Eliges una buena poesía y la vociferas, no la recitas! Hasta es desagradable oírlo...

- ¡Imbécil, no comprendes ni lo que es ritmo, y te metes a juzgar! En nuestro estudio, Esfir Grigórievna...

- Bueno, está bien, de acuerdo, pero deja ya de berrear...

El la atormentaba terriblemente. Ella era más joven que él y hacía todo lo posible para contenerse, aunque a veces era superior a sus fuerzas.

- A tu edad Herten y Ogariov... -empezaba a decirle Volodia.

- Pero yo no soy ni Herten, ni Ogariov - gimoteaba Varia-. Yo soy Varia Stepánova y no me hago ningunas ilusiones.

- El sábado te di el *Anti-Dühring*. Y tú todavía...

- Oh, Volodia...

- Repito, el sábado...

- ¡Precisamente el sábado -ya con desesperación gritaba Varia-, precisamente el sábado tuvimos ensayo general!...

- ¿Y hoy qué día es?

- Sábado.

- ¿Y en toda la semana no has abierto el libro?

Varia, aplanada, callaba.

- Siéntate aquí y lee lo que te mando, mientras yo estudio -seguía el mandato-: Ni teatros, ni cines, ni clubs. ¿Y por qué te has perfumado? ¿Es que no sabes que se perfuman sobre todo las personas sucias físicamente?

- ¡Bueno, ahora te muerdo! -le gritó una vez Varia y, efectivamente, le mordió en una oreja, produciéndole bastante dolor. Después, aún añadió:- ¡Y todavía podía haber sido peor! ¿Sabes qué dientes tengo yo? ¡Te podía haber atravesado con los dientes

tu fea y sucia oreja!

Volodia gritó:

- ¡Tía Aglaia, llévate de aquí a tu Varia, muerde!... Pero, a pesar de todo, experimentaban un increíble placer cuando estaban juntos: podían permanecer mucho rato en silencio, como si no se dieran cuenta el uno del otro, ocupados cada uno en sus cosas, pero de pronto se alegraban de estar allí los dos, tan cerca. Volodia sentado junto a la mesa, Varia al lado de la ventana, y siempre tenían de qué hablar, de qué discutir, para al momento hacer las paces.

Algunas veces Varia traía "sus" libros: obras literarias. Si Volodia estaba de buen talante, se dignaba permitir a Varia que leyese algunos de los pasajes que ella llevaba subrayados. Varia se ponía muy colorada y, recogiendo una guedeja de pelo tras su sonrosada oreja con pendiente, leía con voz afectada alguna descripción de la naturaleza.

- ¡Es muy largo! -decía Volodia, bostezando aposta-. ¿A qué viene todo esto? ¿El cielo era violáceo, el viento azotaba como una toalla?

- ¡Aquí no dice eso! -protestaba Varia-. No dice tal cosa en absoluto...

- ¡Continúa leyendo!

Varia leía de prisa y como si quisiera justificarse.

- ¡Y no finjas la voz! -le interrumpía Volodia-. ¿Para qué haces esas contorsiones? ¡De todos modos, tú no puedes hablar como el coronel de húsares!

- Pero yo...

- ¡Lee!

Cansada, Varia seguía leyendo. Volodia daba golpecitos con el lápiz, movía algunos papeles, después, en contra de su voluntad, prestaba atención. Nunca se podía saber de antemano qué era lo que podía interesarte. Pero poco a poco Varia fue comprendiendo qué obras le eran necesarias. Esa era la palabra justa, "necesarias", no podía encontrar otra más exacta. Por vez primera había comprendido qué le gustaba a Volodia cuando le leyó *Sebastópol en el mes de diciembre*, de León Tolstoi.

- "Usted empieza a comprender a los defensores de Sebastópol -leía Varia emocionada y mirando a Volodia de reojo. El había dejado de hacer ruido con los papeles y permanecía inmóvil, con la cabeza baja-. Y hay algo que le hace sentirse como avergonzado ante ese hombre. Quisiera decirle muchas cosas, para expresarle su simpatía y admiración; pero no encuentra las palabras necesarias o no le satisfacen las que acuden a su cabeza, y se limita a inclinarse en silencio ante esa muda e inconsciente grandeza, ante esa firmeza de espíritu, ante ese rubor del propio mérito".

- ¡Esto es auténtico! -dijo Volodia de pronto.

- ¿Qué es auténtico? -preguntó Varia, sin comprender.

- Esto. Lo del rubor del propio mérito. ¡Sigue leyendo!

- Varia siguió leyendo, él estaba tendido en su estrecho camastro, con las manos tras la cabeza. Parecía como si corrieran por su semblante confusas sombras: tan pronto fruncía el ceño como aparecía por un instante una sonrisa de satisfacción en su rostro. Y mientras escuchaba la lectura pensaba, todo el tiempo pensaba, siempre estaba resolviendo algún problema que sólo él conocía, sin duda difícil, casi atormentador.

- "Imposible admitir que esos hombres acepten tan terribles condiciones por una cruz, por un ascenso, por la coacción -leía Varia-. Debe haber otro móvil más sublime.

Y éste es un sentimiento que se manifiesta rara vez, con recato, en el ruso, pero que se halla en el fondo del alma de cada uno: el amor a la patria".

- Bueno, muy bien, perfectamente, ¿y nosotros? -preguntó Volodia, incorporándose de repente sobre el codo.

- ¿Nosotros? -se sorprendió Varia.

- Sí, nosotros, dos komsomoles: una tal Stepánova y un tal Ustímenko. ¿Cómo vivimos? ¿Para qué? ¿Para qué, en resumidas cuentas, hemos venido al mundo?

Varia parpadeaba asustada. Volodia siempre tenía esos arranques tan inesperados. ¿Qué necesita? ¿Qué quiere este atormentador? Pero Volodia se tranquilizó y dijo con aspereza:

- Bueno, no parpadees más. Todos los libros, sin excepción, deben ser escritos para algo. ¿Comprendes? Ahí tienes eso: "la puesta del sol era violácea y el viento como prietas toallas..."

- ¡Ah, qué inventiva tienes, Volodia!...

- O también: "había un suave olor a corteza podrida de la nieve derretida del año anterior..."

- ¡Qué tonterías dices!

- No son tonterías. Los libros deben ser escritos para que se pueda sentir envidia por las personas extraordinarias, para que se desee ser como ellas, para que al leerlos puedas enjuiciarte a ti mismo con severidad, ¿comprendes, pelirroja?

En los momentos de particular predisposición llamaba a Varia "pelirroja", aunque sus cabellos eran de color castaño claro y no tenía nada de pelirroja.

- ¿Y los versos? -preguntó ella.

- ¡Los versos, florilegios, a excepción de Mayakovski!

- ¿Sí? ¿Y Pushkin? ¿Y Blok? ¿Y Lérmontov?

Volodia frunció el ceño. Entonces Varia bajito, apenas sin voz, dijo unas líneas de Blok:

"¡Y lucha eterna! La calma la vemos sólo en sueños..."

- ¿Qué es eso? -preguntó él, sorprendido.

Varia recitó toda la poesía. Volodia la escuchaba con los ojos cerrados, después repitió:

"¡Y lucha eterna! La calma la vemos sólo en sueños..."

- ¿Sublime? -inquirió Varia.

- No es en eso -dijo Volodia, sumido en sus pensamientos-. Pienso en otra cosa. ¿Sabes?, en cómo vivir para que sea de verdad "¡lucha eterna! La calma la vemos sólo en sueños..."

- ¿Oye, no estarás loco? -preguntó Varia con cautela.

- No, soy una persona normal. Y ahora tú vas a seguir ocupándote sola de tu declamación y yo voy a trabajar. Química. ¿Has oído hablar de tal ciencia?

Se sentó junto a la mesa, encendió su vieja lámpara con la pantalla verde rajada, se hundió en el libro y se olvidó de Varia. Y ella se quedó mirando por detrás el delgado cuello, los hombros estrechos de él y pensó feliz y emocionada:

"Aquí está sentado un futuro gran hombre. Y yo soy su primera amiga, su mejor amiga, y puede ser que mucho más que amiga, aunque ni siquiera nos hemos besado todavía".

Sin darse cuenta ella misma de lo que hacía, Varia se levantó, se acercó por detrás a Volodia, le puso la mano al lado mismo de la cara y le ordenó:

- ¡Bésala!

- ¿Por qué razón? -se sorprendió él.

- ¡Bésame la mano! -repitió Varia-. ¡Y ahora mismo!

- ¡Vaya, un nuevo capricho!

- ¡Nada nuevo! -dijo Varia-. Nosotras, las mujeres, os hemos traído al mundo a todos vosotros, los hombres, y por esto nos tenéis que estar eternamente agradecidos...

Volodia miró a Varia de pies a cabeza, se sonrió y con torpeza besó su ancha y ardorosa mano.

- ¡Así! -dijo Varia satisfecha...

Capítulo VI.

El divorcio.

Ya avanzado el otoño, "de paso", como él mismo dijo, llegó Rodión Mefódievich. Valentina Andréevna tenía invitados: dos damas que fumaban, ya entradas en años y metidas en carnes, con deseos de hablar de su horrible estado de ánimo, de misteriosas "intermitencias" cardíacas y de que todo, al fin y al cabo, era consecuencia "de los nervios". También se encontraba allí Iraída, la hija del decano del Instituto de Medicina Séchenov, una muchacha alta, de ojos verdes, toda constelada de cadenitas, medallas y dijecitos, como si hubiera sido premiada en una exposición canina. Allí estaba "madame" Lis, modista famosa en la ciudad y a la que la gente adulaba, y dos hombres, Daniil Yákovlevich Polianski, que fumaba con afectación en pipa, y su amigo Makavéenko, un rubio gordo, con barriguita, ojillos insolentes y alegres, siempre desorbitados. Esperaban además al profesor Zhovtiak, pero éste llamó por teléfono diciendo que no podía ir y que estaba "completamente desesperado". Después de escuchar unos discos de Vertinski y Léschenko, terminaron de cenar y se dispusieron a tomar café

con una copita de beneditino. La conversación giraba en torno a los sucesos de España. Daniil Yákovlevich -Dódik- hablaba del primer ministro español -Giral- como si fuera un viejo amigo suyo. Y de José Díaz también contó alguna cosa. Rodión Mefódievich escuchó con paciencia a las damas fumadoras, y a Makavéenko, y a Iraída, la hija del decano. Todos ellos dieron su opinión respecto a España y sobre las interesantes y agudas crónicas que escribía Mijaíl Koltsov. Dicho sea de paso, Dódik no estaba de acuerdo con esta opinión.

- Ya saben ustedes -dijo-, cada testigo presencial puede escribir sobre España seguramente con más tipismo y más colorido que el camarada Koltsov. Lo importante es estar allí con el pueblo...

- ¿Y las corridas de toros, eso también me parece que es España? -preguntó Valentina Andréevna, con su acostumbrada voz lánguida.

- ¡Sin duda! -afirmó Makavéenko-. Allí son una fiesta nacional como lo fue en tiempos nuestro carrousell o las peleas a puñetazos en otros lugares. En Madrid son la cosa más apreciada...

Rodión Mefódievich, sin terminar de tomarse el café, puso la taza en la bandeja y salió. Varia, claro es, no estaba en casa. Encontró a Eugenio en la cocina, comiendo sopa de col.

- ¿Qué hay? -le preguntó Rodión Mefódievich.

- Hemos estado componiendo el periódico -respondió Eugenio con displicencia-. ¡Estoy hecho polvo! No había bastantes tipos en la imprenta, el material no era interesante; superficial; tiene uno mismo que escribir por todos; quieras o no quieras. Pues has de saber; papá, que soy el redactor-jefe del periódico del instituto.

- ¡No escribas por todos! -le aconsejó Stepánov-. Pues resultará un fraude, si escribes por otros...

- ¡Qué idealista eres, papaíto! -suspiró Eugenio. Rodión Mefódievich recorrió las habitaciones, fumó, después, contrayendo el rostro con expresión dolorida, escuchó involuntariamente cómo Alevtina hablaba con Dódik en el recibidor.

- ¡La cuestión hay que resolverla de raíz -decía-, y de manera categórica! No estoy dispuesta a sufrir más la presencia de este hombre que me es ajeno moralmente y en todos sentidos. ¡Dios mío, cómo no lo comprendes, me ahogo en este ambiente!...

- Está bien, está bien, estoy dispuesto -balbuceó Daniil Yákovlevich-, pero no hoy...

- ¡Yo se lo digo hoy! -le advirtió Alevtina.

La puerta de la casa se cerró de golpe. La mujer a quien Stepánov consideraba como su esposa entró en el comedor. Apretando con fuerza los puños, inmóvil y pálido, Rodión Mefódievich exigió:

- ¡Dilo hoy!

- ¡Has estado escuchando! -gritó Alevtina-. ¡Muy bonito, este hombre, amén de lo demás, se dedica a escuchar detrás de las puertas!

- ¡Debes decirlo tú misma! -repitió él-. Ya hace

mucho que lo sé todo, sería preciso ser tonto para no verlo, pero tú debes decir tu última palabra. ¡Habla!

- ¿Qué?

- ¿Quieres divorciarte?

- ¡Yo quiero una vida humana! -gritó ella-. Tú debes darme una vida que sea vida ¿y yo, qué tengo? ¿Para qué he sufrido tantos años? Otros lo tienen todo: automóvil, casa de campo, van a Gagra hasta tres veces al año...

Empezó la vieja historia: las lágrimas. Ahora pedirá valeriana, después Eugenio la tomará el pulso. No, él no podía aguantar más aquello.

- Vamos a separarnos tranquilamente -dijo Rodión Mefódievich con voz reposada, aunque un poco enronquecida-. Tú te vas con tu Dódik...

- ¡Muy bonito! -replicó ella-. ¡Yo voy a vivir en una sola habitación y tú, aquí, como un señor! ¡Nada de eso, camarada Stepánov!...

- ¿Quiere decir que la cuestión consiste en la habitación?

- Y en todo lo demás. Yo no quiero quedarme hecha una pobretona. Todo lo que hemos reunido, hay que dividirlo en dos partes iguales...

Stepánov asintió con la cabeza, no podía hablar. Y Valentina Andréevna diez minutos después, ya diligente y animosa, llamaba por teléfono desde el recibidor a sus amigas y se lamentaba un poco con cada una, y a alguna le dijo:

- Ay, hijita mía, tú ya lo sabes: de un grosero no haces un caballero.

Era necesario terminar con todo aquello inmediatamente. Rodión Mefódievich esperó a que regresara Varia y luego reunió a toda la familia en el comedor; después de beber un vaso grande de agua fría, dijo con palabras entrecortadas:

- Alevtina y yo hemos decidido separarnos. Vosotros sois ya personas mayores y todo lo comprendéis sin más explicaciones. Pero hay una cuestión que tenéis que resolver por vuestra cuenta: quién quiere quedarse conmigo, y quién... con mamá.

Varia guardó silencio y se agarró con fuerza a una manga de la guerrera del padre. Unas manchas rojas brotaron en sus mejillas. Eugenio, con su redcilla en la cabeza y un pijama de rayas, iba y venía por delante del aparador.

- ¡Zhenia! -exclamó implorante Valentina Andréevna-. ¿Zhenia, cómo es posible que lo estés pensando?

Eugenio apagó la colilla, sonrió y, entornando los ojos, dijo:

- ¡Qué persona más extraña eres, mamá! ¿Pero es posible que supongas que voy a cambiar a Rodión Mefódievich por ese... -perdona- arrogante, guapo, elegante, pero, a pesar de todo... vividor?...

Stepánov miraba a Eugenio sin apartar la vista de él. ¿Qué significaban aquellas palabras? ¿Qué pensaba Eugenio en aquellos momentos?

- Sin entrar en detalles superfluos -pronunció

Esta es tu causa

Zhenia-, yo desearía seguir siendo hijo del hombre a quien se lo debo todo. Y para ti, mamaíta, será mucho más sencillo: libre, joven, la vida comienza de nuevo. ¿No es así?

La estrechó por los hombros, la besó y salió del comedor.

Al día siguiente por la mañana llegó Dódik en su automóvil. Daba muestras de extrema nerviosidad, saludó a Rodión Mefódievich secamente y se dirigió a la habitación de Valentina Andréevna. Después llamó en la puerta de la habitación de Stepánov.

- Tenemos que hablar de hombre a hombre -dijo, sentándose y apretando con el dedo el tabaco en la pipa-. Es preciso solucionar el asunto del piso, todo cuanto se refiere a los bienes, etc., etc. Valentina Andréevna está nerviosa, usted se marcha...

- Sí, me marchó -le interrumpió Stepánov-. Todo lo puede arreglar usted con Eugenio, es un muchacho con cabeza. No tenemos nada más que hablar.

Y se volvió de espaldas, dirigiéndose a la ventana.

Se oyó cómo se marchaban los dos -Alevtina y su Dódik-, se sintió el golpe de la puerta al cerrarse y el ruido del automóvil al arrancar. Varia entró en la habitación de su padre sigilosamente y le preguntó:

- ¿Papá, quieres té?

- No -contestó el padre con hastío.

- ¿Te hago café?

- Tampoco quiero café.

- ¿Puede ser que quieras entonces un poco de vodka?

Stepánov inició una sonrisa amarga:

- ¿Qué, te has propuesto consolarme? No hace falta, hijita. Soy hombre hecho a las rudezas de la vida.

- ¿Quieres que Zhenia y yo vayamos a Kronstadt a vivir contigo?

Rodión Mefódievich se quedó pensando un momento y después dijo:

- Sabes, hijita querida, te lo digo con toda sinceridad: por ahora no tiene sentido que vayáis allí, porque yo mismo no sé dónde estaré mañana.

- ¿Que quieres decir?

- Sencillamente eso. Me pueden enviar a un largo viaje de servicio. Afanasi Petróvich ya hace dos semanas que se ha marchado.

Varia se apretó al hombro de su padre y dijo con un susurro:

- Lo comprendo, lo comprendo todo, papá. Pero Volodia no sabe nada...

- Un poco más tarde iremos a verle, entonces lo sabrá.

Cuando Varia y Rodión Mefódievich se habían marchado, Eugenio, alegre y socarrón, forcejeaba con Dódik a propósito de las cosas, los libros, los muebles, el cambio del piso. Dódik acabó soltando:

- ¿Escuche, es que quiere hacerme pasar por imbécil? No soy ningún chico...

- ¡Tampoco yo! -profririó Eugenio-. Yo divido

todos los enseres de la casa en cuatro partes: tres cuartas partes son para nosotros, el resto para ustedes. Váyase a ver al abogado que guste, no le dará otra solución. Y, en medio de todo, es ridículo, Daniil Yákovlevich: usted se ha enamorado, le quieren a usted, y estamos aquí discutiendo por una porquería de trastos viejos. No es ni correcto, sépalo usted. Un tema para un artículo humorístico...

- ¿Y el piano de cola? -preguntó Dódik con acritud.

- No es de cola, sino simplemente piano. ¿Y para qué le hace falta? Mamá no sabe tocar...

- ¡La verdad que es usted de pedernal! -exclamó irritado Daniil Yákovlevich.

Stepánov partió aquella misma noche en tren.

Nosotros, soldados rojos...

Desde este día Volodia y Varia se sentían aún más cerca el uno del otro. Ahora tenían un secreto común, un secreto de ellos para todos los demás, tenían un orgullo común, y una preocupación común y continua, la preocupación por los padres: por el aviador Ustímenko y el marino de guerra Stepánov. Nadie conocía este secreto ni siquiera la tía Aglaia. Así lo acordaron Volodia y Rodión Mefódievich: no había por qué intranquilizar a Aglaia, demasiadas penas había sufrido ya para que ahora estuviera pensando día y noche en la suerte de su hermano. Dijeron a Aglaia que Afanasi Petróvich había sido requerido para recibir instrucciones.

- ¿A España? -preguntó ella con tono severo.

- ¡No entra en nuestras atribuciones el saberlo! -contestó Stepánov, poniéndose rojo como la grana, pues no sabía en absoluto mentir.

La tía asintió con la cabeza. Se dio por supuesto que ella no estaba enterada de nada. El mapa de España lo pusieron a propósito en la habitación de Varia, en lugar de la de Volodia. Pero Aglaia, a escondidas de Volodia, se compró también un mapa para ella sola. Lo miraba por las noches, ocultándose de su sobrino. Afanasi estaba allá, estaba segura de ello. El no podía dejar de estar allí, lo mismo que también hubiera estado allí sin duda alguna su difunto marido. Conocía bien a esta generación de bolcheviques, a estos valientes que habían pasado por todas las pruebas habidas, y por haber, de voz resuelta y enérgica, siempre animosos, semianalfabetos en los años de la guerra civil y que ahora habían terminado sus estudios en la academia militar. Nada arredraba a estos hombres de acero: en los días de terribles heladas podían combatir por Perm, y bajo el sol abrasador destrozaron a los *basmaches* en el Turquestán; hambrientos, se deleitaban escuchando por primera vez en su vida *Eugenio Oneguín* y, sin haber descansado de las lejanas incursiones en la retaguardia enemiga, se sentaban tras los pupitres y empezaban a estudiar los dos casos del idioma inglés: el nominativo y el

posesivo.

Aglaiya se pasaba horas y horas en el silencio de la noche recorriendo el mapa con la vista y en sus oídos sonaba la canción que tanto les gustaba a Afanasi y a Grisha, su difunto marido:

Contra el hacendado y ricachón a la lucha vamos,

A los kulaks-vampiros muerte les damos.

Nosotros, soldados rojos, a los pobres defendemos,

A los campos y poblados la libertad traemos...

Al otro lado de las ventanas silbaba el frío viento de noviembre. Volodia, acostado, con las manos tras la cabeza, tenía los ojos fijos en la oscuridad, y con palabras rudas insultaba a los toreros de Sevilla que se habían subordinado al general faccioso Queipo de Llano. Después, entre sueños, se le apareció la isla de Menorca y la expedición a Valencia en el navío de guerra *Almirante Miranda*. El crucero detiene las máquinas, Rodión Mefódievich mira con los prismáticos, y los hidroaviones, al mando de su padre, se elevan en el cielo de intenso color azul de España. Y los mejores aviadores, los muchachos más fieles de todo el mundo -italianos, alemanes, franceses, búlgaros- todos vuelan con sus aviones tras el avión de cabeza, el de su padre...

Las palabras latinas se mezclaban en su cansado cerebro con los nombres de las ciudades españolas: Zaragoza, de pronto, se entrelazaba con el *musculus recti abdominis*. Bargas se fundía con el *cuadriceps femoris*, ¡cuánto tiempo había pasado desde la última vez que preparó un cadáver! Era necesario empezar a trabajar de nuevo con Gánichev. ¿Y el desembarco en Ibiza? ¿Qué ocurrirá ahora allí? ¿Por qué callan los periódicos?

Varia empezó a llevar el gorrito de los milicianos de la República Española. Estaba más delgada y había crecido. Las cartas de "allá" llegaban a su nombre. En realidad no eran cartas. Solamente un camarada al que no conocían les transmitía con regularidad saludos y les comunicaba que todo marchaba bien. No podía ser de otra manera, pensaban Volodia y Varia. Sería incluso absurdo pensar otra cosa. Los fascistas sólo buscan un motivo para la provocación.

Todas aquellas menudencias de la vida diaria que en otro tiempo les parecían fundamentales habían quedado relegadas a un segundo plano. Varia pensaba consternada que no siempre se encontraba antes en casa cuando su padre la estaba esperando. Su padre, que ahora luchaba por la libertad del mundo, está allá, en aquella España tan lejana, tan asombrosa y tan incomprensible. Seguramente que hablaría ya en español con su simpático acento, y acaso ande buscando dónde tomar un té bien cargado. ¿Pues los españoles seguramente no beben

té? Pero nadie podía responder a Varia a esta pregunta: ¿toman té los españoles alguna vez, o sólo toman café?

Volodia se ensombrecía con cada mala noticia que comunicaban los periódicos, y rebosaba de júbilo cuando las noticias eran buenas. Le parecía que allá donde combatiera Afanasi Petróvich con sus aguiluchos no podría ocurrir nada malo. Y veía a su padre con el pelo quemado por el sol, cuidadosamente afeitado, la vista clavada en el cielo lejano. Entra en el avión, comprueba si está todo como es debido, luego ordena:

- ¡*Ot vintá!*¹⁰

- ¿Cómo se dirá en español *ot vintá*? *Priyátíel* quiere decir amigo, *nepriyátíel* significa enemigo, ¿y cómo se dirá *ot vintá*? ¡Qué bien si pudiera verlos él a todos juntos, a Enrique Líster, al general Lukach, al padre!... ¿Cómo se llamará ahora allá? ¿Cómo se dirá Afanasi en español? ¿Y cómo es Rodión Mefódievich en español? ¿Se encontrarán alguna vez los dos: el marino y el aviador?

Y un pensamiento rondaba cada vez con mayor insistencia por el cerebro de Volodia: ¿Para qué vive el hombre? Poco a poco se iba apartando cada día más de los estudiantes empollones de su curso; de los compañeros que discutían la cuestión de cómo quedarse en el instituto para seguir haciendo estudios postgraduados; de los compañeros juiciositos, de aquellos muchachos y muchachas que calculaban en qué especialidad tendrían más probabilidades de quedarse en la ciudad y menos de ir a trabajar a algún lugar alejado de la capital.

¿Y los papás y las mamás?

¡Esas mamás llorando a la puerta del despacho del rector; esos papás con guerrera militar o con chaqueta de paisano con amplias camisas rusas o con cazadoras, "presionando" sobre el decano; esas esquelitas con la súplica de "prestar ayuda" a tal o cual estudiante que había sido suspendido una vez más en alguna asignatura que todo médico tenía la obligación de saber!

Con tales asuntos no venían a consultarle al buró del Komsomol. Y el mismo decano, Pável Serguéevich, hombre débil, recurría a veces a Ustímenko para pedirle ayuda cuando los ataques eran demasiado numerosos y amenazadores. Y Volodia defendía al decano de los ataques de manera brusca, áspera, sin miramientos.

- Hipocritón -le dijo un día Niusa Iólkina. El se sonrió con una sonrisa despectiva.

- Únicamente Ustímenko acabará brillantemente el Instituto de Medicina Séchenov -decía Svetlana-. ¡Sólo él es digno!

- ¡El más ortodoxo de los ortodoxos! -le soltó una vez Misha Shérvud con ánimo de zaherirle.

Volodia, sin decirle nada, entornando los

¹⁰ ¡Apartarse de la hélice! (*N. de la Edit.*)

párpados, clavó su mirada en los malignos ojos, claros y saltones, de Shérvud: ¡Aquel muchacho iría muy lejos! Ya ahora, sin tener el menor bagaje de conocimientos, está buscando el tema de la tesis para obtener el grado de candidato a doctor en ciencias médicas en cuanto se licencie en el instituto. ¿Pero quién necesita sus notas, aunque sean buenas, sus exámenes, su tesis? ¿A quién le hacen falta, si no es a ellos mismos?

El viejo.

Por este tiempo Volodia intimó más y con particular cordialidad con Puich, el "Viejo", como llamaban en el curso a Pável Chirkov, que había ingresado en el instituto a la edad de treinta y cuatro años.

Puich era un hombre silencioso, seco, sarcástico. Sus ojos pequeños, de color azul claro, tenían la propiedad de clavarse de repente, pero durante largo rato y fijamente en alguno, como dos frías leznas. A Puich le costaba más trabajo estudiar que a cualquier otro del instituto, pero, a pesar de esto, estudiaba a fondo y sabía bastante más que muchos estudiantes muy capaces. Volodia le ayudaba con frecuencia. Puich nunca le daba las gracias por ello, no le estrechaba la mano, se limitaba a decir con un ligero suspiro:

- ¡Qué capaz eres, Volodia!

Pero sin la menor muestra de envidia, sino con cierta áspera ternura. Los dos iban siempre detrás de Gánichev y Polunin; a ambos en un mismo día Gánichev los retuvo en el aula, cerró luego la puerta, y les dijo con severidad:

- Escúchenme ustedes, semihonorables. Desde hace algún tiempo vengo observando que se han contagiado ustedes, y es posible que no sin mi participación, de una repulsiva y vergonzosa enfermedad llamada nihilismo médico. Las palabras "charlatanería", "demagogia científica", "culinaria latina" se escapan a cada momento de sus perdonen ustedes, infantiles labios. Ustedes son todavía unos semisabios y no les corresponde, diablos predicadores, hacer befa de las trágicas búsquedas de la verdad durante siglos. El profesor Polunin y yo espoleamos su pensamiento, pero no les incitamos a que se burlen del estado en que se encuentra la ciencia en nuestros días. ¡Indaguen, pero no se mofen! ¡No osen burlarse! El gran intelecto del hombre, todavía sin la ayuda de ningún aparato, determina con exactitud al auscultar el corazón qué válvula es precisamente la que no funciona bien y en qué consiste este mal funcionamiento: si es por insuficiencia o por adherencia de las válvulas. ¡Y los medios de anestesia! ¡Y la vacuna!

Se sonó estrepitosamente y ordenó con tono irritado:

- ¡Retírense! ¡Lean a Pirogov! ¡Y saquen conclusiones!

Les dio un libro con algunos registros entre sus páginas, y ambos se fueron.

- ¡Se ha enfadado! -dijo Puich.

- Yo tengo la culpa -afirmó Volodia-. Recuerdas que ayer empecé a hablar del charlatanismo en la farmacología. El en seguida enseñó los dientes: ¿cuando le duele la cabeza toma usted un piramidoncito?

Por la tarde Volodia y Puich, sentados en la cama de éste en la residencia estudiantil, empezaron a leer a Pirogov.

- No es pequeña la cifra -dijo Puich, cerrando los ojos, cansados del esfuerzo de todo el día-. ¡Tres cuartas partes de los operados morían a consecuencia de la septicemia!

- Esto era en los tiempos de Pirogov -dijo Volodia.

- Se comprende...

- "No puedo decir nada positivo acerca de esta terrible plaga de la práctica quirúrgica. En ella todo son enigmas: la procedencia, la forma de desarrollarse..."

Volodia pasó algunas hojas, quitó la señal y encontró otra cita más...

- Escucha: "Si dirijo la mirada al cementerio en el que están enterrados los que murieron de infección en los hospitales, no sé qué es lo que me sorprende más: el estoicismo de los cirujanos que siguen buscando nuevas formas de operar, o la confianza que sigue teniendo todavía la sociedad en los hospitales..."

- ¿Qué conclusiones? -preguntó Puich.

- Lister.

- Antisepsia.

- ¡Exacto! -dijo Volodia-. ¡Eres terriblemente perspicaz, Viejo! Di además que los cirujanos, de lamentables esclavos de la septicemia que eran, se han convertido en sus vencedores, y todo estará absolutamente dentro del estilo de nuestro Ogurtsov. A él le gusta expresarse así.

- ¿Y qué? El patetismo a veces no está de más -dijo Puich con seriedad-. Todos le damos a la lengua, le damos a la lengua, pero para ser médico es necesario, naturalmente, creer a pies juntillas en el futuro Lister.

- Solamente con fe no te puedes hartar -suspiró Volodia-. ¿Recuerdas lo que ocurrió con los antiguos griegos? ¿Y después? Crisipo prohibía comer a los enfermos con fiebre, Dioscórides les prohibía beber, Silvia les obligaba a sudar, el honorabilísimo padrecito Broussais les sangraba hasta que perdían el conocimiento y Karrey les metía en un baño de agua fría...

- Bueno, bueno, todos hemos leído a Veresáev -dijo Puich enfadado.

- Y qué, magnífico doctor.

- Mira, vete a tu casa -le aconsejó el Viejo-. Ya sin oírte a ti me zumba la cabeza.

Pero Ustímenko no se fue. Puich se dispuso a quitarse sus viejas y remendadas botas, luego llegaron otros muchachos y Volodia continuó filosofando:

- La fisiología ha dado ya mucho -sostenía- y cada día que pasa da más y más. En alguna parte he leído que la fisiología es la medicina teórica. De ella es precisamente de donde hay que extraer el necesario empleo, entonces se creará la medicina aplicada, la medicina práctica. Y el libro de recetas preparadas.

- ¿Y, mientras tanto, esperar con los brazos cruzados? -preguntó Sasha Poleschuk-. ¿No es eso?

Todos se pusieron a vociferar en la habitación. Puich empezó a calzarse maquinalmente. Le había quedado esta costumbre de los tiempos de la guerra civil: en cuanto en la habitación se armaba ruido, aun medio dormido, comenzaba a calzarse.

- ¿Elevarse a las regiones siderales de la ciencia pura? -imprecó a Volodia el pecosito Ogurtsov de dientes ralos-. ¡Habla, Ustímenko! Pero, además, qué tonterías estás diciendo...

- ¿Por qué son tonterías? -intervino Misha Shérvud-. Ustímenko tiene razón. Un sabio médico árabe escribió, si os acordáis: "A una persona honrada puede proporcionarle satisfacción la teoría del arte de curar, pero su conciencia nunca le permitirá pasar a la práctica de curar, por muy amplios que sean sus conocimientos..."

- ¿Cómo? -preguntó, con voz aguda, Puich. Shérvud lo repitió.

- ¡Magnífico, os habéis puesto de acuerdo! -dijo el Viejo, atravesando a Volad: con sus ojos azules-. ¡Esto sí que es sabiduría! Somos hasta tal punto honrados que sólo nos recreamos con la teoría del arte de curar. Nosotros, ¿comprendes?, somos hasta tal extremo puritanos y escrupulosos que mientras la teoría no esté por completo elaborada, la gente nos tiene sin cuidado. ¡Que mueran las mujeres de parto, que mueran los niños a centenares, que nuestro pueblo soviético perezca arrasado por la difteria, el tifus, la gripe, nosotros no iremos a ninguna parte! Continuaremos rumiándolo todo científicamente en los laboratorios, mejor sería que dudemos de todo y renunciemos en absoluto a nuestra causa, así se está más tranquilo...

Se levantó, bebió un vaso de agua y en medio de un profundo silencio volvió a hablar, pero con tanta fuerza y pasión, con tal convencimiento en la voz, como Volodia no le había oído nunca

- Nuestro regimiento lo mandaba un tal Zhilin, un hombre heroico, legendario. Y en una marcha le atacó una enfermedad. Soplaba la ventisca, hacía un frío terrible, no había qué llevarse a la boca y el jefe del regimiento deliraba, decía cosas incoherentes, no comprendíamos nada. Con nosotros iba un practicante de medicina apellidado Tútochkin, un hombre ya viejo que había sido movilizad; le ataban a la silla del caballo un almohadón de plumas: ¡un

jinete como para reventar de risa! Reconoció a Zhilin y aseguró: es sarampión. Un sarampioncillo, dijo. Pero a Zhilin el corazón no le respondía. Pagando una cantidad fabulosa, conseguimos un poco de aceite de girasol: en este aceite caliente disolvieron alcanfor y empezaron a ponerle inyecciones. ¡Con unos furúnculos así estaba todavía Zhilin cuando subió al caballo de nuevo y lanzó al regimiento contra los blancos! ¿Qué es? ¿Ciencia? ¿Empirismo? ¡Que me adiestren y me enseñen aquí a ser como Tútochkin para que mis manos puedan volver a la vida a un cadáver como Zhilin, que llegó más tarde a ser jefe de división y legendario jefe de un ejército! ¡Me conformo con eso! Y os hablo como comunista: estamos obligados a comprender todas las dificultades y la dureza de nuestra profesión. Hablo como nos enseñan Gánichev y Polunin: estamos obligados a estudiar y considerar a cada nuevo enfermo con plena conciencia de la novedad y del desconocimiento de su enfermedad, debemos buscar, no darnos reposo, estamos obligados a actuar. Y esas teorías árabes del camarada Shérvud son un desatino y hay que rebatirlas. A ti, Ustímenko, también te aconsejo que reflexiones. El patetismo, según veo, no te gusta. Y a mí me gusta. Se acaba. Ya es hora de dormir.

El Viejo empezó a descalzarse de nuevo, Volodia salió en silencio de la habitación, bajó las escaleras, y expuso al viento frío, helado, su rostro ardoroso. Entre la ventisca parpadeaban débilmente con su luz amarillenta los faroles redondos. Se sentía avergonzado, terriblemente avergonzado. Y aún lo acabó de remachar Shérvud con sus frases atildadas, correctas:

- Le ruego encarecidamente, Ustímenko, que me apoye en caso de que Puich resuelva organizar una historia. Yo tengo mis puntos de vista sobre las cosas, elaborados por mi raciocinio, y él tiene los suyos, pero quiere que todos pensemos como piensa él, y yo...

- Yo estoy en todo de acuerdo con el Viejo -dijo Volodia-, y estoy en desacuerdo absoluto con su árabe. ¡Hay que hacer trizas estas ideas! ¡Y hacerlas trizas sin piedad!

- ¿Ah, con ésas salimos? -se extrañó Shérvud.

- ¡Sí, con ésas! -afirmó Volodia-. Y si usted va a sentar precisamente estas ideas como base de su futura tesis para obtener el título de candidato a doctor, entonces... ¡se caerá de culo!

- ¡Como base de mi futura tesis utilizaré las ideas que correspondan a puntos de vista, y no a cualesquiera otros, Ustímenko! Y en cuanto a la expresión "caerse de culo" puedo decirle que es rufianesca, y que en usted no está bien, ni mucho menos.

Shérvud se subió con las dos manos el abrigo que se le escurría de los hombros y volvió a la residencia. Volodia salió corriendo para tomar el tranvía; al

subirse en marcha gruñó "zopenco", y se fue a ver a Varia para arrepentirse y lamentarse de sí mismo. La familia Stepánov vivía ahora en la calle Krasívaya. Le abrió la puerta el abuelo Mefodi. Rodión Mefódievich había ordenado a Varia que trajeran con ellos al abuelo y no le volvieran a dejar marchar bajo ningún pretexto.

- El visitante estimado siempre es bien agasajado -dijo el abuelo Mefodi con doble sentido, y se dirigió a la cocina, de donde venía un apetitoso olor a patatas fritas.

- ¿Es Volodia? -preguntó Varia.

- ¡Quién va a ser! -contestó el abuelo desde la cocina. Y gritó:- Varia, llama al gato, está metiendo el hocico en la leche...

Varia salió a su encuentro toda sonrosada, con una esponjosa pañoleta de lana. El gato Vaxa empezó a coscarse contra sus piernas.

- A pesar de todos los pesares, Volodia, no puedo con la geología -dijo Varia compungida-. Hoy he decidido hacerme actriz. Irremisiblemente. ¿Por qué abres esos ojos?

- ¡Primero termina la escuela de peritaje! -pidió Volodia.

- ¿Para qué?

- Porque tú... Te conozco bien... Tú no puedes ser actriz...

- ¿Me falta talento?

El guardó silencio, mirándola con tristeza a través de sus largas pestañas. Ella esperó, arrebujándose en su pañoleta. Vaxa seguía restregándose por sus fuertes y esbeltas piernas.

- ¿Comprendes, Variuja? -empezó a decir Volodia-. Se trata, pelirroja, de que hemos estado discutiendo en la residencia hace poco. Me es difícil explicártelo, pero lo esencial, según yo entiendo, es que lo que se haga sea interesante y necesario no sólo para uno mismo, sino para toda la sociedad, para todo el pueblo. Entonces tu trabajo será siempre interesante y útil. Pero si lo haces únicamente para ti, puede perder de pronto todo sentido...

- ¿Por qué estáis ahí en el zaguán? Entrad en la isba -dijo el abuelo desde la cocina-. Las patatas ya están fritas. Varia, pon la mesa y trae unos pepinos.

Durante la cena no hablaron. El abuelo siempre tomaba parte en las conversaciones y expresaba su parecer de manera muy categórica. Por eso generalmente hablaba él solo y cuanto quería. Pero hoy no estaba de humor, se limitó él reñir al gato:

- Está muy consentido, no tiene salvación. No caza ratones, hace como si no los viese, el otro día, sin ir más lejos, apareció una rata, y él se escabulló. ¿Cortarle la cola?

- ¿Para qué? -se alarmó Varia.

- Porque el gato con la cola cortada es más listo -dijo el abuelo, sirviéndose col agria-. En Siberia les cortan la cola a todos los gatos. Tú misma puedes juzgar: las heladas son allí tremendas, el animal entra

despacio en la isba y se le queda la cola tiesa como un palo. Como tarda tanto en entrar se le hiela. Y si tiene la cola más corta, entrará y saldrá dos veces más de prisa. Y será más listo en la casa, pues tendrá miedo de que se la corten aún más.

- ¡Abuelo, si le cortas la cola, me voy de aquí! -gritó Varia, y luego añadió, lamentándose a Volodia:- Es un Maliuta Skurátov¹¹ y no un abuelo.

Después Varia fregó los cacharros en la cocina, mientras Volodia se recriminaba a sí mismo con toda dureza y ensalzaba a Puich. Llegó Eugenio y reprochó ásperamente a Volodia:

- ¿Por qué no has ido al club? No se te ve el pelo nunca en los actos más importantes. Un escritor tan conocido como Lev Gulin viene a visitarnos. Nosotros, estudiantes soviéticos, tenemos una reunión para discutir animadamente, como camaradas, su libro, y dos terceras partes de los muchachos no asisten. Esto es una desvergüenza.

- ¿Y si yo no he leído a Lev Gulin? -preguntó Volodia.

- Pues es un hecho muy lamentable en tu biografía. Lev Gulin está haciendo un viaje por la Unión Soviética y se entrevista con el activo de los lectores.

- Perfectamente, apúntanos en el pasivo -dijo con enfado Varia-. Pero, en realidad, ¿para qué vienes a darnos la lata?

- Si lo hago en vuestro favor -manifestó Eugenio, ofendido-. Palabra de honor, no sé cómo no lo comprendéis: la vida es la vida, hay que hacer que se den cuenta de ti, que te vean, que te oigan. ¿No hay más que patatas para cenar? -preguntó, sin cambiar de tono. Y mientras le daba a las mandíbulas con fuerza, empezó a contar lo que había dicho en la discusión sobre el libro de Gulin y cómo, aunque no muy directamente, había expresado, sin embargo, la idea de que el escritor, voluntaria o involuntariamente, había calumniado a los estudiantes soviéticos en la figura del estudiante Shemiakin, presentándole como un arribista, taimado y rastrero.

- ¿Y tú has leído el libro? -le preguntó Varia.

- Le he echado una ojeada antes de empezar la discusión. Y en la sala de lectura miré por encima unos artículos de crítica, así es que me había orientado, por mí, podéis estar tranquilos...

- ¡Oh, Zhenia, tú irás muy lejos! -suspiró Varia.

- Y yo, hermanita, no me dispongo a quedarme cerca, no puedo quedarme cerca porque entonces todos verían que Eugenio Rodiónovich Stepánov es un hombre bastante limitado. Si vas, que sea cuanto más lejos, y, si Dios lo permite, cuanto más alto...

- ¡Márchate! -le gritó Varia-. ¡Márchate, Zhenia,

¹¹ Uno de los jefes de los *opríchnik*, que se distinguió por su crueldad en la lucha contra los boyardos, y que desempeñó un gran papel durante el reinado de Iván el Terrible. (N. de la Edit.)

te lo pido!

Al día siguiente Volodia se acercó a Puich y le dijo que estaba de acuerdo con él en todo y que, efectivamente, ya era hora de terminar con aquel absurdo nihilismo. El Viejo tomó el arrepentimiento de Volodia con la mayor tranquilidad, lo que incluso ofendió un poco a Ustímenko. Pero no por mucho tiempo. Al instante empezaron a hablar de lo que llamaban "buena respiración". Ustímenko había leído acerca de la "buena respiración" aquella misma mañana, cuando iba al instituto, y contó al Viejo que los curanderos turcos hacen toda clase de abracadabras con sus enfermos, les cuelgan amuletos, farfullan imprecaciones, les echan humo, bailan, aúllan y, por último, soplan con fuerza al paciente. Pero curar a los enfermos como se debe, puede hacerlo solamente el curandero con "buena respiración". Y, efectivamente, según afirma el autor del folleto -un médico destacado que había estudiado durante mucho tiempo el arte de los curanderos en Turquía-, la "buena respiración" juega un importante papel: los enfermos se curan.

Puich se quedó pensando un momento, luego se frotó los cansados ojos, con su movimiento característico, y dijo:

- Yo, personalmente, creo que la cuestión consiste en la fe que tenga el enfermo en el médico. ¿Qué podemos valer ni tú ni yo si después de diagnosticar con acierto la dolencia y habiendo prescrito un tratamiento adecuado, no sabemos conquistar, perdona, Ustímenko, el alma del enfermo? El enfermo, lo mismo que el soldado en el combate, tiene que tener una confianza ciega en su jefe: pues él no nos llevará al fracaso, con él aniquilaremos al enemigo y nosotros mismos saldremos sanos y salvos.

- Puede ser que tengas razón...

Desde ese día Volodia y el Viejo, sin haberse puesto antes de acuerdo, estudiaban juntos. Por las tardes Puich iba a casa de los Ustímenko, comía un buen plato de sopa de col, fumaba un cigarrillo y los dos se agarraban a los libros. El Viejo era en extremo tenaz, Volodia, inteligente. A veces Puich se atascaba durante largo rato en una cosa. Ustímenko le dejaba muy atrás, pero en ocasiones sus conocimientos eran más superficiales. Puich levantaba pesados estratos de la ciencia, Volodia fantaseaba. Con las voces roncadas por la acalorada discusión, se injuriaban mutuamente durante largo rato, pero no podían pasarse el uno sin el otro.

- ¡Qué bien estaría que al terminar fuéramos a parar a un mismo hospital! -dijo una vez Volodia.

- ¡Imposible! -replicó con tono triste Puich-. Estamos acostumbrados a soltarnos exabruptos el uno al otro. Y ya sabes cómo suelen ser en los hospitales: "Le pido mil perdones, Pável Lukich". "¡Oh, no, qué dice usted, Vladímir Afanásievich!"... Hay que mantenerse con autoridad...

Así llegó la primavera.

Capítulo VII.

Socorro de urgencia.

El verano se presentaba seco, sin ninguna lluvia, pero con frecuentes tormentas, polvorientas y sofocantes, y repentinos vendavales. Al otro lado del Uncha ardían los bosques, las nubes de humo se extendían sobre la ciudad. Y en la ciudad misma se producían a menudo incendios; en un día de tormenta ardieron el arrabal Yamskaya y los viejos almacenes de la calle Poréchnaya, junto a los muelles.

Volodia trabajaba de sanitario "en el socorro de urgencia". Así decían los médicos: no "del socorro de urgencia", sino "en el socorro de urgencia". Esto recordaba a los mineros "en la mina", o a los marinos "en la flota". Tenían en total dos automóviles, dos *Renault* viejos y desvencijados, con la carrocería muy baja y el radiador chato. En cambio, les sobraban las ambulancias de ballestas, con cruces rojas y cristales trepidantes, pintados de blanco: los caballos los tenían cuidados de manera ejemplar. Ustímenko generalmente se sentaba al lado del cochero, en el pescante, y siempre iba con la preocupación de si llegarían a tiempo o no. Después, con una arqueta de madera en la mano, acompañaba al médico. La arqueta también tenía una cruz roja. Volodia mismo llamaba en la puerta de la isba o tocaba el timbre en la casa, en el piso, y cuando tras de la puerta preguntaban: "¿Quién es?", contestaba con impaciencia: "¡El socorro!"

Había visto la muerte más de una vez. Había visto hemorragias gravísimas, irreparables. Había visto la agonía. Y había visto al hombre *retornar* "de allá", como llamaba él a esto para sus adentros. El médico Mikeshin, en extremo miope, no hallaba nada de prodigioso en lo que Volodia llamaba "el retorno". Ustímenko, sin embargo, experimentaba una casi bienaventurada satisfacción ayudando enérgicamente a Antón Románovich. Y se ponía de un humor sombrío cuando no se realizaba el prodigio, cuando Mikeshin, colocándose bien las gafas con su gesto característico, carraspeaba ligeramente, y se levantaba de su asiento para salir de la habitación donde la "ciencia era impotente".

- Aquí, ve usted, el lance es el siguiente -decía Mikeshin, subiendo a la ambulancia-, aquí, Volodia, hemos llegado tarde. Si hubiéramos venido dos horas antes, acaso...

Se cerraba la portezuela, y la ambulancia, traqueteando por el empedrado, se alejaba de la casa. A Volodia le resultaba doloroso y hasta violento volver la cara: le parecía que le seguían los ojos llenos de odio de los parientes del muerto, le parecía que todos ellos maldecían a la ciencia, a Mikeshin, a Ustímenko. Pero la visita siguiente le hacía olvidar todos esos sentimientos: el enfermo retornaba rápidamente a la vida, a la vista de Volodia, en

cuanto le inyectaban alcanfor con cafeína y morfina. Desaparecían los terribles dolores, el enfermo miraba alrededor asombrado, la jeringuilla, las ampollas, las manos de Mikeshin, su experto cerebro le volvían "de allá".

- ¡Perfectamente! -decía Mikeshin, y de nuevo se colocaba tras las orejas las patitas de las gafas-. Y ahora, ya sabe usted, tranquilidad, y todo se arreglará.

"¡Se arreglará! -sentía deseos de gritar Volodia-. Y ustedes, la esposa, la hija, cómo es posible que todos ustedes no comprendan que este hombre que ahora pide algo *acidillo*, estaba ya muerto..."

De nuevo traqueteaba la ambulancia por el viejo empedrado de la barriada de Plótnitskaya, y el cochero Snímschikov, acariciando con una mano su opulenta barba, predecía:

- Hoy habrá por lo menos un vagón y una carreta de llamadas. Me lo dice el corazón. ¡Y en el baño, ni pensar!

A Volodia le dejó asombrado, sobre todo, un caso, en realidad sencillo, pero en el que él vio un auténtico prodigio y que se le quedó grabado en la memoria durante muchos años. A mediados de agosto, después de medianoche, les llamaron de la calle Kosaya, a la casa de un tal Beliakov. En una habitación bajita de techo, pero limpia, en una ancha cama estaba agonizando entre grandes sufrimientos un hombre ya no joven, agotado hasta el extremo. Su ancho y costillado pecho se levantaba con desigual respiración, la frente, las cuencas de los ojos, las mejillas, estaban cubiertas de sudor, prolongadas convulsiones hacían a Beliakov rechinar los dientes y lanzar quejidos. Un chico delgaducho, un escolar, explicó rápidamente a Mikeshin:

- Al principio papá estaba muy excitado, tan pronto se levantaba de un salto como se sentaba o corría hasta la puerta, después, camarada doctor, empezó a tiritar. Pero con un temblor como yo nunca le había visto... Y le entraron ganas de comer. Me dijo, vamos, Anatoli -Anatoli soy yo-, vamos a cenar...

- ¿Y esto qué es? -preguntó Mikeshin, sosteniendo con dos dedos una ampolla vacía.

- ¿Esto? Insulina, se la ponía él mismo -dijo el muchacho-. Tiene diabetes.

Mikeshin asintió con la cabeza, miró durante dos segundos al rostro de Beliakov, después ordenó que le dieran en seguida azúcar. Beliakov de nuevo sufrió tal convulsión que hasta la cama se estremeció, pero Mikeshin le puso boca arriba, y, rápidamente, con movimientos hábiles y ligeros le empezó a echar azúcar en la boca. Al mismo tiempo ordenó a Volodia que se preparara para hacerle al enfermo una inyección de glucosa. Veinte minutos después, cuando cesaron las convulsiones, Mikeshin le puso además una inyección de adrenalina. Beliakov yacía tranquilo, admirado. El enclenque chico, dando

sorbetones con la nariz, lloraba en un rincón, estremecido por el miedo que había experimentado. Antón Románovich dijo:

- Esto, amigo mío, es que se ha excedido en la insulina. Si otra vez, no lo quiera Dios, como solían decir nuestros abuelos, si otra vez sintiera usted algo parecido, tome rápidamente un trozo de pan blanco o dos terrones de azúcar, pero inmediatamente, sin perder un instante. Con estas cosas no hay que jugar. Y mañana a la policlínica...

Cuando ya habían salido al oscuro zaguán, Mikeshin de pronto soltó un juramento y dijo:

-- ¿Pero es que soy yo un pope o qué? ¿O acaso un arzobispo?

Y, al subir a la ambulancia, explicó:

-- El chico ese ha querido besarme la mano.

Volodia trepó al pescante y dijo a Snímschikov con voz apagada:

-- No hay nada más excelso que la ciencia, camarada Snímschikov. Ahora mismo Antón Románovich acaba literalmente de salvar a un hombre de la muerte, de una muerte segura.

- ¡De la muerte segura no es posible salvar a nadie! -le interrumpió con rudeza el cochero-. De la muerte insegura se puede. Tú sólo empiezas a venir con nosotros y yo llevo más de veinte añitos viéndole la cara a vuestra ciencia... ¡Le ha salvado, qué va! Ni siquiera salvan los profesores, ¡y va a salvar nuestro vejete con gafas!

Snímschikov era un escéptico y no sentía la menor estimación por Mikeshin. Con demasiada frecuencia decía éste "haga el favor", "tenga la bondad", "permítame". Y, además, Antón Románovich llevaba el año entero el mismo abrigo de "todo tiempo", como le llamaba el cochero de la ambulancia.

Eran las dos y pico de la madrugada. La luna se cernía sobre la ciudad, sobre sus plazas polvorientas, sobre lo que fueron Jardines de la Nobleza y Jardines de los Mercaderes, sobre las cúpulas de la catedral, sobre el hermoso Uncha. Ladraban en los patios de la calle Kosaya los perros furiosos y hambrientos, sacudiendo las cadenas. Del otro lado del río venía olor a madera quemada. Cuando llegaron al puesto del "socorro de urgencia", Mikeshin bajó de la ambulancia, se quitó el gorro blanco, y dijo con una voz un poco enronquecida:

- ¡Qué placidez! ¿Verdad, Volodia?

- Muchas, muchas gracias, Antón Románovich -susurró Volodia. - ¿Por qué?

- Porque usted... usted me enseña. ¿No es así?

- ¿Yo? ¿Enseñar? -se asombró sinceramente Mikeshin.

- No es en ese sentido. Vamos. Por ejemplo, hoy... -Volodia se embrolló por completo.

- ¿Ah, hoy? -pronunció Mikeshin con tristeza-. ¿A Beliakov se refiere? Esto ha sido un truco sencillo, un caso elementalísimo...

Y en la voz de Antón Románovich le pareció percibir a Volodia esa nota que conocía en Polunin, ligeramente burlona, un tanto irónica, algo cansada.

Poco antes de empezar el trabajo, al otro lado del río se habían incendiado los almacenes de madera. El fuego se declaró al amanecer, instantáneamente, en la barraca en donde dormían los cargadores, y nadie se despertó a tiempo. Soplaban fuertes ráfagas de viento, que arrastraban tizones encendidos, ceniza ardiente; los caballos negros de Snímschikov resoplaban, retrocedían, se movían inquietos del camino a la cuneta. Los automóviles del servicio de incendios corrían como flechas uno tras otro por el puente sobre el Uncha. Con las vestimentas de lona humeantes, los bomberos sacaban de entre las llamas a las personas; los sanitarios, apresurando el paso, llevaban rápidamente a las víctimas a los autos y ambulancias. Cuando terminó aquel día terrible, Mikeshin dijo:

- Por lo que hace a las quemaduras, las curamos bastante mal...

Tenía los ojos irritados, la cabeza descubierta, pues había perdido el gorro blanco, el cabello revuelto e hirsuto como si fueran plumas, los labios resecos.

En este día tan difícil y penoso, Volodia vio a Varia: ella pasaba por la calle de Lenin y le reconoció en seguida al verle sentado en el pescante de la ambulancia, hasta levantó un poco la mano para saludarle, pero no se decidió a hacerlo. Debió ella notar por su severa expresión que estaba en extremo cansado.

A comienzos del primer semestre de aquel curso muchas cosas para Volodia habían quedado atrás: los síntomas de la inflamación, que algún día aprendiese de memoria, como una poesía: calor, dolor, tumor, rubor y alteración de las funciones. También era cosa ya pasada aquella seguridad de que llegar a comprender la esencia de la asignatura no era tan difícil. Y quedaron atrás asimismo las discusiones sobre los enigmas de la medicina en la Edad Media y sobre el doctor Paracelso, que curaba a los enfermos del corazón con hojas en forma de corazón, y a los enfermos de los riñones con hojas en forma de riñón. Lejos, muy lejos, quedó aquel apocamiento ante la pesada puerta de la sala de autopsias, sobre la que estaban esculpidas las palabras: "En este lugar donde la muerte ayuda a la vida". Ahora Volodia se sentía en ella seguro, casi tranquilo, ahora la muerte no era un misterio, sino "una chata repulsiva", con la que había que mantener duros combates cada día. ¿Pero cómo sostener estos combates?

A Volodia no le asustaban ya los cadáveres. Pero se puso descompuesto cuando vio en la mesa de autopsias el cuerpo de un deportista de diecinueve años, tostado por el sol, magnífico, entrenado para una vida dilatada y pictórica. ¿Cómo no han podido salvar a este hombre? ¿Por qué había vencido la

maldita "chata repulsiva"? ¿Y cuánto tiempo seguirán todavía suspirando los médicos, abriendo los brazos con un gesto de asombro o incompreensión, cuánto tiempo seguirán diciendo que la ciencia encierra en sí muchas fuerzas no reveladas y aún desconocidas para ella misma?

Mucho había quedado atrás, pero ¡cuántas puertas permanecían aún cerradas ante él! ¿Qué le esperaba tras ellas?

De pronto, de esa manera intransigente y categórica, propia de la juventud, empezó a dividir a los profesores en inteligentes e ignorantes. Pero Puich, bastante razonablemente, le replicó que León Tolstoi, Chaikovski, Mendeléiev, Lomonósov, Mayakovski, Shólojov eran necesarios a la humanidad precisamente porque eran genios únicos, mientras que médicos no pueden ser sólo los genios. "Los genios no alcanzan -le dijo el Viejo- para todo lo que abarca desde el Mar Negro hasta el Mar de Barents. ¿Está claro para ti, fantaseador Volodia?"

El año empezó con dificultades.

"Alumbrando a los demás, arder uno mismo", resultó ser una cosa no tan fácil. Ante todo había que aprender a "alumbrar" con conocimiento. Y cómo hacerlo, si el experto Mikeshin -doctor bueno y de conciencia- en el verano le dijo más de una vez a Volodia:

- Esto, colega, todavía no sabemos hacerlo.

O:

- Es un proceso irreversible.

O también:

- Escuche, Volodia, para qué se atormenta usted, si ni siquiera hemos aprendido a curar un resfriado como es debido.

El inteligente Polunin a veces contestaba cuando le preguntaban qué hacer o qué tomar:

- No hace falta nada. ¡Pasará!

En la policlínica de Polunin, Ustímenko asistía a Dashévskaya, una enferma polaca de ojos azules y de cutis blanco.

- ¡Pasará! -dijo Polunin.

- ¿Cómo que pasará? -se sorprendió Volodia.

- ¡Pues, sencillamente! ¡Pasará!

- ¿Por sí solo?

- Bueno, con tranquilidad, con una alimentación adecuada, con el sueño, con las conversaciones con usted. Usted es un joven nada tonto, aunque demasiado serio. Y con el tiempo todo pasará. ¿Tiene algo que objetar?

Volodia no tenía nada que objetar.

El profesor Zhovtiak en persona.

A Ustímenko le inquietaban ciertas singulares observaciones que había hecho: cuanto más asiduamente "curaban" al enfermo y más extremaban los cuidados, cuantos más tratamientos le aplicaban y más medicinas le daban, tanto más agradecido se mostraba. Y si le administraban pocos

medicamentos, mal no le obligaban a tragar sondas y no se interesaban particularmente por los análisis, los enfermos, incluso, se quejaban a veces de que cuidaban "poco". "Poco, mal y no prestan la mínima atención". Volodia también había observado que entre los enfermos gozaban de más popularidad los doctores "bonachones", sin tener en cuenta en absoluto la profundidad de los conocimientos, la seriedad y capacidad de uno u otro médico. A los enfermos les gustaba también la apariencia "magistral" del médico -barba, anillos en los dedos-, con deferencia y respeto, consideraban la prestancia "episcopal" de algunas figuras de la medicina que sabían el valor de la pomposidad en su oficio.

- ¡Qué arrogante! -oyó Volodia decir cierta vez con admiración a la anciana enferma Evséeva, refiriéndose a Zhovtiak, hombre engreído e imbécil, pero, además, profesor y doctor en medicina-. ¡En seguida se ve que los de ahora no pueden ni compararse con él, éste es un profesor de verdad!

La sonrisa bondadosa, la carantoña al niño, la anécdota, todo entraba en el arsenal de Zhovtiak, que no despreciaba nada con tal de mantener su popularidad, y los enfermos parecía como si revivieran al verle. En tanto que el cirujano Póstnikov, severo, silencioso, sombrío, que, dicho sea de paso, no tenía ningún grado científico, con frecuencia era censurado por los mismos que él había arrancado de allí donde el profesor Zhovtiak no había intentado ni siquiera echar una mirada, prefiriendo en estos casos arriesgados actuar a través de Póstnikov. En aquellos casos rarísimos y completamente imposibles en que Iván Dmítrievich "fracasaba", el profesor Zhovtiak movía prolongadamente con aire de reproche su venerable cabeza calva y perfumada y decía con voz de terciopelo:

- ¡Ah, colega, ha ido demasiado lejos! ¿Qué necesidad tenía usted de operar lo inoperable? ¿Para qué poner en riesgo la *estadística*? El hubiera acabado felizmente en su casa, entre los seres queridos y cercanos, en cambio usted me metamorfosea las *ganancias* en *pérdidas*. ¿Y qué *ganancia* ha tenido usted con esto? No, déjese usted de estas cosas, no eche por tierra mi *firma*. Tenemos autoridad, y con otro par de sus arriesgados intentos, empezarán a chismorrear de mí *personalmente*, diciendo que el profesor Zhovtiak no ha prestado atención. Y yo no soy el último mono en la ciudad y en la región, yo no tengo por qué perder mi reputación porque a usted se le antoje...

Guennadi Tarásovich, a diferencia de Gánichev y Polunin, cuando se presentaba a alguien, siempre lo hacía así:

- ¡Profesor Zhovtiak!

Operaba rara vez, con poco arte, pero coqueteaba no poco, y, mientras, le gustaba traer a colación lugares comunes; "citaba citas", como en cierta ocasión dijo Polunin acalorado, refiriéndose a él. Sin

Póstnikov, el jefe no se arriesgaba a hacer absolutamente nada, e Iván Dmítrievich siempre estaba al lado de Zhovtiak, como si fuera un estudiante, con las pinzas en la mano. Y todos veían que Póstnikov estaba nervioso, y todos se sentían avergonzados, y hasta Zhovtiak se avergonzaba un poco, o, por lo menos, Volodia oyó un día con sus propios oídos cómo, mientras se lavaba las manos después de una operación particularmente inhábil, el jefe decía con una voz bastante lastimosa:

- ¡Oh, es una desgracia llegar a viejo! Sucedió...

- ¿Qué sucedió? -inquirió Póstnikov con aspereza.

A veces, de pronto, como abstraído, se quedaba mirando con sus ojos lechoso-gélidos, impenetrables, el rostro bien cuidado del jefe, con su barbita asiria, y nadie podía comprender en qué pensaba Iván Dmítrievich en aquel momento. Y Zhovtiak, que acababa de deshacerse en cantos de ruiseñor, de pronto no sabía a qué carta quedarse, se ponía colorado, interrumpía a media palabra su discurso doctrinal y apresuradamente desaparecía.

Aunque odiaba a Iván Dmítrievich, no podía, sin embargo, prescindir de él. Todo el peso de la clínica recaía por completo sobre los hombros de Póstnikov: prácticamente, quien enseñaba a los estudiantes era Póstnikov, las operaciones más difíciles las hacía Póstnikov; corrían rumores de que algunos artículos del jefe los escribía Póstnikov, Zhovtiak andaba atareado hasta más no poder, con consultas en todas partes (naturalmente que en los casos difíciles llevaba consigo al taciturno Póstnikov); iba de caza con los altos jefes; se mostraba activo y riguroso en las reuniones y no estaba en contra -cuando esto era posible, claro es- de dar una réplica mordaz; inauguraba las conferencias de médicos regionales y urbanas; sabía cuánto tiempo había que aplaudir estando de pie en la presidencia y todos sus discursos empezaban así:

- Queridos camaradas: Permítanme ante todo saludarles en nombre del profesorado del Instituto Séchenov. -En este momento, el mismo Guennadi Tarásovich aplaudía y abría un cuaderno de notas alargadito-. Empezaré dando algunas cifras. En el año 1911, en los hospitales de la región no teníamos más que ciento veintidós camas...

- ¡Escuchen, escuchen! -decía Polunin al oír esto-. Ahora van a enterarse ustedes de una novedad despampanante: resulta que bajo Nicolasito el estado de la sanidad pública era peor que con el Poder soviético.

Y nunca se confundía. Zhovtiak repetía verdades sabidas y archisabidas por todo el mundo, criticaba a los jefes, pero sin ir más allá de la categoría de jefe de la sección de finanzas de la región; en la presidencia hablaban susurrando unos con otros, cambiaban notitas, en la sala se sentía un rumor incesante. Pero Zhovtiak, sin prestar atención a nada, seguía hablando de sus camas-días, multiplicaba la

cifra media anual de camas por el número de días del año, hacía el análisis del fondo de camas, extraía la magnitud media del segundo elemento en función de las camas, hacía el análisis de la nomenclatura de las camas y, finalmente, después de la tercera prórroga del reglamento, abandonaba la tribuna con la cabeza muy levantada.

- ¿Por qué hace esto? -le preguntó una vez Volodia a Polunin.

- ¡También la terpentina es útil para algo -contestó enigmático Prov Yákovlevich.

- ¿Qué terpentina? -preguntó Volodia sin comprender.

- Lea usted *Frutos de la reflexión* de Kozmá Prutkov. Allí se dice: "La constancia todo lo vence". Hay también otro breve aforismo: "¡Echa fachenda!".

Con una sonrisa triste, Polunin se separó de Volodia.

Zhovtiak halagaba a los estudiantes, sobre todo a aquellos de quienes se decía que eran inteligentes. Halagaba a Zhenia Stepánov, encargado del periódico del instituto. Halagaba también, por si acaso, al áspero Puich, el Viejo, pues se inquietaba cuando no advertía su asentimiento, aunque no fuera más que tácito. Pero a quien más halagaba era a Volodia, no sólo porque se decía que Volodia era un estudiante muy capaz, sino, además, porque Volodia le miraba con intransigente hostilidad. Pero por más que halagara Guennadi Tarásovich al sombrío Ustímenko, éste, que había comprendido bien pronto las intenciones del enfático profesor, le detestaba con la misma vehemencia y fogosidad con que apreciaba al riguroso y serio Póstnikov. O puede ser que Volodia ni siquiera hubiese llegado a comprender qué clase de persona era Zhovtiak, sino que, simplemente, con la capacidad de observación que le era peculiar, se había dado cuenta de esa amabilidad especial, remarcada, incluso burlesca, con que Polunin trataba al jefe de la clínica de cirugía.

El torpe Zhovtiak no comprendía que Polunin solía ser tan amable sólo con las personas a las que despreciaba profundamente, y Volodia, que conocía a Polunin y a Gánichev, advertía cómo cambiaban miradas al escuchar la "grandilocuencia" de Guennadi Tarásovich, y cierta vez recogió una breve conversación de los dos profesores cuando se hallaban sentados en su banco predilecto del parque.

- Y es muy justo que le despreciemos -decía con voz aburrida Gánichev-. El desprecio, Prov Yákovlevich, es el odio en estado de reposo.

- ¿No es acaso todavía temprano para que pasemos al estado de reposo? -inquirió con acritud Polunin-. ¿Y no mantenemos acaso una posición demasiado indiferente con ese presumido e indecoroso mamarracho?

Gánichev respondió con indolencia:

- ¡Bah, déjelo! Nosotros cumplimos honradamente con nuestra obligación, ¿qué más

quiere usted? Pues si nos liamos con él, ¿cuánto tiempo nos va a hacer perder esto?

Volodia, que estaba sentado en un banco próximo, tosió para que no pensaran que estaba allí escuchando. Polunin le dirigió una mirada indolente, se estiró y pronunció una frase que durante largo tiempo retuvo Ustímenko en su memoria.

- Nuestra desgracia, Fiódor Vladímirovich, es la indiferencia. En mí, en menor grado, en mayor grado en usted. Vemos a un hijo de perra, al que hay que fustigar despiadadamente, ¿y, nosotros, qué hacemos? Nos reímos...

Volodia lo tomó en cuenta: "¡Indiferencia -pensó-, perezosa! Tiene razón Polunin. ¿Es que la edad fatiga a los hombres? Pero Zhovtiak está bastante terne. ¡Y, seguramente, hasta sabe morder!"

Desde ese día para Volodia empezó a apagarse la estrella de Gánichev y a encenderse una nueva, la de Póstnikov. Correcto, estirado, severo, con las puntas del canoso bigote levantadas, Iván Dmítievich también se fijó en Volodia y le permitió no sólo asistir a sus operaciones, sino también ayudarle, enseñándole continuamente ese trabajo que él realizaba con tal brillantez que Volodia hasta se quedaba atónito de envidia.

Los compañeros de curso reaccionaban de distinta manera al oír lo que Volodia, entusiasmado, contaba de Póstnikov. "¡Indudablemente, es todo un campesinote!", afirmaba Puich. "¿Pero, por qué, a pesar de todo, no es ni siquiera candidato a doctor todavía?", preguntaba, recelosa, Niusa Iólkina. Y Zhenia Stepánov mascullaba: "¡Tú, Vladímir, siempre te dejas arrebatar por tu entusiasmo terneril! No tiene nada de particular, es un médico que entiende, un médico práctico, nadie lo niega. Pero Niusa tiene razón. ¿No tener en nuestro país ni siquiera el título de candidato a doctor en medicina? ¿Puede ser que haya algo oscuro en su biografía?". Svetlana dijo que Guennadi Tarásovich le agradaba: es un hombre bondadoso, sencillo, atento. Ogurtsov se lanzó en defensa de Postnikov, Sashka Peleschuk llamó sin más ni más a Svetlana cataplasma. Misha Shérvud, por si acaso, se calló como un muerto. Ahora ya no se permitía hablar más de la cuenta, pues quien les examinaba no era Póstnikov, sino Zhovtiak.

Iván Dmítievich.

Todo empezó desde el momento en que Volodia vio cómo Póstnikov se presentó en la clínica terapéutica de Prov Yákovlevich para una consulta y, sentándose en un taburete pintado de esmalte blanco, se inclinó hacia el enfermo, el agrimensor Dobrodómov, y empezó a percutirle. En la sala, en la que había cinco enfermos, no se oía ni una mosca. Polunin les había advertido antes que no hicieran ruido. Iván Dmítievich percutía con los dedos, él no admitía ni los plesímetros, ni los martillitos.

Entornando sus fríos ojos, Póstnikov ora percutía con golpes fuertes y frecuentes, ora con movimientos casi imperceptibles de los dedos. Pasaron no menos de treinta minutos. Aquel sonido rítmico, recóndito, provocaba somnolencia. Volodia, no sin irritación, pensó: "¡Coquetea el camarada cirujano, le gusta el espectáculo!"

De repente, Póstnikov se irguió, tomó de manos de la enfermera un frasco con tintura de yodo y dibujó un cuadrado en la azulada piel de Dobrodómov:

- Aquí tiene el absceso. Llévelo a la sección de cirugía. Se levantó del taburete, sin olvidar de cubrir al agrimensur con la manta, y, con la cabeza erguida, salió de la sala.

- ¿Ha visto? -preguntó maravillado Prov Yákovlevich a Volodia.

- He visto -repitió maquinalmente Volodia.

- ¿Y qué ha visto?

- ¡Magnífico!

El martes operaron a Dobrodómov y el diagnóstico de Póstnikov fue plenamente confirmado. Polunin le aconsejó a Volodia:

- Ahora aprenda de Iván Dmítrievich cómo hay que sacar adelante al enfermo después de tal operación. Ambroise Paré en el siglo dieciséis decía: "Yo los he operado, que Dios los cure". Aprenda de Dios. Póstnikov es un médico-estratega, no es un empírico, es un médico que reflexiona mucho, muy detenidamente. Aprendiendo de él, y esto tampoco es inútil, estará usted preparado para trabajar en cualesquiera condiciones; nadie sabe lo que puede ocurrir, si de pronto hay guerra. Un aparato de rayos X no se encuentra en todas partes. Debo prevenirle: no se ofenda si Póstnikov es brusco con usted, es un hombre que va derecho al asunto y no soporta que le estorben. Y tampoco tolera a los simples curiosos. Pero le aconsejo que aprenda de él lo más posible, beba, y disculpe el retoricismo, de este hontanar a grandes sorbos, lo recordará con agradecimiento...

Ustímenko contó a los compañeros de curso la conversación con Polunin, y Eugenio se indignó:

- ¡Ya sabes, querido, que no estoy dispuesto a prepararme para trabajar en condiciones en las que no haya ni rayos X! Es más, ni siquiera puedo imaginármelo. Y, por otra parte, de las reflexiones de vuestro Polunin se escapa un cierto tufillo, así como de...

- ¿Otra vez? -le preguntó Puich con tono amenazador.

- ¡Sí, otra vez! -dijo Stepánov retador-. ¡Otra vez! ¡Gánichev, Polunin, ahora Póstnikov: éstos no son gente nuestra, eso es! ¡No son nuestros! ¡Ese es mi punto de vista!

Al cabo de unas dos semanas Polunin se interesó:

- ¿Bebe del hontanar?

- Bebo.

- ¿Cómo?

- Algo se alcanza.

- Parece que ha adelgazado.

- ¡Todavía sé muy poco! -se lamentó Ustímenko. Es terrible lo poco que sé.

Prov Yákovlevich se abrochó todos los botones del impermeable y tendió a Volodia su mano grande y cálida:

Hasta la vista. Y que sepa usted poco, no importa. En cambio su compañero Stepánov sabe mucho, y, además, todo ello muy medianamente.

Volodia suspiró, y, arrastrando los pies con cansancio, volvió por la avenida de arcos del parque de la clínica hacia el bajo pabellón de cirugía. Allí, en el laboratorio, se consumía Shárik, un perro de abigarrado pelaje torturado por Ustímenko.

Cerrando la puerta del pabellón, Volodia encendió la luz y llamó al perro. Shárik lanzó unos débiles e incomprensibles ladridos en su reducida jaula y apenas se movió la cola. "¡Le maltrato, y todavía me mueve la cola!", pensó Volodia enfadado. Cuando sentía lástima de alguien, siempre se enfadaba.

En el silencio del laboratorio se oía el afanoso roer de los conejos que comían tronchos de col, en unas campanas de cristal se removían unas ratitas blancas, respiraba fatigosamente en su mesa el perro en experimentación de Misha Shérvud. Allí mismo, al otro lado de la puerta, estaba trabajando Póstnikov: Volodia oía su habitual "vamos, vamos". Iván Dmítrievich pasaba allí no menos de dos horas cada día, hacía experimentos, reflexionaba, de nuevo hacía experimentos. "En la clínica que yo dirijo", le vinieron a Volodia a la memoria las palabras del profesor Zhovtiak.

Shárik apenas si se acercó a rastras hasta la puertecilla. No hacía más que lamerse los costurones en la piel y tiritaba horriblemente.

- ¡Sal, tonto! -le susurró Volodia-. Te he traído una croqueta y azúcar. ¡Toma, Shárik!

El mismo se hubiera comido de buena gana la croqueta, mejor dicho, el pan con la croqueta dentro. Pero como Shárik no se quería comer el pan, por derecho del más débil, le correspondía la croqueta, y Ustímenko se comió el pan.

- ¿Ah, no te gusta? -le preguntó Volodia-. ¿Ni siquiera la carne le agrada a usted ya?

Shárik la olió con desgana, después se volvió, puso la cabeza sobre las patas delanteras y cerró sus macilentos y húmedos ojos. Entonces, Volodia partió un trozo de la croqueta, lo deshizo entre los dedos y se lo metió al perro entre los labios. En este momento entró Póstnikov, quitándose los guantes de goma.

- Mankin se ha puesto enfermo, tiene anginas -dijo Póstnikov-, y los animales están sin comer apenas. (Mankin era un viejo mozo del hospital, encargado de dar de comer a los animales en experimentación.) Hoy Alochka y yo hemos dado de comer a toda esta Arca de Noé como hemos podido...

La graciosa Alochka guiñó a Volodia un ojo por

encima del hombro de Póstnikov. Iván Dmítrievich logró al fin quitarse de la mano izquierda el crujiente guante, lo tiró sobre la mesa y golpeó con las uñas en una de las campanas de las ratitas.

- Le aconsejo, Ustímenko, que lleve a su Shárik a casa -continuó Póstnikov-. Después de la resección que le ha hecho usted, le será muy difícil aquí hacerle levantar cabeza. Teniéndole en su casa puede ser que logre reponer las fuerzas del animal. Pero esto es cosa suya. Shérvud, por ejemplo, me ha dicho que a sus padres no les gustan los perros.

Por la tarde Volodia se llevó a Shárik a casa y telefoneó a Varia.

- Escucha, Stepánova -dijo secamente, sacando una voz parecida a la de Póstnikov-. Ven ahora mismo a mi casa, urgentemente...

- Pero si yo tengo... -empezó a decir Varia-; Ustímenko la interrumpió:

- ¡Lo que tenga usted es cosa suya, pero debe venir, y ahora mismo!

La tía Aglaia no estaba en casa. Volodia tendió a Shárik en su cuchitril en una manta de algodón. El perro continuaba tiritando y lamiéndose, incluso carraspeó con voz humana. Volodia le calentó un poquito de leche, la endulzó y luego echó allí un huevo. Shárik lo olió y volvió la cabeza.

"Aquí me parece que el médico tiene que confiar sus funciones al enterrador", recordó Volodia una vieja frase leída en algún libro. Y con hostilidad miró de soslayo a la reproducción de la *Lección de Anatomía*. Prueba a alumbrar a otros, cuando ni siquiera puedes curar a un perro, incluso sabiendo qué es lo que le ocurre.

Cuando llegó Varia, Volodia seguía al lado de Shárik y se estaba comiendo unas patatas cocidas y frías.

- ¡Un perrito! -gritó Varia-. ¿Me has comprado un perrito?

- ¡Oh, pero no grites! -le rogó Ustímenko.

- ¿Está malito? ¿Le estás curando? ¡Volodia, cúramelo! -empezó de nuevo a gritar Varia-. ¿Es de raza, verdad?

Y se puso en cuclillas al lado de Volodia.

- ¿No muerde?

- Le he quitado un buen trozo de intestino -pronunció Volodia sombrío-. Y alguna otra cosa más he tenido que hacer con él, sin embargo, me lame las manos y se porta conmigo como un camarada. Seguramente es el único ser vivo que me toma por médico.

- ¿Y yo? ¿Acaso no te tomo yo por médico?

- En pocas palabras, tengo que curar a Shárik. Y tú me vas a ayudar. ¿Está claro?

- Claro.

- Bueno, cuídale, pues yo tengo que ir a la clínica para toda la noche. Si ocurre algo, telefonéame al pabellón de cirugía, apunta...

Varia apuntó sumisa. El se lavó en el cuarto de

baño, se afeitó, comió una cosa muy extraña, que Varia había frito en la sartén -"fantasía", dijo Varia que era aquello- y se fue, olvidándose incluso de despedirse de ella. Dicho sea de paso, siempre se olvidaba de saludar, de despedirse, de preguntar "que novedades hay", de afeitarse, de cortarse el pelo, se olvidaba de todo lo que Varia llamaba "conducirse como una persona", y Eugenio, "observar las reglas de higiene social"...

La puerta se cerró, Varia encontró en el bolsillo un caramelo olvidado, lo lavó al grifo y se lo metió a Shárik en la boca en el momento que bostezaba. El perro lo partió con las muelas y movió la cola. Entonces, Varia volcó todo el azucarero delante del peludo hocico del perro. Shárik empezó a comer el azúcar y un minuto después no quedaba en el suelo ni un granito.

- ¡Qué perro más listo, que perrazo, perrito, perrillo! -dijo Varia con esa voz con que hablan a solas las personas a los animales: una voz especial, estulta-. Perrito-perrillo, tómate la leche; Shárik-Sharikovski, si vas a comer, te crecerán tripas nuevas; tú, magnífico perro mío, sólo que no le llamarás Shárik, sino Erns. ¿Sí? ¡Inteligente, imponente, magnífico Erns!

Volodia llevaba la camilla de la sala de curas cuando la enfermera de guardia, Alochka, le llamó al teléfono. Eran más de las diez, los enfermos de la clínica del profesor Zhovtiak dormían ya, había que hablar apenas con un susurro de voz.

- ¡El perro come! -le gritó Varia al oído-. ¡Come! ¡Y ha bebido la leche!

- ¡Muchas gracias! -dijo Volodia.

- ¡Y ahora no se llama Shárik, sino Erns! Con las letras: Eleonora, R, bueno un nombre que empiece con R, Riúrik, Nikolái, Seriozha. ¿Hay que sacarle a la calle? O mejor será, sabes, he encontrado aquí una cacerola vieja...

- ¡Muy agradecido! -dijo Volodia, y colgó.

- ¿Ustímenko, va a dejar usted aquí la camilla? -preguntó Alochka, volviendo hacia Volodia sus esplendorosas pupilas; a ella le gustaba mucho aquel impulsivo estudiante de pestañas largas y labios todavía ligeramente abultados-. ¿Quiere que le indique cuál es el sitio de la camilla?

Sin embargo, aunque estaba casi enamorada de Volodia, Alochka le pidió que ocupara su sitio junto a la mesa una horita o dos mientras ella echaba un sueñecito. Alochka era una de esas personas que consideran que por mucho que te esfuerces, de todas maneras no puedes terminar de hacer todas las cosas que hay que hacer en el mundo, e incluso no se cohibía de decir que "su salud era lo primero". De tales seres Volodia decía que eran de la "armada" de Niusa Iólkina. Y le sorprendía muchísimo que Póstnikov no comprendiese qué clase de persona era esta Alochka, y que, siendo tan severo, la alabara, cuando ella era la falsedad andando.

Pasaron dos horas, y tres, y cuatro y Alochka seguía durmiendo. Volodia acudía a las llamadas de las salas, le puso una inyección de morfina a un enfermo, a otro le ayudó a colocar mejor la pierna operada, se sentó al lado de otro que decía que le "daba miedo". A las cuatro de la mañana, el médico cirujano de guardia -una mujer muy alta, con la nariz afilada, Lushnikova- llamó a Póstnikov a su casa para consultarle sobre una operación urgente. Precisamente a Póstnikov y no a Zhovtiak.

Volodia estaba tan cerca del teléfono que oyó la contestación acostumbrada de Iván Dmítrievich.

- ¡En buena hora!

Alochka, despejada después de su tranquilo sueño, dirigió otra vez hacia Volodia sus hermosos ojos y susurró:

- ¡Oy, cómo me gusta dormir!

Volodia le volvió la espalda.

Durante la operación entró Póstnikov, las guías de sus bigotes enhiestas como dos lanzas a ambos lados de la boca, los ojos, azulado-lechosos, tranquilos y fríos, como dos pequeños trozos de hielo. Siempre llegaba así: no se entrometía hasta el momento en que su consejo, su indicación o su ayuda se hacían imprescindibles. Y si todo se desarrollaba normalmente, se marchaba en silencio con su paso seguro, elástico, todavía joven, con la cabeza erguida.

Al irse le dijo a Volodia:

- Mañana es domingo, si no tiene nada mejor en perspectiva, venga a mi casa por la tarde, después de las ocho. Pero no más tarde de las nueve.

- Gracias -respondió, estupefacto, Volodia.

- ¡Tendré mucho gusto! -y Póstnikov saludó con la cabeza.

- ¿Cómo, le ha invitado a usted a su casa? -le preguntó Alochka en cuanto Póstnikov desapareció en la revuelta del pasillo-. ¿A su propia casa, sí?

- Sí.

- ¡Demonio, qué suerte tiene usted!

Nuestros caminos son diferentes.

A las seis de la mañana Volodia abrió la puerta con su llave. Shárik, arrastrando con dificultad las patas traseras, salió a su encuentro. Varia, con la mano debajo de la mejilla, dormía en su cama sin haberse quitado el vestido. La lámpara de mesa estaba cubierta para que la luz no diese en el lugar en que debiera estar acostado Shárik. Y la cacerola "vieja", cubierta delicadamente con una tapa de cartón color rosa, se hallaba junto a la cama del futuro Erns en cura.

- ¡Volodia! -le llamó sin alzar la voz la tía Aglaia.

En calcetines, procurando que no crujieran las maderas del suelo, entró en su habitación. La tía, arropada hasta los hombros, le dirigió una mirada cariñosa, con sus ojos ligeramente oblicuos.

- ¿Te has cansado?

- ¡Sí, un poco!

Y Volodia empezó a contarle en voz baja que Póstnikov le había invitado para hoy. Por un instante a Volodia le pareció que la tía también tenía deseos de contarle alguna cosa, pero él se olvidó de esto porque quería compartir con ella otras novedades del instituto, y luego sintió en seguida deseos de ir a acostarse. El sueño siempre se apoderaba de él instantáneamente, de golpe se le nublaban los sentidos. Cuando se iba quedando adormecido, hundiéndose con cama y todo en algo blando y confortable, aún oía la voz de la tía que le contaba alguna cosa suya, pero no pudo escucharla, se quedó dormido.

- Ya lo ves, Shárik -suspiró Aglaia, pasándole al futuro Erns la mano por la áspera piel tras de la oreja-. Nadie se preocupa de mí.

Shárik dio un resoplido y se rascó con cuidado: ahora era muy prudente y procuraba conservar por todos los medios su salud.

- ¡Ya mí me interesa todo lo suyo! -musitó Aglaia, sin dejar de acariciar al perro tras de la oreja-. ¿Por qué es así? ¡Eh, no gruñas, no te hago daño; vaya un perro más desconfiado!

Desayunaron los tres juntos, a pesar de las furibundas llamadas por teléfono del abuelo Mefodi, que gritaba en el auricular que una "muchacha no tenía por qué dormir fuera de casa y comer en casa ajena, pues no eran pobres de solemnidad: tienen su isba, y, por lo que hace a la comida, gracias a Dios, no pueden quejarse". Aglaia miraba de soslayo a Volodia -¿le preguntaría o no por las noticias de ayer?-, pero él no le preguntó. Varia enseñaba al ex Shárik, ya más repuesto, a dar la pata, pero el animal bostezaba distraído y se volvía.

- ¿Qué te parece, se curará Erns? -preguntó Varia a Volodia.

- ¡Claro! -contestó él.

- ¿Y por qué no hace más que bostezar? ¿No será que siente falta de oxígeno?

Ustímenko calló.

- ¡Su señoría no se digna contestarnos! -dijo Varia a Aglaia Petrovna-. Es una gran figura, una futura lumbrera.

- ¡Y distraído, como todos los grandes hombres! -confirmó Aglaia.

- Pero los grandes hombres no desprecian a los simples mortales, ¿no es así? -preguntó Varia-. y su sobrino los desprecia.

Las dos, Aglaia y Varia, se sentaron en la misma silla y, abrazadas, empezaron a hablar de Volodia como si él no estuviera presente.

- El es de esos que sólo se interesan por sus propias cosas.

- Es una notabilidad huera. Más presunción que comprensión.

Volodia echó una mirada -distráida a la tía y a Varia, preguntó qué hora era y de nuevo empezó a

rebuscar entre sus apuntes.

- ¡Hasta puede ser que no salga nada de él! - insinuó Aglaia-. Aparentemente es un pozo de ciencia, pero vacío. Varia asintió con tristeza.

- ¡Da rabia hasta mirarle!

- ¡Claro que da rabia! -confirmó Aglaia-. Pues sus conocimientos no valen ni un comino, sólo fachada. A tipos así les llamábamos en la facultad obrera barón von Milnikov (pompa de jabón).

- ¿A lo mejor, Aglaia Petrovna, es sencillamente un zoquete y un empollón?

- Con toda seguridad. Y limitado de horizontes.

- ¡Pero bueno! -dijo, al fin, Volodia sin alterarse-. ¿Por qué me atacáis así?

Y, de pronto, Aglaia rompió a llorar. Pero no como lloran corrientemente las mujeres, sino de un modo muy particular, suyo. Incluso se reía, pero las lágrimas brotaban a torrentes de sus ojos.

- ¿Qué te pasa, por qué? -completamente desconcertado, preguntó Volodia. Pero ahora era ya inútil preguntarle.

La tía no respondió ni palabra, mientras se limpiaba con los dedos las lágrimas, gruesas como guisantes. Varia le echó agua en un vaso. Aglaia se acercó a la ventana, la abrió de par en par, y se asomó. Se notaba cómo se estremecían sus hombros. Después, tranquilizándose, de pronto, dijo:

- Hijos, no le deis importancia. Últimamente me encuentro algo cansada, sabéis, esto suele ocurrir. Vives y vives y te cansas. Y ahora es mucho más difícil para mí. ¿Podré hacerle frente?

- ¿A qué? -preguntó con voz queda Varia.

- A todo -contestó Aglaia pensativa.

Se echó encima el impermeable y se fue.

Después Varia, como una niña buena, fregó los cacharros, en tanto Volodia se puso a leer el periódico, y entonces comprendió la "noticia" que el día anterior quería comunicarle la tía. En el periódico *Unchanski Rabochi* se publicaba una información sobre una conferencia de los maestros del distrito Kámenski y decía que en ella había hablado la presidenta de la sección regional de instrucción pública, camarada Ustímenko A.P.

- ¿Comprendes, Varia? -preguntó Volodia-. ¡Oh, soy un cerdo! Naturalmente, para ella es muy difícil, son los primeros días de ese trabajo, y ayer cuando llegué... ¡Oh, pero qué mal está!...

Varia se sentó, se desató las cintas del delantal, tiró la toalla encima de la mesa.

- ¡Pero di algo tú! -le pidió Volodia.

- ¿El qué?

- Pues que yo no soy tan culpable...

- No hay nada que hacer contigo -suspiró Varia-. ¡Tú eres así! Para ti lo más importante no está aquí, sino allí.

- ¿Dónde allí? ¿Y qué es lo más importante?

- ¡No te enfades! -pidió Varia entristecida-. Puede ser que eso incluso esté bien, pero es difícil, Volodia.

Allá, en el instituto, tú seguramente, no serás egoísta, pero aquí... es terrible.

¡Era maravilloso, qué inteligente resultaba a veces esta muchacha! Y cómo sabía adivinar lo más esencial. Pero al momento lo echó a perder con una tontería tremenda.

- Una gitana me ha echado la buenaventura -dijo Varia-, el domingo pasado. Palabra de honor... ¿No lo crees? ¡Palabra de pionero! ¡Era una gitana horrible, vieja, nariguda, con unos ojos así! Adiviné que... bueno, en general, sobre nosotros dos. Según dijo, yo no te hago falta. Según dijo, nuestros caminos son diferentes...

Volodia, de espaldas, guardó silencio, mirando los rojos racimos de un serbal que crecía junto a la ventana abierta, y se encogió por el frío viento del otoño.

- Bueno, está bien, Variuja, lo sé, soy un cerdo -admitió abatido-, pero no hasta tal punto. Ya lo verás, cambiaré radicalmente. Seré muy atento y como... hay todavía muchas palabras melosas...

- Tú no puedes.

- ¿Y si puedo?

- ¡No puedes! -repitió Varia, mirándole fijamente a los ojos-. Entonces no serías tú. Serías otra persona. Y yo necesito que tú, precisamente tú, no sigas por un camino distinto. ¡Tú!

- ¿Y tú? -preguntó Volodia.

- ¿Yo, qué?

- Pero tú también puedes ir por un camino diferente. Tu estúpida gitana ha dicho que *nuestros* caminos eran diferentes, y no *el* mío.

Se acercó a Varia y la asió por las muñecas. Queriéndola como la quería, no podía decidirse a decirselo con palabras. Y no era que no pudiera decidirse, sino que sentía cortedad. A lo mejor le dices: te quiero, y ella te contesta: ¿Bueno, y qué? De Varia se podía esperar todo. Por otra parte, también así lo comprendía ella.

- ¿Lo comprendes, pelirroja? -le preguntó.

- ¿El qué? -preguntó a su vez Varia con ingenuidad.

Entonces él le apretó las muñecas. No había manera de que Volodia perdiera la costumbre de estas bromas de chico de los tiempos de la escuela: tirarla de las trenzas, retorcerle las muñecas. Pero esta vez no ocurrió nada, aquellas pequeñas peleas se habían acabado. El sentimiento de lástima y ternura era mucho más fuerte que aquellos restos de infantilismo que todavía brotaban a veces en él.

- ¿Entonces, no comprendes nada, nada?

- ¡Nada! escondiendo la cara, contestó Varia.

- ¡Pues, ándate con cuidado! -dijo bruscamente Volodia y, atrayendo de repente a Varia hacia sí, la apretó de espaldas contra el alféizar de la ventana.

El viento frío le azotaba la mejilla y tras la ventana abierta susurraban las ramas del serbal, pero Volodia no se daba cuenta de nada, ni se daba cuenta

que Varia, habiendo logrado soltarse las manos, le empujaba con fuerza; solamente se apercibió cuando entre sus labios y la boca sonrosada de Varia, vio la mano de ésta, que ella había puesto hábilmente en el último instante.

- ¡Eso es! -dijo ella.

- ¡Pues es una tontería! -todavía jadeante, dijo Volodia enfadado.

- ¡Tienes que declararme tu amor! -le mandó Varia sin la menor sonrisa, arreglándose los cabellos. ¿Comprendes? ¿Para los microbios, para Pasteur y Koch tienes tiempo, pero para Stepánova no? No, no temas, no me río.

- ¿Y ofrecerte mi mano y mi corazón?

- ¡El corazón, sí; pero la mano, me puedo pasar sin ella!

- ¿Quiere decir que no te vas a casar conmigo?

- ¡Eso es cosa mía!

- ¡Y yo suponía que todo estaba decidido!

- ¿Cómo, qué dices? -sorprendióse Varia.

- Pues sencillamente: que tú y yo nos casaremos.

- ¿Cuando tengas tiempo libre, verdad, Volódichka?

Volodia se quedó callado, parpadeando: el corazón continuaba laténdole apresuradamente. Y Varia, con los codos levantados, se recogía por detrás su peinado de mujer.

- ¡Yo te quiero mucho, Variuja! -dijo Volodia.

-¿Como camarada? -preguntóle Varia con picardía.

Volodia se confundió ligeramente.

- Y como camarada también.

- ¿Para los momentos de ocio?

- ¿Pero bueno, qué es lo que quieres? ¿Una torre de marfil?

- ¡Y una torre de marfil no estaría mal! -ya en tono más abordable asintió Varia-. O, aún mejor, una cabaña en un lago. Y tú y yo, y además unos corderitos blancos. A Shárik le llevaremos también, pero con su otro nombre...

Sus ojos brillaron maliciosos.

- ¡Qué miedo tan terrible te da ser sentimental, Volodia, un miedo terrible! Lo temes más que a la muerte. Y esto no deja de ser triste. Cuando me retorciás las muñecas o me tirabas de las trenzas, aún había en eso algo de romanticismo, pero ahora, "al grano", como le gusta expresarse a nuestro Eugenio: te casas conmigo y asunto arreglado. ¡Ay, Volodia, Vladímir! A veces me parece que soy yo mucho más vieja que tú.

- ¡No comprendo por qué soy tan malo!

- Si no eres malo. Incluso eres bueno. Claro es que cuando tienes tiempo libre.

Sin mirarle, Varia recogía con la palma de la mano las miguitas de la mesa. Y Volodia volvió a pensar como antes con cuánto acierto Varia lo veía todo y qué exactos eran sus razonamientos. ¡Qué cosa tan maravillosa es la juventud! Es todavía una

chiquilla y ya sabe distinguir lo ridículo y lo mortificante, ya sabe castigar con la palabra, sabe tocar la cuerda sensible.

Aquel día Varia le dio un buen repaso. El se limitó a encogerse de hombros. Pero después ella le alabó:

- Como trabajador no serás malo.

- ¿Sólo eso? ¿No malo? -ofendió se Volodia-. Pues de ti no resultará ni bueno ni malo, puedes creerme.

- No todos en este mundo pecador pueden ser genios.

- Eso es una trivialidad.

- ¿Pero echarme en cara mi vulgaridad, eso no es trivial?

- ¡Calla, ya estoy harto! -gritó Volodia.

- ¿Sabes que otra cosa mala tienes? -dijo Varia, como si no hubiera oído-. ¿No sabes? ¡Eres implacable! ¡Oh, qué implacable eres, Volodia, qué verdugo! Es imposible hasta explicarlo con palabras; tú o no soportas a una persona o la adoras.

- A ti te adoro -barbotó Volodia irritado-, sobre todo cuando no sueltas grandes discursos...

Haciendo ruido con las uñas entró en la cocina Shárik-Ems, dio varias vueltas a los pies de Volodia y se Varia declamó con imprecisión, como siempre:

Enciendo la chimenea, beberé un vasito,

No estaría mal comprar un perrito...

Estaba enfadada, en sus mejillas se encendieron unos rosetones rojos.

- ¿Sabes para lo que te hago yo falta? -preguntó Varia, tras una corta pausa-. ¿Lo sabes? Yo, Volodia, sé escuchar tus desvaríos no cuando me interesa a mí, sino cuando tú tienes ganas de hablar, cuando te hace falta que te escuchen. Yo sé cuánto vales tú y cuánto valgo yo. Naturalmente, todo lo tuyo es más interesante y más importante. Pero para ti todo lo que me sucede a mí no tiene la menor importancia, no tiene ningún interés. Todo lo mío es indefectiblemente tonto. ¿Vas a decir que no? Si quieres, te diré que ayer leí en un libro unas palabras muy atinadas, las leí y las recuerdo: "En sus relaciones había entrado el otoño". Esto se refiere a nosotros.

- A pesar de todos los pesares, eres todavía una niña -observó Volodia con indulgencia.

Precisamente esto no debía haberlo dicho. Varia se ofendió, y salió dando un portazo. Volodia quedóse solo, con sus tristes pensamientos y con el achacoso Shárik. Y, hay que hacerle justicia, se acusó como era debido por su indiferencia, por su acritud, por su fatuidad, por su maldito egoísmo, incluso por su despreciable comportamiento con la tía Aglaia. Se dijo a sí mismo palabras mucho más duras que las que acababa de oírle a Varia. Juró terminar de una vez con tal ruindad. ¿Pero acaso

tenía él la culpa de que mientras se injuriaba a sí mismo, poquito a poco, como un susurro, empezaran a rebullirse dentro de su cabeza unos pensamientos que hacía tiempo se habían adherido a su cerebro sobre la posibilidad de la agrupación de las enfermedades, sobre las alteraciones de las combinaciones químicas en el cuerpo humano? Y, subrepticamente, como un ladrón, avergonzándose de sí mismo, sacó de la estantería un libro de Gamaleia, para leer una vez más sólo un párrafo interesante. Solamente uno, recordar una idea, comprobar...

Pero al instante tuvo que recurrir al libro de consulta y, naturalmente, no oyó cuando Aglaia Petrovna abrió la puerta con su llave ni cuando entró en su chiribitil y le preguntó:

- ¿Qué, vamos a comer, engendrillo?

- ¡Hum-m-m! -dijo por toda respuesta, mientras hojeaba el libro de consulta.

- ¿Hace mucho que se ha ido Varia?

- ¿Quién?

Y solamente cuando iba camino de la casa de Póstnikov, Volodia recordó que de nuevo no le había preguntado nada a la tía.

¡Yo bebo!

Qué extraño era todo lo que estaba viendo allí, y qué distinto de lo que él esperaba. En su mente se imaginaba a Iván Dmítrievich en su casa como un severo asceta, metido en una habitación lúgubre con una sencilla cama, una mesa y unas banquetas, rodeado de libros, que -Volodia estaba seguro de ello- tendría Póstnikov en abundancia, "Me invitará, claro, a una taza de té -pensaba Volodia-, y yo diré que no".

Le abrió la puerta Polunin; llevaba puesto un delantal, un delantal común y corriente, como el que se ponía Varia para hacer las faenas de casa. También estaba allí Gánichev, con una toalla atada a la cintura, y había además un hombre fornido, al que no conocía, muy tostado, con un rígido cuello almidonado, las facciones con algo de calmuco, y también con una ancha toalla liada a la cintura. Los tres tenían las manos llenas de harina, y Gánichev, hasta la cara. "¿Pero qué hacen?", Volodia incluso se asustó. Al instante le hicieron sentarse junto a una enorme mesa de cocina en la que estaban haciendo *pelmeni*¹². Póstnikov, mientras extendía la masa con el rodillo, señaló a Volodia con la cabeza, y Polunin dijo: "Ustímenko, tengo el gusto de presentarle a Nikolái Evguénievich Bogoslovski", y el del rostro tostado, mirando a Volodia con atención, como si le tanteara con la mirada, dijo precipitadamente, con marcada pronunciación de la o:

- Tanto gusto en conocerle.

Volodia hizo un esfuerzo de memoria. Bogoslovski, Bogoslovski... Ese apellido lo había oído más de una vez a Polunin y a Póstnikov, y en la ciudad también hablaban con frecuencia de Bogoslovski. Era el médico director del hospital de Chorni Yar, donde tenía además a su cargo la sección de cirugía. De este doctor recio, de cabeza afeitada, se decían cosas muy interesantes, y Volodia empezó a observar con curiosidad a aquel "médico por la gracia de Dios", como en una ocasión dijo Prov Yákovlevich, tan parco en alabanzas, refiriéndose a Bogoslovski.

La conversación entre los tres continuó:

- Y por último -dijo Polunin-, no quiero molestarles más, pues se van a enfadar: en la historia de la medicina, si vamos a eso, hay una persona honrada, y se llama Tiempo. ¿Están ustedes de acuerdo?

Bogoslovski se sonrió casi imperceptiblemente:

- ¡Mira lo que dice! ¡Sólo una! Y eso va por ti, Prov Yákovlevich, uno en toda la historia de la medicina.

- Pero aquí no se trata de la honradez subjetiva, sino de la otra, de la honradez objetiva.

Polunin echó hábilmente varios *pelmeni* de graciosa forma en una batea espolvoreada de harina y le aconsejó:

- Tú mismo, Nikolái Evguénievich, repasa mentalmente. Los más honrados descubridores, equivocándose, se defendían, y las personas más honradas, también equivocándose, se oponían a las verdades que hoy son indiscutibles. Cuántos años vivo en el mundo y no hago más que pensar...

- ¡Los años no hacen sabios, sino viejos, no presuma! -advirtió Póstnikov-. Lo sé por mí.

Dejó el rodillo y con diestros movimientos de sus largos dedos se puso a dar forma a los *pelmeni*. Volodia no conseguía hacerlos de ninguna manera: o se salía el relleno por los agujeros de la masa, o no se juntaban bien los bordes. Pero nadie se daba cuenta de ello, o hacían como si no se diesen cuenta.

El agua va estaba hirviendo en la hornilla, Polunin se dispuso a poner la mesa y llevó consigo a Volodia a la habitación.

- Póstnikov prepara los *pelmeni* como nadie -dijo Prov Yákovlevich, distribuyendo los platos en la mesa-. Se comen de muchas formas, pero aquí los comemos a la manera clásica pura, sin banalidades ni eclecticismos, *pelmeni* sin ornamento alguno. ¿Usted bebe vodka?

- ¡Bebo! -acaso excesivamente animoso se atrevió a mentir Volodia.

- ¿Y sabe usted beber?

- ¿Qué hay que saber en esto?

- ¡No diga!

Mientras sacaban del pequeño aparador platos, copas, fuentes, tenedores y cuchillos, Volodia fue

¹² Plato típico de Siberia, a base de masa de harina con la que se hacen pequeñas empanadillas rellenas de carne picada, que luego se cuecen en agua hirviendo. (N. de la Edit.)

examinando la habitación. Seguramente allí se habría vivido muy bien en otros tiempos, pero ahora todo estaba un poco abandonado, algo así como deshabitado. Parecía como si al dueño no le interesara vivir aquí, o como si acabase de llegar o se dispusiera a marchar hoy mismo. La alfombra estaba medio torcida, solamente una ventana tenía cortinas y éstas con el forro desgarrado, el mantel hubo que sacarlo de una maleta. Había libros en el suelo, encima del armario y en las ventanas. La bombilla estaba fundida. El gato se desperezaba sobre la mesa de escritorio, un gato de esos que llaman "de basurero", todo le estaba permitido, y allí olía más a gato que a personas.

- Los *pelmeni* son una tradición entre nosotros -dijo Polunin, encendiendo un cigarrillo- una vez al año en el día de su cumpleaños. Póstnikov es viudo, y nosotros venimos sin las mujeres, todo al estilo de los solteros. Sin falta bebemos una copa a la memoria de Olga.

- ¿Y quién es Olga?

- ¿Olga Mijáilovna? Es su difunta esposa; aquí está.

Volodia levantó la cabeza y le pareció cruzar su mirada con la de los ojos vivos, sonrientes, jóvenes todavía, de una mujer muy agradable, de cabellos seguramente muy suaves. El peinado era extraño "de antes de la Revolución" -pensó Volodia-, y en la mano tenía un estetoscopio.

- ¿También era médico?

- Sí. Y muy bueno.

- ¿De qué murió?

- Se contagió -contestó Polunin, dando una fuerte chupada al grueso cigarrillo-. En el dieciocho. En un hospital militar. Y en el hospital murió.

- ¿Y cómo fue eso? -preguntó Volodia.

Y, de pronto, vio la fotografía de Alochka, la muchacha que le dijo que "quería echar un sueñecito". La fotografía estaba colocada en un bello marco de cuero con los ángulos de cobre, y Alochka tenía una mirada retadora, como afirmando que allí era ella la verdadera dueña y no la que había muerto en el año dieciocho en el hospital.

- ¿Pero -dijo Volodia, cambiando la mirada de la fotografía de Alochka al retrato de Olga Mijáilovna-, pero amaba Iván Dmítrievich a su mujer?

- ¡Mucho! -aseguró Polunin con voz tranquila y contundente-. Y hoy la sigue queriendo y la recuerda...

- ¿Entonces por qué está aquí Alochka? -preguntó Volodia con aspereza-. Esta es su fotografía.

- ¿Ya le ha condenado? -respondió con una triste sonrisa Polunin-. ¿Ya ha tenido tiempo para condenarle? De usted, Ustímenko, saldrá un fruto muy amargo, extremadamente amargo. Le aconsejo que sea más benevolente con las personas y con mayor razón si éstas son verdaderas personas...

Volodia quiso contestar algo, pero no le dio

tiempo. Iván Dmítrievich abrió la puerta con el pie, llevando en las manos una enorme sopera. Antes de comer los *pelmeni*, bebieron de un trago un vaso de vodka de galanga fría vueltos hacia el retrato. Nadie pronunció ni una palabra; además, a la difunta sólo la había conocido Polunin. Los *pelmeni* estaban de veras exquisitos: aromáticos, ligeros, terriblemente calientes. Póstnikov le ponía pimienta a cada uno "particularmente", agasajaba a todos con alegría y decía que le gustaba "la comida picantilla". Tras la vodka de galanga, bebieron vodka de guindilla, después de la de guindilla, la emprendieron con la de serba con hojas de grosellero, luego entró en escena la misteriosa "gudaútká", "de todas las vodkas, el general-gobernador", como la presentó Iván Dmítrievich. Volodia se achispó en seguida, se puso rojo, sacudió la mano y dejó caer el cuchillo.

- ¡Beba menos vodka y coma más *pelmeni*! -le aconsejó Polunin.

El mismo bebía sin brindar con nadie, tenía una botella de vodka de corazoncillo a su lado y se echaba no en una copita, sino en un vaso de cristal verde.

- ¡A su salud, Prov Yákovlevich! -brindó Ustímenko.

- ¡Mejor es con *pelmeni*! -le propuso Polunin.

- ¡Pero yo no soy una criaturita!

- Sin duda, nadie lo discute...

Había jovialidad, comida sabrosa, ruido.

A Volodia le remordía un poquito la conciencia por aquella conversación idiota que había tenido con Polunin a propósito de la fotografía de Alochka. Realmente, en el mundo pueden ocurrir muchas cosas.

- En mi caballeriza... -contaba Bogoslovski.

- ¿Pero tiene usted una caballeriza y no un hospital? -preguntó Volodia.

- Para el hospital tenemos la correspondiente hacienda -explicó Nikolái Evguénievich.

"¡Oh, me parece que estoy borracho! -pensó Volodia alarmado, y se puso a comer *pelmeni*-. ¡Lo principal es callar!"

Por un segundo los bonitos platos con dibujos azules de caballeros, casas, molinos, barcas y perros flotaron ante sus ojos. Pero Volodia apretó los dientes y los platos con dibujos se pararon. "Lo importante es tener fuerza de voluntad", se dijo Volodia. Los platos empezaron otra vez a correr: "¡So-o!"

¡Oh, qué magnífico era aquello! Qué interesante era la conversación, si hubiera estado en condiciones de haberla escuchado toda seguida, y no frases entrecortadas.

- ¡Bueno, déjenlo ya! ¡Al fin y al cabo, todas las redes están hechas de agujeros! -dijo de pronto Polunin.

"¡Estupendo! -de nuevo se esforzó Ustímenko-. ¡Y qué verdad es! Todas las redes están hechas de

agujeros. Esto le gustará a Varia. Por cierto que está enfadada conmigo".

Con enorme esfuerzo, había logrado, al parecer, infiltrarse en su ingeniosa conversación. Pero ahora ya no hablaban de redes, sino de cirugía.

- Spas tiene razón -sostenía en alta voz Póstnikov, sentado frente a Volodia-. Spas tiene razón en todo...

"¿Habla de Jesucristo?"¹³ -bajo los efectos de la vodka, pensó sorprendido Ustímenko, sin darse cuenta de que se trataba del profesor Spasokukotski.

- Ocurre con frecuencia que el cirujano no sabe manejar como es debido los instrumentos -continuó Iván Dmítrievich-. Hasta ahora siento verdadero placer viendo trabajar a un carpintero, a un ebanista, a un sastre. Con qué arte manejan el formón, el serrucho, la aguja, cuántos procedimientos y métodos distintos emplean cada uno en su trabajo, los más convenientes, exactamente calculados; y a nosotros nos ocurre a veces como dicen los chicos cuando se burlan de las chicas: "¿cómo tiras las piedras?, como las chicas". Pues como las chicas manejamos los instrumentos. ¡Pero, diablos! El ebanista y el sastre trabajan con la madera o con un trozo de paño, y nosotros nos las tenemos que ver con vidas humanas...

- ¡Exacto, en absoluto de acuerdo! -gritó Volodia. Y, celoso, pensó: "¿Pero será posible que hable de estas cosas con Alochka?"

- ¡Me alegro mucho de que esté usted de acuerdo! -apuntó Póstnikov-. Nikolái Evguénievich, sírvale *pelmeni* al joven.

Volodia se comió otro plato lleno. "¿Joven? -pensó-, ¿cómo interpretarlo?"

- ¡A propósito! -indicó Ustímenko, esforzándose por hablar claramente y con precisión-. Si la memoria no me es infiel, el profesor Spasokukotski es el autor de la divisa: "Ni una gota de sangre en los dedos del cirujano después de una operación de hernia". ¿No es así?

- ¡Así es, exactamente! -corroboró Bogoslovski, mirando a Volodia con ojos sonrientes-. ¿Pero, por qué lo dice usted?

- Simplemente lo he preguntado -dijo Volodia, moviendo mucho los labios-. Me he permitido preguntar. Pero, perdóneme. ¿Me parece que he molestado? Otras dos palabras, o, más exactamente, una pregunta, una pregunta importante, de importancia decisiva: me refiero a la opinión de Serguéi Ivánovich sobre el trabajo científico...

Todos callaron. En la mesa se hizo un silencio tenso. Ustímenko de nuevo apretó los dientes. "¿Piensan ustedes que estoy borracho? ¡Ahora verán ustedes si estoy borracho o no!". Y armándose de todas sus fuerzas, articulando cuidadosa e intensamente cada sílaba, Volodia preguntó:

- ¿No es verdad que a Serguéi Ivánovich

Spasokukotski le pertenecen las palabras de que *sólo la iniciativa* científica caracteriza las posibilidades del trabajador de la ciencia?

- ¡Verdad es! -dijo Póstnikov, mirando atentamente a Volodia con sus ojos nada fríos esta vez-. Spasokukotski previene también constantemente contra *la multiplicación* de sus trabajos científicos, es decir, contra la charlatanería sobre una misma cosa con diferentes salsas.

- ¡Magnífico! -sintiéndose de nuevo débil, exclamó Volodia.

El instante terrible había pasado. Había salido airoso. Ahora podía irse al diván como para reflexionar.

- ¡Ah, gato! -dijo animoso, atrapando al animal-. ¡Buenas noches, gato!

Y cerró los ojos. El gato al instante empezó a runrunear en sus rodillas.

Volodia estuvo hundido en sus reflexiones un buen rato, al menos, hacía ya bastante que habían sido retirados los *pelmeni* de la mesa y todos los comensales estaban bebiendo un café negro y denso como la pez, cuando Volodia retornó a su sitio.

- ¡Ah, si la juventud supiera, y si la vejez pudiera! -oyó que decía Póstnikov.

- ¿De qué se trata? preguntó Volodia con voz balbuciente a Bogoslovski.

- ¿Qué, ha echado un sueñecito?

- No, sólo he estado pensando un poco...

- El alma abierta, ya sabemos, estos chicos que parecen buenos cuando están sentados a la mesa, resultan de hecho poco buenos -decía enfadado Polunin-. Y, en general, Fiódor Vladímirovich, todo esto nace de esos indulgentes razonamientos de que a los hombres buenos casi siempre les gusta el vino, y de que aquellos a los que les gusta el vino son sin falta hombres buenos.

Volodia se aproximó una taza grande de café, y alargó la mano para tomar la botella de coñac.

- ¡Ustímenko, basta ya! -ordenó Polunin.

- ¿Cree usted que estoy borracho? preguntó amenazador Volodia-. Ahora me echo otro capazo al coletó y no pasará nada.

- ¡Sí pasará! ¡Y estése sentado tranquilamente! ¡Pues ya ha descabezado un sueño!

- ¿Acaso será mejor que me vaya?

- No hace falta, pero no moleste a los mayores.

Discutían otra vez sobre Zhovtiak, pero delante de Volodia no le nombraban por su apellido, sin duda por razones educativas. Gánichev se sulfuró y, haciendo un ademán de desaliento, dijo que a Polunin no había manera de convencerle; luego fue a la casa de los vecinos de Póstnikov y trajo una guitarra con una lazada de vivos colores.

- ¡Aprenda! -dijo Prov Yákovlevich, dirigiéndose a Volodia-. "Junto al río, junto al puente" en latín.

Y se puso a cantar en voz baja, acompañándose de la guitarra:

¹³ Juego de palabras: *Spas* es sinónimo en ruso de *Spasítel* (Salvador). (N. de la Edit.)

- "Propter flumen, propter pontem... "

Después de una pausa, empezó a decir:

- Todo con sus palabras, todo cabalito, éstos nunca se cortan por nada. Pues proviene de practicones. Astuto, terriblemente taimado, no se encuentra fácilmente otro tan astuto...

- Astuto, sí, pero ha nacido un poco tarde -fe interrumpió Bogoslovski, soltando una risita-. No es su tiempo.

Gánichev, rasgueando las cuerdas de la guitarra, melancólicamente, como declamando, pronunció:

- Para éstos siempre es tiempo, o, el tiempo siempre está a su favor...

- ¡Pero escuchen ustedes esto! -gritó Polunin-. Que tales cosas no se oyen todos los días. Dio a luz en su batallón durante la guerra, allá por las cercanías de Volóchisk, la esposa de un oficial, nacida zu Stakkelberg und Waldeck. Recuerdo bien el nombre porque nuestro bellaco y lacayo pronunciaba estos "zu" y "und", casi atragantándose de la admiración. Como iba diciendo, dio a luz, y ningún médico le agradaba, no concedían, según suponía ella, la suficiente atención a su bebé "und" -"zu". La maldita mujer traía como zarandillos a los ordenanzas; hasta el capitán de Estado Mayor tenía que pedir valeriana. En esto, nuestro águila le insinuó la salida: llamarle a él. "Yo -le dice- lo prepararé todo con extremo cuidado, su señoría quedará muy satisfecho de mí". Se presentó. Los galones y el uniforme se los pidió prestados a un médico militar conocido. Pues bien, se presentó nuestro hombre, el primer caballo en la cuadra del servicio médico de la región, se presentó llevando instrumentos para los caballos "alquilados a un veterinario", de la forma y medidas adecuadas, se comprende. Y, además, un nivel con su correspondiente trípode, que tomó de los zapadores. Madame zu Stakkelberg und Waldeck se quedó estupefacta, emocionada, y su fe en la medicina fue eterna e inmovible después de que el analfabeto Jlestakov la midió a ella y a su retoño empleando instrumentos para los caballos, luego colocó por encima de ella el nivel y al cabo de dos horas estableció el diagnóstico: "Todo transcurre felizmente, la criatura, sin embargo, es un poco nerviosa y exige cuidados especiales, que es imposible prestarle en las condiciones del frente". "Zu" partió, dejando libre de pies y manos al oficial, que tenía sus enredos amorosos con una hermanita de la caridad, y nuestro águila recibió cien rublitos de madame y otros cien rublitos de monsieur. Y desde ese momento decidió firmemente dedicarse a la medicina, pues comprendió que a las estrellas, en contra de Séneca, no conducía, al fin y a la postre, un camino tan difícil. Y cualquiera sabía su procedencia. Vete tú a averiguar ahora si efectivamente era un minero del Donbáss, o, como algunos aseguraban, procedía de pícaros mercachifles. Ata cabos...

- ¡Los ataremos! -replicó con firmeza

Bogoslovski.

- ¿Sí? -se sorprendió Gánichev.

- Si no es hoy, será mañana...

- Déjese de esas cosas, Nikolái Evguénievich -dijo con tono cansado Póstnikov-. Está muy lejos de ser el peor... Y, lo más importante, es eterno. Y antes los hubo y ahora los hay.

- Mientras sigan ustedes tolerándole, será eterno -respondió Bogoslovski con aspereza y severidad-. Pero cuando dejen de trabajar por él, de escribir artículos por él, de diagnosticar...

Polunin levantó un brazo:

- ¡Se acabó! ¡Cada mochuelo a su olivo! Pues, si no, llegaremos a las manos.

Una vez en la calle, propuso:

- Vamos a dar un paseíto. Es temprano todavía, ¿no les parece?

Pero Bogoslovski y Gánichev no aceptaron la invitación por lo tardío de la hora. Volodia, naturalmente, aceptó. La noche era fría, el avanzado otoño se dejaba sentir, bajo los pies crujía el hielo. Polunin se caló bien el sombrero y se subió el cuello del abrigo.

Capítulo VIII.

Conversación por la noche.

- ¿Recuerda usted la pregunta que ha hecho a Póstnikov? -interrogó, inesperadamente, Polunin a Volodia-; ¿eso de que sólo la iniciativa científica caracteriza las posibilidades del trabajador de la ciencia? ¿Lo recuerda, o, como estaba bebido, lo ha olvidado?

- ¡Naturalmente que lo recuerdo! -barbotó Volodia ofendido.

- ¿Y de Mstislav Alexándrovich Novinski, sabe usted algo?

Ustímenko no sabía absolutamente nada de Novinski.

- Entonces, véngase conmigo -le ordenó severo Polunin-. Hace frío. ¿Tomaremos té, eh?

Dejaron atrás la plaza del Mercado, pasaron por delante de la catedral y bajaron hacia la calle Piréchnaya. Allí, en una casita, no lejos del embarcadero, vivía Polunin. Abrió con la llave, hizo pasar a Volodia al recibidor caldeado y oscuro, encendió la luz y abrió la puerta de su despacho. Volodia se pasó la mano por la cabeza para alisarse el rebelde remolino, echó una mirada a las estanterías llenas de libros, a los barnizados cajones amarillos del fichero, a la enorme mesa de escritorio, llena de legajos; prestó oído a los pesados pasos de Polunin en las habitaciones más alejadas de la silenciosa vivienda y, dando medrosamente vueltas a la manivela de la caja amarilla del teléfono de Ericsson, levantó el auricular.

- Central -le contestaron.

- ¡Seis, treinta y siete, llamada larga! -pidió Volodia. Y, al oír la voz soñolienta de Varia, ordenó-

: ¡Stepánova, no te duermas! En seguida voy. Pero puede ser que no sea tan pronto. Espérame, tenemos que hablar...

Se oyeron más cerca los pasos de Polunin, y una voz de mujer, con un bostezo suave y acogedor, le indicó:

- El té está en el cajón de la izquierda, Prov, y la mermelada...

- Chocolate, mermelada -refunfuñó Polunin-, todavía no son las doce y ya se ha acostado... Podríamos hablar...

- Podríamos hablar, podríamos hablar -le remedió la mujer-. Veintidós años hace que no me dejas dormir, podríamos hablar...

Retornó Polunin, se sentó en un rozado sillón de cuero e, indicando con la cabeza el fichero, dijo:

- Es un entretenimiento muy interesante. Para la guerra es un arma muy moderna, un arma con la que se puede determinar de antemano el resultado del combate. Aquí es cosa extraordinariamente importante la sistematización. Lo he inventado yo mismo, de lo que me siento sobremanera orgulloso. Las anécdotas aquí recogidas son muy aleccionadoras, y todas, absolutamente todas, auténticas. Así es que, ¿desea conocer alguna anécdota sobre Novinski? Mientras hierve el agua para el té. Cortita...

Sacó el cajón del fichero con la extraña palabra "sargento", extrajo un puñado de fichas escritas con letra muy menuda, las extendió en abanico, como si fueran las cartas de una baraja.

- ¿Pero Novinski fue sargento? -preguntó Volodia.

- De ninguna manera -con una taimada sonrisa, explicó Polunin-. "Sargento" en este fichero equivale a las palabras de Griboiédov "les daré un Voltaire como sargento".

¿Lo recuerda? ¿Lo han pasado, como ahora se permiten expresarse los escolares? Pues bien, Novinski...

Recostado en el sillón, con los párpados un poco entornados, golpeando ligeramente con las fichas, sin mirarlas, Polunin empezó a contar: En 1877, después de realizar unos cuantos experimentos de injertos de neoplasias malignas, Novinski escribió una disertación que había de tener importancia mundial. Esta disertación llevaba el título "Acerca del estudio de los injertos de neoplasias malignas (investigación experimental)". Este trabajo sirvió de punto de partida para el desarrollo de la oncología experimental durante muchos años después. Al cáncer se le dio la primera verdadera batalla. ¿Es comprensible esto para usted, Ustímenko?

- Sí, es comprensible, Prov Yákovlevich.

- ¿Y puede usted imaginarse ahora que este, con toda probabilidad, gran sabio en el futuro y verdadero descubridor, "con motivo de haber sido dispuesto que el regimiento N° 2 de cosacos del Don

se pusiera a las órdenes del general-ayudante conde Loris-Mélikov", fue incorporado a este regimiento y no pudo seguir abriéndose camino en la ciencia?

- ¿Cómo es posible? -preguntó Volodia asustado ante la furibunda expresión de los ojos de Polunin.

- ¡Pues así fue! -gritó Prov Yákovlevich-. ¡Así fue! ¿Tenía que cumplir el médico Novinski el servicio militar de acuerdo con todos los reglamentos del diablo? ¿Por el derecho a estudiar en la Academia médico-quirúrgica no podía pagar debido a su estado de indigencia? ¡Estaba obligado, pues, a servir al zar y a la patria! Circularon papeles, se cruzaron cartas, y por mucho que lucharan personas de orden por Novinski, le enviaron allá donde Cristo dio las tres voces. "Sirve", ordenó el general-sargento, el fagot de Griboiédov, y Rusia se vio privada de uno de sus grandes hijos, y la oncología se estancó para muchos años. Más tarde, después del servicio militar, había que buscarse los medios de subsistencia, algún trabajillo para llenar la barriga, ¿cómo se podían hacer así experimentos?

Polunin trajo la tetera, y un tarro de mermelada, llenó dos vasos, para Volodia y para sí. Dio una chupada al pitillo que se le había apagado y luego, apretando la boquilla con los labios, dirigió una mirada de soslayo a una de las fichas y leyó:

"Fue designado médico veterinario en S. Petersburgo. De acuerdo con el cargo, tenía la obligación de reconocer a los animales que traían a la capital para el matadero y a los animales de raza, también a los caballos, y reconocer a todos los animales que se sacaban de la capital" y esto es, en esencia, todo.

- ¿Murió? -preguntó Volodia en voz baja.

- ¡Claro es! -con amarga cólera, contestó Polunin-. Irremisiblemente. Y ahora está olvidado por completo. Nikolái Nikoláevich Petrov escribió todavía acerca de él allá por el año diez, pero el extranjero Blumenthal no hace mucho ha publicado un libro y en él no se menciona a nuestro Novinski, sin embargo, sí están allí los extranjeros Hanau y Moro. Pero no se trata de eso, se trata de otra cosa, y mucho más irreparable. Por un plumazo de un brigada puede estancarse acaso una gran era de la ciencia y cesar de lucir el talento de un hombre que seguramente sería un gran sabio.

Prov Yákovlevich puso las fichas en su sitio, cerró el cajón, paseó por el despacho de un extremo a otro y dijo con una sonrisa melancólica:

- También puede servir de tema para un articulito no privado de interés, titulado, por ejemplo, "Cuidado, señores generales".

Inesperadamente preguntó:

- ¿Le ha gustado Bogoslovski?

Y, sin esperar la contestación, empezó a hablar de nuevo:

- Es un hombrón verdaderamente asombroso. En los momentos tristes o de mal humor uno piensa en él

y se siente aliviado. Precisamente hombres como Nikolái Evguénievich cambiarán el mundo, establecerán en él un verdadero orden, colocarán a todos y a cada cosa en su sitio. Confío en que usted tendrá que vérselas con él, escuche, que no deja de tener interés...

Volodia se bebió el vaso de té de un tirón, la cabeza se le había despejado por completo ya, resultaba agradable escuchar la mesurada y gruesa voz de Polunin. Prov Yákovlevich la emprendió con su tema preferido: hablando de un verdadero hombre, no se irritaba, se deleitaba.

... Bogoslovski llegó a Chorni Yar siendo todavía un médico muy joven, acompañado de su esposa Xenia Nikoláevna, médico ginecólogo, y de su hijita Sáshenka. Entonces mandaba en el hospital un tal Sutugin, cofrade de la Unión del arcángel San Miguel, pogromista, que había servido en tiempos fiel y lealmente a los acaudalados Voitsejovski, a los mercaderes de Chorni Yar, y fue incluso enviado por toda esta amigable compañía a Petrogrado, a la Duma, con cierta petición. Sutugin, como es de suponer, recibió a Bogoslovski con la bayoneta calada: "Ah, ¿un bolcheviquillo? Pues bien, camarada bolcheviquillo, pruebe usted nuestro pan y nuestra sal de Chorni Yar". Su aspecto exterior era inglesizado -fumaba cigarros puros, llevaba polainas, montaba a caballo, se bañaba en invierno en una poza del río helado-, sin embargo, en el hospital había piojos, hacía frío, el hedor era terrible, los retretes no funcionaban. Enviaron allá a Polunin a inspeccionar, y desde entonces se puso en claro que Sutugin era un auténtico saboteador. Curar a los enfermos no quería, operar, no operaba, para algunos casos tenía que pedir que le enviaran un cirujano de la ciudad, pero Sutugin tenía prohibido terminantemente al personal médico-sanitario acercarse a los enfermos operados. No los hemos operado nosotros -decía- por eso no nos pedirán cuentas a nosotros. Y otra formulita suya: "cuanto peor vaya, tanto mejor".

En cuanto Sutugin vio a Bogoslovski le preguntó si no era hijo del pope Eugenio Bogoslovski, párroco de la catedral de Kámensk. "Sí -contesta Nikolái Evguénievich-, soy su hijo". -"¿Y cómo es eso -le pregunta Sutugin-, se ha hecho usted comunista para salvarse en estos tiempos de anticristo?" -"No -contesta Bogoslovski-, no es por eso. Sino para que a tales miserables como usted no les dejen acercarse a la sanidad pública ni a tiro de cañón".

Y así empezó.

Bogoslovski trabaja, y el inglesizado Sutugin escribe delaciones contra él. Escribe a las autoridades de la región, a las de distrito, incluso al comandante militar. Y cuanto mejor trabaja Nikolái Evguénievich, más se ensañan con él las comisiones, investigan su actividad, le llaman, le interrogan...

Y las denuncias no son anónimas, sino tales, sabe usted, que no se pueden quemar en la estufa. Todas

llevan la dirección del remitente, y las direcciones eran de antiguas eminencias, de la flor y nata de la sociedad de Chorni Yar, todos los amiguitos de Sutugin.

Nuestro Nikolái Evguénievich empezó a ponerse nervioso. Las denuncias y las consiguientes visitas de inspección, revisiones e investigaciones, como es sabido, no contribuyen a que el trabajo de la persona sea fructífero, y trabajo había mucho; por las noches era necesario descansar y no entregarse a amargos pensamientos.

Pero un día se presentó en el hospital el secretario del Comité del distrito del Partido Comunista de Rusia, el camarada Komarets. Polunin le conocía. Había sido balsero en el Uncha, un guapo mozo, pelirrojo y forzudo, cantador y valiente. Llegó también con él una jovencita que trabajaba entonces en el Comité provincial del Partido Comunista, una tal Ustímenko, Aglaia Petrovna, ¿no es pariente suya, Volodia?

- Coincidencia de apellido -mintió Volodia taciturno.

A su tía la conocían muchos en la ciudad y él no quería presumir de familiar de una mujer destacada.

- ¿Por qué miente? ¡Bueno, eso es cosa suya! y Polunin siguió contando:

Después de reunir a todos los que trabajaban entonces en el hospital de Chorni Yar, Komarets les propuso que hablaran de las necesidades y perspectivas de su hospital, que, por la extraña forma de su arquitectura, la gente del lugar llamaba "el aeroplano". Asistieron también muchos enfermos que no guardaban cama. Durante la conversación salió a relucir mucho de lo bueno que había hecho Bogoslovski. Entonces, la joven Ustímenko se levantó y con voz sonora y firme leyó todas las denuncias del médico Sutugin, escritas por él con distintos nombres a Moscú, a la fiscalía, a las milicias, a la Inspección Obrera y Campesina y a la GPU, y al comisariado de guerra. Aglaia Petrovna leyó también las conclusiones de todos los inspectores. Los empleados y los enfermos estaban abatidos, consternados: todos conocían a Bogoslovski, y se horrorizaban de la ruindad de Sutugin. Este no cesaba de sonreír con una sonrisa vaga, amenazadora y empavorecida al mismo tiempo.

- ¿Y, bien, qué le parece, "escritor"? -preguntó Komarets a Sutugin-. ¿Qué piensa usted, todo esto ha ocurrido?

Vitali Víktorovich Sutugin fue puesto de patitas en la calle. Komarets y Aglaia Petrovna colmaron a Bogoslovski de buenas palabras, le aconsejaron que olvidara todas aquellas mezquindades y trabajara tranquilo. Más tarde recorrieron una vez más el hospital. Este fue reparado, la calefacción empezó a funcionar, pero por lo que hace al material y a los instrumentos, seguían a la cuarta pregunta. No había bastantes sábanas ni mantas, ni camas. Y venían más

y más enfermos. Aquel año, por vez primera desde que existía el "aeroplano" de Chorni Yar, se hicieron allí más de doscientas operaciones.

- Hay que pensar y repensar -dijo Komarets-, pero le ayudaremos sin falta.

Mientras Komarets pensaba, Nikolái Evguénievich fue a Sibirtsi, a una fábrica de vidrio, y organizó allí un mitin. Los obreros acordaron destinar el salario de un día para la ayuda al nuevo hospital. Y en la fábrica de aserrar madera *Rosa Luxemburgo*, y en la fábrica de ladrillos, y en el molino a vapor *Soldados de la Revolución*, en todas partes daban los obreros un día de su jornal. La clase obrera comprendía la importancia que tenía su hospital y cómo debía ser respetado un doctor como Bogoslovski.

Nicolái Evguénievich reunió setecientos cuarenta y cuatro *chervonets*¹⁴, siete rublos y nueve kopeks; envolvió los billetes en un trozo de tela que Xenia Nikoláevna cosió bien con hilo fuerte al chaleco y el médico principal partió para Moscú. En tanto Sutuguin fraguó una denuncia que envió al Comité de la provincia. Presentaba las cosas como si los obreros hubieran escrito una protesta contra las conclusiones del "médico-impostor" Bogoslovski. Las firmas eran inteligibles: la de Artiujev, obrero aserrador que verdaderamente existía, la imitó con habilidad el contable Sidiliov, la del electricista, el mismo Sidiliov, en la oficina del hospital había firmas que se podían copiar. Para falsificar las del oficial del molino y de otros varios, se las ingenió la esposa del "escritor" Vitali Víktorovich. Mientras se cercioraban y volvían a cerciorarse de la falsedad de la denuncia, tan hábilmente amañada, y mientras se lograba poner en claro toda esta indecencia, enviaron un telegrama a Moscú ordenando que Bogoslovski no comprara nada y que el dinero lo entregase al Comité del distrito. Nikolái Evguénievich, que aún no había comprado nada, giró el dinero por correo a Komarets, y encargó todo cuanto se necesitaba para el hospital, a pagar contra reembolso por el "camarada Komarets, Comité del Partido Comunista de Rusia del distrito de Chorni Yar". El médico principal en todo el camino de vuelta no comió más que unos pepinos amarillentos con pan.

Los instrumentos y el material llegaron al hospital. Komarets, que ya había tenido tiempo de desenmarañar la última obra del "escritor", ordenó que se pagara la cuenta. Al fin detuvieron a Sutuguin, y el hospital se puso desconocido. Acudían a Bogoslovski para que les operase de antiguas hernias, fracturas mal curadas, para pedirle que les "sacara" cascotes de metralla todavía de tiempos de la primera guerra imperialista, cuando los combates de Peremishl; venían de lejanos pueblos y aldeas mujeres "quebradas", con "punzadas", "salpullidos",

"mal cuerpo" y con otros achaques enigmáticos. Trabajar en el "aeroplano-monasterio" se convirtió en un honor y a Bogoslovski le resplandecían los ojos. Riendo a carcajadas, observándolo todo con su alegre mirada de gallo, decía:

- Si se aprovecharan todas las posibilidades de nuestro régimen estatal soviético todavía ocultas, cualquiera sabe lo que se podría hacer.

El aserrador Artiujev, persona seria y de confianza, formó un grupo compuesto por tres personas y encabezado por él, encargado de prestar ayuda al hospital. El subdirector de la fábrica de vidrios de Sibirtsi, que era uno de los miembros del grupo, envió gratis al hospital todos los cacharros que salían con algún pequeño defecto. Y del molino, con ayuda del miembro del grupo, Jolodkévich, también mandaban salvado al hospital.

Entonces reveláronse otros aspectos de las buenas dotes de Bogoslovski: su gran capacidad como administrador, su comprensión de lo que significaba "el pan nuestro de cada día", su conocimiento de la vida de la aldea, su gran amor y energía para cultivar la tierra y recoger sus dones. Por correo se recibían en el hospital de Chorni Yar todos los libros que se publicaban sobre ganadería, cebo de los cerdos, horticultura y trabajos del campo. Después de construir un lavadero para el hospital, Bogoslovski y el administrador, Plemenchuk, abrieron en Chorni Yar una sección de lavado de ropa para la población. En el distrito se asombraron al conocer la novedad, después empezaron a llevar algo para probar: a lo mejor quemaban la ropa en el lavadero echándole sal de acedera. Pero no quemaban nada. Con los ingresos del lavadero, que tenía el bonito nombre de *Blanca Nieves*, Bogoslovski compró una vaca para el hospital y le puso también el nombre de *Blanca Nieves*. Y así empezó. Al cabo de tres años el hospital tenía ya su propio ganado; los enfermos tomaban cuanta leche, requesón y nata querían, el personal médico tenía derecho a comprar en la hacienda del hospital productos "para su uso particular". El rechoncho Plemenchuk trajo unos lechoncillos del sovjós de la vecina provincia. Y así empezó a funcionar la granja ganadera. Al cabo de algún tiempo ya mataban un cerdo cada semana. Todo el tiempo libre lo dedicaba Nikolái Evguénievich a la organización de la hacienda del hospital, hablaba con las ordeñadoras y con los mozos de cuadra, iba a los campos. En el verano se le levantaba toda la piel de la cara, a la caída de la tarde tenía la camisa empapada en sudor; alternando con las revistas de medicina, leía también sobre el cuidado de las vacas paridas, ensilado de forrajes, avicultura... Plemenchuk se lamentaba con voz quejumbrosa:

- Nikolái Evguénievich, podíamos hacer nuestros quesos. No es una cosa difícil, incluso yo sé algo de eso. Hasta podríamos venderlos -quesos finos-

¹⁴ Antigua moneda que valía diez rublos. Posteriormente billetes de banco de diez rublos. (*N. de la Edit.*)

limburgués, bakshtein, fundido en cajas. Podríamos sacar buenos ingresos de esto. Y, sin darnos cuenta, al cabo de algún tiempo tendríamos un depósito de cadáveres bien instaladito.

- Plemenchuk, le atrae a usted demasiado el comercio -rehusó Nikolái Evguénievich-. Eso no me gusta...

Más tarde, Plemenchuk cometió un robo cuantioso. Un abogado llegado de fuera le defendió a ultranza y, mirando a Bogoslovski con sus ojos plomizos, insinuó ante el tribunal que su defendido no tenía más culpa que la de haber cumplido las órdenes del médico principal. El juez llamó al orden más de una vez al abogado, pero Nikolái Evguénievich se sentía, a pesar de todo, manchado de cieno, y había algo que le avergonzaba. En su última palabra, el acusado Plemenchuk, con lágrimas en los ojos (en general, tenía las lágrimas fáciles), dijo que si en el hospital no hubiese existido "esa situación", él hubiera permanecido intachable.

El tribunal condenó a Plemenchuk solamente a tres años de cárcel, pero el fiscal protestó la sentencia y consiguió que se le condenara a cinco años.

Empezaron a correr toda suerte de calumnias contra la hacienda del hospital. El maldito Plemenchuk desacreditó por largo tiempo una labor importante y útil. Su mujer, mecanógrafa de la sección de finanzas del distrito, difundía venenosos rumores e infundios, que Nikolái Evguénievich no se encontraba con fuerzas para combatir. Entonces se daba con frecuencia el caso de que los enfermos, mientras bebían la leche fría, recién sacada de la nevera, se dijeran unos a otros que si a ellos no les privaban de nada, ¿qué no robaría entonces la administración del hospital, cuánto no venderían, qué fortunas no amasarían! Y al hablar así, siempre traían a cuenta al ya casi olvidado encargado de suministros, llamándole unas veces el ex médico principal, otras, la mujer del subdirector, o la enfermera jefe. El presidente del Comité ejecutivo del distrito, un hombre buenazo y muy sociable llamado Vasilchakov, le dijo un día:

- ¿Y no va siendo hora, Nikolái Evguénievich, probo amigo, de poner orden en la hacienda? Las gentes murmuran...

- Ya hace mucho que está en orden -contestó el médico principal, con voz cansada-. Pero, como suele decirse, la boca del enemigo no la tapas con un pañuelito.

Volvieron las investigaciones: los inspectores, calándose las gafas, escudriñaban en los libros, levantaban actas, emitiendo de vez en cuando ese ambiguo "hum" de los inspectores... Requerían los documentos en virtud de los cuales el hospital de Chorni Yar había organizado su propia hacienda. Exigían el visado del Comisario del Pueblo, de los órganos de la república y de la provincia. Dijeron que el precio de la leche para los enfermos era arbitrario

y, después de husmear y revisar cuatro días más, lo elevaron a veintinueve kopeks.

Usted es médico cirujano -le dijo al terminar su investigación el inspector principal de la quinta comisión, un hombre de nariz granujenta y belfo colgante-, qué falta le hace a usted, doctor, manchar su buen nombre con estas menudencias. Entregue usted todo al sovjós *Primero de Mayo*, lo legalizamos -entregado, recibido- y sanseacabó. En tiempos leí un libro sobre el doctor Haase; y este doctor hacía su humanarísima labor sin ninguna clase de colmenas, establos, cerdos y gallinas.

Bogoslovski levantó la cabeza atormentada, y aquel inspector tan educado, tan inteligente, tuvo que escuchar una sarta de imprecaciones viriles, rudas, justas, violentas. El médico principal no se mordía la lengua y le gustaba descargar su alma sin reparo. Al inspector se le cayó aún más el belfo y la granujenta nariz se le puso roja como un pimiento.

- Estoy en las funciones de mi cargo -advirtió el inspector.

- ¡Y yo también! -protestó Bogoslovski-. En los últimos tiempos todos ustedes, que el diablo se los lleve, se han olvidado de que además de la hacienda tengo un hospital en el que no sólo soy el médico principal, sino también el jefe de la sección de cirugía, con todas las consecuencias que de esto se derivan...

Al llegar la primavera, la situación de Bogoslovski se hizo insoportable. La pacífica Xenia Nikoláevna reunió sin que lo supiera su marido a la comisión de los tres, presidida por el viejo Artiufov. Escribieron una carta, recogieron firmas de personas a las que había operado y curado Nikolái Evguénievich, y, después de prolongadas reflexiones, la enviaron a Aglaia Petrovna Ustímenko personalmente, tan bien conocida en la ciudad y en la provincia, en Sibirtsi y en Chorni Yar. Pensaban que se presentaría la misma Ustímenko, pero no vino ella, sino un corresponsal del periódico *Unchanski Rabochi*, un hombre bajito, rechoncho, con unas gafas de cristales muy gruesos. Sin saber de lo que se trataba, Bogoslovski le tomó por el inspector de turno y habló con él con bastante brusquedad. Pero Shtub -que así se llamaba el achaparrado reportero del periódico de la provincia- no se ofendió. Se instaló en la Casa del Campesino y, fría y tranquilamente, empezó a trabajar. Ni una patética carta de los enfermos, ni una montaña de denuncias produjeron en él la menor impresión. Había venido para enterarse de *la verdad*. Y, actuando según su sistema, en forma espiral, de lo más lejano al centro, Shtub, sin molestar a Bogoslovski, reconstruyó para sí, día tras día, mes tras mes, año tras año, el trabajo magnífico, humano, abnegado y de comunista realizado por este médico rural. Incluso se enteró de que cuando Bogoslovski rompió con su padre, el párroco Eugenio, aquel riguroso servidor del culto

maldijo a su único vástago desde las gradas del altar de la iglesia de Kámensk; se enteró también de que al licenciarse en el instituto de medicina y teniendo la posibilidad de quedarse en una de las cátedras, Bogoslovski se marchó a la aldehuela de Schetínino; se enteró asimismo de un pequeño detalle no exento de importancia, de que la familia de Bogoslovski nunca recibía de la hacienda del hospital *absolutamente nada*, "ni leche, ni miel, ni huevos, ni requesón, ni carne de cerdo". El puntual y escrupuloso Shtub se enteró de quiénes eran los enfermos, que ahora venían a Chorni Yar no sólo del distrito, sino también de la provincia e incluso de ciudades muy alejadas. Hasta había traído al hospital desde Astrakán a un chico impedido. Otro enfermo, ya no joven, agrimensor, había venido de Kaluga. La enfermera de la sección de cirugía, María Nikoláevna, el cetrino y enérgico Smushkévich, pediatra del hospital, el sanitario, tío Petia, el viejo Vinográfov, sustituto del médico principal, la tía Pania, encargada del ropero, el administrador Rukavíshnikov, todos le contaron a Shtub muchas cosas interesantes.

Y Alexandra Vasílievna Petróvij, una doctora inteligente, simpática y activa, habló a Shtub del agua mineral que se había descubierto al abrir un pozo artesiano. Ya tenía conocimiento de tal agua el "escritor" Sutuguin: en el archivo del gobernador de la provincia se conservaba una carta del viejo marrullero en la que declaraba que el agua era de su propiedad, basándose en la circunstancia de que los señores Voitsejovski le habían regalado el manantial de aguas medicinales que habían descubierto y a las cuales habían dado el nombre de "Chernoyárskaya". Pero todo esto lo desenredó Shtub más tarde, después de haber hablado con la doctora Petróvij. Y también ella informó al periodista de que Bogoslovski había llevado a Moscú muestras del agua, y que, una vez obtenidos los resultados de los análisis, estuvo mucho tiempo intentando convencer a un hombre aburrido para que ordenara la construcción de una pequeña fábrica para embotellar las aguas minerales al lado del hospital. Pero este hombre, bostezando todo el tiempo, dijo que parecía que hubiese una epidemia de aguas minerales, pues todos encontraban fuentes de aguas curativas, pero nadie sabía quién las iba a beber. Además, faltaban botellas. Como era de esperar, dado el carácter de Bogoslovski, la conversación concluyó con las consabidas florituras por parte de Nikolái Evguénievich, que volvió furioso a su casa, reunió a la comisión de los tres y por un procedimiento de lo más sencillo e inusitado, empezó a tender una tubería para hacer llegar las aguas minerales hasta las salas de los enfermos, a la sala de cura, al comedor para los enfermos que podían levantarse e ir a la cocina. El administrador Rukavíshnikov trajo de la ciudad unos tubos de hierro delgados para el riego del huerto del hospital

con agua mineral. La tierra no tardó en dar el fruto de este anticipo: la cosecha del huerto fue casi el doble. Bogoslovski construyó invernaderos: los enfermos tenían en abundancia hortalizas frescas, cebolleta, toda clase de perejiles e hinojos, e incluso comían pepinos frescos, cuando los vecinos de Chorni Yar no pensaban ni remotamente en ellos.

Pero sobre todo le gustó y se rió de buena gana Shtub cuando el viejo Artiujev, que sentía ilimitado cariño por Bogoslovski, le contó "la pasada que jugó nuestro Nikolái Evguénievich al dañino pope de aquel lugar, el padre Efimi".

La cosa ocurrió así: la catedral de Pedro y Pablo, construida el siglo pasado por unos comerciantes en granos, los hermanos Zhúkov, estaba rodeada de un parque amplísimo colindante con el cual se hallaba el cementerio de las familias más notables de Chorni Yar. Este parque era, y hasta el día de hoy sigue siendo, el lugar de paseo preferido por los habitantes de la localidad, y el cementerio se cerró: dejaron de enterrar, pero la magnífica reja de hierro fundido adornada con cruces permanecía allí, sin que a nadie le hiciese ninguna falta, e incluso molestaba. En cambio, el maldito "aeroplano-hospital" no tenía ninguna cerca. Bogoslovski no quería poner una simple empalizada, y para construir una cerca alta que rodeara todo el recinto del hospital con su jardín, huerto y dependencias, no había bastante dinero. Y la falta de vallado se dejaba sentir: los enfermos paseaban y sus parientes les traían setas saladas, o pepinos en salmuera, o col fermentada e incluso vino de trigo.

Después de pensarlo bien, Nikolái Evguénievich se puso el traje negro, especialmente hecho para los viajes a Moscú, y se dirigió a ver al pope de la localidad, el padre Efimi. El doctor Bogoslovski siguió yendo todas las tardes a ver a este perverso y dañino pope de Chorni Yar, como si fuera a la iglesia, hasta que logró que se convocara una reunión del cabildo. A esta reunión llevó a la comisión encabezada por Artiujev. En ella, Nikolái Evguénievich mostró sus profundos conocimientos de las Sagradas Escrituras, de los Evangelios, del Salterio y otros libros religiosos. Hubo el consabido debate, al principio dentro de los marcos de la corrección, después con expresiones escogidas y, por último, con epítetos demasiado gruesos. Basándose en citas magníficamente elegidas de los padres de la iglesia, Bogoslovski demostró irrefutablemente al cabildo que la verja debía ser trasladada al hospital, pues amparar al que sufre es una obra mucho más cristiana, sin duda, que el ornato de las catedrales. El pope Efimi se desgañitó con el calor de la discusión, los miembros del cabildo vacilaron al principio, pero después se dividieron y, por último, ocho de los diez apoyaron a Bogoslovski. La verja de la catedral de Pedro y Pablo fue trasladada por el personal del hospital y en carros del hospital al "aeroplano" e

instalada allí sin novedad. Algún tiempo después, Nikolái Evguénievich hizo al dañado Efimi una afortunada reducción quirúrgica de una hernia, y el viejo pope, cuando se paseaba por los huertos del hospital cercados con la verja de la iglesia, bebiendo el agua mineral y admirando la magnífica cosecha de pepinos, cebolla, col y otras "benditas legumbres", cantaba enternecido salmos con su afónica voz atenuada, suspiraba, y, al fin, reconoció ante Nikolái Evguénievich que no había tenido razón al denostarle y ofenderle con "negros dicterios" en aquellos días no lejanos.

Shtub permaneció en Chorni Yar cerca de un mes. En la oficina del hospital escamoteó una fotografía de Bogoslovski de los documentos del médico principal. Sacó una copia de ella y se marchó. Al cabo de una semana en el periódico *Unchanski Rabochi* apareció un artículo con el retrato de Bogoslovski. Al leerlo, Xenia Nikoláevna lloró, diciéndole a su hija Sáshenka:

- Ya ves, hija, cómo tu padre tenía razón. Es muy difícil su trabajo, pero siempre tiene razón. Y yo quisiera de todo corazón que tú fueses como él es.

Sáshenka también lloró: quería mucho a su padre y su alma sufría cuando le ofendían todos aquellos inspectores, o cuando escuchaba las conversaciones del hastiado Nikolái Evguénievich con la madre. Por fin todo eso había terminado. ¿Quién era ese Shtub? ¿Por qué lo sabía todo? ¿Por qué todo lo que decía allí era verdad? ¡A pesar de todo, hay en el mundo personas admirables!

Aquel día el padre volvió muy tarde, desconocido, agitado y con ganas de bromear. Xenia Nikoláevna hizo un pastel de arándanos. Ya de noche llegaron los otros doctores: Vinográdov, Alexandra Vasílievna Petróvich, Smushkévich con una botella de sidra casera; el tío Petia Siómochkin -el mozo del hospital- y la enfermera de la sección de cirugía, María Nikoláevna, trajeron una botella de licor, también de elaboración doméstica. Tampoco faltó Artiujev. Cantaron todos el *Gaudeamus igitur*, *Ojos negros* y *La gaviota*, a la que "jugando hirió un cazador desconocido, y murió, trémula, en los cañaverales". En este momento llegó a caballo el pelirrojo Komarets, abrazó a Bogoslovski, le besó, soltó un discurso "en nombre y por encargo" y desapareció en la estrellada y tibia noche.

- La prensa, cuando está a la altura de su tarea -dijo Smushkévich, el médico cetrino y delgadito-, la prensa, cuando es responsable y comprende su misión, la prensa...

- Escuchen vamos a bailar -propuso Xenia Nikoláevna-, Kolia y yo bailamos muy bien, ¡palabra de honor! Lo mismo mazurca que polca, vals que cracoviak o pasodoble...

Vinográdov, desabrochándose la camisa y pasándose la mano por el velludo tórax decía a Alexandra Vasílievna:

- Creo que el resultado de nuestra discusión puede ser este: hacer o aconsejar al enfermo que se haga solamente tal operación con la que tú estarías de acuerdo que te hicieran o a la persona más querida en una situación semejante.

- Eso es trivial-exclamó Alexandra Vasílievna-. Ya en el siglo dieciocho el inglés Sydenham afirmaba...

Le ardían las mejillas y quería bailar, pero no había con quién. Smushkévich seguía hablando de la prensa.

- Y, naturalmente, yo estuve en el festín aquel, y tomé miel -suspirando, terminó Polunin su relato-. Bueno, no en el festín, sino en la consulta. Pero la victoria de Bogoslovski y la de su pariente Aglaia Petrovna la vi con mis propios ojos. Se hizo un buen trabajo.

- ¿Y todo esto lo tiene usted también en su fichero? -preguntó Volodia.

- No, aquí, en estos cajoncitos amarillos, están solamente los muertos. Esto, Ustímenko, son pequeños féretras. Pero todo lo vivo le pertenece a usted. Cuando empiece a trabajar de médico, trate de ponerse a la altura de los hombres como Bogoslovski.

Un reloj en algún rincón apartado de la casa dio la una. Volodia se levantó. Polunin le acompañó hasta la cancela, diciéndole al despedirle:

- Reflexione. Eso ayuda. Pero no mucho. El hombre vive en la tierra con sus actos.

Era ya muy tarde cuando llegó a casa de Varia. Pero también a él, después de todo aquello, le hacía falta hablar.

- ¿Me lo vas a contar todo? -preguntó Varia, sentándose sobre las piernas dobladas.

- Te lo contaré. ¿No estás enfadada, pelirroja?

No estaba enfadada. ¿Acaso podía enfadarse en serio con él?

- ¡Eres magnífica, y yo, claro es, soy un cerdo! -dijo Volodia-. ¡Pero, comprende, pelirroja, el hombre vive en la tierra con sus actos!

Algo desconcertado agregó:

- Esto no lo digo yo, lo dice Polunin...

- ¡Venga, cuéntamelo todo! -le exigió Varia-. Sólo que por orden, no me gusta cuando te saltas de una cosa a otra. Entonces fuiste a casa de Póstnikov a comer *pelmeni*. Entraste...

- Pues eso es, entré -empezó a contar Volodia-. Entré y me puse a amasar...

¡Al "Aeroplano" de Chorni Yar!

La misma tarde que iba a salir para las prácticas, Volodia encontró en los jardines del X de Octubre a Prov Yákovlevich Polunin. En un tablado al aire libre tocaba una banda militar, habían florecido las lilas, los ciudadanos ya maduros se paseaban con trajes de seda cruda, las estrellas parecían cálidas en el profundo cielo oscuro. Y la mano de Varia también

estaba tibia.

- ¡Ustímenko! -le llamó Polunin.

Volodia oprimió a Varia en el codo, dándole a entender que iba a suceder algo interesante y trascendental. Varia al momento reconoció en aquel hombre imponente a Polunin, el legendario profesor de Volodia.

- ¡Procura parecer una persona inteligente! - recomendó Volodia a Varia, y saludó con sequedad: Buenas noches, Prov Yákovlevich.

Cuanto más de cerca conocía a Polunin y a Póstnikov, cuanto más sobresalientes le parecían sus caracteres y más firme su contextura moral, tanto más precavido se mantenía: a lo mejor podían pensar que era un tiralevistas del tipo de Misha Shérvud o, peor aún, que "se esforzaba por caer en gracia".

- ¿Se marcha?

- Sí, me marchó.

- ¿He oído decir que va a Chorní Yar con Bogoslovski? (Polunin sabía perfectamente que Volodia iba precisamente con Bogoslovski).

- Sí, allí voy.

- Me alegro por usted. De Bogoslovski puede aprender mucho no sólo un estudiante, sino también un médico, incluso un médico experto. Bueno, ¿usted ya le conoce?

Volodia se puso un poco colorado al recordar los *pelmeni* del otoño y la borrachera que pescó.

- ¡Podía presentarme a su acompañante! -dijo Polunin, cambiando de conversación.

- Varia -dijo ella misma, presentándose, al tiempo que le tendía su ancha y siempre tibia mano. Miró al gigantesco Polunin exactamente de abajo arriba, teniendo incluso que echar la cabeza para atrás.

- Vamos a sentarnos para respirar un poco - propuso Prov Yákovlevich-. Hoy hace tal bochorno que no sabe uno dónde meterse para huir de este calor asfixiante...

Su ancho pecho se levantaba con dificultad bajo la fina tela de la camisa, su mirada era intensa y melancólica, pero, después de encender con delectación un grueso cigarrillo y darle una prolongada chupada, Polunin empezó a decir:

- Por una extraña coincidencia, hoy, casualmente, estaba pensando en el futuro de usted y también en Bogoslovski, aunque ya hemos hablado bastante de él. Únicamente le pido una cosa, Ustímenko, cuando esté usted aprendiendo junto a Bogoslovski, fije su atención, por ejemplo, en fenómenos de tal género: en primer lugar, a un buen cirujano se le puede conocer indudablemente menos por lo que opera, que por *lo que no opera*...

- ¡Formidable! -exclamó Varia.

- Yo también pienso que es formidable -asintió Polunin-, porque -continuó- toda operación es en sí, en cierto grado, se comprende, una cuestión de técnica, pero abstenerse de hacerla es un trabajo extremadamente sutil del raciocinio, de rigurosísima

autocrítica y de penetrante observación.

- ¡No comprendo! -dijo Varia, arrugando la frente.

- ¡Cállate! -la reconvino en voz baja Volodia.

- Y segunda cosa a la que debe usted prestar atención trabajando con Bogoslovski -dijo Polunin concentrado-, es al papel que juega la misma personalidad del médico en las relaciones de éste con el enfermo. ¿Se da usted cuenta de lo que se trata? Hay enfermos para los que el médico sólo es médico cuando es un profesor. Pero se puede ser profesor y de ninguna manera médico...

- ¿Como Zhovtiak, verdad, Volodia? -preguntó Varia-, ese que se perfuma la calva, ¿no es cierto?

Prov Yákovlevich inició una leve sonrisa, Volodia tocó a Varia ligeramente con el codo, para que no se entrometiera.

- Y de ninguna manera médico -repitió Polunin-. Por lo que a mí respecta, júzgueme como quiera, pero no me parece una herejía si digo que nuestro médico rural, armado de termómetro y estetoscopio, es a veces mucho más estimable para mí por su experiencia, por su agudo juicio, por su penetrante observación, por la claridad de su pensamiento, y, sobre todo, por su humanitarismo. Sí, sí, los rayos X, los laboratorios, todo eso está bien, todo eso es justo, pero prefiero confiar más en el hombre que en la técnica. Y nuestra labor, la de usted y la mía, es una labor *humanitaria* y hay que comprenderlo así indefectiblemente. En este sentido debe usted prestar la mayor atención a cómo trabaja Bogoslovski, al meollo ideológico de su trabajo. Es un doctor que piensa, espiritualmente fuerte, templado en el combate. El no lo centra todo en la técnica y en la ciencia, sino principalmente en la personalidad del médico, sencilla y admirable al mismo tiempo. Los mejores médicos, como es de comprender, son los que reúnen en sí conocimientos, técnica y cualidades personales. Estas cualidades personales son las que debe asimilar allí en mayor grado, debe impregnarse de ese auténtico orgullo nuestro que hizo exclamar al alemán Schweninger en un momento de desesperación a la cabecera del enfermo: "¡Nunca verá usted que yo haya agotado todos mis recursos!" Y me inclino a suponer que no fueron los recursos en este caso, sino la exclamación, la fuerza de espíritu las que levantaron al enfermo del lecho del dolor.

- ¡De acuerdo con usted -dijo Varia-, absolutamente de acuerdo!

- Me satisface mucho que esté de acuerdo -asintió amablemente Polunin-. ¿Es usted también estudiante de medicina?

- No. Yo trabajo en el arte. Es decir, y además curso una escuela de peritaje...

- ¿Y el arte, en casa?

- No, en el estudio.

- ¡Ah, muy bien! ¿Ya qué se dedica: escultura, pintura?

- No, al teatro, Prov Yákovlevich.

- ¿Por consiguiente quiere usted ser actriz?

- Eso es. Nuestra profesora es Esfir Grigórievna Mescheriakova.

- ¿Pero se llama Esfir? Su nombre es Evdokía y tiene un apellido doble: Mescheriakova-Prússkaya.

Varia asintió con la cabeza. A pesar de su admiración por Mescheriakova, siempre le desagradaba en su fuero interno que ésta tuviera dos nombres y dos apellidos.

- Es una costumbre extraña ésta de los viejos artistas -dijo Polunin-, entre los jóvenes no ocurre eso. Los viejos querían tenerlos sin falta por partida doble y, además rimbombantes. Recuerdo que tuve una vez en el hospital en una misma sala al viejo actor Vronski-Golundo y a un antiguo ladrón, especialista en la fractura de cajas de caudales. Y éste todo el tiempo se burlaba de Golundo: "Yo tengo seis apellidos: Shkurin-Borovikov-Zunder-Prentkovski-Ivanov-Kassis, y con ellos "he llevado una vida magnífica... Bien, bien. ¿Y qué es lo que puede enseñar la Mescheriakova?

- ¿Cómo, que qué puede? -se sorprendió Varia-. Tiene una técnica maravillosa.

- Pero si es una artista sin ningunas dotes. Perdóneme, por favor, yo hablo completamente como un profano, ¿pero el arte, con toda seguridad, sólo se puede aprender de las personas que tienen cualidades artísticas? El médico que enseña a otros debe tener, además de técnica, algunas otras dotes...

- Mescheriakova posee un talento de artista muy delicado, muy peculiar, en este caso no tiene usted razón -objetó Varia-. Por lo que se refiere a la técnica, la misma Glama la ha alabado.

- ¿Ah, Glama? -se admiró Polunin, con su característica sonrisita irónica-. Bueno, si lo ha dicho Glama, entonces, claro está, punto redondo. ¿Pero, además, la ha alabado Glama? ¿Acaso consiste todo en las alabanzas? Entonces, perdóneme que le diga que a nuestro Gánichev -profesor de Ustímenko- con excesiva frecuencia le han criticado severamente, incluso le han ofendido, pero Gánichev es Gánichev, y no hay nada que hacer. Así es que...

Y, dirigiéndose a Volodia, Prov Yákovlevich agregó:

- Una vez más le expreso mi alegría porque vaya precisamente con Bogoslovski. Transmítale mis saludos y mis mejores deseos. ¿Cuándo sale el barco?

- De madrugada. A las tres.

- Entonces, hasta el otoño. Lástima que pueda usted trabajar tan poco tiempo con él. En alguna parte he leído que también a los profesores, antes de que se presenten en el aula delante de los estudiantes, habría que preguntarles: ¿has trabajado tú, sabio eminentísimo, aunque sólo sea un añito, de médico rural?

Se echó a reír y le tendió la mano.

- Hasta el primero de septiembre. Hasta la vista,

futura actriz. ¿Cómo le escribía Chéjov a su esposa? "¡Mi querida actricilla!" Dicho sea de paso, Antón Pávlovich fue un magnífico doctor, un "médico rural" en el más elevado sentido de la palabra.

Varia y Volodia se levantaron. Y estando ya en Chorni Yar supo Volodia, por una carta de Varia, que aquella misma noche y en aquél mismo banco donde habían estado sentados los tres, falleció Prov Yákovlevich Polunin. Estaba muy enfermo del corazón, pero no se cuidaba como era debido y murió de repente, con un pitillo sin terminar en la mano. Acaso aquel pitillo que estaba fumando con tanta satisfacción en compañía de Varia y de él, y puede ser que la orquesta todavía estuviese tocando *Nostalgia*. Puede ser que ellos no se hubieran alejado mucho y Polunin, al sentirse mal, hasta les llamara. Todo eso pudo haber ocurrido. Pero nadie lo supo entonces y ahora ya no se sabría nunca.

Varia fue la única persona que acompañó y despidió a Volodia en el momento de salir el barco. La tía Aglaia estaba de viaje. Ustímenko llevó consigo un par de altas botas de flexible cuero, un impermeable de lona, rígido como una tabla, dos tomos de las obras de Nikolái Ivánovich Pirogov y otro paquete de libros. Llevaba además un envoltorio con arenques, comprados ante la insistencia del abuelo Mefodi, que afirmaba que en Chorni Yar era muy difícil encontrarlos. Alguna ropa interior, una almohada de goma, sobres, con la dirección escrita por Varia ("calle Krasívaya N° 6, departamento N° 5. Camarada Stepánova, Varia Radionovna"), una pequeña fotografía de Varia y otra fotografía del padre, de tiempos de la guerra civil: el padre, muy joven, con un aspecto de lo más sencillo, posa ante el fotógrafo junto a su aparato y sonríe como diciendo: ¡Fíjense ustedes qué fuerte y qué majo, pues ése soy yo!

Puich se había marchado de prácticas ya, Ogurtsov también. La noche era fresca y Varia temblaba, pues llevaba un vestido blanco sin mangas que le acababan de hacer poco antes de la marcha de Volodia. Ella quería que él la recordara así, extraordinaria, sorprendente. Pero él ni siquiera se fijó en el nuevo vestido: tan embebido estaba pensando en su futuro.

- ¡Eh, pareja, haceos a un lado! -gritó un marinero, cargado con un fardo enorme.

En el interior del barco trepidaban sordamente las máquinas, las pasarelas se balanceaban, el costado del barco rozaba el malecón.

- ¡Abrázame -le pidió Varia-, tengo frío!

- ¡Vaya, eso faltaba, ternezas terneriles! -dijo Volodia.

Entonces Varia misma se metió por debajo de su brazo y se acurrucó de tal manera que se encontró cobijada por la chaqueta junto a su pecho. Nunca se habían visto tan cerca, y Volodia, con alegre sorpresa, se quedó mirando los pícaros y felices ojos

de Varia. De sus cabellos se expandía un agradable y fresco olor a humedad del río, su corazón latía muy cerca de él, tenía una mano de ella entre las suyas. Volodia bajó sus largas pestañas, apretó una mejilla contra sus rizosos cabellos, y le dijo con voz ahogada:

- ¡Pelirroja! Te quiero.

- Me quieres, me quieres -replicó Varia entre dulces lágrimas, que brotaron de repente de sus ojos-. Y siempre estás pensando en Pávlov, en Séchenov, o en que para qué ha nacido el hombre, o en Hertzen. Ahora va a sonar el tercer pitido, bésame...

Volodia la besó en los labios cerrados, humedecidos por las lágrimas.

- ¡Así no! -exclamó Varia-. ¡Así se besa a los muertos! ¡Bésame con pasión!

Volodia entonces se enardeció, apretó los dientes, los labios de Varia cedieron, su cuerpo vigoroso, joven, se estrechó con fuerza contra él. Por encima de sus cabezas sonó la sirena del barco.

- ¡Nada de particular! -soltándose de los fuertes brazos de él, dijo Varia-. He leído en un libro que los besos son a veces ásperos.

- ¡Qué bobada! -se ofendió Volodia.

La pasarela se deslizaba bajo sus pies, entonces Volodia dio un salto, y el barco *El héroe del Uncha* avanzó lentamente hacia el canal que conducía al ancho río. Ustímenko estuvo casi toda la noche sentado en cubierta, repitiendo: "¡pelirroja, te quiero, te quiero!" Y recordó con tristeza las horas que pudieron haber pasado juntos, y las pasaron separados, recordó sus propias y simples agudezas, sus burlas, su estúpido tono irónico cuando hablaba con Varia y los ojos de ella siempre abiertos buscando su mirada, recordó cómo ella en todo momento se hallaba dispuesta a verse con él a cualquier hora del día o de la noche, su simpática y alegre risa, su esfuerzo por escucharle y comprenderle cuando le explicaba una cosa que le preocupaba a él y no podía interesarle a ella. "¡Querida mía, mi muy querida, mi queridísima pelirroja Varia!" -pensaba Volodia, tropezando sin darse cuenta en los que dormían en cubierta y sin escuchar los insultos que le prodigaban a su paso. "Tú eres encantadora y yo soy un idiota, un bruto, un ser despreciable".

Hacia el amanecer le venció el sueño, después comió pan con salchichón, bebió agua caliente del depósito que había en cubierta. Quería seguir pensando en Varia, pero no tuvo tiempo: el barco tocaba la sirena y batiendo el agua con las paletas viraba para entrar en el embarcadero de Chorni Yar...

- ¡Bien venido, Ustímenko! -exclamó Bogoslovski, todavía más tostado por el sol que cuando estuvo en la ciudad en el otoño-. ¿No me ha reconocido?

Iba vestido con una camisa rusa de percal, desabrochada en el pecho, pantalones de fuerte dril

metidos por la caña de las botas altas y una fusta en la mano. Esta camisa y el gorro echado hacia la nuca armonizaban mucho mejor con su figura que la chaqueta de paño y el cuello almidonado que llevaba cuando estuvo en casa de Póstnikov.

- ¿Se marcha usted? -le preguntó Volodia, pensando que Nikolái Evguénievich iba a entrar en la pasarela, e incluso le cedió el paso.

- ¡Pero, hombre, si he venido a recibirle!

Les empujaban con baúles, cestas, sacos, pero muchos, al pasar, saludaban a Bogoslovski. Volodia se quedó mirando estupefacto al médico principal del hospital de Chorni Yar. Aquello era verdaderamente insólito: venir a recibir a un estudiante que llegaba para las prácticas. Si lo contara en el instituto no se lo creerían.

- En tiempos -empezó a decir Bogoslovski, como si respondiera a los pensamientos de Volodia-, llegué yo lo mismo que hoy usted, sólo que ya con el diploma. No vinieron a buscarme con caballos; un viejo que había estado con los S. R.¹⁵, aparte esto, no mal médico, me recibió de uñas. Y para llegar hasta allí se necesitaban dos jornadas. Por mucho tiempo, puede creerme, me quedó una amarga impresión...

Un ligero caballo tordo tiraba de un carruaje con ballestas, llevándoles del embarcadero a la ciudad. Bogoslovski, sentado al lado de Volodia en el cómodo pescante mullido, manejaba las bridas con destreza, saludando a derecha e izquierda:

- ¡Mis respetos, María Vladímirovna! Se le saluda, ¡Akínfich! ¡Salud, Petrunka! ¡Lizabeta Nikanórovna, mis respetos!

Moviendo el delgado cigarrillo de un ángulo para otro de la boca con la lengua, le iba comunicando con ese estilo de hablar a retazos tan peculiar de los hombres del campo:

- Le hemos buscado una habitación con asistencia completa, no cara, la dueña es simpática, una viejecita, se llama Daune, es letona, una jardinera sorprendente, yo he aprendido muchas cosas útiles de ella. La leche la recibirá del hospital. A usted, llegado de la ciudad, que se encuentra en la flor de la vida, le hace falta beber leche en abundancia, hasta hartarse. La vendemos por su precio de coste: veintinueve kopeks el litro. ¡Anna Semiónovna, mis saludos y mis mejores deseos! Fíjese, colega, ésta es la catedral de Pedro y Pablo, de ella ya hablaremos en otro momento. Va a tener usted mucho, muchísimo trabajo, por eso, préstele la debida atención a la comida. ¡Salud, Semión Trifonich! Usted, colega, estará subordinado exclusivamente a mí, soy cantor del mando único, su bardo y su gran admirador. El centralismo democrático es una gran cosa...

¹⁵ Socialista Revolucionario, miembro del partido contrarrevolucionario constituido por los kulaks en 1902 en Rusia y abiertamente adversario de las ideas marxistas. (*N. de la Edit.*)

La grupa del ágil caballo tordo relucía oscurecida por el sudor. Bogoslovski, matando hábilmente un tábano de un trallazo, empezó a hablar de la cosecha. Volodia miraba fijamente las manos de Nikolái Evguénievich, ¿no sería aquello una obcecación, acaso existían cirujanos así? ¡Habla con viveza, la mirada extraordinariamente pícaro, de pronto sale hablando de la leche al precio de coste, conduce al caballo como si fuera un cochero de alcurnia! ¡Y las manos! ¡Qué manos: enormes, anchas, fuertes, cubiertas de pecas rojizas; Dios mío, qué es lo que no podrán hacer tales manos! Y de nuevo, ya fuera porque adivinara el pensamiento de Volodia o porque cazara al vuelo su mirada, el sorprendente doctor dijo:

- Además, soy zurdo de nacimiento, querido colega. Si los defectos de nacimiento se saben aprovechar con inteligencia, los resultados suelen ser muy buenos. Luchando contra Kolchak me ayudó la mano izquierda y ahora me ayuda en la cirugía también. Desgraciadamente, no puedo transmitirle a nadie mi experiencia en este sentido. Si tiene usted algún estudiante conocido que sea zurdo, envíemelo, haré de él un excelente cirujano...

Iban a través del campo. En el cálido cielo de color azul intenso se perdía el agudo canto de las alondras. Bogoslovski llevaba la camisa mojada por los hombros, en el aire se mezclaba el olor del sudoroso caballo con el polvo del camino, las emanaciones del cuero y de la brea.

- Ya se ve nuestro "aeroplano"-dijo Bogoslovski, entornando los párpados y apuntando a la lejanía con la fusta, con ese gesto característico del cochero-. En tiempos fue propiedad de los señores Voitsejovski. Durante la guerra imperialista estos patriotas rusos no pudieron idear nada mejor que construir en su finca un hospital para los oficiales austríacos prisioneros. Un austríaco, un barón arquitecto, levantó este edificio horrible...

Volodia, con los ojos muy abiertos, miraba hacia abajo, al valle. Allí, entre altos abedules y tilos, aparecía, absurdo e insolente, el edificio construido en forma de aeroplano, con alas, fuselaje y hasta con la cola. Volodia recordó de pronto la noche pasada en el despacho de Polunin y su conversación sobre Bogoslovski con tal precisión como si hubiera sido ayer.

- ¿Bebe usted? -le preguntó Bogoslovski inopinadamente.

- ¿Esto, cómo entenderlo? -contestó Volodia, enrojeciendo hasta las orejas.

- Sencillamente: vodka. Usted el día que nos conocimos pescó una buena pítima, lo que me produjo una impresión de lo más desagradable.

- Esto me ha ocurrido una sola vez en la vida -dijo Volodia con voz ahogada-. Seguramente no calculé bien o no comí lo suficiente.

- No entremos en sicologías -le interrumpió

Bogoslovski-. Mejor será que mire nuestra hacienda, desde está pendiente se ve todo como en la palma de la mano. En tiempos, tuvimos que desbaratar las fantasías del estúpido barón...

Conteniendo al caballo y sujetándole con habilidad de las riendas en la pendiente, indicaba a Volodia con la fusta la distribución de las distintas dependencias del hospital, la hacienda, la granja lechera, los huertos, el poblado...

A la entrada de la aldea alborotaba una bandada de chicuelos que jugaban con un cachorrillo. Era esa hora somnolienta de después de la comida. Aquí, los escasos viandantes saludaban todos con respeto a Bogoslovski. El médico detuvo el carruaje junto a una casita blanca y limpia con techo de chapa de zinc, aflojó la cincha al caballo, abrió el chirriante y acogedor portillo de la cerca y dijo a alguien que se hallaba en el fondo del huertecilla:

- Berta Ernéstovna, le ruego que reciba amablemente y atienda a Vladímir... ¿su patronímico?

- Simplemente Volodia.

- No, no simplemente -con severidad, incluso con aspereza, dijo Bogoslovski-. A usted le llamarán todos *sólo* por su nombre y patronímico. Y si nuestra María Nikoláevna -la vieja enfermera de la sección de cirugía- le llama Volodia, corrijala usted. ¿Comprendido?

- Comprendido.

- Perfectamente. Así es que Vladímir...

- Afanásievich Ustímenko...

- Quiere decir que completo es Vladímir Afanásievich Ustímenko. Muy bien. Ahora, vamos a ver cómo han preparado su alojamiento...

La vieja Daune, un poco intimidada, iba delante; abrió una puerta, luego otra y dejó pasar al pupilo a la habitación. Olía a piso recién fregado, a pan cocido, en las ventanas bajitas, abiertas de par en par, se movían, agitadas por el viento, las hermosas y grandes flores rosadas de una enredadera poco común. Y al momento apareció un samovar panzudo, limpio, resplandeciente, que resoplaba ruidosamente, molletes con alcaravea, almíbar de ruibarbo en una dulcera de traslúcido cristal.

- ¿Qué le parece? -le preguntó Bogoslovski muy serio.

- ¡Magnífico! -contestó Volodia.

- Pague a Berta Ernéstovna el mes por adelantado -continuó Nikolái Evguénievich con la misma gravedad-. Dele también el dinero para la leche, ella se la traerá todos los días. Aquí no hay chinches ni otra clase de parásitos, se lo garantizo. Ahora vamos a sentarnos y tomaremos el té, hoy estoy cansado, he operado y por la noche no he dormido apenas: me llamaron dos veces para ir al hospital.

Se sentó, se pasó por la cara y el cuello un pañuelo enorme y muy limpio; él mismo preparó el té con sus manos hábiles, y lo echó en las tazas, a

Volodia poco cargado, para sí mismo, muy cargado. Su rostro tostado, de abultados pómulos y frente despejada, estaba pensativo y parecía ahora hermoso, un rostro de mujik ruso, de hombre con una extraordinaria salud moral y física.

Volodia también guardaba silencio, deleitándose con aquella calma, el suave céfiro, el aromático té y la presencia de Bogoslovski. Y pensaba, no sin orgullo: "Aquí, a mi lado, está sentado un hombre portentoso; está conmigo y no tiene prisa. ¿Quiere decir que por algún motivo le intereso?"

Florituras.

Después de beber una segunda taza y de limpiarse otra vez con el pañuelo, Bogoslovski, sin mirar a Volodia, empezó a decir con aire bastante austero:

- Debo prevenirle, Vladímir Afanásievich, sobre una particularidad. Usted es un muchacho atractivo, bastante joven. Con respecto al amor, al enamoramiento, llegando incluso hasta las más elevadas materias y los consiguientes sufrimientos, que, con el tiempo, nos llevan a todos nosotros a la sección correspondiente del Registro Civil, o como se llame, eso es cosa suya. Pero si usted, colega, piensa en mí hospital divertirse con el personal...

Y, en esto, de manera inesperada, con su voz corriente, hosca e incluso monótona, Bogoslovski empezó a soltar tal sarta de expresivos tacos e improprios que Volodia hasta miró alrededor para ver si no estaba por allí cerca la vieja Daune.

- Así es que, todo lo anteriormente expuesto -de nuevo con tono comedido continuó Nikolái Evguénievich- no lo tolero de ninguna manera, y si llego a advertirlo, y lo advertiré sin duda, le pongo en el mismo instante de patitas en la calle y ni siquiera le daré el carruaje para que le lleve hasta el embarcadero. Precisamente en este sentido se le ha adjudicado a nuestro hospital el título de "el aeroplano-monasterio de Bogoslovski". ¿Advertido?

- Advertido.

- Perdone, pero le he prevenido de antemano porque ha habido precedentes. Y, ahora, pasemos a hablar de nuestros asuntos.

Años más tarde, ya en su madurez, Vladímir Afanásievich Ustímenko, hombre nada apocado, recordando esta conversación, que duró dos horas, se cubría, como el pueblo dice, de un "sudor frío". Bebiendo la quinta taza de té, clavando en Volodia una mirada atenzadora, entre cariñosa e inquisitiva, Bogoslovski ora le acribillaba con una rociada de preguntas, completamente inesperadas, o tanteaba por los cuatro costados sus conocimientos, ora, súbitamente furioso, le atacaba, ora le hacía dudar de la fidelidad de sus propias contestaciones, o le acosaba sonriendo ligeramente, con el torrente de su maldito "bien, y si, supongamos, a tales síntomas, le agregamos", de tal manera que al cabo de dos horas el pobre Volodia incluso estaba pálido y sentía esas

bascas que sufre el escalador de alturas novato o el que viaja por primera vez en avión.

- ¿Está cansado? -le preguntó Nikolái Evguénievich.

- Siento algo así como náuseas -confesó Volodia.

- Es porque durante nuestra conversación se ha engullido toda una dulcera de almíbar -repuso Bogoslovski-. Lo menos había una libra. Tome té... Enjuáguese la boca...

"¡Cómo, del almíbar! -pensó Volodia irritado-. Encima, echarle la culpa al almíbar. ¡Quiere pasar por simpático! ¡Es un diablo, y no un hombre!"

En verdad, algo satánico le parecía ver en el rostro de salientes pómulos del cirujano zurdo, en su manera de resoplar satisfecho y en su mirada de reojo, como la de un gallo, clavada en Volodia. Pero Ustímenko había ganado este pequeño combate; de esto se daba perfecta cuenta y lo comprendía. El primer combate con Bogoslovski había sido verbal, pero todavía le esperaba el trabajo. Y Volodia incluso sacudía la cabeza pensando en las pruebas que le preparaba el destino en la persona del médico principal del hospital de Chorni Yar, camarada Bogoslovski. Nikolái Evguénievich.

En tanto éste, sentado en el alféizar de la ventana, ya le estaba preguntando a Berta qué pensaba dar de comer hoy al joven *doctor* y le aconsejaba cómo obligar al *doctor* Vladímir Afanásievich, un buen *doctor*, un *doctor* con conocimientos, aunque joven *doctor*, a reponer a fuerza de tomar leche su salud, quebrantada por el estudio...

"¡Doctor! -pensó Volodia-. Pues esto se refiere a mí, ¡doctor! ¡No soy todavía ni siquiera médico, y ya me está llamando doctor!"

Y de nuevo invadió su espíritu una oleada de orgullo, pero sólo por un momento, nada más que un instante.

- ¡Hasta mañana! -pronunció Bogoslovski como con doble sentido-. Venga a eso de las ocho; y allá ya veremos.

¿Qué quería decir este "ya veremos"?

- ¡Muchas gracias por su amabilidad! -contestó Volodia secamente. También él era pillo como una mosca, tampoco él se dejaba cazar con espejuelo. "¡Ya veremos -dijo para sí, paseando por las crujientes tablas del entarimado-, ya veremos si soy yo un ser tan inútil!"

Le embargaba una sensación extraña, mezcla de admiración por este hombre y de terrible enojo. Pero la admiración era mucho mayor.

"¡Bueno, diga lo que quiera, yo no me he comido una libra de almíbar! -pensó de nuevo irritado Volodia-. ¡Apenas si había allí un poquito de nada!" Ahora sentía hambre, el mareo se le había pasado ya; sólo que al pensar en el día siguiente se sentía un tanto intimidado. Pero era un temor alegre. "¡Bueno, ya veremos! -pensaba Volodia-. Tú, camarada Bogoslovski, tampoco has nacido cirujano. ¡Tú

también has sido como yo!"

Después de hartarse hasta reventar de sopa de leche, pastelillos de requesón con nata, y luego nata aparte, y requesón con miel, el *doctor* Ustímenko salió al huerto, puso a su lado, para reforzar su autoridad, el primer tomo de N. I. Pirogov, mordisqueó el extremo del lápiz y empezó a escribir una carta de amor a Varia. Por el huerto correteaba un chicuelo rubio, dando pitidos con un silbato. Berta le chilló amenazadora:

- ¡Chist, chist, César, calla, el doctor está trabajando!

César, que debido a su corta edad, todavía no llevaba pantalones, asustado, miró a Volodia de reojo y salió corriendo hacia unos groselleros, desde donde largo rato se oyó un susurro y un débil gimoteo. Volodia seguía escribiendo. Nunca se hubiese imaginado que quisiera a Varia hacía tanto tiempo y con tal pasión. Bueno, en el estado de exaltación en que se hallaba hoy, todo le parecía más importante, más extraordinario y hasta más grandioso que era en realidad. El huerto y la mesa, en la que escribía, y la hija o nieta de Berta, una letona alta, fuerte, de anchos hombros, y el templado atardecer, y la idea de que al día siguiente tendría que comparecer ante el médico principal en su despacho, todo era maravilloso, sorprendente, la primera vez en la vida...

"Somos la caballería roja y de nosotros..." canturreaba Volodia...

En tanto el lápiz corría por el papel.

"Comprendes, pelirroja -escribía Volodia, olvidando que el párrafo anterior de la carta estaba por completo dedicado al amor-, comprendes, puede ser que mañana mismo me eche de aquí este verdugo, pero no me iré. Yo debo trabajar con él y comprender en qué consiste la fuerza de este hombre. Además, has de saber, que cuando en el futuro venga adonde yo esté un joven doctor..."

Después de pensarlo, Volodia tachó lo de "joven doctor" y puso "estudiante". "Cuando venga de prácticas adonde yo esté un estudiante después de terminar el cuarto curso, le recibiré como me han recibido a mí aquí..."

En toda la tarde no hizo más que escribir un terrible galimatías. Y mucho tiempo después se sorprendía de que Varia hubiese podido entender aquella confusión de sentimientos, ideas, amenazas, insolencias y temores. Antes de cenar, el doctor Ustímenko se fue al Yancha, afluente del Uncha, se bañó bajo la clara luz de la luna, nadando a largas brazadas, se vistió, se entretuvo algún tiempo atrapando en la hierba un bichejo desconocido y se presentó en casa como persona de importancia. La cama ya la tenía preparada, en la casa cantaba un grillo, había que concentrarse, "imponerse de la situación", como decía Varia, pero a Volodia no le dio tiempo: se quedó dormido en cuanto reposó la cabeza sobre la almohada, y durmió sin moverse

hasta las seis de la mañana.

Durante la visita a las salas, Bogoslovski hizo la presentación de Volodia al personal del hospital.

- Ustirnenko, Vladímir Afanásievich, estudiante que ha venido de prácticas -dijo, sin la menor expresión en la voz.

Volodia saludó torpemente, se puso rojo como un tomate y se escondió en el pasillo detrás de un armario. La visita a las salas duró dos horas. Después tuvo lugar el habitual cambio de impresiones con los médicos. Ustímenko no podía comprender a fondo de lo que se trataba, pero comprendió bien una cosa para siempre: con Nikolái Evguénievich no se podía gastar bromas. Ni las lágrimas, ni los plañidos de arrepentimiento ayudaron en nada a una médica morenita y agraciada.

- Yo la expulso -conciso y hasta imponente dijo Bogoslovski-, y, además, daré los peores informes de usted. Y puede irse a quejar a quien le plazca: el conocido *déspota*, médico principal del hospital de Chorni Yar, hijo de pope, kulak y toda esa sarta de epítetos que acostumbra a escribir refiriéndose a mí en las denuncias, no se asusta de nada. Comuníquelo así. Y con esto terminamos. ¿Vladímir Afanásievich, está usted ahí?

- ¡Aquí estoy! -respondió Volodia con voz apagada.

- Vamos a la sala de operaciones. Me asistirá usted.

Bogoslovski se detuvo en el corredor. Cuando ya había empezado a lavarse las manos, Volodia advirtió que junto al lavabo había un sillín parecido al de una bicicleta, lo aproximó hacia sí con la rodilla y se sentó.

- ¡Hola! -oyó decir a su espalda a María Nikoláevna, la enfermera de la sección de cirugía, una mujer angulosa, parecida a la gran mártir de un icono.

Pero Volodia no le dio ninguna importancia a este "¡hola!": se sentó más cómodamente y, silboteando, se lavó según todas las reglas del arte.

¡Y además silba! -dijo Nikolái Evguénievich, entrando. Luego agregó:- todavía es usted joven, amiguete, para lavarse sentado. ¡Ah!, a esto se refería el irónico "¡hola!" Volodia se puso en pie de un brinco, Bogoslovski le ordenó:

- Termine de lavarse, a qué viene eso ahora...

Y, apretando el pedal de otro lavabo, empezó a lavarse concienzudamente sus enormes manos, cubiertas de abundante vello rojizo. Volodia le miró de soslayo: Nikolái Evguénievich, con el ceño fruncido, estaba pensativo.

A eso de las dos de la tarde las operaciones de aquel día habían terminado. A Volodia le temblaban las rodillas, sentía fuertes latidos en las sienes a causa de la tensión, tenía la camisa pegada a la espalda, mientras que Bogoslovski estaba tan fresco, como si no hubiera empezado a trabajar. Y, al tiempo que se

lavaba, canturreaba a media voz:

*Brilla, brilla, mi estrella,
Brilla, estrella mía querida,
Tú eres mi sola alegría,
Nunca habrá otra más bella...*

Ni una sola palabra de cómo había trabajado Volodia. ¿Sería posible que este médico, que parecía un silvano, se hubiese olvidado de Volodia?

Colgando la toalla cuidadosamente, Bogoslovski de pronto preguntó:

- ¿Sabe usted a quién hemos operado hoy?

- ¿De anastomosis gastrointestinal?

- No, de perforación. A Sidiliov, el que fue contable de nuestro hospital. ¿Sabe usted?, él era quien ayudaba a Sutuguin a escribir las denuncias contra mí, catorce denuncias a los lugares más diferentes. Al fin se llevaron al vejestorio a Zarechie, y, vea usted lo que son las cosas, la esposa de Sidiliov estaba plenamente convencida de que yo le iba a matar en la operación para vengarme, todavía esta mañana se lo ha dicho oficialmente a los nuestros. Y yo mismo hoy, antes de que empezaran a narcotizarle, se lo digo honradamente, me encontraba en una situación de lo más desagradable. El viejo me mira, y me doy cuenta por su mirada que piensa de verdad que ha llegado la hora de mi venganza sangrienta. ¡Ah, Dios mío, cuánta ruindad!

Bogoslovski incluso se estremeció y su rostro se contrajo con una expresión dolorida.

- ¿Por qué escribía todas esas cosas? -preguntó Volodia en voz baja.

- ¿Acaso era él solo? -se sorprendió Nikolái Evguénievich-. En comparación con otros, él era una criaturita, un angelito. Aquí han sucedido cosas muy gordas en otros tiempos.

Dejaron atrás un filtro, pasaron por un pequeño corredor y salieron -así le pareció a Volodia- a las alas de atrás de la fantástica construcción del arquitecto von Staube. Tras las redondas ventanas, abiertas de par en par, susurraban los abedules. Una enfermera se puso en pie al acercarse Bogoslovski; éste la saludó con una ligera inclinación de cabeza. Volodia también saludó tranquilamente, sin pensar en el desdoro que estaba ya dispuesto a caer sobre su pobre cabeza.

Nicolái Evguénievich se sentó en un taburete pintado de esmalte blanco al lado de un enfermo, le asió la mano nervuda, amarillenta y flácida, que pendía pesadamente, y le tomó el pulso. La historia clínica la tenía allí mismo, sobre la mesilla de noche. Ustímenko hubiera podido echarle un vistazo con el rabillo del ojo, y entonces todo hubiera tomado otro giro, pero su honradez innata le impidió hacerlo.

- ¡Egórov! -le llamó Bogoslovski.

- No, ¿qué hace usted? -dijo la enfermera-. Nikolái Evguénievich, no sabe cómo le han traído,

está muy mal...

- Mire al enfermo -ordenó Bogoslovski a Volodia-. Reconózcalo y piense.

La enfermera, obsequiosa, se apresuró a ayudar a Volodia a ver aquello que él tomaba por un antrax. Todo estaba tan claro que hasta se sintió ofendido. ¿Acaso merecía la pena que Bogoslovski llamara la atención a Ustímenko sobre un caso tan elemental?

- ¿Qué le parece? -preguntó Bogoslovski, pasados unos momentos.

- Hay que operar -contestó Volodia.

- ¿Está usted seguro? Tenga en cuenta que Egórov trabaja en un artel donde hacen *válenki*¹⁶.

No debiera haber dejado pasar por alto esta observación a propósito de los *válenki*. Pero la juventud es impulsiva; impulsiva y puntillosa. "¿Qué tienen que ver aquí los *válenki*?", le cruzó por el pensamiento. "¡Tiene usted ganas de bromear, doctor Bogoslovski!"

- Hay que operar sin falta -insistió Ustímenko con sequedad-. Fíjese usted mismo qué edema. Y los síntomas generales son graves... Un antrax en el cuello puede conducir a una meningitis...

Bogoslovski fijó sus ojos un poco oblicuos, de tártaro, en Ustímenko, mirándole con creciente desagrado.

- ¿Y bien? -preguntó-. ¿Cómo va a operar usted?

- Incisión en cruz, que penetre hasta los tejidos sanos, separando los colgajos de la piel y, naturalmente, resección de los tejidos muertos, extirpación del foco, amplio drenaje de la cavidad...

La enfermera suspiró pesadamente.

- ¿No le parece que sería necesario el análisis bacteriológico de lo extraído? -preguntó Bogoslovski sin alterarse, pero con voz adversa-. ¿Qué piensa usted? Pues el error puede ser irreparable.

El enfermo quejóse débilmente y se removió en el lecho.

- Vea la historia clínica, *doctor* Ustímenko -pronunció Nikolái Evguénievich sin el menor sarcasmo, pero recalcando la palabra "doctor".

Volviéndose hacia la enfermera, la ordenó ir rápidamente a alguna parte. Esto lo oyó Volodia como en sueños, mas, de todas maneras, se dio cuenta de que Bogoslovski le trataba con cierta conmisericordia.

Carbunco.

"Pústula maligna, carbunco", leyó Volodia en la historia clínica. El sudor perló su frente. También se fijó en que estaban subrayadas con lápiz rojo las palabras que se referían al artel de *válenki*, en el poblado de Rasgonie.

- ¿Y bien, qué? -preguntóle de nuevo Bogoslovski. Volodia permaneció largo rato sin atreverse a fijar su mirada en Nikolái Evguénievich,

¹⁶ Botas altas de fieltro (*N. de la Edit.*)

y cuando se decidió, vio en su rostro no una expresión de triunfo, sino más bien de tristeza e incluso de desaliento.

- Amiguito, hay que ser más observador -dijo Bogoslovski, como si hablara desde muy lejos-. La observación también requiere su esfuerzo. Para llegar hasta aquí, hemos pasado por un filtro en el que estaba clavada una tablilla que decía "Sala de infecciosos", luego hemos pasado por dos corredores más y de nuevo otro aviso: "Entrada a la sala de infecciosos". Además, le he advertido que Egórov trabaja en un artel de *válenki*, es decir, tiene contacto con la lana de animales que puede estar contaminada... Y usted, a pesar de todo, dice que hay que sajar. ¡Oh, estos expeditivos rajadores! En absoluto está indicado en tal caso sajar...

- Ahora, ya... -pronunció Volodia.

- En absoluto está indicado -repitió Nikolái Evguénievich con voz férrea, más aún, con voz de una dureza implacable-, en absoluto están indicados -dijo por tercera vez, amenazando a Volodia con el dedo- los cortes, el desbridamiento, el drenaje y otras cosas por el estilo, ya que el traumatismo del foco originario provoca la penetración, ¿de qué?...

- La penetración de bacilos, claro es -respondió Ustímenko, algo más tranquilizado-, de bacilos en la sangre y contribuye al desarrollo de un grave estado septicémico...

Bogoslovski sonrió:

- ¡Muy juicioso! ¿Y cómo hace falta curar, entonces?

Volodia citó el suero, las inyecciones intravenosas de salvarsán. Bogoslovski de nuevo se quedó pensando, concentrado y sombrío.

Volvió a entrar la enfermera, y sólo entonces se dio cuenta Volodia de que se había marchado y había entrado por otra puerta diferente: esto quería decir que había otra salida y otro filtro. Y, efectivamente, era así. Ambos se lavaron con detenimiento las manos en el filtro de salida y allí mismo dejaron las batas blancas.

- Ahora le voy a dar a usted un encargo no muy agradable -le dijo Bogoslovski, ya en el jardín, suspirando, al tiempo que se sentaba, fatigado, en un banco-. Hoy es sábado, y mañana será día de feria en Rasgonie. Hay que anunciar que el lugar es un foco de infección, tomar allí todas las medidas necesarias, y, conjuntamente con la inspección veterinaria, realizar la desinfección del maldito artel de *válenki*. Vladímir Afanásievich, hay que terminar con ese foco de infección. Se trata de que Egórov es el tercer caso de carbunco que nos viene de allí. Ya hemos tenido dos casos mortales, uno, en forma intestinal, el otro, pulmonar. He tenido que prescindir de nuestro epidemiólogo. (Volodia recordó la visita de las salas por la mañana.) Era una mujer que no valía para nada, sin voluntad, cobarde e intrigante. Yo mismo no puedo ir, tengo que operar, y, además, no se puede

dejar ahora el hospital. Usted tendrá que declarar el lugar en cuarentena, "poner el veto" a la feria, aclarar los pormenores sobre el terreno y salvar a la población de la pústula maligna. Vamos, le escribiré los documentos necesarios, un memorándum, los nombres de las personas que pueden serle útiles y algunas otras cosas...

En tanto Nikolái Evguénievich escribía, Volodia, con cierta febrilidad, rebuscaba en la biblioteca que se hallaba al lado de su despacho. En líneas generales conocía todo cuanto se refería a los medios profilácticos. Repasar una vez más los métodos de comprobación de la materia prima según Ascoli, y ya estaba listo.

En el patio, un mozo del hospital, un hombre con enormes mostachos, cargaba en el carro bidones, mangas de goma, damajuanas recubiertas de mimbre, un bichero, Volodia no se imaginaba para qué, dos hachas...

- Puede confiar plenamente en este hombre -le dijo Bogoslovski, mirando por la ventana-. Llevo muchos años trabajando con él, le conozco bien y tengo confianza en él. No desoiga sus consejos. Le quiero advertir también que el cacique de allí, Gorshkov, es un elemento malo, venenoso, rencoroso y ladrón. No comprendo todavía por qué, pero complica las cosas con alguna intención...

No había transcurrido más de una hora, y Ustímenko, cansado, hambriento, malhumorado y orgulloso, se subía al carro tirado por el mismo caballo tordo que le había traído el día anterior a Chorni Yar. No hacía viento, el día era caluroso y amenazaba tormenta. El mozo del hospital, el tío Petia, con los bigotes color de trigo y cara de viejo soldado, sosteniendo las riendas con aire de importancia, le gritó al portero del hospital:

- ¡Eh, Fómochkin, abre el portón!

El caballo partió con un trotecillo rítmico. Volodia empezó a ojear el periódico. Los sublevados atacaban de nuevo a Bilbao. "La aviación fascista bombardea impunemente a la población civil", leyó Ustímenko. "Los *Junkers* han destruido Guernica, la ciudad sagrada de los vascos, y ahora pretenden hacer de Bilbao otra nueva y mayor Guernica".

Volodia apretó con fuerza los dientes.

"¿Dónde estás ahora, padre? ¿Estás vivo? ¿Qué difícil será para ti todo eso seguramente? ¿De un combate a otro combate, de un vuelo a otro vuelo? Pues tú no puedes estar sentado en el café cuando ocurren tales cosas en el mundo".

El tío Petia resultó ser un hombre locuaz. Apenas dejaron atrás el poblado, empezó a hablar, y se paraba únicamente para encender un cigarrillo liado por él y aromatizado con meliloto.

- Nuestro Nikolái Evguénievich es una persona de extraordinario valor -dijo el tío Petia con tal tono como si Volodia estuviese dispuesto a contradecirle-. Y nosotros, el personal médico-sanitario auxiliar, que

trabajamos hace tiempo con él, apreciamos como nadie su extraordinaria valía y no permitimos que se le ofenda. Usted es un doctor joven, de los que vienen y se van, tales como usted hemos visto muchos y podemos dar nuestra opinión si se presenta el caso, pero él es nuestro. La medicina, claro es, aún no puede resolverlo todo en un abrir y cerrar de ojos, pero en lo que puede, en eso Nikolái Evguénievich es un hombre con completo dominio. Usted es un doctor joven, a otros así los hemos acompañado hasta el barco, con frecuencia ocurre...

- ¿Pero qué tiene que ver aquí mi juventud? -dijo, ofendido, Ustímenko-. En cuanto al barco, sepa que yo no soy doctor, sino estudiante, aún tengo que terminar el instituto.

- Eso es cosa suya, nosotros no nos entrometemos -replicó el tío Petia con la misma voz tranquila-, pero lo vemos: andan dando vueltas alrededor de Nikolái Evguénievich, aprenden, y, sin siquiera dar las gracias ni despedirse, toman las de Villadiego. Nosotros, el personal médico-sanitario auxiliar, lo vemos. Nos callamos, claro está, a nosotros no nos preguntan, ¡pero verlo... eso no se nos puede prohibir! Y cuando hay reuniones de partido, entonces decimos lo nuestro. ¿Es usted del partido?

- Komsomol.

- Es decir, sin partido. No vamos a hablar ahora de los secretos del partido. Lo que hay que decir en las reuniones cerradas, lo decimos. Y nadie tiene derecho a preguntarlo.

Volodia lanzó un suspiro. El viaje era largo, el tío Petia hablaba sin cesar. Hacía un calor insoportable, asfixiante. Tras los barrancos se vislumbraban débilmente unas casitas entre la neblina. Por el Occidente se sentían ya los truenos y avanzaban grandes nubarrones.

- ¿Aquello es Rasgonie? -preguntó Ustímenko.

- ¡El mismo! -contestó el tío Petia, atusándose los trigueños bigotes-. Con este Matvéi tenemos que tragar mucha quina.

- ¿Quién es Matvéi?

- Pues Gorshkov, el presidente. Hoy, seguramente, ya desde por la mañana estará borracho con motivo de la feria.

En efecto, Gorshkov estaba ya bebido. Sentado en el poyo junto a la casa, adiestraba a un perro orejudo y lleno de mataduras:

- ¡Busca, Tóbik! ¡Toma, toma! ¡Échate aquí! ¡Muérete!

Su mirada era impertinente, pesada.

Allí mismo, tras la esquina, se oía el golpear de martillos, estaban instalando el carrusel en la plaza.

Un hombre de revuelta pelambreira y seboso occipicio, el encargado de la cooperativa, daba órdenes junto a un tendejón en el que estaban clavando un rótulo: "Aperitivos, vinos y otros artículos". Un apuesto miliciano decía algo "al sector del comercio privado": una vieja con una cesta llena

de pipas de girasol.

Una mujer con el vientre abultado, la joven esposa de Gorshkov, trajo a éste un vaso de leche desnatada. El hundió sus largos dedos en el líquido y sacó una mosca, luego la sopló y se lo bebió. Clavando la mirada en Volodia, le preguntó:

- ¿Me busca usted a mí? -Si es usted Gorshkov, entonces le busco a usted -con desagrado, como siempre que veía a un borracho, le respondió Volodia.

- ¿Del combinado?

- No. En el artel de *válenki* de este lugar se han registrado ya tres casos de carbunco.

- ¡Y vuelta la burra al trigo! -rezongó Gorshkov-. A un posma tuve a bien mandarle con Dios, y ha venido otro. ¡Tóbik, muérdele!

Tóbik olfateó las botas a Volodia y se tendió en el suelo.

- ¡Mañana no habrá feria! -dijo Volodia con voz reposada y firme-. Hay que distribuir a la gente cerca de las entradas al poblado. Ahora mismo vamos a empezar la desinfección del artel, es decir, de las materias primas que haya allí. Además...

- ¡Ni mucho menos! -replicó Gorshkov.

- ¿Cómo que ni mucho menos?

- Pues muy sencillo. No se hará nada de eso, y se acabó el cuento. Lo tenemos ya acordado: a los talleres, como foco de infección, les pegaremos fuego. Ya hemos traído petróleo, virutas y barricas con agua. ¡Bábichev! -vociferó, de pronto, llamando al apuesto miliciano.

Este se acercó, pisando blandamente con sus suaves botas altas de tafilete.

- ¿Está acordado prenderles fuego?

- Acordado -respondió Bábichev, mirando a Volodia con sus ojos aceitosos.

- Pues ellos quieren prohibir la feria.

El miliciano se rió mostrando sus bonitos dientes de deslumbrante blancura.

- El foco infeccioso debe ser destruido de raíz -dijo-. ¡Si los cadáveres de los animales se queman, cómo no se va a quemar la lana y la producción que también tienen bacterias! ¡Aquí no somos unos mastuerzos analfabetos, tenemos algunos conocimientos!...

Hizo un guiño a Ustímenko y agregó, espaciando las sílabas:

- He-mos con-sul-ta-do.

- ¿Con quién?

- Con quien era menester.

- Escucha, Bábichév -empezó a decir con brusquedad el tío Petia, asomando la cabeza por detrás del hombro de Volodia-. Bueno, déjate de cuentos. Yo te conozco y tú me conoces a mí...

Se midieron de pies a cabeza con la mirada. Al parecer, Bábichev se había picado.

- ¿Con quién han consultado?

- El presidente ha hablado -Bábichev señaló con

la cabeza a Gorshkov-. Yo no he hablado.

Y retrocedió ligeramente con sus blandas botas altas.

- Espera -le ordenó el tío Petia-. ¿Se ha hecho una revisión del estado de las mercancías que hay en los almacenes en el momento actual? ¿Se ha levantado acta?

Volodia, con la boca abierta como un niño, se quedó mirando a Gorshkov. Sólo en este momento empezó a adivinar de qué se trataba. Gorshkov se relamió los labios, se incorporó un poco, se sentó de nuevo, y después gritó:

- ¿Pero estás en tus cabales, diablo bigotudo? ¿Cómo puedo permitir que entre allí nadie cuando todo está lleno de vuestras bacterias? ¿Si una bacteria pica al revisor, quién tendrá la culpa? ¿Otra vez Gorshkov? ¿O si entráis vosotros allí y pescáis una infección, de quién será la responsabilidad? ¿Mía? ¡No dejaré entrar allí ni a un ser viviente! Todo ha sido precintado y lacrado en presencia del camarada Bábichev con el sello de nuestra administración. No puede pasar ni una mosca, tanto menos una persona.

Bábichev retrocedió aún más, hasta llegar a la plaza. El tío Petia le siguió con la mirada tranquila, incluso un poco alelada, después hizo un guiño a Volodia y dijo con intención:

- Bueno, nosotros somos gente de poca monta, no somos quién para solventar este asunto. Me sentaré un poco aquí contigo a la sombra y descansaré, en tanto Vladímir Afanásievich va a recibir instrucciones de cómo se debe quemar esto. No es posible quemarlo así, sencillamente, sino de manera científica, para que no sea sólo *prenderle fuego*, sino, al mismo tiempo, una *desinfección "normalis" a fondo*.

Con su léxico científico el tío Petia subyugó por completo al borracho Gorshkov, que empezó a cantar algo bullicioso y alegre. El tío Petia, mientras tanto, dijo a media voz a Volodia:

- Esto huele a Código Penal y a proceso judicial de los ladrones. Estas son las pasadas que nos juega la medicina. Yo tengo ya el colmillo retorcido y me he dado cuenta de todo el enredo, y a este lagartón lo he atrapado con mi *normalis*...

En el cielo, tras el saucedal, más allá de la casa del presidente del koljós, recién construida, retumbó un trueno. La atmósfera se hizo irrespirable, densa, una tormenta de polvo se aproximaba amenazadora.

- ¡Suba al carro! -susurró el tío Petia a Volodia-. Tome por la Carretera Vieja a través del puente hasta llegar al mismo campamento militar. En cuanto vea a la derecha tiendas de campaña y amarraderos para los caballos, pare. Pregunte por el médico militar, el camarada Kudímov, Egor Stepánovich. Y con los de caballería, volando para acá. Pues, de otra manera, prenderán fuego a sus depósitos vacíos, y busca después adónde ha ido a parar el carbunco. Y mercancías por muchos miles de rublos, cuéntalas

por pérdidas. Que manden también a un soldado en busca del fiscal o del juez de instrucción, y por los milicianos; en Chorni Yar, para terror de los enemigos, los hay de caballería.

- Tenga usted cuidado, tío Petia, no le vayan a dejar seco de un trastazo -le previno Volodia en voz baja.

En la plaza daba vueltas el carrousel, pues lo estaban probando. Gorshkov, abriendo una bocaza enorme, vociferaba:

¡Oh! Ni sauquillo ni frambuesa, ¡oh!

¡Oh! Tú, amigo del alma, ¡oh!

La mujer trajo vodka, una sardina arenque en un plato y rabanillos. Gorshkov llamó:

- Ven acá, medicina, vamos a hacer una desinfección *normalis*. Trinquemos bajo los rayos, vamos a hacer cábalas...

El tío Petia se sentó, se atusó sus magníficos bigotes y tomó en su enorme mano una copa de vodka. Volodia, sin apartar la vista de él, asió desmañadamente las riendas y con tono confiado gritó al dócil caballo gris:

- ¡Arre, tú, como te llames! ¡Riá, vamos!

El carro cruzó traqueteando la plaza; el tío Petia se interesó:

- ¿Oye, Matvéi, y Bábichev, dónde está?

- En las ocupaciones de su cargo.

- ¡Mira! -exclamó el tío Petia, chocando su copa con la de Gorshkov-. También tiene cargo. Encubridor.

- ¡Cómo!

Al tío Petia le gustaban las conversaciones agudas y las situaciones arriesgadas. Y ahora se sentía en su elemento:

- ¿Cómo? Pues lo que te digo, ciudadano Gorshkov, Matvéi Pávlovich. Es cosa sabida: no es sólo ladrón el que roba, sino también quien encubre a los ladrones.

Un rayo cayó como una flecha amarilla directamente a tierra, no lejos del puente. Gorshkov se encogió y derramó la vodka. El caballo tordo, que Volodia conducía con tan poca habilidad, por un instante se espantó y se abrió de patas, después, levantando las orejas, lanzóse al galope. Ustímenko se ladeó, enrollóse las riendas a las manos y empezó a gritar entre los estampidos de los truenos:

- ¡So-o, caballo, so-o, te has vuelto loco!...

... Si por lo menos supiera su nombre; el nombre de este caballo tordo, como se saben los nombres de los perros: Shárik, Bóbik, Zhuchka...

Lo que siguió más adelante fue todo un verdadero enredo: Kudímov, aún soñoliento, pues dormía a pierna suelta después de la comida, los incansables rayos y truenos: la voz de mando prolongada, animadora: "¡A ca-ba-llo!...": una densa nube de polvo amarillo sobre la carretera; los de caballería

marchando al galope: la ambulancia sanitaria: Kudímov montado en un caballo negro amblador: el jefe del escuadrón de nariz corcovada y recién afeitado, con la cara que le azuleaba: el regreso a donde estaba el tío Petia, ya borracho, pero sano y salvo. Otra vez relámpagos, sin lluvia ni truenos, un calor sofocante: los milicianos a caballo; bidones de petróleo junto a los talleres de *válenki* precintados; unos hombres vociferando -cardadores y de otros oficios-, soliviantados por todo lo que ocurría; la palanca con la que un miliciano hizo saltar el candado precintado; las amenazas de Gorshkov:

- ¡Ustedes responderán! ¡Res-pon-de-rán!
¡Desinfección!

Kudímov, con los ojos entornados, se ríe a carcajadas:

- Fíjese, Ustímenko, el almacén está completamente vacío. ¡Lo han robado todo, qué infames, se lo han llevado todo! Pero no, aquí hay todavía desparramada por el suelo no sé qué porquería, unos diez kilos... ¿Y la producción ya terminada? ¿Dónde están los *válenki*? Según los documentos, tenía que haber más de 4.000 pares. ¿No es así, camarada riscal?

Pero no se encontró ni un solo par. Gorshkov y Bábichev fueron arrestados inmediatamente y puestos bajo custodia. Con el fiscal vino un inspector con plenas atribuciones: un hombre misterioso con un pistolón enorme al costado. Tenía nariz de pato, los ojos, según le pareció a Volodia, le atravesaban a uno de parte a parte, y su léxico le recordó los años de su infancia, cuando leía a Conan Doyle:

- Les ruego que no me estropeen las huellas dactilares decía el inspector-. Les ruego que no borren las pisadas de las botas de los malhechores...

Ya había oscurecido completamente, la gente andaba con linternas "murciélagos", todo parecía extraordinariamente misterioso y terrible, como en la infancia. Volodia dijo al fiscal, un hombre también joven con un gorro de cuero y una pelliza gris:

- Necesitamos saber inmediatamente adónde han ido a parar los materiales y los *válenki* terminados. Las esporas del carbunco son extraordinariamente resistentes. Comprenden, camaradas, mueren sólo después de diez minutos de ebullición. Y el calor seco de 120 grados las destruye solamente al cabo de una o dos horas...

- ¡Este miserable está borracho, y no hay manera de sacarle nada ahora! -comentó el fiscal-. Está borracho como una cuba, ustedes mismos lo ven...

Los hombres hablaban airados a su alrededor, exigiendo que se juzgara al presidente en público. Bábichev, con sus ojos de buey, lloraba como una mujer, limpiándose las lágrimas con un pañuelito. El tío Petia hablaba con los de caballería, explicándoles que el carbunco era peligroso no sólo para los animales, sino también para las personas.

Ya de noche, Gorshkov se despejó; entonces

comprendió que estaba detenido y, atragantándose, empezó a confesarlo todo. La mercancía se la habían llevado dos noches atrás dos viejos chamarileros de Zaréchensk. Se la habían llevado en camiones. El dinero lo tenía todo enterito, el camarada fiscal podía llevarlo a las cajas del Estado, lo encontraría escondido en un caldero de ordeñar viejo, debajo de los clavos. El fiscal se sentó tras una mesa, se limpió el rostro sudoroso y se puso a contar el dinero, en fajos de billetes. Lo ya contado lo iba metiendo en el gorro, pero se equivocaba una y otra vez y de nuevo empezaba a contarlo. Bábichev gritó desde el rincón:

- En casa yo tengo 2.200 rublos, que he recibido por hacer la vista gorda. Le ruego, ciudadano fiscal, que haga constar que lo he reconocido voluntariamente...

Todo aquello resultaba increíblemente interesante. Como Kudímov se había ido a dormir, la distribución de los puestos de vigilancia la hizo Volodia. Explicaba con toda amabilidad a cada soldado cuál era su tarea: no permitir de ninguna manera la entrada en la feria a los campesinos, se había declarado cuarentena en el lugar y no era cosa de broma. Los soldados dormitaban sobre sus monturas; los encendidos discursos de Volodia resultaban excesivamente detallados y largos, pero él ni se daba cuenta. Ya se le habían olvidado las palabras que había leído hacía tan poco tiempo en un librito que trataba del carbunco: "No se debe sobrestimar esta enfermedad". A él le parecía que, por lo menos, tenía que vérselas con la peste.

Al amanecer dos guardias llevaron a los detenidos y el dinero a Chorni Yar. El fiscal, el inspector, que no tenían su propio medio de transporte, subieron al carro del hospital con Volodia y el tío Petia; iban escoltados por seis hombres a caballo. El inspector, hallando en Volodia un digno interlocutor, le endilgó toda clase de leyendas e historias fabulosas sobre crímenes horribles, que decía haber sido descubiertos por él. Era este inspector un buen maula, socarrón y amigo de divertirse. A Volodia le brillaban los ojos bajo sus largas pestañas: a tipos así era interesante contarle cuentos, sobre todo cuando se tienen ganas de dormir. El fiscal roncaba y el tío Petia fumaba y suspiraba. A Zaréchensk debían llegar más milicianos.

- ¡Ojalá no se arme un fregado! -dijo el inspector.

- ¿Fregado quiere decir tiroteo? -inquirió Ustímenko cauteloso.

Las materias primas y los *válenki* sólo pudieron encontrarlos al día siguiente al atardecer, y no en Zaréchensk, sino en el caserío Glínischni. Volodia y el tío Petia apenas si durmieron durante aquellos dos días. Apestabán a cloro desde lejos, se pelearon con el veterinario de Zaréchensk, perdieron no se sabe dónde una manga de goma y sólo el martes por la tarde regresaron al hospital de Chorni Yar. Después de bañarse en el río, cambiarse de ropa y de peinarse

la polvorieta y revuelta pelambarrera, Volodia, con aire triunfal, se dirigió a ver a Bogoslovski para informarle. Este le escuchó con atención y después le preguntó:

- ¿Pero en los almacenes y talleres de Rasgonie, qué han hecho ustedes? ¿Los han dejado como estaban? ¿Sin haberlos desinfectado?

Ustímenko guardó silencio: simplemente se había olvidado de aquellos barracones vacíos. Se había olvidado por completo. Había sido tan interesante la persecución, resplandecían de tal manera los relámpagos, resoplaban con tal fuerza por la noche los caballos de la escolta, había sido tan interesante escuchar al inspector, era tan importante hallar los *válenki* y los materiales robados...

- El que usted, que en realidad es un crío, se haya olvidado, no me sorprende, yo no confiaba mucho en usted; pero que el expertísimo mozo del hospital Siómochkin haya resultado un papanatas, eso sí que no me cabe en la cabeza -replicó Nikolái Evguénievich con extrema dureza, y le ordenó que despertara inmediatamente al tío Petia.

- Yo soy el culpable de todo -empezó a decirle Volodia, pero Bogoslovski le interrumpió bruscamente.

- ¡Cállese!

Al cabo de unos cuarenta minutos salían de nuevo para Rasgonie. La noche era estrellada, cálida, tranquila. El tío Petia Siómochkin bostezaba a más y mejor, la yegua castaña trotaba rítmicamente, las ballestas chirriaban con un sonido adormecedor, Volodia iba silencioso, temiendo que, si empezaba a hablar, el tío Petia le diera un repaso como era debido. Pero el tío Petia, por lo visto, no tenía en absoluto ningunos deseos de reñir.

- Ya le he dicho, Vladímir Afanásievich, que nuestro Nikolái Evguénievich es un fenómeno. Ve a tres varas bajo tierra. Es un hombre terrible. En cambio, no volverá usted nunca a equivocarse. Claro es que yo también tengo la culpa. Bebí más de la cuenta con aquel miserable ladrón y me olvidé de mi tarea principal...

Volvió a bostezar, y después dijo pensativo:

- Y de esta manera nuestra sanidad soviética lucha con la herencia del maldito zarismo. Es completamente justo como lo explica Nikolái Evguénievich.

Capítulo IX. "Colega".

De nuevo no recibió ninguna alabanza. Ni siquiera se acordaron de él. Estaba sentado en su sitio de siempre, tras el armario amarillo barnizado, los rayos de sol le daban en la cara, y todo lo que había ocurrido en aquellos días -la persecución y la búsqueda, los milicianos a caballo y el miliciano-héroe, el borracho Gorshkov y los rayos y truenos-, todo esto resultó ser una tontería que no merecía la

menor atención. Volodia, como es natural, se sentía ofendido. ¿Pero, qué podía hacer? ¿Ponerse de pie y decir a todos lo difícil que había sido aquello, no sólo difícil, sino incluso terrible? ¿Decir que el tío Petia y él eran unos valientes? No, no podía decidirse a hacer tal cosa. Y luego, absorbido por el ritmo tranquilo y activo de la vida del hospital, hasta se olvidó de los acontecimientos de Rasgonie.

Por la mañana temprano Bogoslovski le ordenó preparar para la operación a un tal Romka Kárpovich Chujnín, de la sala número 5. El fortachón Romka, como llamaban a este muchacho los otros enfermos, tenía miedo, y para ocultárselo a sí mismo y al personal médico, agobiaba a las enfermeras de la sala, a los compañeros de habitación y a la médica Nina Serguéevna, una mujercita dulce con rizos sobre la frente. Lo más desagradable de todo era que Romka Chujnín se había hartado de leer folletitos de divulgación sobre cuestiones de medicina y afirmaba con insolencia que allí, en el hospital de Chorni Yar, todos eran medicastros que no sabían una palabra y que se habían quedado rezagados "de los adelantos de la medicina moderna". De mal genio, con una caraza fea, sudoroso, andaba por los pasillos del hospital, metiendo las narices en todas partes, enterándose de todo, embrollándolo todo y contando con satisfacción:

- Hace unos días, por la noche, se han llevado a escondidas a un viejecito al depósito de cadáveres. ¡Un diagnóstico equivocado! Había que juzgarlos a todos, condenarlos sin piedad, farsantes, granujas y no doctores. También han matado a una chica: a causa de una equivocación le entró aire en el corazón. A la sala número 3 han traído un balón de oxígeno, ¿para qué? También se llevarán de allí a algún paciente...

Protestaba de la alimentación, hablaba las mayores vilezas de la enfermera Sónechka, y a los otros enfermos de la sala les decía que todos ellos saldrían de allí con los pies para adelante.

- Aquí no se aplica en absoluto el tratamiento con lisados, es decir, no se cura, con perdón sea dicho, con ayuda de la orina -le dijo un día a Volodia, que se quedó boquiabierto-. Y, en general, camarada enfermero, o lo que sea usted, yo tengo menos hemoglobina y eritrocitos de lo normal, es necesario tomar medidas urgentes, y ustedes se disponen a operarme.

- ¿Es usted médico? -sorprendióse Volodia.

- Un intelectual soviético común y corriente -pronunció Romka con una sonrisita indulgente-. Algo entiendo de la anamnesia y, además, conozco alguna que otra cosa.

Miró a Volodia con insolencia y desprecio. En la salase oyeron risas. Un hombre ya de edad, que sufría bastante a consecuencia de una complicada fractura del hueso de la cadera, aconsejó a Volodia, entre doloridos carraspeos:

- Camarada, mejor sería que echase de aquí a este encizañador de un puntapié en el trasero. No le deja a uno vivir. Y nuestra paciencia también tiene un límite: hagámosle justicia por nuestra propia mano como a un cuatrero, eso sí que no le va a gustar...

Romka suspiró:

- ¡Bonita situación! ¡Si viniera el comisario del pueblo de sanidad y viera esto, se quedaría encantado!

Y en voz baja agregó:

- Por lo menos un 25% de los que están en el hospital son simuladores. Y ahora, a propósito de mi aparato digestivo: no marcha bien. Digan ustedes lo que quieran, pero yo no estoy de acuerdo con operarme.

Volodia envió a una de las enfermeras en busca de Bogoslovski. Mientras ésta pudo dar con Nikolái Evguénievich, Romka no cesó de mofarse de Volodia: de su evidente mocedad, de que tenía las pestañas largas y de que se ruborizaba. Volodia hacía ver que no le prestaba atención, pero en su fuero interno se reconcomía.

- Mire usted, Chujnín -le dijo Bogoslovski, sentándose al lado de la cama de Romka-, usted ha venido a nuestro hospital con el deseo de que le arregláramos la cara, que le habían estropeado, según usted mismo ha dicho, en una acción secreta, pero heroica. Según me he enterado, no hubo nada de secreto. Fue en una vulgar pelea de borrachos durante las fiestas...

Bogoslovski hablaba alto intencionadamente, toda la sala oía sus palabras.

- Su participación en la pelea es tanto más reprochable por cuando usted es un hombre en cierta medida leído, es contable, lleva corbata y sombrero y habla con desprecio a aquellos que no llevan ni sombrero ni corbata. Usted se metió en la pelea a traición, y yo, que no soy partidario de la justicia por los puños, considero que en este caso la venganza ha sido muy justa. Le estropearon una oreja, y su deseo de arreglarse el físico es comprensible. En lo que se refiere a su conducta en el hospital, es verdaderamente repugnante. Hoy no le vamos a operar, pero el viernes, o se opera o ese mismo día le doy de alta. Y si va a armar escándalo, entonces, le doy de alta hoy mismo... ¡Vamos, Vladímir Afanásievich!

En el pasillo le dijo a Volodia:

- Nuestro trabajo, Vladímir Afanásievich, es difícil y en extremo ingrato. Cuando me encontraba en los albores de mi labor, yo suponía que, puesto que nosotros, los médicos, trabajamos con todas nuestras fuerzas, poniendo en juego toda nuestra capacidad y, se entiende, con honradez, en la misma medida nos cubrirían de buenas palabras, nos darían sinceros apretones de manos y nos mostrarían otros sentimentalismos que hacen la vida más alegre. Sin embargo, está muy lejos de ser así. El delator

Sidilioy, al que hemos sacado juntos de una historia bastante desagradable, ahora, olvidando su recelo de aquel período -¿recuerda usted cuando pensaba que yo iba a acabar con él?- está enfadado porque "le hemos cortado demasiado sin necesidad", según ha dicho hoy. Y su esposa me ha gritado que "debiera haberme esforzado más por una persona que había trabajado en el hospital". Y esto tienes que oírlo y callarte, por no llamar inmediatamente a los milicianos. Ahora, sin ir más lejos, en la sala cuarta se encuentra una tal Liádova Aza Arkádievna, mujer instruida, esposa de un camarada responsable. Sin jactancia puedo decir que la hemos sacado de una situación terriblemente difícil. Ni que decir tiene que sufre. ¿Y qué cree usted? Pues a la docilísima Nina Serguéevna y a mí sólo nos llama verdugos, sádicos, e incluso masoquistas, a las enfermeras les tira las tazas; y el marido, un hombre probo, buen padre de familia y que quiere a su esposa, nos echa, como suele decirse, miradas de lobo. Y no sólo nos mira, sino que dice unas palabras que también tenemos que escucharlas y tragárnoslas. ¡Pero, qué le voy a contar! No hace mucho, a nuestro buenísimo Vinográfov le amenazó con un palo una cariñosa mamaíta. Y le digo todo esto para que, hallándose usted en los primeros pasos del ejercicio de su profesión, no espere ni lágrimas de agradecimiento de los familiares, ni apretones de manos, ni ramos de flores recogidos por criaturitas agradecidas. Sobre todo, en los casos en que la medicina no puede hacer nada. Entonces, tiene usted que estar preparado a todo. Las llamadas al juzgado tómelas con tranquilidad, sin ofenderse. El corazón de un pariente entrañable es a veces en extremo vengativo, y usted, que ha hecho más de lo que puede hacer un hombre con sus conocimientos limitados, se convierte incluso en criminal, si no declarado, por lo menos "sospechoso". Claro es que todo esto no es fácil. Se entiende que también ocurre lo contrario: cartas personales de agradecimiento, incluso a las redacciones de los periódicos: muy conmovedor y simpático, hasta hace saltarse las lágrimas. Pero hay que tener en cuenta que en tales casos el agradecimiento se nos concede con la mayor frecuencia cuando la cosa ha salido bien, o cuando la naturaleza ha ayudado, porque el paciente agradecido no es médico y no comprende lo que nosotros comprendemos. Prov Yákovlevich -mi buen amigo y profesor de usted- con frecuencia repite unas palabras de Gandhi, que, a mi modo de ver, son completamente justas: "Yo conozco sólo un tirano, y éste es la callada voz de la conciencia..."

Bogoslovski dio un suspiro, bebió agua gaseosa en un pesado vaso y, como si adivinara de nuevo el pensamiento de Volodia, continuó:

- La conciencia, la honradez, la probidad, hacemos mal, dicho sea de paso, en no fijar nuestra atención en ellas, suponiendo que no pertenecen a

nuestro léxico. Esto es nuestro, *sólo* nuestro, porque en el mundo del dinero contante y sonante, el médico a veces hace una operación no porque esta operación sea necesaria, sino porque el enfermo es rico y se le pueden "estrujar" libras esterlinas, francos o dólares. Con los nombres de destacadas figuras de la ciencia hacen allí propaganda *por dinero* de sus remedios patentados. Y hacen el reclamo estas mismas figuras. Pero nosotros trabajamos en el mundo de la honradez, de la conciencia y de la probidad, y hay que luchar contra los que ahogan dentro de sí la "callada voz de la conciencia", como contra todo lo que nos es adverso, porque, por ejemplo, un tal Zhovtiak, al que después se le llama profesor...

Pero en este momento, Bogoslovski fijó su mirada en Volodia, recordó que, pese a todo, Zhovtiak era profesor de Volodia, se puso cómicamente confuso, hizo una pausa, dio un resoplido y dijo:

- ¡Bueno, colega, vamos a operar; hoy usted y yo tendremos un día muy atareado!

"¡Colega!"

"Usted y yo", había dicho aquel hombre fornido, de anchos hombros, curtido por el sol, aquel hombre magnífico. Y todo el tiempo, mientras Bogoslovski operaba y Volodia daba el narcótico al enfermo o le hacía una transfusión de sangre, o le inyectaba suero fisiológico, o contaba sus pulsaciones, todo el tiempo sonaba en sus oídos aquella frase, dicha sin ninguna afectación, con voz profunda, de campesinote: "Usted y yo". Estaba reconocido, era uno de los suyos, estaba lejos de ser de los de primera línea, pero, sin embargo, era su ayudante, un ayudante al que se le podían decir aquellas amargas palabras, que, naturalmente, no se le dicen al primero que llega...

El reloj de la antesala del quirófano dio la una cuando Nikolái Evguénievich encendió un fino cigarrillo sosteniéndolo con unas pinzas. Volodia se lavaba las manos, agotado, sudoroso, sofocado por el olor del éter, al que todavía no estaba muy acostumbrado. El viejo doctor Vinográtov, sin dirigirse a nadie, dijo:

- Las úlceras varicosas de las piernas son verdaderamente un castigo de Dios. Recuerdo, Nikolái Evguénievich, tal caso...

En este momento se entreabrió la puerta, y el administrador, Rukavíshnikov, hombre enérgico y sanguíneo, bondadoso e inalterable, dijo:

- Nikolái Evguénievich, la segadora está ya montada, y Vajraméiev con Antoshka se disponen a probarla. Por así decirlo, es un ensayo. Mírela, ahí la tiene, nuestra espléndida máquina...

La segadora, pintada de colores rutilantes, pasaba en aquel momento por detrás de la cerca del hospital. Volodia no entendía ni palabra de su funcionamiento, pero Bogoslovski gritó enfadado:

- ¡No comprendo qué tiene que hacer aquí Antoshka! Siempre rompe algo. Dígame que se baje

ahora mismo de la máquina...

Por un momento a Volodia hasta le dio risa: comprendió que Nikolái Evguénievich sentía un deseo enorme de correr hacia su segadora, pero no podía hacerlo porque quedaba todavía una operación por realizar, la más difícil y laboriosa. Un potro de raza del sovjós *La Bandera del trabajo* había dado una coz en el vientre al mozo de cuadra Bóbishev, un hombre ya entrado en años al que acababan de traer al hospital. Nikolái Evguénievich conocía y quería a este hombre, como a muchas otras personas del lugar, trabajadoras, activas, que tenían experiencia de la vida. Y con el rostro dolorido (por extraño que parezca, Bogoslovski, a pesar de tener tantos años de práctica, no había perdido en absoluto la sensibilidad), Nikolái Evguénievich dijo:

- Me temo que haya rotura del bazo. Fíjese, Vladímir Afanásievich, la palidez aumenta, la presión sanguínea baja; ¿nota usted el enfriamiento de la piel? Y náuseas, todo el tiempo tiene náuseas... Bueno, vamos a empezar...

Diestramente, con fuerza y arte, Bogoslovski hizo la laparotomía, mientras decía con voz pausada de qué manera, precisamente, tenía roto el bazo. María Nikoláievna le daba con agilidad y ligereza los instrumentos, y sólo se oía el seco golpe metálico de las tijeras, de las pinzas, de la sonda, o del bisturí que soltaba Nikolái. Evguénievich y la pesada respiración entre jadeos de Bóbishev.

- ¿Pulso? -preguntaba de vez en cuando Bogoslovski.

Ustímenko contestaba en voz baja, en el tono que tenían todos costumbre de emplear en la sala de operaciones del hospital de Chorni Yar. El grueso Vinográtov respiraba fatigosamente. El reloj de la antesala dio las dos, después las dos y media. A las tres y 32 minutos sacaron a Bóbishev. Nikolái Evguénievich se dejó caer en un taburete, permaneció inmóvil unos segundos, después dijo:

- ¿Será posible que no hayamos salvado al viejo?

En este mismo instante vio la segadora que iba a meterse contra la verja de hierro del hospital.

- ¡Antoshka! -enrojando de ira, gritó Bogoslovski-. ¡Antoshka solo! ¡Con cien mil pares de demonios, me van a estropear la máquina! ¡Y de dónde voy yo a sacar otra?

Encolerizado, quitándose sobre la marcha la bata y la máscara, salió corriendo del hospital, abrió de golpe la cancela, y, moviendo con cómicos aspavientos los brazos, empezó a dar grandes voces al albino, greñudo y audaz Antoshka. Desde la ventana de la sala de operaciones Volodia se quedó mirando a Nikolái Evguénievich que se sentó en el sillín de aquella máquina segadora tan querida para él y luego siguió avanzando, mientras a su lado corría Antoshka. Vio, también al mozo del hospital Vajraméiev, que, dando largas zancadas, había salido no se sabe de dónde y apretaba implorante las manos

contra el pecho santiguándose repetidamente.

- ¡Dios mío, pero qué hombre es éste, es asombroso! -dijo Nina Serguéevna, que también estaba asomada a la ventana al lado de Volodia-. Pero si ahora mismo estaba a punto de perder el conocimiento, ¿se ha dado usted cuenta, Ustímenko?

- ¡Es un maniaco, perdónale Señor! -dijo conmovida la enfermera de cirugía-. Si quieren un secreto, les diré que él mismo estuvo ayer hasta media noche montando esta segadora con Vajraméiev.

Unos veinte minutos después, cuando Volodia salía del hospital, Bogoslovski, en mangas de camisa y con tirantes, le gritaba a Vajraméiev:

- ¿No dije que era necesario apretar más el rodillo? ¿Y tú, qué?

El gorro blanco, que Nikolái Evguénievich había olvidado en su afeitada cabeza, lo llevaba cómicamente ladeado sobre una oreja, en todas las ventanas del hospital, en el jardín y en el huerto se sonreían los pacientes de Bogoslovski, que, dando con un hombro al larguirucho mecánico, sin irritación, pero con pesadumbre, le preguntó:

- ¿De dónde vamos a sacar ahora un volante? ¿De dónde? ¿Lo sacaremos de tu Antoshka?

- Pues sáquelo -repuso Antoshka, lloriqueando-, sáquelo, si es que yo tengo la culpa. Ustedes mismos han puesto el rodillo donde no hacía falta y ahora la toman conmigo. Siempre tiene la culpa Antoshka; he nacido con mala pata, es como para echarse la soga al cuello...

- ¡Ya, ya te daré yo a ti soga! -le gritó Bogoslovski. Dos caballos bien cebados se llevaron la segadora para repararla. Nikolái Evguénievich se echó sobre los hombros una vieja chaqueta y se dirigió a la oficina para firmar algunos documentos. Desde la ventana de la pequeña habitación a la que habían llevado a Bóbishev después de ser operado, Volodia pudo ver a Bogoslovski hablando con el jardinero Efim Márkovich, y luego vio cómo amenazó con un dedo al enfermo Paushkin, que padecía del corazón y estaba fumando ávidamente un enorme pitillo de fabricación propia, y cómo el médico principal cruzó el patio y entró en el ala izquierda del "aeroplano".

¡Salud, amada vida!

A la puerta de la sala lloraba silenciosamente la hija de Bóbishev, una muchacha de aspecto agradable, toda alterada. Y Volodia pudo oír cómo la tía Klasha le decía:

- ¡Ten confianza, muchacha! Tiene unas manos de oro, devuelve la vida. Aunque no cree en Dios, el mejor de los popes no puede ni compararse con él. El pope incienso, pero él sirve de verdad. ¡Piensa, mujer, y ten esperanza!

"Servir y no incensar", de nuevo, con satisfacción y firmeza, concretó para sí Volodia. "¡Qué verdad tan

grande acababa de decir la tía Klasha, asombrosamente justo!"

Tras de la puerta se hizo silencio, entró Nikolái Evguénievich y dijo a Volodia, que se había puesto de pie: "Siéntese", y él mismo se sentó en otro taburete. Sus ojos observadores, un poco oblicuos, escrutaron el pálido rostro de Bóbishev, le miraron detenidamente, con fijeza, tranquilos.

- Es un hombre de una inteligencia magnífica -dijo en voz baja-, esa inteligencia tan peculiar, jocosos, un carácter puramente ruso; he pasado ratos muy agradables con él. En general, debe saber usted que en nuestro distrito hay muchas personas excelentes. No hace mucho que en la ciudad uno de mis compañeros de curso, ahora doctor y profesor, autor de varias obras de medicina sobre temas de todos conocidos, pero un hombre impresionante e intachable por su aspecto externo, me dijo: "¿De seguro, Nikolái, que sientes nostalgia y bebes cerveza sin que nadie te vea?" Es verdaderamente sorprendente: tantos años de Poder soviético, cuántos cambios se han producido durante ellos, cuántos sueños se han realizado, y un profesor, una persona normal, todavía continúa pensando de nosotros, de mí y de usted, basándose en lo que en tiempos leyó en *La sala número 6* de Antón Chéjov, que forzosamente tenemos que sentir nostalgia y beber cerveza. Pues bien, fui por la tarde a casa de mi compañero de estudios, que se había dignado invitarme a una *soirée*, como se expresó él (fijese que estas palabras, aunque sea de contrabando, todavía se usan). ¿Y cómo se divertían?: *vintiat*.

- ¿Cómo, *vintiat*? -preguntó Volodia, sin comprender.

- Hay un juego que se llama así, *vint*, de cartas, nada tonto. Juegan apasionadamente, absorbidos, enajenados por completo. Y durante toda la tarde ni una sola palabra razonable, ni una sola idea. "¿Pero para qué diablos -pienso- habré venido yo aquí, necio de mí?" Un profesor, un doctor, autor de varias obras. No sin fundamento, sabe usted, se dice: "Todo lo tiene para su gloria, sólo nos hace falta él para la nuestra". ¿Pero, entonces, por qué es profesor? No, pienso, no es posible, me equivoco, no lo comprendo bien. Y empiezo a hablar con mi compañero de estudios sobre la endocrinología quirúrgica, y entonces él -¿se imagina usted tal cosa?- con aire protector, me da unas palmaditas en el hombro y me dice: "Hoy estamos descansando, pero, si lo deseas, puedes ir a mi clínica y hablar allí con mi auxiliar". Como es de comprender, no fui a ninguna clínica...

Nicolái Evguénievich se rió quedamente con una risita bonachona, salió al pasillo, habló algo con la hija de Bóbishev, y se dirigió al ambulatorio.

Por la noche Volodia estuvo de guardia en el hospital con Xenia Nikoláievna Bogoslóvskaya y la asistió en un parto en extremo difícil. Delgada, esbelta, las trenzas recogidas alrededor de la cabeza

bajo el gorro blanco, un cutis suave y sonrosado y la mirada al mismo tiempo acariciadora y severa, muy joven, Xenia Nikoláievna parecía una estudiante; mientras trabajaba, no dejaba de explicarle todo a Volodia, pero de tal manera que a éste no le parecía en absoluto que estuviera hablando con él una doctora experta, sino simplemente una compañera de curso, una camarada que sabía más que él.

La parturienta gritaba con una voz densa, atormentada, en la sala hacía mucho calor, Xenia Nikoláievna la aconsejaba:

- Haga esfuerzos, querida, esfuércese, dar a luz es un trabajo muy duro, pero después será un orgullo para usted ver el fruto de su trabajo: hija o hijo...

Tenía una manera de hablar parecida a la de Nikolái Evguénievich, y Volodia también hubiese querido aprender a hablar así:

- Dará usted a luz un niño...

- Quiero una niña -dijo con voz doliente la futura mamá-, los niños son todos unos granujillas, el chico de nuestro vecino, Motka, ayer mismo tiró una flecha a nuestra vaca...

De nuevo empezó a gritar, Xenia Nikoláievna se inclinó hacia ella, animándola cariñosamente, convenciéndola. Volodia sufría, se compadecía, arrugaba el entrecejo, después incluso hizo él mismo algún esfuerzo, lo que resultó hasta un tanto violento. La vieja comadrona lo advirtió y, sonriéndose, le dijo:

- ¿Usted también, Vladímir Afanásievich? Resulta hasta divertido: todos los estudiantes que vienen de prácticas hacen sin falta esfuerzos para ayudar. ¡Qué chocantes son ustedes, los jóvenes!

Hacia el amanecer, la comadrona, agarrando al niño de las piernecitas, le sacudió con su mano grande y colorada en las nalguitas, se oyó un fuerte berrido y anunció, como disculpándose:

- Ha dado a luz un granujilla. Tirará flechas o, a lo mejor, hasta piedras...

Volodia ayudó a Xenia Nikoláievna a darle unos puntos a la parturienta. Los hules, las sábanas, las palanganas, todo estaba lleno de sangre; la mujer yacía inmóvil, las mejillas y la frente de un terrible color azulado. Volodia le tomó el pulso. La mano estaba humedecida por un sudor viscoso a causa del sufrimiento.

- ¡Vamos a hacerle una transfusión de sangre! - dispuso Xenia Nikoláievna-. Ponga la ampolla un poquito más alta. Así...

Le inyectaron 500 centímetros cúbicos. Al rayar el día, la enfermera trajo un aparato para ponerle una inyección hipodérmica de suero fisiológico. Sin darse cuenta de lo que hacía. Volodia realizaba todo lo que Xenia Nikoláievna le ordenaba. "¡La muerte - pensaba él- la muerte! ¿Qué más podemos hacer? ¿Por qué no llamamos a todos los doctores, por qué no mandamos a alguien a buscar a Bogoslovski?"

Sonaban con un débil tintineo los frascos de

cristal, la esbelta Xenia Nikoláievna lo disponía despaciosamente todo. "¿será posible que no lo hayan comprendido todavía?"

Pero quien no lo comprendía era él. Cuando se hizo completamente de día, Volodia vio que las mejillas de la madre estaban sonrosadas. Los ojos de la mujer, ahora abiertos, estaban todavía vidriosos, no se daba cuenta claramente de nada, pero no, aquello no era la muerte, no era el fin, sino la vida, el principio...

A lo lejos, se oía el penetrante lloro de los recién nacidos; había llegado la mañana y las niñeras llevaban a las madres aquellas criaturitas -niños y niñas- con un número, para que los alimentaran, y pronto esta mamá acercará también su oscuro pecho repleto de leche a la boquita de su primogénito. Se olvidará de que prefería una niña, empezará a acariciar a su hijito y a cantarle una dulce e ingenua canción maternal, le contará a todos lo listísimo que es... Dos prodigios se habían realizado aquella noche a la vista de Volodia: una mujer, que según todos los cánones de la antigua obstetricia no podría dar a luz y quedar con vida, había dado a luz y estaba ahora viva, y un niño, que según estos mismos cánones no podría nacer vivo, estaba ahora vivo. Y todo esto lo habían hecho personas, hombres y mujeres, personas que, sin duda, no jugaban al *vint*, no organizaban *soirées* y no trepaban a los grados científicos para vivir en la opulencia, dormir en blando colchón y pasear alegremente en horas de grandes calamidades para el pueblo...

Con gran trabajo se imaginaba ahora Volodia las figuras de Séchenov, Gúboriev, Fiódorov, Kadián, Diákonov, London, Bogomolets, Spasokukotski. "¿Por qué sabemos tan poco de ellos?", pensaba con disgusto y pena Volodia. Pues la noche pasada todos habían estado presentes, habían tomado parte en aquel combate, habían vencido a la muerte, a la misma muerte, y, sin embargo, en los libros de texto se escribía muy poco acerca de ellos y de manera muy aburrida. "¡Los vencedores de la muerte!", así es como debería llamarse un capítulo sobre estos grandes hombres y otros como ellos.

- ¿Qué está usted farfullando ahí? -preguntó Xenia Nikoláievna-. ¡Todo el tiempo está usted murmurando algo entre dientes! Váyase a dormir ya.

- ¡Hasta mañana! -dijo Volodia.

- Hasta mañana, Vladímir Afanásievich -le contestó la joven doctora, sin saber por qué con una leve sonrisa.

La enfermera sostenía la toalla, Xenia Nikoláievna se lavaba las manos. Volodia seguía en el mismo sitio, sin moverse.

No podía marcharse así, sencillamente. Había sido demasiado larga aquella noche, había aprendido mucho en aquellas horas, un gran sentimiento de gratitud le embargaba.

- ¿Ha sido muy difícil? -preguntó, indicando con

la cabeza hacia la sala de partos.

- Complicado.

- ¿Muy complicado?

Xenia Nikoláievna se sonrió ligeramente:

- Sí, bastante.

- ¿Y ahora?

- Usted mismo lo está viendo...

Ya hacía buen rato que debía haberse marchado.

¿Por qué no se iba? Si ya le habían dicho "¡Hasta mañana!" ¡Demonio, pero qué tonto era! ¿Qué hacía que no se marchaba?...

- Si puedo serle útil, haga el favor de llamarme - macilento, avergonzándose de sí mismo, rogó Volodia.

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Ustimenko sintió deseos de besarle la mano, aquella mano que parecía débil, surcada de venas azules, aquella mano tan fina, tan magnífica, pero, como es de comprender, no se atrevió. Retrocediendo torpemente, desgarrado, con sus sandalias viejas y descosidas, se dirigió a la puerta. En el porche de la entrada se detuvo y permaneció unos momentos inmóvil: el jardín del hospital estaba lleno de trinos y cantos de pájaros, el rocío ya había desaparecido, pero el olor de las flores era tan intenso como por la noche. Un abejorro enorme, aterciopelado que zumbaba apaciblemente, dio a Volodia en una mejilla y siguió volando para sus tareas inaplazables.

"¡La vida! -pensó Volodia, sintiendo oprimida la garganta-. ¡Querida, difícil, verdadera vida, te saludo! ¡Lo ves, vida, yo te ayudo! Yo todavía sé muy poco, sólo sirvo para ser mandado, pero seré, sin duda alguna, seré como ellos. ¡Y mereceré tu aprecio, vida querida!"

Aquella mañana todavía fue a visitar a Bóbishev. El viejo se quedó mirando perplejo al joven y pálido doctor, y se quejó de dolores. Volodia le tomó el pulso, suspiró. ¡Dolores! Qué palabra más divertida. Pero si estás vivo, mi querido viejo, mi Bóbishev. Estás vivo y lo más probable es que todavía vivas muchos años. Y te trajeron al hospital casi muerto.

Mas Bóbishev no comprendía nada de esto. Y no es de extrañar, pues él no sabía de dónde le habían sacado los doctores del hospital. Ahora le dolía y se irritaba y hubiera sido absurdo pretender convencerle de que debía alegrarse de vivir.

Volodia durmió hasta mediodía. En casa de la vieja Daune todos andaban de puntillas.

- ¡Chis-s-s! -chistaba la vieja Daune-. ¡Chis-s-s, malditos diablos! El doctor está durmiendo. Ahora agarro la tranca y os mato a todos, y el doctor no os podrá curar. ¡Chis-s-s! ¡César, deja la flauta!

"La flauta -adivinó Volodia entre sueños-. César está tocando la flauta. ¡Eso es!"

¿En que consiste la felicidad?

En tanto Volodia tomaba su copiosísimo desayuno, la vieja Daune le trajo una carta de Varia.

Mientras comía, empezó a leerla, y un pastelillo de requesón se le atragantó. Prov Yákovlevich Polunin había muerto. ¡Muerto! ¿Pero cómo había sucedido esto? ¿Cómo? No, seguramente había algún error, sin duda sería otra persona con el mismo apellido, y todo se aclararía.

Sin terminar de comer, chancleteando con las sandalias (se había olvidado de abrocharse la correa), se fue corriendo al hospital. El periódico *Unchanski Rabochi* estaba sobre la mesa de la oficina. El Instituto de Medicina Séchenov comunicaba con hondo pesar la muerte prematura de su profesor, del doctor Polunin, y expresaba su condolencia a la familia del finado. El periódico publicaba también un artículo necrológico con un retrato *encuadrado en negro*. "El profesor Polunin, P. Y. -leyó Volodia a través de las lágrimas que brotaban de sus ojoser..."

Señor, pero qué poco se parecían a Prov Yákovlevich aquellas líneas aburridas, desmayadas, tediosas! ¡Qué funcionario parecía ser a juzgar por este artículo necrológico! ¡Qué hubiera dicho de sí mismo si leyera este vacuo, gris y trivial artículo escrito acerca de él! A qué venían las palabras sobre la "sensibilidad", la "afectuosidad", la "imagen inolvidable", que siempre le parecieron a Prov Yákovlevich expresiones propias de damas y de las que decía: "Librenme de sentimentalismos femeniles, con los que me sueltan tacos yo mismo me las entiendo..."

- Ha muerto -dijo Volodia con labios balbucientes, al encontrarse con Nikolái Evguénievich-. Polunin ha muerto...

- Lo sé -contestó Bogoslovski-; ya lo he leído en el periódico de hoy.

Y, apretando los puños, torciendo la boca con un rictus de dolor y pesadumbre, dijo:

- ¡Absurdo, inconmensurablemente absurdo! ¡Cómo se atrevía, qué derecho tenía él a despreocuparse de su salud con un cinismo tan descarado! Yo le decía siempre: Prov, deja de hacer tonterías, ¿qué estás haciendo con tu salud? Fumaba sin cesar, comidas con exceso de grasa; noches enteras sentado a la mesa de escritorio, empanadas, café, vodka, té... ¡Ah, pero usted no sabe cómo pasaba sus vacaciones! Una vez se fue hasta los mismos Grandes Rabiones del Uncha, compró allí un barquichuelo y se echó a navegar solo río abajo. ¿Se imagina usted? ¡Solo! Yo le vi de modo casual desde la orilla, desde la roca Plakún, y, créame, me corrió un escalofrío por todo el cuerpo. Después encendía una hoguera, se preparaba una sopa de pescado, fumaba, pensaba, pensaba sin cesar, indagaba, el cerebro en continua tensión, riguroso consigo mismo, de una exigencia verdaderamente increíble, siempre en movimiento, ni un segundo de reposo interior. Se podría pensar: ¿qué le hace falta a este hombre? Doctor, profesor, le llaman a la capital. Pero no, él se

reía y no hacía caso: "¡Qué profesor soy yo; yo soy un cuervo, y no un profesor! Cada persona, hermano mío, vale, si se va a comprobar, tanto cuanto realmente ha creado, menos su vanagloria. ¡Profesor! ¡Acaso en la historia de la ciencia no ha habido pocas personas que en vida fueron consideradas como diletantes y no pudieron llegar a ser profesores. y después de su muerte centenares de profesores viven a costa de la divulgación, y además sin talento, de las ideas de aquéllos! ¡También dirás que son profesores!"

Bogoslovski guardó silencio un instante y luego continuó pensativo:

- Unos seis años atrás quisimos celebrar el día en que cumplía los 50 años. Dios mío, qué escándalo nos armó, y de ahí no pasó la historia. "Pero, nos decía, es verdaderamente una estulticia estar sentado en un sillón escuchando discursos necrológicos sobre uno mismo. Empezarán a enumerar todos mis escritos; pero tres cuartas partes de ellos son absurdos, ¿entonces, qué, me ordenaréis que me levante de mi sitio de homenajeado y pronuncie un discurso reconociendo mis errores? ¿Y cómo no voy a tener yo errores cuando toda la medicina es la historia de los errores de los hombres?" ¡Prueba a convencer a un hombre así! Y, por si era poco, me tiró sobre la alfombra y empezó a preguntarme: "¿Qué prefieres, la vida o la muerte?" Y ahora...

Se callaron. Nikolái Evguénievich suspiró con hondo pesar y prosiguió:

- Es una pérdida enorme, irreparable. Además, era una persona absolutamente sincera. No sólo con los amigos, sino también consigo mismo. Era una naturaleza colosal, todo en él era amplio, grandioso. Y cuando alguna vez se me ocurría decirle que cuidara más de su salud, Polunin me contestaba: "Kolia, para mí es más interesante así". Y ahora, en un instante, de repente. Dicho sea entre nosotros, él soñaba con una muerte así. De repente, sin mixturas, sin gotas ni tabletas, sin consultas de médicos...

A Nikolái Evguénievich le tembló la barbilla y, con voz aguda, exclamó:

- ¿Y a lo mejor tenía razón? ¿Puede ser que, efectivamente, sea más interesante vivir como vivió él? ¿Más acertado para él? Hay naturalezas que no pueden, no quieren, no saben, en fin de cuentas, vivir con prudencia...

Bogoslovski encendió un delgado cigarrillo de tabaco barato, dio una prolongada chupada, apretó fuertemente los puños, uno contra otro, y preguntó:

- ¿Para qué vive el hombre?

Volodia, tristemente sorprendido, miró a Nikolái Evguénievich: "¿Será posible que este *viejo* (a Volodia, por su edad, Bogoslovski, naturalmente, le parecía viejo), será posible que este doctor con todo lo que ha hecho ya en su vida, y con todo lo que hace, se pregunte, a pesar de todo, tal cosa?..."

- ¿Para qué? -volvió a preguntar irritado Nikolái

Evguénievich-. ¿Acaso no ha pensado usted nunca en esto?

- He pensado...

- Me parece que fue Korolenko quien dijo que el hombre había nacido para ser feliz -continuó Bogoslovski-, para ser feliz, lo mismo que el pájaro para volar. Muy bello, pero impreciso. Esta misma felicidad se interpreta y se seguirá interpretando de diversas maneras. Por ejemplo, Polunin y ese mi compañero de estudios que ahora vive tranquilamente en Moscú y del que me parece que ya le he hablado, ¿quién de ellos ha conocido la verdadera felicidad? ¿Prov Yákovlevich, siempre arriesgándose en todo, o el jugador de *vint* Dmitri Borísovich? ¿El contradictor y demolidor Polunin, o Dmitri Borísovich, escritor de tesis que a nadie le hacen falta excepto a él? ¿Dónde está la felicidad, en el *vint* o en el barquichuelo que corre impetuoso entre nuestros bravíos rabiones gobernado por Polunin? ¿En la hipótesis arriesgada de Polunin o en la repetición de dogmas que no perjudican en nada, pero que tampoco ayudan en nada? ¿En la sensación de trágica impotencia que experimentaba Polunin y en el intento de rebelarse contra esta impotencia o en el sumiso reconocimiento de la impotencia, y además, de tal manera que, librenos Dios de ello, no recarguemos nuestra mente con reflexiones superfluas? El pueblo dice, y con mucha sabiduría: "Más vale estar muerto que llevar esa vida". ¿Acaso no es esto profundamente justo? Los hombres de espíritu fuerte ya en los tiempos de la antigua Roma afirmaban que no había mayor desgracia que perder el sentido de la vida en gracia de la existencia. ¿Cómo interpretar esto? Con toda seguridad se puede experimentar verdadera e incluso profunda felicidad estando tendido, por ejemplo, sobre la caldeada arena de la playa a orillas del mar, escuchando el canto de las olas, ¿no le parece? ¿Pero acaso no experimenta absolutamente la misma felicidad el ternero que trisca por los verdes prados levantando la cola? Lo uno y lo otro es la felicidad de existir, y con esta felicidad viven muchos llamados hombres, pero entonces, permítame que pregunte, ¿por qué, entonces, ellos, los hombres, son los dueños de la naturaleza? El amor del hombre y de la mujer a lo largo de muchos siglos se ha venido comparando poéticamente con el amor de los palomos: los palomos se arrullan, los palomos se besan y otras vaciedades, ensalzadas en el más alto grado. Pero yo no quiero compararme con un palomo. Sin referirme ya a que para un hombre entrado en años esto es ridículo, además de ser extremadamente tonto. La felicidad palomariega es insoportable para los hombres de la textura de Polunin. Si eres un hombre, para ti es poco la sensación de goce físico a orillas del mar. Es poco la mansedumbre de las palomas (además, fíjese usted que las palomas son pedigüneas y muy apegadas al hogar, por lo que

enternecen al hombre); todo esto es poco para ti, tú necesitas indefectiblemente avanzar, luchar, penetrar en el terreno de lo desconocido, sentir que tú eres necesario no sólo para ti mismo y para tus hijos (esto es poco para la sociedad), sentir forzosamente que actúas, que creas, que participas en la obra común...

- ¿Es decir, que la felicidad está en la lucha?

- ¿En la lucha? -se detuvo un instante a pensar Nikolái Evguénievich-. Pues sí, efectivamente, en la lucha, claro es. Si usted y yo estamos hablando del hombre en el verdadero sentido de la palabra, del hombre no sólo consumidor, sino del hombre impulsor, entonces, naturalmente, la lucha es la felicidad... Pero, vamos, ya es hora de operar...

Volodia trabajó toda la tarde en el ambulatorio y en la sala de recibo de los enfermos, pero, hiciera lo que hiciera, un pensamiento no le abandonaba: "¡Polunin ha muerto!" ¡No, no está, y no le veremos más! Ha muerto, no volverá a reír con su gruesa voz de bajo, no entrará ya en el aula con sus firmes y grandes pasos, ya no fruncirá pensativo su frente ancha, llena de pecas. "Ha muerto Prov Yákovlevich".

- Otra cosa sorprendente -echando un vistazo a la sala de recibo de los enfermos, dijo Bogoslovski-, otra cosa sorprendente en personas como Polunin es la ausencia de ambición. No le hace falta nada y no escribe en ninguna parte, ni pone su firma, ni imprime su marca: hecho por fulano de tal. Establecía un síntoma y no gritaba a voz en cuello: atención, fíjense ustedes, este síntoma lo ha establecido Polunin. Despreciaba todo esto, era un hombre de amplios horizontes, tenía un dilatado campo de acción. Pero después de pasar por el mundo tales personalidades, algo, indefectiblemente, cambia en la ciencia, de repente, bruscamente, y esto es en extremo interesante ¿no le parece, Vladímir Afanásievich?

Sólo por la noche Volodia leyó hasta el final la carta de Varia y se admiró una vez más de *su* Varia: siempre lo comprendía todo y nunca decía ni una palabra vacía, superflua; ninguna palabrería huera, ningunos balbuceos había en la descripción del entierro de Polunin, al que asistió y llevó un ramito de flores "de parte de Volodia". "Porque, ¿qué otra cosa podía hacer?", preguntaba Varia. "Yo, claro es, no he puesto ninguna cinta a las flores -escribía-, únicamente, al colocarlas, Susurré: de parte de Volodia, de su alumno, de Ustímenko. Esto, naturalmente, lo dije muy bajito, para que nadie lo oyera".

Cada día que pasaba, el trabajo iba aumentando. Los ojos de Volodia siempre abiertos, ávidos de captarlo todo, su disposición a actuar siempre, esa sinceridad respetuosa con la que hacía preguntas a Vinográdov, a Nina Serguéevna y a Xenia Nikoláievna, ese deseo de pasar desapercibido y de ser útil, pero con modestia, esa pasión por saber y

adquirir conocimientos que todos advertían en el practicante Ustímenko, todo esto en conjunto convirtió bien pronto a Volodia en una persona insustituible en cierto sentido espiritual y humano. Incluso la rígida enfermera de cirugía llamaba a menudo a Volodia para adiestrarle en aquella particular habilidad con que manejaba su complicado e importante instrumental. Teóricamente todo lo que le enseñaba María Nikoláievna lo conocía, pero siempre se sorprendía agradablemente al ver la rapidez, la exactitud y la destreza de su trabajo.

- Ve usted, he preparado un conjunto de instrumentos -le decía, tintineándolos-, los meto en el esterilizador, y, mientras, fíjese, sin perder un instante, me voy al lavabo y me lavo las manos para irlos dando durante la operación. Obsérvelo todo con atención, no deje pasar nada; llegará el día en que usted mismo tendrá que adiestrar a otro, no arrugue la cara, adiestrar, así es, precisamente, y sólo así. Sigamos. Me he puesto una bata esterilizada, el conjunto de instrumentos los saca del esterilizador la ayudante de la enfermera, y yo los cubro con una toalla, se encuentran en la parte izquierda de la mesa para el instrumental... Obsérvelo todo con atención, aprenda a economizar tiempo, tiene delante de sí a una enfermera de clase superior, extra, digna de un cirujano como Nikolái Evguénievich...

Volodia asistía invariablemente a todas las autopsias. Acompañaba a Nina Serguéevna cuando iba a visitar a los enfermos de las aldeas Opolie y Bolshoe Grídnevo. Y cuatro veces estableció el diagnóstico con exactitud: apendicitis aguda, cólico nefrítico, viruela loca y aterosclerosis. Trató él solo a dos enfermos, por lo que Vinogradov le ensalzó en la visita de la mañana y Bogoslovski dijo "hum". El mismo le hizo desaparecer la fea cicatriz junto a la oreja a Romka Chujnín, bien es verdad que lo hizo bajo la dirección de Nikolái Evguénievich. Y ahora el "versado en medicina" de la sala N° 5 hablaba con Volodia con voz adúlona. Ustímenko hizo algunas pequeñas operaciones más, y en el hospital, a pesar de la severa prohibición de Bogoslovski, todos le llamaban "nuestro Volodia", o Volódichka, o el doctor Volodia. Ustímenko se mantenía en una actitud grave, aunque era dado a la risa, casi nunca se sonreía, hablaba con frases cortadas, y de pronto, sin venir en absoluto a cuento, decía:

- Le ruego encarecidamente...

Pero no había por qué rogar. Simplemente tenía que ordenar, y nada más. Y no había por qué andar con miramientos con la persona a la que daba una orden. Pero Volodia andaba con miramientos e incluso pedía perdón.

Hubo situaciones un tanto embarazosas. Un día, una mujer que él había curado en el ambulatorio de mastitis, estuvo esperándole en un banco junto a la salida del hospital, y, al verle, le alargó un cestillo de mimbre limpio y nuevito, y le dijo:

- Esto es para ti, Volódichka, miel de abeja. Cómela a satisfacción. Eres una buena persona y te estoy muy agradecida por haberme curado. Hay también pepinillos, todavía con la florecita, y tomates, y nabos dulces. Tómalo.

- ¿Para quién? -dijo Volodia, sin comprender, sosteniendo el cestillo en la mano.

- Para ti, para ti, Vladímir Afanásievich, te lo he traído como prueba de mi agradecimiento.

- ¿Pero, Antónova, se ha vuelto usted loca? -preguntó Volodia, poniéndose colorado como un tomate.

La mujer sacudió una mano con un gesto de despreocupación y se dirigió presurosa al poste donde ataban los caballos cerca del ambulatorio. Volodia se quedó parado un instante, después chancleteando con sus sandalias descosidas, echó a correr tras Antónova.

- ¡No se atreva a hacer tal cosa! -gritaba corriendo hacia el carro-. Yo no permito esto, la llevaré a...

Después, durante mucho tiempo se sintió avergonzado al recordar sus disparatados gritos, sus amenazas y el bondadoso y asustado rostro de Antónova. Otra vez, un taimado campesino con la boca torcida, al que todos conocían por el apodo de Kozodói, le pidió en secreto seis rublos.

- ¿Para qué? -le preguntó Volodia.

- ¿Qué día es hoy? -interrogó Kozodói.

- Pues hoy es viernes.

- ¿Qué santo es? Eso es lo que te pregunto, querido camarada, magnífico doctor nuestro.

Volodia no sabía qué santo era ni tenía tiempo de conversaciones, y Kozodói recibió los seis rublos. Por la tarde el maldito encargado del almacén del embarcadero estaba borracho. Bogoslovski hizo una rigurosa investigación y se descubrió que el culpable era Volodia. Kozodói declaró que para festejar el día de su santo había recibido del doctor Ustímenko la suma de dinero que le había pedido. Volodia se ganó una buena reprimenda.

- Perdóname -le dijo después Kozodói-. El médico principal me puso el puñal al cuello, preguntándome ¿quién ha sido, quién? Y yo, que soy un hombre que lleva el corazón en la mano, cumplí lo que me pedía Nikolái Evguénievich, me franqueé y le di tu nombre...

En el ambulatorio, cuando visitaban las salas de los enfermos, en la sala de curas, Bogoslovski aprovechaba todos los momentos para instruir a Volodia:

- El alemán Bier se expresó en sus tiempos bastante rudamente, pero con razón: "de tanto operar se entontecen". Primeramente se debe pensar en cómo curar al enfermo, y no en qué intervención quirúrgica proponerle. La operación debe ser *categoricamente necesaria*.

En otra ocasión Bogoslovski le dijo:

- Escuche, ¿pero por qué habla usted al enfermo

como si le consultase? Debe comprender usted que el enfermo es un ser débil, desconcertado, agotado por el sufrimiento, lo que él necesita es que lo *dirijan*, y usted parece que estuviera en la Cámara de los Lores.

Un día, al advertir que Volodia, extenuado por el calor, estaba sentado en el ambulatorio medio derrengado en una silla, Bogoslovski montó en cólera:

- ¿Está usted enfermo?

- Hace tanto calor...

- ¿Calor? -Bogoslovski se puso rojo bajo la tez tostada por el sol-. Váyase a su casa, si está tan cocido. El médico tiene que ser no una ternera cocida, sino un *hombre* enérgico, fuerte, al que sea agradable subordinarse. Usted está obligado a ser moralmente un titán, un ser de leyenda, fabuloso, y no un plato de gachas. El enfermo debe procurar ponerse sano para satisfacer a su buen doctor. Y usted está obligado a influir sobre el enfermo con su personalidad, y no sólo con el bisturí, con la fisioterapia, y con las mixturas. Váyase a casa y regrese como un hombre.

- ¡Yo no puedo ser un ser de leyenda! -contestó Volodia malhumorado-. Yo soy Ustímenko.

- Vaya al río, báñese y vuelva después. ¿Ha comprendido?

- ¡Comprendido! -respondió Volodia, resentido.

Al día siguiente Bogoslovski le preguntó:

- ¿Ha leído usted alguna vez los Evangelios?

- ¡No! -contestó Volodia, de mala gana.

- Pues yo, por ser hijo de un pope, los he leído, como es natural. Y allí se habla también de usted.

- ¿De mí? -sorprendióse Volodia.

- En el Evangelio de S. Lucas se dice: "¡Ay de vosotros, si todos os dicen palabras halagüeñas!". ¿Ha comprendido? Recuerde esto también: es para mí mucho más fácil y más sencillo operar que permanecer a su lado con las pinzas en la mano. No tome, pues, a mal mis observaciones, porque no hacerlas también me sería mucho más fácil que hacerlas... Por eso, avergüéncese de haber dicho ayer que usted no es un ser de leyenda, sino Ustímenko. Yo quiero que usted en el futuro sea de leyenda.

Bogoslovski se fue. Volodia se bebió dos vasos de agua mineral y pensó: "Nunca me he encontrado en una situación como la de hoy. ¡Vaya un repaso! Esto ni siquiera se lo puedo contar a Varia. ¡Bueno, por lo que hace a lo de la leyenda, sí puedo!"

Por las noches, Volodia hacía la guardia con Vinográdov la mayoría de las veces. A eso de las doce el viejo doctor se preparaba su cama en un diván de la sala de guardia, se duchaba y se acostaba a dormir, carraspeando con satisfacción. Ustímenko recorría entonces las salas, vigilaba para que las enfermeras de guardia no se durmieran, para que los enfermos no jugaran al ajedrez en el pasillo pasada la media noche y no se molestaran mutuamente charlando después de la hora de silencio. Dos o tres

veces durante la noche despertaba sin falta a Vinográdov:

- Sávchenko tose.
- ¿Qué? -preguntó enfadado Vinográdov.
- Sávchenko, de la tercera, tose. Le operaron ayer y tengo miedo que...

Vinográdov, sin protestar, se vistió entre bostezos y carraspeos y fue a la sala N° 3, pero Sávchenko ya no tosía, estaba durmiendo. Vinográdov esperó inmóvil en el pasillo, y, poniendo una cara expectante, escuchó:

- ¿Qué le pasa? -le preguntó Volodia, confuso.
- Pues, ya ve, estoy escuchando.
- ¿El qué, Konstantín Ivánovich?
- Por si estornuda alguien.

Volodia torció la boca con una sonrisa triste.

- Si estornuda alguien, despiérteme -dijo Vinográdov, al irse-. Entonces vendré y le diré: ¡Salud! Pues esto es imprescindible, ¿no es verdad?

- ¡Je-je! -Volodia se rió con una risita fingida, despreciándose a sí mismo por esa estúpida risita. ¡Pero qué podía hacer con su maldita escrupulosidad!

Al cuarto día de guardia, Vinográdov le prohibió que le despertara. Solamente le permitía despertarle previo acuerdo con Angelina Modéstovna: la enfermera de guardia, una mujer ya de edad, nariguda y callada.

- Yo soy un hombre ya gastado, y, amigo mío, dormir es para mí una cosa fundamental -le dijo Vinográdov-. Perdone, naturalmente, pero hoy las he contado: once veces me ha despertado usted sin que fuera necesario en absoluto...

- Bueno, si usted... -empezó a decir Volodia...

- ¡Váyase con cien mil diablos! -le aconsejó Vinográdov amistosamente-. Dentro de poco cumpliré sesenta años, ¿comprende usted esta circunstancia?

Y se dispuso a prepararse el lecho para dormir cómodamente, riéndose por lo bajo y farfullando alguna cosa para sí: igual que un oso viejo y sagaz. Después, ya acostado, bostezó a gusto y prolongadamente y dijo:

- Ya sé lo que usted está pensando en este momento: me está censurando, sin duda. Pero yo, joven, le aconsejo que no lo haga. Nosotros, los médicos viejos, no somos mala gente, honrados en la mayoría de los casos, cumplidores y hemos visto mucho. Mucho. ¡Oh! mucho...

Volodia escuchaba en silencio.

- Bajo el zarismo, que usted, por fortuna, no ha sufrido, vivíamos con incontables penalidades, sobre todo si eras un hombre joven con ideas y pensabas. Entre éstos, naturalmente, no incluyo a los que estaban de moda, hacían las visitas en su propio carruaje y tenían ansia de bienes. Yo, amiguito, antes de la revolución había prestado mis servicios más de diez años en la aldea, y sabía muy bien lo que es pasar dificultades. Usted me mira y seguramente está

pensando: qué egoísta es Konstantín Ivánovich, se preocupa de sí mismo, se cuida. Efectivamente, me cuido cuando la vejez está a la puerta. Siento deseos de vivir todavía, quiero pisar la tierra y la hierbecita verde, quiero vivir todavía como vivo ahora: me estiman, me tienen en cuenta, estoy muy lejos de ser el último en nuestros lugares y, por otra parte, ¡hay motivos para ello! He trabajado lo mío, no como de balde el pan que me como, y esto todo el mundo lo sabe. Y tenga usted en cuenta, mi querido y joven amigo, que antes nuestro servicio no estaba exento de peligros. El sesenta y siete por ciento de los médicos rurales que morían, sucumbían a causa de enfermedades contagiosas. ¡El sesenta y siete por ciento! ¡No es pequeña la cifra! Y sabiendo a lo que nos exponíamos, íbamos a las aldeas, a los lugares más remotos, y trabajábamos sin tener la menor compasión de nosotros mismos. A lugares tan abandonados y remotos como hoy no se encuentran, pues ya han desaparecido. ¿Y en qué condiciones se trabajaba? El profesor Sikorski calculó que más del diez por ciento de los médicos rurales morían a consecuencia de suicidios. ¡Mas del diez por ciento! ¿Qué ocurría? De cada cien, sesenta y siete morían contagiados por los enfermos y diez se suicidaban. Ahí tiene usted el cuadro de la vida rusa. Extenuadora, expresándose con blandura. Y tal ha sido mi vida, mi buen amigo, por eso ahora se quiere dormir, cuando es posible. ¡No lo censure!

- Yo no lo censuro.

- ¡No es cierto, lo censura! Es cosa propia de ustedes, de la juventud, juzgar a todos y censurar a todos. Pero, nosotros, los viejos, no somos así. Hemos vivido nuestra vida de tal manera que, en realidad, no tenemos nada de qué arrepentirnos ante ustedes. ¿Comprendido, señor mío? ¡Márchese usted, pues, en paz!

Volodia salió de la habitación de guardia sin hacer ruido, subió por la escalera de caracol, se sentó en un banco de la solana, en la terraza del "aeroplano". A lo lejos, en la lejanía infinita de la lóbrega bóveda celeste titilaban las estrellas con cálida e inquieta luz. Puede ser que también las viera su padre en España, y Varia en la ciudad, y la tía Aglaia en alguna Casa del Campesino en una aldea, y Gánichev, y Puich, y Rodión Mefódievich desde el puente de su navío...

Estrechándose con fuerza una rodilla entre las manos cruzadas, echó la cabeza para atrás y permaneció así largo rato, en el silencio de la noche estival. Su corazón latía rítmicamente, tranquilo, la cabeza la sentía por completo despejada, las ideas eran precisas, rigurosas y felices. "Los hombres son gente magnífica -pensaba Volodia-, verdaderamente magnífica. No importa que Zhenia Stepánov sea un cerdo, que Dódik y Valentina Andréevna sean seres despreciables. Los hombres no son ellos. Los hombres son otra cosa. Los hombres son Bóbishev y Vinográdov, Bogoslovski y su mujer, el tío Petia y el

audaz agente, su padre y Varia, Gánichev y el difunto Polunin. Es muy importante que la persona sea necesaria, útil, una persona de la cual la gente, la gente buena, no pueda prescindir. ¡Todo lo demás son vaciedades!"

Desde la terraza oyó el timbre del portón de entrada al hospital: traían algún enfermo a la sala de ingreso. Sin duda, una operación urgente. Se encendió la luz en la habitación de guardia; quería decir que Angelina Modéstovna había despertado a Vinográdov. Y al instante se iluminaron los grandes ventanales cuadrados de la sala de operaciones.

- ¡Un caso difícil! -dijo Vinográdov, mientras se lavaba las manos.

Y a pesar de que el estado del enfermo era desesperado, Konstantín Ivánovich emprendió el combate. ¡Qué es lo que no harían durante estas dos horas! A Vinográdov se le caló la bata de sudor. Angelina Modéstovna esterilizó dos veces los instrumentos. A Volodia también le escurría el sudor bajo la máscara. Sin embargo, fueron impotentes. Sólo consiguieron alargar un poco la lucha entre la vida y la muerte, pero resultó vencedora la muerte. Murió sobre la mesa de operaciones: era un hombre bien parecido, de frente ancha y despejada, potente torso, que iba palideciendo lentamente, la boca firme, de labios apretados, los brazos musculosos.

- ¿Todo? -preguntó Vinográdov.

- Todo -respondió Volodia, y puso la yerta mano del difunto sobre la mesa junto al torso, como una cosa inerte.

Konstantín Ivánovich se quitó la máscara.

- Qué se podía hacer, demonio -dijo, respirando fatigosamente todavía-. Le han metido cuatro balas, y en qué sitios... Pero era un hombre recio...

Miró apesadumbrado aquel rostro inmóvil y se dirigió hacia la puerta. La enfermera Sonia le preparó unas gotas de valeriana con convalaria. Vinográdov tomó las gotas como si fueran vodka, carraspeó y dijo irritado:

- ¿Cómo es posible? ¿Disparar sobre un hombre joven, sano, eh? Podía haber vivido todavía cincuenta años más...

- ¿Cómo ha ocurrido? -le preguntó Volodia después, ya en la habitación de guardia.

- Ella no quería a su marido y amaba a este hombre -dijo Konstantín Ivánovich-. Pero el marido amaba a su mujer y mató a su rival...

Vinográdov suspiró profundamente y abrió de par en par las dos hojas de la ventana. A los oídos de Volodia llegó un lamento apagado.

- Es ella -dijo Vinográdov-. Vaya usted, Vladímir Afanásievich, ayúdela. Se siente mal.

Volodia se acercó a un banco del jardín. Angelina Modéstovna y Sonia ya estaban allí, confortándola.

- ¡Dios mío, Dios mío! -oyó Volodia una voz ahogada que desgarraba el alma-. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Y por qué? No, ¿por qué? Déjenme, déjenme

ahora mismo...

- ¡Déjenla! -ordenó Volodia.

Y él mismo acompañó a la mujer hasta la sala a la que habían llevado el cadáver. A la entrada, la mujer se dejó caer de rodillas y fue arrastrándose hacia él, hasta el hombre amado, con los brazos extendidos y murmurando:

- Perdóname, perdóname, perdóname, perdóname, perdóname...

Después, susurró, llamándole:

- ¡Igor!

Y con voz todavía más apagada:

- ¡Igor!

Se quedó mirando a Volodia, y toda su cara se estremeció con un ligero temblor.

- ¿Y no se puede...? ¿No se puede hacer nada?

Volodia no respondió. El rostro del difunto estaba ahora completamente blanco. Sólo el suave vientecillo de la noche agitaba apenas sus rubios cabellos, como si fueran de un ser vivo.

- ¡Ustedes lo han matado aquí, bandidos! -gritó de pronto la mujer-. Yo le he traído con vida. ¡Ustedes lo han matado, miserables! ¿Qué, puerco, mocosos, has estado estudiando en el cuerpo de él? ¿Sí? ¿Has estudiado en el cuerpo de un hombre indefenso? ¡Habla!

- ¡Cómo no le da vergüenza! -dijo Volodia-. Cómo se atreve...

Angelina Modéstovna, Sonia y el mozo del hospital Nefiódov se pusieron delante de Volodia para protegerle, pues la mujer, seguramente le hubiese arañado la cara.

- Váyase -dijo Sonia-. Váyase, Vladímir Afanásievich. No tiene por qué darle explicaciones...

Y él se marchó, aplanado, angustiado, infeliz. Entreabrió la puerta de la habitación de guardia, escuchó la respiración tranquila de Vinográdov y se dirigió al jardín del hospital. Pero desde allí se seguían oyendo los gritos de la mujer:

- ¡Asesinos! ¡Malditos asesinos! ¡Ustedes lo han matado, ustedes, ustedes!

Y entre sueños Volodia vio su rostro desfigurado, lleno de odio, con espuma en los labios. ¿Por qué mostraba tal rencor hacia los médicos? ¿Acaso podían salvar ellos a un muerto? ¿Acaso podían realizar un milagro?

Al día siguiente se marchó. Bogoslovski le escribió una carta para el Instituto, la cerró y selló con lacre; luego, acompañó a su practicante hasta el embarcadero. El día era húmedo, caía una lluvia menuda, densos nubarrones grises se cernían sobre las cúpulas de la catedral de Pedro y Pablo. Lo mismo que el día de la llegada de Volodia, Nikolái Evguénievich saludaba todo el tiempo, a derecha e izquierda, entornaba sus inteligentes ojos de tártaro y decía:

- No le dé importancia. No hace mucho en el periódico *Izvestia* leí que en Ribinsk no sólo

insultaron al doctor Nikolski, sino que le dejaron maltrecho. Y en Ivánovo-Voznesensk un hombre llamado Feoktístov echó ácido nítrico al médico Vijman. Y a la médica Nartsísova casi la mataron. ¡Buenos días, Serguéi Semiónovich! En Kaluga tres morfinómanos armaron un escándalo en el hospital. ¡Muy buenas, muy buenas, Alexéi Petróvich! Pero créame, Vladímir Afanásievich, ahora se producen mucho menos casos de éstos que antes de la revolución. Ocho veces menos. ¿Comprende? Y pasarán algunos años y todo esto se olvidará por completo y para siempre; desaparecerá como un sueño desagradable y repulsivo.

Estrechó la mano a Volodia y se dirigió hacia su carricoche, encorvado, con su viejo impermeable y una pequeña gorra de visera con un botón. Pero de pronto se volvió, guardó silencio, fijó en Ustímenko su mirada de gallo y le preguntó:

- Escuche, Vladímir Afanásievich, puede ocurrir que tenga que marcharme a lugares muy lejanos; pero esto no será ni hoy ni mañana. ¿Vendría usted conmigo?

- ¿Y Chorni Yar?

- Se quedará en el mismo sitio -contestó con ironía Bogoslovski-. Pero aquí, se lo digo honradamente, no se puede avanzar más. Y a mí me gusta toparme con las dificultades, derribar muros, demoler, para empezar todo de nuevo, desde el principio. ¿Entonces, vendrá usted?

- ¡Iré! -dijo Volodia con decisión y firmeza, agradecido y alegre-. Perdóneme por todo y muchas gracias.

- ¡Sólo que, por ahora, es todavía un secreto! -advirtióle Bogoslovski-. ¡Pero la cosa será muy interesante! ¡Oh, sí, muy interesante! ¡Difícil será la cosa; Dios mío, y qué difícil!

Después de esto se marchó definitivamente. Y a Volodia le dio gusto ver con qué habilidad, gallardía y ánimo tomó las riendas, sacudió con la tralla al caballo tordo y, sin volver la vista atrás, sumido, como siempre, en sus pensamientos, emprendió el camino de regreso al hospital.

"¡Hasta la vista, querido amigo! -dijo Volodia para sí, mirando con tristeza en dirección al coche, que ya se había ocultado en la lejanía-. ¡Hasta la vista, hombre probo! ¡Muchas gracias a todos por todo! Y también por las últimas palabras. Seguramente no valgo tan poco cuando me ha propuesto un trabajo difícil. ¡Y es muy importante para uno mismo saber por los demás que no eres un ser insignificante!"

Capítulo X.

Dodik y su esposa.

Sólo había transcurrido mes y medio y Volodia había cambiado de tal manera que Varia no exclamó al momento "¡Ah, Volodia!", cuando le vio delante de ella. Era un hombre alto, ancho de hombros, la

cara le azuleaba con una crecida barba, la cabeza descubierta, vestido con su arrugado impermeable de lona y fuertes botas altas.

- ¡Ah, Volodia! -exclamó Varia, feliz y sorprendida. No cesaba de lloviznar; el otoño había empezado temprano y lluvioso. Varia tenía las mejillas cubiertas de diminutas gotitas; las lenguas pestañas de Volodia, el impermeable, el cabello, todo estaba mojado. ¡Dios mío, pero qué grande se ha puesto este Volodia!

- ¡Vaya, se han mojado los libros! -dijo Volodia.

- ¡Saluda, hombre! -y Varia apartó a un lado el paquete de libros, pues el envoltorio le estorbaba para estrechar a Volodia por los hombros, atraerle hacia sí y besarle. Pero ella siempre tenía su propia manera de hacer las cosas y besó a Volodia.

- ¡Cómo hueles a hospital! -dijo Varia-. ¿A juzgar por tus cartas, ya eres un doctor consumado, eh? No te sonrías con ese aire de indulgencia, contesta...

- ¿Qué te voy a contestar? -preguntó Volodia-. Soy un semimédico corriente, y nada más. En todo caso, no te aconsejo que vengas a que te cure cuando estés enferma.

- Pues Eugenio ha vuelto dándose mucha importancia...

Subieron a pie la suave pendiente que conducía al muelle del río. La llovizna no cesaba, a lo largo del camino corrían arroyuelos turbios. Varia hablaba sin parar. Volodia se quedó mirándola sorprendido, antes no era tan locuaz. ¿Habrá ocurrido algo?

- ¿Hace mucho que no recibes cartas de allá? -preguntó Volodia.

- ¿De allá? ¡No! -dijo Varia-. No se ha recibido ninguna desde hace mucho. ¿Has leído el periódico de ayer? Cómo han forzado el Ebro: es una brigada magnífica. La batería que lleva el nombre de Thälmann...

- ¿Qué estás ahí cascando? -pregunto Volodia.

Ella iba a su lado, pero con la cabeza vuelta. Volodia la asió con fuerza de un hombro y la volvió hacia sí. Como es natural, estaba llorando.

- ¿Le han herido? -interrogó Volodia.

- No -dijo Varia con firmeza-. A tu padre no le han herido, y el mío está vivo.

El no prestó atención a esta extraña frase.

- ¡Entonces, no tienes por qué llorar! -dijo Volodia-. Te has estropeado en mi ausencia, eso es...

- Sí -confirmó Varia-. Tengo los nervios desatados.

- ¡Pero qué hablas tú de nervios, criatura! Da hasta risa oírlo...

Fueron directamente a casa de los Stepánov, pues la tía Aglaia no llegaría hasta el día siguiente del distrito de Tishinski. Eugenio estaba indolentemente tendido en el diván. También había vuelto de las prácticas, pero su estado de ánimo no era nada halagüeño.

- ¡Estoy que echo chispas! -dijo, en cuanta Varia

salió-. Y no tengo a quien pedirle consejo. Sencillamente, es una historia idiota. Comprendes, ella me gusta como camarada y como mujer, pero eso de casarse... hay que pensarlo muy despacio. Y luego, si al papaíto -nuestro decano- se le ocurre darle a la lengua, estoy perdido, yo... un crío...

Volodia le escuchaba con el ceño fruncido.

- En tales casos yo no sirvo para consejero -dijo, después de una pausa-. Lo único que te puedo decir es que, naturalmente, eres un miserable.

- ¡Y tú, un santo! Espera, espera que mi hermanita te ponga los cuernos, con toda tu santidad, entonces sí que sabrás lo que es bueno. La fisiología es la fisiología.

Volodia hubiera querido enfadarse con él, pero no pudo. "En esto ocurre igual que con los rubios y con los morenos -pensó...-. Nadie tiene la culpa de haber nacido moreno. Igual le pasa a Zhenia: no se puede hacer nada con él, con su egoísmo descarado, ciego, con su ruindad, con esas verdades de la vida en las que él cree a pies juntillas".

Sobre una pequeña mesa redonda estaban extendidas, para que pudiese verlas todo el que llegase, varias hojas de papel con las opiniones acerca del trabajo del camarada Stepánov, E. R. como conferenciante de sanidad. Volodia leyó algunas de ellas de diversas dimensiones, todas con su correspondiente sello, unas en hojas de cuaderno, otras en hojas de impresos ya escritas por el reverso, las terceras en hojas de las libretas de notas. Las conferencias de Eugenio las alababan mucho, había hablado sobre los métodos profilácticos de lucha contra el cáncer, sobre la higiene personal, sobre la infección anaerobia, sobre los medios de combatir la erisipela, sobre el fortalecimiento del organismo de los niños.

"Las perspectivas optimistas dadas por el camarada conferenciante...", leyó Volodia en una de estas hojas.

- ¿En general, una conferencia cada día? -le preguntó Volodia.

- ¿Qué piensas? Ha habido ocasiones que hasta dos. ¡No sabes tú qué avidez tiene el pueblo soviético por las conferencias científicas!... Querido, he andado ajetreado como un burro.

- ¿Y qué hacías en el hospital?

- ¡Oh! -pronunció con tono impreciso Eugenio-. Y ten en cuenta, además, las clases con el personal médico subalterno, las conversaciones en las salas con los enfermos, y otros trabajos sociales...

- ¡Es decir, que has realizado las prácticas como si fueras un agitador de masas!

¡Era sorprendente la capacidad de Eugenio para no ofenderse y pasar por alto cualquier cosa desagradable!

- Bueno, chico -se limitó a decir-; tú, amiguito, no sabes lo que es la vida.

De la calle, con alegre roce de patas en el suelo,

entró Shárik, bien cebado con las comidas que le preparaba Varia; ahora tenía el pelo reluciente, los ojos brillantes y húmedos.

- ¡Erns! -gritó Varia-. ¡Ven acá! ¡Muérete, Erns!

El tricolor ex-Shárik "se murió", luego le trajo un zapato a Varia, después "dio el la". "¡Completamente como una chiquilla!", pensó Volodia, mirando con indulgencia, como un viejo, a Varia.

- ¡Ay, precioso mío! -gritó Varia a Shárik-. ¡Ahora mismo te como! -Y, en efecto, le mordió en una oreja.

- ¡Esto es una casa de locos! se lamentó Eugenio. Empezó a pasearse por la habitación, chancleteando con las zapatillas, mientras se deshacía en alabanzas al profesor Zhovtiak. Según sus palabras, resultaba que Guennadi Tarásovich era un "viejo bondadoso", un "viejo simpático", un "viejo que sabía", "nuestro viejo". Resultó también que Volodia tenía la culpa de la actitud hostil de todo el curso hacia Zhovtiak. Había que rendirle respeto por la edad, por el camino recorrido, por el noble y bondadoso corazón del viejo.

- ¿Pero cuándo le has conocido tan de cerca? -inquirió Volodia.

- Ha vivido en la casa de campo en Zaimische -contestó Eugenio-. Hemos ido a pescar juntos, y, en general, hemos simpatizado.

- Venga, sigue por ese camino -sonrió se Volodia-. Sois tal para cual.

- ¡Eso es una idiotez!

- ¿Por qué es una idiotez? Ya lo verás, él empezará a encumbrarte. Al papaíto de Iraída le es violento hacerlo, y Guennadi Tarásovich debe apoyarse en alguien. También podéis atraer a Misha Shérvud, aunque no hace pareja contigo, él es inteligente...

Zhenia movió la nariz con una mueca cómica, como una liebre, y con su sinceridad engañadora dijo:

- ¡Pues mira! ¡Es una idea! Shérvud es un muchacho capaz, incluso de talento, Guennadi Tarásovich puede confiar en él plenamente...

El abuelo Mefodi llegó del mercado, empezó a hablar detalladamente de los precios y de que no había manera de encontrar hígado de ternera.

- Zanahoria hay toda la que quieras... ¿pero para qué diablos nos hace falta? ¿Somos liebres, o qué? -preguntó malhumorado-. Mira, la cesta está llena de zanahorias, pero lo que es hígado, ni en un sólo puesto, no se puede encontrar por ninguna parte.

- Querido abuelo -empezó a decir Eugenio-, ¿y cuando tú eras campesino antes de la Revolución, comías carne con frecuencia? Seguramente de Pascuas a Ramos...

El abuelo se turbó.

- ¡Ves, ves! -continuó Zhenia, con tono aleccionador-. Todavía, se comprende, existen inconvenientes, sobre todo en el comercio, pero

echar pestes de todo, no está bien... Chismorrerías del mercado, nimiedades, habladurías pequeñoburguesas...

- Pero si el hígado lo quería para vosotros -dijo el abuelo-, no para mí. A mí. A mí me da igual. Mira. Varia siempre come el hígado con gusto...

- Deja en paz al abuelo -dijo Varia. ¿Por qué te metes con él?

Y se dirigió a Volodia lamentándose:

- Ha llegado ayer y no hace más que dar lecciones a todos.

Varia se sentó al lado de Volodia, le agarró del brazo y le miró a los ojos.

- ¿Sabes? -dijo Varia-, hoy es el cumpleaños del Dódik de mamá. Es una tontería, pero se ofenderán si no vamos. Estamos invitados y advertidos de antemano, etc., etc. Tú debes venir con nosotros.

- Sí, sí, -confirmó Eugenio de buena gana. Iremos a padecer todos juntos. Allí, la pitanza, en general, es bastante mala, una aburrición, naturalmente, pero la madre es la madre, y no se puede echar por la calle de en medio. Lávate, cámbiate de ropa y nos damos el bote. Después de todo, somos jóvenes, la flor de la vida, y tenemos que adornar con nuestra presencia su sociedad pequeñoburguesa...

- La maleta la tienes en el pasillo, al lado del cuarto de baño -dijo Varia.

Eugenio cerró bien la puerta de la habitación en cuanto salió Volodia.

- ¿No le vas a decir nada?

- No, no puedo.

- ¿Entonces, se lo digo yo?

- No se te ocurra. Nadie puede decírselo si no es papá.

- Pero si vas a estar llorando todo el tiempo...

- ¡Eso no es cosa tuya!

Eugenio se encogió de hombros.

- En todo caso, hay que retenerle aquí el mayor tiempo posible -aconsejó Eugenio-. Estando entre la gente, siempre se soporta mejor. Bueno, y el mismo hecho en sí: perecer en el combate contra el fascismo, y, además, como ha perecido Afanasi Petróvich...

- ¡Calla!

Volodia sacó de la maleta una muda de ropa interior lavada y zurcida por la viejecita Daune, sacó el sobre sellado con lacre, unos calcetines, una corbata, que no había tenido ocasión de ponerse en todo el tiempo de las prácticas, y una camisa gris. Con nostalgia miró el envoltorio de libros atados con una cuerda. En Chorni Yar no había leído ni una línea.

Zhenia salió al pasillo, y, al ver el sobre, lanzó un silbido:

- ¡Oh, oh! Me imagino lo que habrá ahí escrito. Vamos a abrirlo con cuidado, después dices que los sellos se han desprendido solos. ¡Leámoslo, será muy

interesante!

- ¡Déjalo donde estaba! -le ordenó Volodia.

- ¡Cómo apestas a hospital! -dijo Eugenio-. ¡Y no has traído ninguna cosilla! Pues yo, dicho sea entre nosotros, me he hecho con un magnífico corte de traje bajo cuerda en el almacén del lugar. Di allí una conferencia, gratuita, claro está, sobre el tema: "La higiene en el matrimonio", la aderecé con una salsa un poco picantilla y todo arreglado. Es el quinto curso, y hay que tener buen aspecto...

Volodia callaba pacientemente: había resuelto no volver a enzarzarse con Eugenio. Era lo mismo que dar coces contra el agujón...

En el cuarto de baño, Volodia se afeitó, dejó correr el agua de la ducha, y largo rato se deleitó con el ritual del baño, que había heredado de su padre. El padre le había enseñado a hacer mucha espuma con la esponja, a lavarse con "poca" y con "muchas" agua, a aclararse "en sucio" y "en limpio", a comprobar la limpieza del pelo "por el crujido". En tiempos habían ido juntos a la casa de baños y se lavaban allí durante largo rato, resoplaban, se cocían en nubes de vapor, bebían *kvas* y empezaban de nuevo desde el principio. Seguramente que en España el padre habría encontrado algún baño. Un baño de mármoles, con cariátides y amorcillos sonrosados revoloteando por los aires...

- ¿Vas a estar mucho tiempo en el baño todavía? -le preguntó Eugenio.

Varia le hizo a Volodia el nudo de la corbata, pues él no sabía hacérselo, y le alisó bien el pelo con un cepillo. Eugenio se perfumó con el pulverizador. Volodia ayudó a Varia a ponerse el impermeable.

- ¡Ah; hoy no comeremos en casa! -gritó Eugenio al salir.

- ¡No os echaré de menos! -respondió el abuelo desde la cocina, donde estaba hojeando la revista *Ogoniok*. Le gustaba mucho mirar las estampas y los grabados-. Ya veremos cómo os hartarán. He visto hoy en el mercado a su Pania y, según me ha dicho, apenas si le habían dado cuartos, pero habían dispuesto que preparara comida para todo un regimiento...

Iraída y algunas mujeres muy pintadas, que Volodia no conocía, ya estaban sentadas en la fresca y húmeda terraza de Valentina Andréevna. Iraída iba colocando sobre el mantel hojas amarillas de roble y de arce: debajo de cada cubierto y de cada copa debía haber una de estas servilletas "vivas".

- ¡Ah, ha venido el doctor rural! -dijo Valentina Andréevna, tendiéndole a Volodia la mano para que se la besara, pero él no la besó, sino que se la sacudió con fuerza-. ¿Qué tal por allá? ¿Ha curado mucho?

- ¡Mucho! -respondió Volodia con aspereza.

Dódik no había llegado todavía, estaba de árbitro en unas carreras de motos. En el patio, atado con una cadena, ladraba el perro de caza de Dódik. Una amiga de Valentina Andréevna. Liusf Mijáilovna,

levantando las cejas con aire importante, decía:

- Oh, querida, no discuta, por favor, conmigo: las arrugas prematuras son producto de falta de cuidado con nosotras mismas. Por ejemplo, la risa. Fíjese cómo me río yo. Redondeo la boca y me río así: jiu-jiu-jiu. El acto de la risa está a la vista, pero el sistema muscular no pierde vigor...

Volodia miró a Liusí Mijáilovna con ojos espantados. Varia le tocó ligeramente con el codo. Eugenio se paseaba por la galería, fumaba y discutía en tono airado con Iraída. El insolente y obeso Makavéenko, como de costumbre, espetaba a las pintadas damas invitadas una anécdota tras otra y era el primero en reírlas.

Más tarde llegó un matrimonio que Volodia no conocía. El tenía cara de león, y ella se movía con tal frufu de sedas que parecía que estuviera todo el tiempo murmurando enfadada.

- ¿Quiénes son? -preguntó Volodia a Varia.

- Es la mejor modista de la ciudad -dijo Varia-. La llaman, como en otros tiempos, madame Lis. Y la acompaña su marido; ella lo lleva siempre consigo cuando va de visitas.

- Está demostrado científicamente -siguió diciendo Liusí Mijáilovna, de tez ajada y amarillenta- que las arrugas prematuras aparecen también a causa de no colocar en la debida posición la parte facial de la cabeza durante el proceso del sueño. Si se cuida uno de sí mismo también durante el sueño, hay posibilidad de evitar la prematura marchitez...

Liusí Mijáilovna advirtió la persistente mirada de Volodia y "redondeando la boca", se sonrió:

- ¿No es así, joven doctor?

- No sé, eso no nos lo han enseñado -dijo Volodia con insolencia-. ¿Y cómo cuidar de sí durante el sueño?

- ¡Jiu-jiu-jiu! -se rió Liusí Mijáilovna-. Pues muy sencillo. En general, camaradas, prestamos muy poca atención al automasaje por medio de la percusión de los pliegues, las arrugas y la flaccidez de la piel.

- ¡Ahora mismo vomito! -dijo Varia a Volodia en voz baja-. Qué cosas más horribles está diciendo de esa percusión...

Pero Liusí Mijáilovna no podía detenerse:

- El automasaje es mi caballo de batalla, mi alfa y omega, mi último amor -dijo-. De tal modo: con la mano derecha hay que percutir los pliegues en el lado derecho de la cara, y con la izquierda, los del lado izquierdo. Las bolsas de debajo de los ojos se percuten con las yemas de los dedos. En cuanto a las arrugas y la flaccidez de debajo de los maxilares hay que luchar con ellas por medio del repetido golpeamiento con el dorso de los dedos...

Pania trajo unas ensaladillas, muchas ensaladillas, con patata, zanahoria, remolacha, hojas verdes, cebolla, todo ello presentado en preciosas fuentes. El rechoncho y descarado Makavéenko dijo, olfateando:

- ¡En casa de los recién casados siempre hay

verduras! ¡Forraje! Saludable, barato y de gusto. Sólo que -yo ya lo he advertido- ¡a mí me gusta la carne!

Dódik llegó en automóvil y dio cuerda al gramófono con un perro en la parte interior de la tapa.

Sus dedos huelen a incienso.

y la pena duerme en sus pestañas,

Ahora ya no necesita nada...

- Oiga -le dijo Eugenio a Dódik por lo bajo-, esto es una desvergüenza, usted nos ha birlado por las buenas el gramófono. Yo me he ido de prácticas, y usted se ha presentado en casa del abuelo...

- ¡Uf, déjame en paz, pelmazo! -prorrumpió Dódik. Estaba recién afeitado, con la cara blanca de polvos, con una larga pipa inglesa entre los dientes, un hoyuelo en la barbilla, tan atildado y correcto que se podría pensar que era un ladrón internacional.

Bebieron vodka, vino de Madera, Oporto, cerveza y Chartreuse. Valentina Andréevna se apretaba las sienes con las puntas de los dedos y decía a Eugenio:

- ¿Pero será posible que la ciencia no pueda combatir una vulgar jaqueca? ¡Tres días seguidos padeciendo! ¡Tres días!

La esposa del abogado Gógoliev también se quejaba siempre de jaqueca y se apretaba las sienes con los dedos.

- Bebe vodka, mamá -le aconsejó Eugenio-. Los vasos se dilatan así y la jaqueca pasa.

- ¿De verdad? -preguntó Valentina Andréevna, con los ojos muy abiertos.

Y bebió vodka, y cerveza, y vino de Madera.

- ¡Ah, no, no; qué dice usted! -seguía diciendo Liusí Mijáilovna al otro extremo de la mesa-. Hay que saber distinguir el tratamiento de la piel grasa del tratamiento de la piel seca. Esto es elemental. Lo mismo que es de un analfabetismo absoluto aplicarse cremas y ungüentos en la cara cuando se tiene barros...

- ¡Volodia, deja de hacer muecas! -le pidió Varia con voz implorante-. No escuches y nada más. No hace falta destacar nada...

- Y yo no lo destaco -replicó Volodia.

- ¡Sí, lo destacas! -insistió Varia-. ¡Mejor es que bebas vodka!

- Esto es realmente ridículo -decía Dódik, sentado en el lugar central de la mesa, rodeado de ramos de flores y botellas-. Realmente ridículo. Un corredor en tiempo lluvioso no puede dejar de observar...

- ¡Hurra! -vociferó el cínico Makavéenko-. Me parece que he encontrado en la ensalada un tendón de carne de vaca. A madame Lis, dicho sea de paso, la sirven especialmente y aparte de todos. Allí hay ensalada con pollo. ¡Hurra, por los magníficos anfitriones; hurra por los recién casados!

Madame Lis dio un cachete en la mano a Makavéenko, y el marido Lis de cara de león, se

llenó un vaso grande de un licor viscoso.

- ¿Madame Lis, no es verdad que el corte "figaro" vuelve a estar de moda? -preguntó Iraída.

- Esos asuntos, hijita, son para tratarlos en el momento adecuado, cuando se está de negocios -respondió madame Lis.

- ¡Bravo, bravo! -aplaudió Valentina Andréevna. ¡Efectivamente, los negocios hay que tratarlos en el ambiente de los negocios! ¡Ahora estamos bebiendo! ¡Estamos de fiesta! ¡Una fiesta familiar!

Valentina Andréevna era feliz: el vino se le había subido a la cabeza, la mesa le parecía exactamente igual a la que había visto en tiempos en la casa del abogado Gógoliev; comían y bebían a su alrededor gentes presentables, nadie hablaba de barcos, de cañones, de maniobras, de horas de vuelo, nadie cantaba con voz enronquecida la canción de la caballería de Budionni.

Después, Pania sirvió a cada invitado una taza de caldo con un bollito, tras esto sirvió unas diminutas croquetas con guisantes y después unas tartas enormes, con muchos adornos y flores de mantequilla.

- Las ha traído Makavénko -le dijo Varia a Volodia en voz baja-. Es el jefe de una sección de repostería y pastelería. Mamá ha dicho que seguramente le meterán pronto en la cárcel, roba a manos llenas.

No habían terminado de comer, cuando Valentina Andréevna se sintió mal. Eugenio e Iraída habían desaparecido; Varia y Volodia llevaron a Valentina Andréevna al dormitorio, donde crecían los cactus y estaba colgado en la pared un cuadro con una de estas plantas.

Dódik acompañó a su esposa con la mirada, sacudió la pipa en el tacón del zapato y le dijo a Makavénko:

- El que la busca la encuentra. Estos son los encantos de la vida familiar. Y no puedes marcharte: empieza a chillar que está enferma y que yo deambulo...

- ¡Bebamos! -propuso Makavénko.

- ¡Bebamos! -asintió Dódik.

Liusí Mijáilovna y otra dama ya entrada en años, que se llamaba Beba, vinieron a hacerles compañía. Beba llevaba el pelo cortado y teñido con agua oxigenada y además rizado como la lana de un borreguillo. Ostentaba sus desnudos y sonrosados hombros.

- ¿Qué, abuelitas -dijo el desvergonzado Makavénko-, luchamos a brazo partido con la marchitez? He oído decir que a las bellezas después de los cincuenta años les ayuda mucho una mascarilla de harina de centeno. Rebocarse la fachada, y asunto arreglado.

- ¡No puede decirse que sea usted un gentleman! -exclamó Beba-. Hay que ser benévolo...

- Dicho sea de paso, yo no pretendo pasar por

gentleman -replicó Makavénko-. Yo trabajo en la red comercial, querida, y allí impera la ley de la jungla.

Y rozó ligeramente con los dientes el hombro desnudo de Beba.

- ¡Ham, ham! ¿Da miedo?

Dódik dio cuerda al gramófono y sacó a bailar a Kuka, la joven hermanita de Beba. Makavénko invitó a Beba. Una voz pastosa, casi untuosa, cantaba:

El sol, Ya cansado.

Suavemente del mar se despedía;

Y en esta hora tú reconocías

Que el amor no existía.

Volodia estaba en el gabinete de Dódik, hojeando irritado unos libros, y Valentina Andréevna, tendida indolentemente en el lecho, con una mano de su hija entre las suyas, se lamentaba:

- ¡No puedes imaginarte, hijita, qué difícil es vivir con él! Quiere que yo tenga intereses en la vida y literalmente me ha obligado -pues tiene una voluntad de hierro, te habrás dado cuenta qué prominente tiene la mandíbula inferior-, literalmente me ha obligado a ingresar en unas clases de corte y confección. Y no se trata sólo de mis intereses, sino de los recursos. Es un loco, quiere que yo viva rodeada de todo confort. La belleza de la vida. Le gusta llamarme "pequeña" o "lucero", o "bebé", y me dice: "pequeña, tú tienes gusto, puedes convertirte en la modista más famosa de la ciudad". Y no en el sentido de que yo misma tenga que coser, no, yo dirigiré cómo... Por ejemplo, los vestidos de ahora llamados estilo camisón, ¡son horribles! No tienen líneas en absoluto... No saben destacar el semicírculo de las caderas. ¿Y el cambio de las pinzas al corte de la sisa? Beba y yo estamos aprendiendo con madame Lis...

- ¡Varia! -llamó Volodia, malhumorado, desde la habitación contigua.

- ¡Ahora! -contestó Varia.

- ¿Es Volodia? -preguntó Valentina Andréevna.

Varia asintió con la cabeza.

- Qué toscote es, a pesar de todo -dijo Valentina Andréevna a Varia-, está sentado como un estafermo, sin el menor atractivo. Y el atractivo es todo en el hombre. Ahora estoy leyendo a Dostoievski. El príncipe Mishkin es idiota, pero qué atractivo...

- Mamá, no hables de lo que no comprendes -la interrumpió Varia con voz suplicante.

- ¿Qué quieres decir?

- No hables del príncipe Mishkin, te lo suplico.

- ¡Eso es faltarme al respeto, niña! ¡Faltar al respeto a su madre!...

- ¡No hables del príncipe Mishkin, no te atrevas a tal cosa! -gritó Varia.

Y salió corriendo de la habitación:

- ¡Varia! -oyó tras ella-. ¡Esto es una insolencia,

Varia!

- ¡Vámonos de aquí! -susurró Varia a Volodia.

El marido de madame Lis, borracho como un tonel, dormía con los velludos brazos cruzados bajo su enorme cabeza de león. En tanto, madame Lis bailaba con Dódik. La aterciopelada voz del gramófono continuaba cantando lo del sol cansado. El perro blanco, no acostumbrado a esta vida de los Dódik sacudía el collar y lanzaba tristes aullidos. Makavéenko, sentado en un extremo de la mesa, pronunciaba un discurso dirigido a Kuka, la hermana de Beba:

- ¡Sí, el sentido de la vida consiste en tomar de ella todo, sin aplazar el cumplimiento de los deseos propios ni un minuto, ni un segundo! Yo soy materialista y no creo en los goces del paraíso después de la muerte. ¡Acérquese, joven! -gritó al advertir a Volodia-. ¡Apresúrese! ¡Mueva las piernas! Veo que no está de acuerdo conmigo. ¿No está de acuerdo conmigo, verdad, Kúkochka? ¿Y a mí, qué? Yo tomo de la vida todo lo que quiero, porque no soy un idealista, como algunos...

- ¡Vámonos, vámonos, Volodia! -le apremió Varia.

- ¿Para qué me has traído aquí? -preguntó él.

El padre ha muerto.

Seguía lloviznando sin cesar.

Los dos juntos, agarrados del brazo, fueron al cine. Antes de la película de argumento, pusieron una crónica sobre la guerra de España. Los alemanes del batallón Thälmann de las Brigadas Internacionales cantaban la "Carmagnola". Los tanques de los sublevados iban hacia el Jarama, retumbaban los *Oerlikones*, los voluntarios pasaban por el puente de Segovia. Y enormes *Junkers* negros arrojaban una tras otra bombas sobre el hermoso Madrid.

- ¡Deja ya de llorar! -dijo Volodia.

- ¡No puedo, no puedo, no puedo! -respondió Varia, sollozando.

La película de argumento no la vieron hasta el final: ya desde el principio mismo era todo en ella demasiado dulce y suave. La música recordaba algo la "del sol cansado", el protagonista se parecía a Dódik, con la pipa en la boca y un hoyuelo en la barbilla, lo mismo que él. Únicamente que en la película no se llamaba Dódik, sino camarada jefe de la obra en construcción.

- ¡Qué difícil resulta todo de pronto! -se lamentó Varia.

- ¿Por qué? -sorprendióse Volodia.

Ella le apretó el brazo con fuerza.

Al llegar a casa se encontraron con que ya estaban allí Eugenio e Iraída, sentados en el diván y alumbrados por la tenue luz de una pequeña lámpara cubierta con una oscura pantalla. Ambos estaban malhumorados.

- Podéis felicitarlos -dijo Zhenia con tono irónico

(ahora, no se sabe por qué, en presencia da Iraída hablaba siempre en tono irónico)-, estamos dispuestos a recibir felicitaciones...

- ¿Con qué motivo? -preguntó Varia.

- Pues porque hemos decidido formalizar nuestras relaciones, casándonos legalmente.

- Sí -confirmó Iraída, haciendo tintinear todas sus cadenas y medallas-. La cuestión se ha resuelto favorablemente, como se expresan los burócratas...

Y se sonrió con no demasiada alegría.

- Lo que también os deseamos a vosotros -dijo Eugenio, paseándose por la habitación-. Antes de que sea tarde. Así resulta más correcto...

- ¿Pero de qué estás hablando? -preguntó Varia, sin comprender.

- Digo, mi querida hermana, que en el matrimonio me gusta la conciencia de la libertad, y no la necesidad reconocida por todos. Y nosotros hemos llegado hasta la necesidad...

- Imbécil -prorrumpió Varia-. Idiota, animal, grosero, ruin...

- No insultes -le rogó Zhenia-, para ti es muy fácil insultar ahora, pero ¿qué podemos hacer Iraída y yo? Mejor será que nos digas cómo se ha quedado allá la madre. ¿Es verdad que se dispone a ser una modista de altos vuelos?

Después de escuchar a Varia, Eugenio movió la cabeza con un gesto de asentimiento.

- Las buenas modistas ganan mucho dinero -dijo-. Nosotros no vivimos con ella, así es que nada tenemos que ver en todo eso, incluso si el inspector de contribuciones la pesca. Pero yo, particularmente, estoy dispuesto a sacar algún dinerillo de este asunto...

- ¡Dios mío! -exclamó Varia-. ¡No he visto en toda mi vida un infame en estado más puro y cristalino!

- ¿Por qué soy un infame? -se sorprendió Eugenio-. ¿Es que me como los niños crudos? Yo tengo muy buenas relaciones con todos, no tengo enemigos, ¿pero debo o no debo pensar en mí mismo? ¿O es que va a pensar tu Volodia en mí? ¿O puede ser que te dispongas tú a ayudar materialmente a tu hermano para que se cree un hogar? ¿O acaso el padre me va a suministrar sumas fabulosas? Menos mal que el padre de mi futura esposa, el camarada decano, nos dará algún dinerillo. Seguramente no será mucho. Mi estipendio y el estipendio de Iraída. ¡Magnífico! ¿Y el niño? ¿Y la niñera, la cuna, los pañales, etc., etc.? Además, todo esto no es sólo para un año, ¿te das cuenta? Hemos estado calculando los dos juntos. ¿Cuánto voy a ganar en cuanto termine el Instituto: ¿Cuánto, expresado en rublos?

Se quitó la chaqueta, la puso en el respaldo de la silla, acercó un papel con cifras que estaba sobre la mesa y preguntó:

- ¿De qué datos partimos?

- ¡Varia, yo me voy! -dijo Volodia, levantándose.

- ¡Vete! -le respondió ella con voz cansada.

¡Qué día el de hoy tan atormentador, tan repelente, tan interminable! Y, en resumidas cuentas -lo adivinaba en la mirada condenatoria de Volodia-, resultaba que ella tenía la culpa de todo. El nunca la ayudaba. Volodia lo único que hacía era apartarse con repugnancia a un lado, como diciendo: esto no es cosa mía, dejadme en paz, ¿qué me importan a mí todas vuestras peleas?

Sin mirarla, se puso el impermeable, tomó la maleta y el paquete de libros. ¡Era sorprendente cómo sabía no mirar para atrás! Pues se notaba que deseaba mirarla aunque sólo fuera una vez más, que se daba cuenta de la horrible situación de ella, de su soledad, sin embargo, sin despedirse siquiera con la cabeza, se marchó dando un portazo. ¡Siempre sabía guardarlo todo dentro de sí, qué persona! Y ahora, claro está, no aparecería en mucho tiempo...

La tía Aglaia llegó al amanecer. Venía con botas altas, un impermeable de lona, ceñido con una correa, y un pañuelo a la cabeza. A Volodia le pareció que, lo mismo que Varia, ella sabía algo que le ocultaba. Durante este mes y medio la tía había adelgazado. Parecía tener un rictus de tristeza en sus labios, todavía rojos; su mirada era dolorida. Tenía ahora una nueva costumbre: todo lo cambiaba de un lugar a otro en la mesa, tan pronto las cerillas, como una cucharilla, o el salero; o de repente, se levantaba para poner derecha una fotografía en la pared. Pero su belleza le pareció ahora a Volodia más viva. Hasta sorprendía que los hombres no se enamorasen locamente de Aglaia.

- ¡Tía, pero qué intranquila estás! -se admiró Volodia-. No estás ni un minuto quieta. ¿Acaso sea porque ocupas un puesto muy alto?

- ¡Vaya! -contestó ella distraídamente.

- Y te has puesto más guapa. Ahora me doy cuenta que eres muy hermosa.

- ¿A quién le hace falta mi belleza? Mejor es que me cuentes tus cosas, en lugar de decir tonterías. Háblame de Bogoslovski, del hospital, de todo. ¿Has hecho alguna operación?

Volodia se apresuró a contárselo todo, pero se paró en seco: la tía no le escuchaba.

- ¿Qué te pasa? -le preguntó Volodia.

- Habla, no me pasa nada. Simplemente estoy algo cansada.

- ¡Es como para volverse tonto! -prorrumpió Volodia, ofendido-. Varia tiene desatados los nervios, tú estás cansada, parece que todos habéis cambiado...

Pero la tía seguía sin prestarle atención. Ella, aún estando allí Volodia, se hallaba embebida en sus pensamientos, como si él no se encontrara en la habitación, y sus labios se movían sin articular ni un sonido. Entonces él lo comprendió todo, pero tardó largo rato en decidirse a preguntarle: ¡tan terrible era! Después, blanco como la pared, preguntó:

- ¿Ha muerto el padre?

Aglaia, en silencio, asintió con la cabeza.

- ¿Le han matado? -gritó Volodia, levantándose.

- ¡Sí, ha perecido! -con voz pausada, dijo sordamente la tía Aglaia-. Su avión se incendió en un combate aéreo cerca de Madrid.

- ¿Y murió, ha muerto papá?

- Sí, Volodia, tu padre ha muerto.

- ¿A causa de las quemaduras?

- No sé, Volodia; sólo sé que Afanasi ha muerto, y que le han enterrado.

- ¿Pero se sabe ya todo con exactitud? ¿Con toda exactitud? -inclinándose hacia la tía por encima de la mesa, preguntó Volodia con voz ahogada-. ¿Es todo verdad?

La tía únicamente con los labios, sin voz, contestó: "Sí". Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas, y ella no las retuvo. Volodia permaneció de pie, inmóvil. Todavía ayer se imaginaba a su padre buscando un baño con caríatides y angelillos revoloteando; y el padre estaba ya muerto. Y él leía los periódicos que hablaban de España cuando su padre ya estaba muerto.

- ¿Dónde le han enterrado? ¿Allá? ¿En España?

- El ha muerto por su libertad. Y ellos han dado tierra a su cuerpo -contestó Aglaia con voz ahogada-. El, comprendes...

No pudo seguir hablando, a pesar de todos sus esfuerzos.

Mordía todo el tiempo el borde del pañuelo que tenía echado sobre los hombros y sacudía con frecuencia la cabeza, queriendo, sin duda, cesar en su llanto, pero las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas. De pronto, empezó a sentir ahogo. Volodia encendió rápidamente el infiernillo de alcohol, hirvió una jeringuilla y le puso una inyección de alcanfor.

- Ahora, es preciso que tú... -empezó a decir Aglaia, pero no pudo terminar. Quería decirle que fuese como había sido Afanasi Petróvich, mas comprendió que no necesitaba ningunas palabras: él era ya un hombre que discernía por sí mismo. Le dijo solamente: "Volódenka" y apretó la cara contra su pecho.

En aquellas tristes horas Volodia se mantuvo mucho más entero que ella. Sin apartar la vista de la ventana, que poco a poco se iba destacando con una luz gris, acariciaba en silencio su cabeza de cabello negro. No hablaron ni una palabra más en aquel amanecer húmedo, brumoso, hórrido. ¿Para qué atormentarse el uno al otro con palabras superfluas?

- ¿Te vas? -le preguntó la tía cuando tocó el despertador, que Volodia había puesto la tarde anterior, y vio que se disponía a salir.

- ¡Sí, voy al Instituto! -contestó él, sin volverse.

Seguramente la tía era la única persona en el mundo a quien no hacía falta explicar por qué él iba al Instituto aquella mañana. Ella misma Jo comprendía bien todo. Sabía que desde este día la

vida de Volodia sería distinta que hasta ahora; en apariencia no cambiaría, pero en el fondo, allá, en lo profundo de su ser, sería muy diferente. El debía hacerse cargo del "relevo". Aglaia más de una vez durante estos días, sin saber por qué, para sí, en voz baja, pronunciaba esta palabra: "relevo". El hijo de un carrero de la región de Járkov, el piloto ucraniano Afanasi Ustímenko no podía perecer en la lucha por la libertad del pueblo español para que todo siguiera como antes. Y ya sin llorar, sin apartar la mirada de él, la tía observaba los preparativos de Volodia. Ella también tenía que irse. Y los dos salieron de casa al mismo tiempo, aplanados bajo el peso de una misma pena, de la que todavía no podían hablar.

- ¡Mi padre ha muerto! -hubo de contestar Volodia cuando le fue preciso decirlo.

Ha muerto. ¡Simplemente, ha muerto! Las personas mueren también de enfermedad. Una persona vive, después cae enferma y expira, siendo llorada por los seres más allegados, por sus parientes y amigos.

Rigorista y torturador.

- ¿Cómo va la vida, viejo? -preguntó Eugenio a Volodia, al encontrarle en los pasillos del Instituto, y le dirigió una mirada de condolencia.

Volodia no contestó. Perplejo, fijó sus ojos en la cara sonrosada, redonda, bonachona de Eugenio. Sabiendo lo que había pasado con Afanasi Petróvich, el día anterior pensaba en el dinero que era necesario para cubrir el presupuesto de los recién casados.

- ¿Por qué me miras así? -le preguntó Zhenia.

Puich le estrechó fuertemente la mano. Seguramente Eugenio se lo había contado todo a los compañeros de su curso, porque éstos miraban a Volodia de un modo particular, y cada uno se esforzaba por decirle alguna cosa especialmente alentadora; todos menos Puich, que empezó a hablarle de las prácticas. Había tenido suerte, pues había ido a caer en un hospital pequeño, pero que funcionaba bien. Incluso le contó algo divertido, y Volodia se sonrió. No estaba ni pálido, ni ensimismado, ni trágico, como correspondía -según opinaba la estudiante Alla Shershniova, hablando con sus amigas- al hijo de un héroe que había perecido en el combate.

- ¡En general, no es un hombre muy emotivo! -replicó Niusa, aquella misma a la que Gánichev en cierta ocasión aconsejó ir a estudiar taquigrafía-. Hay en él un no sé qué de rudeza...

- Se piensa que es una gran cosa -añadió Svetlana Samójina, torciendo sus labios pintados-. Aún las pasaremos moradas por culpa de él.

Las tres amigas ni siquiera se imaginaban qué palabras tan sabias había pronunciado Svetlana, tan sagaces, que no correspondían en absoluto a su corto magín.

Mishka Shérvud puso el punto final a la

conversación:

- Es rigorista, torturador y, perdonadme la dureza de la expresión, es lo que se llama un cínico contumaz. ¡No quisiera yo caer bajo su mando, uf, no lo quisiera!

Ahora Volodia no se chanceaba ya de los estudiantes haraganes, no se mofaba de la presumida Svetlana, no ponía el grito en el cielo con las viles ruindades de Eugenio. No se le pasaba ni remotamente por la cabeza compadecer a los estudiantes suspendidos en los exámenes, cualquiera que fuera la causa que alegasen estos trapaceros.

- ¡Hay que agarrarlos por el cuello y ponerlos en la puerta de la calle! -decía en las reuniones del Komsomol del Instituto-. Echarlos para que no manchen el título de médico que han de recibir. Nada de medias tintas, ninguna clase de compromisos, ninguna ayuda de compadrazgo. ¡Fuera, al diablo, basta ya de ser niñeras para estas niñitas de sus papás y estos niñitos de sus mamás! Precisamente de ellos, de todos éstos que tanto nos esforzamos por sacar adelante, se forman después legiones enteras de los que no quieren ir a trabajar a los pueblos. Estos son los que se abren paso a brazo partido hasta llegar al viceministro con esquelitas y certificados de falta de salud; éstos son los que desgastan los pantalones en instituciones seudocientíficas, para no trabajar en cosa de provecho...

Estaba de pie, en la tribuna de la sala de actos del Instituto, huesudo, con aquellos remolinos de pelo todavía infantiles en las sienes, los ojos encendidos, mirando airados y severos bajo las cejas. Y no se le podía objetar nada: ahora todo el Instituto se enorgullecía de este estudiante, hablaban de él como de una futura lumbrera, no se le podía replicar algo así como: "Mírate a ti mismo". Durante este difícil otoño su enjuto rostro se había consumido y enflaquecido todavía más. Su mirada se había hecho más penetrante, más severa, su ironía era ahora más mordaz, cuando ponía en juego esta arma. Pasaba aún más horas que antes en la sala de autopsias con Gánichev, esforzándose por penetrar en lo desconocido, en explicarse lo que todavía no estaba claro para él, en entrar en combate armado de conocimientos.

- Pero a usted, Ustímenko, los estudiantes no le tienen mucha simpatía -le dijo Gánichev en cierta ocasión.

Volodia terminó de afilar el escalpelo en una piedra y, después de pensar un momento, respondió:

- Por muy triste que sea, pero, a pesar de todo, quieren principalmente a los que son como ellos. De los que dicen que son noblotes, "camisas sin repliegues". Pero a mí, particularmente, me parece que estas "camisas", en lo esencial, son unos bichos bastante dañinos. Después de haber bebido vodka, cantan: "No querer es perder la vida de joven", después, para tener la posibilidad de beber y cantar,

empiezan a adaptarse, a hacerse rastreros y se convierten en un tumor maligno en el organismo de la humanidad...

- Ha aprendido usted a expresarse con coraje - advirtió Gánichev-. Y se ha hecho usted hasta protervo.

- Yo me hago protervo y usted se hace bondadoso -pronunció Volodia, seccionando un paquete muscular en la cadera del cadáver-. Y yo pienso que las personas indulgentes ayudan poco a nuestro Estado en su vida difícil. Por ejemplo: ¿por qué le ha puesto a Eugenio Stepánov, al que usted desprecia, la nota de aprobado? ¿Se lo ha pedido Guennadi Tarásovich? ¿O el decano? Está bien, usted es bondadoso, pero resulta que esto es sólo para usted mismo. A causa de esta bondad suya, algunos estudiantes se mofan del Instituto, de la ciencia, de la justicia... Usted no quiere estropear sus relaciones con el decano y con Zhovtiak, yo ya no soy un niño, comprendo...

- Escuche, ¿y que yo soy su profesor, eso lo comprende usted? -preguntó Gánichev irritado, al mismo tiempo que pensaba para sus adentros: "¡Vaya un pepinillo del diablo, demonios, está diciendo la pura verdad, y sin tener pelos en la lengua! ¿Pero por qué no los tiene?"

Siguieron trabajando durante largo rato en silencio. Gánichev malhumorado, Volodia ceñudo. Al fin, Fiódor Vladímirovich no pudo contenerse más y dijo:

- Usted aquí ataca a Stepánov, pero en su cara estoy seguro no le dirá nada de esto. ¿Le parece que esto es camaradería? -y fijó la mirada en Volodia, en su cabeza, inclinada, en sus grandes manos, ya diestras, ágiles.

- Se equivoca -contestó Ustímenko, después de pensar un momento-. Usted mismo me acaba de decir que los compañeros no me miran con simpatía. Está todavía muy arraigada entre nosotros esta ruindad: estudiamos para los ajenos y no para nosotros. Chuletas en los exámenes, toda clase de engaños. ¡Camaradería se llama esto! Claro es que no me quieren; ¿pero qué sería yo, si, por ejemplo, Stepánov me considerara uno de los suyos? Sería mejor ahogarse. Yo soy siempre para él un enemigo abierto: esto él lo sabe muy bien, y me paga con la misma moneda. Me parece que sólo así se puede vivir, pues de otra manera cualquiera sabe adónde iría uno a parar. Y eso de que no me tienen simpatía, no son todos. Ogurtsov, por ejemplo, Puich y otros son amigos míos...

Volodia hablaba con voz un poco triste, y Gánichev cambió de conversación.

- ¿No quiere quedarse a trabajar en mi cátedra cuando termine sus estudios en el Instituto? -preguntó, y por la manera de mirarle Volodia comprendió cuál iba a ser la contestación.

- ¿Para qué?

- ¿Cómo, para qué? -Fiódor Vladímirovich incluso se desconcertó-. La cátedra es mía...

- No me quedo. Yo no quiero vegetar pegado a una cátedra, quiero ser médico. Bueno, así como, por ejemplo, han empezado todos: el difunto Prov Yákovlevich, y Póstnikov, y Vinográdov, y Bogoslovski... Así también quiero yo...

A Gánichev le resultó desagradable, le escoció; hubiera querido que Volodia tuviese mejor opinión de él, y por eso le dijo:

- No todos han empezado de la misma manera. Yo, por ejemplo, he empezado de una manera muy diferente. Si quiere, salgamos de aquí y se lo contaré.

Volodia cubrió el cadáver con una sábana, Gánichev recogió sus preparaciones, se estiró y bostezó.

- Yo he empezado de una manera muy curiosa -pronunció Gánichev-. Deje -¿se imagina usted?-la Facultad de Filología en el cuarto curso...

Entraron en el parque y se sentaron en un banco, Gánichev sacó un pitillo y, dándole vueltas entre sus gruesos dedos, lo encendió...

Volodia no podía hacerse a la idea de que Gánichev hubiera estudiado filología, hubiese escrito versos y prosa rítmica, que después ingresara en la Academia de Bellas Artes, y más tarde en el Conservatorio.

- ¿Entonces, cuándo empezó usted a estudiar medicina? -preguntó Volodia.

- Teniendo ya cumplidos los 29 años, amiguito mío -dijo Gánichev-. Lo abandoné todo: la escultura, y las composiciones musicales, y los mal logrados versillos arrulladores, de estilo cósmico, e incluso a la dama de mi corazón, que creía en mi gigantesco talento. Por culpa de un bombero apellidado Skripniuk, de nombre y patronímico Orest Leonárdovich. Durante la Guerra Civil, como sabe usted muy bien, mi querido Kíev sufrió repetidas veces las duras incursiones de los Skoropadsky y Petliura, de los blancos, de los alemanes y de otros por el estilo. Y todos los conquistadores disparaban infaliblemente sobre nuestra ciudad con sus cañones, disparaban continuamente e incendiaban nuestro magnífico Kíev. Debo señalar que yo vivía por aquel entonces cerca de un puesto de bomberos, y observaba con frecuencia con la mayor curiosidad cómo partía en sus vehículos, con las ruedas chirriantes por falta de engrase y tirados por caballos esqueléticos, nuestro equipo de bomberos, compuesto exclusivamente de viejos, hacia los lugares donde se elevaban las lenguas de fuego de los incendios. Los cañonazos seguían sin cesar y mis ancianos héroes, invariablemente al mando de Skripniuk -que, dicho sea de paso, juraba terriblemente y le gustaba echarse sus buenos tragos de vodkita-, pues, como iba diciendo, los bomberos, con sus brillantes cascos metálicos, salían raudos como centellas. Allí todo se derrumba con gran

estrépito, aquello es el fin del mundo, pero ellos, fíjese, sin subordinarse ya a nadie, porque en estas horas en la ciudad reinaba el desgobierno, corren allá. Esto despertó en mí gran interés. Y Skripniuk me explicó: "Puede ser que en algún lugar envuelto en llamas no sean capaces de sacar a alguna criaturita o no discurren cómo salvar del fuego a una persona sin piernas. Claro es que el provecho no es grande, pero *de todos modos esto es un provecho*, y no simplemente *una manera de matar el tiempo*."

A Gánichev le tembló la voz de manera extraña, y a Volodia incluso le pareció que el profesor sollozó ligeramente.

- Una viga ardiendo mató más tarde a mi Skripniuk -continuó Fiódor Vladimirovich en voz baja-. Es sorprendente: ¡qué habitual era entre la vieja intelectualidad rusa, de no grata memoria, burlarse de los trabajadores de algunas profesiones! Sin falta, el compadre-bombero tenía que ir a ver a la "guisandera", y no era la cocinera, sino así, precisamente, la "guisandera". A mi viejo bombero también le gustaba andar de joven con las "guisanderas" -no era un mal Don Juan-, pero qué corazón tan humano no palparía en su pecho para que yo, hombre ya mayor, consentido -mis padres, que eran gente rica, no me negaban nada-, para que ya empezara una nueva vida desde el mismo comienzo. Porque se me quedó grabada para siempre en la memoria la verdad sencilla, pero demostrada por este ejemplo, de lo que es un provecho y de lo que es matar el tiempo.

- ¡Lo ve usted! -pronunció con tristeza y cierto tono insinuante Volodia.

- ¿El qué veo? -se irritó Gánichev.

- Pues eso: lo que es el provecho y lo que es matar el tiempo. Resulta que no se le ha quedado grabado en la memoria para siempre...

- Escuche, Ustímenko -replicó Gánichev, conteniéndose apenas-. ¿Por qué me censura sin cesar? Aprovechándose de que le trato con consideración, me plantea usted exigencias por completo irracionales. En fin de cuentas, Stepánov sabía la asignatura para ser aprobado y...

- Yo no censuro nada -le interrumpió Volodia con voz apesadumbrada-, únicamente pienso todo el tiempo, comprende, Fiódor Vladimirovich, pienso y pienso, y he tomado la decisión de vivir como vive Bogoslovski y en muchos aspectos, no en todos, como vivió Prov Yákovlevich. ¡No hacer nada a medias, de otro modo, está uno perdido! Le ruego que no se ofenda conmigo, para mí mismo no es fácil ahora, ¿pero por qué dice usted que Stepánov sabía la asignatura para ser aprobado? ¿Qué opinión tiene de su ciencia, de la anatomía patológica, si es bastante para usted con tener un aprobado?

- ¡Sabe lo que digo? -gritó Gánichev con voz irritada-. ¡Usted, sencillamente, me aburre ya! ¡No estoy dispuesto a escuchar lecciones de moral de un

mequetrefe! ¡Buenas noches!

Estoy cansada de ti.

Gánichev se levantó del banco y se marchó. Volodia fue a buscar a Varia, para lamentarse ante ella de sí mismo. La veía ahora muy de tarde en tarde, ella se sentía un poco avergonzada al darse cuenta de la intensa vida interior de Volodia, al advertir su voz rigurosa y su tono mordaz al hablar del estudio teatral y de Esfir-Evdokía Mescheriakova-Prússkya. No podía Varia sentirse eternamente culpable de que Afanasi Petróvich hubiera perecido, y le parecía a ella que Volodia le echaba en cara que viviera, se alegrara, se riera, fuera a los ensayos, se bañara en el Uncha, patinara.

¿Qué quería que hiciera ella?

¿Qué le exigía con aquella severa mirada de sus ojos, tan queridos como siempre?

¿Por qué únicamente la ocupación, el trabajo debían merecer aprecio? Ahora estaba en casa, pero se disponía a ir al ensayo.

- ¿Cómo van las cosas? -le preguntó Eugenio.

- Acabo de hablar de ti con Gánichev -contestó Volodia-. He discutido con él un buen rato para convencerle de que haberte dado aprobado en anatomía patológica no era justo.

- ¡Claro que no es justo! -corroboró Eugenio-. Yo me la había empollado para sobresaliente.

- Tú no sabes nada de anatomía patológica -objetó Ustímenko-. Tenía que haberte suspendido y no dejarse llevar por la influencia de Guennadi Tarásovich y otros...

- ¿Qué te pasa, te has vuelto loco? -preguntó Eugenio.

En la calle Varia le dijo a Volodia que se estaba convirtiendo en una persona terriblemente insoportable, en un sectario flagelante. Y Zhenia tenía razón: la conversación con Gánichev era un acto indigno de un camarada.

Volodia no se ofendió por esto, se sorprendió únicamente y dijo implacable:

- ¿Qué te pasa, Variuja? ¿Acaso la rectitud es una cosa mala? En vano me llamas sectario y, por si fuera poco, además flagelante.

- Bueno, sencillamente, eres un torturador.

- Eso opina Zhenia.

- ¡Y no sólo Zhenia!

- Tanto peor -dijo Volodia con rabia-. *Todos* vosotros veis las cosas de la misma manera. ¿Recuerdas cómo en la terraza exponía el gordo Makavénko el sentido de la vida? Este es el punto de vista de todos vosotros. Es de esperar que con el tiempo lleguéis a una inteligencia conmovedora: Eugenio, tú, el especulador Dódik y aquella amiga de ellos que se especializa en el automasaje. Sois todos de la misma calaña.

- ¿Cómo? -exclamó Varia-. ¿Estás en tu sano juicio?

- ¡Estoy en mi sano juicio! -contestó Volodia con dureza-. En la vida todas las bajezas empiezan por pequeños compromisos. Pequeñísimos. Mira, así de chiquitines, como decías tú cuando estudiabas todavía en la escuela. Y después, en línea ascendente o en línea descendente, por la que más te plazca: tú, Eugenio, Gánichev, tu mamaíta, Dódik...

Ya no se daba cuenta ni de lo que decía. Dio rienda suelta a su cólera. Había venido a ver a Varia, en busca de su ayuda, de su apoyo, y resulta que ella estaba con ellos, con sus enemigos.

- ¿Sabes lo que te digo?: estoy cansada de ti - repuso Varia al fin-. Perdóname, muy cansada. Y estoy harta de tus rudezas. Además, me fastidian los predicadores; tengo ya instrucción secundaria, y sé que el Volga desemboca en el mar Caspio. Y tú, Volodia, eres demasiado puro. Vete por tu camino, alumbrá a los otros, arde tú mismo, y yo me iré por mi veredita. ¡Consérvate y que te hagas muy grande!

Dio un sorbetón con la nariz. ¡Sentía tanta pena de sí misma y sentía tanta pena de Volodia! El, por lo visto, no comprendía sencillamente nada de lo que ella estaba diciendo. Y la misma Varia no se daba clara cuenta de sus propios sentimientos, estaba ofendida, y él debía pedirle perdón, pero no hacía más que parpadear, moviendo sus largas pestañas, y callaba. Callaba como él solo sabía hacerlo, después dio media vuelta y se encaminó hacia la biblioteca, sin mirar para atrás ni una sola vez.

"¡Bueno, está bien! -resolvió Varia-. ¡Todavía vendrás a bailarme el agua!"

El frío viento le cortaba la cara, ella esperaba: ¿será posible que no se vuelva? ¿Y, en fin de cuentas, qué es esto? ¿La quiere o no? ¿O es que se ha olvidado ya de la desatinada carta que le escribió desde el hospital de Chorni Yar? Él la mira como si fuera una persona extraña, no le pregunta nada, y, cuando ella va a verle, se dedica a estudiar con Puich. O no está en casa, o está dormido con sus libros entre las manos. ¿Pero qué es, en realidad, esto?

"¡Si se vuelve, quiere decir que todo será magnífico en nuestra vida! -adivinaba para sí Varia, con un sentimiento de desesperanza-. ¿Y si no se vuelve?"

El no se volvió.

Se dirigió por la calle Górnaya arriba, hacia su biblioteca. El viento le agitaba el viejo y raído abrigo y sacudía una orejera del gorro con una trencillita.

El ser más entrañable, el más querido a su corazón, sencillo, desmadejado, se alejaba de ella a causa de una conversación sobre no sé qué compromisos. ¿Qué compromisos?

¿Llamarle?

¿Correr hacia él?

Pararle a toda costa y explicarle algo que mucha gente no comprende: ¡no se puede reñir por pequeñeces cuando ya existe el amor; no hay que ofenderse, no hay que irritarse! ¡Por culpa de

pequeñas ofensas, dos personas se pierden, mutuamente, después las pequeñeces se convierten en una avalancha con la que ya no se puede luchar!

¡Detenerle ahora mismo, en este instante, llamarle!

Pero no pudo.

Sólo dijo apenas sin voz:

- ¡Volodia! ¡No te atrevas a marcharte!

Pero él no lo oyó.

Entonces, irguiéndose, enfadada y altiva, se dirigió a su estudio teatral Schepkin a ensayar la espía de turno. En el último tiempo habían empezado a darle papeles de espías pérfidas, viejas y jadeantes. Y cuando Varia decía que ella no podía representar esos papeles, Mescheriakova-Prússkaya hacía crujir sus largos y delgados dedos y con su voz inalterable y siempre cansada decía:

- ¡Ah, querida mía! ¿Es posible que no comprenda que para el desarrollo de las facultades de la persona lo primero que hace falta es entrenamiento? Sí, sí, entrenamiento al cuadrado e incluso al cubo.

"¡Si es el entrenamiento, pues que sea el entrenamiento!", pensó Varia con desgana, y saliendo de detrás de un bastidor, que representaba un sauce llorón dijo:

- ¡Así es que, camarada Platónov, mejor dicho, señor Platónov, si usted me descubre, su vida ha terminado! En cambio, se lleva usted a cabo la voladura de la turbina, le esperan el libro de cheques, las luces nocturnas de Montmartre, los verdes tapetes en Montecarlo, el merecido descanso en los Alpes, el amor...

- ¿Stepánova, pero a cuento de qué vienen esas lágrimas? -preguntó Mescheriakova-Prússkaya.

- ¡Pues a cuento de nada! -respondió Varia-. Lo mismo que no viene a cuento de nada su segundo apellido: Prússkaya. ¿Y por qué Prússkaya? ¿Por qué no Belguíiskaya, o Frantsúskaya o Americánskaya? ¿Por qué Prússkaya? ¿Y sabe usted lo que le digo? ¡Que me voy! ¡Al diablo!

De un salto bajó del pequeño escenario del club y, sin apresurarse, levantando la cabeza con orgullo, se dirigió hacia la puerta. Sólo entonces Mescheriakova-Prússkaya se recobró y empezó a gritar con voz de verdulera de mercado:

- ¡Fuera de aquí! ¡Insolente! ¡Está usted expulsada! ¡Retírese de mi vista para siempre!

- ¿Por qué vocifera usted así? -preguntó Borís Gubin-. ¿Qué se figura usted que es esto: la empresa de un capitalista? Esto es el estudio teatral de una agrupación estudiantil y no permitimos que nadie...

Gubin alcanzó a Varia.

- No te preocupes, ahora pensará sobre su sistema de azotar y acariciar -le dijo a Varia-. Gracias a Dios, no somos niños. Basta ya.

Varia callaba.

- ¿Has tenido algún disgusto, o qué? -preguntó Borís.

Varia no le contestó. Gubin calló un momento y después se despidió, pero no se dirigió a su casa. Hacía mucho que estaba enamorado de Varia, aunque sin esperanzas. Desde aquel mismo día en que Volodia le puso una ligadura al pastorcillo que pilló el tren. Pero siempre se había dado cuenta que Volodia era de más talla y mejor que él. Y por eso no se interpuso. Pero hoy, armándose de valor, le preguntó:

- ¿Te has peleado con Volodia?

- ¡Eso, dicho sea de paso, a ti no te importa en absoluto! -dijo Varia-. Te has despedido ya, pues vete con viento fresco a tu casa. Yo no necesito acompañantes.

¿Qué terrible era algunas veces esta Varia al expresarse!: "¡Vete con viento fresco!" ¿Por qué?

Capítulo XI.

¡Suenan los clarines!

A la caída de la tarde todos estaban reunidos en la cocina, sentados alrededor de la mesa, cubierta con un mantel color rosa con flecos, para celebrar la llegada de Rodión Mefódievich. Cada uno tenía delante su servilleta, tan almidonada que parecía de hojalata. Hablaron algo de las servilletas, y el abuelo, dando un profundo suspiro, explicó que no era capaz de atinar con un buen almidón: según sus propias palabras, uno "era demasiado fuerte" y otro "no tenía consistencia".

- ¡Pero déjalo, padre -dijo Rodión Mefódievich, qué falta nos hacen las servilletas almidonadas!

- No somos menos que los demás -contestó el abuelo Mefodi, levantando un dedo nudoso como un sarmiento-. La que fue tu esposa come con servilletas almidonadas, y tú no eres menos. A lo mejor empieza a dar a la lengua diciendo: ¡qué abandonado tienen a mi pobre antiguo esposo! ¿Qué falta hace eso?

Hoy el abuelo había bebido vodka desde por la mañana, y ahora, poquito a poco, "le iba agregando a la vieja sotera". Una o dos veces al año le gustaba "divertir a los diablejos", como decía Varia. Llevaba puesto el terno nuevo que le había comprado su hijo en Leningrado. Y comía muy inclinado sobre el plato, con el cuello estirado hacia adelante, para que no le cayera nada en el traje nuevo.

- ¿Qué, nos divertimos? -preguntó Eugenio, entrando en la cocina.

- Descansamos -contestó Rodión Mefódievich-. ¿Por qué no llamas a Iraída, para que estéis aquí con nosotros?

- No es posible, papá, estamos invitados a una casa a la que no podemos llegar tarde.

Eugenio, cauteloso, de soslayo, miró a su padre: éste, pensativo, daba vueltas entre los dedos al vaso vacío. Rodión Mefódievich había bebido no poco en el transcurso del día, pero estaba completamente despejado, únicamente suspiraba con frecuencia, se quedaba pensativo y de vez en cuando silbaba por lo

bajo una marcha. Resultaba extraño verle vestido con la camiseta rayada de marinero, pues, por lo menos, el primer día podía haberse puesto la guerrera con las dos nuevas condecoraciones resplandecientes. ¡Pero no, está sentado como si tal cosa, dando vueltas al vaso!

- ¿Cómo se encuentra mamá? -preguntó el padre inopinadamente.

- Pues, ¿cómo decirte? -contestó Eugenio-. Ahora es la modista más famosa de la ciudad. Dódik la ha metido incluso en el teatro. Ella ha estudiado la historia del vestido y allí atavía a distintos Ludovicos y Ferdinandos.

- ¿Es que tiene un taller particular? Eugenio se estiró y dijo bostezando:

- ¿Por qué particular? Ya te he dicho que trabaja para el teatro y que allí la estiman mucho. ¡Pues Dódik no es tonto! Si tuviera un taller particular, vendría el inspector de contribuciones y demás líos...

- Ah, comprendido -asintió Stepánov. Siempre decía que comprendía y asentía con la cabeza cuando no comprendía nada en absoluto-. ¿Ya ti, cómo te va?

Zhenia, con tono indolente, le dijo que estaba a punto de ser médico, que no tenía queja alguna del matrimonio con Iraída, que, en general, la vida se deslizaba por sus cauces normales y que el padre de Iraída, en lo fundamental, le había garantizado la posibilidad de quedarse a trabajar en el Instituto.

- ¿Entonces, quiere decir, que vas camino de ser un sabio? -preguntó Stepánov.

- Tanto como eso... pero tenemos un círculo científico de los estudiantes, y hemos estudiado y elaborado algunos temas. Uno de nuestros trabajos ha sido publicado en el boletín del Instituto.

- ¿Pero de quiénes, quién lo ha hecho?

- Nosotros, los del círculo.

- ¿Y cuántos sois?

- Dieciséis.

- Es decir, un trabajo colectivo -dijo Rodión Mefódievich-. Comprendido. Antes eran, por ejemplo, de Tsinger, o Kiseliiov, o Mendeléiev, en cambio, el vuestro es de dieciséis. ¿Volodia también ha trabajado con vosotros?

Eugenio bajó los párpados para que el padre no advirtiera la cólera que le dominaba. ¿Qué pretendía este refinado torturador? ¿Por qué le acosa así? ¿Qué quería decir aquel tono mordaz? Bien, había vuelto de España, bien, había luchado allí, había enterrado a algunos amigos, pero esto eran cosas del servicio, era su obligación, su deber. Si hubieran enviado a Eugenio Stepánov, también hubiera ido. ¡Y cualquiera de los estudiantes hubiese ido! ¿Acaso no eran también ellos soviéticos?

- ¿Quiere decir que todo marcha sobre ruedas? -preguntó Rodión Mefódievich a Zhenia.

- ¡Completamente! -contestóle con cierta arrogancia Eugenio.

- Bueno, eso está muy bien...

- Yo también supongo que no está mal. He elegido ya mi especialidad: iré por la línea administrativa. Nikolái Ivánovich Pirogov enseñaba que en la guerra el médico debe ser ante todo administrador. Y en este terreno, papá, no estamos del todo bien...

- ¿En el terreno de los administradores, dices? - preguntó Stepánov-. Según mi opinión, precisamente en este sentido no andamos tan mal. Jefes tenemos bastantes, pero trabajadores...

Eugenio tomó del plato una lonja de queso, la mordió y dijo con un suspiro:

- No es todo tan sencillo...

En este instante, felizmente, sonó el teléfono, lo que le dio la posibilidad de salir. El abuelo y Rodión Mefódievich se quedaron los dos solos sentados a la mesa. En el pasillo Eugenio le dijo a Iraída:

- Este camarada me saca de quicio. El sigue viviendo en la década del veinte y nosotros vivimos ahora en otra época. Cambian los tiempos y cambian las canciones. Y, además...

Eugenio sacudió la mano con displicencia.

- De todos modos, tiene muy mal aspecto -suspiró Iraída-. Hay que organizar una consulta de médicos, invitar a papá y a Guennadi Tarásovich. ¡Ay, Dios mío, es como para volverse tonta con este perro! - exclamó enfadada, al ver a Shárik salir de la cocina-. Es verdaderamente absurdo: vive aquí una criaturita y al lado mismo este perro ratonero...

- Bueno, vístete ya, llegaremos tarde -dijo Eugenio-. Y péinate como es debido, esas greñas no te van bien. Ponte menos cadenitas -¿para qué llamar la atención?-, nosotros somos jóvenes sencillos, estudiantes soviéticos; tú, con tu eterna manía, si vamos invitados a algún sitio, siempre tienes que destacarte entre todos...

- ¡Bueno, calla ya! -se lamentó Iraída.

Desde la cocina se oyó cerrar la puerta. La culta niñera -que habían tomado porque su apellido era von Hertz y su nombre Paulina Húgovna- empezó a cantar una canción de cuna alemana al nieto de Stepánov. El enorme baúl de Húgovna estaba en el pasillo, y la vieja decía que legaría a Yúrochka toda su fantástica herencia, sólo parte de la cual guardaba allí bajo llave.

- ¿Cómo te llevas con ella, padre? -preguntó Rodión Mefódievich, cortándose un trozo de empanada.

- ¿Pues, cómo me voy a llevar? -contestó el abuelo Mefodi-. Ella me llama grosero, Fonka, perro viejo, y yo se lo devuelvo: y la llamo trapalona o, un poner, como se decía en la aldea...

- ¿Todo completo?

- ¿Qué voy a hacer, callarme?

- ¿Quiere decir que no os aburrís?

El viejo se quedó pensando y luego contestó despaciosamente:

- ¿Cómo voy a aburrirme? Hay que darle de comer a Varia, hacer la limpieza, preparar la comida, ir al mercado, y, claro es, ocuparse de la leña. Húgovna, charlar sí sabe pero lo que es hacer, ni golpe. Vienen Iraída y Zhenia hambrientos, ¿y comer, en dónde? ¡Pues con el abuelo! ¿Qué, bebemos otro vasito?

- Bebamos otro vasito.

Rodión Mefódievich echó vodka fría; el abuelo tomó el vaso con cuidado, sosteniéndolo en su mano encallecida, y preguntó inesperadamente con voz meliflua:

- ¿Y por qué está tan gustosa? No se cansa uno de beberla. ¿Eh? ¡Mefódievich!

Ahora llamaba al hijo por el patronímico, esto le parecía más correcto. Los ojos del abuelo estaban alegres, había bebido ya bastante, había comido a satisfacción y ahora, contento de sí mismo, estaba sentado a la mesa que había desplegado para festejar la llegada de Rodión Mefódievich, llena de empanadas y tortas hechas según las recetas que le había dado Aglaia, carne frita, salchichón doradito en la sartén. Había también sabrosos pepinillos, lombarda agria, que destacaba con su bonito color entre las otras cosas. Todo estaba en "su punto y forma", como le gustaba expresarse al abuelo cuando estaba algo alegrillo.

- Entonces, quiere decirse que has venido condecorado -dijo el abuelo, limpiándose los bigotes y la barba-. Con órdenes del gobierno, condecoraciones importantes. Como es natural, te felicito. ¿Y por dónde has andado, hijo mío?

- Donde he estado padre, ahora ya no estoy.

- Me ofendes, Mefódievich. Soy hombre para guardar un secreto.

- Del secreto hay copia en el mercado -dijo Stepánov-. Toda nuestra calle Krasívaya conoce tus secretos.

El abuelo, con sobresalto, se acercó presuroso al fogón, como si se le fuera a quemar un plato polaco -bigos- que tenía en el horno. Cuando lo sacaba de allí, dijo:

- Escucha, Mefódievich, tenemos que ocuparnos de las cuentas. Quedan todavía bastantes dineros tuyos, ¿cuándo los vas a recibir?

Rodión Mefódievich dijo que nunca. Distraídamente, iba partiendo en pequeños trozos la empanada y se los llevaba a la boca, sin apartar la vista de la pared que tenía en frente.

- ¿Cómo que nunca? -se ofendió el abuelo. Llevaba tanto tiempo ahorrando cuidadosamente el dinero: regateaba con los vendedores en el mercado; buscaba donde vendían la leña más barata; lavaba él mismo las sábanas y las toallas, incluso fregaba los suelos, si Varia no se encontraba con ganas, y, de pronto, "nunca"- No, Mefódievich -se enfadó el viejo-, eso sí que no. En la administración de la casa no soy para ti una carga, me esfuerzo siempre lo más

que puedo, cada día de Dios hago por escrito la cuenta de los gastos con ayuda de Varia, y ahora dices "nunca".

- Pues como castigo de tus cuentas y recuentas, lo que queda te lo doy para que te compres un abrigo de invierno -dijo Rodión Mefódievich con severidad-. Mañana iremos a los almacenes y compraremos un abrigo forrado de piel y un gorro de piel.

El abuelo, después de reflexionar un instante, replicó:

- Eso no puede ser. Húgovna reventará.

- Si revienta, la enterramos.

- ¡No, no se puede! -repitió el abuelo-. Y en todo caso, mejor será comprarle a Varia un saco de piel. No lejos de aquí he visto que venden uno muy bueno.

- A Varia le compraremos el saco de piel sin tu dinero, y a ti, de todas maneras, hay que comprarte el abrigo.

- Si yo no tengo ningún interés por el abrigo. A Varia sí que hay que vestirla como es debido. La chica está en plena sazón, ya casadera. Hay que comprarle el ajuar, mantas, almohadas, todo como es debido...

Rodión Mefódievich frunció el ceno: siempre le desagradaba pensar que Varia pudiera llegar a casarse.

- Bueno, basta ya hablar de lo mismo -dijo-. Mejor será que bebamos para honrar la memoria del difunto Afanasi...

En el pasillo se oyó un prolongado timbrazo. Húgovna, a pesar de que estaba cerca de la puerta, no salió a abrir. Rodión Mefódievich descorrió el cerrojo y vio a Volodia, y allí mismo, en el descansillo de la escalera, le abrazó. Detrás venían Aglaia y Varia.

- Papá, le he arrancado del laboratorio -dijo Varia-. Por eso no te extraña que despida un olor tan raro...

Rodión Mefódievich también besó a Aglaia. El abuelo puso con presteza platos limpios y vasos, llenó una garrafrilla de vodka de galanga con yemas de grosellero y guindilla.

- Bueno, sentaos -dijo Rodión Mefódievich-, vamos a beber una copa en memoria de Afanasi, y después os lo contaré todo.

Levantó el vaso con su brazo tatuado y desnudo hasta el codo, lo mantuvo en alto y dijo con voz pausada:

- Recordemos al comunista, al ucraniano, a tu padre, Vladímir, a tu hermano, Aglaia, y a mi amigo, Afanasi Petróvich Ustímenko, muerto heroicamente luchando por la libertad del pueblo español. Que la tierra de Madrid le sea leve...

El abuelo se santiguó y todos bebieron en silencio. Volodia, atragantándose, se metió un trozo de empanada en la boca. Húgovna empezó de nuevo a cantar su canción de cuna. Rodión Mefódievich encendió un pitillo, su mirada se hizo dura, amenazadora.

- En pocas palabras -empezó a decir-, siete *Junkers* volaban en dirección a Madrid en formación de cuña, esto lo vi yo mismo. Lo demás no lo vi, pero lo oía contar a la gente. Los *Junkers* eran trimotores, pesados; los pilotos eran alemanes, fascistas. Afanasi se lanzó solo al combate. Seguramente le fue muy difícil, hasta que los otros aviones de su escuadrilla se prepararon y levantaron el vuelo; algo les retrasó. Los *Junkers* por esta vez no arrojaron sus bombas sobre Madrid. Afanasi derribó dos aparatos, ambos se destrozaron. Después...

Rodión Mefódievich dio una larga chupada al cigarrillo, luego siguió con voz pausada, clara y precisa:

- Después se incendió su aparato. Quiso apagar las llamas, y se abrasó. Pereció entre las llamas nuestro Afanasi Petróvich en el aire de Madrid. Allí mismo, en Madrid, le enterraron. Miles de personas fueron al entierro: madres con sus niños en brazos, pilotos, tanquistas, infantería. Todos recordaban que era ruso... Cantaron *La Internacional*, también cantaron canciones españolas y la *Varshavianka*. En el cementerio dispararon tres salvas. La tumba quedó cubierta con una lápida de mármol blanco...

Volodia miraba a Stepánov sin pestañear. Aglaia lloraba silenciosamente, Varia se limpiaba las lágrimas con los dedos, vuelta de cara a la ventana. El abuelo Mefodi escuchaba concentrado, sombrío.

- Tenía varias fotografías -continuó Rodión Mefódievich-, pero tuve que deshacerme de ellas. Tenía también algunas anotaciones y una carta de tu padre para ti, Vladímir, que había escrito por si le ocurría algo: no me ha quedado nada... Pero lo retengo en la memoria. Con frecuencia les decía Afanasi a los españoles en los últimos tiempos estas palabras: "Estás cansado, sacúdete; te encuentras débil, supérate: se te ha olvidado, recuérdalo: la revolución no ha terminado". En las horas de descanso leímos juntos a lord George Gordon Byron, que fue además un hombre magnífico, porque hizo muchas cosas de provecho para Grecia. Y algunas líneas de él las repetía Afanasi con frecuencia riéndose, como bromeando, pero, claro es, sin ninguna clase de bromas. De algo me recuerdo:

El sueño de los muertos es desasosegado, ¿puedo yo sosegar?

Los tiranos oprimen al mundo, ¿voy a ceder ante ellos?

Las mieses han madurado, ¿puedo la siega retardar?

¡En un lecho de punzantes enebros -no dormito!

En mis oídos día tras día suenan los clarines,

El corazón repite su eco...

- A veces, cuando hablábamos, me preguntaba: "¿Suenan los clarines, Rodión?" Y yo le contestaba: "¡Suenan! Sobre todo cuando tú me invitas a

aceitunas verdes o a calamares en su tinta, o cuando descubres cualquier otra novedad española!" Y eso es todo lo que puedo contar.

Rodión Mefódievich dio con avidez unas cuantas chupadas al pitillo, hizo una pausa prolongada, como él sabía hacerlo -olvidándose por completo de sus invitados-: seguramente pensaba, recordaba las tumbas que allí habían quedado, y a los que quedaron con vida, pero que hasta entonces se consumían tras las alambradas de los campos de concentración de Francia; a aquellas mujeres con severos vestidos negros, que, apretando contra su pecho a sus hijos muertos, yacían en la polvorienta plaza del pueblecito de La Rambla, en la provincia de Córdoba. Yendo con el difunto Afanasi, Rodión Mefódievich vio a aquellas compañeras de antifascistas "muertas a pedradas". Entonces, cambiando una mirada, comprendieron que algo nuevo, como nunca se había visto hasta entonces por la fuerza de su crueldad, avanzaba sobre el descuidado mundo, que bailaba olvidado de todo. A esto, que todavía era algo impreciso, indeterminado, aún difuso, oculto entre densas penumbras, había que hacerle frente inmediatamente, con todas las fuerzas, pues, de otra forma, el mundo descuidado, que sólo vive pensando en el día de hoy, el mundo que se olvida de todo cantando canciones y leyendo alegremente folletines sobre sus presidentes y ministros, el mundo de la lucha por "panem et circenses", pronto, muy pronto, sería convertido en un montón de ruinas humeantes, sobre las que, con un zumbido atronador y triunfal, volarían enormes bombarderos con la cruz gamada en el fuselaje.

- ¡Ha empezado! -dijo entonces Rodión Mefódievich.

- ¡A toda marcha! -contestó Afanasi.

- Otro caso más -siguió contando Stepanov, y miró a Volodia con sus ojos avizores y un tanto fríos-. Pasábamos por el pueblecito de La Rambla tu padre y yo; las mujeres de los antifascistas con sus hijos, incluso con los niños de pecho, habían sido sacadas a la plaza y entre el polvo, en pleno día, fueron muertas a pedradas. Estas mujeres se irguieron, se abrazaron, y empezaron a tirar contra ellas piedras así... -¿Acaso tenía sentido enfrentarse con esto a media voz?, pregunto-. Pues incluso Afanasi y yo -¡qué cabezas responsables y de hombres de Estado!- comprendimos que aquello no pasaría de largo, había empezado, y a plena marcha. Y van tomando las cosas tal giro que, como ellos se lo propongan, dejarán de existir dos mundos, dos sistemas, y existirá uno solo, que sus conquistadores se lo ofrecerán a ellos en bandeja de oro. Allí han hecho una prueba: ¿Cómo -se dijeron- se va a manifestar el mundo: contra nosotros, o no? ¿No está de acuerdo con nosotros?", pues, preparémonos, y a empezar, porque si con esto no están de acuerdo, entonces, nunca y en ninguna parte se pondrán de acuerdo. Y a

él, es decir, a Hitler, sólo le hace falta eso, que nadie, en ninguna parte, se ponga de acuerdo en nada; entonces, él empezará a asestar golpes a cada uno por separado. ¿Comprendes?

- ¡Comprendo! -dijo Volodia.

- Bebe vodka -le aconsejó Rodión Mefódievich-. Hoy, con la vuelta, tengo un día gris, no hago más que beber vodka. Es incluso sorprendente: ha pasado tanto tiempo y todavía no he podido dormir con sueño tranquilo ni una noche...

Miró inquieto a su alrededor, y todos advirtieron que estaba agotado, que este hombre vigoroso, como endurecido por los vientos del mar, siempre tranquilo, optimista en todos los momentos de la vida, el rasurado y musculoso Stepánov, verdadera "gloria del Báltico, albatros de los vientos", como le gustaba a él decir en broma, recordando unos mal rimados versos de tiempos de la guerra civil, estaba cansado.

- ¿No te habrás resfriado, papá? -preguntó Varia en voz baja.

Rodión Mefódievich la estrechó con un brazo, la apretó fuertemente contra sí, y dijo con pesadumbre:

- Estoy sano, hija, completamente sano, únicamente un poco cansado, además no me abandonan estos pensamientos tristes. Mirad, por ejemplo, a todos nosotros nos parece que el fascismo pasará así, de largo, como pasan las lluvias. Pero no, no puede pasar de largo, ya hace mucho tiempo, antes de ir a España, que vengo observándolo, pensándolo. Por ejemplo, ¿para qué un tal Hugo Eckener, piloto alemán, voló hasta los EE.UU. en su *DR-3 Friedrichshafen*? Para influenciar moralmente sobre los norteamericanos diciéndoles: mirad qué fuerzas estamos acumulando. ¿Con qué fin el barco alemán *Bremen* ganó la banda azul, y precisamente en el puerto de Nueva York y no en uno de sus puertos? ¡De nuevo con el fin de meter miedo! Y sus pilotos, y sus boxeadores, y sus películas: por todas partes la fuerza alemana, la victoria alemana, la superioridad alemana, el puño alemán. Mientras tanto, en Europa, y allende el Océano, continúan bailando, siguen la danza, necios... Thälmann está en la cárcel -¿qué significa esto? "El imperio de mil años" -¿qué quiere decir esto? La delegación alemana ha abandonado Ginebra -¿para qué? Ahora han organizado en Londres la "Asociación anglo-alemana", propagan las ideas hitlerianas entre los ingleses y han nombrado presidente a lord Mount-Temple, un personaje en la industria química de Inglaterra... Chamberlain es un pasmarote, o está comprado, o es un imbécil. Así es que, según yo pienso, el globito terrestre no tiene nadie en quien confiar, si no es en nosotros.

- ¿Quiere decir que habrá guerra? -preguntó Varia.

- Pueden ocurrir acontecimientos serios -dijo Stepánov, volviéndose hacia Aglaia-, y nuestra tarea

es que nuestro pueblo, particularmente la juventud, se mantenga en estado de movilización. Tú, Aglaia Petrovna, que dispones en las tareas de la enseñanza, ten en cuenta mis consejos. Los comisariados militares no pueden hacer solos frente a esta tarea, si nosotros mismos no templamos ideológicamente a nuestra juventud. Hay todavía entre nosotros frivolidad y autosuficiencia, ya hoy lo he podido ver y olfatear: no es una tarea fácil la que nos espera. ¿Qué os parece si brindamos para que lo que yo he visto y con lo que vosotros, por suerte, todavía no os habéis enfrentado, sea aplastado definitivamente?

- ¿Pero qué es, di? -preguntó el abuelo, parpadeando.

- ¡El enemigo, abuelo! -respondióle Stepánov, sin la menor sonrisa.

- Entonces, claro es, como hagan todos, hago yo -dijo el abuelo, que siempre se avergonzaba un poco de "divertir a los diablejos" en presencia de Varia. Luego preguntó a Aglaia: ¿tú le echas escaramujo al té? Es una buena cosa. Resulta más barato y más aromático: puro heno.

- Abuelo, el té no debe saber a heno -le advirtió Rodión Mefódievich-. Y por lo que hace a la baratura, entonces, echa sólo heno, y aún es más barato...

- Heno, heno -le remedó el abuelo-; del secreto hay copia en el mercado. Yo también tengo mi idea de las cosas. Donde has estado tú, Mefódievich, ha sido en España. Hay un país que se llama España. De él hablan todo el tiempo por la radio. Incluso hay un verso, Varia se lo ha aprendido: "En España hay una ciudad que se llama Granada". ¿Dirás que no?

Y, dirigiendo a todos una mirada triunfal, el abuelo empezó de pronto a cantar con voz monótona, de vieja:

*Si yo supiera y me percatara,
De mocita confiara
Mi amargo sino
En la suerte del matrimonio...*

Al abuelo le parecía que si la gente estaba sentada a la mesa, bebiendo y comiendo, lo que correspondía hacer al amo de la casa era mantener la alegría y empezar él a cantar el primero. Pero la culta Húgovna golpeó en la pared con su seco puño, y hubo que dejar el canto.

- Su Yúrochka es un niño terriblemente nervioso -dijo Varia-. El profesor Persiáninov le visita y, verdaderamente, no puede comprender por qué es tan nervioso este niño.

- ¡Vaya, no está mal profesor! -dijo el abuelo-. Se presenta y en seguida le da un beso a Yúrochka en el traserito. ¡Oh, pero qué precioso eres, oh, pero qué criaturita! Y le sueltan cincuenta rublos; yo también hago eso, y aún más por cincuenta rubletes.

- ¡Vaya, abuelo, qué cosas tienes! -replicó Varia-.

El profesor Persiáninov es una eminencia. ¿Trabaja en vuestro Instituto, verdad, Volodia?

- Estuvo; ya no está -dijo Ustímenko-, pero no es ninguna eminencia, sino que, sencillamente, a las mamás les gusta porque a todas les dice que su niño es único en el mundo...

- ¿Es decir, un niño de calidad superior? -preguntó Stepánov.

Varia observó con pesar:

- Tan estricto y siempre con bromas y ganas de reír...

Pero Volodia, como si no la oyera, pensaba ya en lo suyo. Y durante toda aquella tarde, tan larga y abrumadora, parecía como si de pronto hubiera desaparecido de allí, y después, distraído, preguntaba:

- ¿Ah? ¿Me preguntáis a mí?

Rodión Mefódievich fue a acompañar a la tía Aglaia y Volodia. Varia se quedó con el abuelo para fregar los platos. Al salir, Stepánov miró a su hija, después a Volodia, pero no dijo nada. En la escalera se encontraron con Borís Gubin, apuesto, fuerte, con un buen abrigo y con sombrero.

- ¡Salud! ¿Está Varia en casa? -le preguntó precisamente a Volodia.

- Está en casa -contestó Volodia con indiferencia, y Rodión Mefódievich le volvió a mirar.

- ¿Quién es este muchacho? -preguntó.

- Es Borís Gubin. ¿Pero no le ha reconocido usted? Ahora es un personaje en la ciudad. Escribe versos y reseñas en el periódico, y si vas con él por la calle, puedes oír con frecuencia: ahí va Gubin. Es un buen muchacho y bastante inteligente. Varia le alaba mucho, afirma que es una persona muy tratable y no un atormentador, como otros.

¿Eso de atormentador, hay que suponer que va por tí?

- ¡Seguramente! -respondió Volodia con hastío.

Y siguió andando, pensativo, cabizbajo, con las manos hundidas en los bolsillos. Aglaia y Rodión Mefódievich iban detrás, hablando en voz baja.

Algunos cambios.

Desde aquella tarde Stepánov iba casi todos los días a ver a Volodia, así lo supuso él al principio, pero después comprendió con triste sorpresa que Rodión Mefódievich no iba a verle a él, sino a la tía Aglaia. Pasaba mucho tiempo hablando con ella a solas y ella le escuchaba, apoyando su hermosa cabeza en las manos, con la mirada fija en la vieja lámpara de mesa con una pantalla de tela bordada. Rodión Mefódievich, vestido con la guerrera de marino, con galones dorados en las bocamangas, la cara tostada por el sol, las sienes encanecidas, oscuras y espesas cejas, iba y venía por la habitación de la tía, hablaba, se reía y no preguntaba nada. Volodia sabía qué alivio y alegría producía contarle a ella las cosas. Y un día, por primera vez en su vida,

oyó que la tía Aglaia cantaba no para sí, sino para otra persona. Seguramente no sintieron cerrar la puerta cuando él entró, y Volodia se quedó escuchando sentado en el borde del baño con la toalla en las manos. Aglaia cantaba bajito, pero con tal sencillez y franqueza, con esa sinceridad de una conversación tranquila e ingenua, como sólo cantan las mujeres rusas:

*¿Por qué, nohecita, estás tan sombría?
 ¡No hay en el cielo ni una estrellita!
 ¿Con quién en la nohecita descansaré?
 ¿Con quién, dime, la otoñada pasaré?
 Ni padre ni madre tengo yo,
 Sólo un amigo al que ama mi corazón,
 Y ni él me corresponde con su amor...*

La tía terminó de cantar, Volodia abrió el grifo y el agua empezó a caer con fuerte ruido en el baño. Pero no le dio tiempo de cerrar la puerta: la tía Aglaia, vestida con su mejor traje, salió al recibidor y preguntó, con los ojos radiantes de felicidad:

- ¿Hace mucho que has venido?

- ¡A tiempo para oírte cantar! -contestó Volodia con gesto huraño.

- ¡No me censures! -le rogó la tía-. No me censures, criatura...

Volodia, sorprendido, fijó en ella su mirada. Nunca había visto a Aglaia así. De la tía decían que era hermosa, y él mismo se daba cuenta de ello. Pero nunca se la podía haber imaginado tan bella, tan resplandeciente, tan ligera, enteramente como una muchacha.

El agua, glogloteando, llenaba el baño azulado; Volodia estaba de pie, en calzoncillos, delgado, las clavículas salientes, sin afeitarse, y ella, agarrándole de un codo con su mano cálida, le hablaba de prisa, cariñosa, como un suave susurro:

- Pero si hace mucho que le quiero, hace mucho tiempo, muchísimo. Entonces esto era difícil, para él y para mí. Y ahora soy feliz, niño mío, completamente feliz. Piénsalo, razona tú mismo, Grisha murió en el año veintiuno y tú, tarde o temprano, te irás y me dejarás. El ahora está solo, ¿por qué razón, lo mismo él que yo, tenemos que perdernos el uno para el otro? Veo por tus ojos que me condenas ¿pero, por qué?

- No te condeno -repuso Volodia, mirando los ojos refulgentes de su tía-. Sino que... simplemente... todos me abandonáis... Varia, tú, Puich. Sólo te pido que no me dejes, tía -le rogó-. ¿Qué voy a hacer yo solo?... Es triste, de todos modos...

El baño rebosó en un instante y Volodia se resbaló en el suelo de baldosín. Rodión Mefódievich salió de la habitación y dijo con voz lastimera:

- ¡Todos me dejáis abandonado, es como para echarse a llorar!

- ¡Lo ves! -y Aglaia indicó con la cabeza a

Stepánov-. ¿Qué puedo hacer yo?

Durante la cena, Volodia llevó a cabo el interrogatorio, y tanto Rodión Mefódievich como Aglaia lo confesaron todo de buena gana, incluso con alegría.

- ¿Entonces, también habéis tenido correspondencia? -preguntó Volodia.

- ¿Y por qué no? -respondió la tía-. Con eso no podrás untar el pan, es queso, la mantequilla está en la mantequera.

- ¿Y también os visteis en Leningrado cuanto tú fuiste allí?

- Claro que nos vimos -dijo Rodión Mefódievich-. Y estuvimos en el Ermitage y en el Museo de Arte Ruso y hasta subimos a lo alto de la catedral de Isaac.

- ¿A vuestra edad?

- ¡Insolente! -dijo la tía.

- ¿Y lo de España lo sabías?

- Lo de España no lo sabía, pero me lo figuraba -dijo la tía Aglaia, sirviéndole una taza de té a Stepánov-. Y no fue muy juicioso por parte de Rodión Mefódievich ocultarme este viaje.

- No quería que tuvieras otra preocupación más.

- ¿Y ahora, qué va a pasar? -preguntó Volodia-. Yo, personalmente, estoy en contra de que cambien de casa...

- ¿Y qué te pasa con Varia?-le preguntó Rodión Mefódievich.

- No me pasa nada. Simplemente, puede ser que sea verdad que tengo un carácter muy difícil. Yo no me callo ante lo que me parece absurdo y mezquino en la vida. Y resulta que soy un tirano. Varia hasta me llama déspota. Además, es más joven que yo y, claro es, todo lo ve de otra manera. Yo no la censuro, Rodión Mefódievich, sencillamente, yo no puedo considerar las cosas como ella.

- ¡No es cierto, la censuras! -replicó Rodión Mefódievich-. Y te diré que la censuras sin razón. La vas a perder, y como ella no encontrarás otra. No soy casamentero, pero yo... cómo decirlo... te estimo y por esto te digo: debes exigir de la persona, pero humanamente.

- Yo exijo de cada uno como mi difunto padre -dijo Volodia, palideciendo de pronto-. Y de mí, en primer lugar. Y de todos. De otra manera, no me parece que debe ser.

Rodión Mefódievich miró a Aglaia, después a Volodia.

- ¿Has perdido la chaveta?

- ¡No! -dijo Ustímenko-. No he perdido, Rodión Mefódievich, ninguna chaveta. Sin embargo, considero -de pronto, se dio cuenta de que hablaba exactamente como pudiera hacerlo Prov Yákovlevich Polunin-, sin embargo, me permito considerar que el sentido de la existencia humana está en la más alta exigencia con uno mismo, en el mismo grado que la tuvo consigo mi padre cuando se lanzó solo contra los siete *Junkers*. Pues no fue en absoluto con ánimo

de sacrificio, ¿verdad? Y no se limitó a cumplir con su deber. El, entonces, en aquellos segundos, sintió sobre sí toda la responsabilidad por la suerte de la revolución mundial...

- ¡Pero no te exaltes así! -le dijo la tía-. Estás completamente blanco...

- No me exalto. Únicamente pienso siempre que si todos fueran como fue mi padre, es posible que ya no hubiera guerras, que curáramos el cáncer, lo mismo que curamos un constipado o el ardor de estómago, y que nos hubiéramos olvidado de la tuberculosis. Mientras que la mayoría piensa en su interés personal, sin comprender en absoluto que el bienestar social trae el bienestar personal y, además, en tal escala como estos individuos no han podido ni soñar...

Se bebió de un trago el té, ya frío, y, parpadeando continuó:

- Les pido que me perdonen. Pero, de verdad, a veces resulta muy difícil. Hoy, en el Instituto, un cerdo me ha llamado traidor y no camarada porque me he negado a pedir a Gánichev que volviera a examinarle. Es difícil... Y me he negado, porque sé perfectamente que este tipo se va a quedar indefectiblemente en la ciudad y, además, en un puesto de mando, sin tener apenas conocimientos, la cabeza como un adoquín y las ideas de lo más mezquinas...

- ¿Lo dices por Eugenio? -preguntó Stepánov.

- ¡Me voy a dormir! -dijo Volodia, sin contestar a la pregunta-. Estoy cansado.

Cerró bien la puerta al salir y telefonó luego al Viejo a la residencia. Puich se puso al teléfono enfadado.

- ¿Qué, te va bien de casado? -preguntó Volodia.

- ¡Vete al diablo! -le contestó el Viejo.

- Ten presente, feliz recién casado, que si mañana no vienes a estudiar, se acabó todo para siempre entre nosotros. Ogurtsov me ha dado ya algo a entender y está dispuesto a sustituirte.

- Eso es cosa tuya.

- ¿Vendrás mañana?

- ¡Iré! -dijo Puich y agregó, después de un momento de silencio-. ¡De verdad, Volodia, que eres una persona difícil!

- ¡En eso estamos! -contestó Volodia animoso.

En tanto, Rodión Mefódievich, paseándose por la habitación de Aglaia con un pitillo en la mano, decía que Volodia, naturalmente, tenía razón, sólo que en este momento, como se expresan los jugadores de cartas, "se había pasado", pero no en el contenido, sino en la forma.

- ¡Estos a veces se pegan un tiro en la frente! -dijo Aglaia preocupada.

- ¡Estos, nunca! -contestó Stepánov tranquilamente. Después de despedir a Rodión Mefódievich, Aglaia se quitó el vestido nuevo, se puso ropa de más abrigo, escuchó si Volodia dormía

con respiración tranquila y salió sola a la calle. Los autobuses circulaban todavía, saltó con ligereza al número nueve -"Estación-Ovrazki"- y, concentrada en sus pensamientos, llegó hasta la plaza.

... En otros tiempos había allí siempre una hilera de cocheros, los carruajes despedían olor a cuero viejo y a brea, y allá, al otro lado de la empalizada, donde ahora se halla el parque, había antes un mercadillo junto a la estación, en el que vendían gallinejas, pescado frito, embutidos caseros, pepinillos salados, vodka amarilla de destilación propia. Aquí está la plaza, y la casa de ladrillo de Kniázev, que era entonces el regidor de la ciudad, y la casita de madera con un salidizo y una terraza, con postigos y un abedul junto al portillo. ¡Cómo había crecido, qué hermoso se había puesto el abedul! ¡Qué bien que se hubiera conservado y que las yemas estuvieran ya a punto de reventar, a pesar de ser la primavera tan tardía y fría!

Y, de pronto, Aglaia sintió que tenía los ojos llenos de lágrimas: allá, junto al abedul, al lado de la casita con la terraza, el presidente de la Cheka de la provincia, Kondrátiev -Grisha Kondrátiev-, le dijo al salir para Moscú por unos cuantos días, que cuando él volviera, entonces -quisiéralo ella o no lo quisiera-habría una "boda calladita". Así se lo dijo él entonces, con estas palabras extrañas: "boda calladita", y le explicó de mala gana:

- Quiero decir que vendrás a vivir conmigo para siempre. Y llamar a la gente, ¿para qué? Empezarán a beber y a gritar ¡Gorko!¹⁷. Tú para mí eres mi mujer, ¿y a quién más le importa esto? ¿Vendrás?

Ella asintió con la cabeza.

- ¡Vendrás! -repitió él una vez más-. Vendrás y empezaremos a vivir. Sólo que sobre la base de la nueva moral, la moral comunista. Sin esos horribles prejuicios del pasado. El matrimonio es amor y sin amor no hay matrimonio, sino pura hipocresía, gazmoñería burguesa. Hasta llegar a esas que llaman casas de tolerancia.

- ¿Qué tolerancia? -preguntó la ingenua Aglaia.

- Eso ya te lo explicaré después, cuando vuelva -contestó severo el presidente de la Cheka de la provincia-. Escucha ahora lo que te voy a decir. Si dejas de quererme, no te preocupes. Empieza una nueva vida con otro camarada. Claro que esto no será para mí un regalito agradable. Pero nuestra nueva sociedad no permite un amor desigual. Y compasión en el matrimonio tampoco lo soporta. Así lo considero yo, y el camarada Jolodilin, de la sección de instrucción política, también lo ha dicho. ¿No le has oído hablar?

- No -contestó Aglaia, disculpándose-, nosotros teníamos instrucción de tiro con ametralladora.

- En cuanto vuelva le daré un buen repaso a

¹⁷ *Gorko*: amargo. Se trata de una antigua costumbre rusa en las bodas: los invitados gritan ¡Gorko!, pidiendo así que se besen los novios. (N. de la Edit.)

vuestro instructor militar -dijo Kondrátiev-, no hace más que estorbar el trabajo de la sección de instrucción política. Sigamos...

Permanecieron mucho tiempo junto al abedul: él con la cazadora de cuero al brazo, el máuser en una funda amarilla al costado; ella con un vestido de percalina. Este era su mejor vestido, el más bonito, un verdadero vestido. Ella misma tiñó la percalina de color azul vivo, lo almidonó y luego le cosió un cuellecito blanco. Y resultó un vestido tal que incluso le daba vergüenza salir a la calle con él, seguramente era el mejor de la ciudad. Y Kondrátiev miró a Aglaia Ustímenko sorprendido y feliz, movió la cabeza y dijo:

- ¡Vaya, vaya! ¿De qué tela es?

El tren salió. El día que había de regresar Grisha Kondrátiev, Aglaia se bañó largo tiempo en el templado río Uncha y mientras nadaba no dejaba de pensar: "Bueno, se ha terminado tu juventud, Aglaia, ya te has divertido bastante, ahora ya hasta tu muerte serás una mujer casada. No mujer, sino ciudadana, pero, de todos modos, casada..."

En un atardecer sofocante, que amenazaba tormenta, Aglaia recogió todo su ajuar en un hatillo y se fue a la casa de Kondrátiev, a aquella casita pequeña con terraza. Grigori Románovich la esperaba, de pie en el centro de la habitación, vestido con una guerrera militar, bien ceñida con un cinturón. Todo estaba limpio, en orden, desde una de las paredes miraba Carlos Marx con la vista fija en la lejanía, en la mesilla, junto a la estrecha cama había un montón de libros, sobre una pequeña mesa de juego con incrustaciones crepitaba una vela. Kondrátiev tenía los ojos muy abiertos, pues consideraba a Aglaia en la corta vida que habían estado juntos como un ser maravilloso. No vio a su marido después de muerto -entonces estaba Aglaia con tifus- y así se quedó en su memoria para siempre: de pie, mirándola en silencio, intimidado, mientras resonaban los truenos, todo retumbaba y trepidaba, pero la tormenta no acababa de descargar.

- Ahora, escucha sobre nuestra vida en adelante -le dijo Kondrátiev, volviéndose ligeramente para no ver el ingenuo e infantil rostro de Aglaia-. Yo estoy en un trabajo de mucha responsabilidad, vienen a verme toda clase de gentes con la idea de socavar la férrea ley revolucionaria. ¡Nunca, Aglaia, tomes nada de manos de nadie, ninguna clase de regalos, no lo olvides! Te diré también que tenemos en la Cheka de la provincia un faetón de dos caballos para el servicio. Los caballos los alimentamos no mal para que tengan buen aspecto. Para asuntos particulares no vamos casi nunca en el faetón, únicamente en casos de extrema necesidad. Si te veo en él, te sacaré y te dejaré en vergüenza allí donde te encuentre.

Y preguntó:

- ¿No tienes alguna cosa para comer?

Aquella tarde de su "boda calladita" comieron un

trozo de pan reseco, que había traído Aglaia, remojado con leche. No había pasado más de medio año cuando llegó a buscar a Kondrátiev el faetón del servicio: los de la Cheka iban al distrito para capturar a un criminal y saqueador, al ex barón Tadde. Grisha Kondrátiev no volvió de este viaje: el ayudante del capitán de caballería Tadde, en el último momento de la refriega, lanzó una granada que le causó a él mismo la muerte al tiempo que mató al presidente de la Cheka de la provincia.

Cuando salió del tifus, Aglaia se encontró viuda. Como recuerdo del marido le entregaron su máuser con su nombre, y en memoria de Kondrátiev enviaron a la viuda a estudiar. De esta casita con un abedul junto al portillo salió entonces para el fabuloso Moscú. Y no había vuelto a estar más en ella.

- ¿Qué debo hacer? -preguntó en silencio, apoyándose en el tronco del abedul-. ¿Eh?

Dos rostros se confundían ante ella: Grisha y Rodión Mefódievich. Y aquel corto período de tiempo feliz se entrelazaba con el presente. ¿Era culpable ante Kondrátiev? ¿Cómo saberlo? ¿A quién preguntar? ¿Quién la iba a responder?

En la estación llamó a Stepánov desde un teléfono automático. Rodión Mefódievich, como si lo esperara, contestó al instante con voz enronquecida:

- Stepánov al aparato.

- Podemos irnos cuando quieras -dijo Aglaia en voz baja-. Puedo tomar las vacaciones desde el sábado.

- ¡De acuerdo! -dijo Stepánov con seriedad, sin apresurarse-. Todo estará preparado.

Después de colgar el auricular, se volvió al comedor donde estaba estudiando Varia malhumorada, encendió un pitillo, se paseó de un rincón a otro y dijo:

- Me voy de viaje, Varia.

- ¡Ah, ah! -contestó Varia.

- No voy solo.

- ¿Con Aglaia Petrovna? -preguntó Varia, sin levantar la vista del libro de geología.

- Con ella.

Varia dejó el libro, se acercó a su padre, le echó los brazos al cuello y le besó con fuerza tres veces en una mejilla. Y el sábado todos ellos -Varia, Volodia, Eugenio con Iraída y Borís Gubin- fueron a despedir a Aglaia y a Rodión Mefódievich, que se marchaban a Sochi. La tarde era primaveral, muy templada, húmeda y oscura. La ventanilla del departamento del coche-cama estaba levantada: allí, en la mesita del vagón, cubierta con una servilleta almidonada, había un florero con mimosas amarillas, y al lado del florero, una botella de champán.

- De viajar, hay que ir únicamente en coche-cama -dijo Eugenio, mirando con ansiosa curiosidad por la ventanilla-, mirad, camaradas, qué racionalmente organizado y qué cómodo está aquí todo. No, los

burgueses sabían bien lo que es la vida...

Rodión Mefódievich, rejuvenecido, con una guerrera azul marino impecablemente hecha, con entorchados dorados en las mangas, con un fino y elegante guante calzado en una mano, estaba en el andén. Aglaia, desde la ventanilla del pequeño departamento con alfombras, fundas, cobres y cristales, instruía a Volodia:

- Tienes que tomar algo caliente sin falta todos los días, ¿lo oyes, Vladímir? No seas perezoso, compréndelo: esto es lo más importante para ti, estás muy delgado, duermes poco, estás agotado, nervioso, y, además, los exámenes de final de carrera. ¿Lo oyes? Y por si no fuera bastante con lo que tú tienes encima, todavía te empeñas siempre en sacar adelante a alguien más. Hay que tomar sopa, ¿oyes? La vecina Slepniova te lo comprará todo y te lo preparará, pero tú no te olvides y no te hartes sólo de pan. ¿Lo oyes?

- ¡Tú, Varia, podrías cuidar de él! -le dijo Stepánov en voz baja.

- ¡Vladímir, puedes venir todos los días a comer conmigo! -le propuso Gubin-. Mi madre sabe arreglar muy bien todas las cuestiones de casa...

- ¡Pero si con nosotros también puede comer! -dijo Eugenio con magnanimidad-. No tiene más que poner su parte, y asunto arreglado...

Varia guardaba silencio, mordiéndose los labios: ella estaba para él en tercer lugar, o incluso en quinto lugar. Primero la ciencia, después el Instituto, después sus pensamientos, sus ideas, los libros, todo lo que se quiera, y sólo después de esto, en el tiempo libre, estaba ella. En los momentos de ocio, cuando no tenía nada mejor que hacer, o cuando no tenía a nadie que escuchara sus razonamientos.

- Borís Gubin la agarró del brazo y ella no lo retiró: que lo viese Volodia. Pero él no lo vio. De nuevo estaba abstraído, como si estuviera solo en el andén... ¿En qué podía estar pensando ahora? ¿En cualquier intestino ciego?

- ¡Aún tenemos tiempo de ir al cine! -le dijo Borís en voz baja.

- ¡De acuerdo! -asintió Varia.

- ¡Bueno, hasta la vista, hijos! -dijo Rodión Mefódievich con voz tensa-. Desde el Mar Negro iré directamente al Báltico.

- Bueno -contestó Varia.

El tren se puso lentamente en marcha para su largo viaje. Volodia, sin esperar a nadie, se dirigió hacia la salida del andén a la plaza.

- ¡No quiero ir al cine! -dijo Varia.

- ¿Entonces, adónde? -le preguntó solícito Borís. - No quiero ir a ninguna parte. Estoy cansada.

- ¿Quieres que vayamos a tu casa, y tomaremos allí una taza de té?

- No tomaremos té. Ya te he dicho que estoy cansada.

Mientras, Eugenio le decía a Iraída:

- Si se sabe combinar bien y con inteligencia lo particular y lo social y no se es un simplón idealista, si no se hace el tonto, no es uno un quejicoso ni un vinagre y sabe desenvolverse en el medio ambiente, el automóvil, el coche-cama, las palmeras y el mar templado pueden convertirse en una cosa tan habitual como nuestra papilla de avena por las mañanas, ¿no te parece, solecito? A propósito, ¿no crees tú que te estás abandonando un poco? Pero se puede uno sonreír a tiempo, y ser alegre cuando es oportuno, y vestirse con mayor elegancia. Ve a ver a mamá, dale un poco de coba y te transformará el abrigo de verano en un chaquetón. Ahora están de moda...

- Me duele la cabeza -dijo Iraída.

- A ti, solecito, siempre te duele algo -respondió Eugenio con voz desdeñosa, pero sin alterarse, y hasta se podría pensar que con cariño-. Pero tú, en general, eres bastante fuerte, y comes bien, y en todo marchas completamente normal. Sencillamente hay que saber controlarse.

Mientras, el tren dejaba ya atrás la estación de Kapeliuji, Rodión Mefódievich, de pie en el pasillo, se quitó la gorra y se pasó con fuerza el pañuelo blanco por la frente. La empleada del tren, mientras volvía con destreza el diván del cupé para hacer la cama, preguntó:

- ¿Puede ser que la ciudadana desee cambiar de sitio? En el cupé de al lado va también una dama.

- ¡No, la ciudadana se queda aquí, con su marido! -contestó Stepánov con firmeza, sin sonrisa alguna-. Y la "dama" del departamento vecino irá sola. Además, damas y ciudadanas son gente distinta. ¿No le parece a usted?

La empleada miró a Stepánov a la cara, vio sus ojos un poco burlones, las condecoraciones en el pecho, los entorchados en las mangas, y se quedó confusa. Stepánov le pidió con afabilidad:

- ¿Haría el favor de traernos té, simpática patrona?

Aglaia estaba sentada en un rincón del cupé, con la cabeza apoyada en las manos, como en casa, muy pálida y sonriente. Por la ventanilla, al mismo tiempo que el aire templado y húmedo de los campos a comienzos de la primavera, penetraba el humo acre de la locomotora. Las mimosas se balanceaban en la mesita.

- ¿Quién quiere bocadillos, pasteles, bebidas alcohólicas y no alcohólicas? -se oyó preguntar en el pasillo.

- Pues bien -dijo Rodión Mefódievich, sentándose en el borde del diván, y clavando con veneración y ternura su mirada en los oscuros e incomprensibles ojos de Aglaia.

- ¿Qué, pues bien? -inquirió Aglaia.

El no dijo nada.

- Pues bien, pues sí, de esta manera -le remedó Aglaia-. Deja ya de estar encogido. No temas las palabras. Existe la palabra amor. Tú me amas, ¿caso

no lo comprendo yo? Ya no somos jóvenes y sabemos el valor de las palabras. Dime que me quieres...

- Que me quieres -embelesado, dijo Rodión Mefódievich con su voz profunda.

- Di: te quiero.

- Te quiero, Aglaia. Yo entonces no sabía lo que era esto. Pero, mira, incluso en España, siempre que veía a Afanasi, empezaba a hablarle de ti. El se lo supuso y me dijo: cástate con ella, Rodión, con otra ya no te volverás a casar nunca más.

- ¿Pero te has casado conmigo? -preguntó Aglaia en tono irónico.

- ¡Pues claro! ¡Qué pregunta!

- ¿Acaso me has dicho que me tomas por esposa?

- ¿Pero no te lo he dicho? -sorprendióse él.

- Te vaya decir, Rodión, exactamente lo que me has dicho. Me dijiste: "Aglaia, me voy a Sochi, vamos juntos, ¿eh?" Después agregaste: "Pues bien, de esta manera". Así es que, querido mío, de lo del casamiento me acabo de enterar por tu conversación con la empleada del tren...

Aglaia se levantó con ligereza, sentóse a su lado, pasó una mano por debajo de su brazo y, apretando su cara contra el hombro de él, se lamentó:

- No te salen las palabras.

- ¡No, no me salen! Sólo que no te ofendas, Aglaia. Yo, a las personas que saben manejar las palabras, no es que las tema, sino que me es más complicado entenderme con ellas. Mira, también en esto el difunto Afanasi era bueno: sabía callar. Y eso es una gran cosa, saber callar, para no soltar palabras inútiles. Y tú también sabes callar.

- ¿Entonces, qué, vamos a estar callados los dos toda la vida?

- No -dijo Rodión Mefódievich, seguro, tranquilo, cariñoso-. Tú y yo viviremos toda nuestra vida como se debe, como las personas. Ya lo verás.

Aglaia se estrechó más contra él.

- ¿En qué piensas? -le preguntó, de pronto, Rodión Mefódievich.

- Soy feliz -contestó ella como disculpándose-, sólo que me da un poco de miedo: tendrás que salir al mar...

- Y tú irás a vivir a Kronstadt o a Oranienbaum.

- No iré -dijo Aglaia-. Soy necesaria aquí. Y allí tendría que buscarme algún trabajo. No iré, Rodión. Pero aquí te estaré esperando siempre. Siempre. ¿Y tú sabes lo que es que le estén esperando a uno siempre?

- No, no lo sé.

- ¡Pues ahí tienes! Ahora lo vas a saber.

Ella se quedó pensativa. Rodión Mefódievich le preguntó:

- ¿En qué piensas?

- En Volodia -dijo Aglaia Petrovna-. ¿Cómo se las arreglará él solo?

¡Sois una gente asombrosa!

Sin embargo, Volodia no estaba solo. Se encontraban con él en casa Puich y Ogurtsov, aplanados y desconcertados. Hacía una hora que había muerto ante sus propios ojos Antón Románovich Mikeshin, el médico del "socorro de urgencia", el mismo con el que Volodia había ido en la ambulancia sanitaria el verano antepasado. Puich y Ogurtsov estaban de guardia en la segunda sección terapéutica cuando trajeron a la sala de ingreso a Mikeshin. Estaba todavía con conocimiento, y reconoció a los dos estudiantes, incluso les dijo en broma: "El jamelgo ha rodado desde lo alto de la empinada cuesta". Pero ya en la sala se puso peor, se intranquilizó, empezó a decir incoherencias y al atardecer el bondadoso doctor murió. Tanto Puich como Ogurtsov trabajaban con Mikeshin y ninguno de los dos era capaz hasta ahora de darse cuenta de lo que había ocurrido: todo había sucedido tan bruscamente, de manera tan absurda y repentina.

- Hay que enviar una nota necrológica al periódico -dijo Volodia-, toda la ciudad le conocía, ¡a cuántas personas no habrá salvado! ¿No es cierto, Puich?

Pero entregar la nota necrológica en el periódico no resultó fácil. En primer lugar, era ya tarde y la habitación donde recibían los anuncios y las noticias necrológicas estaba cerrada. En segundo lugar, el secretario de la redacción del *Unchanski Rabochi*, un hombre con una amplia camisa rusa ceñida con un cordón, grandes tijeras en las manos, y, no se sabía por qué, muy alegre, dijo a los estudiantes que el periódico de la región no podía informar de todos los fallecimientos, lo mismo que no podía alegrar a todos sus lectores comunicándoles el nacimiento de todos los nuevos ciudadanos que venían al mundo. Y al decir esto se echó a reír.

- ¡Mejor sería que no derrochara tanta agudeza! -le aconsejó Puich sombrío-. No hemos venido aquí para divertirnos.

- ¡Yo soy optimista por naturaleza! -contestó el secretario-. Y, además, sé que somos mortales. Así es que, mis queridos camaradas, no puedo ayudarles en nada...

Hubo que esperar al redactor jefe. El secretario charló por teléfono, salió, entró, leyó una página del periódico todavía húmeda, tomó té con un bocadillo; los estudiantes estaban sentados en un duro divancillo y guardaban silencio. Por fin, ya muy tarde, apareció el redactor jefe, el mismo cuyo nombre Volodia leía todos los días en el periódico: "Redactor jefe, M. S. Kusheliiov".

- Díganme, les escucho -dijo Kusheliiov, cuando los tres estudiantes se situaron ante su enorme mesa.

Después de escucharles, respondió, sacudiendo la cabeza de revuelta pelambre:

- No les puedo ayudar en nada, camaradas. Lo siento mucho, pero no conozco al difunto Mikeshin.

Esta es tu causa

Y no le he conocido nunca.

- ¡Mikeshin ha salvado centenares de vidas humanas, por no decir miles! -gritó Volodia con voz atronadora-. A Mikeshin le conocía toda la ciudad, y es muy lamentable que usted, el redactor jefe del periódico, no le haya conocido. Pero eso es cosa de usted, nosotros lo que necesitamos es que se publique la información.

- ¡No se publicará! -contestó Kusheliiov, enfrascándose en la lectura de una página, también húmeda como la que había leído el secretario de la redacción-. Y les ruego, camaradas, que me den la posibilidad de concentrarme: estoy leyendo un material oficial...

Tuvieron que ir a casa del decano Pável Serguéevich, después a la clínica, para ver a Póstnikov, luego a casa de Gánichev y de otros profesores y, finalmente, a casa de Zovtiak. Guennadi Tarásovich se encontraba solo en un espacioso comedor, sirviéndose de una fuente honda de alpaca una apetitosa y aromática comida, acompañada de agua mineral, y leía mientras una revista extranjera con el título *Loza y cerámica*. Sobre la mesa, más allá de la comida, Volodia advirtió algunas figurillas polvorientas que, por lo visto, acababan de ser desempaquetadas, un jarro resquebrajado, un plato alabeado y una taza.

- ¡Ah, nuestro reemplazo! -exclamó Zhovtiak-. Muy complacido, muy complacido, saludo a los jóvenes camaradas, salud, queridos amigos, díganme qué les trae...

Cubriendo su comida con una tapa brillante, sacó la servilleta del servilletero, limpió se los labios y, con voz atenuada, blanda, bondadosa, dijo:

- Me han sorprendido en uno de esos momentos de ocio de los que tan rara vez dispongo. Como todos los humanos, yo, su profesor, también me siento dominado por alguna pasioncilla. Hoy ha sido un día afortunado, he topado por casualidad con algunas cosas que he podido traer a mi cubil. Colecciono objetos antiguos de loza y cerámica.

- ¿Cómo? -preguntó Puich sin comprender, pues era algo obtuso en tales cuestiones.

- Muy sencillo, colega. Soy un coleccionador neto. Hay personas que coleccionan sellos de correos, cajas de cerillas, hay otros que coleccionan cuadros, bronce, monedas...

- ¿Esos son los que acumulan dinero? -de nuevo preguntó Puich, sin comprender.

- No, amigo mío, se trata de una pasión inocente, elevada, platónica: no coleccionan dinero, sino monedas. Yo colecciono loza y cerámica por la belleza de las formas, por el arte, la gracia, la espontaneidad de los antiguos artífices. Fíjense, por ejemplo, en esta figurita...

Con sus dedos gruesos, Zhovtiak tomó de la mesa una estatuilla polvorienta, que no había sido limpiada desde hacía mucho tiempo, la sopló, la miró con ojos

felices y dijo:

- De la fábrica Meissen, de mediados del siglo dieciocho. ¿Ven ustedes? Dos cupidos sostienen un candelabro. La mano de uno de estos cupidillos está un poquito rota, mas en realidad, esto no tiene mucha importancia. Pero la postura, ¿eh? ¡Qué naturalidad! ¿Se dan ustedes cuenta de la naturalidad de las figuras?

- ¡Me doy cuenta de la naturalidad! -dijo Ogurtsov con voz forzada.

- Y esto otro es ya de la fábrica de porcelana imperial: un frasquito para esencia con miosotis. Un ejemplar único...

Habría seguido mostrándoles las adquisiciones hechas aquel día si Puich no hubiera sacado del bolsillo la nota necrológica, que tendió a Guennadi Tarásovich. Este cambió de aspecto al instante, frunció los labios y preguntó con un dejo de duda:

- ¿Por qué, en realidad, una nota tan solemne? Hubiera bastado con informar simplemente, ¿no lo creen ustedes así? Mikeshin, Mikeshin... -repitió, como recordando, pero, por lo visto, no pudo recordar quién era aquel Mikeshin, y preguntó: ¿Dónde debo firmar? ¿El último, o qué? ¿Después de los profesores auxiliares?

- ¡Puede firmar usted el primero! -dijo Puich con sequedad-. Mire aquí, delante de la de Pável Serguéevich, cabe perfectamente su firma. Escriba con letra pequeña pues para la imprenta no tiene importancia, todas las firmas irán con un mismo tipo de letra.

- ¡Eso es cierto! -asintió Zhovtiak, procurando introducir su firma el primero. Su título -profesor- también lo puso. Después leyó otra vez la nota necrológica, advirtiendo que en algunos momentos pecaba de "falta de modestia".

En tanto Guennadi Tarásovich leía y escribía, Puich, Volodia y Ogurtsov echaron un vistazo al comedor. Bronces, cristales, armarios y vitrinas en los que estaban recogidos los "objetos de la pura pasión" del profesor: platos, juegos de té, pastorillos, antiguos jarrones de porcelana azul, fuentes, tazas y tacitas doradas, celestes, rosadas, un sinfín de cosas. Entre los armarios había sillones y divanes, tapizados con brocados antiguos, de las paredes pendían cuadros al óleo con marcos dorados: opulentas mujeres desnudas, un fraile de faz rubicunda, ángeles revoloteando en un cielo azul...

- Así, ¿no les parece? -dijo Guennadi Tarásovich-. He tachado la palabra "irreparable", simplemente "pérdida". Resultará más severo...

Puich asintió con la cabeza. En la calle dijo irritado:

- Vaya con la "pura pasioncilla" del señor: ha acumulado cachivaches por un montón de miles de rublos. Recuerdo que una vez tuve que entendérmelas con un carrero que se había vuelto un *kulak* -¡dieciséis vacas tenía!- y su mujer me empezó

a explicar que él "adoraba las vacas". ¡Vaya con el doctor!

Ogursov contrapuso:

- No es justo eso, Puich. Lo que pasa es que él no ocupa su puesto en la vida. Una vez vi en Moscú una tienda de antigüedades -¿se llaman así, verdad?-. Allí tenía que ir a traficar él: eso estaría de acuerdo con su carácter...

- ¿En beneficio del Estado? -preguntó Puich-. ¡Eres un ingenuo y nada más! Las pasiones de ciudadanos de este tipo van dirigidas principalmente a satisfacer los apetitos de su bolsillo, créeme. Acumula por lo que pueda suceder el día de mañana, porque vive preocupado. No está en su sitio y por eso vive intranquilo.

La nota necrológica seguida de las "sólidas" firmas fue insertada en el periódico por el redactor M. S. Kusheliyov.

Enterraron a Antón Románovich en una mañana templada, como de verano. Se reunieron unas treinta o cuarenta personas, pero hasta el cementerio no llegaron más que una decena. Misha Shérvud, Svetlana, Alla Shershniyova y Niusa fueron sólo hasta la puerta de la casa y estuvieron presentes en el momento de sacar el féretro. Eugenio anduvo la mitad del camino y después volvió a la ciudad en tranvía. Soplaban un vientecillo blando, chirriaban los ejes sin engrasar de la vieja carroza, los caballos también eran viejos, con las patas quebradas. Al lado de Volodia caminaba el barbudo cochero de la "ambulancia de urgencia", Snímschikov, que le contaba disgustado:

- Ahora trabajo en el servicio municipal de transporte con caballos, nuestro "socorro de urgencia" ha pasado a hacerse sólo con automóviles. Claro es que van más ligeros, pero también se atascan con bastante frecuencia. Creo que si nuestro difunto hubiera seguido yendo en la ambulancia con caballos, todavía hubiera vivido bastantes años. Pero en el automóvil, naturalmente, el aire está envenenado, y por eso le llegó al camarada Mikeshin su última hora...

Volodia no le escuchaba, tenía la vista fija en la viuda de Antón Románovich, que iba detrás del féretro, delgada, canosa, con el pelo cortado; caminaba sin llorar, erguida, incluso austera. Pero ante la tumba recién cubierta, de súbito, se debilitó, se le doblaron las piernas y en silencio, sin un lamento, cayó de bruces sobre la tierra húmeda. Los estudiantes corrieron en su ayuda. Póstnikov les detuvo con un gesto autoritario:

- ¡Déjenla tranquila! No la molesten ahora.

Ogursov aspiró profundamente, los enterradores, hablando entre sí con voz desconsiderada, recogieron las palas y las cuerdas y se dispusieron a marchar. Uno de ellos dijo:

- Ciudadano camarada, hay que añadir algo, no se olvide que nuestra tierra es muy dura de cavar...

De nuevo reinó el silencio, únicamente en lo alto de un abedul, entre sus verdes y tiernas hojas, cantaba alegre y descuidado un pajarillo. Un poco apartado del grupo, Puich iba y venía fumando con ceño hosco.

- ¡Bueno, que se conserven bien! -dijo el cochero Snímschikov-. Como se suele decir, mi misión está cumplida y hay que hacer por la vida. Me voy a echar un trago en memoria del difunto y, después, al trabajo.

Cuando lograron hacer subir a un coche a la viuda de Mikeshin, Póstnikov, Volodia, Puich y Ogurtsov siguieron paseando por el cementerio. En la tumba de Prov Yákovlevich Polunin había ya una pesada losa de granito y al pie de ella crecía un chopo alto y esbelto. Había también un banco, en el que se sentaron, cansados y agotados después de aquellos días. Póstnikov se fue a visitar la tumba de su esposa.

- No está escrito que era profesor -dijo Puich, mirando la lápida-. ¿Recuerdas, Ustimenko, como se reía de que en Alemania existiera el grado de consejero médico privado?

- Lo recuerdo -contestó Volodia-. Me acuerdo de todas sus cosas. Recuerdo que una vez se irritó de pronto por algo y dijo que una persona puede ser profesor en medicina y, a pesar de todo, no ser de ninguna manera médico...

- ¿Pero, decidme, qué es la muerte? -preguntó súbitamente Ogurtsov con aspereza-. Será posible...

- ¡Precisamente, será posible! -le interrumpió Puich con un deje de ironía.

Póstnikov volvió después de un buen rato, triste, silencioso, se limpió la frente y el bigote con el pañuelo y se sentó al lado de Volodia.

- ¿Cómo se explica esto, Iván Dmítrievich? -preguntó Ustimenko-. ¿Por qué no ha venido nadie al entierro? Pues todos sabemos qué médico fue Antón Románovich y cuánto bueno hizo...

Póstnikov no respondió en seguida, lió un cigarrillo, lo puso en una boquilla de ámbar y contestó despacioso, pensativo:

- Aquellas personas para las que se acude con la ambulancia del "socorro de urgencia" casi nunca preguntan cómo se llama el médico, en el caso de que se dispongan a presentar alguna queja contra él, cosa que, como es de suponer, ocurre en nuestro planeta. Pero si todo sale bien, si todo se desarrolla normalmente, entonces, ¿para qué -díganme por favor-, para qué conocer el nombre de la persona que "ha puesto una inyección" o "ha echado unas gotas", o incluso "ha cortado"? A Gengis-Kan todos le conocen: al doctor Guillotin, creador del guillotinado científico, también le conocen, lo mismo casi que a un tal doctor Antoine Louis, que se ejercitaba en los cadáveres para encontrar el procedimiento mejor de decapitar a los condenados a muerte. Conocen también a Talleyrand, el trapacero mayor de todos los tiempos y de todos los pueblos;

conocen a Fouché, a Grishka Rasputin, y se interesan por los Rothschild, por los zares grandes y pequeños, por el provocador Azef, pero por Mikeshin... ¿para qué?... fue un hombre así, con gafas, y hoy ya no existe...

Miró de cerca con sus ojos severos a Volodia y agregó, dando un suspiro:

- Así es, Ustimenko.

- ¡No, no es así -replicó Puich, súbitamente y con dureza-. No estoy de acuerdo con usted, Iván Dmítrievich. ¡Efectivamente, todo esto ocurría, pero no debe ocurrir y no es para esto para lo que hemos tomado el poder en nuestras manos, no es para esto para lo que existen magníficas palabras sobre la dictadura del proletariado, no es para esto para lo que nosotros, los bolcheviques, dirigimos la prensa, para que toda esta escoria envenene la conciencia humana. Mire, créalo o no lo crea, pero yo le doy palabra de que llegará el día, y llegará muy pronto, ya casi ha llegado, ya lo tenemos, en que hombres como Mikeshin serán considerados héroes del pueblo. Esto no lo comprenden todavía todos, pero lo comprenderán, les *obligaremos* a comprenderlo, y usted no se apesadumbre...

Se paró tan inopinadamente como había empezado, y, de pronto, confuso, tosió. Ogurtsov y Volodia permanecieron callados. Póstnikov con voz alegre, inusitada en él, contestó:

- ¡Ah, bolcheviques, bolcheviques, sois una gente asombrosa! ¡Todo aquello que es verdadero lo realizaréis infaliblemente!

- ¡No lo realizaremos, sino que lo realizamos ya! -replicó Puich huraño-. Y hemos realizado mucho. Y en cuanto al porvenir, lo cambiaremos todo en el futuro de tal manera como ni en sueños lo haya visto nadie.

- ¡Es muy difícil para ustedes! -dijo Póstnikov.

- Sin embargo, no nos quejamos. Pero sería más fácil si la intelectualidad misma echara de sus filas a profesares como, supongamos, Guennadi Tarásovich. ¡Cuánto más fácil sería!

Puich se estiró la caña de sus viejas botas altas, miró de soslayo a Iván Dmítrievich y le preguntó:

- ¿Se ha ofendido usted? Lo he dicho de todo corazón.

Capítulo XII.

El juramento.

Todo terminó de una manera extraña, demasiado extraña. Al rector, por lo visto, le llamaron para cuestiones de la dirección, o puede ser que estuviera cansado de estar sentado en la presidencia, pues dejó su puesto de presidente a cargo del decano; entonces, Guennadi Tarásovich Zhovtiak pidió la palabra. Estuvo hablando mucho tiempo con tono grandilocuente y de nuevo comparó su querido año 1911 con el año en curso, después enumeró a "los educandos de nuestro Instituto que son hoy

colaboradores científicos", luego citó los nombres de los profesores, pero se olvidó de nombrar a Polunin. Desde la sala gritaron:

- ¿Y Prov Yákovlevich?

- ¡Diga usted también el nombre de Polunin!

- ¡Hay que honrar la memoria de Polunin!

- He nombrado únicamente a los que viven hoy día -respondió Zhovtiak-. En cuanto al profesor Polunin, con satisfacción propongo honrar su preclara memoria con un minuto de silencio.

"Con satisfacción" sonó con doble sentido, y por la sala de actos corrió un rumor. Guennadi Tarásovich, poniendo cara de circunstancias, permaneció inmóvil de pie en la tribuna el tiempo indicado. Después, con voz comedidamente dolorida, propuso:

- ¡Ruego que se sienten!

Todos se sentaron. Zhovtiak habló todavía unos diez minutos más y bajó de la tribuna acompañado de escasos aplausos. El decano -el papá de Iraída-, tartamudeando, dijo que ya era hora de ir pensando en finalizar. El rector seguía sin volver, era un hombre inteligente, y en su presencia, claro está, no hubiera ocurrido nada parecido. El decano incluso entregó los diplomas apresuradamente, confundiendo los apellidos y bromeando, aunque hay momentos en la vida en que no se debe bromear en absoluto. Estas bromas indignaron hasta a Eugenio, que, dicho sea entre paréntesis, tenía cuentas pendientes con el papaíto de Iraída.

- Permítanme que con el acto de la entrega de los diplomas dé por terminada nuestra sesión solemne -dijo Pável Serguéevich tartamudeando-. ¡Ahora, a abrirse paso en la vida, jóvenes!

- Bien-n-n -dijo Ogurtsov, pasándose la mano por la nuca-. Pedro I señaló con gran acierto: si estás en el servicio, no tartamudees, y si tartamudeas, no puedes estar en el servicio. ¿Quiere decirse, que se acabó?

- ¿Por qué se acabó? -objetó Ustimenko sombrío-. ¡Esto sólo es el principio!

La sala de actos quedó vacía. La tía Sima, que se ocupaba de la limpieza, apartando con estrépito los bancos, empezó a fregar el suelo con un escobillón. Puich estaba sentado en el alféizar de la ventana, hojeando un cuaderno manoseado.

- Lo encontré -dijo-. Puesto que se portan con nosotros con tal desfachatez, nosotros mismos pronunciaremos el juramento.

Niusa se asustó en el acto. Era una muchacha muy prudente y no le gustaban las palabras incomprensibles, las frases bruscas, las acciones imprevistas.

- ¡Una novedad! -exclamó sorprendida, levantando las cejas-. ¿Pero qué juramento tenemos que hacer?

Puich se quedó un momento pensando, dio un suspiro y preguntó:

- ¿También te asusta prestar juramento, Niusa? ¿Crees que somos masones?

Niusa, por si acaso, sacudió una mano con aire displicente y salió de la sala de actos. Se oyó su taconeo al alejarse, se difundió una oleada de un agradable perfume y Niusa desapareció, alabándose en su fuero interno porque, como siempre, había obrado de manera inteligente.

- Hace mucho tiempo que lo tengo apuntado en mi cuadernito -dijo el Viejo-. Venga, ya que a la dirección del Instituto no se le ha ocurrido pensar en tal cosa, lo haremos por nuestra cuenta. Claro, en general, está anticuado, pero, a pesar de todo, tiene su miga.

Saltó de la ventana al suelo y ordenó con voz severa, autoritaria:

- Lo repetiréis conmigo. Esto, estimados colegas, es el antiguo "juramento de la facultad" aprobado, según se dice, por el mismo padre Hipócrates. ¡Repetidlo!

Y Puich empezó a leer:

- "Recibiendo con profundo reconocimiento el derecho de ejercer como médico que me concede la ciencia y comprendiendo toda la importancia de las obligaciones que me impone el dicho título,...

- "¡... el dicho título! -en alto, con voz temblorosa, pronunciaron los seis jóvenes médicos.

- "... prometo no manchar con nada durante toda mi vida el honor de la corporación en la que ingreso desde el día de hoy... "

A Puich, al Viejo Puich, el hombre más entero de todo el curso, de pronto, algo le vibró en la garganta, se limpió una lágrima y pasó el papel a Ogurtsov. En tanto la tía Sima, conocida en el Instituto por su odio a los estudiantes, les daba ya en los pies con el escobillón y refunfuñaba furiosa.

- Fuera ya de aquí, cuántas veces hay que decirlo...

- ¡Zape! -chilló el Viejo con voz irritada.

Pero la disposición de ánimo ya se había trastocado y nadie sintió deseos de continuar leyendo el juramento de Hipócrates.

- ¡Bueno, se acabó! -dijo Puich-. Consideraremos terminado el incidente. Cuando crezca y me haga grande, recordaré la escena imponente y conmovedora del acto de la entrega de los diplomas. Si Polunin viviera ya les hubiera dado una buena lección.

- ¿Referente al silbido con tres dedos, como se expresó el camarada Mayakovski? -preguntó Ogurtsov.

- ¡Y aún le dan a uno con el escobillón en los pies! -se lamentó el Viejo-. Yo no soy la cola de un perro, sino que soy un médico diplomado, ¿quiere que le enseñe el documento?

Ya en la escalera a todos les entró risa.

Volodia se fue solo al parque del instituto. Y no para despedirse de los edificios de la clínica -que no

era nada sentimental-, sino simplemente para descansar un poco y serenarse, pues se encontraba muy cansado después de aquellos días. Pero no había hecho más que torcer por la avenida de los arces, cuando se encontró con Gánichev. Pasar de largo ya no era posible, y de hablar no tenía muchas ganas, tanto más que Volodia sabía muy bien lo que iba a decirle el profesor de anatomía patológica.

- ¿Ha recibido usted el diploma?

- Lo he recibido.

- ¿Ha resultado el acto bien?

- Como en un cuento -dijo Volodia con tristeza.

- ¡En nuestro instituto esto lo saben hacer! -asintió Gánichev-. Menospreciar los sentimientos de un joven en el mejor día de su vida. En esto son maestros.

- ¿Y usted? -le interrogó Volodia bruscamente.

- ¿Yo, qué?

- ¿Por qué no ha estado usted allí? A usted le temen y le respetan. En su presencia no hubieran menospreciado los sentimientos de nadie. ¿Por qué se está usted aquí tranquilamente sentado en el banco?

- ¡Escuche, Ustimenko! -se sulfuró Gánichev-. ¿Se da usted cuenta de lo que dice? Yo soy un hombre viejo, estoy cansado, la atmósfera allí es sofocante...

- Polunin, enfermo del corazón, hubiera estado allí sin falta -le interrumpió Volodia con espereza-. En cuanto al cansancio y a la vejez, permíteme, pero hasta es desagradable oírlo, Fiódor Vladímirovich. Recuerde cómo Polunin decía que el mayor enemigo de la ciencia, del progreso, de la civilización y, simplemente, del oficio de médico es la indiferencia. Y ahora usted, amigo de Polunin, predica esta misma indiferencia. Bueno, ¡para que seguir!...

Sacudió una mano con desaliento.

- ¡Qué se le va a hacer!, no se puede con usted -dijo Gánichev con un dejo de culpabilidad, pero ofendido-. La juventud es despiadada...

- ¿Acaso necesita que se apiaden de usted? ¿No es temprano todavía?

Ahora se miraron el uno al otro cara a cara.

- Su viejo bombero Skripniuk, de quien usted me habló en tono tan conmovedor -dijo Volodia-, seguramente no pediría compasión. Y no es esto -continuó Volodia con angustia y dolor-, créame y no se ofenda, lo que quería decirle, sino otra cosa: ¿por qué hay tanta gente que censura y se irrita, mientras ellos mismos esperan sentados tranquilamente, en lugar de luchar contra lo que les irrita y contra lo que censuran? Explíquemelo.

Sus ojos entristecidos miraron fijamente a los de Gánichev. Fiódor Vladímirovich no pudo resistir esta mirada y desvió la vista.

- Al fin y al cabo, tiene usted razón -dijo con suavidad-, no en todo, se entiende, pero sí en algunos aspectos. He de decirle que no le he parado para preguntarle su opinión sobre mi persona. Necesito

que me diga: ¿Se queda usted en mi cátedra o no?

- ¡Claro que no!

- ¡Magnífico! ¿Y si Polunin viviera se hubiera quedado con él?

- Tampoco me hubiera quedado con él -contestó Ustimenko, después de pensar un momento-. Puede ser que al cabo de cinco años volviera con él.

- ¿Se hubiera usted dignado?

- Me hubiera dignado.

- ¿Y por qué?

- Lo mismo usted que él nos han enseñado otra cosa.

- ¡Nos han enseñado! -exclamó Gánichev-. A todos ustedes en general, y no a usted personalmente.

- Serguéi Ivánovich Spasokukotski fue en su tiempo médico rural -dijo Volodia, delectando irritado las palabras-, y usted mismo nos ha hablado de él, y nos ha demostrado que las profundas raíces prácticas de sus inquietudes científicas no han cesado de dar brotes hasta el día de hoy, desde el momento mismo en que él empezó su labor como médico rural. Precisamente usted nos ha hablado de la multiplicidad de los intereses científicos de Spasokukotski, de la profundidad de su penetración en la esencia de los problemas; ¡bueno!, y para qué repetirle a usted sus mismas palabras...

- La ciencia... -empezó a decir Gánichev, con voz cansada, pero Volodia no le escuchaba: comprendía que Fiódor Vladímirovich deseaba su bien, pero, al mismo tiempo, quería tener un aprendiz a su lado. Y él, Ustimenko, no quería ser aprendiz de nadie, él quería trabajar, luchar.

Y, sin escucharle, esperó mientras Gánichev terminaba de hablar, deleitándose con la calma de la tarde, pensando que hoy no tenía que ir a ninguna parte, solazándose con la luz cálida, alegre y perfumada de las manchas solares, y se alegró contemplando un atrevido gorrión apenas cubierto de pluma que atacaba de costado a toda una bandada de hermanos suyos.

- ¿Y todo esto para que después le vaya a pedir el tema para la tesis doctoral? -le preguntó Ustimenko, cuando Gánichev terminó su perorata.

- Pero usted no va a pedírmelo. ¡Usted mismo lo elegirá!

- ¿Y qué necesidad tengo de elegir, Fiódor Vladímirovich, si no siento ningún impulso interno de hacerlo? Spasokukotski para la extensión del esqueleto se hizo él mismo unas abrazaderas con los tornillos de mariposa de unos patines y las clavijas de las cuerdas de un piano. No sé si esto es una actividad científica, pero sí sé que está dictada por una necesidad del oficio y no por el deseo de alcanzar un grado científico. O el lavarse las manos con amoníaco, o las pinzas acanaladas para el estómago, o, al fin y al cabo, las cuestiones que se refieren a la transfusión de la sangre. Todo lo que se hacía bajo su dirección estaba dictado por las

necesidades de la vida de la clínica, y la clínica siempre la ligaba con su juventud, cuando trabajaba en el hospital de la aldea. ¿Acaso no tengo razón? ¿O, por ejemplo, Pirogov? Todo el mundo sabe que era muy riguroso al juzgar cualquier tesis elaborada a fuerza de esfuerzos y al enjuiciar a los homúnculos científicos. En cambio, Rúdnev dictaminaba con facilidad y benevolencia. Yo, personalmente, estoy por Pirogov. No hay por qué crear hombres de ciencia artificiales. Esto resulta caro, es perjudicial para la ciencia e inútil para la causa. Así pienso y lo considero yo personalmente.

- Y quién es usted para considerar o no considerar, para pensar personalmente o no pensar personalmente -dijo Gánichev ya completamente exasperado y descompuesto-, ¿Quién es usted, explíquemelo?

- Un médico diplomado.

- No muy modesto, Ustimenko.

- ¿Y por qué tengo que considerar que la modestia en mi trabajo es una buena cosa? Dígame, llevo a un rincón perdido, a un lugar remoto, y voy a ser hasta tal punto modesto que en cada caso que se me presente pediré que venga en avión un médico consultante. ¿No es eso?

Gánichev se estiró, bostezó y dio un suspiro:

- ¡Oh, señor!

- ¿Se ha cansado usted por culpa mía? -preguntó Volodia condolido.

- No me he cansado, sino que resulta extraordinariamente absurdo. Usted es una persona capaz...

- ¡Eso ya lo sé yo! -exclamó Volodia-. No tengo la menor duda a este respecto, pues de otra manera hubiera abandonado el Instituto, porque usted y Polunin y Póstnikov nos han enseñado que el médico no sólo debe tener conocimientos, sino que debe ser capaz. Y yo quiero ser médico...

- Bueno, está bien, váyase ya -dijo Gánichev-, de todos modos presionaré sobre usted por vía del Komsomol...

Y, efectivamente, presionó.

A Zatiruji.

Sólo después de varios días de combates tenaces consiguió Volodia recibir el nombramiento para la aldea de Zatiruji, que se hallaba a doscientos kilómetros de la línea del ferrocarril.

- ¡Pero tendrá usted que pasar el río en una balsa! -le dijo Gánichev regodeándose.

- ¡Lo pasaremos! -respondió Volodia.

En general, le agradaba que se hubiera armado en el Instituto tal barullo alrededor de su persona. Puich fue también "designado" para un hospital rural muy alejado, Ogurtsov se fue a Kámenka; pero todavía había muchos que andaban dando vueltas para que les recibiera el director, o partían para Moscú con cartas.

Volodia no encontró su Zatiruji en el mapa de la región.

Tendría que salir para allá dentro de una semana. La tía Aglaia escuchó sin ningún entusiasmo el relato que le hizo Volodia de su futuro trabajo.

- ¿Y vas a ir? -le preguntó.

- Claro que iré.

- Pero si allí no hay hospital.

- Hay un ambulatorio. El hospital lo construiré yo.

- ¿Tú?

- Yo mismo.

- ¿Pero os han enseñado a construir hospitales?

- ¿Y a ti, que eras lavandera, te enseñaron a gobernar el Estado?

- Bueno, pero yo no gobierno el Estado.

- Tampoco tendré que construir yo mismo el hospital. Dirigiré las obras y daré las indicaciones que sean necesarias.

Aglaia suspiró. Volodia la miró con hosquedad: no debía llevarle la contraria.

"¡Me hacen a mí gracia esas conversaciones de que la juventud de ahora no es como la de antes!", pensó Aglaia y, suspirando otra vez, se fue a comprarle a Volodia unas botas altas, una pelliza, un gorro de piel, *válenki* y zapatos. Volodia, como si de pronto se le hubiera despejado la cabeza, se quedó asustado: "Pero, ¿y Varia? ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Pues quiere decirse que estaré completamente solo, sin ella? Ahora, cuando será más preciso aconsejarme con ella a cada instante; ahora, cuando todo hay que empezarlo desde el comienzo mismo. ¿Qué hacer?", pensó desconcertado y angustiado, sin poder estar tranquilo en su habitación.

Y se fue corriendo a casa de los Stepánov.

- ¡Salucita! -le dijo Eugenio, al abrirle la puerta. Pase, *Herr* profesor. Tengo algunas novedades extremadamente simpáticas...

Como hacía calor, Eugenio llevaba unos pantalones cortos que le había hecho Valentina Andrévna de una tela especial. Pero estos pantalones no se llamaban pantalones, sino "shorty", lo mismo que a su impermeable le llamaba Zhenia, no se sabe por qué, "mantel". Llevaba en la cabeza su redecilla, y ahora fumaba en pipa, regalo de Dódik, con quien Eugenio, después de algunas agarradas bastante serias, había establecido, en general, relaciones amistosas aunque en tono un tanto irónico.

Varia también estaba en casa: tendida en un sofá leía versos. *Antología*, estaba escrito en la pasta del libro con letras doradas. Y el abuelo Mefodi preparaba la *okroshka*¹⁸.

- Justamente a tiempo para comer -dijo con doble intención-. Tomarás *okroshka*, hijito...

- ¿Por qué estás tan malhumorada? -preguntó Volodia a Varia.

- ¿Y tú qué piensas? -le contestó ella con rabia, y

salió de la habitación.

- ¡Así es, mi buen amigo! -dijo Eugenio, dándose palmadas en los muslos-. Si mi Iraída no me hubiese dejado por la casa de campo y el niño, seguramente ya me habría vuelto loco...

Eugenio echó una mirada enigmática a Volodia.

- ¿Qué novedades son éstas? -inquirió Ustimenko, desanimado.

- Son novedades para mí, *Herr* doctor, y para ti... Todo su aspecto expresaba satisfacción de sí mismo, de sus "shorty", de sus piernas cortas y fuertes, de sus músculos, aunque un poquito cubiertos de grasa, de su estado físico, de su salud, de su futuro inmediato, de la *okroshka* que se disponía a comer.

- Parece ser que no vas a Zatiruji.

- ¿Cómo es eso?

- Pues así como lo oyes, Vladímir Afanásievich. La dirección de sanidad de la ciudad ha pedido a los organismos correspondientes dos especialistas indicando su nombre: tú vas a trabajar de médico interno en el hospital número uno de la ciudad, que lleva el nombre de "Comuna de París", y yo, como médico sanitario, voy a trabajar en el aparato de sanidad de la ciudad. ¿Qué tal?

Volodia frunció el ceño y no dijo ni palabra.

Chirrió la puerta, y Varia se paró junto al marco con otro vestido, nuevecito, blanco.

- "¡Yen su despejada frente no se reflejó nada!" - declamó Eugenio-. Parece como si hasta te hubiera disgustado la noticia, camarada futuro médico interno del hospital. ¿O es que consideras que el hijo de un hombre que ha dado heroicamente su vida por la libertad de España debe ir a Zatiruji, y Niusa, Svetlana, Alla y nuestro impecable Misha deben colocarse en las ciudades?

Volodia siguió sentado con la cabeza baja, sin mirar siquiera a Eugenio. Este se salió por completo de quicio y empezó a gritar, incluso a vociferar:

- No me es nada agradable hablar de esto en presencia de Varia. En realidad, ni siquiera es muy correcto, pero con tipos como tú se ve uno obligado a hacerlo: piénsalo, *sancta simplicitas*, si no es algo peor, pero piénsalo: en Zatiruji no hay ni siquiera un club ¿no es cierto?

- ¡No lo hay! -y Volodia movió la cabeza negando.

- Y, naturalmente, ni Casa de Cultura, ni círculo dramático, ni espectáculos. ¿Hay algo de esto o, a excepción de tu ambulatorio, no hay con qué contar?

- ¡Seguramente que ni siquiera se habrá interesado! -gritó Varia-. ¿Qué falta le hacen a una persona tan eminentísima tales detalles?

- ¡Mira, fijate qué aspecto tiene! -dijo Eugenio, poniendo la mano en el hombro de Varia-. ¡Fijate atentamente! A tu corazón de hierro no le conmueve nada, ¿a ti, qué te importa eso? ¡Tú estás preocupado únicamente con tus cosas, con tu "mundo interior", como se permite Varia justificarte patéticamente,

¹⁸ Especie de sopa fría o gazpacho. (*N. de la Edit.*)

pero a mí no me la pegas. Si tú tienes tu misión en este mundo y vocación para ella, Varia también tiene su misión y su vocación. El egoísmo es una cosa sagrada, pero sólo hasta el momento en que el egoísta empieza a caminar por encima de cadáveres. Y tú, en lo que a mí se me alcanza, no eres un ente tan simple. Seguramente eres el más inteligente de nuestro curso, pero por tu aspecto pareces un corderito. Y tu viaje a Zatiruji encierra su idea, es el comienzo de tu carrera; sí, sí, no me mires con esos ojos espantados, es el comienzo del gran camino del "médico rural". Tú quieres empezar desde el primer peldaño, sin perder tiempo en adaptarte en la ciudad, pasarás allí un par de añitos, pero después volverás hecho un señor, y a seguir adelante. Mientras tanto, ella, en estos dos años contigo, ella, Varia, se consumirá allí de asco... Ella...

- ¡Calla ya! -le pidió Varia.

- ¡Su talento se perderá! -exclamó Zhenia-. ¿Y quién va a ser el responsable de ello? ¿Quién? ¡Rita! ¿Acaso no comprendes qué crimen cometes en nombre de tus ideas y cálculos egoístas? ¿Acaso?...

- ¡Está bien, basta ya! -dijo Ustimenko, incorporándose y mirando a Varia con una sonrisa forzada-. Hace ya tiempo que afirmé que todos sois de la misma calaña: vuestra Valentina Andréevna, y Dódik, y tú, y Eugenio. Eres un miserable, Zhenia, y aún más miserable porque sospechas que en todas las personas, absolutamente en todas, se oculta un miserable. Tú acabas de emplear la palabra carrera, eso que se quede para tu conciencia, pero tú, tú, Varia, ¿cómo es posible que calles?

Sus labios temblaron como los de un niño, pero se repuso inmediatamente y continuó hablando más bajo, con voz inesperadamente tranquila:

- Te voy a decir por qué callas. Tú no has contestado a tu hermano por que en el fondo de tu alma piensas lo mismo que él. ¿Y si piensas así, qué falta te hago yo a ti? ¿Qué falta te hago yo, un ser miserable y acomodaticio, que ha calculado de antemano su vida como un arribista? ¿Quieres compartir conmigo la vida de un miserable? ¿Quieres participar en los sufrimientos de un miserable? Pues bien, Varia, yo no soy eso. Y tú no puedes dejar de comprenderlo. Tú incluso lo comprendes, sólo que Eugenio es más fuerte, tu mamá es más fuerte. Y tú ahora, en este momento, me crees y me comprendes, yo lo veo, pero dentro de un rato ellos te lo explicarán todo desde su punto de vista, y todo por fuera será extraordinariamente parecido, sólo que esto no se referirá a mí, ni a otros como yo, sino que se referirá a Zhenia, y todos vosotros pensáis que el mundo está poblado por seres como Zhenia. ¡No es verdad! Y no llores, Varia, ahora no tiene ningún sentido, yo no te echo en cara nada en absoluto, sólo digo lo que pienso; esta conversación será la última, claro es, y a vosotros dos os hace falta saber qué es lo que yo pienso. Aunque acaso tampoco sea necesario.

Y seguramente ni hace falta. Pues, en realidad, es una estupidez hablar de uno mismo, justificarse, explicarse. Está clara, repito, está clara sólo una cosa, Varia, que si tú estás de acuerdo con él y te callas...

- Yo no estoy de acuerdo -le interrumpió Varia-. Yo sólo quiero decir que...

- ¡Para mí este *que* ya es mucho! -interpuso Ustimenko-. Has dejado colgada la geología, estudias de modo formal, lo que quiere decir que has echado tu vida a rodar por la pendiente, escuchas a los cretinos que te hacen insinuaciones acerca de tus supuestas facultades de artista, pero tú, Varia, no tienes ningunas facultades, sólo posees alguna capacidad de imitación simiesca; esto puede pasar en las fiestecillas familiares, pero no sirve para la causa, no sirve como trabajo, como obligación...

- ¿No comprendo por qué tienes que escuchar todas esas estupideces? -preguntó Eugenio, encendiendo la pipa regalada por Dódik-. ¡En fin de cuentas, es realmente ofensivo!

- Todo esto es muy triste -dijo Volodia casi con un susurro, acercándose a Varia-. Esto es muy triste, y, posiblemente, no ha habido en toda mi vida un día más desastroso, pero no se puede hacer nada. ¡Hasta la vista!

- ¡Hasta la vista! -dijo Varia, levantando los ojos hacia él. Pero Volodia retiró la mirada intencionadamente, pues le resultaba en extremo penoso ver el dolor reflejado en los ojos aún infantiles de Varia.

El abuelo asomó la cabeza por la puerta de la cocina y dijo que pusieran la mesa para tomar la *okroshka*.

- ¡Bueno, pues que te vaya bien, salucita! -gritó Eugenio al salir Volodia.

- ¡Cernícalo! -musitó Varia entre dientes, dirigiéndose a su hermano.

Alcanzó a Volodia, cuando éste se subía ya al tranvía, y él ni siquiera se sorprendió al oír la voz de ella. El tranvía iba traqueteando y dando sacudidas en los cruces de los raíles y en las vueltas. Volodia, mirando a un lado, por encima de la pequeña oreja de Varia con un pendiente, dijo:

- Irás a Moscú o a cualquier otra ciudad importante; puede ser que ingreses en un centro de enseñanza superior de arte teatral; resplandecerán las candilejas; te regalarán flores, ¿qué sé yo todo lo que se acostumbra por allí? Resultará, para felicidad de todos, que yo estaba equivocado. ¿Entonces, con mayor motivo, qué necesidad tienes de ir a Zatiruji? Lo más importante, y de lo que ahora se trata, es que tú y yo vemos la vida de manera diferente, y aunque ha habido otros tiempos en que tú, al parecer, me comprendías, en realidad, no me comprendías, en absoluto me comprendías, fue sólo jugar, como juegan dos niños, a que nos comprendíamos. ¿No es verdad?

- ¡Volodia! -dijo Varia.

- ¡Adiós, Varia, adiós! Si tienes algún momento libre, escríbeme. Te contestaré. No tenemos por qué alargar más este funeral...

Volodia saltó en marcha del tranvía, corrió algunos pasos al lado del vagón y luego volvió rápidamente la cabeza para no mirarla. El era así: volvía la cabeza incluso en aquellos casos en que no tenía razón.

"Seguramente en mi situación lo que corresponde es emborracharse -pensó Volodia, al ver un anuncio con una botella y un bock de cerveza-. ¡O empezar a fumar!" Pero al instante, aplanado por un profundo dolor, olvidó estos pensamientos.

¡Adiós, Varia!

Durante algunos días no salió a ninguna parte, encerrado en su chiribitil, pensaba todo el tiempo, sin poder pegar los ojos por la noche. Dos veces tomó el teléfono para llamar a Varia, pero no se decidió. En tal situación, un caluroso día le trajeron a eso de las 12 un certificado de correos de Moscú, del Comisariado de Sanidad, lacrado con cinco sellos. Tuvo que firmar dos veces, y no con lápiz, sino con tinta, antes de que le entregaran el sobre.

Contenía una hoja grande de papel en la que se decía que Vladímir Afanásievich Ustimenko debía ir inmediatamente a Moscú, a disposición del Comisariado del Pueblo de Sanidad y presentarse allí al camarada Usóltsev. Adjunta a esta hoja venía una nota de Bogoslovski. Nikolái Evguénievich escribía que "de acuerdo con lo que habíamos convenido" recomendaba a Volodia al camarada Usóltsev para el cumplimiento de aquel trabajo responsable, importante e interesante del que ellos -es decir, Volodia y Nikolái Evguénievich- "habían hablado ya en el embarcadero en Chorni Yar". La nota estaba fechada el nueve de mayo del corriente año.

A la caída de la tarde, Póstnikov y Gánichev se presentaron en casa de Ustimenko. Aglaia Petrovna colocaba las cosas de Volodia en una maleta y él andaba rebuscando entre los libros.

- ¿Adónde se dispone a ir? -preguntó Fiódor Vladimirovich, entornando con picardía los ojos.

- Pues mire, he recibido esto -contestó Ustimenko, mostrándole el sobre del Comisariado de Sanidad-. No puedo comprender de qué se trata.

- La cosa no tiene malicia -contestó Iván Dmítrievich-. Al extranjero.

- ¿Cómo al extranjero? -exclamó Aglaia Petrovna, dando una fuerte palmada-. Es un chico, no está todavía hecho a la vida y, de pronto...

- ¡El chico no está hecho a la vida, pero es capaz! -dijo Póstnikov, atusándose los bigotes-. Y se puede confiar en él. Mire, le han recomendado tres personas: Bogoslovski, que ya está trabajando allá, el profesor Gánichev, que tenía deseos de hacer de Ustimenko un anatómo-patólogo, y yo, que veo en su sobrino un buen cirujano práctico, con el tiempo,

claro es. Usóltsev, que firma esta carta, fue en su tiempo alumno de nuestro Instituto y a veces nos pide consejo... ¿Confío en que todo estará ahora claro?

- ¿Y a qué lugar del extranjero? -preguntó Volodia.

- En todo caso, no a París, -contestó Gánichev-. Supongo que a Asia y a un trabajo difícil. ¿Le conviene?

Antes de despedirse, bebieron champán. Volodia estaba triste y distraído. Póstnikov, silencioso. Gánichev, al darle la mano a Volodia, le dijo:

- Que todo le salga bien. Escriba desde allá. Y créame que lo siento, siento de veras que no se quede conmigo.

Aglaia subió al vagón tras Volodia.

- Duerme, duerme mucho, hijito -le rogó-, estás enteramente agotado, pareces un icono más que una persona.

Volodia estuvo durmiendo más de veinticuatro horas seguidas. Después se comió de una sentada todos los bocadillos que la había preparado la tía, un mollete relleno, cuatro huevos cocidos y se acostó otra vez. Quería hartarse de dormir por todo lo que no había dormido en el último tiempo, no vio nada en sueños, pero tampoco tuvo ninguna alegría cuando se despertó definitivamente. Algo muy querido, esencial y en extremo importante en su vida se había quedado atrás para siempre.

Al llegar a Moscú se afeitó y se cortó el pelo en la peluquería de la estación, se limpió los zapatos, compró una caja de pitillos, por si acaso, y se dirigió a ver al camarada Usóltsev. Le recibieron inmediatamente. El ex discípulo de Gánichev resultó ser un hombre corpulento, de unos treinta y cinco años, con una cara sencilla y toscota de soldado, el pelo cortado al rape, y camisa de hilo crudo.

- Pensamos enviarle al extranjero, a la república X... -dijo Usóltsev, escudriñando con una mirada rápida y no muy acogedora el rostro de Volodia-. Confiamos en que justificará la confianza que depositamos en usted y que hará todo lo que dependa de usted para que en el futuro sólo le recuerden allá con buenas palabras. A usted y, por consiguiente, al país que le ha dado instrucción y que le ha formado como ciudadano.

Usóltsev hablaba con un lenguaje oficial, pero su tono, sin embargo, no era nada oficial y sus ojos se alegraron inesperadamente.

- ¿No tiene usted un pitillo? -le preguntó de pronto.

Volodia recordó que había comprado una caja de pitillos, pero contestó que no fumaba: le desagradaba pensar que había comprado pitillos para complacer al jefe.

- El extranjero no es en absoluto como nos lo imaginamos -continuó Usóltsev-. Allí no encontrará

cocktail-halls, dudo que haya algún cinematógrafo, pero chamanes y todo género de chusma internacional los encontrará en abundancia. La vida será extremadamente difícil, el trabajo tampoco será fácil. Ayudantes, en el sentido de personal médico subalterno, no los encontrará allí en tanto no demuestre que usted cura mejor que los chamanes, y en tanto que, por consiguiente, los camaradas de allá no muestren deseos de ayudarlo, aprendiendo de usted.

Usóltsev, expectante, miraba fijamente a Volodia sin pestañear.

- ¿Está decidido?

- Decidido.

- ¿Pero qué es lo que ha decidido?

- Ir.

- ¿No se asustará después? ¿No empezará a escribir a mamá y papá pidiéndole que le saquen de allí? Piénselo, pues es usted todavía muy joven.

- Yo no tengo ni padre ni madre -contestó Volodia con sequedad-. En cuanto a mi juventud, yo soy médico, lo demás no significa nada.

- ¡Bien, pues arregle su documentación! -dijo Usóltsev. Va por un plazo de tres años.

Arreglar la documentación le llevó bastante tiempo, pero mucho más tiempo, energía y esfuerzos necesitó Ustimenko para pertrecharse él mismo para este difícil viaje. Y cuando compró el instrumental quirúrgico, los medicamentos, libros y ropas que le hacían falta, se acumuló tal montón de cosas, que Volodia no podía revolverse en absoluto en la pequeña habitación del confortable hotel *Moskvá*, acabado de construir.

La tía Aglaia vino a despedir a Volodia para su viaje al extranjero, y, como si fuese de modo casual, también apareció inesperadamente Rodión Mefódievich, llegado de Kronstadt. Ahora era ya capitán de navío; bromeando, se lamentaba de que estaba ocupado de la mañana a la noche y pidió a Volodia que convenciera a su terca tía de que se trasladara a vivir a la bella ciudad de Leningrado, o a Rambov-Oranienbaum, si es que tenía miedo de vivir en la isla. Aglaia se echó a reír, y Volodia pudo ver cómo a escondidas besó a su marido en la canosa sien. Stepánov le trajo a Volodia de regalo un receptor de radio con baterías secas anódicas de repuesto, para que pudiera escuchar las emisiones de radio sin necesidad de energía eléctrica.

- Allí te hará mucha falta -le dijo Rodión Mefódievich, mientras instruía a Volodia en el manejo del aparato de radio-. Allí, hermano, alejado de todo, este artefacto será para ti de primera necesidad...

Volodia estaba algo triste y hasta sentía una chispita de lástima de sí mismo, pero esta tristeza y esta lástima eran absorbidas completamente por ese particular e inmenso sentido de *responsabilidad* que le dominaba al pensar en el paso de la frontera, en el

comienzo de su trabajo en el extranjero, trabajo nebuloso, impreciso y, sin duda, muy difícil. Incluso sintió miedo al pensar en la soledad que le esperaba allí, en el extranjero, pero se esforzó por alejar de sí estas ideas, pues si Bogoslovski confiaba en él ¿por qué no iba a confiar él en sí mismo?

- ¿Por qué no os vais a dar un paseo por Moscú? -dijo Volodia con tono de viejo a su tía ya Stepánov-. ¿Qué vais a hacer aquí conmigo?

Pero Rodión Mefódievich y la tía no se fueron a ninguna parte. Después de beber una botella de agua mineral, Stepánov se quitó la elegante guerrera con anchos galones dorados, y en mangas de camisa empezó a ejercitar los músculos (se sentía muy avergonzado de que vieran todas aquellas culebras, tigres azules, cadenas rotas y consignas que tenía tatuados en los brazos). Recorrió con una mirada toda la "hacienda" de Volodia -como se expresó él-, se quedó pensando unos instantes, y luego, con sorprendente habilidad, lo ordenó todo y empezó a empacar las cosas de uso personal y los enseres del trabajo. Mientras, la tía Aglaia envolvía los cajones, las maletas y los fardos con harpillera. Al tiempo que trabajaban, ambos -marido y mujer- cantaban una graciosa cancioncilla que Volodia no había oído hasta ahora, y por esta nueva canción comprendió que ellos tenían una vida suya, propia, una vida ya desconocida para él.

Rodión Mefódievich cantaba con voz aguda y apresura:

*Tras el verde arrabal,
Algo como nunca se vio igual:
Más allá del bosque de repente
Un son de trompetas estridente.*

Y y la tía, echando la cabeza hacia atrás y guiñando los ojos con picardía, entonaba el estribillo:

*Dur-dum-dum, dur-dum-dum,
Dur-dum-dum. ¡Ah, dur-dum-dum!*

Cantaba a propósito con voz resonante y con tono graciosamente interrogativo y Rodión Mefódievich sacaba una voz chillona, como solía hacerlo el abuelo Mefodi cuando "divertía a los diablejos":

*Un gran estrépito resuena,
Los húsares entran en la aldea,
Todos con mostachos y altaneros,
Delante van los trompeteros...*

Y de nuevo, cortando el fuerte hilo con sus agudos, menudos y blancos dientes, Aglaia cantaba:

*Dur-dum-dum, dur-dum-dum,
Dur-dum-dum. ¡Ah, dur-dum-dum!*

Y Stepánov otra vez:

*A los jefes les dan casa,
y a los soldados, las cuadras,
Yy sin luz, en los secaderos,
Alojan a los trompeteros...*

Volodia, sonriéndose, escuchaba:

*Dur-dum-dum, dur-dum-dum,
Dur-dum-dum. ¡Ah, dur-dum-dum!*

¿Qué, te gusta? -preguntó Stepánov.

- ¿Dónde la habéis aprendido? -sorprendióse Volodia.

- Pues, Vladímir, allá donde hay independencia, y querencia, y diligencia -contestó Aglaia, subiéndosele los colores-. Nosotros mismos la aprendimos...

Fueron a comer al nuevo y amplio restaurante del hotel, que estaba medio vacío. Pero, a pesar de que no había apenas gente, el camarero tardó mucho tiempo en venir a servirles, y Rodión Mefódievich empezó a ponerse rojo de ira y a sulfurarse. El camarero mayor, con una cara que sorprendía por su insolencia y su grueso belfo sobre el cuello almidonado, les dijo que aquel día había una gran afluencia de turistas y que "A" (y al decir esto dobló su grueso dedo índice), la cocina no daba abasto, y "B" (y dobló el dedo anular), que en el restaurante se servía en primer lugar a los turistas. Y en este momento se inclinó tras la espalda de un señor gordo con una chaqueta lanosa.

- ¡Entonces, pongan un anuncio diciendo que a los ciudadanos soviéticos se les sirve en segundo lugar! -le aconsejó Stepánov-. Precisamente así: "¡En segundo lugar!"

Pero Aglaia puso su mano sobre la mano morena de Stepánov, él pestañeó y al instante se sonrió.

- ¿Has pensado alguna vez en lo que es tener alma lacayuna? -le preguntó a su mujer, y ambos, como si se hubieran olvidado de la presencia de Volodia, empezaron a hablar entre sí. En tanto, Volodia tomaba la sopa, pensando en Varia, en que podría estar también allí sentada a su lado, hablando de cosas diferentes, y que después podrían ir los dos juntos a cumplir aquel trabajo difícil, atrayente y misterioso que le esperaba.

Los músicos, en una hilera macilenta, arrastrando las sillas, fueron subiendo al pequeño tablado, y uno de ellos, seguramente el primer violín, serio, autoritario, se sonó estrepitosamente.

- ¡Otro coñac! -pidió el extranjero de la chaqueta lanosa.

- Con toda seguridad, esto se ha acabado, Rodión -como de lejos, le llegó a Volodia la voz de la tía-. Tú, dicho sea entre nosotros, en cuanto te irritas te vuelves terriblemente injusto...

Volodia terminó de comer una croqueta, bostezó y dijo:

- Os advierto, que yo también estoy aquí. Habéis venido de dos ciudades distintas para despedirme y al momento os habéis olvidado por completo de mí. ¡Eso no está bien!

Stepánov y Aglaia estuvieron en la estación hasta que partió el tren. La tía llevaba puesto un impermeable blanco, con un pañuelo de seda sobre los hombros, entre sus oscuros cabellos se destacaba un raro y bonito peinecillo: le gustaba a veces acicalarse con tales adornos gitanos. Rodión Mefódievich se mantenía erguido, y cuando el tren se puso en marcha levanto la mano a la altura de la visera, como si estuviera en una parada militar. Durante un largo rato Volodia pudo ver a la tía Aglaia que corría por el andén con el brazo en alto, empujando a los que despedían a los suyos. La luz resplandeciente de las lámparas eléctricas iluminaba su rostro tostado por el sol, de pómulos un poco abultados y con los ojos brillantes, llenos de lágrimas...

Después, la tía se perdió entre la multitud; una ráfaga de viento entró con fuerza en el pasillo y agitó las cortinillas del vagón. Corrían para atrás las luces de Moscú, se alejaba de la ciudad que enviaba a Volodia, Vladímir Afanáievich, al médico Ustimenko, V. A., a trabajar al extranjero.

¡Volodia llega al extranjero!

Al cabo de seis días de viaje, Volodia tenía una barba hirsuta. Es muy probable que no se afeitara intencionadamente, a pesar de que tenía navaja de afeitar y de que el compañero de cupé -un militar de edad, con una calva redonda- le había ofrecido más de una vez la suya. ¡Debía presentarse en la frontera con un aspecto de lo más imponente!

Pero allí, en la frontera, el aspecto exterior del médico Ustimenko no llamó la atención a nadie. Los guardafronteras comprobaron los documentos, los aduaneros revisaron los bultos y las maletas. La noche era oscura, ventosa, lloviznaba. En alguna parte, no lejos de allí, se despeñaba con estruendo un riachuelo montañoso. Volodia tomó té bien cargado en un vaso de grueso cristal y esperó. El tren, despidiendo una acogedora y clara luz amarilla a través de sus cálidas ventanillas, aún permanecía en el andén de la estación *Medvezhátnoe*. Por la sala del restaurante se paseaban un japonés pequeñito, con gafas y una carilla inteligente surcada de arrugas, unos ingleses corpulentos, rubicundos, y una mujer hermosa, esbelta y muy pintada, que iba con ellos...

Se oyeron dos campanadas, la tercera, el jefe del tren dio un prolongado pitido. Haciendo retemblar la tierra, el pesado convoy avanzó en las tinieblas de la lluviosa noche hacia el arco que marcaba la línea fronteriza entre los dos Estados. Volodia terminó de beber el té y pagó con el último dinero soviético. Al

poco rato, vinieron cuatro hombres, saludaron con una profunda reverencia a Volodia y empezaron a cargar las cosas en una camioneta. Estos hombres ya no hablaban en ruso, eran "extranjeros". Por fin, cuando todo estuvo cargado, cubierto con una lona y amarrado con cuerdas, un guardafronteras, con tres cuadraditos como distintivo, estrechó la mano a Volodia y le dijo con acento de Riazán:

- ¡Que le vaya bien y tenga buena suerte en todo, camarada doctor!

- ¡Salud le deseo! -respondió Volodia, como a veces decía Rodión Mefódievich.

La camioneta se puso en marcha pesadamente y al cabo de unos quince minutos se detuvo. Unos hombres con faroles de petróleo, impermeables de hule y gorras con una visera enorme -los guardafronteras del otro lado- comprobaron minuciosamente la documentación de Volodia, los aduaneros tantearon los fardos y bultos, dándoles vueltas por todos lados. Volodia, mientras, dormitaba. Le parecía que el riachuelo montañoso se desplomaba sobre su misma cabeza. Seguramente transcurrió bastante tiempo hasta que el jefe de los guardafronteras, llevándose dos dedos levantados a la visera de la gorra, de manera completamente distinta a como lo habían hecho los nuestros, miró con curiosidad al médico soviético, mostró sus ralos dientes, amarillentos del tabaco, y agitó dos veces el farol. El chófer encendió los faros, en el aire húmedo se levantó lentamente la pesada y chirriante barrera. La camioneta, crujiendo por todas las partes de su maltrecho cuerpo, iba ascendiendo como de mala gana entre la húmeda y profunda noche sin estrellas. Al amanecer empezó a sentirse frío, a la caída de la tarde el aire estaba más templado. Los compañeros de viaje de Volodia dormían en la caja de la camioneta o jugaban a un juego incomprensible, en los altos que hacían en el camino comían carne de cordero medio cruda, arrancándola con los dientes. Al segundo día de viaje, Ustimenko vio volando sobre el sinuoso camino un águila inmensa, como un avión, que se cernía blandamente en el cielo. Por la noche, la camioneta pasó a través del lecho de un río seco, se metió en el barro espeso y de nuevo salió al camino. Con todos los otros, Volodia empujaba la camioneta cuando se atascaba, ponía tablas, cavaba, la echaba hacia atrás empujándola por el chato radiador. Y, lo mismo que todo el que iba con ellos, aprendió a gritar:

- ¡Eje-je-hop! ¡Hop-ej!

Al amanecer dejaron atrás un vasto campamento trashumante. De las yurtas salían columnas de humo; caballos de fogosas crines, largas colas agitadas por el viento y ojos centelleantes corrieron durante buen rato delante de la camioneta. En otro campamento, Volodia comió una sopa extraña, amargo-salada, pero muy gustosa, con trozos de grasa de cordero, en un tercer campamento tomó té. Los habitantes de

estos campamentos -gentes de pómulos salientes- le observaban con curiosidad, algunos tocaban sus botas altas y fuertes de suave cuero y las encomiaban. Volodia no sonreía a nadie y no se inclinaba ante nadie, no pasaba la mano por la cabeza a los niños y no pronunciaba ni una sola de las palabras que ya había aprendido. Le parecía la cosa más mezquina adular a las gentes. Se mantenía en su papel, hasta un poco más austero que de costumbre. Escuchaba con atención, observaba, retenía en su memoria cómo comían, cómo bebían, cómo saludaban, cómo daban las gracias. Buscaba aquellas particularidades por las que más tarde había de estimar a aquel país y a sus habitantes, trataba de penetrar en el carácter de aquel pueblo, en sus rasgos distintivos más importantes. Esto era muy difícil todavía, incluso imposible hallarlo y comprenderlo, pero una cosa quedó completamente clara para él: todas las apreciaciones misionero-intelectuales que circulaban por el mundo sobre "los niños grandes" eran una completa superchería. Con estas gentes no demasiado locuaces, acogedoras y rigurosas, había que mantenerse a la altura de ellas, tranquilo, serio y respetuoso.

Después de tres días de camino, cuando descansaba junto a una yurta sobre una alfombrilla de fieltro, Volodia vio a unos chamanes. Estaban no muy lejos y observaban al médico ruso, hablando entre sí. El viento vespertino de la estepa agitaba los atributos de su oficio de hechiceros, que pendían de sus cinturones: plumas de picapinos, raíces secas, zarpas de oso, garras de águila real. Y un sonidillo melódico e incesante se escapaba del sucio y ensebado pandero de un viejo chamán.

"Estos son mis enemigos -pensó Volodia-. Tendré que verme las caras con ellos".

- ¡Pi-ra-mi-dón! -dijo inopinadamente un chamán joven, y se inclinó ante Volodia.

- ¿Ah? -se asombró Ustimenko, sin comprender. Tan extraña le sonó aquella palabra allí, entre los pastores trashumantes, en medio de la estepa.

- ¡Pi-ra-mi-dón! -repetió el chamán y, poniendo cara de sufrimiento, se llevó una mano a la sien: ¡Pi-ra-midón!

Asintiendo con la cabeza, Volodia se dirigió a la camioneta. Después de no poco tiempo y con bastante esfuerzo logró sacar de un cajón recubierto de chapa de zinc una cajita con tabletas. También sacó un sobrecito de farmacia. Allí mismo, acompañado del ladrido lastimero de un perro sarnoso, Volodia escribió en latín *Pyramidoni 0,3*. El chamán le hizo una profunda reverencia, tomó dos tabletas a la vez y empezó a darle una larga explicación al chófer. Después, éste explicó a Ustimenko que el chamán aconsejaba a Volodia que no se sentara en una alfombrilla de fieltro, pues los que se sientan en las alfombrillas de fieltro son los chamanes de poca categoría y el gran chamán, el

superior, debe sentarse únicamente en la piel de una yegua blanca. El que se sienta en la piel blanca gana mucho más que el que se rebaja a sentarse en una alfombrilla de fieltro. Así demostró el chamán a Volodia su agradecimiento por el piramídon.

... Hicieron noche en la estepa junto al río Kzirla-Jaa. Al amanecer, Volodia vio enormes rebaños de ovejas y el humo de las hogueras de los pastores; divisó a lo lejos los débiles contornos de las enormes moles de montañas entre la neblina.

Un poco después salieron a un camino sorprendente, pavimentado con piedras planas resquebrajadas. Al lado del camino se hallaba un enanillo inmóvil, como sumido en un sueño; parecía de piedra gris, orejudo, la boca sin labios, las órbitas de los ojos hundidas y oblicuas.

- ¡Gengis-Kan! -dijo el chófer a Volodia.

Y por señas le explicó que este camino también había sido construido por los hombres de Gengis-Kan, pero no ahora, sino hacía mucho tiempo, muchísimo tiempo.

Volodia asintió con la cabeza. De pronto, le vino a la memoria Póstnikov y sus palabras de que la humanidad recuerda siempre a cualquier Gengis-Kan.

Grandes macizos montañosos avanzaban a su encuentro, abruptos, enhiestos, poderosos, imponentes. Sobre las cimas nevadas flotaban las nubes. Volodia se enteró de que hoy pasarían el puerto y llegarían a la capital.

Capítulo XIII.

Camino de Kjara.

Volodia pasó la noche en el hotel, en una habitación con baño, una ventana grande y un ventilador. Al despertarse, tardó en comprender dónde se hallaba, qué ciudad era aquélla, por qué estaba él allí.

En el departamento de sanidad pública le recibió un funcionario seco, con gafas de oro, tras las cuales brillaban las expectantes, sagaces y esquivas pupilas de unos ojillos oscuros. El funcionario se expresaba con facilidad. El intérprete -un hombre pesadote con una bata blanca echada por encima de los hombros- le dijo con frases breves, entrecortadas:

- El señor representante del departamento lo lamenta mucho. El médico ruso tendrá que recorrer un camino difícil y realizar un trabajo difícil. Muy difícil. Demasiado difícil. Extraordinariamente difícil. Nuestra condolencia es infinita. Cuatrocientos kilómetros a caballo o esperar a que se pueda ir en trineo por el río. También grandes heladas. Mal. En el verano a caballo, a través de la taigá y el Puerto de los Cazadores.

El funcionario se inclinó: entre sus dedos delgados y con abultadas articulaciones corría rápidamente una sarta de cuentas de color lechoso.

- ¡En primavera y otoño el camino está imposible!

-siguió diciendo el intérprete-. Los ríos se desbordan, los pantanos están intransitables. ¿Sí, eh? Por el Puerto de los Cazadores no se puede, Kjara es un lugar apartado, ¿verdad, sí? Kjara nunca ha tenido un médico. El médico ruso tendrá mucho trabajo...

De nuevo se deslizaron las palabras reposadas del funcionario, de nuevo se movieron sus labios apergaminados, pero el intérprete no tuvo tiempo de traducir nada. Una mano autoritaria abrió la puerta de par en par y entró un hombre de unos treinta años, con un holgado jersey, altas botas de goma y una expresión hosca en su rostro severo, surcado de prematuras arrugas.

Sacudiendo en el suelo la ceniza del cigarrillo, sin prestar atención a las reverencias serviles del funcionario y del intérprete, se sentó y empezó a hablar con voz suave, agradable, ligeramente enronquecida:

- ¡Salud, camarada! ¿Seguramente le están asustando, verdad? Pero no tema, camarada. Yo he estudiado en el gran Moscú y sé que para usted, camarada, esto no tiene nada de terrible...

Pronunciaba la palabra "camarada" con evidente satisfacción, y, de vez en cuando, tocaba a Volodia en el codo con un rápido movimiento.

- Será complicado, sí, y difícil, sí, pero no terrible. Aunque puede ser que sea un poco terrible, sólo que no para ustedes, que han realizado tal revolución...

El intérprete tosió, el hombre del jersey se irritó de pronto:

- Se puede marchar de aquí si quiere, no me hace usted ninguna falta, y el señor inspector del departamento permanecerá aquí. Puede retirarse.

El intérprete se inclinó profundamente, se llevó las manos al pecho y no se marchó. El funcionario enjuto continuó de pie. Por la amplia ventana abierta entraban raudales de luz del sol, de la ancha calle llegaba el perezoso golpear de los cascos de los camellos, los agudos gritos guturales de los conductores y el melodioso tintineo de las campanillas de los camellos. El hombre del jersey, frunciendo las espesas cejas, miró frente a sí, directamente al raudal de luz solar, y continuó:

- Antes, aquí, en la capital, teníamos un solo médico para todo el país. Después, camarada, pagamos los servicios de un practicante de medicina de la legión extranjera, un bribón, un aventurero y, claro es, un espía y un canalla. Viajaba a caballo con sus criados y su guardia de corps, todos ellos con winchester, vendía las medicinas contra todas las enfermedades a cambio de pieles de marta cebellina y de ardilla. Por poner una vacuna tenían que pagar una marta. Sus hombres saqueaban y robaban todo lo que les venía a mano, sí, camarada, y a esto lo llamaban los honorarios. En Moscú a mí me enseñaron que existía la medicina de los chamanes y la medicina de los lamas, pero esta medicina, camarada, en Rusia no la conocían. Pero nuestro

pueblo sí la conocía. Este Morrison trajo opio y también morfina y sus hombres gritaban que el gran médico vendía sueños felices. Un sueño feliz costaba tres martas, sí, camarada, y dos sueños felices costaban cinco. Morrison era más terrible que cualquier chamán, más terrible que el más terrible de los lamas. Morrison decía que él curaba las enfermedades, pero era la muerte para nuestro pueblo, como lo oye, camarada, sí. Hacía las cosas de tal manera que nuestro pueblo iba a curarse con los chamanes y lamas y para los sueños felices iban a buscar al médico. Pero los camaradas rusos no venden sueños felices, y esto está muy bien, ¿verdad, sí? Ellos no piden martas ni ardillas, no piden nada. Nuestro poderoso vecino es desinteresado, él es desinteresado y sus hombres son desinteresados, y enseñan a ser desinteresados, camarada, y cada uno de vuestros hombres nos enseñan aquí nuestro futuro, ¿no es así, camarada, sí? Nuestro gran vecino nos ayuda en nuestra lucha contra la ignorancia, camarada, contra la incultura, contra las enfermedades. Y nosotros...

El hombre del jersey encendió otro cigarrillo, permaneció callado unos momentos, como si se hubiera olvidado de lo que estaba hablando, después se irritó de tal manera que hasta aparecieron unas manchas rojas bajo su piel amarillenta:

- Pero para nosotros es difícil por nuestra culpa, ¿comprende usted? Aquí no todos somos iguales, camarada; yo creo que esto se ve en seguida. No todos miran hacia el lado al que debieran mirar. Algunos miran hacia el lado por donde se fue aquel infame de la legión extranjera, algunos, para los que esto es ventajoso, sí. Pero cuanto más ve nuestro pueblo las buenas obras y los hechos de ustedes, camarada, tanto más fijamente mira para vuestro lado. No es mucho lo que le he dicho, camarada, pero usted me ha comprendido, ¿verdad, sí?

- ¡Sí, he comprendido! -contestó Ustimenko.

- Otra cosa más: la medicina de los lamas y de los chamanes no es tan sencilla, pero tampoco es tan terriblemente difícil, camarada. Seguramente tendrás que esperar bastante tiempo, pero esto es necesario. A veces puede ser que hasta sea peligroso. Pero el camarada no debe asustarse, pues si te asustas, entonces los lamas y los chamanes y también otros se pondrán muy contentos, eso es, camarada. ¿Y esto lo has comprendido bien?

- ¡Lo he comprendido! -contestó Ustimenko con firmeza, y luego preguntó:- ¿Dónde podría ver al doctor Bogoslovski?

- ¿Al doctor Bogoslovski? -repitió el hombre del jersey, y por primera vez desde que empezaron a hablar se rió con risa alegre y franca-. Al doctor Bogoslovski lo ve todo nuestro país, toda nuestra gente, en todas las yurtas, pero él no puede estar en el departamento, no, él no hace más que trabajar, sí, eso es, él no hace más que ir de un lado para otro y

trabajar. Él visita a todos los médicos, ayuda a todos, y les ayuda mucho. También iremos a verte a ti, no muy pronto, pero iremos, ¿sí?

- ¡Sí, les esperaré! -dijo Volodia-. Y una última pregunta: ¿a quién tengo que entregar los medicamentos?

- De los medicamentos se hará cargo el funcionario del departamento -contestó el hombre del jersey, poniéndose de pie-. Si le hiciera falta, escríbame aquí, al departamento. Mi nombre es Tod-Zhin. Escríbame en ruso todo lo que le haga falta. Tod-Zhin, ¿se acordará usted?

Tendió a Ustimenko su mano fuerte, delgada, cálida y sarmentosa. El inspector del departamento hizo tres reverencias mucho más profundas de lo que correspondía. El intérprete, andando unos pasos hacia atrás, abrió la puerta delante de Volodia.

Hasta bien entrada la noche Volodia estuvo haciendo entrega de los medicamentos. Al amanecer le despertaron. En el patio del hotel, los conductores, entre juramentos, estaban cargando ya los pequeños pero fuertes caballos. Babeaba un camello, unos hombres de cabeza afeitada, mugrientos, jugaban a la taba sentados en cuclillas, un viejecillo le propuso a Volodia a media voz si quería comprarle unos lingotes de oro: todo era verdaderamente como en sueños...

Cuando la caravana se estaba preparando para partir, llegó de pronto Tod-Zhin. Llevaba puesta una cazadora de cuero raída, una pistola colgada del cinto. Los conductores, al verle, se quedaron al momento inmóviles y callados con respeto. Apenas si había asomado el frío sol, el aire era transparente; en medio de aquel silencio, Tod-Zhin dirigió unas breves palabras a los conductores, indicando al mismo tiempo varias veces con la cabeza a Volodia. Y los conductores se volvían cada vez para mirarle.

- ¡Y ahora, hasta que nos veamos, camarada! -dijo Tod-Zhin, cuando Volodia hubo montado a caballo.

Miró desde abajo a los ojos de Volodia con una mirada clara, firme y alentadora, como el agua de un manantial. La caravana se puso en marcha lentamente, pasando por delante de Tod-Zhin, y a Volodia, sin saber por le vino a la memoria el desfile militar del 1º de Mayo.

Los cuatrocientos kilómetros los recorrieron en seis días. Al segundo día, Volodia iba sentado de medio lado en la silla, al tercer día iba tendido como un fardo, sobre el vientre. "Terrible, no, camarada, pero difícil, sí", recordaba la voz de Tod-Zhin. Los conductores se sonreían bondadosamente, le daban algunos consejos, que Ustimenko no comprendía, hacían altos con mayor frecuencia de lo necesario. Además de todas las otras molestias, le fastidiaban los malditos mosquitos. Bajo el mosquitero hacía un calor sofocante, junto a la hoguera Volodia no sabía estar sentado del lado de donde venía el humo de las ramas verdes, y la cara se le puso terriblemente

hinchada de las picaduras. Le repugnaba comer la carne medio cruda, no hacía más que beber agua de la cantimplora y maldecía para su coleteo.

Al pasar por el puerto se despeñó uno de los caballos, y Ustimenko pensó con horror que se había quedado sin el autoclave y que ahora no tendría donde esterilizar los instrumentos. Se perdieron además unas damajuanas con amoníaco y una mesa de operaciones de campaña muy cómoda.

El gran medico.

Al atardecer del sexto día de viaje, ante Ustimenko aparecieron las yurtas y las casas de Kjara, el poblado en donde tendría que organizar su ambulatorio y enfermería. De pronto, se sintió dominado por un apocamiento incomprensible. ¿Podría cumplir su cometido allí? ¡El primer médico! Con un sentimiento confuso, inquietante, se quedó contemplando aquellas pequeñas viviendas, dispersas en la lejanía bajo los pesados nubarrones cargados de humedad, prestó oído al ronco ladrido de colmilludos y sucios perros, observó a los habitantes de Kjara, quienes, a su vez, con asombro y respeto contemplaban aquella larga caravana y al médico ruso, cuya llegada anunciaban a voz en cuello los conductores sin apearse de las caballerías:

- ¡Aquí tenéis ante vosotros al más hábil de todos los curanderos y médicos! -gritaban con diversas voces, cansados, pero animosos-. ¡Alegraos: aquí le tenéis!

- ¡Alegraos y miradle bien!

- ¡Mirad cuántos buenos medicamentos os trae!
¡Y todos estos medicamentos se los dará a los que sufran, sin distinguir a nadie y sin ofender a nadie!

- ¡Venid al gran médico todos los que tengáis un padecimiento!

- ¡Y los cojos!

- ¡Y los sordos!

- ¡Y los ciegos!

- ¡No hay enfermedad que no sepa curar el gran médico

¡Dios mío, si Volodia Ustimenko, que apenas podía sostenerse en la alta silla, hubiera comprendido lo que gritaban los conductores, si lo hubiera sabido! ¿Pero cómo lo iba a saber? Pues él no comprendía que aquellos muchachos, con los que había comido y dormido, con los que había trabajado y callado, habían tenido ya la posibilidad de valorar la fuerza de su espíritu, la sencillez de su carácter, la valentía de su corazón. Lo mismo que Volodia tampoco sabía que Tod-Zhin les había encargado que la llegada de Volodia a Kjara fuera anunciada como era debido. Y ni qué decir tiene que los conductores se esforzaron por cumplir bien este encargo. Tod-Zhin no era una persona cuyas órdenes podían cumplirse a medias. Sí, había que anunciarle, tenían que anunciarle como era debido. Y los conductores anunciaron a Volodia no peor que a cualquiera de los lamas más

conocidos...

Oscurecía, estaba lloviendo...

La caravana, abriéndose paso entre una densa muchedumbre de curiosos, llegó a la plaza.

Allí se detuvieron. El potro de Yolodia empezó a mordisquear con ternura las crines de la yegua del jefe de los conductores. Alrededor, bajo la lluvia fría, la multitud permanecía inmóvil, silenciosa; la gente, atónita, miraba a Volodia valorándole, su pelliza, sus botas altas, la escopeta que llevaba a la espalda, la silla, las riendas, el potro...

- ¡Bienvenido! -dijo un hombre barbudo, con aspecto de gitano, de pelo rizado, vestido con una *poddiovka*¹⁹ (exactamente como un personaje de Ostrovski), que avanzando entre la multitud llegó hasta Volodia y le hizo una reverencia, guiñando sus ojos alegres-. Venga conmigo, doctor, se lo ruego, quiero ofrecerle pan y sal, como a un huésped de honor... No me mire con desconfianza, me apellido Markélov, practicamos el antiguo credo, no hemos venido aquí escapando de vosotros, sino del zar, que el diablo se lo lleve...

Volodia tocó con los tacones en los costados del camello, la caravana le siguió. Una muchacha esbelta, bella, con ojos grandes y dulces, salió efectivamente, al encuentro de Volodia con el pan y la sal y, haciendo una profunda reverencia, presentó una bandeja con un pan redondo, sobre una toalla, y un salero. Sin saber qué hacer, pestañeando, sonriéndose confuso, Volodia dijo:

- ¿Pero por qué hace usted esto? ¡Qué cosas tiene!
¿Para qué?

Y Markélov, detrás de la muchacha, le insistía:

- ¡Tómelo, tómelo, y bese a mi hija!

Volodia depositó un beso en la prieta mejilla de Pelagueya Markélova, dijo al dueño de la casa que "aquella atención era excesiva" y miró a su alrededor buscando a los conductores. Todos ellos estaban montados a caballo, medio derrengados, y se sonreían...

- Pero yo no vengo solo, camarada Markélov, vengo con los amigos...

- No importa, también comerán, hay para todos -respondió Egor Fomich, sólo que, padrecito, no te ofendas, ellos no son de nuestra religión, son chusma, y a mi isba no les permito pasar.

Entre el barullo que se armó al despojarse de la ropa de abrigo, las reverencias en el zaguán de la rica e inmensa isba con techado de chapa, Volodia se sintió azorado ante la idea de que había que observar el "rito de sentarse a la mesa" después de seis jornadas de camino a caballo. Se sentó también de medio lado ante aquella mesa llena de manjares salados, escabechados, fritos y cocidos, pasteles y empanadas de gallina, vodka y licores, y no

¹⁹ Vestimenta típica. Especie de abrigo o levita larga con el cuerpo ajustado y faldones amplios y fruncidos en el talle. (*N. de la Edit.*)

comprendió de momento las palabras de Markélov de que "no son de nuestra religión", pero después de beber la primera copa de whisky *Caballo Blanco*, que le abrasó la garganta, se quedó sorprendido: a la mesa estaban sentados únicamente Markélov, su opulenta esposa, su hija y un empleado de aspecto sumiso. Adivinando la mirada inquisidora de Ustimenko, Egor Fomich le advirtió de buen talante:

- Comerán, comerán, no les haremos de menos, comprendemos, y tú, madrecita, date cuenta, mira qué vecino tan generoso nos ha enviado Dios: hasta le duele el corazón por los conductores, a pesar de que son de estas tierras...

En la mesa, en medio de los manjares, ardía con viva luz una lámpara-relámpago de Petersburgo ("S. Petersburgo", leyó Volodia en la peana de plata). La comida era grasienta en extremo, y, por si era poco, todavía le agregaban mantequilla, o la rociaban con grasa de cerdo derretida, torreznos, crema de leche. Las ventanas tenían cortinas -de seda parecían o de brocado-, Volodia no entendía de eso. Sobre los tapices que cubrían las paredes había pegadas fotografías de grupos familiares. En el mismo centro del tapiz más grande y más florido, Volodia vio en un marco dorado una reproducción desastrosamente iluminada del cuadro *Remanso en el Volga*.

- Vivimos bien, no podemos quejarnos -dijo el dueño de la casa, sudando a causa de la copiosa comida, molturando entre sus fuertes mandíbulas ora un trozo de empanada, ora de pescado frito, ora un esponjoso buñuelo-. Y los abuelos tampoco se quejaron, ni los padres. Claro que se siente algo así como nostalgia por Rusia, pero aquí ya nos hemos acostumbrado a estos salvajes, somos para ellos como sus padres queridos, y ellos nos respetan como hijos, lamentarse sería un pecado. Y no sólo aquí nos conocen, también en la capital nos conocen todos, somos sus bienhechores, reciben de nosotros gran provecho, de nuestro estamento, del capital, pues pagamos los impuestos sin el menor engaño, porque vivir con engaño, claro está, es un pecado...

Volodia comía en silencio y miraba a todas partes con ojos avizores. ¿Acaso había pensado él alguna vez antes que pudieran existir tales cosas? Estas cortinas, estos tapices, este antiguo fonógrafo de bocina, estas escopetas de baqueta, de tiempos de los abuelos, colgadas por las paredes. Y allí mismo, sobre una mesita con un tapete de encaje, una máquina de fotografiar modernísima, marca Zeiss, y una escopeta Sauer magnífica, también nueva, y sobre el diván, dos fusiles automáticos, encima de los cuales, en un rico marco, se veía un retrato de medio cuerpo de un viejo, cuya repugnante jeta se parecía a la de Grishka Rasputin.

- ¿Y en qué trabaja usted? -preguntó Volodia, al fin.

- ¿Nosotros? Nosotros, mi querido huésped, trabajamos en el comercio, comerciamos en pieles;

nuestra casa, con el nombre de *Markélov e Hijos*, es conocida en todas partes, incluso al otro lado del océano, en los Estados Unidos, y con la Gran Bretaña también comerciamos, y con los señores japoneses tratantes en pieles, de acuerdo con todas las normas, y hemos logrado un amplio mercado para nuestras mercancías. No hace mucho nos visitó un representante de la firma *Hermanos Guritsu*, estuvo algún tiempo aquí con nosotros, fuimos de caza juntos, nos bañamos en nuestro baño ruso, se llevó una buena partida de pieles de marta...

Pelagueya, sin apartar la vista de Volodia, pasaba por entre los dedos los flecos de su antigua pañoleta; no comía absolutamente nada, sólo de vez en cuando se acercaba a los dientes un vaso de *kvas* frío y espumoso.

Después de la cena, Egor Fomich tuvo a bien hacer unos breves rezos, luego, limpióse con una toalla, descolgó el gorro de un clavo, encendió un farolillo y acompañó a Volodia para indicarle el lugar donde sería instalado el hospital y el ambulatorio. Ustimenko, sin comprender nada en aquel extraño mundo del "extranjero", le siguió sin rechistar. En la húmeda oscuridad del patio de Markélov, los conductores les rodearon y les siguieron, chapoteando por el barro, hasta un inconsistente tendejón hecho de palos. Al abrirse las puertas, se oyó tal chirrido que desgarró el alma; de un rincón saltaron en la oscuridad unas ratas enormes dando chillidos. Markélov, levantando en alto el farolillo, dijo:

- ¡Aquí! Y es de sobra para estos salvajes. No merece la pena ocuparse de ellos, no valen ni el trabajo que se toma Uno. Cuando haga frío, pones aquí una estufa, yo tengo una de hierro, no es nueva, es verdad, pero para ellos, es de sobra. Vivirás en mi casa, en el cuarto del mirador, y comerás también con nosotros. Ya has visto cómo comemos, engordarás. Y, además, comida rusa, que no puede ni compararse con los comistrajos de aquí.

Los conductores empezaron a decir algo de prisa y en tono violento. El más delgado de ellos -Volodia lo nombraba para sí Yura- le tiró a Markélov de una manga, dijo unas palabras y corrió hacia adelante, intentando explicarle alguna cosa a Volodia, por lo visto algo muy importante para todos.

- Quita de ahí, mono -sonriéndose, le apartó con una mano Egor Fomich; pero Volodia advirtió que su sonrisa era mendrosa.

- ¿Qué dice? -preguntó Volodia.

- Nada, farfulla, farfulla, y no puedes sacar nada en limpio -dijo Markélov, sacudiendo otra vez la mano con desprecio.

Pero los conductores empezaron a hablar todos a la vez, en voz alta y violenta. Y aquel que Volodia llamaba Yura le tiró del borde de la pelliza y le llevó fuera del tendejón, en medio de la oscura noche. Soplaban las ráfagas de viento, caía una lluvia

torrencial con un ruido sordo. Markélov gritó con voz enronquecida a los conductores, pero éstos no se calmaron; Ustimenko oía cada vez con más frecuencia e insistencia el conocido nombre de Tod-Zhin. Por lo visto, se trataba de que ellos sabían algo con respecto a Tod-Zhin que Volodia ignoraba en absoluto y que Markélov, por algún motivo, no quería saber.

Volodia, alumbrándose con la linterna eléctrica, siguió sumisamente a Yura, sin hacer caso de las voces de Markélov, advirtiéndole de algo. Los conductores, corriendo en tropel, les alcanzaron; detrás, sin mirar ni donde ponía los pies, avanzaba como un toro Egor Fomich.

Y de pronto, Volodia lo comprendió todo: los conductores le llevaron hasta un edificio que, efectivamente, reunía condiciones para un ambulatorio y para una pequeña enfermería. La casa era larga, de sólida construcción, con buenas ventanas, una entrada trasera y otra principal, una cocina y dos cobertizos.

- ¡Tod-Zhin! -dijo Yura, dirigiendo una mirada severa y triunfal a Markélov y a Volodia-. ¡Tod-Zhin!

- No hablan más que tonterías, Vladímir Afanásievich, es un pueblo salvaje, verdaderamente como los monos -interpuso Markélov, esforzándose por mantener su aparente dulzura-. ¡Dios de los cielos, da hasta vergüenza oírlo! ¡Entregar toda una factoría para convertirla en un hospital ¿Y para quién?

- ¿Ah, pero esto es una factoría? -preguntó Ustimenko.

- Fue la factoría de un traficante en pieles, yo le corté el resuello -dijo Markélov rápido, ya sin ninguna clase de blanduras y mirando de soslayo con sus terribles ojos de gitano inyectados en sangre-. Se apartó de los suyos, se metió donde no tenía que meterse y se engalló hasta tal punto que, ya ves, se hizo incluso un palacio. Ahora ha vuelto a sus heces, como aquel perro. En su choza de corteza de abedul...

- ¿Pero de quién es ahora la factoría? -le interrumpió Volodia ásperamente.

- ¡Por ahora no es de nadie, pero será mía! -replicó Markélov con voz retadora-. Yo le he puesto los puntos, y nosotros, los Markélov, tenemos nuestro carácter: lo que nos proponemos, lo alcanzamos. Puede ser que yo haya dado una cantidad de avance por la factoría, esto nadie lo sabe.

- ¿Pero si el mismo Tod-Zhin ha destinado precisamente este edificio para el hospital?

- Pues que se lo lleve, si es que tiene el acta notarial de compra.

- ¿Entonces, qué vamos a hacer?

- Pues hacer lo que yo aconsejo, querido huésped: haz tu hospital en el tendejón. Ya te he dicho que te

ayudaré. La factoría, amiguito, no te la puedo ceder de ninguna manera. Aquí, todavía, gracias a Dios, no se ha liquidado la propiedad privada, no...

- Hun-n, no sé -dijo Volodia, frunciendo el ceño-, no sé, Egor Fomich. En cuanto a la propiedad privada, eso no me afecta a mí, pero pienso que si usted ha dado una cantidad de avance, el departamento de sanidad se la devolverá. Por lo demás, póngase de acuerdo con quien debe hacerlo, yo no soy más que un médico, exclusivamente médico, y como tal he venido aquí. Así es que ahora descargaremos todos los bártulos, y lo demás es cosa suya.

- ¿Es decir, acabas de llegar y ya estás en contra mía?

- A mí no me hace falta usted, sino el hospital.

- ¿El hospital? ¿Pero cree usted, señor mío, que aquí se puede hacer algo de provecho sin Markélov? ¿Puede ser que si tú me hubieses rendido pleitesía yo, con mi carácter, acaso te hubiera regalado esta factoría para tu hospital? ¿O puede ser que desde hace mucho tiempo yo quiera hacer buenas obras? Y hasta puede ser que recibas una paga de mi parte para que cures a mis familiares...

- ¿Sabe usted lo que le digo? -gritó Volodia-. ¡Déjeme de una vez en paz, señor Markélov! No me hacen falta ni sus buenas obras, ni su estúpida paga. Váyase, tenga la bondad. Muchas gracias por su convite. ¡Ya todo esto! ¿cuánto le debo?

Metiendo la mano en el bolsillo de sus pantalones sucios, llenos de arcilla reseca, sacó el monedero que había comprado en Moscú.

- ¿Cuánto le debo?

- ¡Vaya si eres fogoso, muchacho! dijo Markélov, con sorna-. ¡Fogoso! ¡Ras, ras, y ya se le han hinchado las narices! ¡En vano! Pero a mí me gusta la gente así. Dispón de mi factoría, instálala en ella. Y espera, que puede ser que el mismo Markélov venga a curarse. ¡Espera y confía!

Golpeó fuertemente a Volodia en el hombro, tiró con dos dedos a Yura de su chata nariz, empujó a otro de los conductores con la rodilla y se marchó como amigo, hasta de buen humor...

La casa quedó silenciosa.

Silenciosa y oscura.

Volodia encendió de nuevo su linterna, miró alrededor, escuchó cómo tamborileaba la lluvia en el tejado y por señas ordenó que llevaran los bultos allí, a la factoría. Dos días después los carpinteros de Kjara ya estaban echando arena limpia al sótano, quitaban las tablas del piso, ennegrecidas y medio podridas, y ponían otras blancas; un albañil especialista en la materia hacía estufas; un viejecillo cojo y habilidoso arreglaba las cerraduras, las bisagras de las puertas y el horno del fogón. Trajeron leña al cobertizo, mucha leña: aquí los inviernos eran muy rigurosos, con fuertes heladas y abundantes nieves. Volodia, todo lleno de lamparones, dibujaba

en el zaguán unas figuritas en una hoja de lata con mano torpe, como dibujan los niños: unos hombrecitos enfermos se dirigían al edificio del hospital. Uno se apoyaba en un palo, otro iba con el brazo en cabestrillo, a un tercero le llevaban atravesado sobre un reno. Y Volodia también se dibujó a sí mismo: estaba con su bata blanca a la puerta, con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja. Como no tenía de donde copiar una cara sonriente, Volodia dibujó su boca como si fuera un cuarto de luna que le atravesara toda la cara. En tanto dibujaba, nadie daba golpe, contemplaban su obra y se admiraban. Pero, a pesar de todo, no se decidió a colgar tal muestra sobre la puerta de entrada del hospital y ambulatorio.

Markélov se presentó por allí unas dos veces con un perrazo enorme de abundante y revuelto pelaje. Se paraba, miraba, se quitaba el gorro si veía a Volodia, y, silbando, continuaba su camino.

Para el 7 de Noviembre Volodia terminó todos los trabajos de reparación e instalación de su primero y verdadero hospital con ambulatorio, sala de operaciones, un departamento de vivienda, cocina, despensa y otras dependencias necesarias. Ahora ya tenía hasta intérprete, Madí-Danzí, un vecino de la localidad, ágil, hábil, invariablemente de buen humor. Tenía también una cocinera, una mujer china, ya viejecita y en extremo tímida, que Dios sabe cómo había ido a parar allí todavía en el siglo pasado. Madí-Danzí la llamaba con toda seriedad "madame cocinera". Había también un "hermano de la caridad": este mismo Danzí.

La víspera del 7 de Noviembre por la tarde, Volodia reunió a todo su personal en la cocina bien caldeada, abrió una botella de vino dulce de Massandra, dio orden de que pusieran la mesa como en los días de grandes fiestas y echó vino en los vasos. Un reloj de pesas, que también había traído de Moscú, marcaba el tiempo con un tic-tac rítmico y sonoro.

- En un día como hoy, hace muchos años -dijo Volodia-, los obreros y campesinos de mi Patria, dirigidos por Lenin, derribaron el régimen de los capitalistas y terratenientes para siempre. Bebamos a la salud del pueblo trabajador que realizó tal hazaña.

Danzí tradujo, "madame cocinera" se echó de pronto a llorar con lágrimas de felicidad.

- ¿Qué le pasa? -preguntó Volodia, y tomó cariñosamente entre las suyas una mano de la vieja, arrugada y seca como una pata de gallina. "Madame cocinera" lloró con más fuerza aún.

- No tendrá ella pocas cosas de qué llorar ¿eh? -dijo Danzí-. Ella seguramente se habrá acordado de algo, ¿eh? Ella también ha sido joven, sí, ha tenido hijos y marido, ¿sí? Y ahora ella está sola, y si tú, doctor Volodia, no me hubieras hecho caso a mí y no la hubieras tomado a ella, se hubiera hundido, ¿sí? Ella quiere el Poder de los obreros y de los

campesinos, eso es.

- ¿Y tú lo quieres? -preguntó Volodia, pero al instante se asustó al pensar que estaba haciendo propaganda y agitación.

La viejecita continuaba llorando. "Aquí no es tan terrible, pero complicado", le había dicho Tod-Zhin. Esto es lo que significa "complicado" -pensó Volodia, dando vueltas en la mesa al vaso lleno de vino que tenía delante de sí-. ¡Bueno; lo mejor es no pensar en esto! Ya les demostraré a todos lo que es un hombre enviado por el país de los obreros y campesinos. Ya lo verán. Y lo verá el pueblo: los audaces y callados cazadores de estos lugares, los pastores nómadas de curtidos rostros, los pescadores con las manos heladas, todos lo verán. ¡Y entonces comprenderán quiénes son todos esos Markélov! Lo comprenderán, si no lo han comprendido hasta ahora.

- ¡Buenas noches! -dijo Ustimenko, poniéndose de pie.

Por la mañana entró en su habitación Danzí y le comunicó que en el porche estaba sentado un lama y que estaría sentado allí todo el día para que no entrase ningún enfermo en el hospital.

- ¿Le has alquilado tú? -preguntó Volodia.

- ¿Yo? -sorprendió se Danzí.

Todo el día estuvo cayendo nieve húmeda en grandes copos, y el lama permaneció inmóvil en el porche del hospital. A la hora de la comida, la compasiva "madame cocinera" le llevó un plato de comida caliente. Volodia se enfureció y reconvinó a toda su "plantilla". El lama, mientras comía la sopa del hospital, hablaba con Markélov, que, apoyándose en un grueso cayado, estaba no lejos de allí y miraba el edificio de la ex factoría con sus ojos perversos de gitano. Aquello, verdaderamente, era..., el diablo sabe lo que era, si se paraba uno a pensar en ello...

Y cuando empezó a oscurecer, Danzí, verdad es que con bastante temor, vino a decirle que el lama rogaba que le dejara pasar para tener una conversación correcta, que era una buena persona y que, además estaba enfermo. Volodia lanzó un juramento para su colete, y permitió al lama entrar en la habitación llamada "sala de ingreso de los enfermos". Danzí hizo una profunda reverencia al lama, y el lama, sin fijar siquiera su atención en el "hermano de la caridad", hizo una reverencia a Ustimenko. Sobre una mesita, cubierta con un hule blanco, ardía una vela en una palmatoria. En los armarios cerrados con llave y todavía sin pintar estaban los medicamentos, el lama lo adivinó y recorrió con una mirada ávida las puertecillas cerradas de los armarios, olió el algodón que había en un vaso, tocó con el dedo los depresores de madera y suspiró amarga y profundamente.

- ¿Qué desea? -preguntó Volodia.

Danzí se rascó con un talón desnudo el otro pie, también desnudo, y le preguntó de prisa al lama, éste contestó rápidamente, con voz chillona: Lo que el

lama pretendía era una cosa breve y sencilla: si Volodia le pagaba un salario mensual, entonces él, el lama, no convencería a los enfermos para que no vinieran al hospital. Nada más que eso. No exigía un salario muy alto, pero sí seguro y pagado sin retraso ni demora. Es más, el lama incluso podría enviarle a Ustimenko aquellos enfermos a los que él y otros lamas no pudieran curar.

Volodia le escuchaba con gesto sombrío y recordaba lo que Bogoslovski le había contado sobre los suicidios de los médicos rurales. Después levantó la cabeza y se quedó mirando al rostro de mujer, completamente serio, lampiño y estólido del lama. Danzı dijo alguna cosa más, y Volodia hasta sintió ganas de reír.

- ¡Bueno, que se vaya ya! -dijo Volodia. Y cerró de golpe una puerta y después la otra, luego se encerró en su pequeña habitación con un estrecho catre junto a la pared, una estufa bien caliente, una mesita delante de la ventana, con las fotografías de Varia, del padre y de la tía Aglaia...

Así empezó aquel invierno difícil, inverosímil, absurdo.

Mal le van las cosas al gran doctor.

Por la noche la temperatura llegó a treinta grados bajo cero, en los rincones empezó a aparecer una escarcha plateada, crujían las vigas de la ex factoría, y el mercurio del termómetro exterior seguía bajando.

Madı-Danzı -empleado- encendió de mala gana todas las enormes estufas del hospital.

Tardó mucho tiempo en encenderlas, pues eran siete. Madı-Danzı estaba cansado; en las salas oscuras blanqueaban con triste desolación las camas no ocupadas por nadie, con limpias sábanas blancas, mantas, colchas.

- No hace falta echar más leña a las estufas, ¿eh, sí? -preguntó Danzı.

- Hace falta.

- ¡No hace falta!

- Tú harás lo que yo te ordene, Madı-Danzı -le dijo Ustimenko con aspereza-. En otro caso, te echaré. Conmigo no traen buen resultado las bromas, no lo olvides.

- ¿Mañana van a venir enfermos? -preguntó Danzı-. ¿Muchos enfermos? ¿Tendré que encender para ellos todas las estufas, sí?

"¡La lengua le ha sido dada al hombre para que pueda ocultar sus pensamientos!", recordó Volodia esta frase de alguien y se fue a su habitación.

Al día siguiente el termómetro marcaba treinta y tres grados bajo cero. Seguía sin venir ni un enfermo.

- ¿Hay que encender las estufas? -preguntó Danzı.

- ¡Sí, hay que encenderlas!

- ¿Todas las estufas?

- ¡Sí, todas las estufas!

- ¿Vendrán los enfermos?

Ustimenko no contestó.

"Madame cocinera" preparó en su cocina comida para tres enfermos. Pero ni siquiera tres vinieron. Al hospital, bien instalado, caliente, limpio, no venía ni una persona. Por las mañanas Volodia se ponía su bata blanca y durante cerca de dos horas se paseaba de un rincón a otro por la sala de ingreso de los enfermos. ¿Al fin y al cabo, tendrían que presentarse?

Pero no, nadie se presentaba.

Los enfermos se quedaban en sus yurtas, en las chabolas de la explotación aurífera, en las chozas de corteza de abedul. Se morían allí acompañados de los aullidos de los chamanes, del estrépito y del redoble de los panderos, del callado balbuceo del lama enajenado, de los lamentos de sus mujeres e hijos. Morían de enfermedades que Volodia podía curar, y él sano, joven, fuerte- estaba allí, paseándose de un rincón al otro, ¿para qué?

Madı-Danzı le contaba con cierto tono irónico de superioridad:

- Ayer no ha venido al hospital Sagán-Ool, ¿verdad, sí? "¡Voy a traerte al doctor ruso, él te curará!" Sagán-Ool no puede hablar, el chamán Sarmá responde por él: "Que el alma se escape de tu doctor". Hoy ha muerto Sagán-Ool, yo he ido allí: al lado del difunto está sentado Sarmá, coloca una taza con manteca fundida y también tabaco, mijo, otra taza más con vodka de leche, y ordena: "¡Tú has muerto! ¡Aquí tienes todas las dádivas, vete!" ¡Qué gente, qué gente tan necia, no comprende nada! ¿sí, eh?

Volodia escuchaba ceñudo: ¿no sólo no te llaman, sino que no te permitirán entrar si vas a visitarles! ¿Quién hace todo esto? ¿Para qué? Pero si la gente perece, perece sin remedio.

Y Danzı seguía contando con su deje burlón y alegre:

- Trajeron el ataúd, un tronco ahuecado. Ataron a él al difunto Sagán-Ool con una buena cuerda, fuerte, de crin de caballo, pues el difunto no debe soltarse, tiraron rápidamente de la alfombrilla de fieltro afuera de la yurta, la sacaron no por la entrada, no, ¿sí, eh?, así no se puede, el difunto no debe conocer la puerta, pues volvería a entrar y pasaría algo malo; se lo llevaron a la montaña, en un caballo, y no directamente, sino así, así, así...

Con la mano indicaba cómo habían llevado al muerto haciendo zig-zags hasta la montaña, cómo le dejaron allí y, cautelosamente, para confundir las huellas, habían regresado.

- ¡Sin ir por el camino, así, eh! -dijo Danzı-. Sagán-Ool podía volver por el camino y eso estaría mal; eso es lo que hacen, y tú, doctor Volodia, estás encerrado aquí... Tú, seguramente, tienes la culpa, ¿por qué has hablado mal con el lama; eh sí? Pronto nos echarán a todos de aquí, a ti, y a "madame cocinera", y a mí. "M adame cocinera" estirará la

pata, es vieja, tú te irás lejos, no te faltará nada, ¿y yo? Aquí no tenemos salario, de él no voy a recibir un salario, ¿de qué voy a vivir yo; eh, sí?

Danzí hasta empezó a llorar de lástima de sí mismo... Por las mañanas Volodia hacía gimnasia: al principio diez minutos, después, quince. Antes de desayunar, con el viejo jersey y manoplas, salía a partir leña. Los troncos helados crujían y saltaban en trozos. Durante largo rato y con furia, llegando hasta la exasperación, Volodia clavaba la cuña en los nudosos leños; resollando y soltando reniegos, golpeaba con el hacha hasta que conseguía partir el tronco. Después desayunaba y permanecía largo rato sentado en el taburete. Agradaba oír crepitar los gruesos leños en las fauces de la insaciable estufa. Con la vista fija en las humeantes brasas, que se consumían poco a poco, Ustimenko hacía operaciones sorprendentes por su audacia y por su técnica -en cualesquiera que fuesen las circunstancias-, como le habían enseñado Bogoslovski y Póstnikov. Durante este tiempo había leído incontables libros. En teoría, seguramente sabía y podía hacerlo todo. Pero los enfermos no venían a verle, el hospital seguía desierto, cada día se hacía más terrible la vida para Volodia con aquel vacío en el alma, sin hacer nada, únicamente entregado a sus pensamientos, trabajando en vano, operando en su imaginación, haciendo curas en sueños.

"¡Esto no es un cirujano, sino un malabarista!", leyó en una ocasión sobre un cierto cirujano excesivamente aficionado a cortar. ¡Oh, qué cuidadoso sería Volodia, qué reflexivo y cauto sería con el tan esperado enfermo que viniera a ponerse en sus manos! De qué atenciones y cuidados rodearía al hombre que le confiara su vida. ¡Malabarista! No, él no sería un malabarista en la sala de operaciones.

Y, como a propósito, le escribieron Póstnikov, Gánichev, Puich y Ogurtsov.

Iván Dmítrievich le recordaba casos de su ya lejana práctica de médico rural. Puich se ufanaba del mucho trabajo que tenía, Ogurtsov dudaba impulsivamente de sus propias fuerzas. Gánichev advertía a Volodia que no empezara antes de tiempo a generalizar su experiencia, "y esto es hoy una peligrosa epidemia -escribía Fiódor Vladímirovich-: unos escriben sus trabajos con la pretensión de mostrar al mundo que han hecho un descubrimiento, otros, para asegurarse el derecho de prioridad, otros para recordar a la humanidad que en la ciudad N. vive Piotr Ivánovich Dóbchinski, y otros -éstos son muy numerosos- para figurar en "el escalafón científico".

Volodia les respondió con cartas breves, secas y algo misteriosas: ¡que piensen lo que quieran!

Markélov le invitó a pasar el día de Navidad con él. Ustimenko no fue con el simple pretexto de que tenía mucho trabajo. Entonces el mismo Egor Fornich se presentó en el hospital, con el rizoso pelo

bien brillante y perfumado, la camisa almidonada, dicharachero y alegre, incluso bonachón.

- ¡Oh, pero cuánto tienes que hacer, aguilucho! -le decía, echando una mirada a las salas vacías-. ¡Vaya, y cuánta gente tienes que curar; vaya, qué trabajador nos has salido! Todas las salas calentitas, las camas hechas, de la cocina trasciende un tufillo muy agradable; pero nuestros salvajes no vienen. Y no los esperes, doctor, no los esperes, palomito, no los esperes, alma cándida, no vendrán. Ellos tienen su medicina, y no se quejan de ella.

Se sentó con aires de amo en la tercera sala, estiró sus largas piernas y se lamentó:

- Mira, ahí tienes, adónde van a parar los impuestos que pagamos, que son algo nuestro, muy nuestro, merecido, ganado con nuestro esfuerzo: pues a vosotros, haraganes. Nosotros trabajamos, recorremos la tundra y la taigá y vamos por todos los lugares dejados de la mano de Dios, comerciamos, llevamos la civilización, ¿y qué recibimos? ¿Una higa? Para los holgazanes, vagos y demás indígenas, salas calentitas. No está bien eso, no, no está bien...

Markélov permaneció allí sentado largo rato, después hojeó los libros de Volodia, luego tanteó con el puño su colchón:

- ¡Qué colchón más duro tienes! ¿Quieres que te regale uno de plumas, eh, doctor?

Madí-Danzí soltó una risita junto a la puerta, se frotó las manos y se inclinó, saludando.

- ¿Entonces, qué, no vienes? -preguntó Markélov-. Bueno, haz lo que quieras. Yo, de todo corazón, y tú, como sepas...

Cuando se quedó solo, Volodia se puso a escribir a Bogoslovski. Apretando los dientes, bebiendo de vez en cuando grandes tragos de agua fría de un jarrita, estuvo escribiendo hasta la una de la madrugada. Resultó una carta rebosante de cólera, de pena, de agravios y reproches. ¿Para qué le había traído aquí Bogoslovski? ¿Porque le tenía en gran estima? A él no le hacía falta la estima de nadie, él era de por sí una persona, y, dicho sea de paso, una persona que no permitía gastar el dinero del pueblo sin provecho, en mantener una plantilla de personal, en calefacción, en comida. ¿Puede ser que esto fuera una burla de aquellos elementos de derecha, de aquellos parientes de los niyones y de los beyes, que todavía formaban parte del gobierno? ¿O acaso él, Ustimenko, sea necesario para poder dar cuenta de manera burocrática de que aquí, en Kjara, se ha abierto un hospital y funciona un ambulatorio? Pero, a propósito de esto, él comunica mensualmente los resultados de su llamémosle "trabajo" y nadie se interesa por esto, absolutamente nadie. En pocas palabras, él no está dispuesto a comer el pan de bóbilis, no está dispuesto a consumirse y a perderse allí. Exige que le llamen. Y si escribe de manera poco diplomática, que le perdonen y que tengan la seguridad de...

La carta resultó de cuatro páginas, y Volodia no la quiso releer. Que pase lo que pase. Así no se puede continuar.

En el mes de febrero recibió una felicitación de Año Nuevo del bueno de Zhenia Stepánov. La tarjeta estaba escrita en tono alegre, animoso, con agudezas, con el evidente deseo de no tener enemigos en el mundo: "Tú ha" resultado ser el más inteligente de todos nosotros, doctor rural, médico con ideas -le escribía Eugenio-. Zaturuja se ha convertido en el extranjero. Dicho sea entre paréntesis, me pica la envidia: así como así, no deja de ser interesante -los caravasares, los mucucines, las especias orientales, las bellezas con el parandzhá-, dígame lo que se quiera, pero el exotismo es el exotismo. Estoy seguro que en cuanto empiece a oscurecer te pones el frac y te diriges al club nocturno, ¿eh, pícaro?"

¿Qué podía contestar Ustimenko a esto?

La verdad sea dicha, Eugenio nunca fue muy fuerte en geografía.

Sólo que no quería pensar que Varia también consideraba que él, Volodia, era "el más inteligente de todos" y que iba vestido de frac "a un club nocturno".

Volodia escuchaba pocas veces la radio: aunque parezca extraño, pero le resultaba, él mismo no sabía por qué, hasta molesto cuando de miles de kilómetros llegaba hasta él la tranquila voz del locutor: "Habla Moscú". Como si desde allí le preguntaran: ¿y tú qué haces ahí, querido amigo? ¿Estás calentito, hay luz y no sopla el viento? Pero nosotros te hemos mandado ahí para trabajar, ¿y tú? ¿Tienes dificultades? ¿Dificultades objetivas, camarada médico?

Capítulo XIV.

¿Cómo esta su ganado?

Por las tardes Volodia leía.

Y no es que se irritara por lo que estaba leyendo, sino que la mayor parte de las veces no podía comprenderlo. Era extraño e incluso fastidioso leer que una persona durante mucho, mucho tiempo, a lo largo de muchas páginas, tanto en un sanatorio de los Alpes, como en el Petrogrado revolucionario, en el Don, como con las tropas de Kaledin, o en Moscú no puede acabar de comprender qué es el régimen soviético, le conviene o no le conviene. Este hombre se enamora, se desenamora, reflexiona bajo la lluvia y con buen tiempo (todas las épocas del año y todos los aromas se describen detalladamente y casi de la misma manera: realmente, el heno en tiempo húmedo huele precisamente así, y el sol durante una corta lluvia primaveral también brilla exactamente así), dispara, se escapa, se oculta, viaja en los vagones, navega en los barcos y, con todo y con eso, percibe toda clase de finos aromas, distingue los más diversos colores y se deleita contemplando extraordinarios paisajes: el Poder soviético lo reconocía, pero con reservas.

"¡Anda, ahí tienes!", se sorprendía Volodia, al cerrar el grueso volumen, en cuya última página se decía de manera muy significativa que era solamente el fin del primer tomo de la *biología*. El libro que leyó después estaba escrito con reticencias. El héroe de éste era partidario del régimen soviético, pero además veía cada vez más y destacaba diferentes lacras del capitalismo. No sin intención ponzoñosa decía agudezas, pero no realizaba ningún hecho notable, aunque fuera incluso insensato, del género, por ejemplo del de Pierre Bezújov, que se había quedado con intención en el Moscú ocupado por los franceses; al contrario, este personaje se dedicaba exclusivamente a observar y con frecuencia llegaba a la conclusión de que en la vida "no era todo tan sencillo". Y, efectivamente, era esto tan poco sencillo, que Volodia dejó de comprender en absoluto la obra en cuestión -que había comprado en Moscú por nueve rublos y veinte kopeks, encuadrada- y la puso a un lado para tiempos futuros. Con la tercera obra, en la que el autor describía con denso colorido y toda clase de pormenores la suerte de un saqueador en el Petrogrado de después de la revolución, Volodia se descompuso por completo: este ladrón robaba a la gente y razonaba sin cesar, y alrededor de él todos razonaban, además lo hacían de manera extraordinariamente idiota y prolongada, al fin y a la postre, el ladrón se ahorcaba, pero no del todo, y aquí Volodia abandonó la lectura de las bellas letras y volvió al interrumpido tomo sobre "los errores y los peligros en las operaciones quirúrgicas".

Precisamente, cuando leía este libro, ocurrió un acontecimiento que cambió radicalmente su vida en Kjara. Con los ojos desorbitados, chancleteando con las zapatillas, en calzoncillos con cintas (Volodia tuvo tiempo de advertir por la marca que los calzoncillos eran del hospital) entró como un rayo en su habitación Madí-Danzí y no ya gritó sino que incluso vociferó:

- ¡Enfermos! ¡Dos! ¡De prisa! ¿Sí, eh?

Volodia apartó a un lado el taburete, contó hasta diez, para dominar su turbación y no hacer alguna simpleza, se puso la bata y el gorro y salió al pasillo. En la puerta de entrada -completamente helados, con largos abrigos de reno cubiertos de carámbanos, con zamarras puestas encima de los abrigos, altas botas de piel rígidas como cartón- esperaban en silencio dos personas desconocidas. A la débil y trémula luz de una lámpara que Danzí sostenía en sus manos, Volodia se acercó a los enfermos y les dijo que se despojaran de los abrigos y pasaran a la sala de ingreso. Como contestación, oyó una risita contenida, una risita característica que le recordó algo, pero al instante se olvidó de nuevo.

- ¡Permítanme! -dijo Volodia.

- ¡Qué permitir o no permitir! -oyó decir con desembarazado acento, recio, alegre, y entonces, de

repente, reconoció por completo a Nikolái Evguénievich Bogoslovski, que se quitaba lentamente el gorro de piel, al mismo tiempo que se despojaba de todas sus vestimentas de piel rígidas y heladas-. ¡Qué es lo que hay que permitir o no permitir aquí! -repitió, estrechándole la mano, apartándose luego un poco para mirarle con atención, severo y cariñoso-. Sería mejor que saludase al camarada Tod-Zhin, pues no hace tanto que le ha visto para que se haya olvidado de él. Y diga que traigan vodka, hemos caído en una poza deshelada. ¡Oh, esta carrera por las lenguas de hielo y, por si fuera poco, la pocita, y, después, el demonio sabe adónde fuimos a parar! ¡Oh, estos concedores del terreno, estos exploradores!....

Fluía, fluía el habla chispeante, y Volodia al momento le pareció que no había salido nunca de Chorni Yar, que ahora todo marcharía espléndidamente, tranquilo, seguro. En tanto, Bogoslovski ya estaba echando un vistazo a las salas vacías, movía la cabeza, se frotaba con fuerza las manos y se lamentaba, cambiando una mirada con Tod-Zhin...

- Vacío, vacío, completamente vacío, ni una sola alma viviente...

"Madame cocinera", que se asomó a la puerta para ver quién había venido, juntó de golpe sus pequeñas manos y se fue corriendo con su pasito menudo a preparar una cena de día de fiesta. Danzín ya había traído unas batas de franela; ropa interior limpia y seca, calcetines, pantuflas, haciendo muchas reverencias a Ustimenko, pues, por la manera con que Tod-Zhin había saludado al doctor Volodia, comprendió que el hospital no lo cerrarían y que a él no le despedirían y que seguiría cobrando su salario como hasta ahora.

- ¿Tienen vodka? -preguntó Bogoslovski.

- ¡Alcohol! -contestó Volodia con tono de disculpa.

- ¡Pues mucho mejor! ¿La cocinera es china? ¡Magnífico! No, el alcohol debe beberse puro, y después echar un trago de agua. ¿Qué? ¿Es fuerte? Claro es, claro es, pero usted sabe beber bien, cuanto quiere y no se emborracha nunca, ¿recuerda los *pelmeni* en casa de Póstnikov?

- ¡Lo recuerdo! -contestó Volodia, parpadeando satisfecho-. Todo lo recuerdo, Nikolái Evguénievich. ¿Ha recibido usted mi carta?

- Sobre la carta y sobre el trabajo hablaremos mañana. Hoy no somos más que sus invitados, con la agravante de que somos unos invitados calados hasta los huesos, tiritando de frío y muy cansados. Disponga que nos preparen las camas y usted échese también a dormir, y mañana desde por la mañana empezaremos a trabajar...

- ¿Pero no está usted ofendido conmigo por la carta?

- Por lo que a mí se refiere, no. Pero por usted, sí.

Un tanto femenina, amiguito, una carta un poquito histórica. Bueno, mañana...

- Pero, dígame, ¿por qué femenina?

Bogoslovski reflexionó un momento, se acercó la taza de té, y dijo:

- Bueno, le diré algunas palabras hoy. Sabe usted, mi querido joven, en nuestro partido, en el Partido Bolchevique, ya antes de la Revolución había un buen número de médicos. ¿Usted nunca ha pensado en esta cuestión, en qué fue, precisamente, lo que llevó a los médicos al partido en aquellos difíciles años? ¿Eh? Pues yo pienso, yo, personalmente, pienso que lo que llevó al partido a los doctores fue el convencimiento de la completa falta de sentido del trabajo médico en Rusia sin una explosión revolucionaria, sin un cambio del régimen estatal, sin la destrucción del régimen de los capitalistas, terratenientes y kulaks. Cualquier doctor que pensara estaba convencido de que su esfuerzo personal, lo mismo que el esfuerzo de centenares de personas honradas, bajo el régimen monárquico del imperio no conducía a nada y no podía conducir a nada. Pues todos nosotros hacía mucho que teníamos el convencimiento de que el futuro pertenecía a la medicina profiláctica, a la medicina preventiva. ¿Pero, diablo, qué medicina preventiva podía existir en aquellos tiempos, cuando el mismo genial organizador Pirogov no podía hacer nada o casi nada? Por lo tanto, la cuestión estaba en el régimen. Usted ha venido a parar desde el seno de la familia del partido, del Estado soviético de los obreros y campesinos, a estos lugares donde la situación es completamente diferente, y... se ha desconcertado, o algo por el estilo. Debido a su juventud, no se ha dado cuenta de todo lo progresivo que ya va surgiendo aquí, por orgullo no ha escrito en seguida, por ejemplo, al camarada Tod-Zhin...

- ¡Tenía que haberme escrito en seguida a mí, sí! -dijo Tod-Zhin secamente-. Yo hubiera comprendido y hubiese venido...

- Y a mí me ha escrito en un estado de irritación -continuó Bogoslovski-. Me escribió habiendo perdido ya la noción del medio, del lugar de acción, de la organización social de una colectividad de personas en la que el médico es una figura desconocida.

- ¡Un poco conocida! -interpuso Tod-Zhin con dureza-. El médico que nos venía no de la Unión Soviética, ¿verdad, sí?...

- ¡Con mayor razón! La situación no es nada fácil; incluso en el departamento de sanidad pública, las fuerzas son diferentes. ¿Qué se imaginó usted, que iba a llegar aquí y todo sería igual que en la Unión Soviética; que si había alguna cosa que no marchaba bien no tenía más que dirigirse al secretario del partido del distrito o a la inspección de sanidad del distrito o, todavía más arriba, al comité regional? Hay que comprender, amiguito, que estos métodos

no existen más que en nuestro país, donde el Estado no solamente ayuda a la sanidad, sino que responde de la salud y de la vida de cada uno de sus ciudadanos, porque nuestro país es el Estado de los trabajadores y no de aquellos que se aprovechan para sus fines del trabajo de los ciudadanos del país capitalista. Bueno, vámonos ya a dormir, Vladímir Afanásievich, acuéstese, porque desde mañana nuestras vacaciones se terminarán para siempre...

Volodia se fue a su habitación, sentóse en la cama, se descalzó... Así como así Bogoslovski le había dado un buen repaso. ¿Había sido justo?

- ¡Es un hombre magnífico! -decía mientras Tod-Zhin-. Limpio, cómo decir... ¿eh?

- ¿Como el vidrio?

- No, mejor. Hay otra cosa...

- ¡Como el cristal? ..

- Sí, como el cristal. ¡Le ha sido muy difícil, sí, camarada Bogoslovski! Tenía que haber venido yo antes. En seguida...

- Es un buen muchacho -dijo Bogoslovski pensativo-, pero, sabe usted, a pesar de todo, es todavía un muchacho. No está templado. No comprende lo que significa la "lucha por la vida". Vamos ahora a echar un vistazo a su hospitalito...

Madí-Danzí tomó la lámpara, "madame cocinera" iba detrás de ellos con sus leves pasitos.

- Las rendijas entre las vigas las ha tapado con arcilla, bien hecho -dijo Bogoslovski-. Primero las ha rellenado con lana y después, la arcilla. Fíjese, el frío no pasa en absoluto. Y las camas las ha colocado aprovechando bien el espacio, con sentido; ¿eh, qué práctico es! Las mesillas son como las que yo tenía en Chorni Yar -con un estantito-; se ha acordado, el pícaro, cómo estaban hechas. Y seguramente hasta hizo el diseño. Ahora vamos a ver la sala de operaciones... Pero, fíjese, lo que se le ha ocurrido hacer en lugar del autoclave, ¿se da cuenta usted? Simples cubos de zinc con una doble tapa de hierro, todo hecho con cabeza y hasta con mucho ingenio, la esterilización húmeda. Ve usted, el agujero de la tapa de dentro no coincide con el de la de fuera. Perfectamente, se comprende. Primero en la hornilla, después seis horas para enfriarse. ¿Comprende usted?

- ¡No del todo! -dijo Tod-Zhin.

- Se tiene durante seis horas -intervino Danzí- seis horas es el plazo, sí, durante el cual de las esporas que han quedado después de la primera ebullición de nuevo salen las bacterias, ¿eh, sí?

- ¿Esto se lo ha enseñado él? -preguntó Bogoslovski con severidad.

- Me lo ha enseñado -respondió Danzí asustado-, dos horas cada día. Después -dijo apresuradamente-, después hay que hervirlo durante media hora, echándole carbonato, en la proporción de uno cero por uno y tres ceros de agua; ¿así, eh, sí? Pero no ha venido nadie en absoluto -agregó con voz velada-. Puedo contarles más todavía...

- ¡No hace falta! ¡Bravo chico! -le alabó Bogoslovski.

- ¿Quiere decir que está bien? -inquirió Tod-Zhin.

- ¡Vamos a dormir! -propuso Nikolái Evguénievich.

Cuando Volodia se despertó, Tod-Zhin ya había salido. Bogoslovski estaba tomando té en una mesita que había en el ancho corredor. Madí-Danzí, de pie junto a la pared, miraba enternecido a Nikolái Evguénievich: en general, él sabía mirar con ternura a aquellas personas que consideraba como jefes.

- ¿Tardó mucho en dormirse anoche? -le preguntó Bogoslovski.

Seguía adivinándolo todo, como en otros tiempos.

- Mucho.

- ¿Se ofendió conmigo?

- No, pero...

- Ve usted, en seguida el "pero". Si usted no ha hecho absolutamente nada eficaz para que los enfermos le vinieran en avalancha. Aquí, colega, hay que ser un buen organizador, hay que ser combatiente, un soldado, y no un elegido de Dios que está sentado esperando a que caiga el maná. Ahí tiene, por ejemplo, en Mongush no cesan de llegar enfermos, a pesar de la enorme influencia de los lamas y de los chamanes; en Badán estamos construyendo un segundo pabellón del hospital, allí Mélnikov en seguida comprendió la gran significación política de su trabajo, y no sólo lo "humano", como nos gusta expresarnos, "el humanismo"... No se trata sólo de hacer aquí una buena obra, Vladímir Afanásievich, hay que obligar al pueblo a que confíe en el médico, y esto es una tarea muy grande, grandiosa...

Bogoslovski calló unos momentos, bebió un sorbo de té y encendió un pitillo...

- En otros tiempos, tipos miserables llegados de diversos lugares del mundo practicaron en este país en amplia escala el curanderismo, adjudicándose el nombre de médicos. ¿Lo sabe usted?

- Algo sé.

- Todo género de negociantes, mercachifles, acaparadores, vividores, todos estos salteadores de caminos se olieron con su maldito olfato que los criadores de renos, los pastores nómadas, los pescadores, los hombres que se dedican a la labranza y otros trabajos, no se sabe por qué (si se busca en la historia, esto es de tiempos muy lejanos), pero creyeron en la vacuna contra la viruela, sea porque las epidemias segaban las vidas del pueblo - imposible de explicarlo ahora-, el caso es que creyeron. Pues bien, estos vividores internacionales se percataron de ello y se aprovecharon, hicieron reservas de detrito de vacuna y por cada una cobraban un "precio insignificante": una oveja. Vacunaban sus dependientes, incluso mozuelos, y nadie, claro es, se interesaba si el detrito era reciente o no. Y en qué estado llegaba aquí desde las grandes

ciudades de Europa, ya se lo puede usted imaginar. Como es naturalísimo, con un comercio de tal envergadura, incluso este detrito ineficaz no era suficiente. Lo diluían en glicerina y a veces hasta ponían simplemente vacunas de glicerina. En un día de trabajo, por un frasquito de glicerina recibía el mister, el monsieur, en general, cualquiera de ellos, un rebaño de ovejas, no menos de trescientas cabezas. Pero lo más interesante consiste en que la lanceta no se desinfectaba nunca, se imagina: ¡nunca! Por consiguiente, mediante esta engañosa vacuna contra la viruela, propagaban la sífilis en proporciones incalculables...

- ¿Pero es verdad esto? -preguntó Ustimenko, arrugando la cara con expresión dolorida.

- Naturalmente que es verdad. Pues al vil colonizador no le importa más que su dios -católico, protestante o budista-, su dios es el Becerro de Oro, que más tarde se ha llamado Ganancia, dinero contante y sonante. Para el colonizador, el habitante de la localidad no era más que un indígena, un salvaje, un aborigen, creado para que él, el colonizador, se enriqueciera. Y nosotros ahora, Vladímir Afanásievich, por extraño que parezca, desenmarañamos todos esos crímenes de los caballeros andantes de la Ganancia; nuestra obligación es hacer que la gente de estos lugares nos vea tal como somos en realidad. Su tarea de usted y la mía es difícil, no cabe duda, pero honrosa. Soviético y honrado, soviético y bondadoso, soviético y compasivo, soviético y justo, soviético y desinteresado, todos estos conceptos, a través de nuestro trabajo aquí, deben ser sinónimos, ¿me comprende, Vladímir Afanásievich?

Nunca había visto Volodia a Bogoslovski tan agitado, con una exaltación tan sorprendentemente noble. Y de nuevo, como en Chorni Yar, Volodia se sintió lleno de envidia hacia Nikolái Evguénievich, por su entraña moral y espiritual, por su manera de pensar, tan amplia y, al mismo tiempo, tan precisa, por su manera de vivir en aras de la causa, para la causa, por la causa, y no pasando en absoluto por víctima, sino con alegría, con satisfacción, entregándose por entero a su trabajo; ¿y ahora casi no opera este magnífico cirujano? ¿Por qué? Porque está ocupado con un trabajo mucho más necesario, extremadamente necesario, y la necesidad de este trabajo, su importancia para la sociedad, es el premio que le resarce del alejamiento temporal de su querida cirugía.

Todavía no habían terminado de tomar el té, cuando volvió Tod-Zhin, alegre y con mirada maliciosa. Se quitó el rígido abrigo de piel de reno helado, se sentó frente a la ventana de modo que los rayos del sol le dieran directamente en la cara y se quedó pensando, con la taza de té en la mano.

"¡Ah, ya comprendo en qué consiste! -pensó Volodia, repentinamente sorprendido-. Tiene ojos de

águila, mira directamente al sol!".

- ¿Qué hay? -preguntó Bogoslovski.

- ¡Ahora vamos, ahora! -dijo Tod-Zhin-. Y que vaya también Madí-Danzí -se sonrió-. Muchos tienen miedo de que aquí les "priven de la edad", así llaman ellos a la muerte, y los lamas les susurran esto, y los chamanes también, pero nosotros debemos demostrarles que aquí no sólo no les "privarán de la edad", sino que les curarán; ¿sí, eh, así? Y que el camarada -se volvió hacia Volodia-, empiece a cumplir su cometido...

Tod-Zhin de nuevo se quedó pensativo, mirando al sol blanco, frío, brillante. Y aquella mañana Volodia no partió leña, no hizo gimnasia, no leyó, no permaneció esperando en la sala de ingreso de los enfermos. En aquella mañana, ventosa y fría, sin ser llamado, se fue a Kjara a obligar a los enfermos a curarse. Por la crujiente nieve caminaban a su lado Bogoslovski, Tod-Zhin y otros tres vecinos de la localidad, conocidos de Tod-Zhin. El viento frío, punzante, azotaba a Volodia en el rostro, penetraba silbando en las yurtas en las que entraban, haciendo extenderse por el apisonado suelo el humo acre y denso de las hogueras que apenas calentaban. En los corrales junto a las isbas y cabañas hundidas en la nieve balaban las cabras, las ovejas y los carneros, muertos de frío. Los lamas y los chamanes -los atormentadores de Volodia- se ocultaban de Tod-Zhin. Ladraban los perros hambrientos y furiosos. En la penumbra vieron brillar los ojos de Markélov, como los de un lobo. Iba con un enorme abrigo de pieles, apoyándose en una gruesa cayada, saludó afablemente a los doctores y a Tod-Zhin y preguntó con voz enronquecida por qué no se dignaban ir un rato a su casa. Tod-Zhin se detuvo para saludarle como imponía el ritual del lugar.

- ¿Cómo está usted, y su ganado, está bien? -preguntó-. Así se debía empezar allí la conversación.

- Mi ganado está bien -contestó Markélov-. ¿Y su ganado está bien?

- Y mi ganado también está bien, sí -dijo Tod-Zhin-. ¿Y usted y sus familiares están bien?

Después de dar fin a este ritual, Tod-Zhin, clavando sus ojos de águila en los malignos ojos de lobo de Markélov, dijo sin rodeos:

- Usted no tendrá la factoría, que está ocupada por el hospital. Este edificio, perdone, no es suyo, usted, perdone, es un ladrón -eso es, sí- usted quería robarlo, ¿no es verdad?, sí, pero usted no tiene acta notarial...

- Nosotros representamos los impuestos, la civilización, -empezó a chillar Markélov, pero Tod-Zhin le interrumpió.

- Así que todo será precisamente así -dijo-, y usted recibirá un papel como es debido. Ahora le deseo que su ganado pase bien el invierno y esté bien alimentado...

- Y yo al de usted -volviéndose de espaldas rugió

Markélov.

Volodia no pudo contenerse y rompió a reír. Tod-Zhin le dirigió una mirada severa.

Haciendo reverencias conforme a todas las reglas, entraron en otra yurta. Aquí también el humo irritaba los ojos, y también aquí hablaron lo primero del estado del ganado, después de la salud de los dueños de la casa. Preguntar sobre esto no había ni necesidad: el dueño de la casa estaba cerca, las linternas eléctricas alumbraban con luz clara, una monstruosa úlcera sifilítica corroía el labio inferior y la barbilla de un hombre de no elevada estatura, de anchos hombros, por lo visto, muy fornido.

- ¿Corriente -así es, sí? -preguntó Tod-Zhin.

- ¡Es de suponer! -contestó Bogoslovski.

Tod-Zhin habló con el dueño de la yurta en su idioma. La mujer se dejó caer lentamente al suelo, cubierto de alfombrillas de fieltro, retorciéndose los brazos y gimiendo. Tod-Zhin no prestó atención a esto. El dueño le miraba fijamente, la mujer se aproximó a rastras a Volodia, y, apretando una mano de él contra su cara, empezó a gemir con más fuerza. Tod-Zhin seguía hablando y señalaba de vez en cuando con la cabeza en dirección a Ustimenko y Bogoslovski.

- Kol-Zal y ella irán al hospital, camarada -dijo Tod-Zhin a Volodia-. ¿Tú los curarás, eh?

Volodia asintió: él sabía cómo combatir esta forma de la enfermedad.

- ¿Cuándo?

- En seguida.

- ¿Cuándo es en seguida?

- En dos meses, esto como mucho.

- ¿Y desaparecerá la úlcera?

- Desaparecerá la úlcera. Pero después tendrá que seguir curándose durante bastante tiempo.

- Si le curas la úlcera, él se convertirá en tu mejor agitador, camarada, sí.

Y Tod-Zhin habló de nuevo con el hombre. La mujer ya no gemía, escuchaba. Danzί le traducía a Ustimenko en voz baja; se trataba de quién iba a cuidar del ganado. Tod-Zhin le ofreció ponerse de acuerdo con los vecinos.

Madί-Danzί conocía al dueño de otra yurta. Era éste un hombre ya de edad, con los ojos hundidos y la faz gris por los padecimientos, se llamaba Sain-Belek. Hacía mucho que no podía moverse y se encontraba en la mayor miseria, pues todo lo había perdido curándose con el lama Uya, el curandero más caro del lugar. Y los chamanes también le curaban, pero de tal manera que no se enterara el susceptible lama. Según decía Sain-Belek, le curaban muy bien, sobre todo Uya. Sain-Belek tomaba todos los días bilis de oso bendecida y le ponían compresas de cocimiento de hormigas. Si no hubiera sido por el arte del sapientísimo Uya, claro es que hace ya mucho que estaría "privado de la edad".

Tod-Zhin encendió su potente linterna eléctrica.

Bogoslovski se sentó en un borriquete de madera y sus hábiles manos encontraron inmediatamente lo que el lama llamaba "lo enviado por *aza*", es decir, "lo enviado por el diablo" y la acumulación de espuma maligna.

- Una hernia inguinal-dijo Nikolái Evguénievich, con su habla de campesinote, y sin rodeos-. Hay que operarle.

- ¿No se morirá? -preguntó Tod-Zhin.

- Confío en que no.

Entre los gritos y lamentos de sus familiares se llevaron a Sain-Belek en una camilla al hospital. Danzί fue corriendo delante para preparar el baño y también para prevenir a "madame cocinera", que podría asustarse al ver que el hospital se convertía en un hospital. Además, el mismo Danzί estaba un poco asustado ante los acontecimientos que se avecinaban. Encender las estufas no era curar enfermos, y, además, había oído la palabra "operación".

Los ojos de Tod-Zhin se hacían impenetrables cuando ordenaba a ésta o a la otra persona ir a que le viera el camarada doctor. Pero le obedecían. Con él no se podía discutir. No hacía caso de ninguna clase de objeciones. Y miraba fijamente a los ojos, sin parpadear y con severidad.

En otra yurta encontraron a un viejecillo bastante asustado que no oía apenas. Bogoslovski se sonrió con picardía y dijo que al día siguiente o dentro de dos días le devolvería el oído al abuelo Abatái. Volodia en seguida comprendió de qué se trataba, pero guardó silencio. Estaba contento, sí, precisamente contento, como de niño. Claro que lo que ellos estaban haciendo hoy, Bogoslovski y él, e incluso Tod-Zhin, no era demasiado serio, pero esto era el comienzo, un magnífico comienzo, y del éxito no cabía dudar. El abuelo se embutió en el abrigo de piel de reno y se fue por su propio pie al hospital. Tod-Zhin, riéndose, les explicó que la nuera no daba al abuelo Abatái la posibilidad de curarse ni con el chamán más inepto, y ellos le prometían que dentro de dos días estaría curado.

¡Así es necesario trabajar!

Por la tarde Volodia pasó su primera visita por las salas del hospital. Los enfermos, huraños y asustados, estaban acostados en sus camas, después de haber sido lavados en el baño. "Madame cocinera" les puso a cada uno un platito con leche condensada, pero nadie la tomó. Resulta, según se supo después, que el pícaro lama Uya salió por el camino al encuentro del abuelo Abatái y le gritó al oído que sabía de buena fuente que en el hospital les iban a envenenar hoy mismo con un veneno terrible, el "mgnu."

- ¿Para qué? -sorprendióse el abuelo Abatái.

- ¡Les hace falta carne humana fresca! -le gritó el lama sin inmutarse-. Ellos curan las heridas poniendo encima carne humana sana. Y también conservan la

carne humana curándola al aire libre.

El abuelo Abatái ya estaba dispuesto a volverse a la yurta, pero, como si fuera a propósito, se tropezó en el camino con Tod-Zhin y los médicos. Como es natural, el viejo, por amistad, contó a los otros enfermos "la sabia advertencia" que había oído del lama Uya, y ahora todos estaban que se les podía ahogar con un pelo.

Pero, por otra parte, después de la cena todos los que estaban acostados pudieron ver un prodigio con sus propios ojos. ¡Quién no conocía en Kjara a la vieja, buena y gruesa Opái! y quién no sabía que de un momento a otro sería "privada de la edad", porque no podía respirar. Se ponía azul, hincaba los dedos en la tierra, se le desencajaban los ojos; el lama Uya se apartaba de ella porque le había quitado ya a la vieja cuatro caballos y no la había podido curar. Y ahora en un instante la habían ayudado. No habían hecho nada más que darle un pinchazo, y al momento le pasó todo. En el corredor se encontró a punto de verse "privada de la edad", pero se le acercó el doctor joven con un tubito de cristal, del que salía una aguja, pinchó a la buena Opái y ella dio un chillido por si acaso y después empezó a sonreírse. Se sonreía abriendo la boca de oreja a oreja, y cuando se sonrió y respiró a gusto, empezó a hablar: Ni Bogoslovski, ni Volodia comprendían de qué hablaba la vieja Opái, pero había una cosa evidente: desde este momento, aquí, en el hospital, empezaba otra vida, una vida completamente diferente.

- De todos modos, esto se parece un poco a los malabarismos de los charlatanes -dijo Volodia a Bogoslovski-. Bueno, un asma bronquial, y, la adrenalina, claro está...

- Cállese -dijo Bogoslovski.

Y de pronto ocurrió una cosa interesante. Sin dejar de hablar, la vieja se levantó y cogió el platito con la leche condensada del abuelo Abatái. La vieja Opái tenía en este momento una expresión irritada. En la sala de los hombres todos la miraron con temor. Después Opái lamió el platito, y, brillándole los ojos con una mirada triunfal, abandonó el hospital. "Madame cocinera" trajo al abuelo Abatái otro platito lleno hasta los bordes, porque estuvo a punto de echarse a llorar cuando Tod-Zhin le puso en vergüenza delante de todos por sus habladurías sobre el veneno y la carne humana.

- Mañana haremos algunos pequeños prodigios -dijo Bogoslovski, riéndose de buena gana-, y ya más tarde, querido Vladímir Afanásievich, tendrá que trabajar sin prodigios. Pero tendrá trabajo, se lo aseguro...

Tod-Zhin estaba de pie en el pasillo, junto a la oscura ventana helada, fumando un cigarrillo. De pronto, se volvió hacia Bogoslovski y le dijo con voz severa, tensa, gutural:

- Quiero darte las gracias, camarada, sí, darte las gracias por tu alegría, porque tú estás contento. No

soy yo quien te da las gracias, es nuestro pueblo quien te lo agradece, sí, te lo agradece, aunque todavía no lo comprende, pero lo comprenderá. Y a ti, camarada -y se volvió hacia Volodia, que, admirado, conmovido y feliz, vio que en los ojos del águila brotaban lágrimas-, y a ti porque tú comprendes, y haces ya, y harás...

Se volvió y se retiró al rincón más apartado, a un extremo del pasillo. Volodia y Bogoslovski permanecieron todavía largo rato sentados en silencio.

- Bueno, está bien -dijo al fin Bogoslovski-; lo mejor será irse a consultar con la almohada. Ordene a su Sancho Panza que se ocupe de esterilizar el instrumental para mañana. Empezaremos a operar temprano...

- ¿A quién vamos a operar primero?

- ¿A quién?... pues... seguramente al de hernia.

- ¿Y qué le parece, Nikolái Evguénievich, si antes de empezar las operaciones le hago el primer lavado de oídos al abuelo Abatái para quitarle el tapón de cerumen? Empezará inmediatamente a oír mejor, y esto levantará más el estado de ánimo de los otros enfermos.

Bogoslovski se sonrió.

- ¡Pues no está mal, pruébelo!

A las siete de la mañana Volodia llamó a Abatái a la sala de ingreso de los enfermos. Nikolái Evguénievich dormía todavía. Danzí, cansado del trabajo (toda la noche se la había pasado con el esterilizado), tenía un aspecto solemne con su bata blanca y gorro, igualito, igualito que un médico. En la mesita ardían con llama azul los infiernillos de alcohol. Al principio, el viejo incluso no se atrevía a mirar a Volodia: tan imponente era este ruso con una bata, un gorrito, y en la frente un espejo redondo, deslumbrante, increíblemente hermoso, sujeto a la cabeza, con toda seguridad, en honor del viejo Abatái. Si ahora le viera su nuera, ¡qué respeto sentiría por el viejo!

- ¿Qué tal está su ganado? -preguntó cortésmente Abatái, iniciando la conversación.

Danzí le tradujo que el ganado del doctor ruso estaba muy bien. ¿Y cómo se encontraba el del abuelo Abatái?

Abatái empezó a balbucear, sin saber qué contestar. Decir que su ganado también estaba bien era peligroso, pues a lo mejor, al ruso se le ocurría exigir que le pagara, como el chamán o el lama. ¿Y con qué iba a pagarle? Decir sin más ni más que no tenía ganado alguno, el viejo lo consideraba degradante para él. Por eso se limitó a toser discretamente. ¡No le pescaréis! Nadie podía ahora afirmar que el abuelo Abatái tenía ganado.

- ¡Bueno, está bien! -dijo Volodia-. ¡Empecemos! El abuelo se sentó en el taburete, le sujetaron una toalla alrededor del cuello. El gran doctor ruso sacó hábilmente con las pinzas una varita mágica de un

cacharro reluciente, y en seguida el abuelo sintió en el oído un calorcito tan agradable que incluso entornó los ojos. Después también sintió calorcito en el otro oído. Los infiernillos de alcohol seguían ardiendo, y aquello se parecía al fuego del sacrificio, sólo que mucho más hermoso, y el Altísimo Chamán Soviético continuaba deslumbrándole con su espejo, sin duda para alejar del abuelo Abatái los espíritus malignos: los diablos "Azu" y "Kai-bin-ku".

Sólo había una cosa que atormentaba al abuelo Abatái: que nadie veía cómo le hechizaba el doctor ruso. ¡Ningún lama, ni siquiera ningún chamán sabía hacerlo así! Si el ruso hubiera hecho, además, unas cuantas cabriolas, y hubiese tocado el pandero aunque no fuese más que un poquito, entonces, puede ser, que los otros enfermos se habrían despertado y venido aquí.

- ¿Y tocar el pandero? -preguntó el abuelo a Danzí.

- Calla, abuelo, calla -respondióle Danzí con severidad.

- Aunque no sea más que un poquito -pidió el abuelo con voz llorosa-. Una chispita. Mataré una ardilla y se la traeré.

- ¡No molestes al doctor, abuelo!

- ¡Le traeré una marta cebellina!

- ¡Ya te he dicho que calles!

Y de pronto el abuelo se dio cuenta de que oía mucho mejor que antes. Pues Danzí no gritaba, únicamente hablaba, y no hablaba muy alto, pero el abuelo oía todas sus palabras.

- ¡Oy! -exclamó el abuelo-. ¡Oigo! ¡Oy!

Volodia con cuidado y despaciosamente seguía haciéndole algo en el otro oído. Cuando le extrajo el algodón de allí, el abuelo empezó a oír todavía mejor.

Madí-Danzí tradujo con énfasis:

- Mañana, cuando el camarada doctor ruso y yo te hagamos otra cura más, empezará a oír tan bien como un chiquillo sano. -¡Vete, abuelo, descansa

Volodia se quitó de la cabeza su hermoso espejo, y el abuelo se sintió entonces rebosante de orgullo: quiere decir que, efectivamente, el espejo se lo había puesto sólo para él. Danzí apagó los infiernillos: quiere decir que los infiernillos ardían también para Abatái. ¡Vaya, vaya! No, claro está, una cura tan sorprendente no podían hacérsela sin pagar nada, y el abuelo advirtió:

- ¡Pero yo soy una persona pobre!

- ¡Y a nosotros esto no nos importa! --dijo Danzí, dándose mucha importancia.

- ¡No tengo con qué mostrarle mi agradecimiento!

- Pues haz una profunda reverencia al doctor, y no hace falta nada más.

Abatái, carraspeando, se inclinó. Después todo empezó a moverse rápidamente delante de él: ¡si consiste en hacer reverencias, pues las hará, por él no había de quedar! Y se inclinó profundamente una y

otra vez hasta que Volodia le agarró de un hombro y le gritó que él no podía soportar aquello. El viejo lanzó un suspiro y miró al rostro rojo y enfadado de Volodia. Seguramente, a pesar de todo, le exige que le traiga un caballo o renos u ovejas. Y con toda seguridad, ahora mismo le echará del hospital. Pero nadie echó al abuelo de ninguna parte. Por el contrario, le dieron de desayunar: una papilla riquísima, y unas tortitas con una cosa pegajosa y dulce, además de té con leche. Y los vecinos de cama, que se habían despertado ya, le preguntaban intencionadamente en voz bajita y él, sin apresurarse, contestaba dándose mucha importancia. Que sufrieran un poquito, no se lo iba a contar todo de golpe, sino poquito a poco...

A las nueve Nikolái Evguénievich empezó a lavarse las manos. Lo mismo él que Ustimenko y Danzí llevaban puestos unos chaquetones largos de hule ideados por Volodia y confeccionados por "madame cocinera", encima de los cuales se ponían las batas blancas húmedas. Por el procedimiento de esterilización inventado por Volodia, las batas y todos los demás adminículos necesarios para operar salían húmedos.

- Va a operar usted -le dijo Bogoslovski-. Y yo hoy seré su asistente y su enfermera de cirugía.

Sain-Belek, tendido en la mesa de operaciones, asustado, movía la nariz, como una liebre, refunfuñaba y se lamentaba a Madí-Danzí:

- ¿Por qué el doctor no se ha puesto el espejo redondo en la cabeza? ¡Y por qué no ha encendido para mí los fuegos verdes? ¿Es que yo soy peor que el abuelo Abatái? El abuelo Abatái es pobre, le falta poco para ir pidiendo limosna, y yo, si quiero, puedo regalarles hasta carneros a estos doctores. ¡Que se ponga el espejo, díselo!

La hernia era doble, enorme, y, claro es, irreductible. Volodia permaneció algunos instantes inmóvil, pensando. Bogoslovski hizo la anestesia local.

- ¿Qué, cómo lo va a hacer? -le preguntó.

- Por el método de Spasokukotski.

- Eso se comprende -sonrió se Bogoslovski-. No hay más dios que Alá y Mahoma es su profeta.

- ¿Y qué? -preguntó Volodia retador-. Para mí Spasokukotski es un verdadero prodigio, como médico clínico, como médico cirujano, y, sencillamente, como médico práctico.

Volodia tomó de manos de Bogoslovski el bisturí e hizo un corte un dedo más arriba del pliegue inguinal. Quedó al descubierto la aponeurosis del músculo oblicuo. Madí-Danzí soltó un débil grito al ver la sangre y empezó a retroceder hacia la puerta.

- ¡Vuelva a su sitio! -le ordenó Bogoslovski-. ¿Lo oye?

Volodia cortó rápidamente el tejido celular subcutáneo y la fascia de Cooper. Nikolái Evguénievich le asistía en silencio, sin hacerle

ninguna indicación, limitándose a seguir la operación con la mirada fija. La sangre la recogía rápidamente y con extraordinaria habilidad. Sain-Belek a veces se quejaba, algunos momentos empezaba a hablar, pero al instante se olvidaba de lo que estaba diciendo...

- Hasta el día de hoy recuerdo una frase de un libro de texto -dijo Nikolái Evguénievich-: "se monta sobre el colgajo central de la aponeurosis, como las solapas de una levita, y se cose a él.

- Y se cose a él -repitió Volodia, tensando con cuidado la ligadura. Se daba cuenta que la operación estaba bien hecha y experimentaba un estado de alegre excitación.

Sin embargo, había que mantenerse "dentro de los marcos", como decía Varia. Delante de un cirujano como Bogoslovski, resultaba ridículo presentarse como un maestro en el oficio.

- ¡Lo ha hecho usted como un valiente! -le ensalzó, sin embargo, Nikolái Evguénievich.

- ¡Estando usted delante, no es tan terrible! -le respondió Volodia con franqueza, mientras se lavaban las manos antes de la operación siguiente.

- Terrible, no terrible -murmuró en voz baja Bogoslovski y tomó unas pinzas.

Operaron a una mujer, no vieja aún, que se llamaba Kuk-Bostá; hacía mucho que no podía andar, tenía el vientre muy hinchado y el lama Uva había augurado su "privación de la edad" para muy pronto. Bogoslovski supuso que lo que la mujer tenía era un quiste gigantesco. Volodia hizo un corte en el peritoneo hasta la sínfisis del pubis, y con un grueso trocar punzó la pared anterior del quiste. Al instante empezó a salir un líquido que iban recogiendo en un cubo esmaltado, litro tras litro. Pero, a pesar de todas las precauciones, Kuk-Bostá estuvo a punto de sucumbir a causa del shock. En tanto Bogoslovski hacía todo cuanto era necesario hacer en tales casos, el maldito Madí-Danzí salió como una exhalación de la sala de operaciones y les contó a todos que Kuk-Bostá estaba "privada de la edad"...

Volodia, mientras, sacó el quiste por el corte del peritoneo y lo extirpó. Bogoslovski le entregó una aguja y Ustimenko cosió la herida con *catgut*. La enferma tenía ahora una respiración regular, profunda, tranquila.

- ¡Bravo! ¡Valiente! -dijo Nikolái Evguénievich.

- ¡Sus discípulos! -contestó Volodia.

Entre los dos llevaron a Kuk-Bostá a la sala y la pusieron en la cama. En estos días de trabajo y triunfos también tenían que hacer de mozos de hospital.

Los enfermos no cesaban de hablar en el pasillo. Madí-Danzí había mentido: mirad que tranquila está en su cama Kuk-Bostá, respira, y el vientre ya no lo tiene abultado; no, los grandes doctores soviéticos tampoco le han "privado de la edad" a ella.

Después de lavarse (por hoy ya habían terminado, según se figuraban ellos), Bogoslovski encendió un

delgado cigarrillo. Volodia estaba a su lado y pensaba.

- Un médico nada tonto afirma -empezó a decir Bogoslovski-, que las mujeres son mucho más valientes que los hombres. Naturalmente, los hombres son valientes en el campo de batalla, pero allí no todas las balas van a parar a la frente, algunas pasan de largo. Pero en la mesa de operaciones le espera a uno infaliblemente el cuchillo, no hay manera de escapar de él...

Por detrás, trayendo en una bandeja unos vasos de té, se acercó despacito Madí-Danzí.

- También éste es un valiente -riéndose, dijo Bogoslovski-. Este es un hombre en el que se puede confiar plenamente, ¿no le parece, Vladímir Afanásievich?

Danzí se sonrió e hizo una reverencia.

- Si se repitiera esta historia, tendrá que poner usted a su ayudante de patitas en la calle, Vladímir Afanásievich -pronunció Bogoslovski con seriedad, en alta voz y con toda precisión-. Desagrada hasta verlo, un hombre fuerte y tan cobarde. Y, además, propaga el pánico en el hospital. ¡Qué desvergüenza! Salió corriendo de la sala de operaciones y fue a contar a los enfermos que Kuk-Bostá había muerto...

- ¡Entonces estaba muerta! -objetó Madí-Danzí, con bastante justeza.

- ¡Pero ahora está viva! -dijo Nikolái Evguénievich, dando una sonora chupada al cigarrillo, que se le había apagado-. En una palabra, que no vuelva a ocurrir esto más.

No había terminado de fumar, cuando Tod-Zhin, con cara de culpabilidad, se presentó con dos enfermos más: Tush, una joven viuda, con apendicitis y embarazada de cinco meses, y otra mujer con mastitis. El estado de Tush era gravísimo, y Bogoslovski, mirando de reojo a Ustirnenko, se dispuso a hacer él mismo la operación. Tush deliraba. Esta viuda de dieciséis años era todavía casi una niña. Aquí se trataba de salvar dos vidas y la lucha era muy dura: el apéndice se hallaba cubierto por tupidas adherencias, y cuando Bogoslovski lo descubrió, resultó que estaba perforado. Nikolái Evguénievich incluso movió la cabeza y suspiró. Era de esperar un aborto, todo lo hacía prever así, además, el organismo de Tush se encontraba en tal estado de debilidad que era dudoso que esta niña-mamá pudiera resistir la peritonitis.

A la mujer con mastitis, que se llamaba Ruda y a otro enfermo, Kun-Chen-Dodzib, que padecía de bocio, los dejaron para el día siguiente. Mientras se lavaba, Bogoslovski preguntó:

- ¿Perderemos a esta Tush? ¿Eh? Es una pena, ¡demonio! ¿Pero, qué se puede hacer?

La instalaron en una sala aparte. Danzí hacía la guardia de día y por la noche se alternaban Bogoslovski y Volodia. Cuando estaban comiendo con Tod-Zhin, en la habitación de Volodia se

presentó el abuelo Abatái y empezó él hablar, mirando a Tod-Zhin. Como pago por haberle curado, el viejo se ofrecía a trabajar en el hospital para encender las estufas. Madí-Danzí era ahora un hombre muy importante, también doctor (Tod-Zhin se sonrió imperceptiblemente), está todo el tiempo ocupado, ¿y las estufas, hay que encenderlas? Hay que encenderlas. ¿Es necesario barrer? Claro que hasta ahora Abatái no había barrido nunca, pero este arte lo aprendería en seguida, teniendo en cuenta su natural despejo, su inteligencia y la habilidad de sus manos. Y en la cocina también podía ayudar, en todo Kjara no encontrarían un trabajador como él -decía de sí mismo el modesto abuelo-, ¡pues ellos no podían imaginarse lo listo que era! El que no fuera demasiado joven, eso no importaba. En cambio, sabía muchos cuentos maravillosos que podía contar a los enfermos. Por ejemplo, el del sabio pájaro Shishkish, que engañó a la zorra, o el del viejo Techikéi que se encontró con una bolsa de dinero del tamaño del pescuezo de un camello, o el del pícaro y maligno oso que...

- Bueno, está bien -le dijo Tod-Zhin-, consultaré con el doctor, con el camarada. Espera.

Volodia escuchó a Tod-Zhin en silencio, después contestó:

- Haremos lo que crea usted más conveniente. Pero, claro es, a mí me hace falta más gente.

Tod-Zhin se volvió hacia el viejo.

- ¿Me quedo? -le preguntó Abatái.

- Te quedas.

- ¿De qué voy a trabajar?

- ¡Tú serás un gran hombre! -le dijo Tod-Zhin con tono solemne-. Vas a tener muchas obligaciones, difíciles y honrosas.

- ¿Voy a ser un funcionario? -preguntó Abatái, que desde aquel día se había acostumbrado ya a no sorprenderse de nada en absoluto.

- No, abuelo, tú tendrás cuidado del patio.

- ¿Pero espero que esto no será menos honroso?

- No, abuelo, de ninguna manera -contestó Tod-Zhin, sin la menor sonrisa-. ¡Esto es mucho más honroso que ser un funcionario!

Abatái se retiró, deseando salud al ganado y a la familia de todos los que le hacían tanto bien. En la sala se acostó en la cama y empezó a pasarse ambas manos por su flácido vientre, diciendo que pronto estaría él, el abuelo Abatái, tan gordo que nadie encontraría palabras para expresar su admiración y entusiasmo. Se trata, aclaró Abatái, de que los rusos y el mismo Tod-Zhin le habían rogado que se quedara a trabajar en el hospital. Y su cargo sería mucho más difícil que el de cualquier funcionario.

- ¡No nos vengas con cuentos! -le dijo Sain-Belek entre quejidos-. ¿A quién le hace falta un pobre de solemnidad? ¡Si es que necesitan un funcionario, entonces me tomarán a mí!

Hacia media noche, Tush dio a luz un niño, pero

nació muerto. Volodia despertó a Nikolái Evguénievich y empezó la lucha a brazo partido para salvar la vida de Tush. "Está sola en el mundo -dijo Tod-Zhin-, qué bien estaría si ustedes logran no "privarla de la edad". No tiene más que dieciséis años..."

Pero ella no tenía ni siquiera fuerzas para sufrir.

A pesar de todo, la joven Tush se salvó. Aquella fue una noche difícil inconcebiblemente difícil para Volodia, y el día también había sido difícil -dos operaciones graves- y transcurrió otra noche en la que no pegó los ojos. Así, sólo a retazos. Pero ya al amanecer, en el gélido amanecer, después de la segunda noche, la muchachita Tush empezó a sentirse mejor: el suero fisiológico, la disolución de glucosa, las inyecciones intravenosas gota a gota la hicieron volver del umbral al que ya había llegado. Y las bolsas de agua caliente, con las que Volodia anduvo corriendo aquellas dos noches desde la cocina a la pequeña sala número tres, y el que Bogoslovski y él levantarán a la ingravida Tush, ligera como una plumita, para que estuviera medio sentada, y la sonda: todo, todo esto en conjunto, salvó a Tush. Un día después ya pudo hasta llorar por su hijito muerto, luego bebió un poco de leche y se quedó dormida. Volodia, inclinado sobre ella, observaba su respiración. Y a su lado, junto a su hombro se hallaba Tod-Zhin mirándola también con sus ojos de águila, audaces, austeros, inmóviles, que no temían mirar al sol.

- Ella trabajará contigo en el hospital, camarada, ¿sí, eh? -dijo Tod-Zhin-. Es una muchacha inteligente y ligera, ¿sí? Yo conocí a su marido, un buen marido, murió porque tú no estabas aquí, camarada. Le llevaron lejos en un caballo y murió, y cuando le hicieron la autopsia resultó que hubiera sido muy fácil curarle. Era miembro de nuestro partido aquí, el primero, ¿sí, eh?

Cuando Tush se despertó, Tod-Zhin estaba solo, sentado en un taburete al lado de su cama. Ella le miró sorprendida y Tod-Zhin le dijo en voz baja:

- Aquí, en el hospital, te han conservado la edad, Tush. No tienes ahora a nadie, Tush, pero si te quedas aquí, no estarás sola. Toda persona debe realizar buenas acciones. Tú las vas a realizar aquí. Más tarde, con el tiempo, si te haces digna de este gran honor, te enviaremos a la ciudad de las ciudades, a Moscú, a estudiar. Tú eres todavía muy joven, aún tienes tiempo de estudiar para médico, para ser una persona que da a los hombres la edad. Tu marido pensaba siempre en que fuerais juntos a estudiar. Tú tienes que cumplir sus deseos.

- Sí -dijo Tush.

- ¿Lo has comprendido todo?

- Sí.

- ¿Y por qué lloras?

- Llora, Tod-Zhin, porque ya no tengo ni mi marido ni mi hijito.

- No llores, Tush. Han muerto porque nosotros todavía vivimos una vida de salvajes e ignorantes. Tú tenías apendicitis. Te había empezado hace tiempo. Todavía cuando yo estuve aquí el invierno pasado. Si entonces hubiéramos tenido el doctor, tendrías ahora a tu hijito y a tu marido. ¿Me has comprendido?

- ¡Sí!

- Adiós, Tush.

- Adiós, Tod-Zhin.

Este día se marcharon de Kjara Bogoslovski y Tod-Zhin. Bogoslovski le dijo a Volodia al estrecharle la mano:

- Hasta la vista, Vladímir Afanásievich. Me alegro mucho de haberle visto. Espero que nos encontraremos todavía. Y he de decirle que dondequiera que yo esté, intentaré siempre traerle cerca de mí, si no tiene usted nada en contra...

Se quedó pensativo por un instante y después agregó escuetamente:

- Se puede confiaren usted, tal es mi opinión.

Volodia se puso completamente rojo: por lo visto, no era, efectivamente, mal doctor, ya que Bogoslovski le decía tales palabras. Tod-Zhin le rogó:

- Confía plenamente en Tush. Te ayudará mucho, sí. Y la vieja Opái también te puede ayudar. Muchos te pueden ayudar si encuentras el camino para acercarte a ellos. ¿Sí?

- Sí -dijo Volodia.

Se fueron los dos, y Volodia se quedó solo en su solo cabo con su hospital y sus enfermos. Y, además, en los albores de su gloria.

¡Qué miedo tan terrible sintió aquella noche!

Otra vez solo.

El abuelo Abatái, efectivamente, oía ahora como de joven, y la aldea de Kjara estaba asombrada de este pequeño prodigio. Todos los sordos no sólo de Kjara, sino también de los campamentos más alejados venían para que les curara Ustimenko, y cuando éste decía que no podía curar a alguno de los sordos, no lo creían y le ofrecían "agradecérselo" con un reno o una oveja, o un caballo. Un hombre viejo y viudo le ofreció incluso "un camello completamente bueno", este viejo se disponía casarse, y eso de casarse estando sordo le daba un poco de cargo de conciencia. El abuelo Abatái, que creía ciegamente en la omnipotencia de la medicina de Volodia, le aconsejaba:

- Usted le insiste poco. Hay que saber pedir, pedir mucho tiempo, llorar, inclinarse hasta el suelo. ¡Pues es un *gran chamán!*

Volodia no lograba curar a todos los enfermos de sordera.

En cambio Kuk-Bostá, a quien Bogoslovski y él sacaron tres cubos de líquido, y la gruesa y bondadosa Opái, y la ligera Tush, ponían en todas partes por las nubes al doctor soviético Volodia, al

hospital ruso, y a los rusos nuevos, que no eran *de esas* personas. No ser *de esas* quería decir; que no eran como los Markélov. A Markélov la gente le temía y le odiaba: Volodia no sabía exactamente por qué.

Encontraba con frecuencia a Egor Fomich cuando iba a visitar a algún enfermo en las yurtas más alejadas de Kjara. Markélov se quedaba mirándole con atención, le saludaba cortésmente, después le seguía largo rato con esa mirada maligna de sus ojos de gitano. En una ocasión a Volodia le pareció que Markélov quería decirle algo y se detuvo. Pero Markélov se alejó, apoyándose en su pesada cayada y arrastrando un pie.

Desde que los enfermos habían empezado a llamar a Volodia para que fuera a visitarles, comenzaron a ponerse mal las cosas para el lama Uya y el chamán Ogu. El taimado lama incluso se marchó de Kjara. Ogu se quedó y andaba intencionadamente de un lugar a otro por Kjara con todos los atributos destinados a la práctica de sus artes de hechicero: le parecía que de esta manera tenía un aspecto más imponente y terrible. Pero el abuelo Abatái inventó el cuento de que había oído decir a los honorables doctores rusos que Ogu había embrujado a muchas personas trayéndoles enfermedades, y en particular a Kuk-Bostá, porque le había dado un carnero de menos. El prestigio de Ogu quedó desde entonces muy quebrantado. Ahora no era más que un brujo maligno y no un curandero, y los brujos malignos no le hacían falta a la gente, si acaso, alguna vez para atraer la desgracia sobre alguien, pero con tales ingresos no podía alimentarse ni un gorrión, tanto menos Ogu, al que le gustaba beber vodka y no podía pasar sin comer carne.

- ¡Ahora le va muy mal al maldito Ogu! - suspiraba el abuelo Abatái.

Incluso los chicos iban detrás del chamán gritándole con insolencia cuando andaba entre las yurtas, tocando el pandero y con su gorro empinado, en el que llevaba bordada con tendones una repugnante cara humana, y su báculo rodeado de cintas, del que pendían tres bolsitas: en la primera llevaba "la piedra celestial", en la segunda, "la terrenal", y en la tercera, el alimento para estas piedras "vivas".

- ¡Devuélvenos nuestra oveja, perro! -gritaba al chamán un tunantuelo.

- ¡No te atrevas a pasar por delante de nuestra yurta! -chillaba otro.

- ¡No te tenemos miedo! -vociferaba un tercero; pero esto no era en absoluto verdad. Todos ellos le temían, ¡y cómo!

Le bastaba al chamán Ogu volver hacia ellos su rostro anguloso, hacer alguna mueca terrible y agitar además su báculo con cintas, para que todos aquellos valientes se dispersaran gritando. Después, durante largo rato seguían temblando y lanzando juramentos

contra el mal de ojo del brujo maldito: si le da la gana te mete en la barriga tres cubos de agua, como a Kuk-Bostá, y después ve a que te rajen y te la saquen. ¡Ay, y con lo que dolería eso!

Volodia tenía mucho trabajo, y ahora no se avergonzaba al escuchar al lejano Moscú: cumplía su misión, y, sin duda, no mal. Mirándolo bien, había sido acertado que le mandaran allí. Es posible que Puich y Ogurtsov también hubieran salido adelante, pero con respecto a Svetlana y Niusa, lo dudaba mucho...

Un día, después de haber oído Moscú, captó la onda de Viena para oír música, se acostó y cerró los ojos. Pero al instante se sentó en la cama: en vez de música de pronto empezó a hablar el canciller austriaco Shuschnig, que acababa de llegar de la residencia hitleriana de Wergtesgaden.

Se oía mejor que nunca, y hacia media noche Volodia lo comprendió todo. El fascista Zeiss-Inkwart declaró que después de sustituir al canciller anterior, él le había pedido a Hitler que enviara sus tropas a Austria. Dejaron de transmitir valsos, y en lugar de la Sinfonía Incompleta de Schubert, que antes Volodia escuchaba con tanta frecuencia, empezaron a oírse los estridentes sonos de una banda militar, y, por último, unos gznates destemplados vociferaron la canción nacista sobre Horst Wessel. Ya estaba aquí; ya había empezado lo que había previsto el padre cuando dijo que la guerra "detendrá el desarrollo de vuestra ciencia", y de lo que también había hablado Rodión Mefódievich.

Volodia continuó buscando otras ondas.

Todas las estaciones de radio transmitían música. "¡Bailan! -pensó Ustimenko con amargura-. Baila París, y Londres, y Roma... ¡Ah, si pudiera ahora hablar con su tía aunque no fuera más que media hora, una hora!..."

Ya se disponía a acostarse, cuando llamó a su puerta "madame cocinera": habían traído de la explotación aurífera a un muchacho lleno de quemaduras.

Ahora se repetían con frecuencia las noches en vela.

Con los primeros vientos templados, el chamán Ogu desapareció de Kjara. La gente decía que antes de irse a la taigá estuvo lanzando conjuros y haciendo sortilegios durante mucho tiempo delante del hospital, y los vecinos de Kjara temían que el hospital desapareciera "tragado por la tierra", o que muriera el doctor Volodia, o que se produjera un gran incendio. Pero el tiempo iba pasando y no ocurría nada de esto.

A Kol-Zal casi se le había curado ya la terrible úlcera en el labio. Cuando los vecinos de Kjara vieron a Kol-Zal que volvía a su yurtá, comprendieron que aquella enfermedad se podía curar, y entonces no cesaron de acudir al hospital los enfermos. De otras enfermedades también había

bastantes. Ahora había camas incluso en el pasillo y en el amplio zaguán, y hasta en el estrecho corredor que conducía a la cocina. Dos casos de muerte no asustaron a nadie. Volodia, sin escatimar el tiempo, explicó a los enfermos que estos dos pobres desgraciados habían dejado que la enfermedad avanzase mucho y la ciencia ya no pudo hacer nada.

- Es preciso venir aquí a tiempo -dijo con severidad-, y entonces nadie "quedará privado de la edad".

Pero por algo se dice que el cirujano muere con cada uno de sus pacientes que fallecen. Y esto lo experimentó Volodia al hacer la autopsia de los cadáveres. El no era culpable de estas muertes: ¿acaso no había hecho todo cuanto era preciso para salvar a este joven pastor que le habían traído con una peritonitis agudísima, y al viejo cazador, a quien un oso había destrozado? "Los dos murieron después de la operación -pensaba-, quiere decir, que a consecuencia de la operación". Pero el cazador había estado once días tendido en su yurtá, antes que sus familiares le llevaran al hospital. Y de nuevo la maldita idea: "después, quiere decir que a consecuencia de..."

A los muertos, según las costumbres del lugar, se los llevaron a las montañas en caballos. Volodia no podía mirar a los ojos de los familiares. "¡Svetlana, Zhenia Stepánov! -recordó a los compañeros y compañeras del instituto-. ¡Misha Shérvud! Médicos internos, futuras lumbreras de la ciencia, parásitos, vividores, ¿cómo os va por ahí?" Y, estirándose en su estrecha cama aquella noche atormentadora, insomne, pensaba: "¡No importa, ya nos veremos y hablaremos, cerdos!"

"En general", como acostumbraba a decir Eugenio Stepánov, Volodia se cansaba de manera indecible, se agotaba tanto, que después de todo un día de trabajo no podía conciliar el sueño. Recibía por la mañana y por la tarde en el ambulatorio, y no daba abasto. Después, la visita a las salas, las curas, los tratamientos, las visitas por las yurtas. ¿Se podía acaso negar cuando le llamaban para ir a ver a un enfermo? Y operar dos veces a la semana. Operar sin ningunos ayudantes, sin enfermera de cirugía, sin asistentes. ¿Se podía considerar al cobarde Danzín siquiera como algo parecido a un ayudante? ¡Oh, qué tormento, qué trabajo extenuador, cuántas fuerzas costaban estas operaciones; qué malabarismos no haría Volodia, más que si estuviera en el circo! Y cómo había aprendido a mantenerse firme, a dominar sus nervios, que ahora resultaba que también tenía él...

"¡Vas a reventar, hijo mío querido! -le escribía Aglaia-. ¡No lo podrás resistir! ¡Ven aquí a pasar las vacaciones, iremos al mar Negro!"

Volodia se sonreía con tristeza. ¿Acaso podían ellos allá, en la Unión Soviética, comprender realmente la situación de él aquí? Incluso personas

tan inteligentes como su tía Aglaia y Rodión Mefódievich, no lo comprendían. ¿En manos de quién iba a dejar ahora el hospital? Dejar ahora lo que había sido creado con tanto trabajo, equivaldría a malograrlo todo, sembrar de nuevo la desconfianza, abandonar las posiciones conquistadas. Pero Rodión Mefódievich sí lo comprendía: "Tu padre se sentiría orgulloso de ti -le escribía a Volodia-, puedes creerme. Si vamos a analizar las cosas, se puede decir que tú has tomado en tus manos la estafeta de Afanasi Petróvich y actúas como él actuó allí donde estuvimos él y yo. Pero, a pesar de todo, cuídate, en esto Agláyushka tiene razón".

Hacía ya algún tiempo que Volodia había empezado a enseñar gradualmente a la dulce y bondadosa Tush el trabajo de enfermera de cirugía. Eran obligaciones difíciles, pero Tush se esforzaba tanto, tenía tan ferviente deseo de aprender, lloraba con tal amargura cuando Volodia la reprendía, le miraba de tal manera a los ojos con el deseo de adivinar su pensamiento, de adelantarse a sus órdenes, que poco a poco Volodia dejó de enfadarse con ella, y únicamente le decía con suavidad:

- Tush, no se ponga nerviosa y todo saldrá bien.

La muchacha lo comprendía en seguida todo, se movía con agilidad y rapidez, sus manos ligeras, pequeñas y morenas, cumplían con diligencia y destreza todo lo que fuera necesario para el enfermo, o durante la operación, en el trabajo que todavía estaba aprendiendo. Los enfermos llamaban siempre a Tush, era difícil pasarse sin ella, el trabajo más duro, más desagradable y sucio lo empezaba y terminaba como si fuera no un trabajo, sino una dicha que le había caído inesperadamente en suerte.

Tush enseñaba a Volodia el idioma de su pueblo. Y le enseñaba con viva satisfacción, con alegría, resplandecientes los ojos oscuros, ojos de brillantes pupilas con bordes dorados, dibujándose una ligera sonrisa en su pequeña boca de labios rojos.

Hacia la primavera, aunque todavía con dificultad, Ustimenko ya comprendía a los cazadores, a los criadores de ganado, a los labradores ("los que daban de beber a la tierra", como les llamaban por estos lugares, porque eran los que hacían las acequias), y no sólo comprendía, sino que hasta podía hablar un poco, lo más importante, sin lo cual era muy difícil desenvolverse. Sin sonreírse ya al oír el tradicional saludo, contestaba que su ganado estaba bien y él mismo les preguntaba, como estaba establecido por la cortesía secular. Tush, bajando la vista con modestia, le corregía cuando él cometía algún error.

Aunque lo ocultaba, Madí-Danzí odiaba a Tush: suponía que Volodia necesitaba a esta muchacha sencilla y llanamente como mujer, porque era joven y bonita, y Volodia era un muchacho joven y bien parecido. De vez en cuando, observaba que Tush se quedaba mirando a Volodia con arrobamiento, y observaba también que Volodia, de pronto, sin causa

alguna, se ponía colorado en presencia de Tush; a Danzí hasta le resultaba incomprendible que Tush no se decidiera a meterse en la cama con el doctor. Aunque no era esto lo que más le preocupaba. Para él era mucho más desagradable pensar que Tush se estaba convirtiendo en una persona más importante que Danzí; y hasta el abuelo Abatái se había permitido hacerle algunas indicaciones a Madí-Danzí. En realidad, ellos dos -Abatái y Tush- se habían cruzado entre el doctor y Danzí, estorbando que él fuera la persona más importante en Kjara y más necesaria al doctor.

Pero él no podía vencerles.

"Madame cocinera" quería mucho a Tush y el abuelo Abatái también estaba de su parte: uno contra tres, Danzí no podía hacerles frente y únicamente esperaba con impaciencia el momento en que *él* llegara de la capital, entonces Danzí le contaría *a él* que estos tres eran bolcheviques. Sí, así, precisamente, se lo diría *a él*: "¡bolcheviques!" Los echarían a los tres. Y qué es lo que iba a pasar después. Madí-Danzí ni lo pensaba.

Por las tardes, cuando en el hospital reinaba la calma, Volodia, con tristeza y ternura, pensaba todo el tiempo en Varia. La sangre le golpeaba con fuerza en las sienes, le ardía la cara, hubiera querido gritar: - ¡Variuja!- a lo mejor le contestaba, a lo mejor venía y le preguntaba como entonces:

- ¿Qué quieres, Volodia?

Pero nadie venía. Ustimenko apretaba con fuerza los dientes y fijaba los ojos en un libro de medicina. Pero la figura de Varia no desaparecía, no era tan fácil olvidarla. Volodia sacudía la cabeza, maldecía, se esforzaba por pensar de Varia lo peor posible. ¡Que haga lo que le parezca! ¡Él tenía su vida, y ella la suya! ¡Cada uno marcha por su camino! Luces, flores, el torbellino del vals, besos, y después, claro es, eso que Zhenia llamaba "fisiología". El sudor perlaba su frente, las manos le temblaban, se ahogaba, abría el ventanillo, después se sentaba otra vez con el libro. No era para él nada fácil obligarse a pensar en lo que leía, pero, pese a todo, leía, estaba obligado a leer.

Tod-Zhin había hecho para todos sus doctores suscripciones de libros y revistas en diferentes idiomas, y esto ayudaba mucho a Volodia, pues él no podía visitar las clínicas, no podía asistir a conferencias y reuniones científicas, sólo podía leer. Trabajar, leer, pensar.

Y escribir cartas.

Ahora escribía con frecuencia a Bogoslovski; le escribía largo y tendido, con satisfacción. Eran unas cartas muy extrañas. La mayoría de las veces Volodia pedía algún consejo, otras escribía inopinadamente algo parecido a un discurso, a programas, o reseñas. Por ejemplo, en una ocasión le escribió a Nikolái Evguénievich que no consideraba acertado que los jóvenes ingresaran en los centros de

enseñanza superior directamente desde la escuela. "¿No es cierto, por ejemplo -escribía Volodia-, que si todas nuestras Niusas y Svetlanas trabajaran de sanitarias o de enfermeras tres, o cuatro, o cinco añitos, comprenderían entonces estas señoritas si efectivamente querían ser médicos o, en general, sólo querían tener instrucción superior a costa del Estado? ¿Acaso no tengo razón?"

Bogoslovski contestaba a cada carta discutiendo con él, pero sin imponerle su criterio. En cuanto a lo de las "Niusas y Svetlanas", no estuvo de acuerdo con Volodia y le contestó que, según su opinión, con respecto a esto había que considerar cada caso por separado. "Por ejemplo, para usted no hubiera tenido sentido -le escribía Bogoslovski- pasar sus mejores años trabajando de mozo de hospital, sin eso ya sabía usted bien de lo que se trataba, ¿no es verdad? Y me atrevo a pensar que a mí tampoco me habría hecho falta trabajar varios años de hermano de la caridad".

Precisamente en estos días de difíciles reflexiones sobre su trabajo, en estos días de cansancio, de extrema irritación contra todos aquellos "tiralevitas y adulones" que vivían, como escribió Mayakovski, con la bolsa llena y a sus anchas, recibió inesperadamente carta de Varia. Por todo su tono, por su elegante papel, incluso un poco perfumado, por su sobre alargado, por sus bromas, la carta de Varia al momento le ofendió. Varia le escribía que a trancas y barrancas ya había terminado la "odiosa" escuela de geología, y ahora ya tenía las manos libres, y que, aunque Rodión Mefódievich no lo veía con ningún agrado, había decidido resuelta e irrevocablemente dedicarse al teatro. Con toda probabilidad, a lo más tardar el próximo otoño, o posiblemente antes, se trasladaría a Moscú, para ingresar en el estudio de un teatro, de cuál precisamente, Volodia no lo pudo entender. También escribía que con seguridad se volverían a ver en la vejez, cuando Volodia fuese ya un luminar en alguna de las clínicas de Moscú; pues no iba a estar eternamente viajando por el extranjero, al fin y a la postre, todos los grandes profesores vuelven a su patria. Entonces, que la busque a ella -una actricilla modesta- por alguna parte en Moscú y se digne recordar con ella su ingenua infancia...

Volodia releyó dos veces la carta y se sentó a escribir la contestación.

Probablemente en toda su vida no había escrito una carta tan larga, tan cruel y tan categórica. Pero él no trató de ser cruel, resultó así sin proponérselo. Le contaba a Varia su vida y su manera de vivir aquí y esto no podía dejar de sonar como un reproche para ella y para todos los que eran como ella. El escribía así: no tú, sino vosotros, todos vosotros, todos los que son como tú; ¡vosotros: los Eugénios, las Svetlanas, las Niusas, las Varias! Vosotros suponéis que yo por las tardes me infundo en el frac, ¿verdad? ¡Pues enteraos cómo vivo! Aquello era una crueldad orgullosa, él no se lamentaba, exigía de todos un

trabajo así y se indignaba con los desertores, los despreciaba y les adjudicaba los peores insultos. También escribía a Varia acerca de Tush, su futura enfermera de cirugía, y le decía que todos ellos juntos no le llegaban ni a la suela del zapato a Tush. Le escribió de las operaciones que tenía que hacer él solo, de las ventiscas en invierno, de los chamanes, de las heladas que llegaban a cincuenta grados bajo cero, le habló de Tod-Zhin, le contó su angustia de los primeros tiempos, cuando no venía al hospital ni un solo enfermo, y le escribió también que era *completamente feliz*, a pesar de que ella le *había traicionado*.

"Tú me has traicionado, no temo emplear esta palabra -escribía-, tú podías haber venido aquí para ser mi mejor y más fiel ayudante en este trabajo desapercibido, pero tan necesario. Serías mi enfermera de cirugía y mi asistente en las operaciones. Serías mi mujer y mi *amiga*, y ahora, ¿estás esperando tus estúpidas flores y las luces de las candilejas? Créeme, no existen en la tierra, no existe más que la satisfacción por el trabajo propio. ¿Qué eres tú ahora? ¿Geólogo? ¡No! ¿Actriz? ¡Mucho menos! ¡Cómo puedes vivir tranquila e incluso bromear, llevando, además, la insignia del Komsomol! ¡Salte del Komsomol, buscadora de ti misma!"

El diablo sabe qué carta era aquélla, pero él no la quiso releer. En realidad, no le era nada fácil la vida, ni el trabajo ahora, a pesar de todas sus palabras sobre la verdadera felicidad. Eran demasiado largas las noches que se pasaba en vela pensando en la operación que tendría que hacer al día siguiente; era inmensa, casi superior a sus fuerzas, la responsabilidad por las vidas humanas "confiadas a él"; eran demasiado complicadas sus reflexiones sobre el deber, el libre albedrío, el propio destino en la tierra, el derecho a "estar agazapado" aquí, cuando el Ejército Rojo asaltaba la línea Mannerheim.

Dos veces escribió a Bogoslovski pidiéndole que le enviaran al ejército en operaciones, y dos veces Nikolái Evguénievich le contestó escuetamente que compartía por completo sus sentimientos, pero que no tenía la posibilidad de anular el hospital de Kjara.

En las tardes de primavera Volodia se sentía dominado por la nostalgia. De pronto le invadía un deseo incontenible de ir al teatro, a un teatro grande, hermoso, lujoso, e invariablemente con Varia, para que ella hablara de sus encantadoras naderías y él le dijera: "Deja de decir simplezas". Deseaba que no olierá a hospital, que hubiera una calle ancha, iluminada, con charcos después de la lluvia en los que se reflejaran los focos eléctricos. Deseaba no tener que saltar de la cama por la noche, cuando Tush llamaba a la puerta para decirle: "Han traído a uno muy malo, ¿sí eh? Ahora va a perder la edad, ¿sí?" Pero Volodia también en este caso salía adelante: no era fácil, pero, a pesar de todo, salía adelante. Se

obligaba a no pensar en lo que no debía pensar.

Capítulo XV.

El brujo.

En el mes de marzo, cuando el invierno empelaba a ceder, los días se hacían más soleados y las heladas ya no eran tan intensas, llegó a Kjara un ayudante de Volodia. Era un médico de Leningrado, un muchacho muy agradable, de labios gruesos, llamado Vasia Belov. Lo mismo que Bogoslovski, cuando llegó con Tod-Zhin, había tenido ya tiempo de darse un remojón en una poza del río. Por el camino vio una manada de lobos hambrientos, traía consigo una buena escopeta -¿sabe usted, de papá?-, una cantidad enorme de cartuchos, pólvora, perdigones, cuñas de pescar, anzuelos, baquetas y libros de consulta de medicina. Traía también una cantimplora de coñac y un retrato, "simplemente de una amiga, se puede decir que de la infancia", y una pipa, en la que fumaba "sabe usted, por pasar el tiempo". Vásienka miraba a Volodia como el inferior al superior, a los enfermos los trataba con deferencia, de Tush decía que veía en ella "el despertar de la dignidad nacional de millones de seres magníficos". Volodia hablaba con Vasia en ese tono de cansancio del viejo que lo ha visto todo y está al cabo de la calle de todo. Pero, además, no se podía ser de otra manera con aquel joven doctor que a cada momento hacía tales preguntas:

- ¿Dígame, Vladímir Afanásievich, hay tigres por aquí? Yo, personalmente, no he tenido el honor de verlos.

- ¿Y gulos?

Hable con el abuelo Abatái.

- ¿Y serpientes venenosas? Y, perdone, si las hay, ¿cuales son y cómo lucha usted contra su veneno?

- No he oído hablar de serpientes por aquí, Vasia - le respondió Volodia, pero, acordándose de Bogoslovski, rectificó al instante-: Perdone. ¿Vasili...?

- Ivánovich -dijo, un poco confuso, Vasia.

- Vasili Ivánovich. No he oído hablar de serpientes por aquí, y tampoco he tenido ocasión de combatir su veneno.

- ¡Qué lástima! He traído especialmente un librito titulado "Serpientes venenosas".

- En esto no puedo ayudarle en nada.

- ¿Pero, en general, ha habido algún caso extraordinario que haya sucedido aquí?

- Aquí, Vasili Ivánovich, todo es extraordinario.

- No en ese sentido, Vladímir Afanásievich. Sabe usted, yo tengo un documento que me acredita como corresponsal de un periódico de la juventud y quisiera, claro es, si usted no tiene nada en contra, escribir a veces alguna pequeña información o relato, en general, informar de nuestra vida...

- Bueno, pues informe cuanto quiera, siempre que no vaya en perjuicio de sus obligaciones directas,

porque aquí tendrá usted no pocas...

Vivían los dos juntos en una misma habitación. Por las noches Vasia escribía siempre el mismo relato bajo el título:

"Cómo transcurre la vida en el hospital X", o escribía cartas interminables. Un día, Volodia encontró casualmente una hoja en la que leyó: "...lente, un hombre colosal. Su voluntad de hierro y su previsión científica, la fidelidad ideológica a su causa me dan derecho a pensar, mi lejano amor, que V. A. Ustimenko es ese carácter que yo debo tomar definitivamente como base..."

Volodia no leyó más. De pronto, hasta sintió remordimiento de conciencia, como si estuviera engañando a Vasia. ¡Pero si él no le engañaba!

Vasia también hizo amistad con Abatái. El viejo sabía ya hablar algo en ruso -Tush les ayudaba a ambos- y Vasia no se cansaba de escuchar los cuentos bastante ingenuos, pero muy divertidos, del abuelo Abatái e incluso los escribía para su futuro "librito" sobre el hospital de Kjara.

Seguía habiendo mucho trabajo, pero, con la llegada de Belov, para Volodia era ahora bastante más fácil y Ustimenko se lo decía de buen grado a Vasia casi todos los días. Este; enrojando hasta las orejas, se rascaba la cabeza y contestaba:

- Sí, pero... Usted se excede en la alabanza, Vladímir Afanásievich... Si no fuera por usted...

Y Vasia se esforzaba todavía más en el trabajo, trabajaba con más energía, con más ahínco. Al recibir algún elogio se hacía mejor, pero cualquier advertencia, incluso suave, le afectaba mucho, se ponía sombrío, se apagaban sus ojos vivos y siempre alegres.

Ahora Ustimenko, aunque no por mucho tiempo, podía marcharse del hospital. Se dirigía a caballo a los placeres auríferos de Urchunsk, donde visitaba a todos los enfermos y sanos: era éste un trabajo largo, minucioso, pero necesario. Iba también a ver a los pescadores de Ostiú-Be, recorría muchos campamentos nómadas en Dzhischi. Generalmente le acompañaba Madí-Danzí, en las caballerías llevaban algunos instrumentos de los más necesarios, medicamentos, una tienda de campaña, sacos de dormir. Y Volodia sentía una gran satisfacción en el alma cuando el caballo se abría paso con segura andadura por los ocultos senderos de la taigá o por el abrupto barranco a orillas del Taa-Jao, cuando abajo se oía el fragor del impetuoso río, y arriba el sol cálido y benigno de primavera calentaba los huesos; le alegraba ver la tumultuosa y alegre agitación que se producía en todo el campamento, cuando a su encuentro corrían los chiquillos en bandada y tras ellos, pausados, tranquilos, salían los hombres, conscientes de su valía -eran los padres y los abuelos-, cuando las mujeres le hacían profundos saludos, y cada amo y cada ama de casa les invitaban a comer o a cenar con ellos en su yurtá, o

simplemente para conversar amistosamente; y ahora le agradaba hacer la cortés y habitual pregunta acerca del estado del ganado y escuchar la misma pregunta, con una chispa de burla en los ojos del que preguntaba, pues todos sabían que el doctor ruso no tenía ganado, ¿pero, cómo iban a empezar la conversación?

Sí, en estas yurtas y junto a estos hogares, en las viviendas de la explotación aurífera y en los poblados de los pescadores había piojos, y tracoma, y sífilis. Había escenas horribles, cuadros que, al verlos, Volodia, persona ya acostumbrada, sentía que se le revolvía hasta el alma. Pero, subiéndose las mangas de la bata y lavándose sus enormes manos, hacía todo cuanto podía, y después, en unas angarillas especialmente adaptadas a dos caballos, mandaba al enfermo a su hospital con una nota para Vasia. El hospital siempre estaba repleto, pero aquello era un hospital de verdad; de allí, por lo general, los enfermos salían curados, y cada día llegaban a campamentos más y más lejanos los rumores sobre el doctor sorprendente y nunca visto que vivía en Kjara: y los nómadas perdían poco a poco la fe en los chamanes y en el lama, que se iban adentrando día tras día en la taigá y en la tundra. Y allá, lejos de Kjara, se hacía más intenso el odio de éstos a Volodia y su hospital, al nuevo doctor Vasia, a Tush, que trabajaba con estos rusos, e incluso al abuelo Abatái.

Dicho sea de paso, por ahora a Volodia todo esto no le daba ni frío ni calor. Los lamas y los chamanes no se cruzaban en su camino, y él se olvidó de ellos, lo mismo que se olvidó de Markélov.

Estaba en extremo ocupado, trabajaba mucho, concentrándose en sus tareas, para acordarse siquiera de lo que o de los que hacía ya tanto tiempo habían desaparecido de su camino.

Un día de otoño, en el mes de septiembre, le despertaron al amanecer. De las deshilvanadas palabras de un muchacho que llegó apresurado, pudo comprender solamente que había ocurrido alguna desgracia y que había que prestar auxilio a unos hombres que se encontraban lejos de allí, pero a qué distancia, no pudo explicarlo el muchacho, extenuado y asustado.

Madí-Danzí aparejó los caballos y sujetó bien los fardos en las albardas. La mañana era fresca. Volodia, encogido de frío, bostezaba, no podía sacudirse por completo el sueño. Hacia mediodía, se puso al fin en claro que tendrían que recorrer más de cien kilómetros, pero cuántos más, el muchacho tampoco lo sabía, también se enteraron de que no había sólo un herido, sino tres, que el primero seguramente ya habría "perdido la edad", y los otros dos puede ser que resistieran.

El camino era difícil, al principio por la orilla del río -por aquí Volodia ya había pasado-, después, para acortar la distancia, a través de la taiga. Las ramas les

azotaban la cara, les desgarraban las ropas, los caballos resoplaban cansados y contraían los ijares. En un claro del bosque cerca de Dzhem-Chu - Volodia ya había estado otra vez en este poblado- se encontraron con unos diez hombres a caballo; por las cintas trenzadas en las crines y en las colas de los caballos, Ustimenko comprendió que las víctimas ya habían caído en manos de los chamanes. Danzí habló en tono violento con un viejo que miraba con ojos hostiles a Volodia; de la conversación sacaron en limpio que allá, con los heridos, se hallaba el chamán Ogu, el mismo que huyó de Kjara. El muchacho había ido a buscar al doctor sin que nadie se lo mandara, se había escapado, y el viejo le amenazaba ahora con terribles castigos.

Sólo al anochecer, Volodia y Danzí, acompañados del muchacho, que se llamaba Lamza, llegaron a una elevada colina cubierta de cedros, cerca del impetuoso río Taa-Jao. En la ladera de la colina protegida del viento ardían seis hogueras; en aquella semipenumbra, sobre el fondo de las humeantes hogueras, las figuras humanas parecían enormes. Unos cincuenta jinetes cortaron el paso a Volodia. Se detuvieron expectantes. Todos llevaban escopetas, incluso los más jóvenes. Seguramente se han emborrachado con vodka de leche -supuso Danzí, y aconsejó a Volodia emprender la vuelta antes de que fuera tarde.

- ¡Están muy borrachos, eh, sí -dijo Madí-Danzí-, no nos espera nada bueno!

Volodia se apeó del caballo y le echó las riendas a Danzí; dando grandes zancadas, se fue derecho hacia los jinetes. Ellos no se movieron, los cañones de las escopetas de caza apuntaban directamente a Volodia. Dominado por el miedo, pero dándose cuenta al mismo tiempo que no podía obrar de otra manera, apartó a un lado el hocico de un caballo, que casi le rozaba, apretó con el hombro en el estribo de otro, soltó un juramento y empezó a subir por la ladera de la colina. Detrás del doctor, un poco de costado, tiritando de miedo y procurando ir lo más cerca posible de él, corría con pasos cortitos Lamza, el hijo del que seguramente ya había "perdido la edad"...

Entre las llamas de las hogueras humeantes vieron tendidos dos hombres, y otro estaba apoyado en unas parihuelas que le sujetaban por debajo de los brazos. Sus ojos estaban clavados en la lejanía con angustiada tristeza. Seguramente ya no veía nada, porque no reconoció a su propio hijo. Al lado del padre de Lamza estaba el chamán Ogu: al comprender lo que ocurría allí, Volodia perdió al instante todo temor.

Junto al cazador moribundo estaba ya todo lo que le podría hacer falta para aquella lejana vida, para la vida siguiente, como le gustaba expresarse a Danzí; allí había tabaco, también había cerillas, y vodka de leche, y carne, y un par de calzado nuevo, y tampoco faltaba un látigo. A este hombre -todavía con vida-

ya le despedían para el largo viaje, y Volodia, con su presencia y su intervención revocó la ley de la muerte, que había ya anunciado el chamán Ogu. Los jinetes, instruidos por el chamán, vigilaban para que se cumpliera la ley de la muerte, pues si el padre de Lamza quedaba con vida, entonces Ogu moriría, no podría vivir más como chamán.

- Todo lo tienes dispuesto, todo está bien preparado, no se ha olvidado nada, emprende, pues, el camino, vete, tú ya no tienes edad -decía el chamán Ogu, que no había visto todavía a Volodia y no había oído sus pasos a causa del crepitar de las ramas que ardían en la hoguera-. Vete, no esperes...

- ¡Lárgate de aquí, brujo! -gritó Volodia.

Ogu se volvió lentamente, vio las botas de Volodia y se levantó. Se irguió, pero éste no era aquel Ogu, que se apartaba al ver a Volodia en Kjara, era otro, éste se sentía dueño de la taigá, un dueño bastante insolente y además borracho, y además con un cuchillo enorme, con el que acababa de cortar la carne para el lejano camino del padre de Lamza. Ahora el cuchillo lo sostenía, dispuesto a asestar el golpe, con el filo para arriba, preparado a matar al odiado doctor ruso de una puñalada en el vientre, revolviendo además el cuchillo. Ogu sabía cómo matar, aunque no sabía cómo curar.

Durante algunos segundos permanecieron el uno frente al otro a la luz de las hogueras, que iluminaban con un resplandor rojo sus semblantes. El chamán hacía sonar el pandero con la mano izquierda, en su alto gorro llevaba bordada una repugnante faz humana. El chamán Ogu estaba allí para cumplir la ley de la muerte, y defendía la muerte; Volodia había venido allí para devolver la vida a un hombre, y defendía la vida, la defendía olvidado por completo de sí mismo. Y, agarrando al chamán por encima de la mano en la que tenía el cuchillo, le apretó con tal fuerza la muñeca que el brujo dejó caer el arma y retrocedió de un salto a la oscuridad, al otro lado de la hoguera, chillando y golpeando el pandero.

Volodia se inclinó al momento sobre el padre de Lamza.

Efectivamente, la muerte estaba cerca, pero todavía se podía luchar con ella.

Quitándose la zamarra, Ustimenko se puso en el acto a cumplir su misión; los otros dos cazadores, que se hallaban tendidos cerca de las hogueras, empezaron a contar entre ayes y lamentos lo que había ocurrido. El les oía sin prestarles mucha atención, pero captó algunas frases sueltas acerca de la caza afortunada y de cómo se le habían terminado los cartuchos y cómo los malvados demonios de la taiga Zumbr y Kur, enemigos de los cazadores, seguramente se las arreglaron para cortar el camino al padre de Lamza el mejor cazado entre los mejores. Explotó un cartucho, eso es lo que había ocurrido, reventó cuando el padre de Lamza preparaba los cartuchos. Todos ellos estaban sentados cerca, pero

el padre de Lamza se inclinó sobre el cartucho y toda la carga le fue a dar en el pecho.

- ¡Cuidado! -gritó el hijo de Lamza con voz asustada, y en aquel instante Volodia oyó tras de sí un chasquido seco.

Se volvió rápidamente.

A unos diez pasos de él, completamente blanco, con una escopeta de dos cañones en la mano, estaba el chamán Ogu. Apretó los dos gatillos, pero la escopeta del padre de Lamza no estaba cargada. Gracias a esto Volodia "conservó la edad": en la taigá saben disparar, y el chamán Ogu no hubiera errado el tiro.

Volodia ya se disponía a lanzarse sobre él, pero Ogu arrojó la escopeta y se arrastró hacia Ustimenko. Se arrastraba, se inclinaba, se arrastraba un poco más y ponía la cara contra el suelo. Ahora buscaba la defensa, el amparo del hombre a quien había querido matar. Sólo Ustimenko podía salvarle a él, que había vulnerado la ley de la muerte, a él, que había querido matarle por la espalda. Y, agarrándose de un pie de Volodia, apoyó sobre él su mejilla, empezó a dar aullidos y a implorar, lamentándose y gimiendo...

- ¡Tomen la escopeta! ¿Lo oyen? -gritó Ustimenko-. Tomen la escopeta, cárguenla y pónganse a mi espalda, yo tengo que trabajar. Tómala tú, Lamza. Puede ser que tu padre no "pierda la edad". Pero no puedo curarle si me disparan por la espalda. ¡Y que el chamán se vaya al diablo!

Volodia estaba muy irritado, y de nuevo, sin saber por qué, se acordó de Niusa Iólkina y Svetlana.

Larnza metió dos cartuchos en la escopeta, se colocó tras la espalda de Volodia. En tanto, los jinetes, que habían desmontado de los caballos, se aproximaban uno tras otro para ver a aquel hombre de quien Ogu les había contado que no sabía curar, sino que sólo sabía matar: había matado a dos en su hospital, y después se había ensañado con ellos abriendo los cadáveres para robarles sus fuertes y sanos corazones de cazadores y guardárselos él como reserva.

Pero Ustimenko no veía a nadie: trabajaba. Al rojizo e inseguro resplandor de las hogueras que se iban extinguendo, Volodia examinaba la herida, que exhalaba un hedor espantoso. La herida se encontraba en el lado derecho del pecho, los bordes ya estaban purulentos. Volodia no podía hallar el orificio de salida.

- ¿Cuántos días lleva en estas endemoniadas parihuelas? -preguntó.

- ¡El quinto día! -contestó Madí-Danzí sumiso-. Sí, así, el quinto. Ellos no comprenden, son necios, tontos, sí...

Mientras seguía examinando la herida, Volodia ordenó a Danzí que le trajera los instrumentos, que echara un brazado de ramaje en la hoguera y que preparara con qué lavarse las manos para operar...

El chamán Ogu había tenido tiempo de meter en

las heridas trozos de piel de zorro con propiedades curativas, empapados en saliva de lobo y grasa de ardilla derretida. Era necesario operar inmediatamente, pero el padre de Lamza se ahogaba al tenderle de espalda; además, no había quién pudiese aplicarle el narcótico.

Volodia echó alcohol en un jarrita hasta la mitad, le agregó agua y lo acercó a los labios resecaos del padre de Lamza.

- ¡Bebe, amigo! -dijo Ustimenko en alta voz y con firmeza-. Tú estás vivo, no te has privado de la edad. Bébelo de un trago y te pondrás mejor. ¿Lo oyes, amigo? No te dejes dominar por la enfermedad, no te sometás a ella y pronto podrás ir a cazar de nuevo.

Aquellos ojos llenos de dolor se entreabrieron lentamente.

- ¡Bebe! -le ordenó Ustimenko.

Y cuando el padre de Lamza respiró con alivio, le puso una inyección de morfina.

Volodia empezó a examinar la herida al resplandor de las hogueras humeantes que ardían con viva luz. Alrededor de él, como una muralla que le protegía de Ogu, que seguía farfullando y lamentándose, estaban los cazadores. El padre de Lamza respiraba entre estertores, el muchacho temblaba y sollozaba junto al hombro de Volodia. En las copas de los cedros aullaba el viento, allá lejos, en el profundo barranco, bullían las aguas del tumultuoso Taa-Jao. Los otros dos heridos, incorporándose un poco y olvidándose de sus propios sufrimientos, miraban las manos de Volodia, las brillantes pinzas, al rostro duro, irritado y tenso del doctor ruso.

La herida tenía cerca de once centímetros de profundidad. Al examinarla. Volodia tanteó en el fondo de ella unos perdigones gruesos, rollitos de piel curativa y una baqueta de fieltro. Extrajo todo esto.

Tomó un minuto de respiro, le puso luego un vendaje húmedo con tampones y se puso en pie. La respiración del herido era ya más regular, el pulso, aunque todavía débil, más normal. No menos de una hora empleó en la cura de los otros dos cazadores. Con ellos también había hecho lo suyo el maldito chamán Ogu. Y, además, tenían el cuerpo lleno de quemaduras.

Cuando Volodia se incorporó, el corazón le palpataba aceleradamente, sentía fuertes punzadas en el costado, y tenía las piernas acorchadas. Las inmensas hogueras continuaban ardiendo con grandes llamas. Los cazadores, con sus zamarras de piel de reno, la cabeza descubierta y la tez amarillenta, curtida, permanecían inmóviles. No esperaban que el doctor se volviera hacia ellos tan rápida y bruscamente.

- ¿Por qué? -les preguntó Ustimenko con palabras que ellos comprendían-. ¿Por qué? ¿Por qué me habéis recibido como a un enemigo? ¿Qué malos he

hecho yo? Vuestro chamán Ogu ha querido matarme, y vosotros lo habéis visto y ninguno ha movido ni un dedo.

- ¡No nos hemos atrevido! -replicó uno de ellos con voz bronca-. Hasta ahora le teníamos miedo, podía terminar con todos nosotros.

- ¡No puede hacer nada! -dijo Ustimenko-. Es un cobarde imbécil. El no trabaja como vosotros, no hace más que robaros, y vosotros le tenéis miedo.

- No -dijo otro cazador-. Ahora ya no. Ahora le mataremos.

- ¡Y eso tampoco lo haréis! -gritó Volodia-. No le mataréis, ¿lo oís? ¡Yo no lo permitiré!

Hacia el amanecer trasladaron a los tres heridos a una balsa que habían enviado por la noche desde el poblado. El chamán Ogu continuó arrastrándose a los pies de Volodia, hasta que éste le ordenó también ir a la balsa; pero antes de esto Ogu tenía que arrojar al río Taa-Jao su gorro, el pandero y el báculo con las "piedras vivas". El chamán empezó a lanzar fuertes aullidos, los cazadores rompieron a reír. Volodia estaba en la balsa con los labios apretados, el rostro consumido, barbudo.

- ¡Perdóname! -gritó Ogu.

- Tú vienes conmigo como he dicho, o te quedas aquí para siempre -dijo Ustimenko-. ¿Lo has comprendido, Ogu?

Y Ogu, temblando y entre lloros, arrojó al poderoso Taa-Jao todos los símbolos de su dignidad de chamán. Aunque parezca sorprendente, él creía en su gorro, en su pandero y en su báculo. Creía, y cuando vio el gorro que se hundía en el agua se apaciguó para siempre. Únicamente preguntó a Volodia:

- ¿Y qué voy a hacer ahora? ¿Cómo voy a sustentarme?

- Vendrás a mi hospital, a partir leña. Por este trabajo estarás bien alimentado.

- ¡Pero yo no sé partir leña! -se ofendió Ogu.

Volodia se encogió de hombros. Por el camino no habló con nadie, sentía profunda amargura y dolor en el alma. Largos años recordó después el seco chasquido de los gatillos de la escopeta de dos cañones a su espalda. La balsa la gobernaba un viejo de aquellos lugares llamado Jidzhik, los heridos hablaban en voz baja entre sí, observaban cómo la balsa asustaba a los patos, a los gansos, cómo asustó a un urogallo que estaba en la orilla. A la caída de la tarde empezaron a oír el rumor del agua en los rabiones: el padre de Lamza, el chamán execrado y los otros dos heridos al principio se encaramaron lo más alto posible sobre una tarima en la balsa, después, dejando allí tan solo a Lamza, bajaron para echar ofrendas a los rabiones: dinero, galleta seca y sal.

- ¡Manteneos firmes! -ordenó Jidzhik.

La balsa se inclinó de repente, la proa se hundió en el agua, la popa se levantó bruscamente, crujiendo

entre las piedras. Una ola enorme, espumeante, rugiente, fragorosa, inclinó la balsa a la izquierda, después a la derecha, y los rabiones quedaron atrás. El padre de Lamza preguntó con voz sumisa si habían arrojado su ofrenda, un viejo cartucho de cobre de la escopeta.

- ¿Me curarás, sí, doctor?

Volodia respiró profundamente y se sonrió: ¿podía él enfadarse con la gente que arrojaba ofrendas a los rabiones?

En noviembre Volodia le extrajo al padre de Lamza un secuestro del esternón, debajo del cual habían quedado incrustados el pistón metálico de un cartucho y los perdigones.

Y también en el mes de noviembre se presentó en el hospital la hija de Markélov con el ruego de que fuera a visitar a su padre, que se hallaba gravemente enfermo.

- ¿Qué le pasa? -preguntó Ustimenko.

- ¿Acaso lo puedes saber? -contestó Pelagueya con tristeza-. No hace más que rechinar los dientes y no dice nada. Bebe vodka de una manera terrible. Ha adelgazado muchísimo, por las noches no pega los ojos.

- ¿Y quién me llama a verle, él o usted?

- ¡Yo! -dijo la muchacha, bajando los ojos.

¿En qué consiste el sentido de la vida?

Ya atardecido, provisto de su linterna eléctrica, el estetoscopio y unas cuantas tabletas de luminal, Volodia se fue a visitar a los Markélov. Empezaron a ladrar furiosamente los perros atados con cadenas, el encargado salió corriendo al porche todo asustado, y se apresuró a decir con mansedumbre:

- ¡Pase, pase, tenga la bondad! ¡Le esperan! Pelagueya Egórovna le está esperando con impaciencia, pase por favor...

En el recibidor había un olor desacostumbrado a ciprés, a benjuí, y algún otro aroma dulzón y empalagoso. Pelagueya, vestida con sus mejores galas, con rumor de sedas, las manos llenas de resplandecientes sortijas y un valioso broche en el pecho, le dijo con un susurro:

- Pase usted mismo a verle, ¿sí? ¡Le ruego que me haga un favor! ¡Se lo pido por Dios! Así, simplemente, pasaba usted de camino y ha entrado. De paso, sin ninguna idea especial, puede ser que sólo para honrarnos con su visita. Hace mucho que le espera, habla con frecuencia de usted, pero, perdone, no como doctor, sino como... Le recuerda...

Volodia se encogió de hombros y llamó a la puerta. No oyendo ninguna respuesta al otro lado, entró. En una pieza inmensa, baja de techo y muy caldeada, se paseaba Markélov de un rincón a otro, con la cabeza gacha, sacudiendo su barbita blanca, como un chivo, las manos a la espalda; iba vestido con una larga *poddiovka* negra y, suspirando, farfullaba algo entre dientes. No advirtió al momento

la presencia de Volodia, pero al verlo no mostró la menor extrañeza, se limitó a decir:

- ¿Usted? ¿A qué se debe tal honor, señor-camarada doctor?

A Volodia le pareció percibir una nota falsa y burlona en la voz de Markélov. Y aquellos ojos, perversos no hacía tanto tiempo, le miraban, aunque con insolencia todavía, al mismo tiempo con inquietud, con recelo, asustados.

- ¿Qué, ha venido usted por algún asunto? ¿O así, simplemente, como vecino? ¿Qué necesita usted de Markélov?

- Pues sí, pasaba por aquí y he entrado -dijo Volodia tranquilamente, observando con atención a Markélov-. Hace seguramente más de un año que no nos hemos visto, y he pensado entrar a verle, puede ser que usted no se encuentre bien...

Egor Fomich sonrió con malicia, diciéndole:

- ¿Te propones curar a Markélov? Eso sería demasiado honor para ti, criaturita. ¡Markélov os sobrevivirá a todos, sí, sí.

Volodia guardó silencio. El viejo se quedó mirando con atención e inquietud su rostro curtido por el viento, de fuerte y enérgico mentón, buscó con la mirada sus ojos.

- ¿Pasabas por aquí y se te ha ocurrido entrar? ¡Qué pícaro eres, doctor! No me vengas con argucias, Pelagueya te ha engatusado, y nadie más. ¿Eh? ¿Callas? Pero, aparte de todo, me alegro de que hayas venido, charlaremos, beberemos. Tengo un "Marsala" excelente. Por más que el "Marsala" es para los que les gusta emborracharse con vino dulce. Nosotros beberemos coñac. ¿Beberás conmigo?

- Beberé.

- ¿Y quién soy yo: tu enemigo de clase y tu explotador? ¿Qué, por qué me miras así? Todo lo conozco, hermano, estoy enterado de todo: ahora leo dos periódicos vuestros, me he suscrito.

Se paseó por la habitación, recorrió una cortina de seda azul sujeta con anillas; allá, en el fondo, débilmente iluminada, se descubrió una capilla con un facistol; a un lado se amontonaban en desorden libros antiguos encuadernados en pergamino; también se veían revistas modernas y un montón de periódicos. Agitando irritado un puñado de periódicos en sus manos, Markélov le mostró a Volodia varios números de *Pravda* e *Izvestia*, sacudiéndolos delante de él:

- Sí, los leo. ¿Y qué? Habláis de los koljósos, del plan, del quinquenio, de los sovjósos, de distintos trabajadores que son condecorados por sus éxitos. ¿Y yo, cómo voy a vivir? "¿Y el género humano es la Internacional?" ¡También lo sé! ¿Pero yo dónde me voy a meter? ¿Voy a volverme otra vez al reino de las tinieblas, a esquilas ovejas?

- ¿Qué ovejas? -preguntó Volodia, sin comprender.

- Es una expresión figurada tomada de los pilares

de la fe. Es decir, a estrujar más a los aborígenes, para sacarles más jugo. Ellos son los que nos dan de comer y nosotros somos sus bienhechores. ¿Te vas dando cuenta?

Los ojos de Markélov miraban al mismo tiempo airados y lastimeros, la boca roja se contrajo en medio de su barba plateada, su semblante se frunció con un gesto dolorido. Tirando a un lado los periódicos, se acercó a la puerta y llamó a Pelagueya, se quedó mirándola fijamente y dijo, con una sonrisita burlona:

- Vaya si te has acicalado, ternerita. Anda toda su vida hecha una cenicienta, y hoy se ha vestido de sedas y se ha colgado todas las alhajas. ¿Para quién? ¿Para el doctor? El no se va a casar contigo, no le interesas, en su país le espera una *mujer-camarada*, ¡y no una *lacra de tiempos pasados!*

Pelagueya se fue poniendo roja poco a poco, bajó más la cabeza y empezó a pasar rápidamente entre los dedos los flecos de su chal.

- Traénos coñac "Martel!": allá hay, toma las llaves y no te olvides de cerrar, pues, si no, tu mamáita se lo sorberá todo -y se rió de nuevo, volviéndose hacia Volodia-. Es una *supervivencia del alcoholismo* que tenemos en casa, bebe para estar alegre. Trae también pepinillos salados, con hinojo. Hay quien prefiere el "Martel" con limón, pero a nosotros, por nuestra simpleza, nos gusta con pepinillos. Además, para nuestro sabio, para el doctor-camarada, trae algo más sustancioso, más alimenticio, ya ves lo delgado que está. Y muévete de prisita, que has engullido demasiada carne de *la despensa colonialista, explotadora*. "el mundo de la opresión" -añadió, fijando nuevamente en Volodia su mirada turbada, atormentada-. ¡Vete ya!

La hija, haciendo una profunda reverencia al estilo antiguo, salió silenciosamente. Markélov sacó de detrás de una vieja butaca, toda rozada y cubierta con un antiguo tapiz, una botella ya empezada que tenía allí escondida, bebió directamente de ella con avidez, luego preguntó:

- ¿Dime, cómo voy a vivir? Vinieron acá mis abuelos huyendo del padrecito zar y me enseñaron a su manera. Me preguntaban: "dime, pues, hermano, ¿quién murió y en polvo no se convirtió?" Y yo contestaba con desenvoltura: "¡La madre de Dios sí murió, pero en polvo no se convirtió, sino que viva a los cielos ascendió!" También me hacían otra sabia pregunta: "¿De qué seres, mancebo, no había una pareja en el Arca de Noé?" Y yo respondía y decía: "Los peces, pues ellos en el agua se pueden mantener y la respiración hacer". ¿Acaso estaba mal? Me enseñaron además a que me elevara sobre las gentes de aquí, pues otros que llegasen -de otro país- podían elevarse sobre mí y despojar al pueblo de estas tierras con *más fuerza* que yo. Me enseñaron mis padres a afilarme los colmillos, pues el hombre es un lobo para el hombre. Y una predicadora de la antigua fe

que llegó por estos lugares hablaba de los primeros mandamientos de los cielos, que son: humildad, cordura, continencia, caridad, fraternidad, conciencia, amor. Bueno, y rómpete la cabeza: ¿cómo compaginar los colmillos con la fraternidad, por ejemplo? ¿Cómo armonizar la caridad con la ciencia de hacer para el indígena de aquí vodka que resulte para ti barata, y para él cara? ¿Cómo combinar el amor con la ciencia paterna de oscurecer las martas cebellinas, de ahumarlas, para que su precio fuera tres veces más alto? Junto con la continencia y la cordura, nos enseñaron cómo acabar sin ruido ni voces en la taigá con un anticristo, un hereje, si éste se empecinaba: esto también ha ocurrido. Nos enseñaron que a nosotros todo nos estaba permitido, pues somos ortodoxos y no arderemos en el fuego del infierno. Sabemos quién hace la señal de la cruz con la pezuña, y quién con tres dedos; nosotros, que nos persignamos con tres cruces, somos puntales de la fe que hemos recibido con el bautismo, y por eso a nosotros todo nos será perdonado. Y yo lo aprendía bien, aunque muchas de aquellas enseñanzas las repudiaba. Yo mismo no he derramado sangre de los indígenas, me repugna, pero sobre mis difuntos padres ha caído no poca de esta sangre, está derramada y *clama*. Y a causa de todo esto se me ha producido ahora una revuelta en el cerebro. ¿No existe tal enfermedad?

- ¡No sé, nunca he oído hablar de ella! -dijo Volodia.

- ¡Lo oirás! -le prometió Markélov.

Entró Pelagueya con una bandeja en las manos. Egor Fomich cogió la botella, hizo saltar con habilidad el corcho, dándole un golpe en la palma de la mano, clavó los ojos en su hija, pero no la mandó marcharse, sino que la ordenó que se sentara y escuchara en silencio.

- ¡Tanto más que estás vestida de sedas! Sin embargo, escucha, camarada doctor. Revuelta y superchería, ¿no es así?

Pelagueya echó el coñac en grandes vasos de cristal verde, le ofreció uno a Volodia. El se lo acercó a los labios, el viejo Markélov bebió el suyo hasta el fondo, mordisqueando después un pepinillo salado.

- ¡Superchería! -repitió Egor Fomich-. Se me ocurre una idea: ¿para qué, supongamos, vive el hombre?

Volodia se estremeció: le parecía que Markélov le estaba haciendo burla, se estaba mofando de él, que sacaba afuera, a la vista de todos, estando borracho, sus ideas, las de Volodia.

- ¿Para el capital? -preguntó Egor Fomich-. Perfectamente, ha llegado desde los abuelos hasta nosotros. ¿Pero, el capital, para qué? ¿Para heredarlo? ¡Supongamos! ¿Pero, si ella, la tonta, no ve provecho alguno en él? ¿Entonces, qué? Vamos a ver, por ejemplo, empiezo a ir de francachela, es decir, expresándome a su estilo, como en los

periódicos, se produce en mí una *corrupción*. ¿Pero qué necesidad tengo de luchar contra esto, si no encuentro ningún sentido en otra cosa? Bueno, todavía puedo meter algún dinero en el banco, puedo todavía engañar con habilidad, incluso con gracia a uno, o dos o tres herejes, anticristos, ¿y para qué? Hablo de manera poco comprensible, oscura, deslabazada, pero sígueme escuchando, ya que has venido...

- Sí, le escucho.

- Eso es. Tú, doctor, debes comprender que hay tales enfermedades que no son ni del vientre ni del pecho, pero que son mucho peores. Anda, entiéndelas...

Se echó más coñac, bebió, limpióse, y prosiguió:

- He vivido rodeado de porquería, he sido engendrado en la abominación, en la lascivia, en la suciedad. No tengo a qué agarrarme, he perdido la senda, me quedo ciego. Mi mujer, hermano, es tonta, es un trozo de carne y grasa, en ella no encontrarás a la persona. Pelagueya es la que me da lástima, se consume la muchacha...

- ¡Padre, no digas eso! -imploró Pelagueya.

- No quieres que lo diga, pues no lo digo.

Markélov se quedó unos instantes pensativo, bebió coñac a sorbos. Volodia callaba, la conocida lámpara relámpago, sin pantalla, le cegaba los ojos...

- ¡Tome un trozo de empanada! -oyó decir a Pelagueya desde el fondo de la habitación.

Volodia tomó un trozo de empanada.

- Sí, ella me da lástima -repitió Markélov, pensativo-. Lo demás es más fácil: ¡que se vaya todo al diablo! No me queda mucho de vida, no son pocos los años, y la senda, para qué buscarla. He echado raíces aquí, en Kjara. Aquí tengo mi cementerio, tengo mi panteón familiar, todos nosotros hemos tenido un carácter fuerte; el panteón está construido de ladrillo ruso, traído desde muchos miles de verstas, para que tengamos *nuestro* descanso. Desde los más viejos del lugar hasta el último de los mocosuelos conocen todos a mi ilustre familia y la temen. No tengo más que levantar un poco el gallo y todos se echan a temblar. Me *temen*, ¿comprendes? En cambio, a ti te conocen y no te temen. A centenares de verstas te conocen y no te temen ni poco ni mucho. Tú eres de procedencia rusa y yo también soy ruso. ¿Por qué es eso, di?

Sollozó, se echó al colete medio vaso más, le dio un repeluzno, y continuó:

- Y no toman regalos míos, *temen* tomar un regalo, se esperan una mala jugada. No creen en mi bondad. ¿Y no podría ser que, de verdad, me hubiera hecho yo más bueno? ¿Eh?

Y con pena y rencor susurró:

- Te han querido matar los chamanes, lo he oído, lo sé. Pero tú eres tonto, ¿por qué arriesgas tu vida? A mí, se comprende, por el oro. ¿Pero a ti? ¿Qué sueldo tan enorme recibes tú? ¿Qué premio vas a

recibir por tu trabajo forzado aquí? ¿Eh? Yo, si quiero hoy mismo, o mañana, en cuanto quiera, puedo ir a California o a la ciudad eterna, a Roma, yo me lo puedo permitir todo. ¿Y tú? Ni siquiera, tonto, tienes mujer ni bebes vodka. ¿Y cuánto tiempo llevas aquí? ¡Años! Ayer mismo lo vi con mis propios ojos: ibas subiendo por una vereda, y se tiró a morderte un perro, entonces una mujer, la mujer de Sain-Balek, espantó al perro con un palo. ¿Y a mí? ¿Quién me espanta los perros a mí? ¿Dime, vas a ayudar a un hombre cuando le da vueltas la cabeza? Dime a mí, que ya soy viejo, dime, camarada, ¿para qué vive el hombre?

- ¡Para la causa! -contestó Volodia sombrío y con voz apenas perceptible.

- ¿Cómo?

- Para la causa.

- ¿Bueno, y la causa para qué? ¿Acaso yo no he hecho nada? ¿Acaso he vivido con los brazos cruzados? Pues tú, criaturita, no has visto ni en sueños, las vueltas y revueltas que hemos dado nosotros por la taigá y por los intransitables pantanos de estos contornos, qué nocheitas hemos pasado y en qué sitios las hemos pasado, qué lobos nos han salido al paso aullando, cómo los habitantes del lugar han disparado contra mi padre, como si fuera un oso. ¿La lucha no es acaso una causa?

- No, no lo es. Ustedes hacían dinero, y no luchaban por una causa.

- ¿Quiere decir que somos egoístas?

- Egoístas.

- ¿Y no tengo salvación por haberme liado de tal manera?

- ¿Me lo pregunta como médico?

- ¡Vete a paseo con tu medicina, me da risa hasta oír esto. Te pregunto cómo ruso que eres...

- Los dos somos rusos, pero somos rusos diferentes -dijo Volodia, elevando su dura mirada hacia Markélov-. Yo soy ruso soviético y usted lo es solamente de procedencia, es ruso sólo por el panteón de ladrillos, pero no por sus sentimientos humanos. El ruso de hoy es completamente distinto del de antes, contra el ruso de hoy no dispararía un hombre trabajador. Tal es la razón por lo que usted tiene miedo, y yo no...

Markélov, al parecer, no escuchaba.

- Está bien -dijo con voz de pocos amigos-. A quien inciensen, ése hace reverencias. Tú dime una cosa: ¿y si ofreciera mis bienes al hospital? ¿Puede ser que entonces yo me volviera tan bueno como tú, señor-camarada?

- Estos bienes no son de usted y ofrendar lo robado es necio.

Egor Fomich no se inmutó, solamente se acercó más a él y le preguntó:

- ¿Y perdonar al chamán Ogu no es también necio? ¿Quiso disparar sobre ti con una escopeta, y ahora le das de comer? Tenías que haberle ahorcado

en un árbol allí mismo y, además, haberle chamuscado las plantas de los pies en la hoguera a ese hijo de perra; se acordarían de ti por los siglos de los siglos...

- Ogu no es culpable -dijo Volodia fríamente-, el culpable es usted...

- ¿De nuevo yo? ¿Lo oyes, Pelagueya, y también de esto tengo yo la culpa? ¿Eh? ¡Qué pícaro es el doctor, pero qué pícaro es! ¿Por qué tengo yo la culpa, amigo querido?...

- Usted mismo lo sabe: centenares de años...

- Bueno, basta ya de decir tonterías -le interrumpió Markélov-. Me he esforzado por ti, he escrito lo que era menester y a quién era menester, a tu chamán le meterán tras una buena reja...

- ¡No lo consentiré!

- ¿No lo consentirás? -sorprendióse Markélov.

- ¡De ninguna manera lo consentiré!

- ¿Como cristiano?

- El cristianismo no tiene nada que ver con esto.

- ¡Bueno, vete ya con cien mil diablos! Y, por último, te quiero preguntar: ¿qué causa es ésa, para la cual vive el hombre?

- Cualquier hecho provechoso para todos los hombres, y nada más -sombrió como antes e incluso irritado respondió Ustimenko-. Cualquier hecho.

- ¡Los hombres son una basura!

- ¡En ese caso no tenemos por qué perder el tiempo usted y yo hablando! -dijo Volodia, poniéndose de pie-. Únicamente, Egor Fomich, que pienso que sólo una persona muy mala puede afirmar que los hombres son una basura...

- ¡Es decir, que yo no soy bueno! -dijo Markélov con ironía. Y gritó tras de Volodia:

- Ven alguna vez a enseñarme a mí, que soy un hombre inculto.

- ¡No vendré! -dijo Volodia-. Es difícil hablar con usted. Y, además, inútil...

Todavía se miraron cara a cara el uno al otro. Markélov, desconcertado, Volodia, tranquilo y triste.

En el porche, bajo la menuda llovizna, temblaba el encargado.

- ¿Qué, se morirá pronto? -le preguntó a media voz a Volodia.

- ¿Cómo, pronto?

- Si ya no tengo fuerzas para luchar con él. Se pelea hasta lo imposible, ha perdido su fisonomía por completo... Lo mejor es que se muriera hoy mismo, imposible contárselo todo, señor doctor...

Volodia encendió la linterna y se encaminó al hospital. Vasia Belov, recién bañado, estaba acostado en su cama limpia y reposaba a gusto, leyendo con tranquilidad y arrobamiento unas poesías sentimentales.

- En su ausencia Osh ha dado a luz -le dijo-; no hace mucho que hemos terminado. Un niño magnífico.

Después de lavarse y ponerse la bata, Volodia fue

a visitar a Osh. Esta estaba adormecida, en la sala de partos ponían todas las cosas en orden, el abuelo Abatái, en cucullas en el corredor, jugaba a las damas al resplandor de la estufa con el cazador enfermo Kuri. En la sala número cuatro se oía quejarse a Kjem, un chico de diez años al que habían operado hoy. Volodia se sentó a su lado, le tomó el pulso, le tocó la pierna para ver si estaba caliente: Kjern no quedaría inválido. Al salir de la sala cuarta vio a Tush, con los ojos relucientes, ligera, esbelta, se acercó a él con su paso rápido, ingrátido.

- ¿Bueno, y qué me dice con respecto a Moscú? -le preguntó Volodia-. ¿Se decide a ir, Tush?

- ¡No! -le contestó alegremente ella, mirándole a la cara.

- ¿Y por qué?

- Soy todavía poco culta ¿sí, eh? -dijo-. Allí se reirán de mí. Iré después, más tarde. Cuando usted me diga: ve Tush, ya es hora. ¿Así, eh, sí?

No pudo mirarla a los ojos, ¡le brillaban de tal manera, y había tanta ternura y cariño en aquel brillo!

La muerte negra.

El segundo pabellón empezaron a construirlo en la primavera. El día que pusieron la primera piedra llegó otra doctora -Sofia Ivánovna Soldaténkova- una mujer ya no joven, seria, pausada. Lo primero que hizo la recién llegada fue exigir, y en forma muy categórica, que desapareciera del hospital el chamán Ogu.

- ¡Es hasta extraño! -exclamó Sofia Ivánovna-: un antiguo sacerdote, o, como les llaman por aquí, un chamán, parte la leña para la cocina. Yo misma lo he visto. ¡Es sencillamente asombroso! Y parte la leña para las salas. ¡Es muy extraño, mucho!

- ¡Pero si él no hace sus brujerías en el hospital! -objetó Ustimenko huraño-. Y, además, ya no es chamán. No tiene ni el panderero, ni el báculo...

- ¡Es extraño! Un servidor del culto siempre es un servidor del culto, con báculo o sin báculo. Y, por otra parte, me he enterado que ha realizado un acto terrorista contra usted.

- ¿Qué?

- Un acto terrorista, sí. Y usted ha revelado debilidad y blandura de intelectual no entregando a este canalla a los tribunales. A los atentados del enemigo de clase hay que responder con firmeza, ¿comprende?

- El no es un enemigo de clase, sino un desgraciado, un hombre equivocado -dijo Volodia con acritud-. Y no es usted quién para venir a darme lecciones, usted sólo lleva aquí unos días, y yo...

- ¿Así es como reacciona usted ante la crítica? -sonrióse con ironía Soldaténkova-. Bueno, algo por el estilo ya me lo suponía: autosatisfacción, dormirse en los laureles, bombo recíproco...

Era asombroso: esta mujer tenía palabras preparadas para todo. ¡Qué fácil sería para ella vivir

en el mundo!

- ¡En pocas palabras, Ogu ha trabajado aquí y seguirá trabajando! -dijo Volodia, poniéndose de pie. Si esto no le satisface, escríbale a Tod-Zhin, él está al corriente de toda esta historia. Y con esta cuestión hemos terminado. ¿A quién más considera usted enemigo de clase?

Sofía Ivánovna suspiró:

- Hay que observar primero. Desde luego, no es que aquí esté todo mal, hay también algunos éxitos, hay también personas nuestras, que nos son fieles.

Soldaténkova trabajaba con interés, trabajaba mucho y de manera metódica. Desde su punto de vista, en el hospital se escribían de manera demasiado concisa las historias clínicas de los enfermos y, en general, no marchaban nada bien las cuestiones de la contabilidad. Y Sofía Ivánovna cambió "de raíz" tal situación. Escribía larga y detalladamente, con todos los requisitos, escribía por la mañana temprano, por la tarde y por la noche, tenía siempre los dedos e incluso la cara manchados de tinta. Fruncía la frente y decía, dando un profundo suspiro:

- Hay mucho que corregir todavía en lo que se refiere al método, camarada médico principal, mucho, muchísimo. Es incluso extraño que esté todo esto tan abandonado, muy extraño. Por ahora no hago más que echar una ojeada por encima, pero más adelante hablaremos los dos, hablaremos de todo sin miramientos, abiertamente, sin cumplidos...

Un día, ya muy entrada la noche, llegó Pelagueya Markélova a ver a Ustimenko. Tenía los ojos hinchados de llorar, durante un buen rato no pudo decir nada, después le rogó:

- Señor doctor, admítame a trabajar en el hospital. Yo sé hacer de todo, no tendrá que arrepentirse...

- ¿Y cómo ve esto su padre?

- ¡Qué le importa a él! -contestó Pelagueya con rabia-. ¿Acaso es ahora una persona? Está perdido del todo, bebe de la mañana a la noche, lee libros sin el menor sentido y maldice a diestro y siniestro...

- ¿Entonces no la permitirá venir a trabajar?

- Pero yo me quedaré a vivir aquí, en el hospital. En un cuchitril cualquiera, donde me manden. Mi suerte está aquí. Admítame, señor doctor, si no, se lo digo de verdad, me colgaré, y sobre usted pesará la culpa. ¡Admítame!

E intentó ponerse de rodillas.

- ¡Pero, qué hace, levántese! -gritó Ustimenko-. ¿Lo oye? Déjese de tales cosas...

En este momento entró Sofía Ivánovna con una nómina en la mano y se interesó por lo que pasaba. Volodia le explicó. Frunciendo la frente, la doctora preguntó:

- ¿Ah, Markélov, sí? ¡El Rockefeller de la localidad! He oído hablar, claro es...

Volviéndose hacia Pelagueya, Volodia la ordenó:

- Mañana venga a trabajar. Desde por la mañana.

Pero, le advierto, aquí hay mucho que hacer, el trabajo es duro, y señoritas de guante blanco no nos hacen falta...

Cuando la puerta se cerró tras la muchacha, Volodia dijo:

- Deme la nómina.

Después de firmarla, respiró profundamente, paseóse por la habitación, miró a la ventana oscura, sin visillos, y conectó el receptor de radio. Hacía ya un mes que esperaba baterías nuevas, pues las viejas se estaban agotando. En el éter reinaba el desconcierto. Estuvo largo rato tratando de captar la onda de Moscú, de pronto, oyó una estación de radio eslava y se quedó helado: Hitler había atacado a la Unión Soviética. Allí había empezado la guerra, tenía lugar una batalla terrible, combates como no se conocían en la historia de la humanidad.

Vasia, canturreando, con las mangas de la bata subidas, entró en la habitación. Volodia le gritó para que se callara. Entró corriendo Soldaténkova, pálida, descompuesta. Detrás de ella, en el pasillo, se veía a Tush, Danz y al viejo Abatái. Volodia empezó a comprender: el veintidós de junio, a las tres y media de la madrugada, los fascistas habían empezado una ofensiva en un inmenso frente que se extendía desde el mar Negro hasta el mar Báltico. Ahora un tal von Bock, mariscal de campo, unos tales Guderian, Strauss y Bot trataban de irrumpir en algunas ciudades fronterizas, pero cuáles eran, no hubo manera de entenderlo. Después, una orquesta tocó un tango, en el éter empezaron a sonar pitidos y zumbidos, Vasia dijo:

- ¡Qué insensatez! ¡Es una provocación! ¡Un absurdo!

Al amanecer Volodia envió un telegrama a Tod-Zhin con el ruego de que nombrara a Vasia Belov médico principal. La contestación llegó al cabo de unas dos horas, y Ustimenko comprendió que podía salir para la Unión Soviética, tanto más que Bogoslovski ya había partido en avión para Moscú.

Una caravana se preparaba para salir de Kjara al día siguiente, se lo comunicó Tush a Volodia con tristeza. Y se ofreció a ayudarle a preparar el equipaje.

- ¿Pero qué tengo yo que preparar? -contestó Volodia-. Lo meto todo en el morral, y listo. Vaya, Tush, que sin mí ya tiene bastante que hacer.

Tush se marchó.

Ustimenko intentó de nuevo captar algo en el éter, pero sólo pudo oír las voces como ladridos de un fascista -alguno de los satélites de Hitler-; no comprendiendo nada, desconectó la radio. "¡Bueno - se dijo a sí mismo para tranquilizarse-, no es una cosa tan terrible! Dentro de un mes, todo lo más, estaré en el frente. ¡No hay que ponerse nervioso!"

En este instante advirtió el pálido rostro de Madí-Danzí. Este hacía buen rato que estaba a la puerta: le temblaba la barbilla y su voz era ahogada y trémula

cuando intentó hablar.

- ¡No le comprendo en absoluto! -exclamó, irritado, Ustimenko.

- Hay una bandera negra sobre la yurta -articuló, al fin, Madí-Danzí-. La muerte negra pronto llegará hasta Kjara. En Dzhaván-Ilir ya ha entrado la muerte negra. Ve, camarada doctor, ve, yo no he dejado pasar al viejo, ha traído una noticia. Terrible, y él mismo está condenado a morir. Ocurrirá lo mismo que hace muchos años, cuando en Kjara murieron todos, incluso los niños más pequeños, murieron todos los que no huyeron de aquí a tiempo.

Aquí llamaban la muerte negra a la peste. La última epidemia, de gravísimas consecuencias, estalló en el año mil novecientos dieciséis. Volodia había oído más de una vez a los vecinos más viejos del lugar cómo huyó entonces, abandonándolo todo, el gobernador de la provincia, cómo la gente se volvía loca, y nadie recogía los cadáveres...

Un viejo calvo, con las mejillas hundidas, sin dientes, extenuado, estaba sentado en cuclillas a la entrada del hospital, hablando al abuelo Abatái, Ogu, Sofía Ivánovna y al doctor Vasia de la muerte negra. Tush traducía.

Esta primavera entre los cazadores de marmotas de Siberia -pequeños roedores de piel valiosa- había corrido el rumor de que por una piel de marmota los comerciantes de las factorías pagarían cinco o seis veces más que en los años anteriores. Este rumor había llegado del otro lado del cordón sanitario, lo habían propagado los cazadores de Pes-Va, residencia del gobernador del país del Sol. Ahora la piel de la marmota la tiñen y la elaboran de tal manera que los comerciantes en pieles las venden a precios fabulosos. Claro es, los cazadores querían enriquecerse. Y habían empezado a cazar todas las marmotas, incluso aquellas que no chillaban, y es cosa sabida que si una marmota calla no se la debe tocar de ninguna manera, es que está enferma. La marmota que está sana runrunea: "¡No temas, no temas!", esto también lo sabe todo el mundo...

El viejo bebió agua en un jarrita blanco y encendió la pipa.

- ¡Que cuente lo que él mismo ha visto! -ordenó Ustimenko.

Pero el viejo no se apresuró a hablar. Los cazadores no sólo mataban las marmotas enfermas, sino que también comían su carne. El primero que ha enfermado ha sido el hermano menor Mung-Vo. Los dos hermanos -el mayor y el menor- sabían poner hábilmente las trampas junto a las madrigueras de las marmotas, y eran considerados como buenos cazadores. El menor Mung-Vo ha enfermado en la estepa y allí ha muerto. El hermano mayor le ha enterrado.

- ¡Forma bubónica! -dijo Soldaténkova.

- Le ha enterrado y ha seguido cazando bastante tiempo, tenía suerte -tradujo Tush-. Al cabo de

algunos días han visto que se dirigía hacia su campamento, tambaleándose como un borracho. Y si una persona se tambalea así, no cabe duda que está contagiada de la muerte negra, y está condenada a perder la edad muy pronto.

- El mayor ha contraído la enfermedad en forma pulmonar -así ocurre corrientemente, aclaró Sofía Ivánovna-. En estas situaciones hay que realizar una labor de explicación entre el activo de la población.

- ¡Activo, pasivo! -refunfuñó el doctor Vasia, malhumorado.

El viejo terminó de contar: el mayor Mung-Vo no tuvo ni siquiera fuerzas para entrar en la yurta, y sólo pudo mandar que pusieran en una pértiga sobre la yurta una bandera negra. En la estepa saben bien qué quiere decir esto: si ondea un trapo negro sobre la yurta, significa que allí está la muerte negra. Y nadie puede acercarse.

- Pregúntele al ciudadano si ha tenido él contacto con el enfermo -ordenó Sofía Ivánovna a Tush.

Tush no comprendió.

- Si él ha visto únicamente este trapo negro, o ha estado allí, en el sitio, en la yurta -aclaró Vasia.

El viejo se sonrió malicioso: no, él era lo bastante inteligente para no acercarse a la muerte negra. Entonces, hace muchos años, murieron todos sus parientes, y él sabe muy bien qué enfermedad es ésta.

Por la mañana el mayor Mung-Vo empezó a escupir sangre. Después de algunos días, sobre todo el poblado ondeaban trapos negros: la muerte negra había irrumpido en Dzhaván-Ilir. El viejo aparejó su caballo y había venido aquí, para hablar con el gran chamán soviético. De él cuentan distintas cosas buenas. Si el chamán ruso es de verdad tan grande como dicen, pues que nos ayude. Y si no puede, pues que lo diga en seguida, y no le molestarán más.

- Si te gusta patinar, cargar con el trineo también te ha de gustar -dijo sentenciosa Sofía Ivánovna, entrando en el hospital.

Volodia pidió a Tush que le tradujera al viejo que él solo de momento no podía hacer nada, pero que procuraría llamar a muchos doctores, a todo un destacamento, que, sin duda, les ayudarían. Y después de dar instrucciones a Vasia y a Tush para que se aislara al viejo, se fue a consultar con Zdaba, el gobernador de la provincia de Kjara.

El gobernador recibió a Ustimenko con sequedad. La frontera pasaba muy cerca, y detrás de ella vivía a sus anchas el gobernador del país del Sol. Si Hitler se engullía a Rusia, el país del Sol ocuparía Kjara, y entonces al gobernador le recordarían sus relaciones con el médico soviético. Por eso Zdaba ni siquiera invitó a Volodia a sentarse. Pero en cuanto le oyó hablar de la muerte negra, el gobernador cambió de actitud. Ordenó que trajeran té a Volodia y mandó a su secretario que le enlazara inmediatamente por teléfono con el departamento de sanidad. En el departamento no contestaba nadie y Volodia,

aprovechando tal circunstancia, aconsejó al gobernador que llamara a Tod-Zhin a su casa.

Por suerte, por una gran suerte, el mismo Tod-Zhin se puso al aparato y Volodia le contó todo lo que ocurría en la zona de Dzhaván-Iilir. En el auricular sólo se sentían chasquidos y zumbidos. Tod-Zhin callaba.

- Diríjase pidiendo ayuda a la Sección sanitaria epidemiológica de Moscú -le dijo Volodia-. Ayudarán.

- ¡Hay guerra! -pronunció Tod-Zhin.

- ¡Ayudarán! -repitió Volodia-. ¡Ayudarán sin falta! Estoy seguro. ¿Lo oye, camarada Tod-Zhin? Allí hay gente inteligente, ellos comprenden bien qué plaga se ha extendido por su república. Sin duda que ayudarán.

- Está bien, sí -respondió Tod-Zhin con voz pausada. Luego le rogó que pasara el auricular al gobernador.

Un cuarto de hora después el gobernador ordenaba al jefe de la guarnición -un teniente enjuto y canoso-, que establecieran cordones sanitarios para que nadie entrara ni saliera del distrito de Dzhaván-Iilir. El teniente le escuchó en silencio, dio un taconazo y se llevó la mano a la larga visera de su gorra blanca con galones plateados. En tanto, en el patio de la casa del gobernador ya estaban cargando los camellos, los caballos, las carretas. Las mujeres lloraban: las hijas, las mujeres de los hijos, la esposa del mismo gobernador. Era terrible tener que escapar a las montañas, dejando el palacio con seis habitaciones, sin contar dos yurtas de invierno en el patio...

Por la noche Volodia recibió un extenso telegrama, de varias hojas. Tod-Zhin le comunicaba que Moscú ayudaba y que ya habían salido varios aviones con medicamentos, material sanitario y médicos. Al frente de la expedición iba el profesor Bárinov. El mismo Tod-Zhin y el secretario del Comité Central del Partido del Trabajo llegarían en avión al día siguiente. Seguían después distintas instrucciones y consejos para Volodia, que transmitía Bárinov desde el avión.

Mientras leía y releía el telegrama, Ustimenko oyó que en la habitación contigua Sofía Ivánovna enseñaba a Tush la manera de ponerse la vestimenta contra la peste.

- Sí, ya sé que esto es muy aburrido -decía Soldaténkova, con su voz monótona y lenta-, pero las medidas profilácticas personales juegan un papel de gran importancia en nuestro trabajo. No es ninguna heroicidad el contagiarse de peste y morir a causa del propio descuido. Primero se pone el mono, ¿ve usted? Las cintas de los pantalones hay que atarlas bien fuerte aquí abajo...

- ¿Contra las pulgas? -preguntó Tush con su voz finita.

- Las pulgas de los roedores, después de muertos

éstos, abandonan sus cadáveres y sus madrigueras -continuó Soldaténkova como si lo estuviera leyendo-. Las llamadas pulgas libres se pasan de buen grado a las personas... Ahora, fíjese, camarada Tush, la parte inferior del capuchón hay que meterla bien por debajo del cuello del mono. Y, por último, el respirador. El espacio a ambos lados de la nariz se rellena con algodón, en pequeños tampones...

Volodia salió al pasillo y llamó suavemente a la puerta de Soldaténkova. Las dos -Sofía Ivánovna y Tush- se hallaban en medio de la habitación vestidas con los trajes contra la peste.

- ¿Cómo interpretar esto? -preguntó Volodia.

- Yo, por mi especialidad, soy epidemiólogo -dijo Sofía Ivánovna-. Y me ha surgido la idea de ir con Tush al lugar, hacer la autopsia, averiguar rápidamente de qué se trata. Prestar ayuda. Tenemos trajes, disponemos de un microscopio, también hay lisol, fenol y sublimado. Claro, usted es el médico principal, pero yo supongo...

- ¡Vayan ustedes! -autorizó Ustimenko.

- ¿Seguramente hará falta algún certificado o documento? -preguntó Soldaténkova.

- No, Sofía Ivánovna, no hace falta. Allí no hay nadie a quien presentárselo.

- ¡Qué salvajismo!, y Soldaténkova se encogió de hombros.- Como si estuviéramos en la Edad Media. En el feudalismo. Me había propuesto organizar una charla con el personal sanitario, tenía en proyecto una serie de medidas...

Vasia asomó la cabeza por la puerta y con voz somnolienta preguntó:

- ¿Y si fuera yo también?

- ¿Para qué? -preguntó Soldaténkova-. Para enterrar el cadáver después de la autopsia bastamos las dos. Y trajes no hay más que dos. Además, no tenemos derecho a dejar el hospital desatendido. En general, no tiene sentido. Siempre se debe obrar con sentido, pues obrar sin sentido no se debe. A propósito, hasta que se termine toda esta historia, como es natural, yo no regresaré. Lo más probable es que nos encuentren en el distrito de Mung-Vu...

Antes de salir, Soldaténkova entregó a Volodia una carta y le dijo:

- Si me ocurriera algo, haga el favor de hacer llegar esta carta a mi hija. Es la única que tengo. Su padre nos abandonó, él tiene ahora otra familia, y Niusa y yo estamos solas. ¡Pero eso no importa! El matrimonio debe existir a base del amor mutuo; si no es así, no es matrimonio. Hasta la vista, Vladímir Afanásievich.

Y se marcharon las dos: la pequeña, delgadita y morena Tush y la fornida Sofía Ivánovna. Se fueron montadas a caballo, y tras ellas se extendía una larga hilera de caballerías con tiendas de campaña, pulverizadores de desinfección, palas, medicamentos, víveres en latas especiales, cerradas herméticamente. Al despedirse, Soldaténkova dijo:

- Vladírnir Afanásievich, quisiera pedirle que no se olvidase de eso que usted llama papeleo de oficina. Yo no he hecho más que empezar a ponerlo un poco en orden y, ya ve usted, he tenido que dejarlo a toda prisa...

- ¿Qué le parece? -preguntó Volodia a Vasia, cuando la pequeña caravana se perdió de vista.

- ¡Nunca lo hubiera esperado! -exclamó el doctor Vasia.

Esta es tu causa.

Al atardecer la población de Kjara vio llegar el primer avión, muy parecido a aquel en el que muchos años atrás había aterrizado en su ciudad natal el difunto Afanasi Petróvich, el padre de Volodia. Aquí no había aeródromo y el avión estuvo buscando bastante tiempo un lugar para el aterrizaje, el motor zumbaba, según le pareció a Volodia, alarmado e interrogante, el aparato casi tomó tierra unas cuantas veces, pero de nuevo volvió a elevarse.

Por fin aterrizó.

En el avión venían tres personas: el piloto, un joven chato con un tufo de pelo descolorido, casi blanco, sobre la frente, Tod-Zhin y el secretario del CC del Partido del Trabajo, un hombre corpulento, de unos cincuenta años de edad con el pelo cortado como un erizo. El secretario del CC no estrechó la mano al gobernador de la provincia, se apartó a un lado con él y empezó a hablarle en voz baja, pero irritada. Zdaba musitó algo con una vocecita que no le salía del cuello y se inclinó, haciendo reverencias, Tod-Zhin dijo a Volodia secamente:

- Ahora el camarada secretario del Comité Central trabajará aquí. Es un camarada magnífico, le han tenido muchos años encadenado y dentro de una jaula de madera; ¡sí, así! El pueblo le conoce muy bien, la gente trabajadora tiene confianza en él, y éstos le temen. ¡Que le teman!

El secretario del CC montó a caballo y se fue, acompañado del teniente, a reconocer los puestos sanitarios. Alumbrándose con antorchas, los habitantes de Kjara trabajaron toda la noche preparando una pista de aterrizaje para los aviones pesados de transporte, que llevaban muchas horas de vuelo, tanto de día como en la noche estrellada, desde Sarátov a Kjara, para detener el paso a la muerte negra. Al amanecer, el piloto de la avioneta, Pasha, mientras comía gallina asada, acompañándola con sorbos de leche fría, preguntó a Volodia:

- ¿Pero, de verdad, tan contagiosa es esa peste? ¿Eh? ¿Me parece que es más el pánico que otra cosa! Yo tenía un perro muy mimado, Pulka se llamaba, y también se contagió de peste, yo lo agarraba, y mi madre, y mi hermanita, ¡y no pasó nada! ¡Nadie se contagió! Mi hermanita, en exceso compasiva, hasta besaba al perro...

- ¡Aquella era otra peste! -dijo Volodia.

- ¿Qué quiere decir otra? ¡La peste es la peste! -

Pasha se echó para atrás el mechón de pelo. Después de unos instantes, preguntó:

- ¿Pero por qué me gustará a mí tanto roer los huesos? ¿Atavismo o qué, camarada doctor? ¿Tiene esto alguna explicación científica?

Volodia le preguntó cómo marchaba la guerra.

- Por ahora siguen arremetiando -dijo Pasha-. ¡Aprietan mucho! Hemos perdido, temporalmente, se entiende, algunas regiones. Pero, sabe usted, yo pienso que esto es algo así como la peste de ustedes, por algo lo llaman la peste parda. Hasta que no nos movilizemos como es debido, nos seguirán tragando. ¡Pero en cuanto nos despleguemos por completo, se acabó! Lo esencial es conservar la tranquilidad y la presencia de ánimo. ¡Pues la peste negra no puede tragar a toda la humanidad! Ni tampoco el fascismo puede terminar con el Poder soviético.

A poco se acercó Tod-Zhin y preguntó a Volodia si se podía organizar una guardia de honor para recibir a los doctores que venían de Moscú, si correspondía hacerlo o no y qué decían sobre el particular los cánones de la diplomacia. Volodia no lo sabía, y el piloto Pasha tampoco, pero se expresó en el sentido de que "no perjudicaría". El secretario del Comité Central se quedó pensando y luego dijo que había que recibirlos con guardia de honor y con música, y que se debía tocar *La Internacional*.

A las seis de la mañana, como lo habían convenido, Volodia salió montado a caballo hacia la bifurcación de la carretera, hacia la gran roca blanca. Allí ya se había establecido un puesto sanitario, los soldados del ejército republicano, armados con carabinas, no permitían a nadie salir de la zona de Dzhaván-Ilir.

Tush esperaba ya allí montada a caballo; su pequeño potrillo de largas crines sacudía todo el tiempo la cabeza para espantarse los tábanos. El viento le soplaba a Volodia de espalda, por esto él no tenía necesidad de gritar mucho, pero, al contrario, la pobre Tush hasta se ponía roja del esfuerzo.

- ¡Hace falta lisol -gritó-, hace falta mucho! ¡Es de forma pulmonar, sí! ¡Hay muchos muertos y muchos enfermos, hay que darles de comer, uno ni dos doctores no son bastantes, es una epidemia muy grande! Y hacen falta vacunas, muchas vacunas...

El viento agitaba los negros cabellos de Tush, los soldados del puesto de cuarentena miraban a aquella joven con temor y admiración.

- ¡Es usted una valiente, Tush! -gritó Volodia-. ¡Pronto vendremos todos en su ayuda. De Rusia ya vienen en aviones doctores, muchos doctores, muchísimos! ¡Por el aire, en aviones! ¡Resistan ustedes un poco más, Tush, sólo unas horas!

- ¡Resistiremos! -gritó ella.

Y, sacudiendo la fusta, partió al trote hacia las yurtas, sobre las que se agitaban los trapos negros.

Mientras tanto, aterrizaba en Kjara el primer avión de transporte. En el fuselaje y en las alas, el

avión llevaba pintados cruces rojas y los distintivos de la URSS. Veinticuatro soldados de la guarnición - con guerreras blancas y hombreras con monogramas plateados- presentaron armas. El director de la banda de música levantó una mano y resonaron los acordes de *La Internacional*. A Volodia se le oprimió la garganta, sin duda las continuadas noches sin dormir se hacían sentir.

A los acordes de *La Internacional* se abrió la portezuela del avión y el mecánico de a bordo echó la escala de aluminio. Tod-Zhin y el secretario del Comité Central permanecían inmóviles, haciendo el saludo militar.

*El pasado hay que hacer añicos.
¡Legión esclava, en pie, a vencer!
El mundo va a cambiar de base,
Los nadie de hoy todo han de ser.*

Los doctores rusos, hombres y mujeres, personas completamente corrientes, como si estuvieran en Vorónezh o en Lebedian, con las chaquetas arrugadas, con impermeables, con maletines, carteras, maletas, se pusieron a cantar, formando en fila junto al avión. No sabían que aquello era una guardia de honor, mejor dicho, no comprendían que pudieran recibirles con guardia de honor. Y cuando el teniente de pelo gris pasó marcando el paso y levantando muy alto el pie y tras él desfilaron sus soldados ante los recién llegados, éstos incluso se quedaron desconcertados por un instante y el profesor Bárinov, al recibir el parte, dijo cortésmente:

- ¡Muy agradecido! ¡Muy agradecido!

Los soldados se alejaron, un doctor ya entrado en años, con su abultado abdomen ceñido por un chaleco de punto, preguntó a Volodia:

- ¿Esto es ya el foco de la epidemia?

Otro, más joven, se lamentó:

- Sabe usted, me parece que me he mareado.

Una joven doctora le dijo al doctor Vasia:

- ¡Qué ganas tengo de comer una sopa caliente!

En Moscú durante cuatro días seguidos no he tenido tiempo de comer caliente, y en el aire no hemos tomado más que comida fría. ¿Se disponen a darnos algo de comer aquí?

Se disponían a darles de comer. "Madame cocinera" había estado trabajando toda la noche y había hecho todo lo que estaba al alcance de sus fuerzas. El abuelo Abatái también la ayudó, y el ex chamán Ogu hizo la masa. Instalaron las mesas allí mismo, al lado de la pista de aterrizaje. Mientras escuchaba a Volodia, Arkadi Valentínovich Bárinov comía con satisfacción una sopa caliente de col. Volodia, en tanto, observaba de lado el rostro cenceño del profesor, su pequeña perilla, como ya no se estilaba, la patita rota de las gafas, las arruguitas junto a los ojos, y pensaba que no había habido una

sola epidemia de peste en el siglo veinte contra la que no hubiera luchado este anciano enjuto, pequeño, nervudo. Su mano había estrechado la de Gamaleya en Odesa, la de Zabolotni en la India y Mongolia; este viejecito había conocido a Deminski, él curó a los enfermos de peste en Manchuria y estuvo a punto de morir durante la epidemia de Astrakán. Trabajó en el laboratorio de la peste en un fuerte, no lejos de Kronstadt, conoció al doctor Vizhnikévich y asistió a su entierro, como también asistió al de Shréiber. Y no se había entregado. A sus setenta años, de nuevo estaba luchando contra la peste...

- ¡Sí, sí! -y Bárinov asentía con la cabeza escuchando a Volodia-. Sí, comprendo, sí...

En tanto comían los doctores, las enfermeras y el personal sanitario, llegados en el primer avión, aterrizó el segundo, cargado de material, después llegó el tercero. Miles de habitantes de Kjara se hallaban alrededor de la pista de aterrizaje, hablaban entre sí en voz baja por respeto a aquellas personas extraordinarias, pero como susurraban todos, parecía como si se oyera el murmullo del viento. Hablaban sobre todo de Volodia. Decían que era un hombre de tal poder que había bastado que él lo quisiera para que se presentasen aquí estas enormes máquinas. Y el viejo chamán Ogu iba de uno a otro, farfullando entre dientes:

- ¡Todo lo puede el gran doctor soviético Volodia! Por algo di yo mi consentimiento para trabajar con él. El me lo rogó mucho, y yo di mi consentimiento. ¡Pronto aprenderé de él todo, estad seguros!

Por la tarde, Volodia y los epidemiólogos de Sarátov, especialistas en el tratamiento de la peste, ya estaban en el mismo foco de la epidemia: en Dzhavun-Iilir. Bárinov, Tod-Zhin y Ustimenko iban delante juntos, "tres titanes", como se expresó, con una sonrisa, Arkadi Valentínovich. Detrás de ellos, en silencio, iban los otros doctores, sanitarios, practicantes, enfermeras, desinfectadores con todos sus artefactos: pulverizadores desinfectantes, caretas, bombonas de vidrio, bidones. Volodia volvía la cabeza de vez en cuando, y le parecía que avanzaba un ejército invencible, disciplinado, bien armado e instruido. Y experimentaba un sentimiento de orgullo al pensar que él también era un soldado de aquel ejército.

A unos trescientos metros del primer foco, cuando en el cielo rosado por la puesta del sol se destacaron con toda precisión los siniestros trapos negros sobre las yurtas, Bárinov ordenó "vestirse", y esto también le recordó a Volodia la voz de mando militar. El prolongado "¡Ves-tir-se!" era algo así como "¡Al ataque!".

Todo el personal médico sanitario se apeó de las caballerías y empezó a ponerse apresuradamente las botas altas de goma, los monos, atando bien todos los cordones, se ayudaban los unos a los otros sin ninguna broma, en silencio. Y esta organización, esta

tranquilidad le recordó a Volodia una vez más el ejército.

- He-je-je -se rió de pronto ufano Bárinov-, sabe usted, nunca hubiera podido pensar que todavía puedo ir a caballo. Y no me duele el coxis, como me ocurría en la juventud.

Sosteniendo al caballo por las riendas, agregó enfadado:

- No tenía que haber comido tanta sopa de verduras. Cuántas veces me digo a mí mismo que no debo abusar de las grasas...

Las yurtas con trapos negros en las pértigas se aproximaban más y más; al lado de Volodia, lanzando roncros y lastimeros mugidos, pasó corriendo una vaca con las ubres hinchadas.

- ¡Fuera de aquí, vaca! -gritó Bárinov-, ¡Nosotros no sabemos ordeñar!

Su voz, que se escapaba por debajo del respirador, sonaba sordamente.

Sofía Ivánovna y Tush estaban paradas junto a la primera vivienda, una yurta grande. Apenas si se podían sostener en las piernas del cansancio. Después de oír a Soldaténkova, Bárinov ordenó a ambas que se retiraran a descansar, y otra vez Volodia escuchó cómo el profesor civil sabía ordenar como un general. El campamento para los médicos ya lo estaba organizando el "intendente" del destacamento, el doctor Lobodá. Allí había tiendas de campaña, laboratorios y almacenes. Había también un lago y bonitas rocas Kik-Zhub. Pero, a pesar de que al llegar la noche todo estaba ya preparado, ninguno de los médicos, enfermeras y sanitarios durmió. Alumbrando aquellas yurtas oscuras y sin vida con lámparas de carburo y linternas eléctricas, los médicos y el personal sanitario sacaban los cadáveres, limpiaban y desinfectaban las viviendas, daban de comer y de beber a los enfermos, les auscultaban los pulmones y el corazón, les tomaban el pulso, esperaban las órdenes de Bárinov y de su primer ayudante, Shumílov. Las blancas figuras de los médicos con respiradores, con gafas protectoras, y botas de goma, se movían pesadamente, pero sin ruido; los lamentos y estertores de los enfermos se mezclaban con las voces apagadas y sordas de los médicos, con el soplo de los aparatos de desinfección, con el monótono susurro de la lluvia, que había empezado a media noche.

Con los trajes contra la peste se sentía calor, un sudor pegajoso bañaba la cara, la espalda, los hombros, las manos enguantadas sostenían con dificultad la jeringuilla, incluso costaba trabajo utilizar el estetoscopio. A Ustimenko le golpeaba la sangre en los oídos, por la mañana sintió que la cabeza le daba vueltas, pero Bárinov se mantenía firme, ¿cómo podía entregarse Volodia?

Toda aquella noche interminable anduvieron de un poblado a otro: separaban a los enfermos de los sanos, les ponían el termómetro, vacunaban,

distribuían las yurtas: unas las destinaban para aislar a los enfermos, otras, para preparar la comida, otras, para los que no estaban contaminados. Tod-Zhin hablaba rigurosamente a aquellos hombres y mujeres extenuados, aterrados; su voz sonaba con fuerza irrefutable, nadie le objetaba nada en ninguna parte.

En el cuarto poblado "inspeccionado" por ellos en esta noche interminable, Volodia entró el primero en una yurta en la que no había más que cadáveres. Incliniéndose, a la luz de la linterna pudo ver sus dientes regulares, todavía jóvenes, apretados convulsivamente, sus ojos en blanco, sus manos crispadas. Y allí, en aquel silencio de muerte, le pareció oír un llanto infantil, débil, apenas perceptible.

- ¡Silencio! -ordenó a los sanitarios, que regaban el suelo de la yurta con el pulverizador.

Dio unos pasos más y se detuvo: una madre muerta abrazaba y apretaba contra su pecho a un niño todavía con vida. El niño se revolvía y lloraba débilmente, oprimido por las frías manos del cadáver.

Ustimenko se inclinó, Tod-Zhin le ayudó, un sanitario tomó a la criatura de sus manos y una practicante se la llevó a la yurta donde estaban aislados los enfermos.

El amanecer era húmedo, terriblemente sofocante, por toda la estepa se extendía un manto de lluvia. Bárinov se hallaba sentado bajo un toldo de lona, estudiaba el plano de la zona afectada por la epidemia; a su lado, un radista sintonizaba la emisora, llamaba al doctor Lobodá, que se hallaba en la base de la expedición, en Kik-Zhub. Bárinov se había quitado el respirador, que le pendía sobre el pecho, las gafas se las había metido en el bolsillo, el capuchón lo tenía echado hacia atrás.

- ¿Está cansado? -preguntó a Volodia.

- ¡En absoluto! -contestó éste, haciendo alarde de entereza.

Por detrás se aproximó Tod-Zhin y se metió bajo el toldo.

- ¡Cuánto dolor! ¿Sí, eh? -dijo hosco-. ¿Y cómo terminar con esto, camarada profesor, cómo terminar del todo?

Arkadi Valentínovich dio una prolongada chupada al cigarrillo, apagó la colilla y contestó pensativo:

- Como médico, le debo decir, querido camarada, que con este dolor, con este horror, se podrá acabar únicamente con un cambio de régimen estatal. En la Unión Soviética ya no hay peste, lo mismo que no hay viruela y no hay otras muchas enfermedades epidémicas. Y no hace mucho todavía, yo lo recuerdo bien, en Rusia morían anualmente de viruela cuarenta mil personas y no menos de doscientas mil quedaban inválidas: ciegas, sordas, es decir, ineptas para el trabajo...

- ¡Aquí Stritsiuk! -gritó el radista con alegría-

¡Aquí Stritsiuk! Camarada Lobodá, mándenlos veinte termómetros, cubos esmaltados, un bichero y...

Moviendo sólo los labios, Stritsiuk leyó algo en el cuaderno, después, volviéndose hacia Volodia, dijo:

- Camarada doctor, no puedo pronunciarlo.

- ¡Fonendoscopio! -leyó Volodia y repitió ante el micrófono-: ¡Fo-nen-dos-copio!

Tomaron cacao caliente de un termo y montaron a caballo. El radista continuaba gritando:

- Una camisa de niño. ¡No, no es eso; de niño, le digo ¡Para una criaturita que han recogido a la madre! ¡La madre ha muerto, y al niño le han recogido!

- ¡Stritsiuk, no produzca interferencias en el éter! -le indicó Bárinov, tomando las riendas del caballo.

De pronto, oyeron una ráfaga sorda de ametralladora, en la lejanía.

- ¿Qué es eso? -preguntó Volodia.

Tod-Zhin se puso de pie en los estribos y prestó oído.

Rompieron el aire varias ráfagas más.

- La frontera pasa muy cerca de aquí -explicó Tod-Zhin-. Pasa el eje Berlín-Roma-Tokio. ¡El fascismo, sí! ¡Vamos!

Fustigó al caballo y se inclinó sobre el arzón delantero. El viento le silbó a Volodia en los oídos, los caballos pasaron del trote al galope tendido, resoplando, parecía que volaran sobre el húmedo y profundo barranco sin caminos. Llevaban corriendo no más de quince minutos y Volodia no apartaba la vista de Bárinov. Al fin subieron hasta lo alto de un montículo y Volodia al momento vio a los guardafronteras republicanos con sus cortas capas impermeables, vio una impetuosa llama amarilla que cortó el aire y oyó zumbido de aviones sobre su cabeza. Eran los aviones de ellos, con círculos de dos colores en los planos y el fuselaje chato, como si estuviera cortado: sus aparatos de asalto.

¡No comprendo! -pronunció Bárinov, perplejo-. Aquello es un incendio, ¿verdad?

Sin respirar apenas, apretando los puños, Volodia miraba con los ojos fijos: allí, al otro lado de la línea fronteriza entre los dos Estados, más allá del cordón sanitario de la república, las tropas del emperador luchaban contra la epidemia de peste. Seguramente habían incendiado con lanzallamas un poblado fronterizo, y ahora, con ráfagas de ametralladora, segaban a todo el que intentaba salvarse de las llamas. Volodia pudo contar muchas ametralladoras con sus correspondientes servidores y después divisó unos lanzallamas en motocicletas. Más arriba, en una colina, estaba instalada una batería de cañones con las bocas apuntando al poblado incendiado...

- ¡No es posible! -dijo Arkadi Valentínovich-. ¿Eh? O es...

Se quedó callado de repente. Entre las llamas vieron salir corriendo unas diminutas figuras humanas que, con las manos en alto, corrían bajo la

lluvia, se habían escapado, trataban de salvarse...

Y en esto, varias ametralladoras al mismo tiempo dispararon una ráfaga corta. Soldados minúsculos - como si fueran de juguete-, con uniformes caqui y pequeños gorros, disparaban ráfagas cortas: no era difícil matar así a aquellos seres empavorecidos, enloquecidos.

Pese a todo, uno de ellos seguía corriendo aún. Se desviaba a un lado, luego corría en línea recta y otra vez a la izquierda. Corría hacia la frontera. El sabía que aquí le detendrían, le meterían en la yurta de aislamiento de los enfermos, pero no le matarían. ¡Aquí no le podían matar!

¡Pero ellos le mataron allí!

Dispararon una ráfaga larga y aquel hombre, corriendo todavía hacia un lado, cayó a tierra.

Después, en medio del silencio que siguió, se oyó el ruido de una motocicleta con lanzallamas. Y una aguda lengua de fuego amarillo pasó rozando los cuerpos de aquellos hombres caídos de bruces, pequeños, inmóviles, ya muertos. Volodia se volvió: le castañeteaban los dientes, los ojos se le nublaron. El poblado seguía ardiendo bajo la lluvia menuda, continuaban oyéndose los crujidos y el crepitar de las llamas, negras y densas columnas de humo se doblegaban lentamente hacia el suelo, como asustadas de elevarse a la altura.

- ¡Escuche! -dijo, de pronto, Bárinov a Tod-Zhin-. Que transmitan al jefe del grupo sanitario de ellos que yo quiero hablar con él. Yo soy el profesor Bárinov, miembro honorario de la Academia de Ciencias de su país, participante en conferencias internacionales, a las que ellos también han asistido.

Tod-Zhin llamó al oficial de los guardafronteras, éste se acercó a la barrera que cerraba el camino, y habló con el capitán de guardafronteras de las tropas imperiales. El capitán se cuadró. El guardafronteras republicano también se cuadró. Los soldados de las tropas imperiales, para desentumecerse, se daban golpes los unos a los otros al lado de sus ametralladoras, otros contemplaban el poblado en llamas, los aviones se alejaban...

Una motocicleta de dos asientos, pintada de color verdoso, rechinando los frenos, se detuvo junto a la barrera; del sidecar se apeó un oficial bajito, con un elegante uniforme caqui, gafas de gruesos cristales, una gorra alta y polainas de charol. Bárinov, apretando las mandíbulas, dio al caballo en los ijares con los talones. Tod-Zhin y Volodia le siguieron. El médico del ejército imperial estaba terminando de fumar un cigarrillo cuando ellos llegaron. Al oír el nombre de Bárinov con todos sus títulos y cargos, el médico se cuadró y saludó, volviendo mucho la palma de la mano hacia adelante. Manteniendo con todo respeto la mano junto a la visera de la gorra, este médico militar le comunicó que había tenido la suerte de estudiar los trabajos del profesor Bárinov, tanto en los laboratorios de Berlín como en el

Instituto de epidemiología experimental de su patria. Con respecto al trabajo que estaba realizando el destacamento especial de lucha contra la peste y que el profesor se dignaba observar, podía decir que, indudablemente, este cuadro producía una impresión en extremo penosa. Pero, ¿qué se podía hacer, si la mortandad a causa de la peste en forma pulmonar llegaba al cien por cien? Es de comprender que lo más racional y humano era incendiar los lugares afectados por la epidemia, tanto más que hasta ahora la enfermedad se había propagado únicamente entre un pueblo inferior, que degeneraba, y de poco valor. Por otra parte, era ésta una cuestión en la que no cabía discutir, lo mismo que cuando se trataba de cualquier orden del centro superior de epidemiología del imperio.

Y el elegante médico, con su fino bigotito sobre sus delgados labios, saludó y dio un taconazo:

- ¡Transmítale a su Academia, que no deseo ser miembro honorario de ella! -dijo en voz alta Bárinov en inglés-. ¡Y en cuanto a usted, recuérdelo! Cuando le vayan a juzgar, si yo vivo todavía, pediré ser su acusador. ¡Y hablaré en nombre de todos los doctores que han sucumbido en la lucha contra la peste! Tengo derecho a esto. ¿Ha comprendido?

- ¡Comprendido! -contestó el médico militar, poniéndose pálido, y manteniendo la mano en posición de saludo-. Pero es poco probable que el profesor viva hasta el día del supuesto juicio. ¡Hay ahora tales derrotas en Occidente; es tan victorioso el avance de los ejércitos del fñhrer!

Y, dando otro rápido taconazo, se subió al sidecar de su motocicleta.

Cuando salieron de la barrancada, Bárinov se limpió con el pañuelo el rostro mojado por la lluvia, suspiró y se lamentó:

- He sentido un terrible deseo de cruzarle la cara con la fusta. ¡De darle en los hocicos! ¡Espere, viviré hasta que se le juzgue!

- ¡Vivirá! -asintió con voz rigurosa Volodia.

Aquel mismo día recorrieron otros seis poblados. A la caída de la tarde en el campamento resonó un toque de campana: Bárinov convocaba para celebrar una reunión "relámpago". Ahora todos los días tenía tales reuniones "relámpago", y éstas le recordaban siempre a Volodia lo que había leído en los libros sobre reuniones de los consejos militares o de los Estados Mayores antes de los combates decisivos.

En estas reuniones de los médicos, lo mismo que en las de los consejos militares, se informaba de modo conciso y lacónico del estado de las fuerzas del enemigo, se informaba sobre sus bajas, se hacía el recuento de las armas y pertrechos de combate: suero, vacunas, instalaciones en el campamento, transporte. Sobre la mesa había extendido un mapa y el jefe del ejército (así le llamaban los doctores: nuestro general Bárinov) reflexionaba largo tiempo con la vista fija en los cuadrados negros: aquí estaba

el enemigo, la peste. El teléfono de campaña con un interruptor electromagnético se hallaba en la tienda de campaña del general, y el radista traía las hojas de los radiogramas y las dejaba rápidamente sobre la mesa delante de Arkadi Valentínovich. El comisario Tod -Zhin se ponía en comunicación desde aquí por cable directo con el presidente del consejo de tres personas que dirigía la lucha contra la peste en toda la república, es decir, con Kjara, informando todos los días:

- ¡Todo marcha favorablemente! No hay enfermos fuera del foco infeccioso; ¡así, sí!

Los médicos se veían solamente en aquellas reuniones "relámpago". El resto de tiempo los doctores rusos, las enfermeras, los practicantes día y noche luchaban contra la peste, contra la maldita "muerte negra", contra la "enfermedad de las marmotas", que podía devorar a todo aquel pequeño país, a sus criadores de ganado, a sus labradores, a sus cazadores y obreros, a los viejos, a los jóvenes y a los niños, su futuro.

Bárinov obligaba a dormir a sus doctores. Y observaba rigurosamente a aquellos que infringían el gráfico de trabajo que él había establecido. Tenían orden de dormir y comer bien: un médico cansado podía cometer un error terrible, irreparable, y contagiarse de peste "por distracción", como decía Arkadi Valentínovich.

- ¡Esto es justo! -aprobaba el piloto Pasha-. En la aviación también vigilan con gran rigurosidad para impedir tales infracciones. Duermes doscientos o trescientos minutos menos de lo debido y puedes darte el trastazo con toda facilidad: te duermes en el aparato o te dejas dominar por la apatía.

Con su aeroplano, Pasha (a él le gustaba decir aeroplano y no avión) volaba en vuelo rasante "dé Este a Oeste y de Norte a Sur por toda la zona infectada: observaba los poblados para ver si descubría algún trapo negro en las yurtas, si los médicos lanzaban bengalas pidiendo ayuda, si humeaban los hogares en los campamentos, si todo estaba "en orden", como se expresaba el doctor Lobodá, enérgico, cetrino, de voz bronca. Pasha con su aeroplano pasaba en vuelo rasante por encima de aquellos que exterminaban las marmotas, les saludaba desde lo alto con la mano enguantada, como diciéndoles: "salud, seguid, seguid, simplemente así, de paso, he venido a ver". Y luego dirigía el aparato hacia el campamento, allí tomaba una ducha, comía y, a volar de nuevo. Los médicos, los practicantes y las enfermeras ponían el termómetro a todos los habitantes de la zona contaminada, inyectaban suero a los enfermos, vacunaban a los sanos, los sanitarios enterraban los cadáveres; a los poblados más alejados, donde había enfermos, iba una cocina de campaña llevando comida caliente, y comían los que ya iban mejorando, y los médicos, y los que se hallaban en las yurtas de aislamiento.

Bárinov volaba frecuentemente con Pasha cuando se recibía algún aviso por radio, iba allí a consultar y dar su consejo en los casos más complicados. Un día, en una de las reuniones "relámpago", dijo:

- ¡Puedo felicitarles, camaradas! Ahora ya no cabe duda que la epidemia está localizada y va disminuyendo, dentro de algunos días terminaremos aquí con todo.

Y aquella noche todos los médicos que estaban en el campamento durmieron por primera vez a gusto, y no por obligación, sino por propia satisfacción. A la mañana siguiente, cuando estaba desayunando, Volodia recibió un radiograma del doctor Vasia desde Kjara. Este, en tonos histéricos, exigía que fuera "para un caso de verdadera urgencia". Sofía Ivánovna dijo:

- Toda persona está obligada a hacer lo que tiene que hacer, ése es su deber. Y lo que él no hace, lo tienen que hacer otros...

Volodia inició una sonrisita. Ahora ya no le exasperaba Sofía Ivánovna. Había podido apreciar el valor de Soldaténkova: su verdadero valor, su valor como ser humano.

El viernes empezaron a levantar el campamento. Ustimenko acababa de regresar después de hacer el recorrido de sus poblados, y al echar pie a tierra se sintió mal: se tambaleó. El doctor Lobodá se acercó a él y le dijo cauteloso:

- ¿Seguramente se ha resfriado?

- ¡Es posible! -contestó Volodia secamente.

Y él mismo, con una triste sonrisa, se fue a la yurta de aislamiento de los enfermos. No le cabía duda de que aquello era la peste. Sentía punzadas en un costado, al andar iba como un borracho, como los enfermos de peste. También la lengua era típica.

No había hecho más que acostarse, cuando entró Bárinov con bata blanca y sin el respirador.

- ¡Vístase como es debido! -gritó Ustimenko-. Si no, arrojaré sobre usted el taburete.

- ¡No me dé lecciones! -replicó Bárinov.

- Repito que le tiraré el taburete. Tengo la peste.

Arkadi Valentínovich salió. Ustimenko se puso el termómetro: tenía treinta y ocho con seis. De nuevo se presentó Bárinov, acompañado de Lobodá, ambos ya con los respiradores puestos, tras ellos se veía a Tush. Qué extraño le resultaba aquello, oír sus voces sordas, y estar él allí, sin gafas protectoras, sin mono, sin respirador...

En tanto llevaban los esputos al laboratorio, Volodia se puso a escribir unas cartas. La cabeza le daba vueltas, la boca la tenía reseca, *tan* reseca que bebía todo el tiempo. Escribía:

"Varia: Esta carta está desinfectada, no tengas miedo. Ha resultado una cosa tonta. Cuando leas estas líneas me habrán enterrado ya. Estoy un poco débil, no quisiera morir, además es absurdo, yo te quiero, Varia, te quiero y nunca he dejado de quererte. Comprendes... "

De nuevo entró Bárinov, diciendo en alta voz y con alegría:

- Creo, colega, que esto es una neumonía fibrinosa... Volodia miró fijamente a los ojos de Bárinov tras las gafas protectoras y contestó:

- Usted mismo ha dicho que corrientemente se consuela así a los médicos que caen enfermos.

- ¡Venga, acuéstese ya! -le ordenó Bárinov.

Vio otra vez a Tush en la puerta. Le traía la correspondencia: cartas de Varia y de Aglaia. Varia escribía desde la Flota: "Estoy en la Flota", leyó Volodia, y de nuevo le hablaba sobre el teatro. Le hablaba también de la guerra, sólo algunas palabras, y de lo difícil que seguramente le sería, debido a su carácter, curar allí esas diferentes "bronquitis apendicitis". La tía Aglaia también le escribía sobre la guerra.

Volodia tosió, en los esputos no había sangre. Al atardecer apareció el piloto Pasha tras la ventana, acercó al cristal un papel escrito con grandes letras: "Hay coñac, ¿puede ser que quieras beber, doctor?" Ustimenko le hizo una higa y se tendió en la cama.

La segunda tinción por el método de Gram tampoco dio nada. Había que esperar.

A la puerta, del lado de fuera, estaba todo el tiempo Tush; él oía sus ligeros pasitos característicos, el susurro de su voz. Soldaténkova se asomó varias veces y le preguntó, como si fuera un niño:

- ¿Qué? ¿Cómo nos encontramos? ¿Hemos comido?

- ¡Queremos que todos se vayan al diablo con sus delicadezas! -le contestó Volodia bruscamente.

Tenía el termómetro en la mano, treinta y nueve con seis. Y sentía náuseas, unas náuseas terribles.

Por la noche el doctor Lobodá estuvo a la cabecera de su lecho. Volodia deliraba. A Lobodá le vino a relevar el grueso Shumílov. No teniendo nada que hacer, tomó de la mesa la carta sin terminar que Volodia escribía a la tía Aglaia y leyó:

"Lo siento de veras, siento que no he hecho nada. ¡Y si tú vieras, tía, este magnífico ejército de epidemiólogos, si te dieras cuenta qué clase de personas son! Fíjate, por ejemplo, el doctor Shumílov. A primera vista parece un mazacote, cuenta anécdotas tontas, él es el primero en reírlas..."

"¡Vaya, lo que me faltaba! -se dijo confuso y ofendido Shumílov-. ¿Cuándo me río yo el primero?"

Dejando la carta sobre la mesa, se acercó a Volodia, que estaba dormido, para tomarle el pulso, y de pronto advirtió el triángulo blanco característico en la barbilla y junto a la nariz.

- ¡Tush! -gritó-. ¡Ayúdeme!

Entre los dos pusieron de espaldas a Volodia, que seguía delirando, y Shumílov levantó con cuidado la camisa.

- ¡Tiene erupción! -dijo con voz alegre-. ¿Lo ve usted, Tush? ¡Es verdad que soy un mazacote! ¡No sólo soy un mazacote, sino que, además, soy tonto!

¡Despierte ahora mismo a Bárinov! ¡Ahora mismo!

Con sus cortos dedos desató rápidamente la lazada del respirador, se quitó las gafas, se echó para atrás el capuchón. Su rostro grueso, mofletudo, sudoroso, estaba radiante.

- ¡Es escarlatina! -dijo a Bárinov-. ¡Una escarlatinita! ¡Y qué clarita está, característica, como en los libros de texto, especial para un estudiante! ¿Para qué servimos usted y yo? ¿Lo hemos olvidado todo? El retiró la criaturita del cuerpo de la madre muerta. La nenita tenía escarlatina. ¡Ay, Señor, qué escándalo, cómo nos hemos equivocado! Fíjese en la erupción, una mancha hiperemia generalizada. Y la cara: la mariposa de la escarlatina, no hay la menor duda. ¿Se da usted cuenta, camarada profesor?...

- Sí -dijo Bárinov-. De la vieja no siempre es buena la conseja. Es preciso despertar a Pasha y que vuele para traer suero, lo hemos gastado todo con la niña...

Despertaron a Pasha.

Al poco rato Tush le preguntó callandito:

- ¿No es peste lo que tiene, sí, camarada profesor?

- ¡No, queridita, es escarlatina! -dijo Shumílov, radiante de alegría-. Una escarlatinita. Una escarlatinilla.

Bárinov seguía observando a Volodia. Después, dijo de pronto:

- ¿Sabe usted, Hippolit Zajárovich? En el comedor hay champán. Vámonos a beber una botella. ¡Por nuestro relevo! ¡Por muchachos como éste!

Ellos se fueron y Tush se quedó con Volodia. Largo tiempo permaneció a su lado, oyéndole delirar, después tomo su enorme mano ardorosa y la besó...

A la mañana siguiente, todo el grupo del doctor Bárinov salió para Kjara. Y aquel mismo día los tres pesados aviones se elevaron del campo de aterrizaje de Kjara, y, después de hacer un vuelo de despedida sobre la ciudad, tomaron rumbo a Moscú. La expedición salió de modo inesperado, bajo una lluvia torrencial. Sólo Tod-Zhin fue a despedir a los doctores.

- Llévenles a la última yurta -deliraba mientras tanto Volodia-. A la más apartada. Y prohíban la entrada. ¡Pro-hí-ban-la!...

Ustimenko salió de Kjara el dos de octubre. Por la mañana visitó las salas del hospital, se despidió de los enfermos, del abuelo Abatái, buscó a Tush, pero no la encontró por parte alguna. Pelagueya Markélova fregaba la sala de operaciones, Ustimenko le tendió la mano y le preguntó:

- ¿Qué tal se le da el trabajo? ¿Bien?

- ¡Bien! -respondió ella, bajando confusa la mirada-. Me va bien, pero Sofía Ivánovna...

- Sofía Ivánovna es una magnífica persona -le interrumpió Volodia severo-. Y, además, es una verdadera médica. ¡No somos ni usted ni yo quiénes para juzgarla! Eso es. Que le vaya bien, Pelagueya Egórovna.

Vasia Belov y Volodia se abrazaron y se besaron tres veces.

- ¡Para año nuevo destrozaremos a los fascistas! -dijo el nuevo médico principal-. Tienen una situación terrible con la gasolina. Y hay que esperar que se produzca una explosión en el interior. Yo ya he pensado en esto. ¿Y usted lo ha pensado?

- ¡Lo he pensado! -contestó Ustimenko, con una sonrisa.

Sin saber por qué, siempre que hablaba con Vasia, sentía deseos de sonreír.

A eso de las nueve de la mañana se incorporó a la caravana: siete jinetes y varios caballos cargados. Hacía mucho calor. Kjara sufría este año de un calor inusitado en otoño. Madí Danzí tapaba con una sombrilla al doctor Vasia, a Volodia ya no le prestaba ninguna atención. Sofía-Ivánovna encargó a Volodia que enviara sin falta de la ciudad unas hojas impresas y unos cuadernos rayados. Sintió deseos de besarla, pero ella estaba disgustada porque en la cuenta del trimestre no había la debida claridad, y las últimas palabras que le oyó Ustimenko fueron que algo le era "incluso extraño", y este algo, precisamente, no tenía ningún interés.

Los enfermos estaban asomados a las ventanas, el abuelo Abatái apretó las cinchas del caballo, sujetó bien los fardos y los serones; daba órdenes, disponía las cosas. No muy lejos se hallaba el ex chamán, el reprobado Ogu observándolo todo con gesto hosco; Volodia le llamó para que se acercara. Ogu dijo malhumorado:

- ¿Por qué hiciste aquello, por qué me obligaste a tirar el pandero, el gorro y el báculo a las aguas del Taa-Jao? Ahora no puedo hacer ningún sortilegio para que tengas un buen viaje. ¿Por qué lo hiciste, eh?

- ¡Puedo pasarme sin eso! -rióse Volodia-. Y no vuelvas a acordarte de aquella porquería. Cuando vea a Tod -Zhin, le diré: Ogu es ahora una persona. Tod -Zhin te tomará de sanitario, pero si bebes vodka, el doctor Vasia te despedirá. ¡Que te vaya bien!

Se subió a caballo y sólo entonces vio a Tush. Apoyada en la puerta del hospital, le sonreía con los labios temblorosos.

- ¡Le escribiré! -gritó Volodia, y, picando al caballo con los talones, se acercó a Tush-. Le escribiré una carta muy larga. El doctor Vasia se la leerá. ¿Le parece bien?

- ¡No, no me parece bien! -y Tush sacudió sus negras trenzas-. Cuando usted escriba, yo ya sabré leer. Pues esto no será pronto. ¿Eh, sí?

Y su mano pequeñita asió el estribo, pero lo soltó al momento, porque si una mujer agarra el estribo, quiere decir que en el caballo va montado el hombre que la ama. Y Volodia no la amaba.

- ¡Hasta la vista a todos! -dijo Volodia.

La caravana se puso en marcha. El abuelo Abatái seguía corriendo al lado del caballo de Volodia. Y

cuanto más se alejaba la polvareda levantada por la caravana a su paso por Kjara, más gente salía al camino. Conocidos y menos conocidos se acercaban a Volodia y le daban queso agrio, que sabían le gustaba.

- ¡Toma, toma *kurut!* -le gritaban-. ¡Comerás *kurut* en la guerra!

- ¡Toma *archi* -le gritaban, tendiéndole requesón seco-. El *archi* no se estropea. Lo podrás conservar hasta el final de la guerra y aun después de la guerra te acordarás de nosotros.

- ¡Toma *bishtak!* -le gritaban, tendiéndole bolas de queso de reno-. ¡Tómalo, doctor Volodia! ¿O es que no me conoces? ¡Tú me conservaste la edad entonces, cuando todavía teníamos miedo de tu hospital!

Volodia a unos conocía, a otros no, se sonreía con una sonrisa austera, árida y se tragaba rápidamente las lágrimas. La polvareda era cada vez más densa y nadie vio, y nadie podía verlo, que el doctor Volodia lloraba. Seguramente sudaba: hacía, de verdad, mucho calor y llevaba sobre los hombros una zamarra enguatada.

- ¡Tú has salvado a Kjara de la muerte negra! -le gritaban al paso-. ¡No te olvidaremos nunca!

¡No, no la había salvado él solo! A la peste no la puede vencer una persona sola. ¡Y no era porque estuviese enternecido por lo que brotaban lágrimas de sus ojos, no! ¡Eran lágrimas no habituales, lágrimas de orgullo! ¡Eran lágrimas de felicidad de un hombre que formaba parte de los ciudadanos del gran país que podía vencer a la muerte negra! ¡A la invencible muerte negra, a la terrible enfermedad de las marmotas, a la peste! Y ahora, el pueblo de Kjara despedía no simplemente al médico Ustimenko: despedía al amigo, al hermano, al ciudadano del país de los obreros y los campesinos, del país del pueblo trabajador, del país de la razón y el bien.

- ¡Que venzáis a vuestros enemigos! oyó gritar entre la multitud que rodeaba a la caravana.

- ¡Venceremos a nuestros enemigos! -como un juramento susurró Volodia, y vio ante sus ojos a Bárinov, a Lobodá, a Shumílov.

- ¡Que tu pueblo sea feliz, porque es digno de la felicidad!

- ¡Sí, es digno de la felicidad! -repitió Volodia, y recordó al piloto Pasha, a Bogoslovski, a la tía Aglaia.

- ¡Y qué cures a todos tus heridos como nos has curado a nosotros!

- ¡Los curaré! -juró Volodia.

- Vuelve, doctor Volodia...

Los caballos resoplaban asustados, la multitud aumentaba más y más. A la salida de Kjara, Volodia vio al padre de Lamza, que estaba en el camino con sus cazadores. Eran muchos, unos cincuenta hombres y todos mantenían las armas sobre la cerviz de los caballos. Al pasar Volodia, dispararon salvas -una,

después otra-, luego, montados en sus magníficos caballos, pequeños y de largas crines, marcharon delante de él, para anunciar a los poblados lejanos que se prepararan para despedir al doctor soviético Volodia.

Y en todos los poblados salían a despedirle, y Volodia Ustimenko observaba aquellos rostros, tratando de recordar a quién había visto en el ambulatorio, a quién había visitado en su yurta, a quién había operado, a quién había curado en el hospital.

Pero no podía reconocer con exactitud a nadie: ahora todos sonreían, y entonces, cuando tuvo que tratarlos en el hospital, todos sufrían. Ahora de nuevo estaban curtidos por el sol, fuertes, sanos, pero cuando los traían al hospital estaban pálidos, esqueléticos. Ahora sujetaban de las bridas a sus caballos, pero entonces estaban tendidos o los llevaban del brazo, o en camillas. ¿Acaso era posible saber ahora a cuáles de estos jinetes les había conservado la edad?

En realidad, esto no era lo más importante. Lo más importante era otra cosa: él había servido allí a su causa. Había trabajado en todo momento, había trabajado con todas sus fuerzas. Y la gente lo comprendía. Seguramente se podría haber operado mejor que él lo había hecho, pero, a pesar de todo, él había dado aquí "algún" provecho.

"¡Algún provecho! -pensó Ustimenko-. ¡Insignificante! Pero la expedición del doctor Bárinov, ¿acaso aquello ha sido tan poco? Y yo he sido una partícula de esta expedición. Una partícula de todo el conjunto, una partícula de mi país".

Fijó la mirada en la lejanía, en las montañas, hacia aquel lado donde la guerra hacía estragos y donde le esperaba la causa a la que él servía.

Fin.